This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

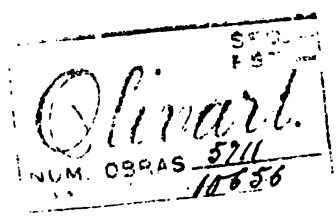
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 2044 103 245 510

77a
286

POLÍTICA DE ESPAÑA EN ÁFRICA



348

770
256

Gonzalo de Reparaz

Política de España en África

«Es preciso dar un alma, como toda alma, inmortal, á esta nación nuestra, que parece que vive sólo para el momento presente.»

(Cánovas del Castillo.)

BARCELONA

IMPRENTA BARCELONESA

CALLE DE LAS TAPIAS, NÚMERO 4

1907

AL LECTOR

No es éste un libro de circunstancias; no son las páginas presentes un intento de explotación de lo que ahora llamamos la actualidad. Este libro ha vivido conmigo muchos años, sus páginas forman parte de mi vida, y si sólo ahora sale á luz, es porque no podía salir antes.

En octubre de 1898, caliente la sangre de las víctimas del desastre, humeantes las ruinas del imperio colonial, escribía yo los renglones siguientes, resumiendo el que, á mi parecer, debía ser pensamiento nacional en aquellas horas angustiosas, por estar persuadido de que nación sin pensamiento, sin alma, es nación irremediablemente perdida.

«Como el hombre licencioso que, hastiado de aventuras (1), busca en el seno de la familia el descanso y la felicidad que de él huyeron mientras les persiguió corriendo el mundo, así ha de

(1) En el buen camino. — *Ilustración Española y Americana*, 22 octubre de 1898.

volver España, cansada de calaveradas ultramarinas, fecundas en glorias, estériles en provechos, al tranquilo hogar de la Península, en el cual, restauradas sus fuerzas, puede prepararse para empresas más ventajosas que aquellas á que se arrojó hace poco más de cuatro siglos, cuando embarcada con Colón, en busca de la India, rumbo á Occidente, tropezó con el no sospechado Nuevo Mundo. Ha llegado el momento del desengaño, y no tardará en seguir á éste el arrepentimiento. La inconsciencia de los destinos nacionales, enfermedad mental que alcanza á todos, á los dirigidos y á los directores (suponiendo que verdaderamente haya en esta nación quien dirija algo), estorba el conocimiento de la situación; pero tal prisa han llevado los sucesos, que pocos meses bastaron para llegar al triste é inevitable desenlace; y ahora es oportuno que hagamos el cómputo de lo que nos ha valido nuestra misión colonizadora y de lo que nos ha costado.

»Tiempo es también de que busquemos el buen camino, aquel de que en el siglo XVI nos apartamos con tanto beneficio de la civilización y de la humanidad como daño propio: el de la unión de todos los reinos españoles en uno solo y la expansión por África, natural consecuencia de aquélla. Francisco de Herrera dejó señalado el derrotero en aquel bellísimo soneto á Felipe II, que empieza con los siguientes cuartetos:

Ya que el sujeto reino lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente,
Y todo el grande esfuerzo de Occidente
Tenéis, Sacro Señor, en vuestra mano;

Volved contra el suelo hórrido africano
El firme pecho y vuestra osada gente,
Que su poder, su corazón ardiente,
Será ante el vuestro en vano.

»Hoy la unidad nacional está rota, España olvidada de sus destinos africanos, y las grandes fuerzas que tenía en el siglo XVI perdidas en América. Los tiempos son peores, los medios más cortos, la voluntad débil; pero no hay salvación si no es volvien-

do al programa de Francisco de Herrera. Seguirle ó resignarnos al papel de nación muerta: ése es dilema que se nos presenta.

»Pensando yo de esta suerte, no ahora y por circunstancias del momento, sino desde hace muchos años, y por razones harto fundamentales que más de una vez he expuesto, y que en substancia van expresadas en los párrafos anteriores, no hay para qué decir el afán con que busco lo poco que en España se publica tocante á los olvidados problemas africanos. Leo, y callo casi siempre, persuadido de la inutilidad de predicar á un pueblo sordo, que vive alelado, sin pensamiento ni voluntad; pero la ocasión de hacer un esfuerzo para despertar en él la conciencia de lo que le conviene me parece excelente, pues cada día que pasa trae alguna nueva y dolorosa prueba del mal negocio que hizo apartándose de las costas orientales del Atlántico..... Parecerá á muchos que nada puede haber tan inoportuno como tratar hoy de empresas militares, cuando la guerra de Cuba ha consumido casi todas las fuerzas de la nación. Así resulta mirando las cosas superficialmente, que es como se suelen mirar en España; pero luego que se examinan despacio, se viene en conocimiento de que, no habiendo ninguna que sin larga preparación salga bien (verdad harto ignorada entre nosotros, por desgracia), la preparación necesaria hay que hacerla en los tiempos malos, para poder pasar á la ejecución al llegar otros mejores, y que, si así no se hace, serán éstos completamente estériles. Por eso los años de convalecencia que han de seguir al sobrehumano é inconsiderado esfuerzo hecho en Cuba, se han de aprovechar en el estudio de los errores pasados, y de las compensaciones posibles, apercibiéndonos para intervenir, como y cuando convenga, en aquellos negocios en que podamos lograr ganancias que nos aseguren un porvenir menos sombrío que el presente.

»Si mañana sonase la hora de la liquidación del imperio marroquí y nos cogiese desprevenidos, otros ganarían mucho, y nosotros lo perderíamos todo y para siempre. Ya que hemos ido á enterrar en los campos antillanos más de 300.000 hombres en 30 años y no sé cuántos miles de millones de pesetas, sin que fuese lícito esperar de tal sacrificio el menor aumento de territo-

rio, de poderío, ni de riqueza, no incurramos en el error de asistir, de brazos cruzados y con la vista embobada en la contemplación de nuestras propias miserias, á la supresión de la única razón de ser que tendrá España en el mundo el día de mañana; porque las naciones son órganos de la humanidad á quienes la Providencia tiene confiados destinos históricos adecuados á la condición de cada una, y cuando una nación no tiene misión que cumplir, se atrofía y desaparece como órgano inútil. No sé que España goce de ningún privilegio que la ponga por cima de esta ley biológica, y por eso estoy persuadido de que, si en vez de emprender la tarea que le corresponde se encierra en sí misma, vendrá la atrofia sin remedio, y tras ella la muerte.»

Lejos estaba de imaginar que, mientras yo soñaba con el buen camino, sin la menor probabilidad aparente de ver mi sueño realizado, nos disponíamos á recorrerle. Menos podía sospecharlo la nación. ¡Acaso no lo sabe todavía! Cómo y por qué nos apartamos de él; cómo, por qué y cuándo volvimos á él; en qué circunstancias, y cuáles serán las consecuencias probables de esta rectificación esencial de nuestra vida: he aquí la materia de este libro.

INTRODUCCIÓN

LA TRADICIÓN COLONIAL DE ESPAÑA

a) Las tres grandes épocas de la civilización: fluvial—mediterránea—oceánica.
b) España, órgano de la expansión oceánica, descubre los mares, mide y circunnavega el planeta, é inaugura la era marítima y colonial.
c) Verdadero carácter de la colonización española.—España, precursora y maestra de los pueblos modernos.

A Historia de la humanidad es la Historia de la colonización de la Tierra. Por eso los primeros pueblos en nobleza y en grandeza histórica son los pueblos colonizadores. España es uno de ellos. Su misión colonial es su ejecutoria; su imborrable título á la consideración, y aun al afecto, de las demás razas. ¡Lástima que ni ella misma tenga conciencia de su pasado! De tal suerte ha sido éste desfigurado con las alteraciones varias de apologistas y detractores, que no es posible sacar de él, sin alguna nueva luz que le ilumine, enseñanza para lo presente y guía para lo porvenir. Una buena exposición de las empresas coloniales y marítimas

de los pueblos españoles descubriría las causas verdaderas de su poderío glorioso y efímero, y las de su rápida, honda y duradera decadencia; y, haciéndolas patentes, podría impedir el definitivo desastre.

En la marcha de la humanidad de Oriente á Occidente hay un alto de 30 siglos á orillas del Atlántico. La Península hispánica es el último foco de la civilización hacia Poniente; la transforma y modela según su propio temperamento y espíritu; y, llegado el momento propicio, el genio hispano levántase y emprende la marcha al través del mar Tenebroso, en busca de nuevos mundos, nuevos hombres, y nuevos tesoros con que enriquecer el patrimonio humano. ¡Misión sublime y grandiosa en la que nuestros padres desplegaron admirable energía, y que nosotros apenas alcanzamos á comprender hoy! En ella está la razón de nuestra existencia. ¿Acabóse? ¿No nos queda ya nada que hacer en el mundo? Pues nos hemos acabado. Somos el cadáver de una nación, y, como Carlos V, asistimos á nuestros propios funerales. ¿Nos queda algo? Hagámoslo. Los pueblos que rehuyen la labor que les está encomendada, mueren por ello.

Cuando fuimos grandes y temidos, tuvimos enemigos implacables y detractores injustos. No se nos combatió menos con la pluma que con la espada; y como al fin caímos vencidos, en parte por propios yerros, prevaleció la Historia forjada contra nosotros; quiero decir la leyenda de nuestra crueldad, de nuestro fanatismo, de nuestra avaricia, de nuestra esterilidad mental; de nuestra inferioridad étnica, para decirlo de una vez, y con su verdadero nombre. Españoles completamente sometidos al vencedor, esclavos en lo intelectual por falta de propia cultura y de

solidez en el cerebro (y, por tanto, positivamente inferiores) aceptaron y aceptan todavía esta novela sectaria como Historia real y fidedigna, del mismo modo que los indígenas del Nuevo Mundo tomaban por perlas y piedras preciosas las cuentas de vidrio que les llevaba Colón. Otros, enamorados de lo castizo, ciegos como todo amante, no ven sino grandezas, aciertos y virtudes en la España del siglo XVI. Estos, aunque también se engañan, tienen disculpa. Veneran á la madre; respetan, y aun adoran, el tesoro de tradiciones y creencias de sus antepasados. Quieren sentir como ellos, creer como ellos y morir como ellos. ¡Sentimientos en verdad respetables, y, además, necesarios á la conservación de la personalidad colectiva, porque aquella nación que aspira á romper con su pasado, á dejar de ser lo que fuera para ser otra cosa, á sí propia se condena á desaparecer!...; pero con sentimientos, con amorosas fantasías, se escriben dramas ó novelas, no Historia.

Ni es necesario escribirlos. Para la rehabilitación de España la Historia basta. Ella dice que si cometimos graves faltas, hicimos grandes cosas en beneficio de todos los pueblos. Que esté olvidado lo bueno y que lo malo, agravado por los detractores y sus copistas, siga sirviendo para nuestro vilipendio, no puede maravillarnos, pues así sucede generalmente en el mundo. La fuerza expansiva de la calumnia es grande; la verdad difícilmente se abre camino entre las marañas de la malicia y de la imbecilidad, señoras poderosas entre los mortales. Mas importa mucho á España volver por su reputación. Si de fronteras afuera la opinión pública (esto es, el vulgo; jamás dejará de ser vulgo la opinión pública, aunque todos los hombres estén graduados de doctor) se obstina en no ver en ella sino la tierra de la Inquisición, de la matanza de indios, y del absolutismo, difícil será que se la crea apta para una obra civilizadora moderna, en colaboración más ó menos íntima con naciones poderosas. La campaña de difamación no cesó con nuestra caída. Prosíguenla sectarios escasos de cultura y de probidad científica, pero rellenos de odio, saturados de pasión, empujados por el ansia de vernos

caer de nuevo para no levantarnos más, los cuales hallan abonado el terreno por la leyenda acreditada. Ésta es la que hay que destruir. La justicia, la ciencia y nosotros iremos ganando.

Las primeras sociedades civilizadas aparecen, allá en la aurora de los tiempos históricos, movidas por impulsos mercantiles ó por ambiciones guerreras. De los 42 libros de Toth en que estaba contenida (ó en los que la tradición simbolizaba) la sabiduría de los egipcios, había cuatro tratados dedicados al mundo y á la Tierra: una Cosmografía ó descripción del universo celeste; una Geografía ó descripción de la Tierra; una Corografía ó descripción de Egipto; y una descripción del Nilo y sus canales. En estos cuatro tratados encerrábase la ciencia geográfica de los egipcios acerca de su país, y de las comarcas por ellos exploradas como guerreros y como comerciantes 16 ó 18 siglos antes de Jesucristo, esto es, el Nilo medio y bajo, la costa occidental de Arabia y el Asia Anterior. Los caldeos y ninivitas, conquistadores venidos en dirección contraria —del Eufrates al Nilo—consignaron también en sus inscripciones la lista de los pueblos vencidos y de las regiones domeñadas.

Aquellas civilizaciones primitivas eran exclusivamente fluviales. Descubrieron y colonizaron las cuencas de los caudalosos ríos Nilo y Eufrates=Tigris (1) y desde ellas se derramaron por las regiones vecinas. Lo propio ocurrió en los valles del Ganges y del Hoang-Ho=Yang-tsé; pero éstos no contribuyeron á la transcendental evolución de la humanidad de fluvial á mediterránea.

---

(1) En Asia es circunstancia frecuente la de las grandes cuencas de tronco doble: Eufrates=Tigris; Ganges=Bramaputra; Yang-tse Kiang =Hoang Ho; Obi=Irtich; etc, etc.

Cierto que, si el Nilo viene á morir en el mar Interior, el Eufrates sigue opuesto rumbo para llevar sus aguas al golfo Pérsico. Pero los destinos de ambos pueblos son paralelos y se completan. La Geografía explica la causa. Véase como el Eufrates, allí donde empieza á ser navegable, se acerca al Mediterráneo, y como del opuesto lado adelanta el mar hacia él el golfo de Alejandreta; y obsérvese como, al propio tiempo, la tierra, cual si quisiera ayudar á este enlace, se humilla para dejar ancho y fácil paso entre las cordilleras del Tauro y del Líbano. Desde las más remotas épocas hallamos en esta vía natural una corriente mercantil cuyas etapas eran — del río al mar — Tampsaco, Calibón, Miriandos. Junto á esta colonia griega (á la que precedió probablemente un establecimiento heteo) fundó Alejandro la ciudad de Alejandría de Isos, y nacieron poco después Seleucia y Antioquía. Calibón no es ni más ni menos que la moderna Alepo. Hoy las mismas circunstancias geográficas producen iguales consecuencias políticas. El camino de Oriente á Europa va del Eufrates al Mediterráneo por Alepo y Antioquía, y para asegurarse su posesión se establecieron no ha mucho los ingleses (pueblo que, como sabe de Geografía, sabe de política) en la isla de Chipre. Ahora se le disputan los alemanes construyendo el ferrocarril de Damasco y otros, y es el teatro principal de la rivalidad creciente é irreductible entre estas dos grandes y poderosas naciones.

Los primeros imperios camíticos del Bajo Eufrates (caldeos) extendiéronse río arriba por Siria y Asia Menor, y los de raza semítica (medos y persas) aun se acercaron más al mar, intentando éstos dominar en él, y siendo su intento la causa de las guerras con los griegos. La acción expansiva de los pueblos caldeos y la de los conquistadores egipcios, ascendente aquélla y descendente ésta, llegan al Mediterráneo simultáneamente, y luego surge el órgano adecuado al cumplimiento de los nuevos destinos humanos. (1)

---

(1) Que una corriente civilizadora pasó de Asia y de Egipto á Europa, esto es, de Oriente á Occidente, túvose siempre por averiguado, y hoy

Los fenicios iniciaron la era marítima mediterránea. Vinieran del golfo Pérsico, ó pertenecieran á la raza primitiva de la cuenca interior (1), su comercio era ya floreciente 2.000 años antes de Cristo. Sidón fué su primera metrópoli. Jacob, en su lecho de muerte, habla de ella. (2) La civilización de Egipto influyó más que ninguna otra en Fenicia, por la proximidad geográfica y la afinidad étnica. Las analogías entre asirios, hebreos, egipcios y fenicios se van advirtiendo mejor á medida que los descubrimientos arqueológicos nos permiten conocer, reconstituir, su remoto y obscuro pasado. Expansivos y conquistadores, subyugaron las comarcas vecinas. Los fenicios, encerrados entre las sierras del Líbano (pobladas entonces de árboles) y el mar, emprendieron la conquista de éste. La industria de la navegación y de los transportes marítimos fué la base de su existencia, y les hizo opulentos. Reyes del mar y de la tierra les llama la Biblia. Navegando á lo largo de las costas, penetraron, del lado de Oriente, hasta el seno más recóndito del Ponto Euxino. Por Occidente exploraron todo el Mediterráneo hasta descubrir, 1.500 años antes de nuestra Era, las costas de España, la América de la Antigüedad. Mas de la otra parte de aquella tierra remota, rica

---

puede considerarse cierto; pero no menos lo es que esa civilización halló el terreno preparado por otra indígena, que no debió desaparecer, sino que se fundió en ella, y la dió elementos valiosos de desarrollo La gente braquicéfala y morena que pobló el litoral mediterráneo, tanto el africano como el europeo, que en Grecia se llamó pelásgica, en Italia etrusca y ligur, y en España ibera, nos ha dejado escrita su historia en las cavernas de la época llamada de Cros Magnón, en la cerámica prefenicia y prehelénica, y en las construcciones ciclópeas, que ya los griegos primitivos atribuyeron á seres fabulosos. Desde los linderos de la remota época neolítica, hasta la aurora de la de los metales, un mundo nuevo germinó espontáneamente en Occidente, de Grecia á España, y del Atlas al Báltico, llegando á un estado de cultura bastante más avanzado de lo que hasta hace poco se suponía. Algunos autores afirman la identidad étnica de las razas mediterráneas, incluyendo en ellas el tronco bereber: hipótesis probable, mas no probada.

(1) Autores recientes les suponen autóctonos, y formando parte de la civilización mediterránea neolítica, parientes, en este caso, de pelasgos, iberos, berberiscos, etc., etc. La hipótesis del parentesco parece, por ahora, atrevida.

(2) «Zabulón vivirá en la playa del mar y en el fondeadero de los buques, extendiéndose hasta Sidón.» GÉNESIS, cap. 41, vers. 13.

en metales, hallaron ¡novedad maravillosa y sorprendente! un inmenso mar poblado de misterios, donde las tempestades eran furiosas, las olas enormes, las profundidades insondables, y la inmensidad desconocida: era el mar Exterior, Tenebroso; el piélago infinito y temible. De los diversos nombres que los antiguos le dieron, ha prevalecido el de Océano, del griego *Okeano*, derivado á su vez de la raíz *og* (círculo, esfera), que en hebreo y en fenicio (1) expresaba la idea que de su disposición envolvente respecto del mundo conocido se hicieron los descubridores. De la contratación con los naturales de aquel remoto y novísimo continente nació, en el último límite de la tierra conocida, un fuerte, *gadir* (2), abrigo de una factoría, después plaza comercial de grandísima importancia, y foco de luz civilizadora en correspondencia con Sidón, el gran foco oriental. Entre ambos encendióse pronto un tercer luminar no menos potente: Cartago. Más de 15 siglos duró la dominación del mar Interior por los fenicios. Tiro sucedió á Sidón en la supremacía. Sus naves, partiendo de Gades, exploraron el mar Exterior hasta más allá de las Canarias, por el Sur, y hasta las costas inglesas, por el Norte. En ellas iba, entre otros productos de su industria, el alfabeto, ingeniosa transformación de la escritura demótica de los egipcios, y que los marinos tirios esparcieron por todas partes. Hasta las viejas inscripciones descubiertas en las rocas de Berbería y del Sahara están escritas con caracteres fenicios. Mas ¡oh ironía del destino! ni una línea trazada por este pueblo, inventor de la escritura alfabética, ha llegado hasta nosotros. (3)

---

(1) Lenguas hermanas, como lo eran los pueblos que las hablaban. Las guerras entre hebreos y filisteos (fenicios) suenan á contienda civil.

(2) De *gadir*, palabra que en púnico quiere decir castillo, se formó, según opinión corriente, *Gades*, que hoy suena *Cádiz*. Pero *gadir* parece voz gemela de *agadir*, la cual en berberisco significa también castillo. Así, pues, el nombre de Cádiz acaso es de origen berberisco, y quién sabe si debe considerarse como indicio de ser esta lengua la de los turdetanos ó tartesios, como lo era de los guanches. Son varios los pueblos de Marruecos que llevan el nombre de *Agadir*, é infinitos los que tienen un *agadir*, ó ciudadela.

(3) *Tifinagh*, «las (letras) fenicias», llaman todavía los tuaregs, á las de su antiquísimo sistema de escritura. Encuéntranse inscripciones *tifinagh* hasta en las orillas del Níger.

Kartada (la Ciudad Nueva), Cartago en lengua romana, heredó la tradición mercantil y marítima de sus padres. Colonizó aquella parte de Berbería que hoy es Túnez y Argel; sujetó en diferentes grados de dominio á los pueblos que la habitaban, los cuales vivían, como todavía viven en la época actual, en parte del pastoreo (por eso les llamaron *nómadas* los griegos, de donde los romanos hicieron *númidas)* y en parte de la agricultura; continuó la exploración del Atlántico (expediciones de Hannón y de Himilcón, 570-509), y fundó un imperio marítimo que se extendió por gran parte de España, el Norte de Africa, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Pero pueblos de diferente origen habían seguido también las lecciones de la vieja Fenicia. Los griegos primero, y los etruscos algo después, crearon una marina, un comercio marítimo, y factorías importantes. Unidos todos bajo la dirección de Roma, disputaron á Cartago el dominio del Mediterráneo, y, tras sangrientas guerras, la vencieron. En este pleito secular entre Europa á Africa, España, más africana que europea, peleó por Africa contra Europa, siguiendo las banderas de aquella gran familia púnica de los Barcas, de la que Aníbal fué el prodigio, precursor de otros gigantes que en el mismo suelo y de la misma sangre habían de brotar más tarde.

Roma, vencedora de Cartago, sometió fácilmente á su imperio la cuenca entera del Mediterráneo. El Oriente era harto viejo para disputarla el señorío del mar. El Occidente hallábase aún en la infancia. Y como la cuenca del Mediterráneo era el mundo de los antiguos conocido, Roma vino á ser señora del mundo.

Resumamos el concepto de la tierra habitada hasta la época romana.

El mundo egipcio comprendía el Asia Menor hasta Armenia y Persia, hacia el Norte y Oriente; Arabia; la Nubia, algunos oasis saháricos y el país que los griegos denominaron más tarde Cirenaica, en Africa; el Mediterráneo oriental, con Creta, Chipre y algunas islas del Archipiélago.

El mundo griego de la época de los Argonautas extendíase por el mar Egeo, el Ponto y comarcas aledañas.

El mundo fenicio de la época de Tiro, el Mediterráneo entero desde el fondo del Ponto al estrecho de Gades, y parte del Atlántico, de las Canarias al Archipiélago británico; el mar Rojo y el mar Eritreo, ó de las Indias en sus playas septentrionales y orientales, donde fundaron á Malaca, hermana de la Málaga del Estrecho gaditano. Cartago sólo añadió al mundo conocido de los fenicios la exploración de las costas occidentales de Africa y Europa, y la penetración, más ó menos pacífica, en Berbería y España.

El mundo romano de Estrabón, Plinio y Tolomeo se extiende por el Mediterráneo entero y comarcas adyacentes; por el Atlántico hasta Noruega; por el Eritreo hasta la India y Zanzíbar; por el Norte de Africa hasta el Darfur, el alto Nilo y gran parte del Sahara. El gobierno de Roma hizo lo posible por conocer los países limítrofes del imperio. Aelio Gelio exploró la Arabia; Nerón envió á dos centuriones á descubrir las fuentes del Nilo; Cornelio Balbo, Suetonio Paulino, Séptimo Flaco y Julio Materno dirigieron expediciones militares, que penetraron hasta el Sahara Central, y exploraron el Atlas. Pero el comercio oceánico de Gades declina; las relaciones con el Africa Occidental se pierden; la expansión cesa; la humanidad se detiene. En vano César emprende la conquista de las Galias, campaña política cuyo fin verdadero era obtener recursos para comprar votos en el Senado, donde dominaba la influencia de los caudillos orientales, grandes corruptores también. En vano Augusto emprende la de España, retrasada por la infinita división y subdivisión de tribus, que hacía imposible someterla de golpe. El imperio romano se completa; las comarcas occidentales acaban por hacer contrapeso á las orientales; una vida intensa afluye de la periferia al centro y refluye del centro á la periferia: este organismo inmenso y poderoso vivirá largos siglos de sí mismo y para sí mismo, pero confinado en un rincón del planeta, sin deseo de otra vida más amplia, y sin aptitud para ella.

Roma vegetaba feliz, sabia con toda la sabiduría de su

tiempo, corrompida y opulenta. Sus relaciones mercantiles extendíanse por todo el mundo conocido. A ella iban esclavos, pieles de hipopótamo, cuernos de rinoceronte, marfil de Etiopía; mirra, incienso, cortezas aromáticas, marfil, conchas de tortuga, de la costa oriental de Africa (Azania); aromas, sedas, algodón, índigo, piedras preciosas, de Barigaza, Caliena, Patala, de la India septentrional; y perlas, pimienta, muselinas, del reino de Pandión, de la India meridional, y de Taprobana; mirra y alabastro del país de los sabeos (el Ofir de Salomón) en Arabia, y hasta del remoto país de los seres (China) iban, ora por los mares Eritreo y Rojo, ora por las montañas de Pamir y de Bactriana, la seda, la canela y otras materias preciosas. Berenice y Alejandría eran los intermediarios de este comercio.

Los romanos fueron poco geógrafos. Tales, Hecateo, Eratóstenes, Posidonio, Polibio, Estrabón y Tolomeo eran griegos. Pomponio Mela, autor insigne del mejor compendio de Geografía que nos dejó la Antigüedad, y A. Séneca, á quien debemos otros dos monumentos geográficos: *De situ orbis* y *Cuestiones naturales*, en España nacieron. Pero la sociedad romana tuvo la sospecha, la noción intuitiva, de un mundo ultramediterráneo. Estrabón habla de las tierras que allende el Océano había, y que debían estar habitadas por otros hombres. También Cicerón se refiere á ellas en su *República*. La gente culta discurría acerca de los mundos incógnitos, y el tema estuvo en moda entre los intelectuales elegantes. Tolomeo llegó á dar nombre á aquellas remotas é inaccesibles regiones: eran las *autœcumenos*, ó mundo opuesto.

Entretenidos en estas disquisiciones, ó ensueños eruditos, sorprendió á los romanos la invasión bárbara y la muerte.

Quien dice Edad Media dice retroceso de la Geografía científica. Pero ese retroceso habíase iniciado en el período de la decadencia romana, es decir, á partir de Tolomeo. Los Padres de la Iglesia, en otras disciplinas sapientísi-

mos, en ésta anduvieron atrasados de noticias. Lactancio se burlaba de la noción de los antípodas, admitida como hipótesis científica verosímil desde muchos siglos antes. San Agustín la rechaza también, fundándose en que tales hombres no podrían descender de Adán. Después de la invasión la caída es mayor. En vez de Estrabón, Plinio, Mela y Tolomeo, tenemos á Jornandes, Dicuil y Cosmas Indico-Pleustes. La que sale ganando con la mezcla de pueblos y razas que se opera en toda Europa, es la Geografía positiva. Los normandos ensancharon los dominios de ésta por el Norte hasta Laponia, Islandia, Groenlandia, Terranova y el Labrador. (1) Los árabes por el Sur y Oriente hasta China, la Tartaria y las Molucas. Las dos corrientes de pueblos nuevos marcharon simétricamente, y como completándose y ayudándose, viniendo á encontrarse y confundirse en la Península española, como se mezclan y confunden las aguas de dos ríos en un lago, del que ha de partir otro río mucho más caudaloso. Incapaz todavía de continuar la marcha hacia Occidente, cortado el camino por la inmensidad del mar Tenebroso, la civilización se detiene, y acaba por refluir cual si quisiera volver al punto de partida. De 1100 á 1300 después de Cristo repítese el mismo fenómeno de regresión que de 1100 á 1300 antes de dicha fecha presenciara el Mundo Antiguo. Las Cruzadas parecen bajo cierto aspecto una repetición de la guerra de Troya. Las invasiones cristianas arrojan á los pueblos occidentales sobre el Asia; Pontífices y Reyes envían embajadas á los descendientes de Gengiskán y á Tamerlán; Plan-Carpino, Ruysbroek, Mandeville y Clavijo vuelven, tras largos viajes por Asia, con noticias maravillosas, que la paciencia y el amor de los frailes á la ciencia conserva en los monasterios, y que son asombro de erudi-

(1) Los verdaderos descubridores de América fueron los noruegos, precursores de Colón con más de 600 años de ventaja; pero este suceso quedó relegado á la categoría de secundario y local, sin producir fruto alguno, semejante á la semilla prematuramente depositada en la tierra. Las riquezas del Mediterráneo atrajeron á los hombres del Norte desviándoles del camino de Occidente. Lo contrario de lo que después sucedió á los españoles.

tos y curiosos. El veneciano Marco Polo trae á los cristianos las primeras descripciones auténticas de la corte opulenta de Kubilai-Kan, la gran ciudad de Kambalik (Pekin) y de las riquezas de Zipan-gu, casi al propio tiempo que viajeros árabes no menos extraordinarios, y sobre todos el tangerino Ibn-Batuta, peregrino infatigable en la India, China, Archipiélago Malayo, Asia Central y Sudán, comunican á los musulmanes de Occidente los resultados de sus viajes. Ansia infinita de conocer el mundo apodérase de los hombres. Un mahometano español, El-Edrisi, había intentado en los comienzos de este gran movimiento intelectual (mediado el siglo XII) poner los cimientos á la Geografía con arreglo á las nuevas noticias, y un monje cristiano, prodigio de erudición y de perspicacia científica, escribía en las soledades de un claustro británico, poco más tarde: «El mar no cubre, aunque otra cosa se piense comunmente, la tercera parte de la Tierra. Es evidente que una parte considerable del mundo habitado debe hallarse debajo de nuestra propia residencia, si se tiene en cuenta que las comarcas extremas de Oriente y Occidente sólo se hallan separadas por un mar de mediana extensión, de donde se sigue que la parte habitada entre Oriente y Occidente no será la mitad del círculo equinoccial, ni la mitad de la circunferencia celeste. Pero ¿cuál es exactamente esta extensión? He aquí lo que en nuestro tiempo nadie ha medido. Ninguna indicación hallamos sobre esto en los libros antiguos.» *(Liber de regionibus mundi,* in *Opus Major.)* La brújula, presente que los chinos hicieron á los árabes, y que éstos nos transmitieron, empezaba á permitir la navegación de altura; la marina renacía en el Mediterráneo y en las costas atlánticas; á la sugestión de las riquezas del Oriente, y á la del sepulcro de Cristo, venía á sumarse la de los reinos cristianos que en remotos países florecían (leyenda del Preste Juan); el estudio de los antiguos textos, luengos siglos olvidados, hacía revivir las ideas de griegos y romanos sobre los antípodas, la naturaleza y extensión del mundo, y el *autœcumenos*, ayudando la imprenta á difundirlos: las obras de Plinio se imprimieron en 1468, la de Estrabón en 1468, la de Mela

en 1471. La humanidad, sacudido el secular sopor, movíase y aprestábase á partir para Occidente. Agitábanse en su seno con fuerza creciente las ideas motrices; surgían, merced á los progresos de la industria, los medios materiales; sólo faltaba el guía.

Cuando sonó la hora de emprender el viaje, España, que debía dirigirle, estaba ya en marcha, tanteando el terreno, en lucha abierta con lo desconocido, que ante ella se extendía henchido de misterios tentadores. Leyenda ó tradición cierta, la expedición de los comerciantes moros de Lisboa, algo anterior á la reconquista de la plaza por Alfonso Enríquez, suena á reconocimiento del territorio enemigo por audaces soldados de vanguardia. (1)

Pero de las opuestas civilizaciones que se disputaban el imperio del mundo como antes Roma y Cartago, sirviendo de principal campo de batalla, también como entonces, nuestra Península, la victoria había de ser nuevamente de los hombres del Norte, y, venciendo éstos, á ellos había de corresponder la dirección de la empresa. Los musulmanes sólo fueron precursores. Anticipáronse en la creación de la marina (como se habían anticipado en las ciencias), obra de los tres primeros Abderrahmanes. Dominaron el Mediterráneo; contuvieron, y en ocasiones escarmentaron, á los normandos; mas su poder naval no tuvo eficacia ofensiva contra el reino asturiano, lo que salvó la Reconquista. Decayó rápidamente.

Cuando ese poder languidecía, daba sus primeros pasos la marina cristiana, bajo la dirección del arzobispo Gelmí-

---

(1) El-Edrisi, de quien tenemos esta noticia, cuenta que les llamaron *magrurin*, los chasqueados, porque después de larguísima navegación volvieron al puerto sin haber visto otra cosa que un mar inmenso que se extendía constantemente ante la proa de su buque, y el que habían surcado hasta llegar á unas aguas viscosas, envueltas en tinieblas impenetrables.

rex, en el Atlántico, y del conde Ramón Berenguer, en el Mediterráneo (principios del siglo XII), y con el concurso de maestros italianos (principalmente genoveses), á los que un siglo más tarde recurrió también Portugal. La marina castellana tuvo existencia gloriosa, pero fugaz; casi tan fugaz como la del Califato. Sus principales protectores fueron Fernando III, Alfonso el Sabio y D. Pedro el Cruel. El inconveniente geográfico de la división de la costa en dos trozos por la interposición de Portugal, fué (es y será) causa de irremediable flaqueza. La marina aragonesa creció sin cesar, y llegó á ser la más potente del Mediterráneo. La de Portugal vino á alcanzar parecido concepto en el Atlántico, gracias al persistente esfuerzo de sus reyes, desde Alfonso III hasta Fernando I. En tiempo de Alfonso IV las carabelas lusitanas, coincidiendo con las naos del Cantábrico, navegaban hasta las Canarias, 70 años antes que Bethancourt. Asegurada la independencia, después de Aljubarrota (1385) (1), Portugal, lleno de vida, emprende la conquista de Ceuta (1415), y en seguida la navegación del Atlántico y la circunnavegación de África para llegar á la India, con método, con perseverancia, con aquella paciencia fuerte, propia del temperamento portugués de entonces, no á lo aventurero, sino á lo político, y con el acierto que acreditó el resultado. De muy diferente carácter fué la empresa castellana. Colón, aventurero italiano, lanzó á Castilla en una aventura. Partiendo de ideas sobre las dimensiones de la Tierra y la extensión del Océano ya en la Antigüedad profesadas (2), ideas completamente erróneas, creía que se llegaría más pronto y más fácilmente á las Indias por Occidente que por el camino que los portugueses iban descubriendo. Sin el inesperado hallazgo del Nuevo Mundo, lo probable es que nunca más se hubiera

(1) Los más de los historiadores castellanos no explican el desastre de Aljubarrota, ni aquí cabe el estudio del suceso. Baste decir que fue el choque de un reducido ejército (7.500 hombres) con una muchedumbre (35.000 hombres) sin organización ni general. Ambas huestes representaban el estado orgánico de los respectivos países.

(2) Reflejo de ellas es el párrafo de Bacon antes copiado. Lo mismo digo de las opiniones de Toscanelli sobre tierras ultramarinas en Occidente.

vuelto á saber de las carabelas colombinas. La suerte convirtió en magno episodio histórico lo que pudo ser desastrosa pérdida.

«Católica y monárquica, la constitución de España, toda española, está acabada. Rodeada por el mar y el Pirineo, la Península es un gigante, en cuyo seno fermenta la vida; tiene los brazos vigorosos, la cabeza ardiendo en Dios, el corazón henchido de ambiciones. Ocho siglos de meditaciones mostráronle claramente una fe que es para ella la verdad eterna. Ocho siglos de guerra fortalecieron sus músculos, y la ejercitaron en el manejo de las armas. Ocho siglos de interna y dolorosa lucha la llenaron de ambiciones de dominio, de goces, y de imperio. Siéntese fuerte y está segura de poseer la Verdad.

»Cada uno de sus miembros es un gran hombre. Cisneros, Loyola, Camões, Colón, Cortés, Gama, Pizarro, Albuquerque, Calderón, Santa Teresa, Lope, Cervantes, Murillo, Ribera, Torquemada, el feroz inquisidor; Felipe II y D. Juan III, monarcas temerarios que redujeron sus reinos á cenizas en holocausto á la quimérica pureza de la fe.

»Todo cede ante la primera explosión de la fuerza y del genio español; nada resiste á los brazos heroicos dirigidos por el ardor de la fe. Europa inclina su cerviz y la naturaleza vese obligada á revelar sus secretos. Dominan el mundo conocido y descubren lo incógnito para dominarlo también:

¡Se mais mundo houvera, mais chegaram!

»Expulsado de casa el musulmán, pasan á Marruecos, van á Túnez, y acuden, desde Italia, á la defensa de Europa entera contra el turco..... Francia, Venecia, el mismo Papa, doblegábanse ante la fuerza de los nuevos bárbaros; tendíanles la mano, pactaban con ellos; sólo la heroica España no transigía, y su heroísmo tuvo una apoteosis el día terrible de Lepanto (1571), en el que Europa quedó libre para siempre de la amenaza pavorosa del turco.

»Aquellas sus extraordinarias hazañas excedieron del límite que la temeridad impone á las fuerzas de los hombres. Una vez más vióse realizada la leyenda de los Titanes; y, al rápido resplandor del heroico siglo XVI, sucedió la acción sorda de las reacciones de la fatalidad. Volvió la Historia á la obediencia de las antiguas leyes; y la sociedad peninsular, disolviéndose orgánicamente, vino de caída en caída al estado en que la vemos, estado en el que el observador advierte algo muy parecido á los movimientos colectivos y anónimos de la Edad Media.» (Oliveira Martins. *Historia da civilisaçaô iberica*, págs. 197-198.)

La expansión peninsular es el primer suceso universal de la Historia humana, porque comprende el planeta entero. Gama, Almeida, Pacheco y Albuquerque fundan el gran imperio portugués, ó hispano-oriental, al propio tiempo que Colón, Ojeda, Pinzón, Cortés y Pizarro crean el gran imperio castellano, ó hispano-occidental. Mientras Cortés piensa en la cortadura del istmo de Tehuantepec y otros españoles proponen la de Nicaragua, Panamá, etc., Albuquerque planea la unión del Mediterráneo con el mar Rojo. Un Océano inmenso y desconocido se interpone entre los esforzados campeones del progreso: Vasco Núñez de Balboa, español, le descubre; Fernando de Magallanes, portugués, le surca por primera vez y, al surcarlo, circunnavega la Tierra, y con su atrevido derrotero une los dos imperios españoles.

No menos vasto ni menos arduo que el problema del descubrimiento y conquista de tantas y tan dilatadas y desconocidas comarcas, eran los de su colonización y civilización de sus pobladores. Los españoles, primer pueblo colonial de la época moderna, no tenían modelos que imitar ni ajenas experiencias en que aprender: disculpa suficiente de sus errores ante la Historia. Del examen imparcial de lo que hicieron, y del estudio de las instituciones que crearon, resulta que su obra civilizadora puede considerarse digna de respeto y aún de admiración, siendo indudable

que ningún otro pueblo la ha superado después, ni acaso igualado.

No sólo las riquezas de la India y de América llevaron á portugueses y castellanos por las temerosas soledades del Atlántico, y les alentaron en la busca de los caminos del soñado Oriente. También les movía el afán de redimir á tantos millones de gentiles, pobladores de los dilatados reinos en que aun no había entrado la fe de Cristo... Juntos fueron á recorrer el mundo en las almas de aquellos aventureros el ideal y el interés; juntos habían ido antes en otros pechos á otras también grandísimas empresas; y juntos van ahora en los de los humanitarios y civilizadores europeos de estos tiempos: oro, marfil, y otras preciadas mercaderías buscaban en las recién descubiertas tierras nuestros padres; oro, marfil, y otros productos preciosos buscan los europeos á principios del siglo XX en Africa, en Asia, en América y en Oceanía. Aquéllos ponían por motivo de sus empresas la religión, diciendo que iban á convertir gentiles; éstos alegan la necesidad de llevar á las naciones bárbaras la civilización de las europeas.

La diferencia de propósitos sólo se encuentra comparando lo que hicimos en el siglo XVI con lo que hacían las naciones que se reputan más adelantadas y civilizadas. Esas naciones (Inglaterra, Holanda y Francia) no se proponían entonces otra cosa que robar, incendiar y degollar indios ó españoles: en el robo ponían su principal esperanza. Cuando se establecieron en el continente, su único cuidado fué beneficiar las riquezas de las tierras que ganaron. Sirva de ejemplo la conquista del Norte del Brasil por los holandeses, los cuales no pensaron en civilizar á los naturales, reduciéndose sus aspiraciones á fundar en aquella parte de América una inmensa hacienda. Su ideal era saldar todos los años la contabilidad de la casa con buen beneficio. (1)

---

(1) Ingleses, franceses y alemanes de los siglos XIX y XX tendrían mucho que aprender, en punto á humanidad, de los españoles del XVI. Los primeros, tan compasivos, que vendían por cuenta propia los negros que sus cruceros rescataban de los negreros españoles y portugueses, han perseguido á los australianos hasta descastarlos como animales

Mucho más levantada, grande, civilizadora y humanitaria fué la obra de España en todas las comarcas que descubrió. «Los Reyes de Castilla, dijo Colón á los indios el día de su llegada á Cuba, nos han enviado, no á sojuzgaros, sino á enseñaros la verdadera religión y á defenderos de vuestros enemigos, y así todos vosotros debéis tenernos por vuestros amigos y protectores.» Poco después les enseñaba Alonso de Ojeda que indios y españoles, y todos los hombres en general, eran hermanos y libres, como hijos de un solo hombre y una sola mujer. Isabel la Católica dejó escrito en su testamento: «Nuestra principal intención fué siempre la de procurar inducir y traer los pueblos de las Indias y convertirlos á nuestra santa fe católica, enviándoles prelados, religiosos, clérigos y otras personas doctas para instruir á sus vecinos, doctrinarles y enseñarles buenas costumbres.»

Nunca fueron perseguidos los naturales por sus creencias religiosas. Aunque celosos por su religión, rara vez se apartaron los conquistadores de la blandura que la caridad cristiana les mandara usar. No se determinó Cortés á derribar los ídolos de Cempoala hasta que supo que en sus templos se habían sacrificado víctimas humanas. En Tlascala quiso ser más ejecutivo, animado por el buen suceso primero; pero «el Padre Bartolomé de Olmedo le puso en razón, diciéndole que no estaba sin escrúpulo de la fuerza que se hizo á los de Cempoala, porque se compadecían mal la violencia y el Evangelio, y aquello, en substancia, era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazón. A que añadió que la empresa de reducir á aquellos gentiles pedía más tiempo y más suavidad, porque no era buen camino para darles á conocer su engaño malquistar con torcedores la verdad. A cuya persuasión y autoridad rindió Cortés su discurso, reprimiendo los ímpetus de su piedad. Y de allí en adelante se trató sólo de ganar las volun-

---

dañinos. De las dulzuras coloniales de nuestro tiempo dicen bastante el proceso de Peters, y otros más recientes, entre ellos el de Toqué, en los que se habla de indígenas muertos á palos; destrozados por los cañones á cuya boca eran atados; volados con dinamita; víctimas de brutales actos de pederastia, etc.

tades de aquellos indios, haciendo amable con las obras la religión para que á vista de ello conociesen la disonancia y abominación de sus costumbres.»

De esta suerte habla Solís, alabando la tolerancia de Olmedo y de Hernán Cortés con la aprobación expresa de la Inquisición de España en la época de Carlos II, cuando mayor poder tenía aquélla. Verdad es que de la Inquisición española apenas se sabe cosa que pueda tenerse por cierta. Empieza á saberse ahora, por el libro que Scheffer acaba de publicar en Alemania.

Pero de esas pocas cosas á ella tocantes que se conocen de modo indudable, una es que en América sólo podía perseguir á judíos y protestantes, y que aun esto lo hizo tan tibiamente, que no se podrá citar un solo auto de fe en Méjico anterior á la segunda mitad del siglo XVII. Sobre los indios no tenía jurisdicción alguna, y le estaba terminantemente prohibido perseguirles. No vivían entonces tan libres en punto á religión los europeos, pues por ella se hallaban en perpetua guerra, y se tostaban, robaban y degollaban para imponerse sus respectivas creencias.

Lo propio sucedía con la libertad política, en la que también se aventajó la América española á todas las naciones europeas. Los indios tenían tanta parte en el gobierno local como los españoles, y una ley de 1618 ordenaba que en todos los pueblos de naturales hubiera ayuntamiento compuesto del número de alcaldes y regidores, todos ellos indios, proporcionado al de habitantes que cada pueblo tuviera y que la ley señalaba, debiendo ser elegidos anualmente por los vecinos. (*Ley* 15, tít. VII, lib. VI.) También el alcalde había de ser elegido anualmente, y, para que lo fuese, habían de darle sus votos las dos terceras partes de los vecinos indios. (*Ley* 42, tít. XVI, lib. VI.) Estos alcaldes, además de cuidar del gobierno y policía del pueblo, ejercían la jurisdicción real en todos los asuntos civiles de menor cuantía, y en todos los criminales, excepto en aquellos procesos en que tuvieran que imponer alguna pena corporal infamante. (*Leyes* 16 y 17, tít. III, lib. VI.) Llevaron los españoles á Ultramar las viejas libertades de que aquí disfrutaban, sobre todo las municipales, y por sí y

ante sí, sin permiso del Rey, fundaron las ciudades, eligieron sus cabildos é hicieron sus leyes y reglamentos para regirse y gobernarse. Entre otras instituciones por ellos creadas, figuran también las Cajas de socorro y seguros para obreros, como la que había en las salinas de Nemocón, donde cada obrero dejaba ciertos maravedises de su jornal para los ancianos y enfermos. La *Ley* 2, tít. IV, lib. VI, creó las Cajas de comunidad, donde se guardaban los bienes del común, para que de allí se gastase lo necesario á la conservación y aumento de la propiedad colectiva.

Todos los Reyes de España protegieron paternalmente á los naturales de las comarcas recién descubiertas. Carlos V mandó que, «so pena de muerte y pérdida de bienes, ninguno fuese osado de hacer esclavos en Indias, sino con suficiente información hecha al gobernador y oficiales reales». (Real Cédula expedida en Granada á 5 de noviembre de 1526.) Este soberano creó el cargo de Protector de indios, que encomendó á Fray Julián Garcés y Fray Juan de Zumárraga, primeros obispos de Tlascala y de Méjico, encargando á los dominicos y franciscanos en la Real Cédula del nombramiento (24 de enero de 1528) que velasen por el puntual cumplimiento de sus disposiciones protectoras. Y como los únicos indios á quienes se podía reducir á servidumbre eran los antropófagos, y esto por razón de aquella cruelísima y hasta entonces jamás conocida costumbre de comer carne humana, el Emperador acabó por declararles también libres, y prohibió que se les diese caza, y que se les hiciese esclavos en las guerras que con ellos hubiese. Parecidas, y aun más radicales disposiciones adoptaron Felipe II y Felipe III.

La tolerancia del gobierno con los usos y leyes de los indios, y los propósitos civilizadores y paternales del legislador, pruébanse con los siguientes artículos de la inmortal legislación indiana.

«Ordenamos y mandamos que las leyes y buenas costumbres que antiguamente tenían los indios para su buen

gobierno y policía, y sus usos y costumbres observadas y guardadas después que son cristianos, que no sean contrarias á la religión ni á las leyes promulgadas por Nos, así como las que ellos han hecho y ordenado de nuevo, se guarden y ejecuten; y siendo necesario, es decir, en caso necesario, por lo presente las aprobamos y confirmamos hasta tanto que Nos podamos añadir lo que nos pareciere que conviene á la conservación y policía de los naturales de aquellas provincias, no perjudicando á lo que tienen hecho, ni á las buenas y justas costumbres y estatutos suyos.» (*Ley* 4, tít. 1, libro II. Dada en 1555.)

«Los principales y caciques de las cuatro cabeceras de Tlascala nos suplicaron por merced que se les guardasen sus antiguas costumbres para conservación de aquella provincia, ciudad y república, conforme á las ordenanzas dadas por el gobierno de la Nueva España el año 1545, confirmadas por provisión Real. Y porque son muy justas y convenientes, y hasta la fecha han estado en observancia, y mediante ellas son bien gobernados, y la ciudad se halla quieta y pacífica, de nuevo las aprobamos y confirmamos, y mandamos que se cumplan, guarden y ejecuten, y no se consienta que á su contenido se contravenga en ninguna forma.» (*Ley* 40, tít. 1, lib. VI. Dada en 1565.)

«Algunos naturales de las Indias eran en tiempo de su infidelidad caciques y señores de pueblos, y porque después de su conversión es justo que conserven sus derechos, y el haber venido á nuestra obediencia no les haga de peor condición, mandamos que, si estos caciques ó sus descendientes pretendieren suceder en aquel género de señorío, se les conceda y haga justicia.» (*Ley* 1, tít. 7, lib. VI.)

« Usaban los indios al tiempo de su gentilidad vender sus hijas á quienes más les dieran para casarse con ellas. Y porque no es justo permitir en la Cristiandad tan pernicioso abuso, pues no se contraen con libertad los casamientos por hacer las indias la voluntad de sus padres, y los maridos las maltratan como esclavas, faltando el amor y lealtad del matrimonio, viviendo en perpetuo aborrecimiento con inquietud de los pueblos, mandamos que ningún indio ni india reciba cosa alguna en mucha ni en poca cantidad, ni

en servicio, ni en otro género de paga en especie, del indio que se hubiere de casar con su hija, y si el que lo hiciese fuese indio principal, quede por mazagual, esto es, pierda el carácter de tal principal, no pudiendo, por consiguiente, ejercer cargo público alguno.» (*Ley* 6, tít. I, lib. VI.)

«Es nuestra voluntad que los indios é indias tengan, como deben, entera libertad para casarse con quien quisieren, así con indios como con naturales de estos nuestros reinos, ó españoles nacidos en las Indias, y que en esto no se les ponga impedimento, y mandamos que ninguna orden nuestra que se hubiera dado ó que por Nos fuere dada, pueda impedir ni impida el matrimonio entre los indios é indias con españoles ó españolas, y que todos tengan entera libertad de casarse con quien quisieren.» (*Ley* 2, tít. I, lib. VI. Dada en 1514 por D. Fernando y D.ª Juana.)

«El trato y convenio de los indios con españoles los unirán en amistad y comercio voluntario, siendo á contento de las partes, con tal de que los indios no sean inducidos, atemorizados ni apremiados, y se proceda con buena fe, libre y general, por unos y otros.» (*Ley* 24, tít. I, lib. IV. Dada en 1521.)

La Ley 11, tít. I, lib. VI, dada en 1524, mandaba que, cuando algún español tuviere hijos de india, con la que se hubiere casado, y quisiere traer á Europa á la india y á sus hijos, ó la india dijere que quiere venir con ellos, el gobernador de la provincia le haga comparecer ante él, y siendo su voluntad venir con sus hijos, los dejare y consintiere que libremente pueda venir con ellos.

No hubo en la América española centralización ni monopolio. Para comerciar con los reinos de Indias no era necesario estar matriculado como tal mercader en los consulados. Para embarcar se requería licencia del Rey ó de la Casa de Contratación de Sevilla, pero eran muchísimos los que lo hacían sin tenerla. (Véase la *Ley* 3, tít. XXVI, lib. IX.) A los extranjeros no se les pedía ni más ni menos

que á los naturales. Sólo cuando eran sospechosos, temiéndose que anduvieran en tratos con piratas ú otros enemigos, se les obligaba á internarse. Los que llevasen algunos años de residencia en Castilla, Aragón, Baleares, y Portugal, eran tratados y considerados como españoles. La Ley 8 prohibía (tít. XVIII) que se hiciesen reglamentos para el comercio de bastimentos, mantenimientos y viandas, declarándole completamente libre. El trato entre indios y españoles era libre también. (*Leyes* 24 y 25.) «Para conservación y acrecentamiento del trato y comercio de estos reinos y de los de las Indias, encargamos y mandamos á los virreyes y gobernadores que en ellas no permitan estanco en los vinos, frutas y otras mercaderías que se llevasen de estos reinos, debiéndolo dejar comerciar libremente, favoreciendo la contratación y comercio, y dado caso que convenga establecer algún estanco, preceda licencia del Rey, y en tanto ésta no se conceda, aquélla no se ejecute.» (*Ley* 62, tít. VI, lib. XI.)

La Casa de Contratación de Sevilla no fué rémora de la navegación y del comercio, como historiadores poseídos del horror de la documentación han escrito, pues desde 1564 le estaba prohibido intervenir en los navíos que de Sevilla, *ó de otras partes*, salían con mercaderías para las Canarias, desde donde se dirigían á las Indias. La mayor parte de los reglamentos que se hicieron, diólos el gobierno para proteger á los barcos de las acometidas de los piratas ingleses, franceses y holandeses, que asociados en ocasiones con los propios reyes ó príncipes de su tierra (1) robaban á los comerciantes españoles dondequiera que los encontraban. ¡Ahora sus descendientes gozan de los títulos de civilizadores, desinteresados y humanitarios, y á nosotros nos dan los de bárbaros, codiciosos y crueles!

Desde el 15 de enero de 1529 quedaron abiertos á la contratación de Indias, además del puerto de Barcelona y otros que ya lo estaban, los de Coruña y Bayona en Galicia, de Avilés en Asturias, de Laredo en las Montañas y

(1) Como Raleigh con Isabel de Inglaterra.

sus encartaciones, de Bilbao en Vizcaya, de San Sebastián en Guipúzcoa, de Cartagena en Murcia y de Málaga en Granada. La Ley 14, en su tít. XVIII, lib. IV, mandaba que no se pusiese impedimento alguno á los indios para que pudiesen descubrir, obtener y ocupar minas de oro, plata ú otros metales, y labrarlas, como lo podían hacer los españoles, conforme á las ordenanzas de la provincia, pudiendo extraer los metales para su aprovechamiento; prohibiéndose que ningún español ni cacique tuvieran parte ni se entrometieran en los asuntos de las minas que los indios descubrieren, obtuvieren y beneficiaren. Podían cortar libremente madera de los montes públicos para su aprovechamiento. (*Ley* 14, tít. XVII, lib. IV, dada en 1559.) Los montes de fruta silvestre eran comunes, y de ellos podían coger las plantas que quisiesen aprovechar y llevarlas á sus heredades. (*Ley* 8, tít. XVII, lib. IV.) También eran de aprovechamiento común los pastos, montes, aguas y términos; las tierras sembradas, después de alzado el pan, así como los montes y pastos de las tierras que hubiesen sido dadas en señorío, debían ser comunes á españoles é indios. (*Leyes* 5, 6 y 7, tít. XVII, lib. IV, dadas los años 1535, 36 y 41). Eran libres la caza y la pesca, y ambas estaban libres de diezmo desde 1541. (*Ley* 18, tít. XVI, lib. I.) Igualmente era libre, sobre todo para los naturales, la pesca de las perlas. (*Leyes* 29 y 30, tít. XXII, lib. VI). Ningún campesino europeo, salvo el español, gozaba de tantas franquicias y libertades, y aun había siervos en Francia cuando hacía muchísimos años que había sido abolida en las Indias la servidumbre. Por eso ha podido decir Humboldt, con razón sobrada, que la condición social del indio español era mejor que la de los aldeanos de una gran parte del Norte de Europa. (*Ensayo político*, lib. IV, cap. IX.)

Autores en cuyos escritos la ignorancia y la mala fe se dan la mano, han acreditado la fábula de la extinción de las razas indígenas por la crueldad española. Las declamaciones del no muy verídico ni bien informado Las Casas han sido el fundamento y punto de partida de esta leyenda. No fueron los españoles exterminadores de los habitantes

de las Antillas. Extinguiéronse éstos por las mismas razones fisiológicas que á nuestra vista, y sin que nadie pueda evitarlas, van acabando con las razas indígenas de los archipiélagos del Pacífico. ¿Han podido los humanitarios ingleses salvar á la raza tasmania? Del gran pueblo maorí, ¿qué queda ya, á pesar de que hace muchos años que nadie le persigue ni hostiliza? Y los canacas de Hauai, aunque libres é independientes hasta hace poco, ¿cómo no han podido escapar á la casi total extinción á que han llegado? Si la causa de la despoblación de las Antillas hemos sido nosotros, ¿por qué han desaparecido también los pobladores indígenas de Tabago y de otras islas que, todavía habitadas, pasaron á poder de diversas naciones europeas? Reclus, gran geógrafo, historiador menos que mediano, y en lo relativo á la colonización española siempre mal informado, dice en su *Geografía Universal* que los indios de la América del Sur murieron á millones por lo mucho que los conquistadores les hacían trabajar y caminar. Con esto muestra desconocer por completo el estado social que precedió á la conquista y el que le siguió. En el Perú todos los varones, *desde los 5 años de edad*, estaban obligados á trabajar en los palacios del Inca, puentes, carreteras, fuertes, templos, etc., etc., con penas severísimas, hasta la de muerte, al que de cualquier modo se excusase. El primer cuidado del gobierno español y de sus representantes en América, incluso los de corazón más duro y guerrero, fué modificar y suavizar esta institución, dejándola reducida á lo necesario para que los indios no abandonasen el trabajo, principalmente el cultivo de la tierra. Y para evitar abusos en lo que de tan duras leyes quedaba, se prohibió del modo más terminante á todo español con autoridad, desde el virrey hasta los frailes y curas, tener indios de mita ó de repartimientos, es decir, que trabajasen para ellos. (*Leyes* 42 y 43, tít. XII, lib. VI.) Los desvelos paternales del legislador resplandecen en el párrafo siguiente: «Ordenamos y mandamos que sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriaren, ofendieren ó maltrataren á indios, que si los mismos delitos se cometieren contra españoles, declarándolos por delitos públicos.»

(*Ley* 21, tít. X, lib. VI. Dada por Felipe II, año de 1595.) Los indios de carga iban atados unos á otros con cuerdas en tiempo de los incas, cuyo uso abolieron inmediatamente los españoles, y con más rigor que nadie Valdivia en Chile. Este insigne capitán mandó, en lo más encendido de las guerras con los de Arauco, y á pesar de los increíbles tormentos que éstos hacían padecer á los nuestros cuando caían en sus manos (el propio Valdivia vino á ser su principal víctima), *castigar á los indios con arreglo á justicia con azotes ú otros castigos en que no intervenga cortar ó romper miembros.* Siglos después todavía cortaba y rompía miembros la justicia francesa, viniendo así á ser la suerte del ciudadano francés ante los tribunales harto peor que la del indio ciudadano español. Y no se maraville nadie de ello, pues en el camino de la libertad y de la democracia hemos llevado siempre, mientras hemos vivido de nuestra propia substancia, muchas jornadas de ventaja á casi todas las naciones europeas. Sirva de ejemplo la ley dada por Felipe II en 1593, por la cual estableció en todos sus Estados ultramarinos la jornada de 8 horas, y por cierto que de modo más radical de como la piden hoy los socialistas, pues dejó mandado que la de los sábados no pudiera exceder de 7. Dice la ley: «Todos los obreros trabajarán solamente 8 horas al día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde, de modo que, no faltando un punto de lo posible, se atienda á cuidar la salud y conservacion del trabajador.»

Pasemos al capítulo de la instrucción. No se apresuraron en verdad los descubridores y primeros gobernantes á hacer de los indios antropófagos, bachilleres y licenciados. Siguiendo método más racional, enseñáronles principalmente á trabajar en todos los oficios. Oigamos á Bernal Díaz del Castillo, partícipe en la conquista y testigo presencial de los primeros pasos de la colonización. «Y pase-

mos adelante y digamos como todos los más indios naturales de estas tierras han aprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer á ello, y los plateros de oro y plata así de martillo como de vaciadero son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores, y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles instrumentos, especialmente entallan esmeriles y dentro de ellos todos los Pasos de la Santa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que, si no los hubiera visto, no podría creer que los indios lo hacían. Y muchos hijos de principales saben leer y escribir, y componen libros en canto llano, y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán, aunque sean veinticuatrenos, hasta frasas, sayal, mantas y fraesadas, y son cardadores y perailes y tejedores según y de la manera que se hacen en Sevilla y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros. Algunos de ellos son cirujanos y herbolarios, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España.»

Lo primero que hizo el primer virrey de Méjico, conde de Tendilla, fué establecer una imprenta, y no quiso emprender el viaje sin llevar con él todos los útiles del reciente invento. La principal preocupación del segundo virrey, D. Luis de Velasco, fué fundar la Regia y Pontificia Universidad de Méjico, en 1552. El Venerable Palafox, obispo de Puebla y juez y visitador de la Nueva España, apenas tomó posesión de su diócesis fundó y dotó con 13.000 pesos de renta anual un colegio que se llamó de San Pedro y San Pablo, estableciendo en él la enseñanza de lenguas y nueve cátedras de diferentes facultades; amplió y modificó el colegio, *ya entonces antiguo*, de San Juan, haciéndole capaz de sustentar mayor número de colegiales; enriqueció estos colegios y seminarios con selecta y copiosísima biblioteca, é instituyó una cátedra de lengua mejicana que él mismo frecuentaba. Cuando Humboldt llegó á Méjico, estos gérmenes de cultura habían dado maravillosos frutos, á tal punto, que de su pluma se escapa esta afirmación: «Ninguna Ciudad del Nuevo Conti-

nente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, posee establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de Méjico.» Y sigue diciendo: «Me contentaré con citar la Escuela de Minas, dirigida por el sabio Elhuyar, y de la cual hablaré cuando trate del beneficio de los metales; el Jardín Botánico y la Academia de Pintura y Escultura, conocida con el nombre de Academia de Nobles Artes. Esta institución debe la existencia al patriotismo de varios particulares mejicanos y á la protección del ministro Gálvez. El gobierno le ha cedido un espacioso edificio, en el cual puede verse una colección de yesos tan bella y completa, que no tiene igual en ninguna ciudad de Alemania. Es cosa de asombrarse al ver que el Apolo de Belvedere, el grupo de Laocoonte y otras estatuas más colosales todavía, han sido transportadas por fragosos caminos más angostos que los del San Gotardo, para que pudiesen contemplarse las obras maestras de la Antigüedad reunidas bajo la zona tórrida, en una llanura más elevada que el convento del Gran San Bernardo. El transporte de esta colección de reproducciones le ha costado al Rey más de 40.000 pesos. Las rentas de la Academia de Nobles Artes de Méjico son de 24.000 pesos, de los que el gobierno da 12.000, el cuerpo de mineros mejicanos cerca de 5.000, y el consulado más de 3.000. Es innegable que esta Academia ha contribuído mucho á perfeccionar el gusto del país, lo cual se revela principalmente en la regularidad de los edificios, en la perfección con que se cortan y labran las piedras, en los ornatos de los chapiteles, y en los relieves de estuco. Son muchos los buenos edificios que se han levantado en Méjico, y no sólo en Méjico, sino en ciudades de provincia como Guanajato y Querétaro. Son monumentos que á veces cuestan 300.000 pesos, y que podrían figurar muy bien en las mejores calles de San Petersburgo, París y Berlín. El señor Tolsa, escultor de Méjico, ha llegado á fundir allí mismo una estatua ecuestre de Carlos IV: obra que, exceptuando el Marco Aurelio, de Roma, excede en pureza de estilo y primor á cuanto nos ha quedado de este género en Europa.

»Por lo demás, la enseñanza de paisaje que se da en la

Academia es gratuita, y no se limita al dibujo de paisaje y figura, pues con la excelente mira de vivificar la industria nacional aplícase la Academia á fomentar por otros medios el buen gusto de los alumnos. Todas las noches se reunen en grandes salas iluminadas con lámparas Argand centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujan modelos de yeso ó del natural, mientras otros copían diseños de muebles, candelabros ú otros objetos de bronce. En esta reunión—cosa notable, por cierto, en un país donde tan arraigadas están las preocupaciones contra las castas—se hallan confundidas las clases y las razas: allí se ve al indio y al mestizo sentados junto al blanco, y al hijo de padre pobre alternando con los vástagos de las más encopetadas familias.

» Desde fines del reinado de Carlos III y durante el de Carlos IV, el estudio de las ciencias naturales ha hecho grandes progresos, no sólo en Méjico, sino en todas las colonias españolas. Ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas más considerables que el español para fomentar el conocimiento de los vegetales..... Los principios de la nueva química, que en las colonias españolas se designa con el nombre algo equívoco de *Nueva Filosofía*, están más extendidos en Méjico que en muchas partes de la Península. La Escuela de Minas tiene un laboratorio químico, una colección geológica, clasificada según el sistema de Werner, y un gabinete de Física, en el cual, no sólo se hallan preciosos instrumentos de Ramsden, Adams, Lenoir y Luis Berthoud, sino también modelos ejecutados en la misma capital..... La afición á la Astronomía data de remota fecha en Méjico. Tres hombres de mérito, Velázquez, Gama y Alzate, ilustraron su patria á fines del siglo pasado. Los tres hicieron un sinnúmero de observaciones astronómicas, especialmente con relación á los eclipses de los satélites de Júpiter.»

No acaba aquí Humboldt, ni yo acabaría nunca, si hubiese de trasladar cuanto dice en alabanza del gobierno español de América, de la situación social de los hispanoamericanos, y de los servicios hechos á la ciencia por los españoles en Ultramar. Y no se crea que era Méjico tierra.

en este punto, privilegiada. En todas las comarcas gobernadas por España se atendió siempre preferentemente á la instrucción. Apenas establecidos en Nueva Granada los dominicos, fundaron una escuela para niños españoles é indios. El primer capitán general, Venero de Leiva, creó una en cada población, siguiendo el plan de los dominicos, y un colegio superior para hijos de caciques é indios principales. Poco después inauguraron dichos Padres una cátedra de Filosofía, y ya se pensó en la fundación de una Universidad. Al poco tiempo llegaron los jesuítas y se dedicaron también, con grande actividad, á la enseñanza. El colegio de los dominicos, subvencionado por el Rey, daba toda la superior (artes, teología, cánones y leyes). Los jesuítas enseñaban en su Academia Javeriana ciencias físicas y exactas. El virrey D. Manuel Guirior, en su relación de mando, ha dejado escrito: «La instrucción de la juventud y el fomento de las ciencias y artes es una de las fuentes principales de buen gobierno.» Y añade que, *cumpliendo los deseos de su Rey, tan amante de la instrucción,* su primer cuidado fué erigir la Universidad para emular la gloria que de las suyas recibían Méjico y Perú. Fundó, además, la primera biblioteca pública. Su sucesor, el arzobispo Góngora, organizó con sumo acierto los estudios, dando preferencia á la enseñanza técnica. El plan que se propuso fué substituir á las ciencias meramente especulativas, «en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo», las ciencias útiles, porque «un reino lleno de producciones que debe utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y minas que secar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente que necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y crean el ente de razón». Fundó el Instituto de Ciencias Naturales, ilustrado por Mutis, Caldas y otros sabios ilustres; un colegio para la educación de niños pobres, etc., etc. A este insigne arzobispo-virrey sucedió en el mando D. José de Ezpeleta, fundador del primer periódico, en uno de cuyos artículos decía: «Nadie ignora que los sabios son en las repúblicas lo que el alma

en el hombre.....» Humboldt afirma que las ciencias y las letras habían prosperado maravillosamente en Nueva Granada, *gracias á la espléndida protección del gobierno español.* Son sus palabras.

En el Ecuador, incompleta aún la conquista, disputábanse la palma en difundir la instrucción jesuítas, dominicos y franciscanos. Fundáronse colegios, academias, Universidad, y el Padre jesuíta Maguín intentó introducir en la enseñanza (en 1736) el método de Descartes. A los jesuítas se debe también la introducción de la imprenta. Lo propio hicieron en el Perú, donde, apenas llegados (1547), abrieron gran número de colegios admirablemente organizados. Desde 1551 existía la Universidad, apenas acabada la conquista, como prueba de cuál fué la principal preocupación de los conquistadores. Enseñábase teología, derecho, medicina, matemáticas, latín, filosofía y lengua quichua. Todos los virreyes la protegieron y distinguieron sobremanera, presidiendo los actos y ceremonias que en ella se verificaban. Los sueldos de los catedráticos excedían mucho de los que se usaban en Europa. Había otra Universidad en Cuzco, y número infinito de colegios y academias diseminados por todo el virreinato. El virrey Gil de Taboada introdujo el periodismo, y el aparecimiento del segundo periódico, *El Museo Peruano,* fué saludado por el obscurantista gobierno español con una laudatoria Real orden, en la que se disponía que se enviasen al Rey dos ejemplares de cada número que se publicase. Pero le faltaron al periódico lectores, porque la sociedad indígena tenía muy pocos deseos de leer é instruirse, gastando el tiempo en zambras, corridas de toros, el juego del boliche y de los trucos, «siendo los más de los naturales como niños que se divierten ufanos con cuanto ofusca sus sentidos infantiles». Así nos lo declara el ecuatoriano Ceballos, y no era esto menos cierto en Quito que en Lima ó en Caracas. La cátedra de matemáticas de la Universidad de Lima, creada y dotada por el conde de Santisteban, quedó sin alumnos, y, para que los hubiese, fué preciso que el virrey Amat impusiera á los cadetes del ejército la obligación de asistir, concurriendo él mismo á

las clases, y presidiendo los certámenes públicos que más adelante se celebraron. Caracas no tenía más que dos calles y poco más de 1.000 habitantes cuando ya el gobierno la dotaba de un seminario (Real Cédula de 22 de julio de 1592), que, protegido por los Reyes, vino á tomar el título de Universidad en 1721, en la que se enseñaba gramática latina, gramática castellana, filosofía, teología, derecho y medicina. Señalósele puesto de honor en los actos públicos, llegando á disputar el primero á la Real Audiencia.

Pero no es posible seguir por este camino sin que la presente INTRODUCCIÓN se salga de sus naturales límites y venga á ser voluminoso libro; libro que habrá que escribir, que es forzoso que se escriba, para que la ignorancia y la mala fe queden de una vez descubiertas y corridas, y España acreditada de lo que otras naciones lo están con mucho menos motivo: de pueblo servidor de la humanidad, progresivo, democrático, propagador de la universal cultura, y sacrificador de su propio bien particular en aras del bien general de la civilización. Toda nuestra Historia lo prueba. Sólo los que no la saben lo niegan ó lo dudan.

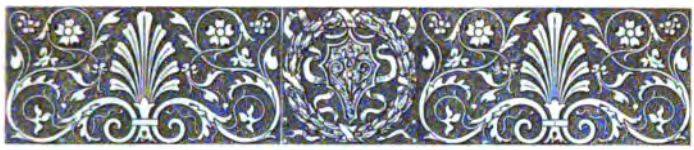
Agotadas las fuerzas físicas, obscurecidas las mentales (como siempre sucede al organismo que gravemente enferma), dejó nuestra patria de ser la nación precursora y directora, y quedó sin saber si podría ocupar otro puesto, ni cuál: período de crisis profunda que veremos sintetizada en las vacilaciones y errores de la dinastía Borbónica, de Felipe V á Carlos IV. Y aun vino á caer más bajo, pues llegó á negarse á sí misma, á desconocerse por completo, á querer ser otra cosa diferente, lo que vino á parar en no saber ni querer ser cosa alguna. En este solemne momento de su existencia, cuando la falta de una misión que realizar en el mundo, y la voluntaria anulación de la propia personalidad, podían haberla conducido al triste desen-

lace que lúgubres agoreros llegaron á suponer inmediato, la fortuna la tiende la mano y abre ante sus ojos vastos horizontes, señalándola al través de ellos dilatado camino que seguir. La España nueva, la España regenerada por el trabajo y engrandecida por una hermosa labor civilizadora, podrá marchar por él á la par de las más cultas naciones modernas, sin más que inspirarse en su espléndido pasado colonial, del que apenas he podido dar muy somera idea en estas páginas. (1)

---

(1) Los hechos, expresando la verdad histórica, ahí quedan expuestos sucintamente. Pongamos junto á ellos una muestra de lo que sobre el mismo tema se escribe, publica y corre con autoridad científica por esos mundos donde se forjan las reputaciones de los pueblos: «Si seguimos allende los mares al genio español y sus destinos, desde luego vemos que España trató á sus colonias como á los herejes. Como no las había educado para la libertad, no supieron conquistarla ni guardarla. Por su parte, la madre patria, una vez perdida la renta de las tierras del nuevo hemisferio, hubo de vivir sin esta ayuda, y no pudo hacer más que vegetar, continuando en las colonias que pudo conservar el régimen tradicional de opresión é iniquidad..... En las colonias de España reinaba un régimen de corrupción sistemática, de ciega autoridad, de explotación sin freno.» (A. Feuillée. *Esquisse psychologique des peuples européens.*) ¡En lo antiguo como en lo moderno eso ha sido España como nación colonizadora! De Robertson á Feuillée, pasando por Leroy Beaulieu y Reclus, eso escribe de nosotros la Historia indocumentada: eso es también lo que se cree, y lo que sirve para medir nuestra capacidad política.

De aquí la necesidad de esta INTRODUCCIÓN.



LIBRO PRIMERO

LA MATERIA GEOGRÁFICA

CAPÍTULO I

Marruecos.—Resumen de Geografía física.

a) La cuenca del Mediterráneo Occidental: su unidad geográfica; transición entre Europa y África.—Su división en tres grandes provincias: Italia, España, Berbería.—Analogías y contrastes: consecuencias de unas y otros en la Historia.
b) Orografía marroquí.—El Atlas: sus cordilleras, puntos culminantes; puertos y nieves. Noticia geológica. El Atlas Menor y el Sahárico.—Hidrografía: los ríos y el litoral.—El clima y el suelo.

La cuenca occidental del Mediterráneo es una comarca no completamente europea ni completamente africana, y con más de lo segundo que de lo primero según se camina hacia el Sur y hacia Occidente. Cíñela un cinturón, en pocas partes roto, de montañas encumbradas y ásperas: Pirineos, Alpes Marítimos, Apeninos, Atlas. Geología, flora, fauna, régimen meteorológico, analogías étnicas, Historia, todo se suma para dar carácter propio á esta región, distinguiéndola de

las vecinas lo bastante á autorizar el reconocimiento de su personalidad geográfica. Montes abruptos escondiendo entre sus laderas valles de reducida extensión; nudos orográficos ó dilatadas mesetas llevando sobre los robustos hombros sierras de uniforme crestería; torrentes de curso más ó menos largo, pero ningún caudaloso río fácilmente navegable; régimen de lluvias irregular y caprichoso, con capa pluvial en los más de los parajes insuficiente; manchones desérticos, como avanzadas de la inmensa zona de tierras áridas que cruza el Mundo Viejo, desde el Atlántico hasta la Mandchuria: tales son los rasgos geográficos de esta porción del Globo, de la que España, Italia y Berbería son las tres partes principales. La vid, el olivo, la encina, el almendro, la higuera, el alcornoque, el algarrobo, el naranjo, el limonero y la palmera, son las notas dominantes de la flora variadísima que engalana sus colinas, valles y huertas, mientras en las alturas viven especies forestales cuya habitación se extiende por las comarcas del Norte: el pino, el abeto, el chopo, el haya, el castaño y el nogal.

Desde los más remotos tiempos de la Historia, el parentesco entre los diferentes tipos humanos del Mediterráneo Occidental aparece patente. Ligures, iberos, sículos, berberiscos, podrán no ser hermanos (afirmarlo ó negarlo en redondo sería temerario), pero pertenecen á familias afines. Posteriores mezclas modificaron las razas sin destruir el parecido, pues las mismas invasiones las sumergieron y confundieron: fenicios, cartagineses, griegos, romanos, bárbaros del Norte, árabes, normandos y turcos exploraron y colonizaron las costas, fundaron factorías, repúblicas, reinos é imperios, trayendo con ellos nuevas artes, ciencias, gustos, religiones y leyes.

De estas tres grandes provincias mediterráneas, Berbería es la más extensa; Italia, la más pequeña. Mas, á pesar de esto, el principal papel histórico ha correspondido á Italia, señora un día del Mediterráneo entero. Hubo un momento supremo en la Historia del mundo en que ambas se disputaron el primer puesto, esto es, la dirección de los destinos humanos: Cartago fué el campeón de Berbería; Roma, el

de Italia. España tomó el partido de la primera y á punto estuvo de darle la victoria; pero, vencida con ella, siguió su suerte.

Las afinidades africanas de España son mayores que las de Italia. Montañas, mesetas, clima, distancias, establecen una perfecta continuidad entre ambas regiones. La península hispánica (1) es también, por la masa, superior á su hermana oriental. Pero no puede envanecerse de otra superioridad, si no es de ésta. En Italia los espacios muertos (estepas, muelas, etc.) son mucho más reducidos, las aguas más abundantes, el contacto con las regiones centrales de Europa, mayor (contraste con nuestro mayor contacto con Berbería). Además, la más noble parte de ella está vuelta hacia Occidente, es decir, hacia la hoya del Mediterráneo que consideramos, donde la hacen cortejo muchas islas, algunas muy grandes, todas fértiles y ricas, que parece están convidando á los habitantes de tierra firme á la navegación y al comercio. Nuestra Península, por guardar idéntico orden, es una tierra vuelta de espaldas al Mediterráneo, á donde cae la menor de sus vertientes, la menos abierta, peor regada, y más escasa en vías naturales de comunicación. La vertiente mayor mira, como la de Italia, hacia Occidente, en cuya dirección corren los ríos más largos y de más amplia cuenca (aparte el Ebro, que más que río es torrente), de manera que por ley de la naturaleza España está dispuesta para continuar el esfuerzo de la humanidad de Levante á Poniente, sucediendo á Italia en la función de dirigirle, y ésa es, en efecto, la misión que ha cumplido en la Historia. Por eso también fué su imperio mediterráneo circunstancial, careciendo de fuerzas para imponerlo á turcos y berberiscos, y necesitando, para mantenerse en Italia, la cooperación del Imperio y las divisiones italianas. Si un gran río navegable, tal como el Pó ó el Sena, hubiese venido desde el interior de las sierras ibé-

(1) No digo ni diré nunca ibérica Península ibérica es voz que carece de valor geográfico y de sentido histórico. Quien quisiere saber lo que de ella piensan los portugueses, lea, además de Camões, á Almeida Garret, Herculano y Oliveira Martins.

ricas, cruzando ancha y poblada cuenca, á morir en las playas levantinas, por él hubiera bajado naturalmente la influencia económica, marítima y política de España hacia las playas berberiscas, en las que jamás arraigaran árabes ni turcos; y Orán, Argel, Bujía, acaso Bizerta y Túnez, fueran españoles para siempre. Mas nuestra bajada al mar y al mundo exterior, la escalera principal de la casa solariega, estaba trazada por la Geografía siguiendo el rumbo marcado por las aguas que van al Duero, al Tajo y al Guadalquivir: bajada por cierto penosa y difícil, con vías fluviales imperfectas, al través de tierras quebradas y desiertas. Al fin de ella formóse, bajo la influencia marítima, el reino de Portugal—*cabeça da nobre Hespanha*—que dijo Camões; cabeza que tomó sobre sí la ejecución de la mayor parte de la obra que á todas las comarcas españolas correspondía, dejando á Castilla la aventura colombina. Pero circunnavegar el Africa, explorarla, llegar á la India, á China, al Japón y á las Molucas, fundar un imperio en Oriente, otro en América y conquistar Marruecos era empresa superior á sus fuerzas, y sucumbió en ella; de suerte que, cuando vino á fundirse en la unidad nacional, no tuvo las necesarias para ocupar el puesto preponderante á que le daban derecho su pasado histórico y su posición geográfica, como el resto de España, no menos enferma, tampoco las tuvo para absorberle y asimilársele. De aquí, en gran parte, el fracaso de la expansión africana y de la grandeza peninsular, seguido de honda y prolongada decadencia, que los tontos de varias escuelas achacan á causas tan tontas como ellos.

Berbería aventaja en extensión á España é Italia juntas. Puede considerársela continente ó, mejor, vasta isla rodeada de dos mares harto diferentes: al Este, Norte y Oeste el Mediterráneo y el Atlántico, masas líquidas; al Sur el Sahara, mar de arena. Su esqueleto orográfico está orientado casi como el de la Península hispánica; ofrece con éste gran analogía de formas: sierras regulares, de sencilla ar-

quitectura; paralelas; de elevación mediana en la mayor parte de su recorrido; con pasos difíciles; sirviendo de reborde á vastas mesetas, fondos de antiguos lagos hoy secos; litoral poco abierto; ningún río sobresaliente; los tributarios del Mediterráneo torrentes ó ramblas, análogos á nuestros Ebro, Júcar, Segura, etc.; los del Atlántico, mejor nutridos de lluvias regulares, parecidos al Guadalquivir en caudal y régimen.

Sólo el Atlas Mayor y el Menor alcanzan la altura de las nieves perpetuas. Pero la influencia bienhechora de la naturaleza alpestre y sus tesoros de vitalidad quedan anulados, ó muy atenuados, por la del Sahara y sus vientos cálidos y destructores. Esta vecindad impone ya á Berbería el carácter africano. La pequeñez de las cuencas, la confusión de valles en la región litoral, la pobreza de las mesetas y la concentración de la vida social en las vegas — fenómeno íntimamente relacionado con aquellas circunstancias — han sido causas materiales de fraccionamiento, que han contribuído á imposibilitar la formación de una gran nacionalidad. El hombre, producto de la naturaleza, ha vivido con arreglo al programa que ésta le trazara, y así como Berbería es una España en la que las imperfecciones arquitectónicas aparecen agravadas, así también su Historia es como una exageración de la nuestra, con parecidas luchas de razas y religiones, formación, crecimiento y derrumbamiento de estados: y si aquende el Estrecho, al cabo de mil frustrados intentos, malogróse al fin el propósito de formar una sola nación y constituirla de modo normal y definitivo, resolviéndose el caos en dos organismos diferentes que, vueltos de espaldas, van arrastrando precaria existencia, allende, ni aun eso ha sido posible, viniendo á la postre á caer en tutela lo más del país (Túnez y Argelia) y estando no muy lejos de sufrir la misma suerte lo restante.

La mayor y la mejor parte de Berbería es su extremo occidental: Al Moghreb el Aksa, que dicen los árabes. La mejor por gozar de la saludable vecindad de los dos mares buenos, hallarse más defendida del contacto del mar malo, ó sea el Sahara, y poseer las más altas montañas. Mares y montañas en colaboración íntima y maravillosa la proveen suficientemente de lluvias, lo que quiere decir que su sistema circulatorio está mejor constituído que el de las regiones vecinas: circunstancia no menos esencial en los organismos geográficos que en los animales, pues así como un hombre, ó un animal superior cualquiera, cuyas venas no se hallen bien dispuestas y provistas de sangre pura y abundante, vivirá anémico y enclenque, sujeto á muchas enfermedades é incapaz de grandes esfuerzos, de la misma suerte, y por la misma razón, la tierra escasa en aguas, de pobres ríos y míseros arroyos, jamás será poderosa, y, si por acaso lo fuere, poco le durará el poder.

La orografía marroquí consta de dos grandes núcleos independientes: núcleo rifeño y núcleo atlántico.

El núcleo rifeño comienza en las montañas de los Beni Snasen, forma un triple ó cuádruple semicírculo de sierras hasta Ceuta, pasa el Estrecho, y torciendo en dirección opuesta á la que hasta allí siguiera, traza en Andalucía una curva simétrica á la anterior. Más adelante le consagraré la atención que merece. El núcleo atlántico, ó propiamente marroquí, corre de Sudoeste á Nordeste, del mar Atlántico hasta Argelia, y está separado del anterior por el boquete, foso ó callejón de Taza (*taza* en berberisco significa boca), formado por el llano de Angad, la cuenca del Mesún y la del Inauán. Consta de un gran nudo central, del que parten en direcciones diferentes, pero sensiblemente paralelas, varias cadenas ó sierras gigantescas.

Dividiremos el núcleo atlántico en tres grandes grupos:

a) Atlas Mayor.

b) Atlas Menor.

c) Anti-Atlas.

El Atlas Mayor comienza á levantarse como á 50 kilómetros del mar, no lejos de la margen derecha del Sus, y, dirigiéndose á Nordeste (rumbo que no perderá nunca),

sube mucho en corto espacio. La cota de 1.500 metros hállase muy próxima al litoral. Pasado éste, divídese el Atlas en dos cadenas, de las que la del Norte, aunque cortada por la garganta del Guad Nefi, es prolongación verdadera del lomo principal, siendo su punto culminante el Yebel Tiza (3.550). La cadena meridional, no cortada en parte alguna, alcanza igual ó mayor altura, según los mejores informes. Únese á la anterior en el nudo de Tamyurt, cuya altitud se estima en 4.500 metros, y que por ahora puede considerarse, según parece, el pico culminante de toda la cadena y de Marruecos. La cadena se mantiene en adelante á gran altura, apoyándose en mesetas también muy elevadas. «He visto el Atlas Mayor cubierto de nieve en toda su extensión menos en la gran depresión de Tizi n Glaui; á juzgar por la altura del blanco capuchón, la parte más alta de la cadena debe ser la que corre al Norte del Dadés, Todra, Reris y país del Ziz.» (1) Ésta es cabalmente la parte menos conocida porque ningún explorador la ha cruzado en el espacio de cerca de 200 kilómetros que media entre el puerto de Tizi n Terbula y el punto por donde la transpuso Segonzac, junto al Yebel Aiachi, en 1901. Foucauld, juzgando también por la inspección ocular desde lejos, sospechaba que el Ari Aiachi podrá ser el monte más alto de la cordillera. «Así parece, pero nada lo prueba.» Segonzac le atribuye 4.250 metros.

La nieve perpetua comienza á Oriente del puerto de Bibaún y sigue hasta el Yebel Aiachi. Pasado este punto desaparece por completo, y el Atlas se humilla hasta confundirse con la meseta de Dahra. En lo alto la cordillera se afila en forma de dorso ó cuchilla, y lo general es que se desdoble en varias lomas paralelas. (2) Éstas aparecen de lejos en forma de mesas ó cuerdas sólo en los extremos oriental y occidental, esto es, allí precisamente donde la insuficiencia de la altitud no permite la acumulación de nieves perpetuas; en todo lo demás levántanse picachos

(1) Foucauld: *Reconnaissance au Maroc*, pág. 99.
(2) Sobre el diferente aspecto del Atlas en la región de Glaui y la del Yebel Aiachi, véase Foucauld, *Reconnaissance au Maroc*, pág. 233.

arrogantes, de caprichosas siluetas. La cantidad de nieve es mucho mayor en la vertiente Norte, por hallarse la meridional expuesta á los vientos del Sahara, y aumenta de Oriente á Occidente, favorecida por la influencia del mar. Cuando se transpone la sierra caminando de Norte á Sur sorprende el contraste entre uno y otro paisaje. De un lado la nieve baja bastante por las laderas, saltando por doquier torrentes impetuosos, y, donde la constitución geológica no lo impide (como sucede, por ejemplo, en las pizarras), la vegetación es abundante y variada; del opuesto la capa nivosa sólo cubre el lomo más empinado de la sierra y las cumbres más altas, y apenas transpuestos sus límites comienza la aridez, que, en muchos puntos, llega á desolación. Pero á media ladera ábrense valles en cuyos pliegues se esconden fertilísimas vegas. Las aguas perennes de los arroyos (1) mantienen perpetua verdura y frondosidad á lo largo de los cauces. En estos parajes privilegiados se agrupan los poblados en torno del *tirrem* ó *agadir* (2) y al abrigo de tapias que defienden al vecindario de las acometidas de los nómadas y de los demás enemigos, pues siempre los tiene, no conociéndose en *bled-es-siba* más ley que el fusil, ni más procedimiento que la *razzia* ó saqueo.

Los pasos son muchos, casi todos á considerable altura. El primero (de Occidente á Oriente) es el de Bibaún (1.250 metros), al que siguen el Tizi n Ulichdan (3) y el Tizi n Tamejut, que, como aquél, desembocan en el Sus. Vienen después: Tizi n Tamanat, Tizi n Tichka, Tizi n Tnest (2.570 metros), Tizi n Takhrat (en la parte más alta de la cadena, entre los dos colosos denominados Yebel Tamyurt y Yebel Likumt, á unos 3.500 metros sobre el nivel del

---

(1) Arroyo, riachuelo, se dice en berberisco *asif*, pl.: *isafen*.

(2) En berberisco ambas voces valen tanto como castillo, fortaleza, en castellano.

(3) *Tizi*, en berberisco susi y beraber, es lo mismo que puerto seco, boquete ó paso entre montañas: la partícula *n* es una preposición que, colocada entre dos substantivos, hace de genitivo en la forma plural en todos los dialectos berberiscos, menos en zaua. Así *Tizi n Tnest* significa en castellano Paso (ó puerto) de Tnest.

mar), Tizi n Tamanet (al pie del Bu-Uriul, otro coloso atlántico), Tizi n Tichka (segundo de este nombre y situado á Oriente de dicha gran montaña), Tizi n Teluet (2.634 metros), Tizi n Amzug, Tizi n Imudras (reconocido y cruzado el año 1905 por Gentil), Tizi n Tarkedist, Tizi Ait Imi, Tizi n Tirrisen, Tizi n Terbula y Tizi n Riyimt. Todos estos puertos conducen á la cuenca del Dra. Tizi Telremt (2.182 metros) y Tizi n Temslent dan acceso á la cuenca del Guir.

Los picos más elevados de la cadena son: el Yebel Ifik (3.800 metros), el Yebel Ogdimt (3.880), el Yebel Nzut y el Yebel Tukbal (4.000), el Yebel Tamyurt y el Yebel Likum (4.500), el Bu Uriul (4.250) y el Ari Aiachi (4.250). Aunque estas cifras no deban ser consideradas sino como provisionales, bastan, sin embargo, para que podamos equiparar el Atlas Mayor á los Alpes, por la magnitud de sus principales picos.

El estudio de la Geología atlántica apenas está empezado, pero tenemos ya datos suficientes para afirmar la unidad de la región berberisca, y su parentesco estrecho con el resto de la mediterránea. En el camino de Bibaún se han hallado areniscas análogas á las de las sierras tetuanies, marcadas con las huellas de idénticas coníferas. Continuando la ascensión del puerto, sucede á las areniscas una pudinga pérmica que forma grandes bancales. (1) En los alrededores del puerto el terreno cambia, presentándose las pudingas en manchones aislados que se apoyan en pizarras arcillosas mezcladas con areniscas y sílice. Ningún fósil. La semejanza entre este terreno y el Yebel Dui y otras partes de Argelia es completa. (Gentil. Ob. cit.) En la región meridional del Atlas (al menos en la parte de la cordillera que se levanta sobre el Sus), las pizarras silúri-

---

(1) Gentil. *Explorations au Maroc.*—París 1906.

cas aparecen muy plegadas y cortadas por hondos barrancos. Escasea la vegetación en todos los terrenos de esta clase, predominando la encina desde cierta altura, y más abajo el argán. La caída hacia el Sus es rápida, y los torrentes que por ella se despeñan arrastran gran cantidad de aluviones graníticos, que atestiguan la importancia de esta roca en el corazón de la sierra. Un poco más hacia Oriente, subiendo el puerto de Tizi n Nest (subida en extremo penosa), se camina siempre entre calizas cristalinas y pizarras primarias, por laderas muy pendientes y desnudas. El puerto ábrese en una masa de areniscas encarnadas, pérmicas, envuelta en un seno de pizarras antiguas.

Encuéntranse éstas en masas considerables en el Atlas Central, y son de color negro; las mismas que se ven en los alrededores de Dar Chikh Brahim, en el Rif y en Tetuán. En estas pizarras ha encontrado Mr. Gentil, en su reciente y por todo extremo interesante expedición al Atlas, huellas de graftolitos, organismos primitivos habitadores de los mares, en cuyo fondo se depositaron las arcillas que hoy vemos en las cumbres bajo forma de pizarras. Merced á ellos ha podido reconocerse la remota antigüedad (época silúrica) de las pizarras negras que por espacio de cientos de kilómetros se extienden siguiendo el eje de la cadena, y el próximo parentesco de ésta con las sierras rifeñas y argelinas. En algunas partes aparecen á trozos otras pizarras, acaso devónicas, ó carboníferas. La cuenca alta del Guad Tesaut el-Tajtia (1) está formada por calizas jurásicas, entre las que afloran rocas volcánicas, notables por el color verdoso, rigidez y magnitud de los bancos de lava. En lo alto reaparecen las pizarras negras. A la bajada, hacia el Sahara, éstas persisten, pero mezcladas con calizas coralinas: todo ello del carbonífero. Más adelante aparecen de nuevo las rocas volcánicas, de cuya importancia, al

(1) Guad Tesaut el-Tajtia: río Tesaut de Abajo, por oposición al Guad Tesaut el-Fuquia, ó río Tesaut de Arriba, que corre al Este de aquél, y en terreno más alto.

Sur del Atlas Mayor, tendré ocasión de hablar más adelante.

El Atlas Menor es mucho menos conocido. Su arranque ó punto de contacto con la cadena maestra hállase en el nudo de montañas inexploradas que se extiende entre las cabeceras del Muluya y del Omn-er-Erbia. Visto desde el puerto de Telremt, aparece como una larga cordillera uniforme y nevada, cuyo punto culminante parece ser el Yebel Tsugt. Aunque más lejos se levanta el Yebel Musa-u-Salá, gigante que le domina y que compite con los del Atlas Mayor, no es visible desde el Tiz n Telremt. La primera gran montaña del Atlas Menor es el Yebel Aián (3.500 metros), opuesta al Yebel Aiachi, á la que está unida por la loma llamada Yebel Ferrás. Envía hacia el Oeste ramales divergentes que envuelven las cuencas altas de los principales ríos tributarios del Océano, mientras del opuesto lado despliega un sistema de cordilleras paralelas, no menos importantes por la extensión que por la altura. La primera de ellas corre al principio frontera al Atlas Mayor y luego á los altos de Rekkán (una de las prolongaciones de éste), con los los nombres de Yebel Almis, Yebel Regú y Yebel Midrán, alcanzando altitudes de 2.000 á 3.000 metros. Aunque todavía poco conocida, puede colegirse de lo que de ella dicen los indígenas que forma una muralla casi continua, en la que apenas se abren dos ó tres pasos practicables. El primero, marchando de Sur á Norte, es el de Haiún, á la entrada del cual se halla el poblado de Almís, destruído por Muley Hasán en 1884. Después viene el de Regú, que pasa por muy difícil, y tras de éste el de Fecus, algo más practicable por ser menor la altura de la cordillera, la cual desde dicho punto desciende rápidamente.

Transpuesto el paso, descúbrese la segunda cadena, más alta, majestuosa y compleja, con sus picos culminantes cubiertos de eternas nieves. Es la verdadera continuación del Yebel Ferrás y del Aián, conservando el mismo color rojizo que distingue á estas montañas. Lleva en la mayor

parte de su extensión el nombre de Yebel bu Iblán. Su pico culminante es el Yebel Musa-u-Salá, altísima montaña que debe medir más de 4.000 metros, pues en su cumbre se conserva la nieve todo el año. Segonzac, único visitante, hasta ahora, de estas misteriosas tierras, dice: «Se la ve de todas partes, desde las cumbres del Rif, desde los picos del Atlas, desde los llanos del Gigo, y desde los montes que rodean á Fez.» Al Yebel bu Iblán siguen otros pliegues del terreno vistos de lejos por Segonzac, pero de los que nada sabemos.

El Atlas Mayor envía hacia el Sur, en disposición notablemente simétrica á la del Atlas Menor, un gran estribo, que, corriendo al principio de Nordeste á Sudoeste, le une al Anti-Atlas. Este estribo, dominado por el Yebel Sirúa, montaña de mucha elevación, pues á pesar de hallarse en la región sahárica está cubierto de nieves eternas, interpónese entre las cuencas del Sus y del Dra. El Yebel Sirúa es un antiguo volcán, y toda la comarca es volcánica: caos de lavas, de cenizas y de toda suerte de deyecciones de origen ígneo, que ocupa más de 27 kilómetros de diámetro. Gentil le compara al Etna por la importancia y por la altura. Cuando se estudie á fondo este parte de Africa, será interesente compararla al Taide, de quien debe ser el Sirúa hermano gemelo. El Anti-Atlas, ó Atlas Sahárico, corre al Sur del Atlas Mayor, y paralelamente á él, por espacio de cinco grados ó seis, formando en mucha parte de esta extensión el borde de una meseta apoyada del opuesto lado en aquél, y alta de 1.500 á 1.900 metros. La altura máxima de esta cadena no parece ser en parte alguna superior á 2.500 metros. Más al Sur, y como sirviéndole de avanzada en el desierto, está el reborde pétreo de Bani, cuchilla de no más de 600 metros de alto, tras de la cual se extienden las inmensas soledades del Sahara.

Hay en Marruecos extensos espacios áridos, no sólo al Sur, sino también al Norte del Atlas Mayor; pero la zona suficientemente regada ocupa considerable extensión. Las lluvias son copiosas en la vertiente atlántica, tanto más cuanto mayor es la proximidad del Océano. El saliente septentrional (triángulo Tánger, Tetuán, Larache) es la región más favorecida. El Atlas tiene nieves perpetuas (del Yebel bu Iblán al Sirúa, y del Ari Aiachi al Yebel Ifig), lo que permite á los ríos y arroyos proveerse de agua durante los largos y rigurosos calores estivales. La meseta marroquí no es, como la ibérica, un inmenso mazacote, barrera formidable á las comunicaciones y á la normal bajada de las aguas hacia el mar, sino que se extiende á los pies de las cordilleras, siguiendo las inflexiones de éstas, y abriéndose en infinitos golfos y bahías, por los que la llanura atlántica entra hasta el corazón de las tierras. Por eso el curso de sus ríos va menos alto y encuentra menos obstáculos que el de los nuestros. El Sus, el Tensift, el Om-er-Erbia y el Sebú apenas dejan de ser torrentes cuando ya corren á menos de 500 metros, y á menos de 200 tiene este último más de la mitad de su curso. Recuérdese que el Duero, á 600 kilómetros de sus fuentes, se halla todavía á 600 metros de altitud, y que el Tajo no desciende á menos de 300 sino á su entrada en la zona marítima y navegable. Es una ventaja muy grande sobre los nuestros.

El sistema atlántico divide á Marruecos en tres distintas vertientes: la del Mediterráneo, la del Océano y la del Sahara ó mar de arena. El revés Norte de los montes rifeños forma una región hidrográfica mediterránea, pero independiente, es decir, con ríos que nacen y mueren dentro de ella. De la vertiente mediterránea (aparte el Rif) el único río es el Muluya. Nace en el Ari Aiachi, recoge por su izquierda gran parte de las aguas del Atlas Menor (Guad Mlillo, Guad Mesún) y por la derecha la de los altos de Rekán, harto menos abundantes. Es río considerable, más por la longitud (que debe pasar de 500 kilómetros) que por el caudal, aunque éste no sea despreciable, llegando en período de crecida á cerca de 1.000 metros cúbicos por se-

gundo. En el estiaje no pasa de 20. Supónesele navegable á partir de la desembocadura del Guad Za.

El Guad Sebú es el principal río de la vertiente oceánica, y probablemente el más caudaloso de Marruecos. Baja del Yebel Ucilaj (Atlas Menor), pasa cerca de Fez, y crece rápidamente con el tributo del Inauán y el Uerera, que, por la derecha, le llevan las aguas sobrantes del Rif meridional. Por la izquierda recibe el Guad Rdem ó río de Mequínez. En la parte inferior de su curso, que es muy sinuoso, se podrá navegar fácilmente, sobre todo hasta Suk-el-Had, una vez vencido el obstáculo de la barra. Dícese que en invierno se puede subir por él hasta Fez. Lleva unos 40 metros cúbicos en estiaje, y hasta 2.000 en crecida. Es, sin duda, la principal arteria del Moghreb.

Siguiendo hacia el Sur, encuéntrase el Bu-Regreb, que se abre paso por una cortadura, junto á Rabat. Nace en el Ari Aián, recorre unos 180 kilómetros, y tan sólo los 10 de su curso inferior son navegables.

El Om-er-Erbia, que viene después, recibe el tributo de las montañas principales del Atlas Mayor, cubiertas de eternas nieves, y recorre unos 700 kilómetros, en un cauce bastante profundo. Sus afluentes, el Abid y los dos Tesaut (de Arriba y de Abajo), son muy caudalosos. Las fuentes del Abid casi tocan á las del Muluya.

El Tensift es también importante, aunque no tanto como el Om-er-Erbia. A pesar de las nieves del Atlas, que también á él rinden copioso tributo, muchos de sus afluentes se secan en verano y su barra se halla completamente obstruída.

El Sus es ya un río sahárico. En invierno lleva hasta 800 metros cúbicos por segundo, pero en verano se queda en tres. Como no se seca nunca por completo, tiene grande importancia económica. También la tiene el Guad Masa, que corre más al mediodía. De él hablaré más adelante.

Al Dra puede contársele entre los ríos de la vertiente oceánica ó entre los de la sahárica. Depende de que el año sea lluvioso ó no. En el primer caso, el agua corre por todo el ancho cauce hasta el mar. En el segundo, se evapora y desaparece, sorbida por las arenas la que escapa á la

evaporación, antes de llegar á aquél. De los ríos propiamente saháricos, los principales son el Guad Ziz y el Guad Guir. (Véase el libro I, cap. IV.)

El principal defecto del Moghreb es la escasa articulación de sus costas y la falta de buenos puertos. La del Mediterráneo levántase en acantilados (pasados los llanos del Muluya, que no son sino avanzadas del desierto), que aquí y allá se abren para dejar espacio á reducidas playas. No hay un solo puerto bueno, aunque el de Chafarinas puede venir á serlo á poca costa, y sería de utilidad grandísima. También parece que podría aprovecharse la albufera de Mar Chica, cerca de Melilla. Ceuta requiere obras de importancia. En Melilla hay que hacerlo todo y aun no se ha hecho nada.

Las corrientes marítimas, la falta de faros, la piratería rifeña, y nuestra incuria, hermana de la incuria marroquí, se suman para tener este litoral cerrado al comercio y á la civilización. En el Estrecho de Gibraltar la costa es tan escarpada como en el Mediterráneo. Pasado el Cabo Espartel, preséntase más baja, á trozos arenosa y cubierta de médanos. En algunos parajes, vense peñascos y acantilados; pero no se encuentra un solo puerto bueno. Casa Blanca y Mogador son los de más comercio; en Fedala, al Norte de Casa Blanca, podría construirse un puerto comercial.

El clima de Marruecos ofrece un resumen de todos los del mundo. Las cumbres del Atlas Mayor, del Atlas Menor, y acaso alguna del Rif, pertenecen á la zona ártica. Parte de dichas cordilleras y de las mesetas que entre ellas se interponen, corresponden á la zona fría; las tierras de la meseta subatlántica están comprendidas en la zona templada, y tienen clima análogo al de la Europa meridional. Los sitios irregables del Sahara pueden considerarse tocantes á la zona tórrida, por la temperatura y por las plantas que en ellos cabe cultivar.

En la costa atlántica la temperatura es suave y poco va-

riable. Mogador, lindando ya con el Sahara, disfruta de calores moderados que no suelen pasar de 26 cent. El termómetro desciende muy rara vez á menos de 10 en invierno. En el Atlas reaparecen los rigores del clima continental y de las grandes altitudes. Los inviernos son largos y fríos; los calores estivales grandes. El contraste entre la temperatura nocturna y la diurna se acentúa según se penetra en el interior de las tierras, y alcanza su máximum en la región sahárica. En Fez, á la altitud de 300 metros, no es raro que el termómetro baje á cero en invierno. En febrero y marzo ha medido Segonzac temperaturas de 4 grados dos días seguidos. En Alcázar-Quibir, y en pleno mes de mayo, encontró una temperatura de 7 (alt. 40 metros). En las montañas, entre el Sebú y el Muluya, en alturas que varían entre 1.200 y 2.200 metros, el termómetro descendió á cero en pleno mes de junio, y se mantuvo á esa temperatura muchos días, sin pasar ni aún en julio de 27, y sin que dejase de llover ni un solo día. Los mayores calores de que nos da noticia los pasó en la cuenca del Inauán, en el revés meridional de las montañas rifeñas. Las máximas en esta parte de su viaje van de 36 á 44 á la sombra. Esta región del Imperio, sometida de una parte al clima cálido y seco del Mediterráneo, é influída, además, por la vecindad de los desiertos del bajo Muluya, es árida y calurosa por todo extremo. Del lado opuesto, es decir, al Sur del Atlas Mayor, el fenómeno repítese, agravado por la proximidad del Sahara. En cambio, desempeña papel moderador de las altas temperaturas la gran meseta encerrada entre el Anti-Atlas y la cordillera principal. En suma, una climatología complicada, variada, curiosísima, y que reserva muchas sorpresas á los sabios. La variedad de cultivos que de ella se originan es infinita; la complejidad é importancia de los problemas agrícolas que plantea excede de cuanto puede suponerse; la riqueza con que brinda al pueblo que sepa resolverlos, es incalculable.

« Al pie de esa escalera gigantesca, leo en un reciente trabajo, extiéndese hasta el Atlántico una rica y fértil llanura, regada por ríos permanentes, nutridos de las eternas nieves del Atlas. Argelia y Túnez carecen de ríos que pue-

dan compararse al Sebú, al Bu-Regreg, al Om-er-Rebia, al Tensift..... Marruecos, fecundado por abundantes lluvias, es la tierra bendita por la naturaleza en el Norte de Africa. Su suelo contiene en la mayor abundancia infinitas riquezas agrícolas. Sus inexploradas montañas reservan á nuestros descendientes inmensos tesoros.»

CAPÍTULO II

Marruecos. — Resumen de Geografía política y económica.

a) Los habitantes: Bosquejo de Etnografía é Historia.—Lenguas.—Religión.—Organización.
b) Subsuelo, suelo y sus productos.
c) Estadística: población, comercio, industria, principales puertos.—El comercio por naciones.—Situación de España en el comercio marroquí.
d) Consecuencias políticas de la situación geográfica.

SOBRE los orígenes de los pobladores del Norte de Africa conócense diversas hipótesis. Que los berberiscos habitan la comarca desde remotísima fecha es opinión generalmente recibida. Pero, ¿son los berberiscos autóctonos? Si no lo son, ¿qué pueblos les precedieron? Ellos, ¿de dónde vinieron? A la primera pregunta responderá en su día la Paleontología. Sobre la segunda la Etnografía y la Filología tienen aún mucho que decir. Las tradiciones asignan á los berberiscos procedencia oriental. Ibn Kaldum cita á Abu-Yecid, genealogista famoso, quien afirmaba que los zenata son hijos de Canaán, expulsados de Palestina por la invasión israelita. El nombre de *amacir* ó *amacig*, plural *imaciren*, que á sí propios se dan los berberiscos, viene, según esta opinión, de Macir, hijo de Canaán; pero también podría significar algo así como noble ú hombre libre. Otros autores ponen todavía más lejos el origen de la raza, emparentándola con los pueblos de Media y Per-

sia. Estas dos hipótesis son una sola, porque los cananeos, filisteos ó fenicios procedían también de un país más oriental, ribereño del golfo Pérsico.

De todas suertes, ni aun los mismos berberiscos se creen de origen africano. (1) La raza líbica, oriunda de Asia ó de otra parte, vino de fuera en fecha desconocida. En algunas cavernas argelinas hanse encontrado cráneos de aspecto mongoloide y negroide, únicos vestigios de los pobladores primitivos, contemporáneos de las especies extinguidas y hermanos de los hombres del mismo tipo que vivía en Europa en aquella época remotísima.

« Primeramente habitaron el Africa los gétulos y los libios, pueblos groseros é incultos que vivían como las bestias, de la carne de los animales y de la hierba del campo; no tenían usos establecidos, ni leyes, ni jefes, y andaban errantes, sin casa ni hogar, deteniéndose allí donde la noche les sorprendía.» (Salustio. *Guerra de Yugurta.)* Por los monumentos egipcios sabemos que 1.500 ó 1.600 años antes de Cristo vivían en el Norte de Africa unos hombres de piel blanca y ojos azules, llamados *tamehu.* Recordemos la frecuencia del tupo rubio en Berbería, y la denominación de *tamachek* que se dan á sí propios los berberiscos saháricos ó tuaregs. Son probablemente los mismos de que nos habla Herodoto, y que en su tiempo estaban todavía en la edad de piedra y se trazaban figuras en el rostro como los salvajes. (2) Hércules (mito de la invasión asiática y egipcia) los elevó un peldaño en la escala de los pueblos. Las colonias costeras, fundadas por los fenicios, fueron otros tantos focos de civilización. Cartago sobresalió entre ellas, y continuó la obra de Sidón y Tiro. Gran parte de lo que hoy es Túnez y la provincia de Constantina constituyó el núcleo de la república, maravillosamente cultivado y explotado. Los indígenas (númidas) que vivían fuera de este territorio eran tributarios de la república. Ésta, á cambio de soldados, dejábalos en plena libertad. De parecida manera vivió la España Cartaginesa.

---

(1) Sin embargo, parece que *kebail,* de donde nosotros hemos hecho *cábila,* quiere decir autóctono.

(2) *Taraceo* en castellano puro. *Tatuaje* en español modernista.

La dominación romana fué más intensa y más extensa. Duró siete siglos, y, con más ó menos eficacia, sintiéronse sus efectos en toda Berbería. Parte de la población abandonó la vida sedentaria; prosperaron las antiguas ciudades; fundáronse otras que compitieron con ellas; nuevos y cómodos caminos las enlazaron; extendióse el latín á costa de las lenguas indígenas; en el litoral las razas se mezclaron y confundieron; muchos africanos ilustres fueron estrellas de la civilización latina, brillando en Roma misma, y subiendo al trono imperial. Triunfante el cristianismo, volvió Cartago á competir en cultura con su antigua rival política. En Africa nacieron aquellas lumbreras que se llamaron San Agustín, San Cipriano y Tertuliano. Cuando llegaron los vándalos, la civilización berberisco-latina estaba tan arraigada, que triunfó del vencedor, civilizándole. Acaso no fué éste tan bárbaro y devastador como la tradición le pinta. Sus reyes aprendieron latín; rodeáronse de jurisconsultos y poetas romanos; organizaron sus nuevos estados respetando á los vencidos, con los que acabaron por mezclarse. Condujéronse como los godos en España, y, cómo éstos, degeneraron pronto, quedando incapacitados para continuar ejerciendo de directores. Hubo alzamientos de indígenas, guerras con los bizantinos y frecuentes alteraciones religiosas, pues así como antes los cristianos perseguían á los arrianos, los arrianos (los vándalos, lo mismo que los godos, profesaban el arrianismo) persiguieron implacablemente á los cristianos.

El vulgo de los cultos imagina la conquista árabe violenta, torrencial y destructora. Fué lo contrario. La invasión se inició con algaras sin importancia. Gregorio, gobernador de Africa por los emperadores bizantinos, quedó vencido y muerto en una de esas correrías. Los ciudadanos principales creyeron defenderse mejor con el oro que con el hierro: cotizáronse para pagar al vencedor una suma considerable, á condición de que se retirara. Sirvió el rescate para dar alta idea de la riqueza de la comarca y

provocar la venida de Okba con 10.000 guerreros. Recorrió el general mahometano toda Berbería hasta el Atlántico, en cuyas aguas entró á caballo. Sus crueldades levantaron contra él á los berberiscos, que le derrotaron y mataron. La hábil política de Muza-ben-Nocer, su sucesor, alcanzó lo que él no consiguiera (1): la sumisión de los indígenas y su conversión al mahometismo. Pero el exiguo número de los conquistadores acabó por ponerles á merced de los conquistados. Mediado el siglo x, el príncipe fatimita Maad El Moez abandonó á Kairuán para trasladar al Cairo la capital de sus estados, y desde entonces la preponderancia del elemento berberisco sobre el árabe aumentó sin cesar. La cruzada almoravide fué un movimiento berberisco. Igual carácter tuvo el alzamiento almohade. (2) Mas cuando parecía indudable el triunfo de la raza indígena, y podía creerse llegado el instante de verla organizarse según las leyes de su propio temperamento, he aquí que del remoto Oriente se adelanta un torrente devastador que había de inundar toda Berbería. El-Mostanser, Sultán de Egipto, queriendo castigar á los emires zenata de Túnez, llamó á los jefes de las tribus árabes de Hillal y Soleim, y les dijo: «Os entrego el reino de Moez-ibn-Badis el zenata, esclavo que ha querido alzarse contra su amo: desde ahora sois ricos.» Las dos tribus, y tras ellas inmensa muchedumbre de beduínos, entraron en Berbería talando bosques, huertos y jardines, saqueando y arrasando ciudades, quemando las mieses. Ya no eran los invasores 10.000 como los que siguieron á Okba, ni 50.000 como los del ejército vándalo de Genserico: ahora pasaban de un millón. Sólo los almohades pudieron resistirles; pero ellos, aliados á los últimos almoravides, impidieron la consolidación del imperio almohade, apresuraron su caída y contribuyeron, por tanto, á resolver en favor de la Cruz la

(1) El vencedor de los bizantinos é iniciador de la conquista de Africa fué Moavia. Okba fué el primer gobernador y completó la obra de aquél.

(2) Abd-el-Mumen, verdadero fundador del imperio almohade, era zenata, y los principales soldados de su ejército pertenecían á las tribus del Atlas.

última crisis grave de la reconquista española. (Alarcos. Navas de Tolosa.) Arabes y berberiscos en perpetua lucha sumieron el Africa Menor en la anarquía, á tiempo que la Península hispánica salía trabajosamente de un caos parecido, hijo de las analogías que el historiador halla entre los pueblos del Norte y del Sur del Estrecho; analogías que, no obstante contrastes y diferencias importantes, determinan el paralelismo histórico.

Pero la invasión árabe del siglo XI, que casi acabó con los berberiscos de Túnez y rechazó á los de Argelia hacia las montañas, llegó á Marruecos sin fuerzas bastantes para dominar. En el Moghreb el elemento berberisco es, numéricamente, el preponderante.

El berberisco es, en general, de mediana estatura, complexión recia, miembros gruesos, fisonomía abultada, cabeza redonda. Los más son de color obscuro, pero hay berberiscos completamente negros y berberiscos rubios. Aquéllos habitan al Sur del Atlas; éstos, que son en número considerable, se encuentran en la cadena misma y en el Rif. Todos son de costumbres bárbaras, carácter duro y violento, sobrios, nada limpios, poco amigos de extranjeros, muy apegados á sus usos. Es común creencia que al berberisco le diferencia del árabe el género de vida. Aquél—dícese—es sedentario, mientras que éste es pastor y nómada. De todo hay entre los berberiscos y entre los árabes. El que estén fijos ó sean errantes no depende de ellos, sino de la tierra. Allí donde ésta es pobre, el hombre vive de la ganadería, y lleva su rebaño en busca de alimento, ora á las vegas de los *guad*, ora á las faldas de las montañas ó á las mesetas, según las estaciones. De esta suerte viven los berberiscos del Orés (Argel), cuyo nombre basta á decirnos su condición, pues á sí propios se denominan *chauia*, esto es, pastores. Desde los tiempos más remotos ha habido nómadas en Africa, y lo que en otra parte digo del origen de la voz *númida* lo prueba.

Como el clima de las montañas es áspero, el berberisco

prefiere la casa á la tienda. Constrúyela de piedra, en parajes altos y escarpados de fácil defensa. La techumbre suele ser de paja; el interior, sucio. Ganado y hombres viven juntos, interponiéndose apenas entre hombres y bestias un biombo de un metro de altura. Las calles son estrechísimas, torcidas y no más limpias que las casas. La mujer berberisca lleva descubierto el rostro, sale libremente á sus quehaceres, va á la fuente, acude á las ferias, cultiva el huerto, mas acaso no es su condición mejor que la de la mujer árabe. (1) El berberisco saca de su tierra, generalmente riscosa y pobre, el mayor producto posible. La vid y el olivo son los que mayores rendimientos le dan. Cría abejas, cuya miel y cera vende. En Argelia baja de la montaña al Tell á colocar los productos de la cosecha, á trabajar como segador, ó á hacer otros oficios duros y mal retribuídos.

Las instituciones de los berberiscos son, como las de muchos pueblos primitivos, del tipo liberal más modernista. El pueblo le rige y administra una asamblea (*yemaá*, en árabe; *anfaliz*, en berberisco: concejo). Todos los vecinos varones cabeza de familia tienen voz y voto por igual. En estas asambleas se tratan los negocios de interés común: guerras, tratados, alianzas, etc., etc. En ellas se elige el *amín* ó alcalde. Los debates y las elecciones suelen ser tempestuosos. Las familias poderosas é influyentes, apoyadas por sus clientelas respectivas, se disputan el gobierno del pueblo y el de la tribu. Hay largas sesiones en que se pronuncian interminables discursos; unos y otros apelan á las promesas y dádivas, ó á las amenazas, para obtener votos: en última instancia suelen hablar los fusiles. En una palabra, las cosas suceden desde hace siglos y siglos exactamente como sucederán en los siglos venideros, cuando la penetración pacífica esté terminada. Que el anfaliz se llame ayuntamiento, ó *consejo municipal*, ó congreso de los diputados, será lo mismo: nuevos nombres; fondo igual.

El berberisco es mahometano, pero á su modo. Tam-

(1) Los mzabitas, tribu berberisca argelina, tratan á la mujer á lo árabe.

bién fué cristiano, según su propio temperamento fogoso y bárbaro. Sus cánones (*canun* llaman al conjunto de sus leyes tradicionales) no siempre están de acuerdo con el Corán. Celebran la fiesta de año nuevo, dan á algunos meses los nombres del antiguo calendario romano, etc., etc. Mas no por eso se les ha de creer menos fervorosos musulmanes que los árabes. En la época cristiana fueron sectarios furibundos, siguieron siéndolo en la mahometana, y es probable que lo sean siempre; porque las más de las veces (por no decir todas) no es la religión lo que hace fanáticos á los hombres, sino los hombres los que envenenan con sus pasiones furiosas el espíritu de templanza de la religión. Y esto es tan cierto en Europa como en Africa: con el mahometismo como con el cristianismo. Pruébase, además, con el hecho de no ser menos intolerantes los librepensadores, esto es, los que se jactan de no tener religión, que los más exaltados propagandistas del Corán ó del Evangelio. El fanatismo es una enfermedad del espíritu humano, pero no una consecuencia necesaria del fervor religioso.

La raza berberisca divídese en tres grandes ramas ó familias, á saber: XELOJ, BRABER y HARTANI.

Las tribus xeloj habitan, en Marruecos, el Atlas Menor, el Rif, Yebala y la vertiente oceánica. Los braber viven en el Atlas Mayor y en el Desierto. Los hartani son berberiscos puros, pero negros. De ellos tuvieron cabal noticia los romanos. Considéranse menos nobles que los demás de su raza. Los braber tienen á menos la unión con ellos, y, aunque esas uniones son frecuentes en el Sahara, las familias procuran probar siempre la pureza de su sangre blanca. Los aristócratas del desierto no gustan de confesar alianzas con los hartani.

Ya queda dicho que los árabes son, en Berbería, menos numerosos conforme se camina de Oriente á Occidente. En Argelia no llegan á la tercera parte de la población;

algunos autores estiman que no pasan de la sexta. En Marruecos su importancia numérica es aún menor. Pero su importancia social es grande, por haber impuesto la religión, la lengua y las fórmulas del régimen político á la masa de la población. El árabe es más alto y esbelto que el berberisco, de formas más nobles, ágil, robusto, sobrio y resistente. Prefiere la tienda á la casa, aunque, según he dicho, haya árabes sedentarios, como hay berberiscos errantes. En el Tell argelino habitan en invierno casuchas de argamasa, sin puertas ni ventanas, hombres y animales juntos, lo mismo que los berberiscos. Sólo algunas familias ricas se construyen viviendas de piedra. En verano vuelven á sus tiendas.

Viven casi todos del pastoreo. El carnero les da la carne; la cabra, la vaca y la camella, la leche. Con la lana ó el pelo de estos animales fabrican el lienzo de sus tiendas y vestidos. El comercio es industria auxiliar. Venden ganado para la exportación; traen dátiles y otros productos del Sahara á los puertos, y compran, en cambio, cereales, joyas para sus mujeres, y otros objetos de que tienen necesidad. En el Tell argelino hay muchos árabes labradores, unos braceros y otros propietarios que cuidan de sus fincas con la cooperación de aquéllos.

Lo que une en un solo haz á berberiscos y árabes frente á la invasión europea es la religión. El árabe conoce y observa mejor el Corán; va en peregrinación á la Meca siempre que puede. El libro santo es el resumen de las ciencias y de las leyes. La unidad social, ahora como en tiempo de la conquista, es la tribu. El jefe es el *jeque* (anciano). En la familia el padre es el señor absoluto, más temido que respetado. Nadie se atreve á sentarse á su presencia; come solo y el primero. La condición de la mujer es mala. Casada, mejor dicho, vendida cuando niña, más criada que esposa, á veces bestia de carga, envejece pronto, y sólo cuando vieja alcanza alguna compensación: el amor de los hijos. Porque en la sociedad árabe, si la mujer es menospreciada, la madre es venerada. Aunque el Corán permite (no manda) la poligamia, ésta no es tan común como se cree. Un árabe suele tener una mujer, por la misma razón

que un europeo no tiene más que una criada. (1) La sensualidad es uno de los defectos capitales del árabe. Son también astutos, embusteros, habladores sempiternos, é inconstantes; temperamentos en bruto, algo infantiles, necesitados de educación que los dirija y enfrene.

Arabes y berberiscos están de tal modo confundidos en Túnez y Argelia, que es imposible distinguirlos en muchos casos, y difícil en casi todos. Tribus que se creen árabes y que lo parecen por la lengua y las costumbres, como la de los Ulad-Sidi-Cheik, son berberiscas. En Marruecos hay también tribus de sangre indígena que han olvidado el propio idioma y no hablan más que árabe; pero en las montañas del Atlas y en el Sahara la separación se mantiene de modo que las más de las veces, aunque hay mezcla, producto inevitable de un contacto secular, no llega á confusión. Son muchas y muy importantes las tribus berberiscas que se conservan puras, entre ellas los draua de Mezyita (cuenca del Draa), los Ait Sedrat, cercanos á los anteriores, los Beraber ó Braber propiamente dichos, los Beni-Mguid, los Ait-Yusi, los Ait-Tserruchan y otras de la cuenca del Muluya y del Atlas Menor. De las tribus de pura raza árabe citaré, para ejemplo, los Chauia, de la costa atlántica, y los Ulad el Hach, en el Muluya.

Hay en la población marroquí otros elementos de que no es posible dejar de hablar: los moros y los judíos.

Mauritania llamaron los antiguos á la parte occidental de Berbería, y mauri á sus habitantes, voces equivalentes á las de Moghreb el Aksa y moghrebí actualmente en uso. Los moros son, como los árabes, de raza semítica. Algunos autores ven en ellos los representantes de emigraciones levantinas anteriores á los romanos. De todo hay en estas gentes, como producto que son de una mezcla de hombres

(1) Lo que debe hacer un musulmán buen cumplidor de los preceptos del Profeta es tener una sola mujer, pero le está permitido tener hasta cuatro. No más.

de diferente origen, aunque procedentes del mismo fondo semita, si no todos, los más. Uno de los componentes principales de este conglomerado es la descendencia de los musulmanes expulsados de España. La Martinière dice que la población morisca es elegante, fina, astuta, pero indolente y depravada. Son los más instruídos é inteligentes de los marroquíes, los dueños del gobierno, los mangoneadores de la política; pero se les acusa de dobles, avaros, inmorales y además embusteros. Lo que nadie les niega es aptitudes mercantiles. Habitan casi exclusivamente las ciudades.

Habrá en Marruecos unos cien mil judíos, raza oprimida, envilecida y despreciada, pero cuya influencia social es grande, gracias á su arte singularísimo para juntar dinero. Su situación es muy parecida á la que en Europa tuvieron en la Edad Media. El judío no puede entrar en un santuario; al pasar por delante de uno de estos edificios, de una mezquita ó de la casa de un magnate, debe descalzarse; no puede montar á caballo; ha de vestir de negro; vivir en barrio aparte; pagar impuesto especial si viaja, pues las caravanas suelen satisfacer, al entrar en el territorio de una tribu ó cruzar un peaje, tanto por acémila y tanto por cabeza de judío. En cambio, el labrador, el comerciante ó empleado que necesita dinero, forzosamente ha de recurrir al judío, el cual nunca presta á menos de 60 por 100. Y no hay medio de escapar de sus garras, porque él sabe tener contento al cadí, de modo que, llegado el vencimiento, si el deudor no paga, la fuerza pública le despoja de cuanto posee. La condición de los israelitas en Marruecos ha sufrido, de 20 años á esta parte, hondas mudanzas, al decir de Segonzac. Ya no es el judío como en los tiempos en que Foucauld viajaba en compañía del rabino Mardoqueo Srur, un ser miserable y sórdido, encerrado en el mela como el ganado en el establo, confinado en la abyección de sus guettos, vilipendiado, reducido al papel de mercancía, mercachifle y usurero, obligado á caminar descalzo en las ciudades musulmanas, etc., etc. Su condición ha mejorado algo, y su influencia y sus negocios han crecido y se han extendido al compás de los progresos

de la civilización y de las necesidades y desarrollo del comercio. Ha preferido seguir siendo el intermediario indispensable entre el cristiano productor y el apático consumidor musulmán. Se le odía, se le desprecia, pero se respeta en él al hombre bastante rico para meter en la carcel, comprando la justicia, á sus deudores ó agresores.

Más que á los 20 años transcurridos entre los viajes de Foucauld y Segonzac, atribuyo la diferencia, no grande en verdad, de sus apreciaciones sobre la condición de la raza judaica en el Moghreb, al punto de vista en que ambos se hallaron colocados para estudiarla. Foucauld, que viajaba como judío y vivió siempre entre judíos, vió más y pudo observar mejor. Él conoció de cerca la triste suerte del judío en bled-es-siba, entre gente aislada, ruda, ignorante y miserable. Allí no ha podido pasar de artesano en pequeño. Su industria es pobre, porque los traslados á que le obliga la vida ambulante son peligrosos en aquellos países poco seguros. Los yebalas y ciertas tribus berberiscas roban y degüellan al israelita sin escrúpulo, teniéndose la acción hasta por meritoria. Los rifeños, la mayor parte de los draua, beraber y susi acogen bien á los judíos, á condición de que éstos compren la protección de un jefe poderoso, especie de señor feudal, que vende esa protección bastante cara, y que se atribuye un derecho absoluto sobre la vida y hacienda del protegido, el cual no puede mudar de amo sin incurrir en la cólera de aquel cuya protección solicitó.

Los israelitas marroquíes profesan su religión con bastante frialdad, y dando más importancia á los ritos y prácticas externas que á la esencia. Divídense en dos sectas: á una pertenecen casi exclusivamente los indígenas y á la otra los extranjeros, es decir, los españoles establecidos en Marruecos desde su expulsión de España. La primera contiene vestigios de muchas superticiones berberiscas. El culto de los santos ha penetrado también en el judaísmo marroquí, el cual tiene sus santuarios y sus peregrinaciones piadosas á las tumbas de los muertos milagrosos. Tienen tribunales y jueces propios, y en cada comunidad un consejo ó junta *(maamad)*, que cobra la contribución sobre la carne muerta según el ritual.

El elemento judaico es, por las razones arriba indicadas someramente, factor social importante. Los franceses han procurado ganarle á su causa, y los esfuerzos en este sentido hechos desde mediado el pasado siglo hasta hoy merecen particular atención. Más adelante se la consagraremos. Para entonces dejamos el tratar de la Alianza Israelita y del partido que hemos podido y podemos sacar de la favorable circunstancia de ser nuestra lengua la de una parte considerable de la población judía.

Las dos razas principales que pueblan Marruecos hablan dos lenguas del todo diferentes: la raza indígena el berberisco, la raza conquistadora el árabe.

El berberisco pertenece al grupo de las lenguas cuchitas ó camíticas, como la antigua lengua egipcia, el gala, el somali, el hausa y otras africanas, llamadas también protosemíticas. Hablado en la región del Atlas desde la más remota antigüedad, han llegado hasta nosotros confusos vestigios de sus formas primitivas, conservados en inscripciones líbico-púnicas (como la de Tugga), mejor ó peor descifradas hasta la fecha, y que sólo contienen series de nombres propios. El guanche, lengua de los aborígenes canarios, era uno de tantos dialectos berberiscos.

Son éstos varios: en Argelia conócense el zaua, ó lengua de Kabilia (el más puro de todos los argelinos); el de los Beni Menacer, una forma especial del xeloj en el Sur de Orán; el zenata de Guad Rir y Mzab, etc., etc. Se hablan también diversos dialectos berberiscos al Sur del Sahara (Senegal, Timbuctú, Sergú) y en el Sahara mismo (Ahaggars y Azgers). En Marruecos los dialectos berberiscos son tres: rifeño, susi (ó xeloj) y beraber. El primero se habla en el Rif, de Alhucemas á la frontera argelina; el segundo á lo largo del Atlántico, de Mogador al Draa; el tercero en las montañas del Atlas y Marruecos central. El rifeño y el susi son los que más nos interesa conocer. Difieren tanto unos de otros, que apenas entienden los rifeños á los del Sus, ni éstos á aquéllos, ni los del Atlas á los demás.

Los berberiscos llaman á su lengua *tamachek* (en el Sahara), *tamacight,* ó *ʒemacijʒ* (en el Rif), lo que quiere decir *la* (lengua) *amaciga*. Los rifeños dicen también *ʒarifiʒ* (la rifeña). Las principales diferencias entre los dialectos berberiscos consisten: 1.° En que, siendo el amaciga muy abundante en voces, empléanse en un dialecto distintas palabras que en otro para expresar las mismas ideas y designar los mismos objetos. 2.° En que las mismas palabras pueden tener diferente acepción. 3.° En que unos dialectos tienen más vocales, y éstas más marcadas que en otros. 4.° En que varía, según los dialectos, la pronunciación ó el valor fónico de algunas letras del alfabeto. (Padre Fray Pedro Sarrionandia. *Gramática de la lengua rifeña.*) (1) Unas tribus hablan el berberisco con más pureza que otras. Depende de que estén más ó menos arabizadas. La invasión es más de notar en el vocabulario religioso, jurídico y político, en gran parte compuesto de voces árabes berberizadas en aquellas tribus más en contacto con los conquistadores. En el Atlas y al Sur del Atlas la mayor parte de la gente no entiende el árabe. Tribus enteras sólo hablan y entienden el berberisco, encontrándose apenas algún personaje letrado capaz de hablar la lengua del Profeta. El conocimiento de ésta es aún más raro en las mujeres.

El berberisco no es lengua escrita, salvo en uno de sus dialectos: el tamachek. El alfabeto de éste se deriva del líbico, y, por él, del fenicio. Cuando los berberiscos de otras ramas quieren escribir su lengua, sírvense del alfabeto árabe, al que añaden algunas letras supletorias. La representación de la fonética berberisca por medio de las letras latinas es muy difícil, y siempre imperfecta.

---

(1) Algunos gramáticos clasifican de este modo los dialectos berberiscos: *a)* Dialectos fuertes (tuareg del Norte, zaua, xeloj, Iua, Ksur del Sur de Orán, Beni-Isnasen). *b)* Dialectos suaves (tuareg de Aulimmiden, Zenaga y probablemente el guanche). *c)* Dialectos intermedios (Rifeño, Zenatia de los Beni Menacer, de Mzab, de Guad Rir, etc., etc.) La base de la clasificación es el sonido más ó menos fuerte de ciertas consonantes: la *k* de unos suena *x* ó *che* (suave) en otros, la *l* se cambia en *d, di,* la *y* en *i*. (Basset. *Manuel de langue kabile,* pág. 3.)

Se ha supuesto por algunos que entre el vascuence y el berberisco existe afinidad grande. Sin entrar aquí en un estudio de gramática comparada, que, por sí solo, requeriría un largo capítulo, bastará, para demostrar el escaso fundamente de esta tesis, poner frente á frente algunas voces usuales de ambas lenguas.

Castellano.	*Vascuence.*	*Berberisco.*
Agua	Ura	Aman
Hombre	Guisona	Argaç ó Ariaç
Perro	Chacurra	Aidhi
Leche	Esnea	Aghi
Huevos	Arrautza	Zimellalin
Mujer	Andrea	Zamgharz
Muchacho	Mutill	Ajermuch
Pájaro	Choriya	Aydhidh
Luna	Yllarguiya	Ior
Ojo	Beguia	Zit
Dios	Jaungoikoa	Erbbi
Pan	Oguiya	Aghrom
Monte	Mendi	Adhrar

La numeración berberisca se ha perdido casi por completo. De los números 1 al 10, sólo el *uno* conserva su nombre, y llámase *iyyin* ó *ichten*. En vascuence *bat*.

El árabe es una de las ramas principales de las lenguas semíticas, y hermana, por tanto, del hebreo, el siriaco y el caldeo. Estas tres lenguas han muerto; el árabe es la sola superviviente del grupo. Es también una de las más extendidas por el mundo. Los caracteres comunes á esta familia lingüística son: las consonantes determinan por sí solas el sentido de las raíces; sólo ellas figuran en la escritura; del verbo se forman con sencillez y regularidad notables las palabras derivadas.

Las raíces árabes son tri-articuladas, y por ellas se expresan las ideas abstractas. Estas raíces dan origen, siguiendo reglas fijas, á todas las variantes de la idea madre, las

cuales se señalan en la escritura por medio de las letras adicionales y de las vocales. El léxico es inmenso; ningún letrado puede alabarse de conocerle entero. La sonoridad es también grande; no hay letras mudas; la *a* domina; todas las articulaciones y las vocales *u* é *i* pueden doblarse en el centro y en la terminación de las palabras. La riqueza y flexibilidad del árabe para expresar las relaciones exteriores de las ideas truécase en pobreza como medio de expresión de las relaciones metafísicas. Es idioma más apropiado para la poesía que para el razonamiento. Carece de precisión y de claridad. Es, además, difícil por la fonética y por la escritura. Contiene buen número de sonidos que no se emplean en ninguna lengua europea, y su representación gráfica es todavía (á pesar de las reformas que los primeros jalifas introdujeron en el alfabeto) tan imperfecta, que la lectura de un texto arábigo no es cosa llana ni aún para el erudito. Baste decir, para dar idea de una de las dificultades que ofrece, que no se usan letras mayúsculas ni signos ortográficos.

Aunque el árabe es anterior al Corán, puede decirse que el Corán le ha constituído. Los poetas que acudían á los certámenes literarios de Okbah y otros análogos, la formaron, dando preferencia sobre los infinitos dialectos arábigos al de los coreischitas, que era el más puro. Ungida con el carácter religioso, por ser la lengua del Profeta y de la familia de éste, extendióse é impúsose con el libro santo. Como lengua literaria escrita, no ha variado desde entonces. Dícese generalmente que hay dos lenguas árabes: la literaria y la vulgar. Según Renán, para los árabes no hay tal cosa, sino dos formas, una gramatical y otra no gramatical, de la misma lengua. Y esta última (el árabe vulgar) cambia tanto de una nación á otra, en las formas y en la manera de pronunciar, que en la práctica resultan á veces lenguajes distintos. Así, por ejemplo, un marroquí y un sirio difícilmente se entienden entre sí. Para la lengua, como para la cultura muslímica, ha llegado el período de la decadencia. Útil instrumento de una civilización que tuvo su período de expansión y grandeza, es indudable que ha de sucumbir ante medios de expresión más per-

fectos. En Argelia retrocede, cierto que poco á poco, delante del francés, por el que se deja penetrar y corromper. En Marruecos, donde su papel de lengua oficial y de los letrados le da superioridad sobre el berberisco, sufrirá la misma suerte ante el español, á poco que nosotros nos esforcemos en la propaganda de éste.

Lo que desde hace siglos une estrechamente á estas diversas razas (aparte los judíos), es la religión. Mucho se ha escrito sobre el mahometismo; pocos le conocen. La doctrina islámica la ha definido hace años el Chik ul Islam de Constantinopla, esto es, el Pontífice de los musulmanes turcos, en estos términos, respondiendo á un europeo que deseaba conocerla: «La base de la religión islámica es la fe en la unidad y en la misión de su profeta preferido, Mohamed, es decir, que hace falta sentir esa fe y confesarla por la palabra, repitiendo el versículo árabe que la expresa: —No hay más que un Dios, y Mohamed es su profeta.—» El que hace esta profesión de fe, queda siendo musulmán sin necesidad de aprobación ó permiso de nadie..... Tal es la definición de la fe; pasemos á la doctrina. «El hombre, superior á los demás animales en inteligencia, ha sido creado de la nada para adorar á su Creador. Esta adoración consiste en cumplir la ley de Dios y compadecerse de sus criaturas. Esta doble manera de adoración existe en todas las religiones Las diferencias vienen en la práctica por la diferencia de ritos, tiempos, lugares, condiciones y ministros. La inteligencia humana no alcanza á encontrar la forma de adoración más propia de la grandeza divina. Dios clementísimo, al conceder á ciertos hombres el don de la profecía, transmitiéndoles por mediación de los ángeles la inspiración de los escritos y de los libros y revelar la verdadera religión, ha colmado de beneficios á sus servidores. El libro de Dios, el que ha bajado del cielo, es el sagrado Corán, cuyas disposiciones invariables, piadosamente conservadas desde el primer día en tomos escritos y en la memoria de millares de recitantes, durarán hasta el día del juicio final.

»El primero de los profetas fué Adán y el último Mohamed. El número de los profetas que entre uno y otro han pasado por el mundo sólo Dios lo sabe. El mayor de todos es Mohamed. Después vienen Jesús, Moisés y Abraham. Todos estos profetas han amenazado á sus fieles con el día del juicio final; debemos, por tanto, creer en la resurrección de los muertos, que comparecerán ante el tribunal del Señor para dar cuenta de sus actos, y que los justos irán al Paraíso y los culpables al infierno. Todas las acciones serán examinadas una por una, y, aunque las de los soldados que pelean en la guerra santa se considerarán, incluso el sueño, como oraciones, aun ellos tendrán que dar minuciosa cuenta de lo que han hecho. Sólo están exceptuados los que murieron por la causa santa, esto es, los mártires, los cuales, sin interrogatorio previo, entrarán en el Paraíso.

»Así los bienes como los males debemos atribuirlos á la Providencia de Dios. El creyente debe tener fe en Dios, en sus ángeles, en sus libros, en sus profetas, en el juicio final, y atribuir el bien y el mal á la voluntad divina. El que profesa estas verdades, es verdadero creyente; mas, para ser creyente perfecto, es preciso cumplir sus deberes, rogar á Dios, y evitar el caer en pecados tales como el robo, el asesinato, el adulterio, la sodomía. Si un creyente cae en pecado, no es infiel, pero sí pecador, esto es, creyente extraviado y merecedor de pena temporal en el otro mundo. Dios le condena á pasar en el infierno un tiempo proporcionado á la importancia del pecado cometido. La fe limpia de todo pecado. El que se convierte al islamismo, queda siendo tan inocente como el niño recién nacido, y sólo es responsable de los pecados que cometa á partir de su conversión. Un pecador que se arrepiente y que, en persona, solicita de Dios el perdón de sus pecados, obtiene el divino perdón, no habiendo perjuicio para los derechos del prójimo. Sin el perdón de éste, no hay perdón de Dios. Para obtener el perdón de los pecados, no es necesaria la intervención de ningún director espiritual. Además de la profesión de fe ya dicha, el musulmán debe orar cinco veces cada 24 horas, distribuir cada año la cuadragésima par-

te de sus bienes á los pobres, ayunar durante el mes de Ramadán y hacer, siquiera una vez, la peregrinación á la Meca.» Tales son los deberes fundamentales del musulmán; pero del cumplimiento del último están exentos los que, por falta de salud ó de dinero, se hallan materialmente imposibilitados de cumplirlo.

El Corán es el libro sagrado. Los Hadith, ó hechos y dichos de Mahoma, le completan. Es, al propio tiempo que código religioso, ley civil, criminal, política y moral de todos los mahometanos. No tienen éstos clero é iglesia organizada. El musulmán ora solo, en casa, en la tienda, en la calle, donde bien le parece; implora directamente de Dios el perdón de los pecados, los cuales no debe confesar á ningún otro hombre. Ni aun para la ceremonia del entierro se requiere la presencia de ministro alguno de la religión. A suplir la falta de Iglesia han venido las cofradías ó congregaciones religiosas, fuerza social y política de primer orden en todo el Islam, y muy singularmente en Marruecos. La sociedad musulmana elabora constantemente y de modo espontáneo núcleos religiosos, y por eso vemos que cada gremio tiene carácter de cofradía ó hermandad, de la que viene á ser amín (presidente) algún anciano autorizado y de piedad reconocida. Los agremiados denomínanse *ẓahab*, compañeros, y, andando el tiempo, aquel amín que tuvieron de jefe, truécase, al morir, en santo venerado, á cuya tumba irán los compañeros en peregrinación. Pero las más importantes é influyentes de las cofradías son las que obedecen á un jerif ó descendiente del Profeta.

Los marroquíes veneran tres clases de santos: los muertos, los vivos que han adquirido la santidad por sus virtudes y fervor religioso, y los que la poseen heredada por descender del Profeta.

Los muertos tienen sus ermitas: santuarios á donde acuden los fieles; lugar venerado que no falta en ningún pueblo ni aldea. El santo de la ermita hace milagros que

corren de boca en boca y aumentan la fama del marabú. Es frecuente, sobre todo entre los berberiscos del Norte (Rif-Yebala), andar á tiros los mozos de pueblos vecinos por cuál de sus santos es mejor y hace más milagros.

Los marabús vivos tienen también gran autoridad é influencia en el pueblo, el cual les escucha en todo y les confía los negocios importantes. En el mismo caso se hallan los jerifes ó descendientes del Profeta (reinantes ó no), cuyo contacto se reputa fuente de dichas. Los zauias, ó centros religiosos, son también los centros políticos y sociales de Marruecos. Una zauia suele tener mezquita, posada para los peregrinos, hospital y escuela donde los tolbas (maestros) enseñan y comentan el Corán. De estos conventos está lleno el Moghreb. En ellos se enseña la ley civil y religiosa, toda la cual emana del libro santo.

Muley-Abdel-Aziz es uno de tantos jerifes, como descendiente de Fátima, hija de Mahoma. Pero hay otros jerifes en sus estados, y la influencia de ellos, que es grande, puede causarle tanto mal si se le muestra hostil, como beneficio si se le presenta favorable. Hoy le es contraria. Las zauias son recintos inviolables, ante cuyas puertas debe detenerse, no sólo el caíd, sino el mismo Sultán. Generalmente son *habús*, es decir, que no pagan impuesto alguno.

Celebran los moros frecuentes romerías *(musan)*. En ellas las diferentes tribus se encuentran, se relacionan y se pelean. Una de las causas más comunes de conflictos y choques entre los romeros es, como queda dicho, la mayor ó menor eficacia milagrera del santo local. Como el número de marabús es casi infinito, las romerías lo son también. Otro punto de reunión suele ser la feria *(soko)*. Ésta lleva el nombre del día de la semana en que se celebra. Así suele decirse: «Voy al lunes» ó «Voy al jueves». Se celebra la feria en los alrededores de una población importante, describiendo en torno de ésta los sucesivos mercados, un círculo de 30 á 40 kilómetros de radio, distando ellos entre sí no más de 12 á 15.

En estos sitios — romerías y ferias — no sólo se ora y se comercia, sino que se comentan los sucesos, se transmiten

—por cierto con celeridad pasmosa—las noticias, se critica y se preparan revueltas; en una palabra, se elabora la opinión pública, y se traman las asonadas y revoluciones.

El territorio que los mapas señalan como perteneciente al imperio de Marruecos, comprende dos partes, á saber:

a) Bled-el-Majzen, ó país del gobierno, es decir, país que reconoce y obedece al Sultán.

b) Bled-es-siba, ó país libre, es decir, país que no reconoce ni obedece al Sultán.

La extensión de ambos y la línea divisoria entre ellos son cosas muy variables. En circunstancias normales, la autoridad del Sultán podrá extenderse sobre unos cuatro millones de almas, que ocupan 200.000 kilómetros cuadrados, poco más ó menos. El *bled-es-siba* ocupa unos 400.000 kilómetros. Pero esas circunstancias á que llamo normales, quiero decir, aquellos períodos de paz relativa de que alguna vez disfruta Marruecos, duran poco. Es más: nunca habría paz completa si no fuese porque el Sultán se encierra de cuando en cuando en Fez ó en Marruecos y deja al país rebelde campar por sus respetos. Entonces, vistas las cosas desde Europa, diríase que nadie resiste á la autoridad imperial. ¡Pero que se le ocurra al Sultán cobrar contribuciones en el bled-es-siba! Inmediatamente la tribu requerida se pondrá en campaña, sola ó ayudada de otras; el Sultán marchará contra ella con una fuerza más ó menos numerosa, y, si vence, cobrará la contribución y se comerá á la tribu; pero, si es vencido, verá como se le dispersa el ejército, falto de pagas (que el Majzen no da) y de botín (que es lo que substituye á las pagas), quedando reducido á la impotencia. Entonces los periódicos europeos empezarán á decir que ha estallado una rebelión en Marruecos, que el Sultán no es obedecido, que el imperio se halla en la anarquía, etc., etc. En realidad no ha sucedido nada, ni ha estallado rebelión alguna. Trátase de un fenó-

meno habitual de la vida del Moghreb. La misma rebeldía del Rogui, que tanto alarmó á la gente en España, ha sido una de tantas. En 1883-86 la extensión del bled-es-siba era tan considerable como hoy. Muley-Hassán, á pesar de su energía, sólo dominaba una faja de tierra próxima al Océano, limitada á Oriente por una línea que iba de Tetuán á Fez y á Mequínez, que se estrechaba cerca de Rabat, se ensanchaba otra vez al Este de Marruecos y terminaba al Sur en el río Gaz. Duveirier, cuya autoridad en la materia es generalmente reconocida, decía por aquel tiempo, en un artículo en que señalaba esos límites al territorio obediente al Sultán: «Si á éste se unen las nuevas insurrecciones del Sus y de otras comarcas, se verá cuán crítica y amenazadora es la situación del Moghreb.» ¡Parece que no ha pasado un día por la cuestión!

He aquí ahora un cuadro completo y exacto del bled-el-Majzen en la misma fecha: «A las puertas de Mequínez empieza el bled-es-siba, el país libre, y por él va el camino de Tadla; el mismo Tadla hállase ya en sus términos. Por tanto, dejamos, y para mucho tiempo, los estados del Sultán, el bled-el-Majzen, triste comarca á la que el gobierno hace pagar á buen precio una seguridad que no la proporciona; donde, entre los ladrones y el caíd, no dan punto de reposo á ricos ni á pobres; donde la autoridad, sin proteger á nadie, amenaza los bienes de todos; donde el Estado recauda sin gastar cosa alguna en bien del país; donde la justicia se vende, la injusticia se compra y el trabajo no aprovecha; añádase á esto la usura y la prisión por deudas: tal es el bled-el-Majzen. De día se trabaja; la noche hay que pasarla en vela; si se cierra el ojo un instante, vendrán merodeadores que se llevarán el ganado y la cosecha; de ellos es el campo mientras la obscuridad dura; hay que poner centinelas; nadie osa apartarse de la aldea ó del círculo de tiendas; es preciso estar siempre alerta. Si en fuerza de fatigas y cuidados se ha conseguido salvar la cosecha y guardarla, queda aún el trabajo de ponerla á buen recaudo, escondiéndola del caíd; para ello entierra lo cosechado, y viene luego el quejarse de la pobreza de lo cogido, ponderar la miseria en que se está, etc., etc. Pero hay gente

que acecha: han visto que ibais al mercado y que no comprabais granos, lo cual significa que los poseéis; desde este momento estáis en peligro. El día menos pensado llegan á la casa una veintena de *mejaznias*, la registran de alto á bajo, se apoderan del trigo y de cuanto encuentran. Si tenéis ganado y esclavos, se los llevan también. El que por la mañana era rico, por la noche se halla pobre. Sin embargo, es preciso vivir, y para vivir, habrá que sembrar el año próximo. Sólo un recurso hay: el judío. Si es hombre honrado, os prestará al 60 por ciento; si no lo es, á precio mucho más alto. Desde entonces todo acabó. El primer año de sequía trae aparejados el embargo y la prisión: ruina completa.

»Ésta es la historia que á cada paso me cuentan. Me la repiten dondequiera que entro. Todo está enlazado de modo que no hay escape. El caíd protege al judío, á sueldo del cual vive; el Sultán sostiene al caíd, que cada año le lleva enorme tributo, y que sin cesar envía ricos presentes: el cual, á la postre, atesora para su amo, porque, tarde ó temprano, le será confiscado cuanto posee, antes ó después de morir. Por eso la gente vive desanimada y triste; todos temen y detestan al caíd; si se habla del Sultán, todos convienen en que es *tema bezzef:* muy codicioso. A cuantos marroquíes venían de Argelia he oído envidiar la suerte de sus vecinos. ¡Es tan grato vivir en paz! ¡Gozar del bien propio, grande ó pequeño, tranquilamente, sin inquietud! Los caminos seguros, el ferrocarril, el comercio fácil, la propiedad respetada, paz y justicia para todos: he aquí lo que han visto del otro lado de la frontera. ¡Qué feliz sería este país, tan miserable á pesar de sus riquezas, en esas condiciones!» (Foucauld. *Reconnaissance au Maroc,* págs. 40-41.)

Este cuadro de ayer es el cuadro de hoy, y será el cuadro de mañana, hasta la desaparición del imperio.

Veamos cómo funciona la administración imperial.

Marruecos entero (*bled-el-Majzen* y *bled-es-siba*) no es más, según hemos visto, que un conjunto de tribus pertenecientes á diferentes razas y sin otro lazo común que el religioso. Cada tribu viene á ser un estado autónomo: totalmente autónomo en la montaña; con autonomía atenuada por un ligero vínculo federativo, en el llano. Las poblaciones importantes, islas perdidas en este caos, son los núcleos principales del bled-el-Majzen, pues las administra directamente el Sultán. Hay algunas excepciones, como la de Tazza, que años hace vive oprimida por los riata, gente rebelde. Estas poblaciones forman cada una de ellas entidad administrativa aparte.

Las tribus árabes, ó arabizadas, del llano, obedecen á los *kiad* (plural de caíd), representantes del Sultán. Es raro que se nombre otro caíd que el que la tribu pide. Las de las montañas, casi todas berberiscas, se gobiernan á lo democrático, del modo que ya dije. (Véase pág. 65.) Pero estas democracias resuélvense en oligarquías, muchas de las cuales han engendrado señoríos feudales: evolución análoga á la de Europa del siglo v al xi. Este régimen feudal es el predominante en el Atlas, donde se ven, en los sitios aventajados, los castillos roqueros—*agadir* en unas regiones, *tirrem* en otras—, que defienden el poblado de las agresiones de los bandoleros, ó de las tribus enemigas, y sirven de morada al señor bajo cuyo amparo se halla la localidad.

El Sultán reside la mayor parte del año en Fez. En torno de esta ciudad acampan las cuatro tribus que forman su clientela personal, la base de su poder. Pero, cerca de allí, á la vista de las murallas de su corte, empieza el bled-es-siba, habitado por poderosas tribus, á las cuales amenaza cuando es fuerte, pero de las que se ve amenazado cuando es débil, como ahora le sucede.

Todo musulmán debe pagar dos impuestos: uno sobre la agricultura y otro sobre la ganadería. Aunque así lo dispone el Corán, nadie cumple esta obligación sagrada mientras puede excusarla. Las demás contribuciones son todavía más difíciles de cobrar. Las tribus del llano, que

temen ser entradas á saco y puestas á rescate, pagan para evitar la visita del Sultán y de su devastadora comitiva. Las de la montaña se conciertan para resistirle. Cuando lo hacen con ventaja, el ejemplo cunde hasta el llano; entonces el Majzen se ve apurado, á pesar de que, como no paga á nadie, vive con poco, porque su administración es muy sencilla: el caíd recauda los impuestos coránicos, y hace de lo recaudado dos partes: una para el Sultán y otra para él. Ésta, que viene á ser su propia retribución, no suele valer menos que la otra. Si no envía bastante, lo probable es que dé con los huesos en la cárcel y que le confisquen los bienes. En ocasiones peligra su cabeza. De modo que el Sultán exprime al caíd, el cual, á su vez, exprime á la tribu. En cambio, la tribu, en cuanto puede, asedia al caíd en su casa y le mata. Resulta que este funcionario, rueda esencial de la Administración y de la Hacienda marroquíes, está expuesto á morir á manos del Sultán, si recauda poco, ó á perecer á las de sus administrados, si recauda mucho. Las más de las veces no es posible poner en claro quién merece más compasión, la tribu ó su caíd.

El Sultán mismo vive en perpetuo susto y en movimiento continuo. Cuando necesita dinero, sale á buscarlo al frente de sus tropas (majala). Va la majala hambrienta y desharrapada por malos senderos, robando y matando. Entonces los marabús locales intervienen en nombre de los aterrorizados habitantes. Convenido el número de soldados que éstos darán y la cantidad que han de pagar, y luego de entregados los rehenes, la majala prosigue su camino. De este modo va defendiendo el Majzen su triste existencia, atacada con igual tenacidad y encarnizamiento por los de dentro y por los de fuera.

El Sultán no gasta lujo. Vegeta en el interior de su Palacio, aburrido y triste, consagrando la mañana al despacho de los negocios del imperio, la tarde á la música y la noche al harem. Es un jefe de tribu, y como tal vive. Su única superioridad sobre los demás jefes débela á la estirpe jerifiana. Sólo aparece en público con alguna pompa en las tres grandes solemnidades religiosas: Aid-Seguir, Aid-

Kebir y el Molud, aniversario esta última del nacimiento del Profeta. Entonces, ó cuando recibe alguna embajada extranjera, se le ve aparecer en el patio de Palacio, á caballo, bajo el gran quitasol encarnado, símbolo del poder; numerosos esclavos agitan pañuelos para espantar las moscas; altos dignatarios llevan las armas imperiales; cierra el séquito brillante escolta de lanceros, y, entre la muchedumbre prosternada, el jerife encamínase (en las solemnidades religiosas) á la mezquita de Msala, asiste á los oficios divinos y vuelve á Palacio.

Marruecos es voz desconocida de los marroquíes, los cuales denominan á su país El Garb, esto es, El Occidente, y á sí propios Mgarba, occidentales. En árabe literal el imperio se llama *El-Moghreb'-el-Aksa,* es decir, *El Occidente último.*

Comprende diez provincias, á saber:

Tres septentrionalas:

1.ª *El Rif,* país ribereño del Mediterráneo, que se extiende desde la frontera argelina hasta la cábila de Rmaia.

2.ª *Yebala,* comarca también ribereña, que continúa á la anterior hacia Occidente hasta el Estrecho de Gibraltar, y se extiende á espaldas de ella por el Sur.

3.ª *Dairat-Fas* (provincia de Fez), al Sur de Yebala, y comprendida entre Uxda y el Atlántico.

Tres centrales:

1.ª *Huz-Marruecos*, comprendida entre los pueblos beraber y el mar.

2.ª La región beraber ó del Atlas Menor, ocupada casi toda por las montañas centrales.

3.ª *El-Dharha*, comprendida entre dichas montañas, la frontera argelina, Uxda y el Figuig.

Cuatro meridionales:

1.ª *Sus.*

2.ª *Dra.*

3.ª *Sequia-el-Hamra.*

4.ª *Sahara.*

Mas esta división no debe tomarse al pie de la letra. Las mencionadas provincias merecen mejor el nombre de comarcas ó regiones, y pertenecen no tanto á la Geografía administrativa del Majzen como á la Geografía usual: ni mas ni menos como entre nosotros se dice la Mancha ó la Alcarria. Dentro de algunas de ellas se comprenden otras extensas y ricas, y sirva de ejemplo El Garb, que se extiende entre las montañas yebalas, el Bu-Regreb y el Océano.

El Majzen ó gobierno marroquí comprende, además del Sultán, especie de Pontífice y jefe de las cuatro tribus de Udaya, Buajer, Xeraga y Xerarda, respetable número de ministros y funcionarios, de los cuales creo útil dar alguna noticia, aunque muy brevemente.

El principal es el *Efkih-el-Kebir*, ó gran visir, cargo que desempeñó hasta su muerte Si Ahmed ben Musa, hijo de Si Musa, visir de Muley Hasán y nieto de Si Ahmed, quien fué hijo de un esclavo, lo que no le impidió desempeñar el cargo de visir con los sultanes Abderrahmán y Mohamed. La muerte de Si Ahmed ben Musa, ó Ba Hamed, como generalmente se le llamaba, ocurrida en 1900, ha tenido tristes consecuencias para Abd-el-Aziz. Ba Ahmed era hombre enérgico, de mucha experiencia de los negocios, y, mientras vivió, contuvo con mano firme los ingenuos impulsos progresistas del nuevo Sultán. Le sucedieron en el cargo, primero *El-Hach el-Mojtar* ben-Abdala ben Ahmed, y después Si Fedul Garnit, que había sido visir del Sultán Muley Hasán; pero en la privanza le reemplazó Si el Mahdi el Menebbi, modernista más entusiasta y arrebatado que juicioso, quien, en vez de refrenar á su amo y dirigirle por buen camino, le impulsó y descarrió.

Después del visir viene el ministro de la Guerra, denominado *Kebir-el-Asker, Alaf-el-Kebir*, voces que en castellano se traducen por *jefe de infantería, intendente general del ejército*. Este cargo lo desempeñó Si Saib ben Musa, y más tarde El Menebbi.

Otro cargo importantísimo, en realidad el más importante de todos después del de gran visir, es el ministro de Estado, de quien es delegado en Tánger Si Mohamed To-

rres, diplomático de dilatada historia y grandes servicios, recién terminados. Citaré, además, para completar esta nota:

El-Amin el Umana, ó ministro de Hacienda, puesto que parece monopolizado por la familia Tazi, una de las principales de Fez. Le ocupó hasta hace poco Si Abd es-Salam Tazi, moro que ha viajado bastante por Europa, afable, inteligente y poco ó nada fanático. Habiendo caído en desgracia, le substituyó su pariente Xic Tazi. El segundo hermano de éste, El Hach Omar Tazi, es (ó era hace poco) *Amin Mostafed*, esto es, *director de contribuciones directas de Fez*, á la par que chambelán y amigo íntimo del Sultán. Otro hermano, el tercero en edad, Si Mohamed, es el *Mohtassed*, ó administrador de la capital. Esta familia tiene grandísima influencia política.

El *Cadí* de la corte, ó ministro de Gracia y Justicia.

El *Cadí-el-Mexuar*, gobernador de la corte, comandante de la guardia jerifiana.

El *Hajib*, ó chambelán, jefe del personal de Palacio (mayordomo mayor).

Digamos ahora dos palabras de las contribuciones que cobra el Majzen. Son de tres clases.

1. Impuestos coránicos, esto es, obligaciones contributivas establecidas por Mahoma en el Corán.
2. Impuestos administrativos.
3. Cargas de soberanía.

Los impuestos coránicos son:

a) Las dos contribuciones que constituyen la limosna legal:

Ez Zekat: 2 por ciento sobre el capital.

El Achur: 10 por ciento de la renta.

b) El H'dia: donativo que se hace al jefe de los creyentes con ocasión de las grandes fiestas religiosas, y que

aun cuando no constan en el Corán, se han hecho obligatorios por costumbre.

Los impuestos administrativos son dos:

a) *En Nekas*: derechos que paga el comercio.

b) *El Mekebs:* derechos de aduanas, de consumos y estanco.

Las cargas de soberanía son cinco:

a) *En Nasba:* derechos que las tribus no militares pagan por el usufructo del suelo.

b) *El Harka:* contribución que deben pagar las tribus para costear las expediciones militares.

c) *El Guerama:* restitución.

d) *Es Sokhra:* la comisión.

e) *El Muna:* suministro de víveres.

Además de estos ingresos, el Tesoro *(Bit-el-mal)* percibe otros de carácter menos permanente. Tales son los bienes de todo marroquí que muere sin herederos: una parte de los que recaen en hembras; una parte que se atribuye como administrador de los bienes *habús*. Estos bienes son los de las corporaciones religiosas, constituídos por mandas de los fieles en favor de tal ó cual convento ó cofradía.

Como ya he dicho, lo mejor de Berbería es Marruecos. Ahora añado que lo mejor de Marruecos es la vertiente atlántica. Las riquezas del subsuelo son poco conocidas, pero se tiene noticias de minas de plata, cobre, platino, hierro, estaño, plomo, antimonio, mercurio, zinc y níquel. Parte de estos yacimientos se encuentran en las montañas del Rif, pero la región que pasa por más rica en minerales es el Sus. Hay también petróleo, fosfatos, mármoles, etc., y Fisher ha deducido de la constitución geológica del país la probable existencia de depósitos considerables de hulla. Si esta hipótesis se confirmase, la importancia de Marruecos en la economía universal vendría á ser muy pronto grandísima. En los oasis del Sahara se han hallado también depósitos de nitrato de sosa y de potasa. Parece que

en las montañas de Gundafi (Atlas Mayor) hay magníficas minas de plata, así como también cerca de la Mámora. Ciertos minerales de cobre de los alrededores de Tarudán, analizados no ha mucho, han dado 60 por ciento de mineral puro.

La zona agrícola se extiende paralelamente á la costa en un espacio de 300 kilómetros, desde la desembocadura del Tensif hasta la del Sebú, siendo su anchura de 50 á 70 kilómetros. Tiene agua suficiente, y parte del suelo es de tierras negras, clasificadas por Fisher entre las más fértiles del mundo. Aunque apenas la araña el arado, produce cosechas magníficas, principalmente de trigo (en Xerarda, Chauia y otras regiones atlánticas); cebada (en Xerarda), maíz (en Yebala y Chauia). Detrás de ella extiéndese la zona de las estepas, de 80 á 100 kilómetros de ancha, magnífico criadero de ganado, donde pacen innumerables rebaños de toros y carneros. En tercer lugar se halla la zona de las mesetas, que se extiende al pie del Atlas, regada artificialmente, y ya en gran parte forestal, pero en la que se pueden cultivar con provecho los cereales. La cuenca del Sus es riquísima. En ella se ven grandes bosques, inmensos campos bien sembrados y pastos excelentes. Aun en el estado actual de los procedimientos agrícolas, produce más de lo que puede consumir. Los valles del Atlas Menor ó Central están bastante poblados y producen toda suerte de plantas. Hay también ganado en abundancia. A pesar de la guerra despiadada que el marroquí, como todo bárbaro, hace al árbol, aun quedan en esta parte grandes rodales de pinos, cedros, encinas y alcornoques, sin contar los olivos y almendros, de que hay mucha cantidad. Análoga flora forestal se ve en la montaña rifeña, aunque en estado de más adelantada destrucción. Abundan en todo Marruecos el limonero, el naranjo, el algarrobo, el azofaifo, el tamarindo, el alcornoque, el olivo (éste de enorme corpulencia), el nogal, etc. Al Sur del Atlas el rey de los árboles es la palmera, riqueza principal de los oasis, más no única. El argán *(argania sideroxilon)* es también utilísimo, lo mismo para la alimentación del hombre que para la del ganado. Todos los animales domésticos, menos el caballo y el

asno, comen el fruto del argán. De él sacan los marroquíes un aceite, de que hacen gran consumo y que muchos prefieren al del olivo.

Hoy por hoy, la agricultura y la ganadería son las bases casi únicas de la vida en todo el imperio, hallándose abandonada la minería. En el litoral oceánico cultivan los naturales en sus huertas los siguientes árboles y plantas: trigo, cebada, maíz, habas, garbanzos, lentejas, lino, enea, zanahorias, rábanos, nabos, batatas, berenjenas, tomates, calabazas, pepinos, sandías, melones, pimientos, cebollas, ajos, perejil, cominos, naranjas, limones, higos, granadas, olivos, almendros, membrillos, algarrobos, dátiles, la vid, etcétera. Las piteras y el nopal sirven de linderos á los jardines y huertos. El esparto cubre vastos espacios.

La fauna es abundante y muy digna de estudio. La montés comprende el león, refugiado en las asperezas del Atlas; la pantera, también acorralada en los montes; la hiena, que se encuentra con frecuencia, aun en las mismas llanuras de la costa; el leopardo; el chacal, en grandísimo número; varias especies de zorros, entre ellas una propia del Sahara *(fenek)*; el jabalí; gran variedad de antílopes; el gato montés; la liebre; el puerco espín; el herizo; la nutria; diferentes clases de culebras; muchas víboras, algunas peligrosas; el camaleón; la tortuga (de varios tamaños), y otros muchos. De las aves merecen especial mención la perdiz, la gallina de Cartago, la codorniz, el grajo, el estornino, el palomo, la tórtola, la cigüeña, la avutarda y la becada. El marroquí es aficionado á la caza, la cual es libre en todo el imperio. Junto á los estanques y lagunas de la costa se encuentran en gran cantidad garzas, patos, gallinetas, flamencós, en todos los cuales hacen presa las muchas aves de rapiña que infestan el país.

La pesca es abundante. En los ríos de caudal perenne suele encontrarse regular cantidad de sábalos y anguilas. En el mar hay inmensos bancos de sardinas, que nadie piensa en explotar.

La plaga de la agricultura marroquí es la langosta, que en legiones innumerables invade los campos y destruye las cosechas. Algunos de estos insectos miden hasta un decímetro de longitud.

La agricultura y la ganadería podrían alcanzar el más alto grado de prosperidad, y lo alcanzarán algún día, acaso no lejano. A pesar de los procedimientos primitivos que el labrador emplea, la tierra de Marruecos da en algunas partes hasta ciento por uno. Los alrededores de las poblaciones principales son verdaderos verjeles. Muchas tribus árabes y algunas berberiscas poseen cantidad considerable de ganados, que se crían y viven como en los tiempos bíblicos. Hay muchos caballos (de más que mediana alzada). El burro, la mula, el camello, la vaca, la cabra, el carnero, el gato, el perro y la gallina se crían por doquier en gran cantidad (1). Calcúlase que sólo carneros poseen los marroquíes más de 40 millones. Parécense mucho á los de España. El gobierno prohibe la exportación en vivo, autorizando sólo la de las lanas y pieles. De vacas y bueyes habrá unos 6 millones. Los marroquíes hacen gran consumo de leche de vaca y de cabra. Las gallinas son de gran tamaño, llegando algunas á pesar hasta 7 kilos. Hay mucha y buena miel, sobre todo en el Rif.

No es el marroquí tan refractario al trabajo como generalmente se le supone. Á pesar de la falta de amparo contra el bandolerismo, de la dura explotación de los *kiad*, de la carencia de caminos, de la incertidumbre del mañana, se ingenia pera vivir, y si no tiene el mismo afán de llegar á rico que aguijonea al europeo, acaso es porque sabe que la riqueza, una vez conseguida, será su mayor enemigo y la causa de su pérdida y la de los suyos, si no halla medio de hacerse proteger por una potencia cristiana, protección no siempre gratuita. El obrero es sobrio, y á la sobriedad une un gusto artístico indudable. Las telas, bordados, cueros y alfarería de Marruecos conservan la misma reputación que alcanzaron hace siglos. Los jaiques de lana y

(1) La falta de caminos y de medios de locomoción cómodos y rápidos hace necesario y constante el empleo del burro, el caballo, la mula y el camello para carga y como cabalgadura. El pobre emplea el burro, animal cuyo precio va desde solo 10 pesetas hasta 200. Un caballo puede valer desde 100 hasta 3.000 La mula, preferida por la gente de calidad, de 200 á 3.000. El camello vale unos 100 duros. La exportación de estos animales está prohibida.

seda hechos en el Moghreb, el decorado de espingardas y gumías (Tetuán, Fez, Tarudán), los tapices (Rabat, Casablanca, Marruecos), ciertos tintes (Rabat), las incrustaciones de marfil y plata (Tetuán), los mosaicos, muebles (Fez, Tetuán), son especialidades industriales que honran el talento de los artistas marroquíes. El principal centro comercial é industrial es Fez. No sólo residen en esta ciudad las casas de banca de más consideración, y los comerciantes más importantes y mejor relacionados en toda Europa, con agentes en muchas ciudades de Alemania, Inglaterra y Francia, sino también los industriales que más producen. Fabrica Fez armas blancas, pieles escarlatas, azulejos, platos, copas y vasijas esmaltadas de colores muy brillantes y agradables: hay también bastantes joyerías. En las ciudades y en las ferias cada especie de comercio suele ocupar una calle y cada industria vender lo suyo. El marroquí es buen vendedor, muy astuto y diestro en el arte de atraer al parroquiano. Los europeos que comercian en Marruecos tienen que servirse de corredores, sujetos listos que conocen el país, los caminos, la gente, y que, generalmente, disfrutan de la protección de aquella potencia de quien su patrono es súbdito. Los más de estos corredores son judíos.

La extensión del imperio de Marruecos, incluyendo las regiones saháricas, es de poco más de medio millón de kilómetros cuadrados. Sobre el número de habitantes, corren impresos los más diversos cálculos. Unos cuentan 4 millones, otros 16. Los primeros me parecen más cerca de la verdad que los segundos. La razón del error de aquellos que suponen á Marruecos más poblado de lo que está, fácilmente se comprende. Los exploradores y viajeros siguen siempre itinerarios que pasan por las comarcas más pobladas, no sólo porque hay en ellas más recursos, sino también porque ofrecen mayor seguridad. Las partes desiertas son poco gratas á los guías indígenas; llámanlas el *país del miedo* ó el *país de la pólvora*, porque suelen ser madri-

gueras de bandidos. El europeo no se da cuenta de que aquella rica y populosa región que va recorriendo, apenas tiene unos cuantos kilómetros de ancho, y á veces sólo algunos cientos de metros. Lo probable, según las mejores noticias, es que Marruecos no tenga más de 5 á 6 millones de habitantes, esto es, unos 10 por kilómetro cuadrado.

Las principales ciudades cuentan:

Fez.	150.000	habitantes
Marruecos. . . .	55.000	»
Tánger.	35.000	»
Rabat.	30.000	»
Mequínez. . . .	30.000	»
Casablanca. . . .	20.000	»
Tetuán.	20.000	»

Son también poblaciones importantes: Larache, Mazagán y Mogador, en la costa; Sefrú, Tazza, Xexauán, en lo interior.

Todas las ciudades de Marruecos se parecen: bellas de lejos, feas y sucias cuando en ellas se entra; casas casi sin vistas á la calle, coronadas por azoteas; calles estrechas, tortuosas, llenas de escombros, desperdicios, animales muertos y toda casta de inmundicias Casi todas están ceñidas de altas murallas, sobre las que de trecho en trecho se levantan torreones: aparato militar más agradable á la vista que eficaz á la defensa. Tienen una *casba* ó ciudadela y un bario judío *(mela)*, uno y otro aislados casi siempre de la *medina* ó ciudad. Fez es sin comparación la mayor ciudad marroquí. Fundada á principios del siglo IX por Edrisi II, segundo sultán de la dinastía edrisita, ocupa unos 5 kilómetros de extensión. Divídese en dos partes: Fas-el-Bali (Fez la Vieja) y Fas-Yedid (Fez la Nueva). Los tres principales edificios de Fez son: el palacio del Sultán, rodeado de vastos y frondosos jardines, y las mezquitas de Muley Idris y Karuín, famosas en todo el orbe musulmán. Fez tiene gran importancia política y religiosa. Poseerla es tanto como tener en la mano una gran parte, acaso la mejor, del imperio marroquí. Mequínez es á Fez lo que el Escorial y la Granja juntos á Madrid: si-

tio Real y panteón de los Reyes. Su vida depende de la visita de la Corte. No estando ésta, parece un desierto. Marruecos es la llave del Sur, como Fez es la llave del Norte. Situada cerca del Tensif, no lejos tampoco del Atlas, cuyas blancas cumbres limitan el horizonte por el Mediodía, encierra un magnífico palacio y una mezquita admirable, la Kutubia, considerada el mejor monumento de Marruecos. El palacio del Sultán, rodeado de inmensos y frondosos jardines, ocupa gran parte de la ciudad. (1) La torre de la Kutubia es hermana de la de Hasna en Rabat y de la Giralda de Sevilla. Las tres fueron construídas por el mismo arquitecto, por orden del Sultán Yacub-el-Mansur.

Obstáculos graves se oponen al desarrollo del comercio: las exacciones de la administración, la falta de seguridad, la falta de comunicaciones. El producto que escapa á la rapacidad del caíd, puede caer en manos de los bandidos que acechan el paso de la caravana. La mercancía, llegada á su destino, va encarecida por el precio enorme del transporte en mulo ó en camello, y el coste de los infinitos *zetat*. Por último, puesta ya en la frontera ó en el puerto, se encuentra con un derecho de exportación, generalmente, de 10 por ciento *ad valorem*. La salida de algunas mercancías (el ganado vivo, etc. etc.) está prohibida. También tiene el comercio marroquí en contra suya la depreciación de la moneda, cuyo valor depende del de la nuestra. No hay más

(1) Algunos africanistas improvisados el 94 (cuando la embajada de Martínez Campos) han dado en la afectación de llamar á esta ciudad Marraquech, purismo cursi equivalente al del lugareño que, habiendo visitado Burdeos y Londres, volviese diciendo Bordeaux y Londón. Además, aceptado este purismo, habría que decir Sbu por Sebú, Sla por Salé, Fas por Fez, Er-Rbat por Rabat, Mluia por Muluya, El-Yedida por Mazagán, Asfi por Safi, Sueira por Mogador, Dar-el-Beida por Casablanca, y hasta el mismo nombre de Marraquech sufriría alteración, pues, si ésa es su forma arábiga, en berberisco se dice Temrraquech. No habría medio de entenderse.

correos que los organizados por España, Francia, Alemania é Inglaterra y los de los vapores costeros. En lo interior hay recadistas *(reqqa)*, que se encargan de llevar las cartas y que pueden recorrer hasta 80 y 100 kilómetros diarios.

El comercio exterior de Marruecos sigue dos vías: la terrestre, ó sea la frontera argelina y el Sahara, y la marítima. Puede decirse que el Atlas sirve de línea divisoria entre ambas, separando el comercio marroquí en Oriental, Meridional ó terrestre, y Occidental ó marítimo. El comercio Oriental es el que envía hacia la frontera argelina los productos de la parte más pobre del imperio: las cuencas del Guir y del Susfana al Sur del Atlas, y la del Muluya, con una porción del Rif. Entre Fez, Tlemcen, Tafilete y el Figuig, las caravanas van y vienen dos veces al año. Las tribus fronterizas envían á las ferias ganado, pieles y lanas, á cambio de los cuales compran á los franceses cuanto necesitan para su consumo. La exportación marroquí excede mucho á la importación. Este comercio tiene dos puertos, cuya importancia aumenta cada día: Melilla y el Kis.

La parte Sur de Marruecos, cuya cabecera es la ciudad del mismo nombre, es abundantísima en toda suerte de frutos, á pesar del estado primitivo de los procedimientos agrícolas. Mogador y Mazagán son sus puertos principales: el primero para el tráfico con el Sus y toda la región sahárica; el segundo para la cuenca del Om-er-Erbia y la capital misma. Mogador exporta almendras, aceite, pieles, etcétera, en primer término, con destino á Alemania, que es la nación preponderante en el tráfico de este puerto. Mazagán exporta almendras, maíz, habas, guisantes, huevos y lanas, en gran parte procedentes del fértil territorio de Dukala, al Norte de la cual se extiende la no menos rica de Chauia, cuyo puerto, Casablanca, es el segundo del imperio. El tráfico con Francia es muy considerable, sobre todo en azúcares y lanas. Exporta gran cantidad de éstas, y, además, guisantes, maíz, habas, cebada, pieles, cueros, huevos, etc. etc.

El segundo sector del comercio occidental ó marítimo lo

forman las cuencas del Bu-Regreg, Sebú y Lukus, y su centro principal es Fez. La región es de grandísima importancia agrícola. Rabat, Larache y Tánger son sus puertos. El primero, por la relativa prosperidad industrial á que ha llegado su término, por hallarse en el camino de Fez á Marruecos y por su proximidad á las feracísimas comarcas de Zair y Zemmur, sería acaso el primero de Marruecos, sin los peligros que su abordaje por mar ofrece. Mejores condiciones, aunque no buenas, reune el de Larache, rival del de Tánger en las comunicaciones con Fez. El de Tánger debe su categoría á su situación á la entrada del Estrecho de Gibraltar. Su comercio está principalmente en manos de los franceses. Importa azúcar, telas de algodón, sederías y lanas: exporta huevos, ganado, productos de la industria marroquí, etc. etc.

Los marroquíes, que antes bebían mucho café, ahora prefieren el te, por lo que ha venido á ser artículo de gran importancia en el tráfico del imperio. Así como la mayor parte del café era de Ceilán, así también viene de aquella isla la mayor parte del te, de suerte que ésta es mercancía inglesa, mejor dicho lo ha sido hasta hace poco, pues ya empieza á sentir los rigores de la competencia alemana, sobre todo en los puertos de Larache, Mazagán y Mogador. El consumo del te estimula el del azúcar. Los franceses que tenían el monopolio de este artículo van perdiendo terreno ante los alemanes y belgas, que producen más barato. Además los alemanes explotan la afición de los marroquíes á las golosinas vendiéndoles gran cantidad de confites, pastillas, caramelos, etc., etc. Los servicios de te (teteras, cucharillas, azucareros) son también alemanes. Lo mismo sucede con la mayor parte de la quincalla. Las velas tienen gran mercado en Marruecos. Inglaterra era la que casi exclusivamente le ocupaba. La competencia de Bélgica y Alemania la ha perjudicado mucho. La vela francesa ha sido batida por la belga y la alemana, y se vende cada día menos.

No es fácil determinar la cifra total del comercio de Marruecos. Supónese que pasa poco de unos cien millones de pesetas. El que se hace por la frontera argelina y por el Sahara, escapa á todo intento de estadística; pero de los puertos del Atlántico y del de Tetuán tenemos datos bastante completos y dignos de fe. Según esos datos, de fecha reciente, el movimiento comercial de todos ellos se eleva á 95 millones de pesetas. En 1903 llegó á cerca de 100 millones; pero la mala cosecha, de una parte, y la anarquía, de otra, hiciéronle bajar al año siguiente á unos 90. Las únicas naciones que tienen comunicación terrestre con Marruecos, son España y Francia, siendo el comercio que por dicha vía hace ésta, mucho más considerable que el nuestro. Sumando las cifras del tráfico terrestre á las del marítimo, la situación de las diferentes naciones es la siguiente, en números redondos:

Inglaterra.	45	millones.
Francia.	34	»
Alemania.	10'5	»
España.	9	»
Bélgica.	3	»
Italia.	1'5	»
Egipto.	1'3	»
Austria.	1'2	»
Portugal.	1	»
Estados Unidos. . .	0'9	»

En los años de 1901, 1902 y 1903 el comercio terrestre franco-argelino ha bajado de 16'8 millones á 6'5, lo que se atribuye á la insurrección del Rogui. La cifra de nuestro comercio no es satisfactoria, sobre todo si se atiende á la pobreza de nuestra importación en el imperio. No sólo somos muy inferiores á Inglaterra (32'2 millones), á Francia (19), á Alemania (4), sino también á Bélgica (3), aventajando poco á Austria, que llega á millón y medio, mientras nosotros apenas nos acercamos á dos millones en la estadística favorable de 1903. Sin embargo, bueno será advertir que una parte de las mercancías que llegan á Marruecos bajo pabellón italiano (por la línea *Servizio italo-*

spagnuolo), son españolas, procedentes de nuestros puertos levantinos, donde dichos vapores tocan. En el movimiento de la navegación de los ocho principales puertos marroquíes, que es de 1.600.000 toneladas, ocupamos el cuarto lugar. Viene primero Inglaterra con 530.000 toneladas; síguela Francia con 363.000, Alemania con 276.000 y tras ésta España con 243.000. Tanger es el único puerto en que nuestro pabellón ocupa situación preponderante, siguiendo inmediatamente al inglés.

Pero la importancia de Marruecos en el mundo viene, más que de las riquezas que se sabe encierra y de las que se le sospechan, de su situación entre el Mediterráneo y el Atlántico, cerrando su costa Norte con la costa Sur de España el paso entre ambos mares. Y como ese paso es uno de los parajes principales del globo, en lo estratégico lo mismo que en lo mercantil, su dominio alcanza la consideración de problema capitalísimo en política internacional. Fué siempre una de las claves de ésta, y ha venido á serlo más desde que la apertura del canal de Suez ha devuelto al Mediterráneo su antigua preponderancia comercial, aumentada con la mejora de pasar por él el más cómodo y más corto camino de Occidente á Oriente. Para poseerle se mantiene Inglaterra en Gibraltar, conserva con singular cuidado la amistad de Portugal que le permite disponer del magnífico puerto de Lisboa (al que debe haber podido, más de una vez, salvar la plaza) y se opondrá siempre á que una gran potencia naval domine ambas orillas del paso. Por eso la cuestión de Marruecos se complica con la del Mediterráneo y con la de nuestra seguridad é integridad, y los que así no la ven no pueden entenderla. Por eso también España ha de vivir con política exterior, ó prepararse á desaparecer. De una España aislada á una España muerta no va nada.

Sirva de ejemplo Marruecos mismo.

CAPÍTULO III

Valor económico y político de las regiones que más interesan á España.

PRIMERA PARTE

El Rif y Yebala.

I.-OROGRAFÍA

El levantamiento orográfico que por todo el Norte de Marruecos se extiende, forma una provincia geográfica independiente del resto del Moghreb, del cual se halla separada de modo harto visible por el foso que corre del Muluya al Atlántico. Esta comarca, limitada al Norte por el Mediterráneo y al Oeste por el Océano, es una verdadera prolongación de la España meridional. «Sus grandes montañas, dice un autor contemporáneo, dispuestas á modo de reborde de la hoya mediterránea, están compuestas de las mismas rocas, llevan idéntica dirección y tienen igual antigüedad que los montes del Sur de España.» La parte Oriental de esta región corresponde á lo que se suele llamar Rif. La Occidental y Meridional viene á ser, poco más ó menos, el país Yebala.

Yebala procede de *yebel,* montaña, de donde se deriva *yebailia,* montañés.

La costa va en elegante curva desde la desembocadura del Kis hasta la punta Almina, con un solo saliente notable, el cabo Tres Forcas, y sin buenos puertos. Este litoral corresponde exactamente al litoral español frontero. Preséntase alto y escarpado en casi toda su extensión, apariencia que se acentúa hacia Occidente. La cota de 200 metros se aleja del mar en los alrededores de Melilla y de Alhucemas y entre este punto y el cabo Tres Forcas, pero nunca á considerable distancia. La de 1.000 se interna mucho por el valle de Kert, abriendo una ancha entrada en el Rif. A la puerta de esta entrada está Melilla, uno de los dormitorios en que sesteamos hace cuatro siglos, pensando, entre bostezo y bostezo, en nuestros destinos africanos.

Antes de los recientes viajes de Segonzac, la parte de Marruecos comprendida entre Melilla y Xexauán (unos 200 kilómetros) era *terra incognita;* y aun hoy, á pesar de esos viajes, se la puede contar entre los países más ignorados del globo. Sabemos de las montañas rifeñas y yebalas muy poco más de lo que supieron los romanos, los cuales sólo de referencias las conocieron. Los geógrafos árabes no adelantaron mucho más. El Bekri, que escribía en Córdoba teniendo á la vista todos los documentos que la administración de los jalifas Ommiada poseía sobre sus dominios africanos, nos da acerca del Rif noticias incompletas, pero que hasta hace tres años eran casi únicas en lo que atañe al interior del país. La alta sierra que arranca de cerca de Tetuán, limitaba á la par el horizonte y nuestros conocimientos geográficos. Dista del mar unos 23 kilómetros y su altura es considerable, elevándose á 2.200 metros en el monte Anna (Yebel Beni Hasán) que cerca de aquella población se levanta; á 1.800 y 1.850 en el territorio de Rmara. Los montes miden 1.400 y 1.787 en el de Mtiua y 1.457 y 1.620 en el de Beni Ulicheck. En algunos de estos picos se ha visto permanecer la nieve hasta el mes de junio.

El lomo principal de las sierras rifeñas y yebalas describe una curva análoga á la de la costa, á 50 kilómetros de ésta. Del Yebel Alam, en cuya cumbre, alta de 2.500 metros,

duerme el sueño eterno un santón famoso, parten varias cordilleras, cuya primitiva dirección Norte-Sur tuerce poco á poco hacia Oriente, y ya con este rumbo y en línea múltiple camina hacia el Muluya, para ir á perderse en la línea de montañuelas que forman el litoral argelino.

Situémonos en el puerto de Acbat-el-Cadí, entrada principal del Rif, viniendo de Fez por Tazza, y punto estratégico de importancia capital. Desde este alto observatorio (1.522 metros), que corta en dos partes casi iguales las montañas centrales del Rif, vamos á intentar darnos cuenta lo mejor posible de la orografía de éste. Después, para completar nuestra tarea exploradora, tomaremos otras dos posiciones, que nos permitan ver el resto del país, y cuando hayamos contemplado estos tres panoramas distintos, pero que se enlazan y completan, tendremos un cuadro bastante exacto de la geografía rifeña y yebala, compuesto con datos recientísimos y casi desconocidos del público.

Abrese el puerto de Acbat-el-Cadí entre los altos cerros de Beni Hasán (1.800 metros), que le domina al Oeste, y el de Azrú (1.600), que al Este se levanta. Aquél no debe confundirse con el de igual denominación que está sobre Tetuán. A nuestros pies corre el Kert hacia el Nordeste, entre los montes de Lemtalsa, que limitan su cuenca por la derecha, y los de Beni Tuzín, Beni Ulicheck y Tafersit, que la encierran por la izquierda. Más adelante le salen al paso las montañas de Guelaia y le obligan á cambiar de rumbo, para ir á desembocar en el mar, junto á donde estuvo Casasa, otra buena posición que tuvimos, y que perdimos sin haberla aprovechado. De ambos lados del puerto la pendiente es rápida. Así al Norte como al Sur ábrense barrancas hondas y ásperas, pero fértiles. El primer pueblo á nuestros pies, escondido entre frondosos olivares, es Taribas. Luego está Hadria, también entre olivos, pero cuyos extensos campos de cebada tienen por linderos filas de almendros frondosos. El Kert corre en el fondo de una garganta, entre enormes peñascos, separando el territorio de Beni Tuzín del de Gsennaia. En sus orillas sucédense las aldeas, extiéndense los jardines, tócanse unos á otros los corpulentos olivos. Después el río salva por una corta-

dura el estribo montañoso que le cerraba la entrada en Lemtalsa. A partir de este punto, la cadena que seguía á su derecha se desdobla; la del Norte sigue hasta Quebdana; la del Sur, algo más alta, parece prolongarse hasta Orán. Entre ambas se extiende la llanada de Lemtalsa, árida en verano, feracísima en invierno. Admirable alfombra de flores cúbrela después de las lluvias: las mulas de los rifeños húndense en los yerbales hasta el vientre. Los poblados se hallan en las alturas, de donde los indígenas bajan con el ganado al llano, en busca de los parajes en que la yerba es más fresca y sabrosa. Al pie de tres escarpados picachos hay otras tantas aldeas, en las que se celebra los martes la feria de Lemtalsa. A 8 kilómetros de allí hacia el Oeste vese Tafersit, verde oasis junto al que se levanta una redondeada montaña. Aun sigue el Kert otros 8 kilómetros ó 10 entre campos incultos y peladas laderas, en las que no se vislumbra un solo árbol, hasta que, desviado por los cerros de Guelaia, toma rumbo Norte. De este recodo parten dos caminos: el de la derecha va á Quebdana; el de la izquierda, á Melilla.

En el territorio de los Beni-bu-Yahi únense los montes de Lemtalsa y Quebdana por una loma, desde la que se ve el mar y toda la costa hasta el cabo del Agua; más lejos corre el Guad Aud, límite entre Guelaia y Quebdana. Los montes de Guelaia forman un triángulo, limitado al Sur por los de Lemtalsa y el territorio de los Beni-bu-Yahi, al Este por Quebdana y el mar, y al Oeste por los Beni Saíd. De esta parte enlázanse, aunque de modo poco perceptible, con la línea de alturas que baja de Acbat-el-Cadí y que el Kert cruza por una hoz profunda.

Situémonos ahora algo más á Occidente y cerca del mar: en los altos de Tensamán, que dominan la bahía de Alhucemas. ¡Panorama inmenso! Al Oeste la muralla de las montañas yebalas vista por la vertiente rifeña: un caos de picachos innominados é inexplorados; al pie las montañuelas de los Beni-Uariaguel ciñen las vegas del Nekur y del Ris, ríos que, paralelamente, corren á morir en el Mediterráneo; más lejos las peladas lomas de los Bocoyas, desoladas por la guerra; después la comarca de los Beni Ytefft,

vecinos de nuestro Peñón de los Vélez, y, por último, la de los Mtiua, lindantes ya con el país yebala, que, escarpado y caótico, se extiende á lo lejos, dominado por cumbres cuya nieve chispea á la potente luz del sol. Del opuesto lado la vista distingue la cuenca del Kert y los repliegues orográficos de Lemtalsa, que se pierden en los últimos límites del horizonte, hacia Oriente, y las serranías de Beni Saíd y de Guelaia, quedando así enlazado el panorama que acabamos de contemplar al visto anteriormente desde Acbat-el-Cadí. En la bahía de Alhucemas adviértense unos puntitos negros: es un archipiélago de peñascos, de los cuales el mayor nos pertenece; tan pequeño, á pesar del mayorazgo, que apenas se le distingue. ¡Cómo que cómodamente cabría en la Puerta del Sol de Madrid! «Me han contado, dice Segonzac, que en días de apuro la guarnición pone bandera de socorro para pedir agua á los barcos que por allí pasan.» (1) Y luego añade: «Sin embargo, este minúsculo islote rifeño estuvo á punto de ser francés, habiéndose formado en 1665, bajo el título de «Compañía de Alhucemas», una asociación, para fundar en él una factoría. Malogróse la empresa, y, años más tarde (en 1673), el príncipe de Montesacro tomó posesión del islote á nombre de España. ¡No se le envidiamos!» Desde Tensamán vese, mirando á Oeste, que el punto de partida del sistema orográfico, comprendido entre el Estrecho y el Muluya, es, como al principio dije, el núcleo de Anyera, dominado por el Yebel Alam. Los diversos levantamientos paralelos, casi confundidos al principio, corren hacia el Sudeste; después tuercen al Norte y al Este, más separados, á medida que adelantan en esta dirección. Al Sur de nuestro observatorio levántase la montaña de Hamán (Yebel Hamán, de los Beni-Uariaguel), y unos 30 kilómetros al Oeste de ella la vista tropieza con la cumbre altísima del Yebel Tizirén (2.500 metros), mojón divisorio entre el Rif y Yebala, y desde el cual las serranías yebalas toman la dirección Nordeste. Al pie ábrese el puerto de Acbat-Reqquedi, por el que se salva la doble cordillera. El primer

(1) Véase Segonzac: *Voyages au Maroc;* págs. 52 y siguientes.

lomo está á 1.550 metros; el segundo, á 1.620. Desde éste descúbrese todo el Rif, parte del país yebala, y, en el fondo, al Sur, las colosales montañas del Atlas Menor, cubiertas de eterna nieve. Entre ellas y las del Rif ábrese el largo foso por donde comunican las cuencas del Sebú y del Muluya, *repetición terrestre del Estrecho de Gibraltar y más importante que éste como divisoria entre dos Estados.*

El bastión occidental del sistema rifeño comienza á levantarse al Sur de Ceuta, esto es, en las montañas de Anyera, formando la osamenta que se adelanta entre el Atlántico y el Mediterráneo hasta el Estrecho, y cuyo punto culminante es, como queda dicho, el Yebel Alam, la montaña sagrada de los Beni Arús. Los montes principales de esta áspera serranía son: Beni Hasán, Yebel el Abib, Yebel Alam, Rmara y Lejmés. En casi todos estos cerros permanece la nieve hasta entrado el verano. Levántanse casi á pico sobre el Mediterráneo y envían hacia el Atlántico estribos que van á morir suavemente en los llanos de Rarbia, entre ellos la loma arcillosa de Acbat el Hamra, cruzada por el camino de Tánger á Fez. Pasada ésta, las últimas alturas se retiran hacia el Este, ensanchándose el llano inmenso que se extiende entre las montañas y el mar. Desde el Yebel bu Allal, monte que está sobre Uazán, al Sur de esta localidad, contémplase en toda la línea Norte-Este la silueta imponente de las sierras yebalas. Este panorama descubre la vertiente opuesta á la que se ve desde los altos de Tensamán.

Resumamos la orografía rifeña y yebala.

Tirando una línea á Occidente del nudo central, hallamos:

1. Serie de cerros costeros entre Tetuán y el cabo Quilates, con alturas de 400 á 600 metros en el territorio de los Bocoyas y de los Beni Ytefft.

2. Cadena principal ó espina dorsal del Rif, en la que descuellan los altos picos de Yebel Alam y Yebel Tiziren.

3. Cordillera que arranca del Beni Hasán (monte sobre el puerto de Acbat-el-Cadí, á 1.800 metros), sigue por el Yebel Arez y se adelanta hasta el Yebel Seta, en el camino de Uazán á Fez.

4. Cordillera que forma la vertiente Norte del Guad Uerera, la cual cruza los territorios de Fenadsa, Meciat el Leyaia, etc., y muere en el Yebel Aúf, entre el Guad Rdat y el Guad Uerera.

5. Cordillera de Senhadya, al Sur de dicho río Uerera. Parte también del Yebel Beni Hasán, y, avanzando hacia Occidente, separa al Guad Uerera del Guad Azrú, cuyas aguas van al Muluya. Parece acabar en el monte Ain-Mediuna, pero es probable que se prolongue hasta el Yebel bu Cheta, en territorio Hiaina.

6. Cordillera que limita al Norte la hoya del Guad Inauán, cruzando las comarcas de Hiaina, Tsul y Gsennaia, y extendiéndose, según parece, hasta el Muluya.

Cortando la serie de montañas al Este del nudo, el resultado es el siguiente:

1. Una sierra que, partiendo de dicho nudo en dirección al Norte, cruza las tierras de los Beni Amreth y va á Tensamán, para morir en el cabo de Quilates. Su punto culminante se halla á unos 1.000 metros. Recogen las aguas de esta sierra los ríos Nakur y Ris.

2. Las alturas de Beni Tuzín, Melul y Beni Saíd, de unos 800 metros, y que terminan en la península del cabo Tres Forcas.

3. La cordillera que, partiendo del Yebel Beni Hasán, corre hacia el Este, con los nombres de Lemtalsa, Azrú y Quebdana.

4. Otra cadena que, simétricamente á la de Senhadya, se desprende del nudo central y corre hacia el Este, con notable paralelismo respecto á la de Lemtalsa, y que parece prolongarse por la sierra de Beni Snasen hasta Argelia. (1)

(1) Véase el mapa de Marruecos de Flotte Roquevaire y la nota cartográfica del mismo, así como también la que acompaña á la obra de Segonzac antes citada.

2. - HIDROGRAFÍA

El clima de la región septentrional de Marruecos es más frío y más húmedo de lo que podría esperarse, dada su latitud y su proximidad á las áridas llanuras por donde corre el Muluya. Débelo á la vecindad del Atlántico y á la altura de las sierras que la cruzan. La humedad se acentúa á medida que se siente la influencia de aquél, y aumenta, por tanto, de Oriente á Occidente. Por eso las corrientes de la región Occidental son casi todas perennes, y las de la Oriental intermitentes. De esta circunstancia capital derívanse las naturales consecuencias económicas, sobre todo agrícolas.

De los montes de Quebdana bajan torrentes y arroyos en número considerable. Los del Sur van al Muluya y los de la vertiente Norte al Mediterráneo. Ninguno merece mención especial. Al Oeste de dichos montes corre el Guad Seluén, receptáculo de todas las aguas del desierto de Garet, en la parte septentrional de éste. Nace en los llanos que suelen recorrer los Ulad Setif y pasa junto á la casba de Seluén, castillo marroquí construído sobre el monte Yedar (monte Davranches de las cartas marinas), á 24 kilómetros al Sur de Melilla, y desde donde se domina una inmensa extensión de costa. Lleva agua todo el año, á pesar de la mucha que los ribereños le quitan para el riego. Junto á la casba hay una presa, merced á la cual se ha podido formar en aquella parte una fertilísima vega. Además, el agua va por canales á regar los jardines de Tinegmared, pertenecientes á los guelaias. El Seluén muere en la albufera (sebja) de los Areg, de la que hablaré más adelante, sin poder alcanzarla en verano. Lo propio sucede á otros riachuelos que bajan de los cerros de Guelaia. Todos se pierden en los llanos de El-Feida, continuación occidental de la albufera. Estos llanos comunican con el desierto de Garet, del que vienen á ser continuación. De los riachuelos mencionados, los principales son los siguientes:

Guad Beni Nsar, que pasa por Sok-el-Yemaa.

Guad Zer' enrane, que nace cerca de la aldea del mismo

nombre, á corta distancia del paso ó puerto de Alajta, en el territorio de los Beni-bu-Ifrur, y riega muchos y frondosos jardines. Recibe por la izquierda el Guad Menún, río perenne que pasa por Sok-el-Had, y el Guad Beni bu Armarén, que riega Sok-el-Sebt y lleva también bastante agua.

En los montes de Guelaia se forman cuatro ríos, á saber:

Guad Farjana ó *Guad Beni Sicar*, por otro nombre río del Oro ó río de Melilla. Baja del Yebel Tazuda y lleva agua todo, ó casi todo el año. Tiene hermosa y poblada vega.

Guad Igezacene. Baja del Yebel Adhimiín, separa á los Beni Sicar de los Beni-bu-Gafer y desemboca junto al puertecillo de Azanene. Es perenne.

Guad bu Hamza. Riachuelo sin importancia.

Guad Kert. Baja de los montes de Gsennaia y de Beni Tuzín, y en la última parte de su curso separa á la gente de Guelaia de la de Beni Saíd. El principal de sus afluentes es el Umacine, tributario de su margen derecha. Su cauce es ancho, pero apenas basta para contener las grandes crecidas invernales. Mientras éstas duran, arrastra mucha madera y es invadeable. Su curso tendrá unos 100 kilómetros de extensión.

Guad el Yemaa. Corre en la dirección Sur-Norte, entre la tribu de Beni Tensamán y la de Beni Ulichek. Nada más se sabe de él.

Guad Azum. Es paralelo al anterior y riega el territorio de Beni Tensamán, cuyos hermosos jardines le deben fecundidad y belleza. Muere cerca del cabo Quilates.

Guad Nekur y *Guad Ris*. Ríos también gemelos. Bajan de las montañas de Beni Tuzín y se juntan en Agdal, formando una corriente bastante caudalosa, que desemboca en la bahía de Alhucemas. (1)

Guad bu Ferrah. Menos importante que el anterior. Desemboca cerca del Peñón de los Vélez.

---

(1) En el mapa de Marruecos de Flotte Roquevaire, los dos ríos corren separados hasta el mar.

Guad Urinega. Río de unos 50 kilómetros de curso, que recorre tierras pobladas y fértiles. En sus orillas se celebra la importante feria de Sok Tleta.

Guad Tersa. De este río sólo conocemos el nombre y la desembocadura.

Guad Tarera. Corre en el territorio de Rmara, y en su hoya hay un gran número de *kubbas*, entre ellas la del marabú Sidi el R'zal, que fué jeque de la yemaa de esta tribu.

Las noticias que tenemos de los demás ríos yebalas hasta el río Martil, ó río de Tetuán, son confusas é incompletas. El que baja de las montañas de Xexauán parece caudaloso, pero nada positivo sabemos de él.

La vertiente atlántica, más extensa y mejor regada por las copiosas lluvias oceánicas, nos ofrece dos ríos de mayor importancia que los rifeños: el Guad el Kus y el Uerera.

El *Guad el Kus*, en parte navegable, tiene una hoya poblada y fértil. El principal tributario es el Guad el Mejasén, en cuyas márgenes se riñó la gran batalla de Alcácer-Quibir, término lamentable y definitivo de la reconquista cristiana. La cuenca del Kus tiene considerable importancia estratégica. Los portugueses mostraron conocer bien el país al intentar penetrar por ella en Marruecos.

El *Uerera* nace en las montañas de Seddat (Yebel Tizirén). Recibe las heladas aguas que las nieves de las mismas le envían por mil torrentes y arroyuelos, de modo que, á poco de nacido, su corriente mide más de 20 metros de ancho por uno de profundidad. La orilla izquierda es más alta y escarpada que la derecha, dominándola una tercera cadena de montes llamada Senhadya es Redú. La cuenca del Uerera es ancha y rica. No se ven en ella sino vastos y frondosos olivares, campos de trigo y de cebada, que desde primeros de abril empiezan á marillear, tendiendo un alegre y florido tapiz á los pies de las montañas altas y sombrías. La gente seméjase á la de Tsul, sucediendo á la chilaba blanca del rifeño la rayada del yebala. Los pueblos de estas tierras altas celebran mercado los lunes, pero sólo pueden concurrir á él las mujeres, lo que hace que esta feria sea pacífica.

El río tuerce entre el Yebel bu Ulid y los montes de Fenasa para dirigirse al Oeste. Junto á su confluencia con el Guad el Kasba tiene 60 metros de ancho, y su valle dos kilómetros. Olivos corpulentos forman verdaderos bosques. En esta admirable comarca, una de las más fértiles de Marruecos, y acaso del mundo, surgen por todas partes copiosos manantiales. Llámanla por eso *bled el ma*, país del agua, y es un verjel maravilloso, una serie continuada de jardines, de bosques, de prados fecundos, en que pacen numerosos rebaños. El Uerera muere en el Sebú, á los 200 kilómetros de curso.

No habiendo en toda la costa rifeña un solo puerto bueno, ni siquiera mediano, convendría estudiar la albufera ó laguna de Puerto Nuevo, tan próxima á Melilla, y saber si, en efecto, es ó puede venir á ser verdadero puerto.

Los informes que sobre al particular he recogido en documentos franceses, son contradictorios. Según Duveyrier, que la visitó en 1886, existía en esta parte de la costa una bahía, que, separada del mar casi por completo por un levantamiento volcánico del terreno, vino á quedar poco menos que en seco. Divídese en dos partes diferentes: la *sebja* (albufera) de Bu Areg, de forma alargada, al Sur; la *sebja* de El Dzira, mucho más pequeña y más ancha, al Norte. Ambas comunican con un canal estrecho, y la primera se halla unida al Mediterráneo por otro canal, que casi siempre se halla cegado. El desecamiento de estas sebjas parece de fecha reciente.

El régimen de la sebja El Dzira es muy variable. A veces queda en seco, formándose sobre él una capa dura que puede sostener un hombre á caballo. Pero, cuando el mar está agitado, la invade y la llena. También vierten en ella sus aguas y fango varios arroyos, que le traen este tributo cuando llueve.

Los informes de Segonzac contradicen estas noticias de Duveyrier. Aquel explorador siguió las orillas de la albufera en marzo de 1901. He aquí lo que de ella nos dice:

«Esta laguna tiene, á lo que parece, unos 25 kilómetros de largo por 6 de anchura. La orilla Sudoeste describe un arco de círculo, del cual el istmo que del mar la separa viene á ser la cuerda. La gente de Quebdana no sigue otro camino para ir á Melilla. La sebja comunica con el mar por una depresión de unos 100 metros de ancho, situada en su parte Norte y visible desde las murallas de Melilla. La boca es poco profunda, de modo que las barcazas de 80 centímetros de calado tocan el fondo en marea alta. Me han dicho que en la parte de esta hoya próxima á la costa se encuentran fondos de 10 á 12 metros, entre la bahía de Mazuza y las aldeas de los Beni Nser. En este admirable lago, en el que todas las escuadras del mundo cabrían sin dificultad, navegan hoy por la mañana tres barquichuelas rifeñas, tranquilamente dedicadas á la pesca de ostras.»

3.-VALOR ECONÓMICO DEL PAÍS

Del estudio de la Geografía rifeña y yebala puede ya deducirse, sin temor á que posteriores descubrimientos la desmientan (salvo en lo que atañe á las riquezas del subsuelo, del que no se sabe casi nada), esta ley: el valor económico del país aumenta de Oriente á Occidente, del Mediterráneo al Atlántico. En los montes de Quebdana, extremo oriental de la región que describo, la vertiente que cae hacia el Muluya es más árida que la opuesta, y se halla casi despoblada. En la Mediterránea hay gran número de poblados, campos bien cultivados y bastante ganado. Duveyrier la compara á Bretaña y Normandía. En Guelaia hay muchos pozos y manantiales, y extensos jardines que producen mucha y buena fruta.

En las montañas rifeñas abunda el abeto, el nogal, el cedro, el roble, la encina y el alcornoque, siendo éste muy abundante en las cuencas del Kert y del Nakort. En los llanos crece prodigiosamente el esparto.

Volviendo á los Guelaia, diré que lo más pobre de su territorio es la península del cabo Tres Forcas. Cuando las lluvias son copiosas, los Guelaia siembran cebada en abundancia; pero lo corriente es que la humedad atmosférica sea escasa y no alcance á asegurar las cosechas. El suelo es arcilloso y seco, y cúbrese de chumberas y áloes, vegetación rígida y mate que da al paisaje aspecto severo, á veces triste. Las montañuelas costeras caen á pico sobre el mar, escondiendo entre sus escarpadas laderas playuelas que prolongan hasta la orilla del agua la amarillenta alfombra de los trigales. Tal se presenta la costa entre los cabos Tres Forcas y Quilates. Tierra adentro vense cerros escarpados en cuyas cumbres descúbrense los poblados rodeados de chumberas. Las casas son de piedra, de color parduzco. El territorio de los Bocoyas, que sigue á la bahía de Alhucemas, se halla reducido á la mayor miseria. Las tropas del Sultán le visitaron hace pocos años: quemaron los pueblos, arrasaron las cosechas y talaron los bosques, abrasando también las raíces de los árboles para que no retoñaran. En la cuenca de Guad Talembades, frontera al Peñón de los Vélez, la población es densa. La vega del río es sumamente fértil: cúbrenla magníficos jardines. Las montañas de los Beni Itefft se hallan cubiertas de hermosos bosques de alcornoques. Detrás de esta primera cadena vive la tribu de los Mrabitín (mejor dicho, una fracción de la misma), la cual goza fama de opulenta. Aquí comienza á sentirse la influencia del clima oceánico y la vecindad de las altas cumbres del Tizirén, de donde manan infinitos arroyos de heladas aguas; pero aquí también empieza lo desconocido. Del otro lado de la gran cordillera corre el Uerera, de cuya cuenca feracísima y quebrada ya he dado noticia en la página 107; pero entre esta parte del reciente viaje de Segonzac (1901) y el itinerario de Foucauld, de Tánger á Xexauán por Tetuán, no existe una pulgada de terreno explorado. Esta región del país yebala es riquísima en aguas y en todos los dones de la naturaleza. De Tetuán á Xexauán el camino es hermoso, y aun cuando va por la montaña, no tiene paso alguno difícil. El Guad Mejerdjra corre en una garganta cubierta de vegetación. Al

Este, dominando el paisaje, levántase el picacho del Yebel Hasán. A los pocos kilómetros el camino cambia; ensánchase el valle; vense muchos pueblos, grandes y ricas sementeras, en las que dominan los trigales. El agua abunda; por todas partes corren arroyos, saltan cascadas y manan fuentes. Foucauld declara que ni en Suiza la ha visto correr con igual riqueza. Puede afirmarse que la comarca es un continuo verjel. Los granados é higueras, juntamente con la vid, cubren los senderos. Las casas son espaciosas, están bien construídas, muchas de ellas blanqueadas, cubiertas de paja ó de teja. Todas tienen corral, en el que se recoge el ganado, por la noche, cuando baja del monte. Por cada calle corre un arroyo de agua fresca y pura. Todo respira limpieza y frescura, y no cabe imaginar paisaje más bello y animado.

4.-LOS HABITANTES

La región comprendida entre la frontera argelina y Xexauán forma una entidad administrativa denominada «Gobierno de Uxda y del Rif», en la cual entran tres provincias históricas y geográficas, que son, partiendo de Argelia:

País de Uxda, al que pertenecen los Beni-Snasen.

País del Garet, en el que están comprendidas las cábilas de Guelaia.

Rif propiamente dicho.

Nada cierto sabemos de la administración marroquí en esos distritos. Probablemente no existe tal administración. Cierto que el Sultán tiene establecidas algunas aduanas á cargo de intendentes (umana), generalmente mal vistos por los *kiad* (plural de *kaid*) ó gobernadores, de los cuales son á su vez enemigos; pero, como los habitantes no obedecen á los *kiad*, ni reconocen la autoridad de los umana sino de modo incompleto é intermitente, no puede afirmarse que exista en esta parte de Marruecos una organización

administrativa digna de tal nombre. La única autoridad efectiva es la religiosa, la que se ejerce del modo que más adelante diré.

Para mayor claridad del presente trabajo partiremos, en la enumeración de las tribus rifeño-yebalas, de la margen izquierda del Muluya, incluyendo en el Rif á los Guelaia, sin tener en cuenta la separación que de éstos hace el Majzen, separación, por otra parte, de todo punto caprichosa. Seguiremos la dirección Este-Oeste y consideraremos el Rif dividido en tres zonas, á saber: septentrional, central y meridional.

Las tribus de la zona septentrional, ribereña del Mediterráneo, son: (1)

1 Quebdana.
2 Guelaia.
3 Beni-Saíd.
4 Beni-Ulicheck.
5 Tensamán.
6 Beni-Uariaguel.
7 Bucoia.
8 Beni-Itefft.
9 Beni-Bufrah.
10 Beni-Gmil.
11 Mtiua.

Las tribus de la zona central son:

12 Beni bu Yahi.
13 Lemtalsa.
14 Tafersit.
15 Beni Tuzín.
16 Taryist.
17 Zerquet.
18 Beni Sedat.

---

(1) He aquí la forma berberisca de algunos nombres de cábilas:

Ibukoien	(Bucoia).
Aiz Ittefz	(Beni Itefft).
Aiz Uariaguel	(Beni Uariaguel).
Zemsamán	(Tensamán).
Az Esaidh	(Beni Saíd).
Ikelaien	(Kelaia ó Guelaia).
Ixebdhanen	(Quebdana).
Aiz Aámmerz	(Beni Ahmed).
Ait Tiucin	(Beni Tuzín).
Igcennaien	(Gsennaia ó Guesennaia).
Az Ulichex	(Beni Ulicheck).
Az bu Iejhii	(Beni bu Yahi).
Az Iznasen	(Beni Isnasen).

Las de la región septentrional son:

19 Ulad Settud.
20 Gsennaia.
21 Beni Ahmrad.
22 Beni Mezdui.
23 Beni Bechir.
24 Beni bu Nzer.
25 Tarzút.

Estas son las tribus rifeñas.

La comarca Yebala es más extensa y tiene mayor densidad de población; el número de tribus es también mayor. Pasemos á mencionarlas.

Las del litoral mediterráneo son, siguiendo la dirección Oeste–Este, es decir, la inversa que en la descripción anterior:

1 Landyera ó Andyera.
2 Titaún.
3 Beni Madén.
4 Beni Saíd.
5 Rmara.

Las de la frontera del Sahel septentrional son, siguiendo la dirección Norte-Sur:

6 Beni Msauer.
7 Yebel el Habib.
8 Bedúa.
9 Beni Gurfet.
10 Ahel Serif.
11 Uazzán.

Las de la frontera de la provincia de Fez son, de Oeste á Este:

12 Setta.
13 Beni Mesara.
14 Beni Mezyilda.
15 Fichtala.
16 Slés.

Las de la frontera del país braber, es decir, aquellas que viven á lo largo del frente Uxda–Fez, son:

17 Hiaina.
18 Tsul.
19 Ulad Bekkar.

Las tribus fronterizas del Rif son, de Oeste á Este:

Rmara (bis).
20 Ktama.
21 Beni Ahmed.
22 Mernisa.
23 Senhadya es Raer.
24 Branés.

Las tribus del interior, pero próximas al Mediterráneo, son, de Norte á Sur:

25 Guad Ras.
26 Beni Hoznar.
27 Beni Hasán.
28 Lejmés.
29 Beni Ahmed ez-Zerruk.
30 Beni Zerual.
31 Leyaia.

Las también interiores, pero que miran hacia el Rif, son, de Oeste á Este:

32 Beni Urayel.
33 Meziath.
34 Beni Uandyel.
35 Fenasa.
36 Beni Ulid.
37 Rerriua.
38 Senhadya es Reddú.
39 Benib bu Chibet.

Las tribus interiores de la parte opuesta á las antedichas, ó parte Occidental, son:

40 Beni Arús.
41 Beni Yder.
42 Rehuna.
43 Mezmuda.
44 Rzaua.

El país rifeño-yebala comprende, por tanto, 69 tribus.

Los rifeños se dicen independientes del Sultán; pero, en realidad, la mayor parte del Rif reconoce, en circunstancias normales, la soberanía de éste. Esas circunstancias son raras y duran poco, á lo que se añade que la soberanía del Majzen nunca es completa y efectiva: allí, como en las montañas del Atlas, el Sultán es dueño del país mientras le ocupa su *majala*. La expedición contra los Bocoyas y los sucesos de Melilla humillaron un tanto la independencia rifeña.

En el Rif las tribus eligen sus *kiad*. Las más dóciles (Quebdana y Guelaia, por ejemplo) someten la elección al beneplácito del Sultán. Otras, como las de Senhadya y Taryist, no se cuidan de solicitarle. Algunas no nombran *kiad*, y no tienen más gobierno que el *anfaliz* (*yemaa*, en árabe) ó concejo, formado por los cabeza de familia.

Así lo hacen los de Gsennaia. El *kaid* sirve de mediador entre el Sultán y la tribu; ejerce, además, la policía, y es árbitro en las contiendas que surgen en su jurisdicción. Interviene también en los conflictos con las tribus vecinas, y capitanea á los hombres de la suya en las escaramuzas y peleas que con ellas suele haber. Si la campaña es importante, se nombra para el mando de la hueste un *amrar* ó un *jiq-er-rebea*, es decir, capitán de la tribu.

Cada tribu comprende varias fracciones *(rboa)*, compuestas de uno ó más poblados, y cada poblado se divide en barrios *(sof)*, gobernados por otros tantos concejos.

Los rifeños son labradores, y, por consiguiente, sedentarios. Tienen pocos caballos. Sólo una tribu, Lemtalsa, dispone de considerable número de jinetes. Es también la que posee más extenso territorio. Después viene Gsennaia. La más pequeña es Tafersit. La más poderosa y poblada y la mejor armada, Guelaia. En pobreza aventaja á las demás la de Bocoya, donde los soldados del Sultán lo han destruído todo.

Los rifeños son fanáticos porque son bárbaros, pero pasan por medianos creyentes, y su actitud en las mezquitas, así como su manera de vivir, poco conforme con la ley del Profeta, acreditan de justa la acusación de tibieza que pesa sobre ellos. La gente del pueblo es ignorantísima. Su saber se reduce á algunos versículos del Corán, que repiten de memoria, sin comprenderlos. Casi todos los muchachos son estudiantes, es decir, aprenden versículos del Corán y gozan de las preeminencias que acompañan al título de *taleb* (plural *tolba)*, las cuales consisten en el derecho de vivir errantes, del solo oficio de pedir limosna, y sin que nadie pueda maltratarles ni perseguirles. Los estudios se reducen á comentarios del libro santo hechos en comunidad. Los imanas y marabús rifeños no forman verdadero clero, pues difícilmente se puede advertir en ellos vislumbres de jerarquía religiosa. A veces los eligen los fieles. Otros heredan el cargo. Pero ni en aquel caso ni en éste gozan de sueldo ni emolumentos fijos de ninguna especie. El marabú rifeño vive de las ofrendas de los devotos.

No hay poblado sin su santo patrono, sus marabús y sus

chorfa (plural de *cherif*). La sepultura del santo local puede ser humilde, sin techumbre que la cubra (*mzara*), ó hallarse en un bonito templo. El viandante no debe pasar ante el edificio sin añadir una piedra al montón (*hauita*) que allí existe, ó sin besar la puerta. Al mismo tiempo ha de invocar al santo que en aquel *seid* ó *kubba* se venera, llevando las manos juntas á la frente, á la boca y al pecho.

Los Derkaua y los Taibia tienen muchos afiliados en el Rif. A pesar de las doctrinas radicalmente monoteístas de estas asociaciones, los rifeños conservan las tradiciones politeístas de los tiempos preislámicos. La influencia de los chorfa de Uazzán es considerable en todo el Rif, y muy antigua.

El país yebala es independiente: *bled-es-siba*, que dicen los marroquíes. En él no hay más *kiad* ó funcionarios del Majzen que los de Tsul, Branés, Senhadya y Hiaina. La ciudad de Tánger es cabeza de la de Tetuán. La región comprendida entre Tánger, la frontera del Rif y Fez, quebradísima, desconocida y habitada por gente indómita, es la más impenetrable de Marruecos. De aquí que el valor de Ceuta como cabeza de una línea de invasión deba considerarse nulo. La inseguridad de la comarca es tal, que nadie se atreve á viajar por ella, ni siquiera los mismos naturales. No hay *zetat* que dé suficientes garantías. Conviene advertir que se llama *zetat* á un guía, quien, al propio tiempo que hace de tal, garantiza la seguridad del viajero á quien acompaña. El *zetat* es siempre pariente ó criado de una familia poderosa, capaz de tomar pronta venganza de cualquier desmán cometido contra aquel á quien concedió su protección y salvoconducto.

En cambio los yebalas pasan por gente culta. Alábanse algunas tribus de que todos los hombres á ellas pertenecientes saben leer. Hay muchas *zauias* muy concurridas, y dícese que los *tolba* que á ellas asisten reciben muy buena instrucción y muy completa. Las principales son las de Xexauán, Tetuán, Beni Arús, Rzaua y Fichtala, á las que acuden desde muy lejos gran número de jóvenes, deseosos de estudiar teología y derecho con maestros de gran reputación. Aun tienen los yebalas más santos y más er-

mitas que los rifeños. Los Beni Arús y los Beni Zerual se dicen todos descendientes del Profeta, lo que significa que todos son chorfa. Aunque berberiscos de raza, hablan árabe y pretenden venir de Koreich, pariente próximo de Mahoma. Son, por este motivo, grandes fabricantes de genealogías falsas.

La principal causa de guerra entre las tribus, los pueblos y los barrios es el mérito del respectivo santo patrono. Las romerías, que tantas veces acaban en batalla, según he dicho, son muy sangrientas en el país yebala. Pero el sobrado número de santos y chorfa parece haberlos depreciado, y son muchos los yebalas que, sin dejar de salir con furia á la defensa del patrono de su pueblo ó tribu, se ríen de los marabús y de los chorfa. Los de Uazzán no pueden ir á Beni Mesara ni á Rzaua, sin peligro de que les falten al respeto, y aun de que les roben. Segonzac habla del asesinato de dos chorfa por la gente de Slés.

Los rifeños, aunque rudos, no carecen de industria. De la lana, la pita y el lino hacen groseras telas; del esparto esteras, cuerdas y alpargatas; y de la leña de sus bosques cárabos, puertas y tabiques para las casas, y mil diversos objetos de uso doméstico. Algunos, más ingeniosos, son pasamaneros y trabajan el oro. Los pobres y los esclavos son alfareros y hacen gran variedad de vasijas, tales como jarras, teteras, cazuelas, pucheros, etc., etc., sirviéndose de los mismos hornos en que cuecen el pan. La caza es muy abundante y el rifeño buen cazador. Hay cantidad grandísima de jabalíes, venados, etc., y de cuando en cuando se encuentra algún lobo ó alguna pantera. Los moros ponen lazos, ó acechan á los animales, escondidos tras las chumberas; sólo cuando dan batidas á las fieras se reunen muchos y van bien provistos de municiones.

Quebdana.

Es de raza berberisca. Conserva la lengua berberisca y berberiza los nombres árabes. Ocupa la región comprendida entre el mar, al Norte; el llano de Bu-Areg, al Oeste,

y el curso del Muluya, al Este y al Sur. La mayor parte de este territorio está cubierto por una alta sierra muy escarpada. Hacia el Nordeste, entre el Mediterráneo y el Muluya, el terreno es llano. En esta planicie se halla, frente á las Chafarinas (en el lugar llamado Cabo del Agua), el Bordch Sidi el Bechir, donde suele haber guarnición.

La mayor parte de los poblados de Quebdana están en la vertiente marítima de la sierra. Ninguno tiene obras defensivas. En Borch Sidi el Bachir vense ruinas de fortificaciones. Hasta hace poco existía allí una casucha habitada por 12 hombres armados de remington; restos de la guarnición de que acabo de hablar, y á la que el Sultán confiara el encargo de vigilar las Chafarinas. El nombre berberisco del fortín (?) es *Yqu*.

Los principales poblados de Quebdana son:

1. En la región Norte:

Timedburine.
Tazarine.
Ulad Hamu u Amar.
El Bordj Amar.
Bahu Amu.
Tmadhet.
El Brakna.
Tinnelal.
Ulad Taleb.
Uadsen bu Dik.
Bu Grib.
El Adara.
Besri.
Ulad Ykhlef.

2. En la región meridional, es decir, en la sierra:

El Hammán.
Talfreit.
Rlil Amram.

3. En la vertiente del Muluya:

Hassi Labrur.
Tamit.
Atkriru.
Zejanine.

La tribu se divide en seis grandes fracciones, á saber:

Ulad el Hach.
El Berkaneine.
Chraimit.
El Hadara.
El Bu Alateine.
Ulad Daud.

La tribu entera se halla gobernada por un *kaid* nombrado por el Sultán. (1) Tiene dos ferias: la de Sidi Abdú los viernes, y la de Chrauit los jueves. Dícese que su territorio encierra criaderos de cobre. Calcúlase la población total en 9.500 almas, que habitan 1.300 casas ó tiendas. Puede disponer de 2.500 á 3.000 hombres armados, de los cuales unos 120 de caballería.

Guelaia.

Los guelaias son también berberiscos. Muchos de ellos emigran á Argelia en busca de trabajo. Más que tribu, son una confederación de tribus que ocupan la península del Cabo Tres Forcas. El Kert les separa, por Oeste, de los Beni Saíd, aunque no por completo, pues en la margen izquierda de dicho río tienen algunos poblados. Al Sur su territorio linda con el de los Ulad Setat y el de los Beni bu Yahi. Al Este confina con Quebdana. El país es poco quebrado. Presentan el aspecto de una serie de mesetas, en las que hay muchos pozos con agua abundante y buena. La tierra es fértil. La mejor es la de la llanura de El Feida y la del Garet. La de la península vale poco. Hay muchos y bien cuidados huertos, que producen gran cantidad de excelente fruta y de legumbres. En algunos parajes se cultiva el cáñamo y el tabaco. Escasean los bosques. Hay tal falta de leña en Mazuza, que los habitantes guisan con estiércol, que previamente secan. Parece que en la comarca de los Beni bu Yfrur hay minas de importancia, y también en las de Ynzula y Uksan. En Ynzula existen filones

(1) O se hallaba, antes de la rebeldía del Rogui.

de plomo y de antimonio, que se beneficían. En Uksán se encuentra hierro. La principal industria de los guelaias es la fabricación de jaiques. Los mejores los hacen los Beni bu Gafer, pero los Beni bu Mohamed fabrican mayor cantidad. La gente de Alahta, Beni bu Mohamed y Aht-el-Gada comercia mucho con Marruecos. Sus caravanas van hasta Fez, de donde traen otras mercancías de recambio, las cuales colocan en el propio país de Guelaia ó envían á Argel. Las fracciones de Mazuza y Aht-el-Gada son ricas. Cultivan extensos campos y poseen mucho ganado vacuno y cabrío. La fracción de Alahta, de los Beni Bu Yfrur, compite con ellas en este particular. Los Beni bu Gafer, que en pasados tiempos fueron grandes piratas, viven hoy, en parte, del cabotaje. Sus barcazas no tienen puente. Las llaman *kareb*. Algunos de estos cárabos van hasta Nemours, á donde llevan diversos productos de la industria de la tribu y sal. La alfarería de Aht-el-Gada es muy estimada. El ganado mular y asnal abunda en toda la región; en cambio, escasea el caballar, de suerte que sólo la gente rica posee algún caballo.

La de Guelaia pasa por ser la mejor, la más trabajadora y la más valiente del Rif. Los hombres son altos, fornidos y ágiles; comen y visten bien; habitan casas bastante cómodas, y no mal construídas. Hay entre ellos pocos ladrones; pero, como toda la gente es de temperamento colérico, son frecuentes los asesinatos, pues por los más fútiles motivos se acometen á tiros.

Divídense en cinco grandes fracciones, á saber:

1 Mezudya ó Mazuza.
2 Beni Chiker ó Beni Sicar.
3 Beni bu Gafer.
4 Beni Sider ó Beni Sidel.
5 Beni bu Yfrur.

Cada una de estas fracciones ó cábilas tiene su gobernador ó kaid, asistido de un *amín*, el cual kaid se considera un encargado de negocios del Sultán. El gobernador de la kasba de Seluán atribúyese la categoría de delegado de

éste y jefe de los otros kiad; pero su autoridad era ya nula antes de la insurrección del Rogui.

Mazuza es la más oriental de las fracciones de Guelaia. Su territorio se extiende desde las vertientes orientales del Yebel Tazuda hasta Tanegmaret y la sebja de Bu Areg, y al Sur por la llanura de El Feida. El país es fértil y de fácil acceso. Celébranse dos mercados: Sok-el-Tenín, junto á Sidi Guariach, y Sok-el-Yemaa, en la comarca de Beni Nsar. Comprende á su vez los cinco grupos siguientes:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Frajana.	750	700
Beni Nsar.	750	700
Msamir.	450	400
Ahl Nador.	300	250
Berraga.	350	300
Total. . . .	2.600	2.350

La población entera se estima en 9 ó 10.000 almas.

Beni Sicar ocupa la cuenca del río de Melilla, y, además, la inculta península del Cabo Tres Forcas, á lo que se añade una muy pequeña parte de El Feida. La tierra es fértil, y hay muchas huertas muy bien regadas. No celebran más mercado que el de Sok-el-Had, en el territorio de los Beni Armarén. Comprende cuatro grupos, que son:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Abduna.	350	300
Beni Ahtmán.	600	500
Berdyuán.	500	400
Beni bu Armarén. . .	350	300
Total. . . .	1.800	1.500

La población no pasa de 6.000 habitantes.

Beni bu Gafer se halla entre el Kert y el Guad Ykezacene. Tiene en la costa algunas buenas radas: Azanene y Samer (ésta en la desembocadura del Kert) son las principales. Comprende los cinco grupos siguientes:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Ahl Samer.	200	—
Mejaitín.	50	—
Azanene.	300	—
Chemlala.	100	—
Ulad Amar u Hamza. .	50	—
Total. . . .	700	1.200

La población es de 5.000 habitantes.

Beni Sidel es la fracción más importante y rica de Guelaia. Sus poblados se escalonan desde la orilla derecha del Kert hasta las laderas del Yebel Uksán. El país es llano, el ganado abundante, la tierra muy fértil. No tiene más que un mercado: el Sok-el-Arba, en el territorio Ahl-el-Tlet.

Comprende los 10 grupos siguientes:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Beni Daguel.	50	—
Ahl el Tlet.	100	—
Adoicia.	300	—
Beni Feklán.	300	—
Ulad Yacine.	300	—
Yuaua.	300	—
Ulad R'anón.	50	—
El Atianén.	30	—
El Rudia.	35	—
Ulad Amar u Aisa. . .	20	—
Total. . . .	1.485	3.000

Toda la población asciende á 12.000 habitantes.

Beni bu Yfrur está al Sur de Mazuza. Sus poblados hállanse esparcidos por las montañas de Yuzula y Uksán, sienda el pico principal de esta sierra el punto culminante del país (700 metros). No hay más que un río, mejor dicho, riachuelo intermitente: el Guad Mesrad, que se pierde en los llanos de El Feida. El único mercado es el de Sok-el-Iemis, bastante concurrido. Comprende esta tribu los grupos siguientes:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Zer'enrane.	400	—
Ynzula.	350	—
Ahl-Uksán.	350	—
Alahta.	200	—
Total. . . .	1.300	2.000

Población: 8.000 almas.

En suma, la gran tribu ó confederación de tribus de Guelaia comprende una población de más de 40.000 almas, que viven en 8.085 tiendas ó casas, y de las que 10.000 son hombres válidos. Ésta es la cifra que le atribuyen los informes del gobierno francés. Segonzac cuenta 12.000 fusiles. Mulieras aumenta el número de habitantes hasta 110.000 y el de fusiles hasta 22.000. (1)

Beni Saíd.

Viven en la parte de la costa comprendida entre el Kert y el Guad el Majden, ocupando un espacio de 20 kilómetros de litoral. Sólo uno de sus grupos (los Beni Tomait) habita hacia la parte alta del Kert. El país parécese en todo al de Guelaia, al que iguala en fertilidad y en población. Hay un mercado los miércoles en la jurisdicción de los Beni Abdaín. Poseen también una zauia, perteneciente á la orden de Sidi Mohamed ben bu Zian. Comprende las cinco fracciones siguientes:

(1) Los señores Alvarez Cabrera y Cogolludo, en noticia de las cábilas de Guelaia recientemente publicada, dan á las fracciones de éstas nombres que difieren de los que dejo consignados en el texto. Mis datos son de buen origen.

Tampoco coinciden sus cifras de población con las mías. Atribuyen á Mazuza 5 000 habitantes, 3 000 á Beni bu Gafer, 3.600 á Beni bu Ifrur, 6.000 á Beni Sidel. La de Beni Sicar es la misma que doy yo. Lo que me hace sospechosa la estadística de dichos señores es la cifra de gente armada con relación á la población total. Según ellos, hay 3.000 fusiles en Mazuza, 2 000 en Beni bu Gafer, 2.500 en Beni bu Ifrur, 4.000 en Beni Sidel y 4.000 en Beni Sicar. Habría que suponer armados, no solo á los hombres y muchachos, lo que en el Rif es corriente, sino también gran parte de las mujeres y los niños.

	Tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Medyana. . . .	—	800
Ahl Chuket. . .	—	3.000
Beni Abdaín. . .	—	700
Zauma.	—	1.000
Beni Tomait. . .	—	700
Total. . .		6.200

La población es de unas 25.000 almas.

Beni Ulichek ó Urichek.

Esta tribu es, como la anterior, de raza berberisca, pero menos importante y forma un caidato separado. El país es más áspero. Sus poblados ocupan la zona litoral montañesa que va del Guad el Majden al Guad bu Azún. Sólo la fracción de los Ahl Tizi Abadín ocupa los llanos de la vertiente Sur de dichos cerros. Los Ulad Abd es Salam celebran un mercado los sábados, en el que toleran la presencia de un delegado del Sultán; el cual delegado se titula, según parece, caíd del Rif. La tribu comprende las siguientes fracciones:

Ahl Azeru.
Ulad Abd es Salam.
Ulad Ykelef.
Ahl Tizi Abadín.

Atribúyese á todas estas fracciones 2.400 casas ó tiendas, 3.000 hombres válidos, y una población total de 12.000 personas.

Beni Tensamán.

La tribu, también berberisca, de los Beni Tensamán, situada al Oeste de la precedente, ocupa el espacio comprendido entre el Guad bu Azum y el Guad Nakor, río de bastante importancia este último. El territorio, bastante quebrado, es muy fértil y los habitantes lo cultivan con esmero. Tres fracciones, Ait Tmarni, Beni Tabán y Beni Ydián, viven á lo largo del mar. Las otras dos ocupan la montaña. Todos los indígenas pertenecen á la cofradía de Derkaua. Las cinco fracciones que la forman son:

	Casas ó tiendas.	*Hombres (fusiles).*
Ait Tmarni.	—	500
Beni Tabán.	—	400
Beni Ydián.	—	1.000
Ahl Tragut.	—	1.000
Amzanrú.	—	1.000
Total. . . .	3.000	3.900

La población total parece ser de 16.000 habitantes.

Beni Uariaguel.

Tribu de la misma raza que las anteriores. Extiéndese del territorio de Beni Tansamán al de Azemurán. Es muy importante y populosa, pero poco conocida. Noticias recientes, aun no bien comprobadas, le atribuyen hasta 11 fracciones y una población de 200.000 habitantes, de los cuales 40.000 hombres armados. Otros datos reducen estas cifras á 35.000 almas con 8.000 fusiles. Aun así, esta tribu, que ocupa el litoral frontero á nuestro Peñón de Alhucemas, es una de las mayores del Rif. Es también de las más guerreras y enemigas de los cristianos. Tienen siempre una guardia de 100 hombres en observación, para vigilar á los españoles y oponerse á cualquier tentativa de desembarco, sin que nuestra completa impotencia, probada en varios siglos de pasividad, haya bastado á tranquilizarles.

Celebran seis grandes ferias ó mercados: dos el lunes, uno el martes, dos el miércoles y uno el sábado. Dícese que en una montaña que en el interior se levanta, existe una mina de oro de gran riqueza. Vendida por dos moros hábiles en el arte de engañar y contentos de la ocasión de burlar á un cristiano, motivaron en 1882 un incidente diplomático, que tuvo alguna importancia. Parece que la población más considerable de los Beni Uariaguel es Ajyer, la cual cuenta más de un millar de casas, y se ufana, además, de poseer cinco mezquitas.

Gsennaia ó Ksennaia.

Extiéndese en un espacio de dos días de marcha en el sentido de su mayor longitud. Su territorio tiene bastante importancia política, por ocupar una posición central y porque por él pasa el camino que de Fez y de la cuenca del Sebú conduce al Rif. Por el Sur toca á la cuenca del Guad Mesún, tributario del Muluya, y tiene por tanto una puerta sobre el camino que de éste conduce al Atlántico. Traspuesta la alta loma que separa ambas vertientes, descúbrese (viniendo del Sur) el quebrado territorio rifeño, amarillento y desnudo al principio, luego sembrado aquí y allá de grupos de pinos y alcornoques: vastas soledades en que abundan el chacal y la hiena, se ven algunas liebres y perdices, y contados jabalíes. Subiendo la cuenca del Guad Azrú, río que recoge las aguas de aquellas sierras, el país conserva siempre el mismo aspecto, muy otro del que pinta el argelino Mulieras, en su libro *Le Maroc inconnu,* el cual tengo por sospechoso.

Los gsennaias son berberiscos. Las mujeres llevan la cara descubierta y montan á caballo de la misma manera que los hombres. Trabajan mucho en las labores del campo, y algunas llegan á tener voz en el concejo ó asamblea de la tribu.

Divídese Gsennaia en cuatro fracciones, que son: Chauaia, Beni Yumes, Beni Mhamed y Beni Hasén, entre todas las cuales reunen unos 7.000 fusiles.

Beni bu Yahi.

Tribu berberisca que habita una comarca muy montañosa, al Este de la anterior. No hay otras noticias acerca de ella que las recogidas por Mulieras.

Divídese en cinco fracciones.

Beni Tuzin.

De la misma raza que las anteriores. Su territorio, regado por el Kert, que viene de Gsennaia, es muy fértil.

Vense por doquier extensos jardines y olivares magníficos. En su término se halla la famosa *zauia* de Sidi Ali bu Rekba. Celébranse en esta tribu cuatro mercados muy concurridos, en los que se ve mucho ganado.

Divídese en 6 fracciones, con 5.000 fusiles.

Beni Mezdui.

Tribu berberisca que habita en las asperezas de las montañas en que nace el Guad Uerera (tributario principal del Sebú), cerca del Yebel Tizirén. Rocas pizarrosas medio desnudas exponen al sol su reluciente superficie. En torno de las aldeas, no muchas ni grandes, vense algunos campos cultivados. La gente vive de bellotas, habas, frutas secas; sobre todo de higos..... y rapiñas!!

Nada se sabe del número de sus habitantes, pues la estimación de Mulieras (37.500) parece caprichosa.

Beni bu Fra.

Su territorio, próximo al Mediterráneo, entre los de Beni Gmil é Ytefft, es pequeño y no parece muy rico. El principal poblado se llama Rais Ali.

Calcúlase á esta tribu unas 1.600 almas.

Beni Ahmrad.

Acerca de esta tribu montañesa, vecina de la de Beni Mezdui, y comprendida entre ella y la de Beni Tuzín, no tenemos más informes que los de Mulieras, el cual dice: «La tribu es pequeña (20 kilómetros por 20). La alta sierra de Yebel Beni Amreth la divide en dos partes próximamente iguales, de Norte á Sur. En las laderas vense los pueblos dispuestos en anfiteatro, envueltos en la perenne verdura de los cedros, alcornoques, olivos, plátanos y álamos. En el llano los árboles frutales disputan el terreno á las chumberas. El suelo es muy duro y no produce más que maíz y cebada. La vid crece por doquier.

Comprende cuatro fracciones, que reunen hasta 12.000 hombres.

Bucoia.

Tribu marítima, limítrofe de las de Beni Uariaguel y Beni Ytefft. Fué, no ha mucho, saqueada por las tropas del Sultán. Puede decirse que ocupa el litoral comprendido entre el Peñón de los Vélez y el de Alhucemas. Divídese en cuatro fracciones, á saber:

Yzammuren. . .	440 caballos.	750 fusiles.
Azakrán. . . .	370 »	780 »
Maia.	320 »	555 »
Taguidit. . . .	215 »	630 »

Según esta estadística, la tribu de Bocoia podría reunir 2.715 fusiles y 1.345 caballos. En realidad, sus fuerzas son hoy bastante menores.

Mtiua.

Tribu también marítima, la más occidental del Rif. Linda con la de Rmara, que es la primera del país yebala. Llámase también Mtiua el Bahr, ó sea Mtiua marítima, para distinguirla de Mtiua el Yebel, ó Mtiua montañesa, tribu yebala. Divídese en cinco fracciones. Los informes de Mulieras le suponen 30.000 habitantes.

Tafersit.

Tribu montañesa, situada entre las de Gsennaia, Beni Urichek, Beni Saíd y Lemtalsa. Apenas sabemos de ella otra cosa que el nombre y la situación geográfica.

En el mismo caso se hallan las de *Targuist* y *Beni Sedat*, sobre todo esta última, situada en las laderas meridionales del Yebel Tizirén, y también las de Beni Bechir, Beni bu Nser y Tarzut. Esta parte del Rif es del todo desconocida.

Rmara.

La tribu de Rmara es la más oriental de las yebalianas marítimas. Está entre la de Mtiua el Bahr y Xexauán y ocupa considerable extensión. Aun la ocupaba mayor en

el siglo XIV, cuando llegaba hasta el Kert. El autor de la *Historia de los berberiscos* la atribuye la posesión de todo el país rifeño. El Bekri la señala como límite occidental la comarca de Derega, no identificada aún con ningún nombre moderno. Edrisi indica el puertecillo de Ancelán, á 15 millas de Tetuán, como el más occidental de los rmaras. Esta poderosa tribu fué aliada constante de los almohades, los cuales á su vez la protegieron. Después obedeció á los merinidas. En tiempo de la dinastía saadita mostráronse los rmaras revoltosos, sobre todo cuando se alzaron á la voz de El Hach Karakux, que se tituló príncipe de los creyentes y campó por sus respetos hasta su muerte. El Sultán Si Mohamed ben Abdalah ben Ismael tuvo que ir en persona con poderoso ejército, en 1785, á combatir otra rebelión amenazadora, capitaneada por el marabú el Arbi Abusukur el Kamsi. Vencido y muerto éste, puso el Sultán la tribu de Rmara bajo la dependencia del bajá de Xexauán. La expedición mandada por Muley Hasán en 1889 no se atrevió á penetrar en esta parte del territorio yebaliano, con razón considerada como la más bárbara é inabordable de Marruecos. Los chorfa de Uazán tienen en ella una zauia: la de Taibia, situada junto al Guad Tiguis; pero la influencia predominante en lo religioso es la de los Ulad Abdel Salam ben Meschid. Los rmaras, aunque berberiscos de origen, hablan árabe, por lo cual se les suele incluir entre la gente de esta raza. Sólo uno de sus grupos, el de los Beni bu Zerane, conserva la lengua berberisca. Los Beni bu Zerane hállanse afiliados á la orden religiosa de Sidi Ahmed el Filali, y existe entre ellos la tradición de que todo el país vendrá á pertenecer á los cristianos, menos Xexauán y su término.

Los rmaras son 70.000 y tienen unos 20.000 fusiles.

Beni Saíd.

Habitan el litoral entre Beni Madán y Rmara. Informes de buen origen les suponen oriundos del Rif. Viven en aldeas, y aun pueblos importantes, dedicados al cultivo del olivo y de árboles frutales, en el monte, y al de cereales,

en el llano. Algunos dedícanse á la pesca. Forman tres grupos ó fracciones, cada una con un jeque, á saber:

Beni Mezreg.	en la montaña.
Cheruta el Uta. }	en el llano.
El Msa. }	

Se atribuye á esta tribu, poco numerosa, una fuerza de 1.000 fusiles. En un documento, que tengo á la vista, encuentro esta nota interesante: «En 1893 el personaje influyente de la tribu era Si Mohamed Er Raisuli, quien tiene su residencia cerca del Guad Siffelán.» En efecto: la familia cherifiana de Er Raisuli es de las más considerables de la comarca. Está emparentada con el Sultán y con el Cherif de Uazán. El poder de Er Raisuli se ha manifestado claramente con motivo de recientes sucesos. Muchos periódicos españoles, al presentar al público este personaje como un vulgar jefe de bandidos, han dado una nueva prueba de su escasa preparación para entender las cuestiones marroquíes.

La zauia principal de los Beni Saíd pertenece á los Derkaua. Está situada en Anasel, y depende de la de Anyera.

Beni Madán.

Tribu pequeña, que se extiende por el litoral, entre la anterior y Tetuán. Las altas montañas de Beni Hasán la circundan por el Mediodía. No hay más noticias de ella.

Titaun (Tetuán).

Extiéndese su territorio al pie del Yebel Darsa y le riega el Guad Martil (río Martín). Fundaron la ciudad de Tetuán los árabes conquistadores de Marruecos, apenas dueños del país; pero la repoblaron y engrandecieron los moros y judíos expulsados de España y de Portugal. A ella se retiran los comerciantes y los empleados del gobierno para pasar con sosiego los últimos años de la existencia. La rodea una muralla dominada por una *casba* (castillo) poco importante. Se le calculan unos 20.000 habitantes.

En Tetuán reside el bajá que gobierna las cuatro tribus de los alrededores: El Haus, Beni Guad Ras, Beni Auzmer, Beni Saíd.

Anyera ó Landyera.

En la costa, entre Tánger y Ceuta. Desciende de colonos rmaras. La gente vive en aldeas de 20 á 30 casas. Tribu sometida al Majzen, pero siempre propensa á la revuelta. «Buenas relaciones con los europeos de Tánger, pero no con los españoles», leo en documento reciente. Divídese en dos partes: Haus el Rdaba y Haus el Iemis. Poblados principales: Ain el Hamra, Zauia el Bekkal, El Hasán, Ain er Rmel.

La influencia preponderante ha sido mucho tiempo la de los chorfa de Uazán, y, por tanto, la francesa, pero no la única.

Beni Msauer.

Ocupa territorio muy quebrado al Sur del camino de Tetuán á Tánger, en la región próxima al Fondak. Los Beni Msauer viven repartidos en pequeños poblados. Reconocen y obedecen al Sultán, dependiendo del bajá de Tánger. Comprende esta tribu tres fracciones:

Beni Harchén
El Aleg
Ait Sefi. . . . . { Rbaa Dar Chaui
Rbaa d Ruif

La familia de Er Raisuli y de los chorfa de Uazán son las más poderosas de esta tribu. Poco menos influyentes son los Derkaua y la cofradía de Si Abdala Haddú.

Yebel el Habib.

El territorio de esta tribu forma el extremo Noroeste de la gran montaña Yebel Alam, de la que es contrafuerte considerable el Yebel el Habib, que da nombre á la tribu y

que tiene unos 1.000 metros de altura. Esta montaña domina el camino de Tetuán á Fez.

Los pueblos, todos pequeños, se hallan en parajes elevados, de fácil defensa. Los habitantes, cuyo gobierno corre á cargo del bajá de Tánger, son bastante pacíficos y dan considerable contingente de *tolba*. Divídese esta tribu en cinco fracciones:

Dxar Ajrig.
Merdj Ajmar.
El Jarrub.
Habata.
Dar el Felak.

Posee una gran zauia Derkaua, situada cerca del camino de Tetuán, cuyo mokadem (superior) era hace poco, y acaso lo es todavía, Si el Hach Foddal. Las principales familias cherifianas son las de Ulad el Bekkal y Beni Arús.

Bdaua.

Tribu costera, comprendida entre las de Yebel el Habib y Beni Gurfet, de un lado, y el litoral oceánico (Sahel), del otro. Crúzala el camino de Tánger á Fez.

Beni Gurfet.

Tribu situada entre el Yebel Alam y la llanura del Garb, parte de la cual ocupa. El elemento árabe parece predominante. Los Beni Gurfet tienen pueblos considerables, mejor dicho, grupos de aldeas tan inmediatas unas de otras, que apenas dejan espacio entre ellas, formando un casi continuo y único poblado. En el llano tienen algunas tiendas. Divídese en dos grupos:

Ahl el Yebel (ó Beni Gurfet el Yebel).
Ahl el Uta.

El primero corresponde á la montaña; el segundo, á la llanura. El número de fusiles calcúlase en 3.500. En el pueblo de El Ahra, uno de los mayores, ó el mayor de la tribu, hay una zauia Derkaua muy reputada. La principal

influencia religiosa es la de Sidi Abdesalam ben Meschich, pero también la tienen grande los chorfa de Uazán.

Ahel Serif.

Ocupa un territorio muy montañoso y quebrado en la vertiente occidental del Yebel Alam. Esta tribu, muy guerrera, es en parte berberisca y en parte árabe, y poco ó nada obediente al Sultán. Comprende hasta 66 pueblos grandes y numerosas aldeas, calculándose que puede reunir unos 4.200 fusiles. La gente que vive en los pueblos de la montaña, es del todo independiente. En la llanura hay muchas tiendas sedentarias, resguardadas tras grandes chumberas. La gente que las habita, está sometida al Sultán y depende de Larache. La influencia preponderante es la de Abdesalam ben Meschich, el santón enterrado en la cumbre del Yebel Alam y que tantos devotos cuenta en el Norte de Marruecos.

Uazán.

El territorio de la ciudad de Uazán extiéndese al pie de una cordillera que va del Yebel bu Allal al Yebel Sarsar, y al Sur de la cual corren hacia la llanura atlántica los últimos estribos de las montañas yebalas. Ocupa una posición intermedia entre el bled-es-siba y el bled-el-Majzen. La ciudad propiamente dicha cuenta unos 5.000 habitantes, y dista de Tánger 150 kilómetros. No siempre tuvo la importancia que hoy. Hasta fines del siglo XVII fué uno de tantos poblados de la tribu de Beni Msara, pero hacia esa fecha (ó á principios del siglo siguiente) vino á ella el cherif Muley Abdala, quien hasta entonces había vivido en el Yebel Zerum, como sus antepasados desde larga fecha. Quedóse en Uazán y fundó la zauia para residencia suya y de su familia, no sin oposición de los Beni Msara, siguiéndose guerras, que aun no cabe considerar acabadas.

La casa de los Chorfa de Uazán se reputa la más antigua del mundo musulmán, pues desciende directamente del Profeta por la hija de éste, Fatma-ez-Zohra, sin que exista

una sola laguna en la lista de las 35 generaciones que separan á los Chorfa actuales de aquel su ilustre ascendiente. Otro gran personaje de la familia es el famoso Muley Ydris, primer emperador de Marruecos (791). Los chorfa filalis que en la actualidad ocupan el trono, son usurpadores, y así lo reconocen ellos mismos de modo implícito, cuando, al sentarse en aquél, se apresuran á pedir á los de Uazán la bendición, esto es, la investidura espiritual. Además, es raro que el Sultán emprenda expedición alguna sin que le acompañe uno de los chorfa de Uazán.

Setta.

Territorio quebrado en los montes que forman las cabeceras del Guad Rdat y su afluente el Guad el Beíd. Tierra fértil y poblada. Los habitantes, gente bastante pacífica, sirven al Cherif de Uazán, y dependen en lo administrativo de la provincia del Gharb. Están muy arabizados y cuentan con más de 2.000 fusiles.

Beni Msara.

Tribu limítrofe de la ciudad de Uazán, enemiga de ésta y de toda disciplina. La gente de Beni Msara vive en perpetua guerra: saltea las caravanas, roba muchachos y muchachas para venderlos, y niega obediencia al Sultán. Tiene fama de ser aficionadísima al vino.

Comprende siete fracciones, á saber:

Bu Garra.	21	poblados	con	805	fusiles.
Beni Guis.	5	»	»	700	»
Beni Yammal. . . .	11	»	»	750	»
El Hadyera. . . .	9	»	»	440	»
Beni Raus.	10	»	»	520	»
Mtiuia.	177	»	»	970	»
Beni Kerla.	225	»	»	1.520	»

En total las fuerzas de la tribu se componen de unos 5.700 fusiles.

Beni Mezyilda ó Beni Mesquilda.

Territorio montañoso, entre las tribus de Setta, Beni Ahmed, Beni Zerual y Fichtala. Los Beni Mezyilda son de raza berberisca, y viven en poblados. Casi todos son *tolba*, y saben leer, pero no por eso han perdido las aficiones bélicas y la pasión del merodeo. El suelo es fértil. Comprende tres fracciones:

Dar el Guad.
Omana.
El Argub.

Los marabús son muy numerosos en esta tribu.

Fichtala.

Tribu situada en la cuenca del Uerera, al pie de los montes Muley bu Cheta y Yebel Sidi Mergo, montañas sagradas. En el primero hállase la zauia del mismo nombre, muy importante. Rodean el pueblo hermosos olivares. Las casas son más de ciento. La zauia está separada de ellas. Es un edificio de dos pisos, de blanca fachada, dominado por un minarete, en no buen estado. En el ángulo Sudoeste hállase el sepulcro del santón, Muley bu Cheta el Kammar. Peregrinos, chorfa y tolba viven en el santuario y del santuario, el cual es, como los demás de Marruecos, asilo inviolable, mezquita, seminario, escuela y posada.

Esta tribu es berberisca, pero está muy arabizada. Dispone de unos 2.000 fusiles.

Slés.

Territorio muy quebrado y desconocido, al Este del anterior. Depende del Majzen. La tribu se considera noble é instruída. Cuenta 1.000 fusiles.

Hiaina.

Tribu de raza árabe, según algunos autores. Ocupa extenso territorio, desde las vertientes de las últimas montañas yebalas hasta los llanos regados por el Guad Inauán y el Sebú. La llanada de Hiaina es una pradería inmensa, en las que las casas de los numerosos poblados desaparecen entre la vegetación. Los Hiaina son gente de á caballo. Usan como arma favorita una hoz, puesta en el extremo de una larga vara, á cuya arma llaman *mojtaf*, y de la que se sirven con gran destreza.

La vecindad de los Riata, gente agresiva y revoltosa, ha hecho á los Hiaina sumisos al Majzen, en el que se apoyan contra aquélla. Son, sin embargo, una de las tribus más poderosas de Marruecos, pues disponen de 20.000 fusiles y 2.000 caballos. Comprende tres fracciones:

Ulad Hamram.
Ulad Trik.
Ulad Errián.

Los Hiaina son servidores de los chorfa de Uazán.

Tsul.

Los Tsul son berberiscos arabizados en parte. Viven en poblados, pero tienen también algunas tiendas. La tierra es fértil y bien regada, pero más montañosa que la de Hiaina y no tan rica. Produce, sin embargo, habas, cebada y la vid en abundancia. En las ferias del país se vende ganado, aceite, pasas, nueces, almendras, y rara vez carne. Las casas son bajas, sin ventanas y con una puerta pequeña, única y casi siempre mal cerrada. La gente es vigorosa y ruda, y viste chilaba rayada de negro y blanco. Usan también el mojtaf como los Hiaina, pero mucho más corto que el de éstos.

El Majzen cuenta á esta tribu entre las sometidas á su autoridad, y en ocasiones lo ha estado. En esas ocasiones el Sultán nombra seis kiad, es decir, designa para tales

cargos á seis notables, que la propia tribu propone. Para los fines administrativos se la considera dividida en cuatro fracciones, que á su vez se subdividen en grupos, á saber:

1. Ulad Cherif: 200 jinetes y 650 fusiles. Comprende los grupos Beni Umer, Ulad Zeber y Beni Medul.

2. Legraua: 160 jinetes y 350 fusiles. Comprende los grupos Beni Frasén y Tamdert.

3. Enguch: 160 jinetes y 400 fusiles. Comprende los grupos Bab el Heracha y Jandock.

4. Beni Abdala: 200 jinetes y 500 fusiles. Comprende los dos grupos Ulad Abdala u Musa y Beni Megura.

Los Tsuli, que antes eran, en su mayor parte, servidores de la casa de Uazán, hállanse ahora en malas relaciones con ella. En 1900 envióles el Cherif, á modo de embajador, el moqadem (superior de la zauia) Chich; pero los Tsuli, en vez de recibirle con respeto, le degollaron.

Así el territorio Hiaina como el territorio Tsuli son de gran importancia para España:

1. Porque forman la fachada del país yebala sobre el corredor que se abre entre las cuencas de los ríos Sebú y Muluya, y cuya principal puerta es Taza.

2. Porque por ambos pasa el camino de Fez al Rif, camino que muere en Melilla, y cuya marcha es la siguiente: paso de un puente de ocho arcos sobre el Sebú, á la salida de Fez; cruce de la loma Anq-el-Yemel; paso del Inauán junto á la aldea de los Ulad Muimi; el Suk el Had Hiaina; aldea de Uld-Cadur, última de aquella tribu; paso del Guad Amelil, afluente del Inauán y frontera del territorio Tsuli; aldea de Sumaa Hyerya, cruce de la divisoria entre el Guad Amelil y el Guad el Hadar; paso de éste por el vado de Tum el Luza; Suk el Arbaa Branés (feria del miércoles del Branés); paso del Guad Uerteza y subida de la montaña hasta la fuente de Ain Dro (entrada del Rif), remontando la cuenca del Guad Fellekal, desde la que se pasa á la del Guad Azrú, que pertenece ya á la vasta hoya del Muluya, y que baja entre peñascales, siguiendo la línea Norte-Sur, del puerto de Acbat-el-Cadí, del otro lado del cual se abre el valle del Kert, por el que baja un sendero á Tafersit y Guelaia.

Ulad Bekkar.

Tribu que habita las montañas, por completo inexploradas, que se extienden entre el Azrú y el Mesún. Nada sabemos de ella, ni de la comarca que habita. Sólo conocemos su nombre, y que se le atribuyen, sumando sus fuerzas á las de sus vecinos los Ulad bu Rima, unos 300 fusiles.

Ktama.

Tribu del todo desconocida. Habita las grandes montañas que corren al Sur del Yebel Tizirén, en dirección paralela á esta cordillera. Su territorio confina con el de las tribus rifeñas de Tarzut y Beni Sedat.

Beni Ahmed.

Tribu yebala en contacto con las rifeñas de Beni Amreth, Beni Mezdui, Beni Tuzín, Tarzút y Beni bu Nser. Forma, por tanto, una cuña que penetra muy adentro en el Rif. La tierra es muy quebrada, alta y fría, semejante, por la calidad, á la de aquellas otras tribus. La cosecha de cereales no es abundante; lo es, en cambio, la de habas, higos y bellotas. Hay bosques extensos.

El territorio de los Beni Ahmed tiene importancia estratégica y política, porque lo cruza el camino que, viniendo de las feraces comarcas del Sur, penetra en el Rif por el puerto de Acbat-el-Requeddi. El viajero procedente del litoral Mediterráneo que cruza la cordillera por este encumbrado paso, se encuentra en la cuenca alta del Uerera, entre escarpados cerros, de los que bajan torrentes de aguas casi heladas. La gente es bárbara é indómita, y por completo independiente del Sultán.

Mernisa.

Territorio de montañas elevadas al Sur del anterior. El aspecto rifeño de la gente y de los poblados continúa, pero

la raza es yebala. La cuenca del Uerera baja y se ensancha, y el imponente paisaje alpestre se suaviza un poco. Comienzan á aparecer los olivares y muéstranse más fecundos los campos, que dan más producto que los de Beni Ahmed; pero, como esto no basta al sustento de la población, la mayor parte de ella vive del robo á mano armada. La de Mernisa es de las más feroces de Marruecos. Dispone de 4.500 fusiles y no obedece al Sultán. La influencia preponderante es la de Sidi Alí ben Daúd.

Senhadya es Raer.

Tribu de la que sólo sabemos que se halla situada en territorio montañoso, lindando con la de Hiaina.

Branés.

Tribu bastante arabizada, pero en cuyos poblados se nota la vecindad del Rif. Su territorio, situado en la áspera y desconocida serranía del mismo nombre, hállase cercado por los de Gsenaia, Senhadya es Redú, Senhadya es Raer, Hiaina y Tsul. Los Bransi son belicosos y ladrones. Tienen poco trato con las tribus vecinas, y son enemigos de los Tsuli y los Riata. Tienen facciones duras, ojos pequeños, mirar atrevido, voz y gesto rudos, y hablar breve. Usan *jit* (gorro) obscuro, de pelo de cabra, jaique blanco ó chilaba, y andan casi siempre descalzos. Su patrono es Sidi Ahmed ben Zerruk, fundador de la secta de Zerrukia, en Trípoli. Pero los Bransi, aunque oriundos de este país, han olvidado por completo su origen y la historia de su tribu, una de las más antiguas de la raza berberisca.

Divídese en cinco grandes fracciones, subdivididas en varios grupos. Esas fracciones son:

1. Ulad Yeru: 140 jinetes y 450 fusiles.

Comprende tres grupos:

El Helha.
Traiba.
Beni Fettah.

2. Ulad.Aisa: 250 jinetes y 600 fusiles.

Ulad Abu.
Tribagea.
Ahl Tenasset.

3. Fezazera: 220 jinetes y 250 fusiles.

El Krakra.
El Rderbín.
Laamarna.

4. Ulad bu Sadu: 240 jinetes y 600 fusiles.

Beni Mehammed.
Lakta.
Ahl bu Helil.

5. Beni Urariel: 200 jinetes y 500 fusiles.

Chegarna.
Ahl Tenán.
El Fraina.

Los Bransi, Beranesios ó Braneses son, según todas las probabilidades, descendientes auténticos de la gran familia de los Berneses, á la que Ibn Khaldún consagra un capítulo entero de su *Historia de los Berberiscos;* familia de la que se derivaron los Azaya, Masmuda, Ayic Ketama, Senhadya, Aurir ha, Heskura, Guezula y otras. Los Guezula vienen á ser los famosos gétulos de los romanos.

Guad Ras.

Territorio quebrado, por el que pasa el camino de Tetuán á Tánger. Rodéanle los Beni Auzmer, Anyera y Beni Msauer. La gente de Guad Ras obedece al Sultán y depende del bajalato de Tánger. Comprende cuatro fracciones:

1. Bu Metach: la más meridional y la más revoltosa.
2. Utauín: en el llano de Bu Sfea, al Norte del camino de Tetuán.
3. Suk el-Iemis: vecinos de los Anyera.

4. Dar el-Fonduk: á medio camino entre Tetuán y Tánger, en paraje famoso por las partidas de ladrones que le infestan.

Las influencias religiosas predominantes son las de la casa de Uazán y de Sidi Abdesalam ben Meschich. Toda la gente de Bu Metach pertenece á esta última. Se calcula que la tribu de Guad Ras dispone de unos 3.000 fusiles.

Beni Hozmar ó Beni Auzmer.

Vive en las laderas de las montañas que se levantan sobre Tetuán y en el llano comprendido entre las tribus de Guad Ras, Beni Saíd, Beni Hasán y Beni Msauer. Tiene numerosos poblados. Posee esta tribu la especialidad de que casi todos sus hombres se dedican á la fabricación del yeso, y, en vez de pagar tributo, tienen obligación de suministrar el que hace falta para los edificios de Tetuán, de cuyo bajá dependen. Divídese en las ocho fracciones siguientes:

1	Beni Retel.	5	Derral.
2	Ahl Lela.	6	Beni Hirem.
3	Kormeks.	7	Zinets.
4	Mekdesén.	8	Amtil.

Dispone de 2.000 fusiles.

La familia de los chorfa de Uazán ejerce gran influencia en esta tribu.

Beni Hasán.

Ocupan las montañas del mismo nombre, altas, intrincadas, bien regadas y fértiles. Su territorio se extiende de Tetuán á Xexauán, y está comprendido entre los de Rmara y Lejmés al Sur, Beni Saíd al Este, Beni Hozmar al Norte y Beni Ider al Oeste. Viven los Beni Hasán en aldeas pequeñas, diseminadas al pie de las alturas, ó en los altos picachos escarpados. Son muy belicosos, poco obedientes al Sultán y se hallan en perpetua guerra con las

tribus limítrofes, sobre todo con los de Lejmés. El país es rico y podría serlo muchísimo más.

Los Beni Hasán dependen de Tetuán y tienen dos jeques: uno para la gente del llano (Sefelín) y otro para la de la montaña (Fukamín). Divídense en cuatro fracciones, cada una de las cuales tiene su jefe propio, á saber:

1 El Jums.
2 Cheruta.
3 Beni Ylits.
4 Beni Musa.

Los Beni Hasán son berberiscos puros, por la raza y por el idioma, y sumamente fanáticos. Pertenecen á la cofradía de Sidi Abdesalam ben Meschich. La casa de Uazán tiene pocos servidores.

El número de fusiles pasa de 5.000.

Lejmés.

Tribu que ocupa la parte Sudeste del Yebel Alam, limítrofe de los Rmara y Beni Hasán por el Este; de los Beni Ahmed y Rmara por el Sur; de los Beni Arús y Beni Ider por el Oeste, y de los Beni Arús y Beni Hasán por el Norte. Domina en la lengua y en las instituciones el carácter berberisco. Los Lejmés son independientes y se consideran exentos de tributo, por su condición de tolba de Sidi Abdesalam ben Meschich. La instrucción de la tribu en las cosas de religión es grande, siendo numerosísimos los marabús locales y los ulemas célebres. El estado de guerra es permanente, sobre todo entre los Rmara y los Beni Ahmed es Zerruk, y contra el Sultán. En 1889 negáronse á permitir el paso del embajador de Italia por su territorio.

Es una de las tribus más poderosas del Norte de Marruecos. Excelentes soldados de montaña, reunen unos 10.000 fusiles, por lo menos.

Beni Ahmed es Zerruk.

Territorio formado por los últimos contrafuertes del Yebel Alam, que se levanta al Norte, y por estribos occi-

dentales de la gran cadena rifeña, que le separa del Mediterráneo. Numerosos y fértiles jardines y huertos rodean los poblados. Gente de raza berberisca, pero mezclada con elementos árabes, inquieta y belicosa en extremo, siempre en guerra con las tribus vecinas. Además, las contiendas de pueblo á pueblo son casi permanentes. La influencia religiosa predominante es la de Sidi Abdesalam ben Meschich. Hay también bastantes servidores de la casa de Uazán y muchos Derkaua. Los Beni Ahmed es Zerruk no obedecen al Sultán y tienen unos 3.000 fusiles.

Beni Zerual.

Al Sudeste de la anterior, entre ella y las de Beni Mesyilda, Fichtala, Mitiua, Tarzút y Beni Seddat, en terreno quebrado y desconocido, cuyas aguas corren al Uerera. Los Beni Zerual son berberiscos muy arabizados. Viven en grandes aldeas de caserío muy agrupado y rodeado de frondosos huertos. Una sola de ellas, llamada Aín el Berda, ocupa toda la ladera de la montaña de dicho nombre. Hay en ella seis mezquitas, y su vecindario dispone de 1.200 fusiles.

Esta tribu es la mayor del país yebala, si no por la extensión del territorio, por la población. Calcúlase que el número de hombres válidos armados se acerca á 40.000, y, si hubiese unión entre ellos, ninguna otra le podría resistir. Pero sus diferentes fracciones se hacen sañuda y continua guerra. Merced á estas perpetuas discordias, pudo Muley Hasán imponerles la ley de 1889 y obligarles á aceptar cuatro *kiad*. La autoridad de éstos fué, sin embargo, muy precaria y de corta duración. Los Beni Zerual tuvieron en otro tiempo más unión y gobierno propio bastante fuerte. Aun se conservan vestigios de sus antiguas instituciones. Así, por ejemplo, cuando un sujeto cualquiera se cree agraviado por algún robo ó injuria que se le ha hecho, no tiene mejor medio de pedir justicia que ir á la calle ó calleja en que se halla la mezquita, y en la piedra que delante de la puerta de ésta se encuentra, sacrificar una gallina, cabra ó cualquiera otro animal doméstí-

co. El *cheik el yemaa* (literalmente «presidente del concejo»), el alcalde, que diríamos en España, debe comparecer inmediatamente y convocar una reunión de vecinos (*miad*, es decir, jurado), la cual resuelve el caso por mayoría de votos.

Comprende seis fracciones, que son:

1 Beni Brahim: la más numerosa.
2 Aín Berda.
3 Beni Jadum.
4 Beni Mekka.
5 Beni bu Maham.
6 Ulad Kasem.

La casa de Uazán está representada por algunas familias allegadas, pero tiene gran influencia en la tribu la orden de Sidi Abdesalam ben Meschich.

Beni Uandyel.

Tribu situada en la cuenca alta del Uerera, entre las de Marnisa y Senhadya, en territorio desconocido. Es de origen rifeño, pero se le han asimilado los yebalas. Se le atribuyen unos 1.000 combatientes. Parece que la principal influencia religiosa es la del cherif de Uazán.

Fenasa.

Tribu de la cuenca alta del Uerera, entre las de Mernisa, Beni bu Nser, Meziath y Senhadya, en territorio aun desconocido. Es independiente. Nada se sabe del número de hombres y fusiles.

Beni Ulid.

Tribu pequeña, rodeada por la de Senhadya, en país inexplorado. Es independiente y se le atribuye una fuerza de 1.000 fusiles.

Meziath.

Tribu situada, como las anteriores, en la cuenca del Uerera. Rodéanla las de Mtiua, Beni bu Nser, Hiaina y Sen-

hadya es Raer. Es relativamente pacífica; pero, como se halla enclavada entre tribus *seibus* (no sometidas), goza de completa independencia. Comprende dos fracciones:

1 Ulad bu Sultán.
2 Meziath.

La influencia religiosa preponderante es la de la casa de Uazán, á la que sigue la de los Derkaua. Reunen hasta 1.500 fusiles.

Rerriua.

Tribu situada en las montañas que se levantan sobre la margen derecha del Uerera, entre las de Fenasa, Meziat y Leyaia. Tierra muy rica, bien regada, de la mejor del país yebala. Son numerosos los servidores de Muley bu Cheta. Se supone que no puede armar más de 500 hombres.

Senhadya es Redú.

Tribu que habita la alta y desconocida región de Senhadya. Las cumbres de las montañas ostentan corona de nieve gran parte del año. Tierra fría, de mucho bosque en las alturas; fértil en los valles bajos. La gente brava, guerrera, y de todo punto *seibin*.

Beni bu Chibet.

De esta tribu sólo se sabe el nombre.

Beni Arús.

Tribu que habita en territorio muy quebrado, en los escabrosos estribos septentrionales del Yebel Alam. Al Norte le sirve de límite el Guad el Jarrub; por el Este se prolonga hasta Lejmés; por el Sur hasta Sumata y Beni Gorfit, y por Occidente llega hasta la llanura atlántica. Los poblados, muchos é importantes; la tierra es fértil, y tienen fama sus ricos viñedos.

Compónenla tres elementos principales:

Los chorfa Beni Arús, es decir, los descendientes de Sidi

Abdesalam ben Meschich, el santo patrón de la tierra yebala, enterrado en la cúspide del Yebel Alam, y cuya sepultura atrae infinito número de peregrinos, no sólo de yebalas, sino también de rifeños.

Los Sumata, clientes de los Beni Arús, así en lo político como en lo religioso.

Los Omiín, labriegos siervos de los Beni Arús, adscritos al cultivo de las tierras de éstos.

Los Beni Arús no pagan, por su calidad de santos, ningún impuesto, y en el mismo caso se hallan sus siervos. Los Sumata quedaron obligados á pagarle desde 1889, pero no siempre le satisfacen. Reunen unos 700 infantes, que se reputan de los más bravos de Marruecos.

Los Beni Arús divídense en tres fracciones:

1 El Kejama: la mayor y más influyente.
2 Ulad Abdhulahad.
3 Teidiín.

Se gobiernan á su antojo, según su sistema tradicional, y hacen poco ó ningún caso del Sultán y de sus leyes. Reunen 5.000 fusiles.

Beni Ider.

Tribu vecina de la anterior y habitante de las escabrosidades del Yebel Alam. Territorio poco poblado, en el que los lugares habitados se hallan en los cerros de fácil defensa. Hay espesos bosques.

Comprende cuatro fracciones, correspondientes á otras tantas ferias ó mercados:

1 Ez-Zituma, cerca del Yebel Habib.
2 Zauia el Ansar.
3 Tleta Beni Ider.
4 Menkel.

Dependen del bajá de Tánger nominalmente. En realidad se burlan del Sultán. Disponen de 2.500 fusiles.

Rehuna.

Territorio en la cuenca alta del Guad el-Kus, en gran parte montuoso, muy poblado y fértil. Tribu pequeña, pero muy belicosa, y con gran reputación de valiente. Comprende tres fracciones:

1 Beni Sedyel.
2 Beni Smea.
3 Beni Grir.

Pueden armar 2.500 hombres. La influencia preponderante es la de Sidi Abdesalam ben Meschich, del que existe en la tribu una gran zauia.

Mezmuda.

Tribu situada al Sudeste del Yebel-Sarsar. Desciende de la gran tribu berberisca de su nombre, una de las más famosas de Africa. Obedece ó no al Sultán, según las ocasiones. Tiene más de 30 pueblos importantes, entre todos los cuales reune unos 4.000 fusiles. Domina en ella la influencia de la vecina casa de Uazán.

En un monte de su territorio está enterrado un santón judío. Acuden á visitarle muchos peregrinos israelitas, y le custodía una guardia judía.

Rzaua.

Tribu de las montañas que se levantan al Este de Uazán, prolongando hacia el Sur las de Lejmés. La gente vive en poblados bastante grandes. No obedecen al Sultán y disponen de cerca de 6.500 fusiles, repartidos del siguiente modo entre las cinco fracciones que lo forman:

1 Beni Medracén: 27 pueblos con 2.300 fusiles.
2 Beni Farlum: 21 pueblos con 850 fusiles.
3 Beni Letnah: 18 pueblos con 780 fusiles.
4 Bu Hesán: 17 pueblos con 1.060 fusiles.
5 Beni Rutab: 21 pueblos con 1.500 fusiles.

Tiene gran influencia en esta tribu la familia de Ulad el Bekkar, descendiente de Sidi Allal ben el Hach. Además, todos los Rzaua son servidores de Sidi Abdesalam ben Meschich. Existen también cofradías Derkaua y la de Sidi Ahmed Museba, pero poseen menos influencia.

Klot.

Tribu árabe y majzen, al Sur de Bdaua, que ocupa la parte media de la cuenca de Guad-el-Kus ó Lukus, y que, como la siguiente, no se cuenta entre las de Yebala. Su capital es Alkazar-Quibir, pequeña población de 8 á 10.000 habitantes, situada en la hermosa vega de aquel río, en paraje favorable al comercio, y que habrá de adquirir gran importancia el día en que la situación del país no sea, como hoy lo es, contraria á la prosperidad de aquél. El río es navegable desde Larache hasta Alkazar, y esta vía la mejor para entrar en el reino de Fez. De ahí la importancia grandísima de Larache, generalmente desconocida, pero que para tal fin excede mucho á la de Tánger, cosa que muy bien sabían los portugueses, que en el siglo XVI la poseyeron, y que tampoco ignoraban los españoles, dueños de ella gran parte del siguiente. Consérvase de aquellos tiempos la imponente ciudadela, de altas y ennegrecidas murallas, y vense esparcidos por el suelo cañones con el nombre de Felipe III. Larache no cuenta más de 6.000 almas. Cuando tenga puerto abordable, será una de las primeras plazas marroquíes y el emporio del comercio con Fez. El principal artículo de exportación es la lana, que pasa por ser la mejor y más fina de Marruecos. Casi todos los europeos residentes en Larache son españoles. Hay una misión franciscana y una escuela regida por los misioneros. Ha sido esta ciudad cabeza del bajalato de su nombre, pero últimamente gobernaba la región un personaje de Alkazar, que había conseguido gran predicamento en Fez.

Divídese esta tribu en varias fracciones, de las que la más importante es la de Tlig, al Sur del río.

El-Fahs.

Como si dijéramos El Campo (el campo de Tánger). Ocupa el espacio comprendido entre el Estrecho, las cábilas de Anyera, Guad-Ras, Beni-Msauer y el Océano. No forma parte del Rif ni de la Montaña, si bien se halla enclavada entre ésta y el mar. El terreno es llano, con alguna que otra montañuela, últimos estribos de las cordilleras yebalas. Tiene una ciudad, Tánger, de la que hablaré más adelante, y hasta 70 aldeas. Como la tierra es fértil y la capital abundante en recursos, la población es numerosa. En un reciente trabajo la veo calculada en cerca de 36.000 habitantes (no contando la ciudad), y como la extensión de El-Fahs será de unos 500 kilómetros cuadrados, resulta una densidad de cerca de 72. El número de fusiles es de 4.660. Posee esta cábila 347 caballos, 266 yeguas, 310 mulas, 409 borriquillos, 1.511 yuntas de labor. (1)

Los antepasados de los actuales pobladores de El-Fahs vinieron del Rif y de Yebala llamados á la guerra santa contra los ingleses de Tánger, por el Sultán Muley Ismail. No deben pagar más contribuciones que el Zekat y el Achur; pero, en cambio, están obligados á dar un hombre por familia para la guerra. La gente de El-Fahs vive del producto de sus campos y huertos, de la leche, huevos, gallinas y queso, que venden en Tánger, y es menos belicosa é indómita que la de las cábilas montaraces antes descritas.

---

(1) Véase «La Kabila de El-Fahs», por D. Ricardo Ruiz, en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, 1.er trimestre de 1907.

CAPÍTULO IV

Valor económico y político de las regiones que más interesan á España.

SEGUNDA PARTE

Sahara marroquí: Sus Meridional, Guad Nun, Tekna, Sequia-el-Hamra.

1.-OROGRAFÍA

SAHARA vale tanto en árabe como Gran Desierto. Llámase también en la misma lengua *bled el atech*, tierra de la sed, nombre bien puesto. No es el fondo de un mar, seco hoy, sino una meseta cuya altitud media se estima en 450 metros, cruzada en algunos sitios por cadenas de montañas que alcanzan 2.500, y de suelo, en general, bastante quebrado. El gran desierto dista mucho de ser la inmensa llanura uniforme y monótona, que el vulgo supone. Su orografía contiene todas las formas de la superficie terrestre, y todos, ó casi todos, los terrenos. Su especialidad geográfica es la aridez, producida por la sequedad atmosférica, y atenuada por las aguas subterráneas, que las altas cumbres de sus montañas recogen, y que, guardadas en las entrañas de la tierra, escapan á la evaporación.

El Sahara marroquí es la región privilegiada del Gran Desierto. En ninguna otra parte de éste se suman las fa-

vorables influencias de montes de 4.500 metros y la vecindad del Océano. Por eso, sobre ser los ríos más caudalosos, así los superficiales como los subterráneos, la sequedad del aire es menor. Allí, como en todas partes, la vida depende del agua: donde no hay agua no hay vida. Podemos, pues, dividir esta vasta región en dos partes: comarcas vivas y comarcas muertas. Comarcas vivas son aquellas que tienen agua, sea superficial y corriente, sea subterránea, alumbrada por medio de pozos *(foggara)*. Las comarcas muertas son aquellas en que el agua falta siempre. Cuando ésta baja de las sierras en cantidad excepcional, la vida extiende sus dominios á costa de la muerte, y aquellos parajes áridos á donde alcanza la influencia bienhechora se cubren de vegetación y producen abundantísima cosecha. Si el agua escasea un año, la muerte gana terreno sobre la vida, y ésta retrocede gradualmente si la sequía persiste. Lugares antes cultivados ven perecer todas las plantas; oasis risueños y prósperos arruínanse y despuéblanse. El contraste entre las dos comarcas es violento y sorprendente. Viene el viajero recorriendo terrenos desnudos, peñascales inmensos sin un árbol, sin una yerba, sin una gota de agua. De pronto surge una vega, por medio de la cual corre algún fresco y claro arroyo ó río, en cuya corriente se miran verdes grupos de higueras, nogales, olivos, granados y palmeras; escondidas en la verdura, casas de buen aspecto, coronadas de azoteas, y rodeadas de huertas; dominando los demás edificios, el alto *tirremt*, ó *agadir*, de almenadas torres. Limpieza, orden, bienestar: he aquí lo que el viajero halla al llegar al oasis.

El *bled el atech*, propiamente dicho, divídese, á su vez, en dos partes totalmente diferentes: 1.ª La meseta pedregosa, á la que los árabes llaman *hámada* y los berberiscos *tasili*. 2.ª La superficie arenosa formada por laberínticas cordilleras de médanos, denominadas *erg* por los unos é *iguidi* por los otros. El *hámada* es una tierra peñascosa, pulida en muchos sitios por el continuo frotar de las arenas que el viento arrastra; en otras cortada á pico por acantilados que parecen ruinas de formidables fortalezas de gigantes, sembrada de guijarros, sin agua, sin vegetación, sin ser vi-

viente. El *erg* es como un mar de arena súbitamente petrificado en el momento de terrible tempestad. Las cordilleras de médanos suelen alcanzar de 100 á 200 metros de elevación, y á veces llegan á cerca de 400. Su amarillenta superficie brilla á la luz deslumbrante del sol con mil extraños fulgores. Cuando sopla el viento, es decir, casi siempre, pues el Sahara es el país del viento, levanta coronas de arena sobre las cumbres de los médanos: el *erg* humea, dicen los tuareg. El *erg* no es tan completamente estéril como el *hámada*. Entre las arenas crecen plantas espinosas, que los camellos comen.

En el Sahara marroquí el espacio ocupado por la tierra viva es mayor, según se camina hacia el Norte y hacia el Oeste, esto es, hacia el Atlas y hacia el mar. En la vasta meseta que se interpone entre el Atlas Mayor y el Sahárico, los oasis son numerosos y extensos, y en muchos sitios casi se tocan unos á otros. Sirva de ejemplo el camino del puerto de Teluet al desierto, por Tiguert, Tikirt, Tazenakt, Tisint y el Guad Zgid, afluente del Draa. Bajando el puerto, las montañas son desnudas y desoladas; pero las vegas y laderas están cubiertas de higueras, nogales y otros árboles, viéndose, de cuando en cuando, algunos viñedos. Al pie extiéndese la llanada de Teluet, pedregosa y árida, espacio de tres horas de marcha; pero luego viene el magnífico oasis de Tiguert, formado por las aguas del Guad Iunil. Síguese el curso de éste de Tiguert á Tikirt por tierras siempre cultivadas. La distancia recórrese en 6 horas y media, lo que permite calcularla en unos 25 kilómetros. En Tikirt aparecen las primeras palmeras, indicio de que se avanza hacia el Sahara. De Tikirt á Tazenakt corre una cadena de oasis pequeños (Taguenzalt, Irels, El Borch, Tislit, Tafunent). La distancia (unos 45 kilómetros) se salva en dos etapas. Aquí el *hámada* empieza á ganar terreno. Tazenakt sufre mucho de las sequías que con frecuencia afligen la comarca. Debe su importancia á la buena situación que ocupa entre el Atlas y el Sahara, y en uno de los mejores pasos del uno al otro. De Tazenakt á Tisint llanura inmensa, cuyo borde meridional es la cresta del Atlas Sahárico. Al principio el terreno se compone de una del-

gada capa de arena que cubre una roca dura; después esta capa de arena va engruesando y en proporción crece la vegetación, viéndose por todas partes poblados rodeados de huertas y jardines. Es una tierra de fecundidad maravillosa, y ésta va en aumento hacia el Sur muchas leguas, hasta que se llega al Tizi Agní, puerto por el que se pasa la cordillera. Después sigue un desierto no completamente árido (7 horas de marcha), pasado el cual se llega al oasis de Tamzida, desde el que se camina entre palmeras hasta Fun Tisint, desfiladero por el que se cruza el Bani. Transpuesto éste, los ojos se recrean en el inmenso bosque de palmeras de Tisint, magnífico oasis del todo sahárico: cielo, producciones, habitantes, costumbres, todo ha cambiado. Tisint es la puerta de un mundo nuevo. (Véase Foucauld. *Reconnaissance au Maroc*, pág. 119.)

2.-HIDROGRAFÍA

Los ríos que corren al Sur del Atlas son:

El *Sus*, que se forma de dos principales ramas; el Guad Imerakecht, que baja del Yebel Licumt (Atlas Mayor), y el Guad Zagmuzén, nutrido por las aguas del Atlas Sahárico y del Yebel Sirúa. Es bastante caudaloso, perenne, y toda su cuenca, fértil y bastante poblada. Muere en el mar, un poco más abajo de Agadir N Rir. Foucauld nos da idea del curso medio del río en las siguientes palabras: «Marcho Sus arriba, á uno ó dos kilómetros de su margen derecha. Todo el día le veré serpenteando entre tamarindos, rodeado de huertos, corriendo á la sombra de corpulentos olivos, entre dos filas de pueblecillos escalonados en sus orillas..... En los tres días que he de subir por la cuenca del Sus, el aspecto de ésta seguirá siendo el mismo: llanada de maravillosa fecundidad, limitada por dos largas sierras, una de las cuales, de menos altura y uniforme crestería, traza en el horizonte, por la parte Sur, una línea obscura, mien-

tras que la otra, levantándose hasta las nubes, yergue á pico sobre la llanura sus azuladas laderas, coronadas de una serie de blancas cumbres.» *(Reconnaissance au Maroc,* pág. 189.)

El *Draa.* Fórmanle el Guad Dadés y el Guad Idermi, torrentes de copiosas y frías aguas. En las orillas de ambos, muchas aldeas y campos sembrados. Clima frío á causa de la altitud (de 4.500 á 1.400 metros). Vegetación septentrional: olivos, nogales, también higueras, pero ni una palmera. Júntanse las dos ramas en el keneg (desfiladero) Tarea, al Norte de Tamnugalt. En toda la cuenca alta del Draa la población es numerosa. En la del Guad Idermi hay algunas comarcas desiertas; no tanto en el Guad Dadés. Desde el Keneg Tarea corre siempre el Draa entre aldeas y extensos palmares. Hasta el Bani sigue la dirección Norte-Sur. En esta zona están los ricos distritos de Mezgita, Ait-Sedrat, Ait-Ziri, Timzulín, Ternata y Fezuata. Transpuesto el Bani, esto es, en pleno Sahara, siguen los de El-Katana y El-Mjamid, donde acaba la parte central ó media de la cuenca. En toda ella corre con rumbo al Sur, ancho, majestuoso, en no interrumpido bosque de palmeras: inmenso oasis de 200 kilómetros de longitud, acaso la región más rica de Marruecos. Desde El-Mjamid todo cambia: el rumbo del río, que tuerce hacia Occidente, camino del mar; la tierra, que pasa á ser llana, arenosa, estéril y despoblada; y el cauce mismo, que se ensancha desmesuradamente y queda casi en seco, ó en seco del todo, la mayor parte del año. Así al menos lo afirma Foucauld, quien recorrió lo más de su cuenca en 1883-1884. Pero Gatell asegura no haber podido cruzar el Draa en su parte baja de otro modo que á nado, el 2 de marzo de 1865. La corriente medía 150 metros de ancho. Explícase esta contradicción, teniendo en cuenta que al viaje de Foucauld había precedido un largo período de sequía (1) y al de Gatell un tiempo de copiosas lluvias. De todas suertes, el viajero español atribuye al río en su parte inferior una corriente normal de 30 metros de ancho por uno de pro-

(1) No había llovido en siete años.

fundidad, lo que está en contradicción con las noticias del explorador francés. El curso del Draa tiene una extensión de 1.300 kilómetros aproximadamente.

El *Guad Ziz*. Nace en el monte Ari Aiachi, uno de los más altos del Atlas. Su cuenca alta, muy quebrada y cortada por empinados cerros, encierra gran número de poblados. Pasado el Keneg, corre siempre entre palmeras, cruzando los distritos de Ksar el Suk, Metrara, Reteb, Tizimi y Tafilete, no menos ricos y populosos que los del Draa. Los afluentes del Guad Ziz, Guad Ait Yahia, Guad Zeuia Sidi Hamsa y Guad Todra riegan también importantes oasis. El Ziz piérdese en el Sahara.

El *Guad Guir*. Nace en el monte Chuf Agmar y recorre una zona menos poblada y rica que las dos anteriores, pero en la que no se cuentan menos de 30 poblados entre grandes y pequeños, entrando en la suma los que baña su tributario el Beni Mesri.

Entre el Sus y el Draa corren varios ríos costeros, cuyas aguas bajan del Atlas Sahárico ó de estribos suyos, y que por muchas razones merecen nuestra especial atención.

3.-VALOR ECONÓMICO DEL PAÍS

Las principales regiones vivas del Sahara marroquí son:

1. La extensa comarca del Dadés y la cuenca alta del Guad Idermi, regiones donde la vecindad del Atlas y la altitud compensan la influencia sahárica.

2. El curso medio del Draa, de Tamnugal á El-Mjamid.

3. El curso superior y medio del Guad Todra (oasis de Todra y Ferkla), con su gemelo el Reris.

4. El curso superior y medio del Guad Ziz (del que el Todra es tributario). La parte alta se llama Tialahín. La parte baja es un grupo de oasis, conocido con el nombre del principal de ellos: Tafilete.

5. Los parajes en que las aguas del Atlas Sahárico se

embalsan antes de salvar la sierra de Bani, formando á lo largo de ésta una serie de oasis: Tamzida; Fun Tisint-Agadir; Tarla-Timtazart; Aqqa; etc., etc.

6. El Sus y su cuenca.

7. La vasta región comprendida entre el Guad Masa ó Guad Ulras hasta el Draa, esto es, el Guad Nun, Tazerualt, el Tekna y comarcas dependientes de éstas, región de mucho interés para España por razones históricas, geográficas y políticas de indudable importancia.

En los oasis la vida es intensa y la vegetación abundante y variada. Al Sur del Atlas Sahárico la palmera predomina. En algunos parajes forma bosque casi continuo (Tisint). Lo general es que forme grupos ó bosquecillos, y que en los intervalos crezcan otros muchos árboles y plantas. De aquéllos los principales son la higuera, el avellano, el granado, el naranjo, el albaricoquero, el melocotonero, el manzano, el limonero, enlazados por las ramas de pomposas vides. Al pie de los frutales crece una flora hortícola variadísima: cebada, mijo, garbanzo, alfalfa, trébol, patata, melón, sandía, tomate, cebolla, pimiento, nabo, pepino y otras, hasta 50.

La palmera comienza á dar fruto al tercero ó cuarto año de plantada. Necesita agua, pero conténtase con poca, y, si no la hay dulce, vive de la salobre. Cada árbol de buena calidad vale de 10 á 12 pesetas. Hay cinco clases de dátiles: *bu ittob, bu fegguc, bu sekri, yihel* y *bu suair*. Los primeros son los mejores. Son pequeños, apenas tienen hueso, y su gusto es muy delicado. Los *bu fegguc*, también muy estimados, son grandes. Los *bu sekri*, muy dulces y de color verdoso. Los *yihel* valen menos, excepto los de Tisint, y las palmeras que los producen son las que dan mayor cantidad de fruto. Los *bu suair* se dan al ganado. Los moros del Sahara guardan los dátiles en grandes vasijas de un metro 20 centímetros de alto. Al peso de los de arriba, los de abajo dejan correr un jugo muy dulce, el cual recogen

dándole salida por agujeros hechos en el fondo del cántaro. Llaman á este jugo *miel de dátiles.*

En el ancho cauce del Draa hay grandes espacios, denominados *mader*, que son fertilísimos, y que los habitantes del Sahara marroquí meridional siembran en la época de la seca, cogiendo dos magníficas cosechas al año.

La flora desértica, aunque pobre, no lo es en el grado que comunmente se supone. La vegetación ofrece curiosos ejemplos de la lucha de las especies por la existencia y de adaptación al medio. Hay plantas que, para escapar á los efectos de la aridez, crecen, florecen y fructifican en el breve espacio de algunos días. Otras se defienden tras durísimás cortezas, verdaderas corazas guarnecidas de agudas espinas. Las raíces son, por lo general, enormes, y se extienden por el suelo á gran distancia, en busca de la mayor cantidad posible de humedad. Donde ésta es menos escasa, como sucede en los cauces secos de los ríos y arroyos, vense grupos de tamarindos, gomeros y azofaifos. En el Draa y sus afluentes forman los tamarindos verdaderos bosques que dan sombra á una tierra herbosa, en la que abunda el *sebt* (llamado también *drin* y *geddim*), que es una especie de esparto, y buen pasto para los camellos. «Los targuíes recogen su semilla, y, machacándola entre dos piedras, hacen de ella una harina negruzca que los pobres comen. El desierto produce, además: el *atiplex halimus,* que crece en terrenos algo salinos, y cuyas semillas comen á veces los berberiscos hervidas en agua; el *chyromices leonis*, criadillas que crecen en los médanos después de las lluvias, y de que los indígenas hacen gran consumo; el *alhaji,* cuyos tallos espinosos comen los camellos; la *nitraria tridentata,* que crece entre el alhaji en el Sahara septentrional, y cuyas bayas exquisitas, de virtud refrescante, han inducido á muchos naturalistas á reducir esta especie al famoso loto de los antiguos; la *acacia talj,* cuya goma comen los targuíes cuando todavía no se ha concretado.» (Costa in *Revista de Geografía Comercial*, núms. 25 á 30, págs. 38-39.)

En la fauna obsérvanse los mismos fenómenos de adaptación que en la flora. Todos los animales, el hombre in-

clusive, tienen largos y musculosos miembros motores para poder correr largas distancias en busca del necesario alimento y del agua, aun más necesaria. El animal tipo es el camello (de una sola joroba), caminante infatigable, capaz de pasar sin beber hasta ocho días. Hay dos clases de camellos en el Sahara: el de carga y el de carreras ó mehari. El primero es más grueso y pesado; el segundo es esbelto, patilargo, velocísimo y de una resistencia á la fatiga verdaderamente portentosa. Puede correr 300 kilómetros en 48 horas. El león, el zorro, la gacela, el chacal, el antílope, el avestruz, especies principales de la fauna montés, son todos animales fuertes y ágiles sobre toda ponderación. Hay en el desierto pocos pájaros; pero, en cambio, muchísimos reptiles: víboras, culebras, escorpiones, lagartos, etc. A todos estos animales los ha vestido la naturaleza de un ropaje de color tan parecido al del suelo, que es difícil distinguirlos á cierta distancia.

La mayor parte de los habitantes del Sahara son pastores. Tienen gran cantidad de camellos, cabras, ovejas, y no pocos caballos, asnos y mulos. Al Sur del Draa hay muchas tribus que apenas se alimentan, gran parte del año, de otra cosa que de leche de camella.

España tiene, por la posesión del archipiélago canario, derechos superiores á los de cualquier otra nación en la costa del Sahara, y desde muy antiguo ha obrado en consecuencia, confirmándolos con sus actos. (Véase lib. II, capítulo I.) Estos derechos la dan una situación privilegiada al Sur del Atlas, pero muy particularmente en la parte del litoral más próxima á aquellas islas, esto es, desde la desembocadura del Assif Ulras, ó Guad Masa, hasta las proximidades del cabo Blanco, vasto espacio que comprende, al Norte, la parte meridional del Sus, el Tazerualt, el Guad Nun y el Tekna hasta el Draa: y del Draa para abajo el Sahara propiamente dicho.

La dilatada comarca que se extiende entre el Guad Masa y el Draa, con razón puede contarse entre las mejores de Marruecos al Sur del Atlas. Comprende una porción de núcleos montañosos dependientes del Atlas Sahárico. El principal, verdadera prolongación de la cordillera hacia el Océano, toma de Este á Oeste los nombres de Ida u Izid, Ida u Sagra, Ida u Taltas, Yebel Taisa y Yebel Tamsuk. Del Yebel Ida u Sagra parte el Yebel Ignán, que se prolonga por el país de Tazerualt, donde toma el nombre de Yebel Tizelmi. Otros montes corren más cerca del litoral, desde el Guad Masa hasta no lejos del Draa, siendo el último de ellos el Yebel Tamsuk. De estas montañas manan diversos ríos, de los que el Guad Masa es el mayor. Fórmase de dos principales corrientes: una cuyas cabeceras más importantes se hallan en los montes de Tazalakt, y otra que con el nombre de Ait Mezal viene del Norte. Su cauce tiene unos 20 metros de ancho, y toda su cuenca, montañosa y húmeda, es muy fértil. Varias ramblas (Guad Ain Mirefelt, Assif u Baqa, Guad Arksis) corren entre él y el Asaka ó Guad Nun, río de rápida corriente y cauce hondo y pedregoso. Baja de los estribos del Yebel Ida u Sagra y se engruesa con las aguas del Guad Mul.

El Sus es rico en cereales. Toda la parte llana del país, desde el Guad Sus hasta los valles de los Ait-Bu-Amrán, es una serie no interrumpida de campos cultivados, sin que se vean, como en el Garb y en otras provincias del imperio, grandes llanuras improductivas. Una de las riquezas de la comarca es el argán, abundante en toda la zona montañosa, sobre todo al Sur y al Oeste. En la cuenca del Guad Masa y en el Tazerual se encuentran en gran cantidad el almendro, la higuera y algunos viñedos. Los higos chumbos se ven por todas partes. Son también muy numerosas las palmeras de dátiles. En los valles y orillas de los ríos se coge mucho maíz, legumbres y hortalizas. En el Sus meridional, el Guad Nun y el Tekna abunda una planta que, según Gatell, los árabes llaman *dagmuz* y los berberiscos *tikiut*, que da una miel exquisita. De otra planta llamada *fernan* en árabe, y *talelt* en berberisco, se extrae también miel. El Guad Nun es menos rico que el Sus meridional.

Los mejores terrenos (algunos excelentes) se hallan al Norte. Los cereales, principalmente la cebada, son la mejor, casi la única riqueza del país Prodúcense muy pocas legumbres, pero en cambio hay muchas y buenas hortalizas, sobre todo magníficos nabos. Hay higos, dátiles, uvas, granadas, etc., etc. El argán es mucho menos común que en el Sus. La miel del dagmuz sería una verdadera riqueza si en los terrenos donde esta planta abunda no careciesen de agua las abejas. (Gatell. *El Guad Nun y el Tekna*, in *Revista de Geografía Comercial*, núms. 12 á 15.)

El Tekna se divide en *sahel*, ó parte llana, cercana al mar, y *tell*, ó montaña, que es la que se extiende tierra adentro. El sahel se dice también Ait-Yemel y es la región donde hay más habitantes. Viven éstos principalmente, por ser el terreno pobre, del mucho ganado que crían (camellos, cabras y carneros). Gatell calculó que poseían cerca de medio millón de cabezas, de las que sólo camellos 11.550.

El subsuelo de estas comarcas prepara, á juzgar por ciertas noticias, grandes sorpresas á la colonización europea. «Lo que abunda en este país y bastaría á labrar la riqueza de sus habitantes, si fueran más industriosos y menos bárbaros, es los minerales. Hay de todas especies y por todas partes. Continuamente me preguntaban, haciéndome las ofertas más seductoras, si conocía el arte de la metalurgia, indicándome, al propio tiempo, el terreno que ocupaban las minas explotadas antiguamente por los cristianos (rumis). Entre las minas de que me hablaron á mi paso, puedo citar las que se encuentran en los sitios siguientes: en Ulad-Ali, cerca de Tarudant; una de oro en Ida u Mennu, explotada en pasados tiempos por europeos; otras en Agader-Azafán, á pocas leguas de la anterior, cerca de Sidi-bu-Mezguida; al Sudoeste de Aglu, territorio de los Ait-bu-Amrán; en las montañas próximas á Sidi-bu-Beker; en Ida-Ali, montañas de Ait-Yerrar, que fué explotada por europeos; una mina de plomo y otra de cobre en las montañas cerca de Talahent; finalmente se dice que las

minas abundan en el Smugen y sobre todo en el Tazerualt. A mi regreso he visto tres camellos cargados de mineral de oro, camino de Tazerualt á Mogador: su dueño me enseñó varias muestras de oro y plata, y me dijo que en esta última ciudad tenía 100 quintales de mineral á la venta.» (Gatell. *Ob. cit.*)

La opinión de Gatell sobre la riqueza de esta parte de Marruecos está confirmada por la de otro explorador español, Cristóbal Benítez, de cuyas notas de un viaje por Marruecos, el desierto del Sahara y Sudán al Senegal, copío lo siguiente: «La cuenca del Ulras (Guad Masa) es extraordinariamente hermosa, según se entra en ella viniendo del Sus (septentrional), pues á cada paso se descubre un nuevo panorama, debido á lo accidentado del terreno, y en los que resalta siempre una frondosidad tropical..... A algunas jornadas de marcha hacia al Sur crúzase la divisoria entre el Ulras y su afluente Sidi el Galat, que, serpenteando entre altas montañas, cubiertas de gigantescas palmeras, pasa cerca de una inmensa llanura, por donde va el camino que conduce al importante mercado de Ilig, el más abastecido de todo el imperio de Marruecos. Relatar las clases de productos y ganados y los innumerables artículos que á la venta se ofrecen en dicho mercado, no sólo sería imposible, sino enojosísimo para el lector, por lo que me limitaré á decirle que en él se encuentra desde el oro de 20 quilates, en polvo y barras, y alhajas de gran valor, hasta las babuchas inservibles, y con esto comprenderá el lector la gradación que existe entre los objetos presentados á la venta. En cuanto á ganados, se encuentran todos los que se crían en Europa, más los camellos y animales salvajes, algún tanto domesticados, que, si son conocidos en nuestro país, es por alguno que otro ejemplar que de esta ó de otra parte del mundo han sido llevados. Tal es la abundancia de gallinas inmoladas por los moros (en el santuario de Sidi Hamed u Musa, venerado patrón de la comarca), que su precio baja á dos céntimos de peseta una, á cuyo precio compré cuantas necesité durante mi estancia en aquel lugar.» Parecidas noticias nos da Foucauld: «El Tazerualt es país rico y de mucho comercio. Celébrase allí dos veces al año, una en

marzo y otra á fines de octubre, la famosa feria de Sidi Hamed u Musa, famosa en el Sahel, en el Sahara y en el Sus, á la que acude gran muchedumbre de Mogador y aun de la ciudad de Marruecos.»

El clima es muy sano. En el Tekna y en el Guad Nun hácese sentir la influencia de la latitud, á pesar de la acción moderadora de la brisa marítima. En invierno la temperatura es deliciosa: de 6 á 20 centigrados. En cambio los veranos son muy calurosos. En el Sus la vecindad de las nevadas cumbres del Atlas modera muchísimo los calores estivales, y hace que los inviernos lleguen á veces á fríos. «El 11 de diciembre de 1864, al mediodía, en *Aglú*, puerto de mar (junto á la desembocadura del Guad Masa), en una casa y con buen tiempo, el termómetro Fahrenheit marcaba 32 grados, ó sea *o* del centigrado.» (Gatell.)

4.-LOS HABITANTES

Lo que llama la atención del viajero en el Sus, hasta el Tazerualt, es la cantidad de casas, reunidas en grandes y pequeños poblados. No se ven tiendas de campaña. Las casas son de una argamasa de barro y paja, con una torrecilla en una de las esquinas. La gente rica las hace de cal y canto, y de dos pisos. En cada pueblo hay una ó varias mezquitas, pero es rarísimo que tengan minarete. Sólo le tienen las de pueblos muy principales, como Tarudant, Agadir, Aglú, Ileg, etc., etc. Los susi, casi todos de raza berberisca, hablan tamazirt, viven democráticamente, gobernados por sus *anfaliz*, y sometidos á algunos señores locales independientes, ó poco menos, del Sultán. Son frugales y de costumbres sencillas. No usan pantalón, alegando que esta prenda les embaraza los movimientos. Vis-

ten camisa de lana blanca, con mangas cortas y adornada con galones de seda, sobre la que ponen un gran *salham* ó albornoz, de tela igual á la de la camisa, y un capuchón ó capa pequeña de diversos colores; llevan la cabeza descubierta. Las mujeres andan siempre tapadas. Son muy aficionados á llevar armas. (Gatell. *El Sus.*)

Los habitantes de los valles del Masa, El Gaz y de los Ait bu Amram hacen cuanto pueden por extender los riegos para fertilizar el terreno; pero los canales que construyen son poco profundos y pierden mucha agua por filtración y evaporación. Emplean para las labores campestres toda suerte de animales, incluso el camello. Siegan en abril y guardan la cosecha en grandes silos de propiedad común. El comercio se hace por Mogador, por no haber en la costa puerto alguno habilitado para ello. Si le hubiese, y se entrase en relaciones normales con los susi, el tráfico podría ser de suma importancia. Hay muchos mercados ó ferias semanales, y pocas son las poblaciones en cuyas afueras no hay feria un determinado día de la semana. Tiznit es tal vez el principal de todos. Gatell cuenta en el Sus hasta 54 cábilas, de las que la mitad poco más ó menos viven en el Sur del Guad Ulras. He aquí algunas noticias acerca de las principales.

Ait-Ilugain. Es fracción de los Ktukas, y como ellos xeloj y de lengua tamazirt. Tienen 100 aldeas y son ricos. Poseen gran cantidad de caballos. Guardan la cosecha en silos, á que denominan *maẓmoras.* (1) En Tamaliht, que es uno de los centros comerciales importantes, viven unas 80 familias judías. Del territorio de los Ait Ilugain hasta el Tazerualt encuéntranse muchos caballos.

Ait-Ulras. Reune tantos poblados como la anterior, pero no hay en ella ferias ni judíos. El terreno es feracísimo; produce cereales y frutales en considerable cantidad. Hay también palmeras que dan dátiles de la clase bu sair.

Zarar Ida Ulid. Al Sur de la anterior. Tribu también xeloj, sedentaria y de lengua tamazirt. Tiene muchos ksar

---

(1) *Maẓmora* ó *maẓmora* (pl. *mẓamar*). Silo. Es voz corriente no sólo en la citada cábila sino en todo Marruecos.

y aldeas. La principal población es Uizán. Abundan, como en las anteriores, los caballos. No la cruza ningún río; pero, en cambio, hay muchísimos pozos y cisternas. En Uizán celébrase una feria muy concurrida, y hay, por consiguiente, un mela ó barrio judío.

La región del Sequia el Hamra, que al Sur del Tekna se extiende, merece también que la consagremos atención. La costa ofrece algunos parajes abrigados, que sin gastos excesivos podrían convertirse en regulares puertos. Así, por ejemplo, el fondeadero de Uina ó Meano, abrigado en baja mar por una línea de arrecifes distantes de la playa 650 metros, y que, tal como está, reune mejores condiciones que Casa Blanca, Mazagán, Safi, y aun que Agadir y Mogador. «En torno de este fondeadero dilátase un llano de 100 hectáreas, de tierra fértil y fresca, poblado de arbustos, juncos, dagmuz y hierba en abundancia, que sustenta extraordinario número de liebres, ratas y otros animales, y donde puede alumbrarse agua, según todos los indicios, á corta profundidad. Es terreno capaz para cereales, huerta, arbolado y pastos, según el testimonio de algunos canarios.» (Alvarez Pérez, *Revista de Geografía Comercial*, números 25 á 30, p. 7). Al Sur de Cabo Yubi hállase la ensenada denominada Matas de los Majoreros, bastante profunda y abrigada de los vientos de los dos primeros cuadrantes, con agua dulce en las cercanías, y después de dicha ensenada la boca del Sequia el Hamra, donde abunda el agua potable, la tierra es fértil y regable, y crecen árboles corpulentos. «A medida que se avanza hacia adentro, el arbolado aumenta, contándose entre sus especies la palmera y el árbol de la goma. El valle principal del Guad y alguno de sus afluentes crían pastos; la fauna es abundante; la población, poco densa, vive casi exclusivamente de la ganadería. También produce algunos dátiles, cereales, higos y otras frutas europeas, y diversas clases de hortalizas.» Los

indígenas dieron al explorador español Sr. Alvarez Pérez noticia de una vasta llanura al Norte del río, en parte poblada de árboles, en parte cultivada, regada por manantiales caudalosos y defendida por varios castillos.

En suma, toda esta parte de la costa sahárica parece susceptible de cultivo y colonización. Las energías de los muchos miles de canarios que cada año emigran á América y á otros puntos, podrían tener en ella útil empleo, si los gobiernos, conocedores de los diferentes problemas que nuestra política africana contiene, se decidiesen á poner los ojos, y además de los ojos las manos, en esta parte de África, tan poco conocida y con notoria injusticia despreciada.

LIBRO SEGUNDO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL PROBLEMA

CAPÍTULO I

La cuestión de Marruecos del siglo XV al siglo XIX.

a) La cruzada cristiana.—Cisneros en Orán y Mazalquibir.—Los portugueses en Marruecos.—España y Portugal señalan límites á las respectivas zonas de influencia en Berbería.—Los hugonotes proponen á Carlos II la conquista del Sus.

b) Fracaso de la cruzada cristiana.—La posesión de Gibraltar por Inglaterra convierte la cuestión de Marruecos en internacional.—Política de Felipe V.—Carlos III y sus ministros preparan el abandono de nuestras posesiones argelinas, y piensan en el de las rifeñas.

c) España se retira de Argelia.—Ostentoso é inútil viaje de Badía á Marruecos.—Proyecto de conquista.

La cuestión de Marruecos, mejor dicho, la cuestión de Berbería, es esencialmente marítima. Siendo la parte septentrional de Africa abordable sólo por mar, su suerte depende de la de éste. Por eso, ó ha servido de base á una marina poderosa, como en tiempo de Cartago, de Genserico y de los turcos, ó ha caído en manos de quien poseía esa marina, como

sucedió con Roma, y como ahora ha sucedido con Francia. La marina aragonesa, en cuanto alcanzó el señorío del mar, uno de los más gloriosos capítulos (y de los menos conocidos) de nuestra historia, enderezó sus proas á las costas argelinas, dirigida por el gran capitán é insigne estadista D. Pedro III. Pero las guerras de Italia y de Oriente desviaron de Africa la política aragonesa, como más tarde el descubrimiento de la India y de América había de apartar de aquel continente á portugueses y castellanos.

El pensamiento nacional de la cruzada cristiana encarnó, dos siglos más tarde, en Cisneros, sacerdote, creyente, gobernante y soldado: verdadera personificación de la España de su tiempo. Llevar la religión de Cristo á Africa; limpiar de piratas los mares españoles; extender allende el Estrecho el territorio nacional: ése fué su sueño, ésa fué su política. Tenía espías en tierra de moros que le informaban de las intenciones de éstos, de sus discordias y del estado de sus ejércitos y plazas. (1) Concurría en su intento la gran ventaja política de la oportunidad. España tocaba á lo más alto de la curva ascendente, al propio tiempo que sus enemigos tradicionales caían en lo más hondo de la decadencia. El siglo XV fué crítico para la existencia de la sociedad musulmana de Argelia. Extinguidas las últimas dinastías berberiscas, reinaba la anarquía. Marabús marroquíes contribuyeron con su propaganda y su vida ejemplar á levantar un poco los espíritus y á constituir grupos de población regular y pacífica. Surgieron, al propio tiempo, cofradías religiosas que ejercieron análoga función social. En las sierras creáronse principados, y todo

(1) Cisneros recogió gran copia de noticias geográficas sobre Berbería, unas de marinos andaluces y levantinos que con frecuencia salteaban las costas fronteras, otras de agentes propios. Entre éstos merece muy particular mención la *Relación de las costas de allende fecha por el comendador Juan de Gaitán*, la que comprende todo el litoral, desde 2 leguas al Oeste de Ceuta hasta 4 leguas al Este de Orán. Dice Juan de Gaitán que esta relación la mandó formar Su Alteza, esto es, el Rey D. Fernando V. Se ha encontrado entre los papeles de Cisneros existentes en la Biblioteca de la Universidad Central de Madrid, de los que dió cuenta el Sr. Villamil Castro en su conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid, el 18 de febrero de 1879.

el país vivió como había vivido Europa siglos antes, en pleno feudalismo, sin cohesión ni idea de nacionalidad. Llegaba, pues, á su hora la conquista española, lo que explica la facilidad de sus primeros pasos. A Melilla la desampararon en 1496 sus moradores, no pudiendo sufrir los daños de la guerra que se hacían los reyes de Fez y de Tlemcen, por lo cual los cristianos no tuvieron que darse, para conquistarla, más trabajo que el de la toma de posesión. (1) Sin mucha dificultad se ganó en 1505 la plaza de Mazalquibir, y esta empresa fué, en parte, obra de Cisneros. La conquista de Orán se hizo á su costa y bajo su dirección (1509). Fueron las consecuencias de ésta muy semejantes, al principio, á las que tuvo la de Argel en 1830. Rindióse poco después Bujía; los reyes de Tlemcen y Túnez declaráronse vasallos del de España; Pedro Navarro apoderóse de Trípoli. La conquista de Africa parecía en buen camino, cuando la desgraciada aventura de D. García de Toledo (á quien Pedro Navarro, tan poco sufrido con Cisneros en Orán, no supo imponer su autoridad) en los Gelbes, la detuvo. Y como aquélla era la ocasión única, providencial, perdida que fué, no ha vuelto á presentarse.

Cuatro años después aparecían en el Mediterráneo Occidental los turcos. Aruch, uno de los Barbarroja, vino á ofrecer sus servicios al bey de Túnez. Nuestro feudatario, á quien el desastre de los Gelbes dió ánimos para rebelarse, aceptó sus servicios. Aruch atacó dos veces la plaza de Bujía, siendo rechazado. Pero al poco tiempo se apodera de Argel y recibe el homenaje del bey de Tlemcen, otro feudatario, que, perdido el respeto, se pasaba al enemigo. Don Diego de Vera, con regular golpe de gente, intentó expulsarle de Argel, mas fué derrotado. Mejor fortuna tuvo la expedición contra Tlemcen, en la que Aruch quedó desbaratado y muerto. Pero le sucedió su hermano Keredín, tan buen soldado como él, y mejor político. Empezó por reconocer la soberanía de Selim II, Sultán de Constantinopla, quien le envió soldados, dinero, pertrechos y el título de bajá. D. Hugo de Moncada sufrió delante de Argel un des-

(1) Estopiñán, capitán del duque de Medina Sidonia; 1497.

calabro parecido al de D. Diego de Vera. El Peñón, fortaleza que los españoles tenían en aquel puerto, fué acometido y tomado por los turcos. Desde entonces la iniciativa estratégica pasa á éstos. Ellos acometen, nosotros nos defendemos. Nuestras reacciones ofensivas, ni aun cuando brillantes y afortunadas, como la de Carlos V en Túnez, mejoran la situación. Carecen de método político, y de preparación y dirección militar. En cambio, menudean las derrotas, algunas de las cuales merecen la calificación de desastres, como la del mismo monarca delante de Argel; la rota del ejército del conde de Alcaudete, y, sobre todas, la del rey D. Sebastián en Alkázar-Quibir, fin desventurado de la cruzada cristiana. Perdimos la plaza de Bujía; los caballeros de San Juan rindieron al enemigo la de Trípoli; Túnez quedó definitivamente por los turcos; igual suerte corrieron Tlemcen y Mostaganem. Los españoles, encerrados en las plazas de Orán y Mazalquibir, dábanse por contentos con poderlas defender.

La acción portuguesa en Africa excedió mucho en método, perseverancia é intensidad á la castellano-aragonesa. Apenas asegurada la independencia en Aljubarrota, emprende D. Juan I la conquista africana, apoderándose de Ceuta (1415). El desastroso fin de la tentativa contra Tánger, en 1437, detiene un momento á los políticos y guerreros portugueses; pero en 1458 D. Alfonso V, el Africano, empieza la serie de sus empresas con la de Alcácer Zeguer. Después toma á Arzila (1471), é inmediatamente á Tánger, abandonada por los moros. Muerto el Africano y descubierto el camino de la India, la corriente invasora, en vez de continuar subiendo en Marruecos, resbala en sus costas, y, rodeando el continente, corre hacia los mares orientales. Pero no se retira, ni parece aflojar ó disminuir por algún tiempo. D. Juan II hizo construir en la desembocadura del Kus un fuerte, que, poco más tarde, tuvo que abandonar. D. Manuel levantó junto á Mogador un castillo, cuyo primer gobernador fué el famoso Diego

d' Asambuja, quien poco después se apoderó de Safí. Lopes de Sequeira fundó en 1505 el castillo de Santa Cruz de Agadir. De allí á poco sucumbía Mazagán. Cuando Arzila estuvo en peligro (1508) levantóse Portugal entero á la voz de D. Manuel para acudir al socorro de la plaza, pero llegó á tiempo de darle la escuadra de Pedro Navarro. La influencia del desastre de Carlos V en Argel y el nacimiento del poderío turco alcanzan á la conquista lusitana y contribuyen á detenerla. D. Juan III pide ayuda al Emperador, harto embarazado en sus múltiples y más gloriosas que útiles aventuras para ayudar á nadie. Entonces el monarca lusitano abandona primero á Safí y Azamor, y luego á Arzila. Cesaron las terribles algaras de intrépidos caudillos que más de una vez quitaron el sueño á los habitantes de Fez y de Marruecos, encerrándose los cristianos en sus plazas marroquíes, como ya lo estaban en las argelinas.

La conquista de Canarias había dado á los castellanos una fuerte posición en el flanco de la expansión portuguesa. De ellas partió Diego de Herrera, en 1476, para levantar una torre en Yfní. En febrero y marzo de 1499 varios jeques de Ufrán, Tamanart y otras comarcas, entre el Guad Masa y el Draa, reconocieron solemnemente la soberanía de Castilla y Aragón, de lo que dan testimonio las actas de Gonzalo de Burgos, escribano de número de los Reyes Católicos, tomándoles juramento Lope Sánchez de Valenzuela, gobernador y capitán de la Gran Canaria. Consecuencia de esto fué la orden dada al Adelantado Alfonso Fernández de Lugo de construir tres fortalezas en la costa de Berbería: una en el cabo Bojador, otra en el cabo Nun (boca del Draa) y la tercera en el sitio denominado Tagaós, que estaba probablemente en la desembocadura del Guad Nun ó Asaka. San Miguel de Saka llama el cronista aragonés Zurita al paraje en que desembarcó con no pequeño golpe de gente Fernández de Lugo, y, en efecto, sobre que aun hoy lleva el nombre de Ras Taguzalt la punta que se halla inmediatamente al Norte del río, existe á poca distancia de

allí un Suq Rumia ó Feria de cristianos, situado, además, en el territorio de los Ait Ali Amar: suma de indicios que permite fijar, sin género de duda, la situación geográfica de la fortaleza-factoría. A pesar del juramento de obediencia y vasallaje prestado á Sánchez de Velenzuela, los moros acometieron á Fernández de Lugo; más, hallándole prevenido, fueron vencidos. Sólo cumplieron como buenos los que la Crónica designa con el nombre de Abdelmar, los Ait Ali Amar de las modernas cartas geográficas. La Reina Isabel dispuso que, en adelante, los gobernadores de Canarias tuviesen á su cargo la contratación de Berbería y de la Torre de la Mar Pequeña. (Alcalá de Henares 4 de julio de 1503.) «Daréis poder, escribía al año siguiente á los oficiales de la casa de Contratación de Sevilla, para cobrar la hacienda de Tagaós á aquel Juan Monardes que decís.» (Medina del Campo 26 de agosto de 1504.)

Portugal, señor de toda la costa africana, no gustó de aquella cuña que se introducía en sus dominios, rompiendo la unidad de ellos. Castilla tampoco quería ceder derechos que estimaba deducidos lógicamente de la posesión del vecino archipiélago. Inquietaba á los portugueses la guerra que los castellanos hacían á Marruecos en el litoral mediterráneo, temiendo viniesen á competir con ellos en la del reino de Fez, que tenían por cosa propia. Tratóse entonces de fijar los límites de ambas conquistas, y las negociaciones que con tal motivo se siguieron dieron gran importancia á este, al parecer, obscuro incidente de la política hispano-africana, pues de ellas salió la primera división de Marruecos en zonas de expansión ó de influencia; sólo que en aquella ocasión el negocio era puramente español, y ninguna potencia europea habría osado, ni osó, intervenir en él. Nombró el Rey de Portugal D. Juan II, digno competidor, por cierto, del astuto político que á la sazón regía los destinos de Castilla y Aragón, para que defendiesen su derecho, á Ruy de Sousa y Juan de Sousa (padre é hijo), llevando la voz de Castilla Antonio de Torres, gobernador de Canarias. Reuniéronse en Tenerife, pero no llegaron á entenderse, siendo el principal punto de discordia Santa Cruz de Agadir. Poco después, que-

riendo el rey Católico tomar y fortificar el Peñón de los Vélez para impedir la piratería, pidió permiso á su yerno D. Manuel (sucesor del recién fallecido D. Juan), mas no pudo obtener de él respuesta satisfactoria. Pero como por entonces se establecieron los portugueses en Santa Cruz de Agadir, paraje que el Rey Católico consideraba propio, los de su consejo decidieron que fuese lo del Peñón por lo de Agadir, y que, sin más permisos ni negociaciones, se pasase á tomar el Peñón. Negóse D. Manuel á negociar en estas condiciones sin que Lope de Isásaga, encargado de este asunto por D. Fernando, pudiera hacerle volver sobre tal resolución, por muy diligentemente que lo procuró, hasta que, pasado algún tiempo, vino á extenderse un proyecto de capitulaciones entre ambas potencias, por el que se repartía la esfera de acción de cada una de ellas del modo siguiente:

« Que el Rey de Portugal deje y alargue al Rey de Castilla é á sus reinos desde este día para todo siempre el dicho lugar de Vélez con sus términos, é así la dicha fortaleza que mandamos facer en el dicho Peñón de la mar, é así mismo toda la costa del dicho lugar de Vélez fasta los dichos lugares de Melilla y Cazaza, con todos y cualesquier logares ó poblaciones que en la dicha costa agora hobieren fechas é se ficieren, é con todos los términos dellos, solamente contando que se no entienda para Poniente contra Cebta más de una legua, etc., etc.

» Que al Rey de Castilla place dejar al de Portugal, y de hecho le deja, todo y cualquier derecho é obción é razón que los dichos nuestros reinos de Castilla puedan tener é tengan por cualquier modo... en todos ó cualesquier logares é tierras que hayan en todas las dichas comarcas en parte de Poniente, que así quedó por determinar por la dicha capitulación que hizo el dicho Ruy de Sousa é D. Juan de Sousa su fijo, fasta llegar al dicho cabo de Bojador y de Na, entrando aquí la torre é castillo que agora posee é tiene D.ª Inés de Peraza... é todo le otorgamos é dejamos para él é sus reinos é sucesores para siempre, como si le fuere juzgado é determinado con toda solemnidad de derecho por límite é demarcación de la conquista del dicho reino de Fez.»

Estas capitulaciones no se firmaron. Isasaga pasó de tesorero de la reina María á factor de la Casa de Contratación de Sevilla, substituyéndole en su misión diplomática el corregidor de Jaén, Gómez de Santillán, quien logró al fin que se firmase (en Cintra á 18 de septiembre de 1509) lo substancial del tratado anterior, con la importante modificación de quedar para Castilla Santa Cruz de Mar Pequeña, lo que jamás hasta entonces había querido conceder Portugal. El límite entre la zona castellana y portuguesa, en el Norte de Marruecos, se fijó definitivamente en un punto de la costa, situado á seis leguas á Poniente del Peñón de los Vélez. De allí hacia Argelia todo era, ó debía ser, de Castilla, y hacia el Atlántico todo era, ó debía ser, de Portugal, hasta el cabo Bojador, con la sola excepción de Santa Cruz de Mar Pequeña.

¡Linda respuesta hubiera recibido el diplomático europeo que se hubiese atrevido á proponer el examen del litigio en un Congreso internacional!

Brillaba, entre tanto, espléndidamente el sol deslumbrante de nuestras glorias europeas y ultramarinas. Mientras Cisneros planeaba sus guerras berberiscas, D. Fernando el Católico urdía la Liga de Cambray contra Venecia; se unía después con Venecia y el Papa contra Francia, y enredábase en una serie de intrigas y de guerras que absorbieron su atención hasta que murió. ¡Pavía, Muhlberg, Otumba! ¡Heroicas aventuras que pagamos en Berbería, y á alto precio! En Lepanto sólo ganamos laureles, insuficiente compensación del contrario saldo. Salvóse Europa del turco, mas no nos salvamos nosotros de corsarios tunecinos, argelinos y marroquíes. Lejos de pensar en acabar con ellos, resignámonos á tolerarlos. El Peñón de los Vélez, que Pedro Navarro ganara en 1508, perdióse en 1522, y no se volvió á ganar hasta en 1564, pero entonces con parte de la costa vecina. En 1702 reconquistaron ésta los moros, y quedamos reducidos al Peñón. El de Alhucemas cayó en poder del príncipe de Monte Sacro en 1673. Des-

pués del desastre de la Armada de Inglaterra (1588), perdida para siempre la superioridad marítima, ya apenas se piensa en ir á Africa á combatir infieles, ni siquiera en perseguirles en la mar. Felipe III cuidó mucho de fortificar las costas, levantando torres en los puntos en que solían desembarcar los piratas, y poniendo vigías que dieran á los asustados pobladores aviso de haber *moros en la costa*, para que huyeran y se internaran con lo mejor que tuviesen.

Hecha la paz con Francia, Inglaterra y Holanda (tratados de 1598, 1604 y 1609), parecía llegado el momento de que España, desembarazada de conflictos inútiles ó superiores á sus fuerzas, volviese los ojos al buen camino y comenzase á vivir razonablemente. Amagos hubo de ello, pues por tales han de tenerse un intento de conquista de Argel, malogrado como los anteriores, algunas hostilidades con los turcos, ciertas amenazas á Marruecos, la adquisición de Larache, más por compra que por conquista, en 1606, y, sobre todo, la toma de La Mámora (Mehedia), en 1614. El espíritu cristiano vive aún en la nación, pero á la manera del alma de sus grandes místicos y ascetas: más en el cielo que en la tierra. Sus músculos habían venido á singular debilidad y flaqueza. No faltaban escritores que publicasen advertimientos, pero sí políticos que los ejecutasen, gobernando y administrando. Mientras Sully, primero, y después Colbert, creaban en Francia una administración y montaban la máquina del Estado, en España fiábase la salvación del reino, más que al esfuerzo humano, á la protección celeste, poniéndole bajo el patronato directo de la Virgen, ó bajo el de Santa Teresa, no sin que contra éste se levantase la voz potente de Quevedo, defensor del de Santiago. (1) Autores gravísimos explicaban

(1) Mucho erraría quien creyese que no hubo entre nuestros místicos sujetos entendidos en los negocios de Estado, y muy capaces de dar sanos consejos á los ministros y á los reyes; mas bastará el ejemplo de la insigne Sor María de Agreda para acreditar la clarividencia con que muchos de aquellos ingenios entendían en los asuntos terrestres cuando se dignaban consagrarles atención. «Bueno es (decía en una de sus cartas á Felipe IV, atribulado ante los males de la nación, cada día más pavo-

la escasa fortuna de las armas españolas, atribuyéndola á castigos providenciales de nuestras caídas en la fe, y el pueblo, más ansioso (no tanto por devoción como por comodidad) de ganar el reposo eterno que de ensanchar el imperio mundanal, abandonaba la navegación, las armas, la industria y el comercio para refugiarse en los conventos, ó sentarse á la puerta de éstos á comer la sopa. La sospecha instintiva de los riesgos que le amenazaban asaltábale de vez en cuando, y no poca parte tuvo en la expulsión de los moriscos el recelo de invasiones y acometidas venidas de Africa. ¡Tan corta confianza teníamos en las propias fuerzas! Cierto que á partir de 1640 España pareció perdida sin remedio humano posible. Alzada Cataluña, desgajado Portugal, amenazada la frontera pirenaica por la ya evidente superioridad francesa, teníase á milagro la llegada de la flota de Indias ó el socorro de la plaza de Orán. ¡Milagro parecía nuestra existencia misma, de tan furiosa, universal y continuada tempestad combatida, y cuando vemos á Felipe IV, á dos dedos de la total ruina, sostener la guerra con Francia sólo por sacar á flote los intereses de Condé, desdeñando la ocasión de una paz ventajosa con que inesperadamente le brindara la fortuna, inclínase el ánimo á pensar que la continuación de la vida de España se debió indudablemente á misericordia del Señor!

Mas, de tal suerte esperaban en ésta los españoles de aquellos tiempos, que jamás desconfiaron de lo porvenir. ¡Dios podía probar á su pueblo; pero, aniquilarle, jamás! Satisfecha la culpa, acabada la prueba, volvería la victoria á acompañar por el mundo entero á las armas de la fiel España. La cruzada cristiana estaba aplazada por falta de medios materiales; pero no se consideraba acabada, ni ha-

---

rosos, y más inclinado á la oración que á las obras) ocuparse de los pecados públicos, pero no lo es menos buscar con empeño y sin respetos humanos mejores ministros, hacer justicia, castigar las faltas... cumplir con su oficio de rey pagando de su persona ante el ejército, sin lo cual no podrá salvar su alma, aun cuando fuere muy piadoso y creyente. Ella le dió, entre otros excelentes consejos, el de que cediese en su empeño de imponer la Inquisición sin cortapisas á los aragoneses, pudiendo decirse, por la oportunidad con que le aconsejó, que salvó la integridad nacional, impidiendo que Aragón se uniese á Cataluña.

bía quien pensase en renegar de ella. ¡Eso quedaba para ciertos políticos del siglo siguiente! En las postrimerías del reinado de Carlos II, enfermo ya el Rey, postrado el reino en términos de parecer fácil presa al ambicioso Luis XIV, arreciaron los moros en sus ataques y perdiéronse las plazas de Larache y La Mámora, peligrando la de Ceuta. (1) Los habitantes de aquéllas quedaron cautivos, y la soberbia del Sultán llegó al punto de pedir le entregasen esta última, amenazando, de no ser satisfecho, con venir sobre Andalucía. ¡La sombra de Tarik aparecía en el Estrecho! Para deliberar sobre los modos de aliviar á Ceuta, habíase reunido una junta compuesta del gobernador y los principales cabos, el obispo, el duque de Albuquerque y otros cabos de Andalucía, y D. Juan Francisco Manrique, *general de batalla.* El dictamen de esta junta discutióse en el Consejo de Estado, formado por el cardenal Portocarrero, el marqués de Mancera, los condes de Oropesa y Frijiliana, el marqués de Villafranca y el cardenal Córdoba. Opinaba la mayoría que debían reunirse 10.000 soldados, 500 caballos y 800 gastadores. El general Manrique propuso la construcción de un canal para juntar las aguas y aislar la plaza. Pidióse parecer al general, duque de Fernán-Núñez, quien propuso que se cegaran las rías de Salé, La Mámora, Larache y Tetuán (esto es, las bocas de los ríos Bu-Regreb, Sebú, Lukus y Martil), y se entrase y saquease la última de dichas poblaciones para tomar cautivos y canjearlos por los de Larache y La Mámora. El maestre de campo, D. Martín Zabala y Aranguren, fué de parecer que se formase una escuadra de 20 galeras, y sirviese de base de operaciones Gibraltar. A este propósito dijo el marqués de Mancera «que el tercio de la costa de Granada (que ha-

(1) Algo anormal debió ocurrir en la pérdida de La Mámora, á juzgar por el siguiente Real decreto de Carlos II, único indicio que de ello tenemos: «Por indisposición que padece D. Vicente Gonzaga, que le impide asistir á la vista de la causa que se fulminó contra el maestre de campo D. Juan de Peñalosa y ministros de la plaza de La Mámora, he nombrado en su lugar al duque de Albuquerque. Tendráse entendido, y se le avisará que concurra cuando se trate de ello.» El gobierno de Carlos II, no sólo no evacuaba las plazas africanas, sino que sumariaba á los que las rendían.

bía de enviarse á Ceuta) dejase en Gibraltar 500 hombres hasta que el marqués de Villadarias se los pidiese, porque la plaza de Gibraltar la considera el que vota muy olvidada, y siempre la ha considerado el ojo derecho de la monarquía.» A que añadió el marqués de Frijiliana al votar: «el recato nunca sobra, y que, habiendo caído sólo una muy vehemente sospecha de que pueda haber armas navales en el Estrecho, si sucediese, juzga que, según buena prudencia, deben precaverse los peligros á que, desproveído, estaría expuesto Gibraltar, cuya importancia es la que deja ponderada el anterior, y así por resguardo, aunque remoto, no hay gasto que se pueda considerar superfluo.» Los estadistas reunidos en aquella junta sabían lo que valía el Peñón, apercibíanse á defenderle ante la sola sospecha de que pudiese aparecer una armada en el Estrecho, y estaban dispuestos á llevar vigorosamente la guerra á Africa. ¡No se supone comunmente tanta perspicacia ni tan grandes alientos á los gobernantes españoles de aquella época, y si bien es cierto que en la mayor parte de los negocios del Estado no han dejado buena memoria, en éste habrá que alabarles para hacerles justicia!

Por entonces se vieron en el caso de resolver uno de suma importancia, y que viene á cerrar el período que podríamos llamar austriaco de nuestra política africana. El embajador de España en Londres, marqués de Canales, envió al secretario del Rey D. Antonio de Ubilla un memorial interesante, proponiéndole nada menos que la conquista de una parte de la costa occidental de Marruecos. Pocos años antes (pasaba esto en diciembre de 1698) habían sido expulsados de Francia los hugonotes, acogiéndose los más de ellos á Alemania, Holanda é Inglaterra, de donde pasaron no pocos al Nuevo Mundo. Andaban desamparados, ellos y sus familias, en busca de nuevo estado y sustento, no pudiendo muchos hallarle, por más que lo procuraban esforzadamente. Alguno de los que vivían en Inglaterra vino á entrar en tratos con dicho embajador,

proponiéndole ir á aquella conquista, con buen golpe de gente suya, por cuenta del Rey de España. El memorial enviado por el marqués de Canales contenía la substancia del proyecto, la que en resumen era: «que ellos se veían sin patria ni recursos y que estaban decididos á ganar una nueva patria espada en mano, ó á morir en la demanda; que otros hugonotes habían marchado á América, donde se habían establecido, como era público; que pensaban fundar un establecimiento análogo en Africa, ganando uno á dos puntos de la costa occidental de Marruecos, desde donde podrían entenderse, distrayendo á los moros de sus constantes acometidas á Ceuta y demás plazas españolas. Para dar el golpe de apoderarse de Santa Cruz de Mar Pequeña (primer paraje á que enderezaban sus tiros) y para mantenerse en colonia, se procuraría comenzar por un embarco de 1.500 hombres, escogidos entre el gran concurso de gente que yo conozco, entre los cuales hay muchos oficiales de diversas categorías, ingenieros, marinos, gente del pueblo y artesanos, que de consuno buscan crearse una nueva patria para sí y sus familias, y que gustosos correrán los peligros en la esperanza de establecerse permanentemente.» Añadía que contaba con marinos suficientes para tripular tres buques; que tenía conocimiento bastante del estado del fuerte de Santa Cruz, y que un su amigo y compañero tenía en el Sus un corresponsal comerciante, dispuesto á ayudarles, con sus noticias y amistades en aquella tierra. Pedían al Rey de España les diese pasaporte sellado y firmado con poder y comisión de desembarcar en la costa de Africa, entre los cabos Espartel y Nun, en tierras del rey de Marruecos. A este memorial acompañaba un informe del marqués, en el que decía que, «aunque hasta entonces había desdeñado los ofrecimientos de los hugonotes, habíase rendido por fin á las instancias de uno de los que tienen más séquito y autoridad entre ellos»; da municiosa noticia de Santa Cruz y su posesión, y calcula el coste de la empresa en 15.000 doblones.

Nombróse junta para examinar el proyecto, y formáronla los marqueses de Villafranca y Mancera, D. Juan de la Iseca, el P. Froilán Díaz, confesor de S. M., D. Francisco

Mier y D. Francisco del Vans. El P. Froilán Díaz, oído en primer término, dijo: «que tocante al punto de conciencia (por tratarse de herejes) juzga poderse ejecutar sin inconvenientes el proyecto, pues, siendo de utilidad común, ésta debe preceder á todo; además, que, distando más de nuestra religión los moros que los herejes, podríamos valernos de éstos para alejar á los otros, habiendo en ello utilidad para la monarquía»; discretas razones que á muchos maravillaran en tal tiempo y boca. Pero todos los demás consejeros opinaron en contra, fundando su parecer principalmente en que el andar en tratos con los hugonotes podría desagradar al Rey de Francia (1), que los había desterrado, y de aquí seguirse hostilidades que la monarquía no tenía medios de sostener. Pero contra el propósito de conquista en sí mismo no votó nadie, pues á todos pareció bien, de suerte que la voz del confesor de Carlos II suena, en la agonía de aquel siglo, á recomendación de los destinos de España á una posteridad más afortunada. (2) Más de 200 años tardó en ser escuchada, y por prodigio puede tenerse que lo fuese á tiempo.

La crisis con que acabó el siglo XVII, en muchos puntos análoga á la que se vió surgir al acabar el XVIII y comenzar el XIX, y parecida también en no pocas de sus consecuencias políticas, señala el fin de la existencia de España como nación con personalidad propia y en plena y absoluta posesión de su independencia. Extranjeros los reyes, extranjeros los principales ministros, extranjeras las ideas filosóficas y de gobierno, extranjera la cultura y extranjero el impulso de la política, fué ésta accidentalmente españo-

(1) Ya la cuestión de Marruecos empezaba á no ser exclusivamente española.

(2) Quien desee conocer en sus pormenores este asunto, vea la conferencia del Sr. García Martín en la Sociedad Geográfica de Madrid, á 6 de mayo de 1879, publicada en el *Boletín* de la misma.

la en los propósitos y en los procedimientos. Este gobierno exótico hirió de muerte á España entregando á los ingleses la plaza de Gibraltar, que ellos, al principio, pensaban devolver. Llegó el Rey Jorge á ofrecerlo bajo la garantía de su real palabra. Pero ni Francia nos secundó como debía en este negocio, ni Felipe V supo conducirlo, ni sus ministros le tomaron con el necesario calor, faltando el del patriotismo á algunos de ellos por no ser españoles. (1) Y desde el punto y hora en que Inglaterra se consideró dueña y señora del Peñón, no á título precario, sino definitivo, pasó la cuestión de Marruecos de española á internacional, y ya no pudimos tocarla sin despertar recelos y suspicacias de interesados poderosos. Es cierto que la diplomacia francesa había buscado desde el siglo XVI el trato y amistad de los berberiscos, con el propósito de que le ayudaran contra nosotros, pensando Razilly, emisario de Luis XIII, en poner al Sultán bajo el protectorado de su rey. Propuso, al mismo tiempo, la creación de un fuerte-factoría en Mogador, para extenderse desde allí por las tierras vecinas (2); pero estos proyectos no transcendieron á la política internacional, siendo su único resultado tratados de paz y amistad puramente platónicos, como los de septiembre de 1631 y julio de 1635, y los de 1682. La idea de una alianza franco-marroquí germinó en el cerebro del

(1) Ocasión tuvo Felipe V de recibir la plaza de Gibraltar á cambio de territorios en América, mas no quiso ó no supo aprovecharla.

(2) «C'est avoyr ung pied en Afrique pour aller s'estendre plus loing.» (Memoria del caballero de Razilly á Richelieu, 26 de noviembre de 1624.)

Estos proyectos de Razilly acaso tenían raíces en ciertos planes de cruzada religiosa y africana, caros al partido católico francés, y que, apenas dueño del poder, pretendió imponer á Richelieu, su representante, precisamente por los años de 1622 y 1623. El duque de Nevers era partidario decidido de la cruzada, y también el famoso P. José, que tan íntimamente estuvo unido al Cardenal. Pero éste, vacilante al principio entre seguir el camino que sus amigos políticos le señalaban, ó emprender la lucha con la casa de Austria, optó, tras largas meditaciones, por lo segundo. Para nosotros habría sido lo mismo, porque, de un modo ó de otro, España había de servir de blanco á sus tiros. Lo que de este hecho y de algunos más, menos generalmente ignorados, resulta, es que Francia tiene tradiciones de potencia africanista que empiezan en San Luis y han llegado hasta nuestros días, pasando por Luis XIII, Francisco I y Napoleón.

Sultán Muley Ismail, quien envió embajadas á Luis XIV para tratar este punto; pero el Rey de Francia tenía harto que hacer en Europa y distaba mucho de poseer aquellos grandes talentos de estadista que la adulación le atribuyó, por lo que no pensó siquiera en política africana. (1)

No así Inglaterra. La posesión de Gibraltar pedía el libre paso del Estrecho para los barcos ingleses y la independencia de Marruecos, mercado donde la guarnición de la plaza había de surtirse. No era cosa de repetir el error del abandono de Tánger. Lejos de pensar en restituir á Gibraltar (2), procuró asegurarle, y sacar de él el mejor partido posible. Por eso, cuando Felipe V, en uno de los momentos de lucidez que en su largo reinado tuvo, envió á Ceuta la expedición del marqués de Lede, vió cerrado por el veto inglés el camino de aquella ciudad africana: lección que no aprovechó á O'Donnell cerca de siglo y medio más tarde. La reconquista de Orán en 1732 (la plaza se perdiera en la guerra de Sucesión por traición y cobardía del conde de Santa Cruz) no se debió á propósitos de política nacional: fué episodio de las guerras en que metió á aquel Rey su mujer Isabel Farnesio, en el alma de la cual no halló espacio más pasión, ni otro más alto pensamiento, que el de buscar buenas colocaciones á sus hijos. La poderosa armada reconquistadora pudo hacer en Africa bastante más que rescatar á Orán y Mazalquibir, pues cogió á los moros desapercibidos y los llenó de espanto; pero toda aquella máquina y aparato naval no tenía otro objeto que el de ayudar al infante D. Carlos á tomar posesión de un trono en Italia, aunque fuese á costa de una guerra europea, en la que la misma España peligrase. Sentóse al fin en el de Nápoles, y á este negocio de familia se sacrifi-

---

(1) En 1765 una escuadrilla francesa bombardeó los puertos de Safí y Larache. La única consecuencia fué un nuevo tratado, reproducción del de 1682, en el que sólo se encuentra una cláusula notable: el derecho de protección, por primera vez reconocido. (Art. 11.)

(2) Ya queda dicho que el Rey de Inglaterra prometió devolverla, pero pronto se hicieron cargo los ingleses de su importancia, y no pensaron más que en conservarla por todos los medios. Su posesión bastaba para anular las ventajas militares de la alianza franco-española.

có por completo el patriótico, gastándose en él los recursos y la sangre de la nación, sin compensación posible ni utilidad alguna.

La política de Carlos III fué también casera y de familia. No más africanista que su padre, sólo se propuso hacer paces con los berberiscos para asegurar el comercio. Habiendo intentado los ingleses fundar una factoría en la costa del Sus, opúsose á ello, alegando que se defraudaban los derechos de la Real Hacienda en Canarias; mas no intentó siquiera llevar adelante el propósito por cuenta propia. Dió ocasión este suceso para que se tratase en Consejo la cuestión de los presidios africanos, y, por tanto, la de la política de España en Africa. Los pareceres fueron diversos cuanto á los procedimientos, pero conformes en los fines. Nada de cruzada africana: los tiempos y los pensamientos de Cisneros habían pasado y estaban muy distantes. Ni vislumbre de una política nacional fundada en las necesidades geográficas: faltaban estadistas perspicaces y espíritus españoles. Unos consejeros opinaron por el abandono de los puntos de la costa berberisca en que ondeaba nuestra bandera, excepción hecha de Orán y Ceuta. Otros propusieron que se conservasen, pero que se hiciese la paz con argelinos y marroquíes, abandonándose todo proyecto de penetración pacífica ni belicosa.

De Melilla dijeron los partidarios del abandono que no tenía puerto; que sólo chalupas podían arrimarse para desembarcar; que estaba dominada por todas partes; que sólo tenía á prueba de bomba el almacén de la pólvora, y que, si los marroquíes continuaban instruyéndose en el manejo de la artillería, no sería posible defenderla. No obstante estas razones, la conservación tuvo mayoría de votos. Aranda era partidario decidido de hacer saltar la plaza. Apenas vuelta de Marruecos la embajada de D. Jorge Juan, propuso la demolición. (Carta á Grimaldi, 2 enero 1775.) Escribiendo á Grimaldi sobre el asalto con que amenazaban los moros, decíale: «Si salimos bien de ésta, luego que

se hayan retirado y no piensen en nada, arrasar Melilla, y así ni á ellos ni á nosotros servirá de nada y saldremos de cuidados.» (Cartas de 30 de enero y 6 y 13 de febrero de 1775.) Grimaldi contestábale: «Soy de tu dictamen, que, en abandonando el Rey de Marruecos su empresa, convendría hacer saltar Melilla y el Peñón.» El ministro quería quitarse de cuidados en Marruecos para atender al comercio de América. Aranda aprobaba diciendo que, «en efecto, el asegurar nuestras navegaciones era lo esencial». (Cartas de 6, 13 y 20 marzo, escritas en el Pardo, y 27 íd. de Madrid.) «Ahora, amigo mío, decía Aranda, se está en el caso de arrasar Melilla y el Peñón: son dos piezas de mucho empeño y ninguna utilidad.» Grimaldi replicaba que no podía ponderarle la satisfacción con que había leído sus máximas y principios relativos á Marruecos. No se podía discurrir mejor ni más sólidamente, y porque lo pensaba así, quiso que S. M. viese su carta, y convino el Rey en que no podía opinar mejor. «Si supieras los dictámenes de algunos majaderos sobre estos puntos (no hablo de los antiguos, sino de ahora frescamente), comprenderás el gusto que debe de haberme causado tu citada carta.» Estos majaderos debían ser los africanistas de aquel tiempo. Ya por entonces el africanismo empezó á ser tenido en España por una forma de majadería ó chifladura. Hombre tan vulgar como Grimaldi, que, además, por no ser español, no podía sentir bien y hondamente una aspiración castiza, en manera alguna podía ver bajo otro prisma todo intento de política africana. Aplíquese lo dicho á Aranda, pues, aunque español, estaba adulterado por la lectura, y, más que por la lectura, por el incienso de los enciclopedistas, que le tenían el cerebro poco menos sorbido que á D. Quijote sus libros de caballería. Estorbábale el sabor tradicional y religioso de la guerra de Africa. «Dejemos á Dios, decía, la religión de cada uno, pues ya no estamos en los siglos ignorantes de las Cruzadas.» Opinaba que, aunque se tomase Argel, no debía conservarse, sino destruirse y abandonarse. De Orán decía que debía también abandonarse y destruirse por ser plaza demasiado costosa, y así lo propuso al gobierno en febrero de 1777. Insistió sobre esto siem-

pre que tuvo ocasión, hallando favorablemente dispuesto el ánimo de Floridablanca, sucesor de Grimaldi, y como, al propio tiempo, trabajaba en París para comprometer al Rey á declarar la guerra á Inglaterra en favor de la independencia de los Estados Unidos, tuvo este estadista el triste honor de prepararnos por sus mismas manos y en una sola campaña diplomática la pérdida de dos continentes.

Para ejecutar en Argel los propósitos de Aranda, lo primero era tomarla. Lo intentó el gobierno de Carlos III, sin duda buscando una compensación al negocio de las Maluínas, del que tan malparada había salido su diplomacia. Juntóse en Cartagena una armada de 46 buques, al mando de D. Pedro González Castejón. El ejército, que ascendía á 22.000 hombres, le mandaba el general O'Reilly, militar extranjero, con más fortuna que méritos, y que aun no se había distinguido en ninguna parte. Dependía el éxito del secreto mientras se hacían los aprestos, y de la rapidez y energía de la ejecución. El secreto lo quebró Grimaldi, declarando al embajador francés reservadamente el objeto verdadero de aquel armamento, por lo que no es maravilla que los moros recibiesen aviso desde Marsella.

De rápido y enérgico tuvo O'Reilly tanto como Grimaldi de discreto. Una semana tardó la armada en ir de Cartagena á Argel, y otra semana estuvo inmóvil delante de la plaza mientras O'Reilly meditaba. Cuando intentó el desembarco, halló al enemigo más que suficientemente prevenido y reforzado, y los 16.000 soldados que echó á tierra sufrieron una cruel derrota, en la que perdieron más de la cuarta parte del efectivo, teniéndose á gran fortuna que no se perdiese todo el ejército. Si no llegó á tanto el desastre, debióse, no á la habilidad del general español, sino á la ignorancia de los enemigos, y á estar éstos también mal mandados. A Grimaldi le costó cara la expedición á Argel, porque de allí á poco tuvo que salir del ministerio, al que nunca más volvió. O'Reilly, siempre afortunado, sacó de esta

demostración sangrienta de su incapacidad la capitanía general de Andalucía.

Tampoco pudo Carlos III rescatar á Gibraltar. Esto lo procuró con perseverancia, pero por muy equivocados caminos, pues no era el Pacto de familia el mejor medio de tener propicio al gobierno inglés. Propúsole, desengañado ya de los procedimientos bélicos, el cambio de la plaza por la de Orán; pero Inglaterra demostró tener por la posesión de ésta menos gusto aun que España. (Véase la *Instrucción reservada para la Junta de Estado,* párrafo CCCXLVIII.) En cambio, no quiso oir hablar del canje de dicha fortaleza por Puerto Rico ó la isla de la Trinidad. (*Íd.*, página siguiente.) A última hora, mejor dicho, á la hora de la muerte, tuvo aquel monarca una como percepción confusa de la verdadera política española, ó surgió ésta en alguno de sus consejeros, acaso por atávico impulso, y de esta orientación sana, pero tardía, es sin duda reflejo el párrafo CCCXCI de la ya citada *Instrucción reservada*, el cual dice así: «*Destruído que sea el imperio turco, debemos pensar en adquirir la costa de Africa.* En todo caso, si el imperio turco es arruinado en la gran revolución que amenaza á todo el Levante, sin que lo podamos remediar, debemos pensar en adquirir la costa de Africa que hace frente á la de España en el Mediterráneo, antes de que otros lo hagan y nos incomoden en este mar Estrecho, con perjuicio de nuestra quietud y de nuestra navegación y comercio. Éste es un punto inseparable de nuestros intereses, que se debe tener muy á la vista.»

A cuyo párrafo convendrá aquí añadir el CCCXCIII, no menos interesante, y cuyo texto es como sigue: «*Debemos gratitud á este príncipe moro. Conducta que habrá que tenerse con su sucesor.* Estos y otros procedimientos útiles y generosos exigen de nuestra parte la más honrada gratitud, y que procuremos por todos los medios afianzar la amistad de aquel príncipe moro (El Sultán de Marruecos). Lo mismo debemos hacer con el sucesor, si quiere prestarse á igual amistad, y debemos trabajar cuanto podamos para conseguirlo; pero, si por desgracia no se pudiere, y se renovase la guerra, debemos de pensar tam-

bién en hacernos dueños de toda la costa que cae frente de España, adquiriendo y fortificando á Tánger, ó destruyéndole con su pequeño puerto, que es muy fácil, y destruyendo igualmente é inutilizando á Tetuán y la entrada de su río. Sin esto no tendremos seguridad en el Estrecho de Gibraltar, ni su entrada y salida, ni podrán florecer nuestro comercio y navegación del Mediterráneo, ni aun la población de sus costas.»

Ambos párrafos son un prodigio de candor y de desconocimiento del problema, tal cual ya entonces se hallaba planteado, á la par que buena prueba de lo cambiada y olvidada de sí misma que España se hallaba. El autor de la *Instrucción reservada* (¿Floridablanca?) supone al gobierno español con las manos libres en el Estrecho y sus proximidades, y dueño, por tanto, de ocupar costas y de apoderarse de puntos estratégicos. Se le había olvidado la expedición del conde de Lede. ¿Qué mucho que se le olvidara á O'Donnell unos 80 años más tarde? Y supuesta esta libertad de manos, ¿qué se le ocurre hacer? ¿Poblar, penetrar (cual quería penetrar Razilly partiendo de Mogador), extenderse por África y fundar un imperio español, con el que substituir al que ya empezaba á vacilar en América? No. ¿Acaso estábamos en los siglos ignorantes de las Cruzadas, como decía Aranda, eco de Voltaire? Para las manos de la España que á tales estadistas tenía por cabeza, era suficiente ocupación destruir los fuertes y puertos de Tánger y Tetuán y cegar el rio Martil!! (1)

Luego viene el error de creer que las llaves del mar son las fortalezas y refugios costeros, error que tiene casi tantos creyentes como el mismo Corán, pues hasta entre escritores militares brota en cada capítulo y aun en cada página, cuando se trata de la libre navegación del Estrecho de Gibraltar, la idea de abrirlo ó cerrarlo con castillos y

(1) Empeño, éste, con rara tenacidad perseguido. Ya D. Alvaro de Bazán echaba á pique, con tal objeto, cuatro galeras á la entrada del río de Tetuán. En 1611 quiso cegar del mismo modo la del Sebú don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca. Hemos visto al duque de Fernán Núñez proponer, más tarde, que se intentara igual operación en dichos ríos y además en el Lukus y el Bu-Regreb, no obstante el mal suceso de los cegamientos anteriores. En la *Instrucción reservada* respira la misma idea.

cañones. La llave del Estrecho es el poder naval. Ceuta, Gibraltar, Tánger y las Chafarinas no son más que las cerraduras. Como la llave la tiene Inglaterra, ella abrirá y cerrará cuando quiera, mientras no se la quiten.

Además, los actos estaban en contradicción con las palabras, esto es, con los propósitos consignados en aquel documento para distracción, sin duda, de un estadista bien intencionado. El abandono de Orán y Mazalquibir era más elocuente que todos los programas. A él tendía la política española desde hacía años, según hemos visto. Floridablanca no puede considerarse más que como ejecutor de un pensamiento común á casi todos los ministros de Carlos III, los cuales, á pesar de sus pretensiones de ilustrados y prácticos, y de sus alardes de menosprecio hacia la cruzada religiosa, mostráronse harto menos perspicaces é infinitamente menos patriotas que los que acompañaron en su agonía á la dinastía austriaca. La evacuación se hizo contra el informe unánime de los técnicos y esquivando, en lo posible, el voto de la opinión pública, pues no se atrevió el gobierno á publicar el consiguiente decreto en la *Gaceta de Madrid*, ni noticia alguna referente á esta que podríamos llamar deserción vergonzosa. ¡De suerte que de aquella parte de Berbería escapamos furtivamente y como si tuviéramos conciencia de que cometíamos una mala acción! Pagóla cara Floridablanca, porque uno de los argumentos que contra él esgrimieron los urdidores de la intriga palatina que de allí á poco le derribó del poder, fué su conducta en este negocio. Aunque, á decir verdad, la causa de la crisis debe buscarse en el deseo de derribarle que muchos tenían, azuzados por el gobierno francés, á quien sirvieron de instrumentos la liviandad de la Reina María Luisa, la desenvoltura de Godoy y la imbecilidad de Carlos IV. Seguíamos, pues, acomodando los pasos de nuestra política á la pauta que nos trazaban en París, aunque conviene advertir que, el Rey, para resolver la crisis, consultó á las personas de mayor autoridad (1), no siendo

(1) Vese, por este dato, que la costumbre de las consultas reales en momentos en que se prepara un cambio de política, no es cosa exclusiva de nuestro tiempo ni del régimen constitucional.

de extrañar que las más de ellas fuesen contrarias al ministro: su tono autoritario y sus 15 años de gobierno votaban en la conciencia de todos contra él.

El gobierno marroquí, interpretando con lógica el pensamiento del español, propuso á éste poco después la evacuación de los presidios á cambio de ciertas ventajas mercantiles, idea que estuvo á punto de realizarse más tarde (1801), cuando ofrecimos ceder las plazas rifeñas si se nos permitía extraer, libres de derechos, cierta cantidad de productos del país anualmente. Pero, como España carecía de quien la dirigiera, un año después nacía en Madrid, en vez de un proyecto de abandono, todo un plan de invasión y anexión.

El intento de revolución en Marruecos, seguido de conquista, que el catalán Domingo Badía sugirió á Godoy (1), suena á sainete intercalado entre el drama de nuestra expulsión de Africa y la tragedia que le ha seguido. Badía era hombre de talento, audacia y ciencia. Había estudiado astronomía, geografía, idiomas, sobre todo el árabe, que hablaba muy bien. Carácter aventurero, aficionadísimo á los viajes, había recorrido buena parte de Europa y logra-

(1) «Siguiendo mi pensamiento y mis deseos también, de que en caso de una guerra (con Marruecos) se hiciese ésta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase á aquel imperio, no ya como español, mas como árabe, como un ilustrado peregrino y un gran príncipe descendiente del Profeta, que habría viajado por la Europa y volvería á su patria dando la vuelta al Africa y siguiendo á la Arabia á visitar la Meka. Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley Solimán (el Sultán), y, presentada la ocasión, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatían su imperio y amenazaban su corona. Si esta idea era acogida, debía ofrecerse él mismo para venir á negociar acerca de ella en nuestra corte con amplios poderes. Si no alcanzaba á persuadirlo, debía explorar el reino con achaque de viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinión de aquellos pueblos y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que, entrando en guerra, pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interés recíproco, bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala, para poder hacernos dueños de una parte del imperio, la que mejor nos conviniese.» En estos términos de prodigiosa ingenuidad expone su infantil proyecto Godoy, no sin atribuirse la paternidad de la combinación.

do después cuantiosa subvención de Godoy para una exploración de Marruecos, la que hizo con el nombre de Ali Bey el Abasi y la calidad nobilísima de cherif, como descendiente de un tío de Mahoma: expedición en la que probó nada comunes condiciones de explorador. Vuelto á España, pensó meter á su protector en otra nueva y más peligrosa aventura. Según el plan por ellos trazado, Badía había de desembarcar en Mogador con alguna gente diestra y bien armada, y suscitar una rebelión contra el Sultán Muley Solimán, aborrecido de sus súbditos, apoyándose para ello en las indómitas tribus berberiscas del Atlas. El marqués de la Solana recibió de Godoy orden de dar á Badía, para los que habían de acompañarle (24 artilleros con 2 oficiales, 3 ingenieros y 2 zapadores, algunos cirujanos con su material y una farmacia, etc., etc.), 2.000 fusiles, pistolas, municiones y cañones de diferentes calibres. (Carta del Príncipe de la Paz fechada en Aranjuez á 11 de junio de 1804.)

Pero á los pocos días llegaba otra carta mandando suspender los aprestos. Napoleón acababa de proclamarse emperador. La guerra con Inglaterra parecía inminente y aun estaba fresca la tinta de la firma de España en un tratado de neutralidad que era un pacto de alianza con Napoleón contra los ingleses. En Madrid hervían los odios y menudeaban las intrigas y trapisondas entre las personas de la familia real y su digno agregado y ministro. Estábase preparando el gran desastre: Trafalgar, la invasión francesa, la independencia de América, la revolución, la era de los pronunciamientos y de las guerras civiles..... ¡triste fin de un imperio y de una época!

Badía se afrancesó. Fué á ofrecer sus servicios á Napoleón, á quien vió en Bayona en junio de 1808, para hacer por cuenta de Francia lo que no podía esperar que hiciese España, á la sazón de cuerpo presente. Salió de la Península con José Bonaparte; abandonó á Napoleón después de Waterloo; emprendió un viaje á Oriente por cuenta del gobierno de Luis XVIII, y murió asesinado, no lejos de Damasco, en 1819.

CAPÍTULO II

La obra de Francia en Argelia y sus inevitables consecuencias.

a) La república militar argelina.—Su constitución.—Proyecto de Napoleón I.
b) Consecuencias de un abanicazo.—Temores de los franceses y arrogancia turca.—Toma de Argel.—Vacilaciones: la aventura acaba en conquista y la conquista se resuelve en colonización.
c) Elementos de ésta.—Importancia del español.—El problema étnico.—Organización francesa.—Resultados.—Consecuencias.

Ya he dicho en qué favorables circunstancias emprendió Cisneros la cruzada africana, y explicado las causas del fin desastroso de ésta. Los turcos organizaron el caos semifeudal formando una república militar bajo la soberanía y amparo del Sultán de Constantinopla, representado en Argel por un bajá, á cuyas órdenes se hallaba el agá ó general de las tropas. Pero, como el Sultán, fuente del poder del bajá, estaba muy lejos, y, desde Lepanto, podía cada día menos, mientras que la tropa, base del poder del agá, estaba cerca, acabó éste por sobreponerse á aquél. El agá, con el título de *dey* (tío: denominación familiar que se convirtió en título), quedó dueño del mando. Tenía cuatro ministros: Hacienda, Guerra, Marina y Gobernación, y un Consejo.

La verdadera potencia política era la tropa. Ella elegía el agá, ó le suprimía. Formábanla aventureros de todos

los pueblos mediterráneos. Sólo se les exigía que fuesen musulmanes. A los tres años el soldado nuevo pasaba á veterano. Aumentábasele el sueldo y podía ascender á más altos puestos. Si ejecutaba alguna acción distinguida, se le premiaba de modo excepcional. Estando en filas recibía ración, además del pret. Debía estar un año en *nuba* (guarnición), otro en *majala* (campaña) y otro en *krezur* (reserva ó descanso). Estas fuerzas y las milicias auxiliares mantenían en la obediencia á las tribus más ó menos rebeldes. Había, como en el Marruecos actual, *bled-el-majzen* y *bled-es-siba*. El Estado vivía de las multas, el impuesto de consumos, los tributos de los kiad y el producto de la piratería. El robo en la mar fué un género de comercio legal, protegido por el gobierno. Los corsarios argelinos llegaron en ocasiones hasta Islandia. El hombre, una de las mercancías más estimadas, tenía gran mercado en Argel, y ocasiones hubo en que se reunieron en poder de los piratas hasta 25.000 esclavos.

De vez en cuando las potencias europeas enviaban una armada á castigar á aquellos bandidos. Duquesne bombardeó á Argel en 1682. D'Estreés repitió la operación en 1688. Referido queda el doloroso capítulo de la expedición de O'Reilly. Lord Exmouth arrojó sobre la plaza 34.000 proyectiles en 1816. Napoleón, gran proyectista, pensó llevar adelante, al mismo tiempo, la conquista de España y la de Berbería, y envió á Argel al comandante Boutín para estudiar el terreno y los recursos del enemigo. Los planos y memorias de Boutín durmieron en el ministerio de la Guerra hasta 1830.

Un pleito entre súbditos argelinos y el gobierno francés provocó la cólera del bey Husseín, interesado en el negocio; de la cólera salió un abanicazo del bey al cónsul francés; del abanicazo la expedición francesa, y de la expedición la conquista de Argelia. Nadie quería la guerra: ni el

gobierno de París, que hizo lo posible por obtener una satisfacción que le permitiese salvar el honor; ni la opinión pública; ni la Gran Bretaña, que se apresuró á expresar su disgusto, y casi á anunciar su propósito de oponerse; ni los jefes de la Marina, que la calificaban de temeraria. Por fin (á los tres años de la ofensa) partió de Francia una armada de 103 buques de guerra escoltando 347 embarcaciones de alto bordo y 225 barcos menores, con 37.000 hombres de desembarco. Los jefes (el almirante Duperré y el general Bourmont), obsesionados por el recuerdo de los desastres de Carlos V y O'Reilly, temían una resistencia formidable, obrando más en ellos la prudencia que la decisión. En los turcos los mismos recuerdos producían contrarios efectos, y ni un momento dudaron de que vencerían á los cristianos. Engañáronse unos y otros, y el 5 de julio de 1830 caía Argel en manos de los franceses. Pocos días después caía también el gobierno de Carlos X, y en su lugar levantábase la monarquía de Luis Felipe.

¿Qué hacer? ¿Debía evacuarse Argel? ¿Debía ponerse en ella guarnición para conservarla? ¿Debía proseguirse la conquista? Las circunstancias, más que la voluntad de los hombres, impusieron esta última solución. La república militarista de los turcos, fuerte en apariencia, padecía la debilidad intrínseca de todo régimen pretoriano. Apenas vencida, cayó deshecha. Ante el ejército francés, acampado en el litoral, extendíase, no una nación dispuesta á luchar por la independencia, sino los restos informes de un organismo muerto. La fuerza organizada se entró por el caos adelante, en virtud de una ley biológica irresistible. Bona, Blida, Orán y otras poblaciones sucumbieron. Cábilas y jeques importantes se sometieron. En julio de 1834 Francia creó un gobierno general de las posesiones francesas del Norte de Africa. La ocupación era cosa decidida.

Pero, ¿en qué forma? Otro problema que se fué resolviendo por sí mismo. Al principio se pensó en organizar estados indígenas, bajo el protectorado de Francia. Pero la resistencia de ciertas tribus ó de ciertos hombres (Abd-el-Kader, Ahmed de Constantina) requirió el empleo del ejér-

cito; la victoria de éste trajo aparejada la ocupación militar; y tras la ocupación militar vino automáticamente la anexión. Y de esta suerte, vencido Ahmed, vencido Abd-el-Kader, sometidas las tribus más belicosas, la conquista francesa, como la del Turquestán por los rusos (y por las mismas razones), se fué extendiendo cual mancha de aceite. Cuando el borde de la mancha llegó á la frontera marroquí, surgió un nuevo conflicto, rápidamente resuelto por el mariscal Bugeaud en Isly (13 de agosto de 1844), mediante el choque, muy bien dirigido por él, de 11.000 franceses contra más de 30.000 marroquíes. Allí se confirmó en última instancia la sentencia del pleito comenzado el día de la toma de Argel, 14 años antes. La mancha de aceite cubrió las mesetas, transpuso las montañas, extendióse, ya sin obstáculos, por el Sahara..... y cuando el cañón prusiano tronó cerca del Rhin en 1870, ya estaba el general Wimpfen en El-Bajariat, al frente de una columna que amenazaba el oasis marroquí de Tafilete.

Los desastres de Francia en aquella guerra cierran la época de sus ambiciones europeas, y abren la de su expansión colonial, más gloriosa que aquélla y de consecuencias infinitamente más positivas. La acción expansiva ejércese con mayor intensidad en Argelia, por la vecindad de esta comarca, separada de Marsella, principal puerto francés, por sólo día y medio de navegación. La insurrección del 71 y la reacción ofensiva de Bu-Amema, lejos de detener la penetración francesa, la animaron y empujaron, extendiéndola por todo el Sahara. Acabóse el período de la conquista y empieza el de la verdadera colonización.

Al principio también tuvo ésta contra sí á la opinión pública. «Argelia—decían muchos—es inhabitable. Nunca prosperará en aquella tierra cálida y malsana la raza francesa.» Los miasmas palúdicos de las regiones bajas del Tell

y de la Mitidya daban apariencias de razón á los que así hablaban. Pero el clima argelino no es malo, aunque sí algo enervante y debilitante, sobre todo en la costa. Los primeros emigrantes franceses aclimatáronse con dificultades grandes, mas no insuperables, y tuvieron numerosa descendencia. En 1876 había en Argelia muy cerca de 200.000 habitantes de origen francés; en 1886 261.000; en 1896 más de 345.000, y en 1901 cerca de 365.000; población en su casi totalidad urbana.

Después del elemento francés, el más importante es el español, que comprende unas 160.000 almas. La mayor parte proceden de nuestras provincias levantinas. Dedícanse á las labores más duras: labradores, jardineros, albañiles, carboneros, etc., etc. Pero no sólo en eso trabajan. El español lo mismo tiene tienda ó casa de banca en la ciudad que compite con el moro en la labor de los espartales. Sufrido y sobrio, aclimatado desde que vino al mundo, trabajador infatigable, si, por lo general, tiene oficio humilde y fatigoso, es porque llegó sin capital y sin instrucción. ¡Hay que ver lo que los españoles han hecho en Argelia.....por cuenta ajena! La mayor parte viven en la provincia de Orán (102.000 españoles por 152.000 franceses). En Argel son unos 50.000, y no llegan á 3.000 en Constantina.

Los italianos, que, incluyendo los malteses, pasan de 60.000, son más numerosos en Constantina (21.000), menos en Argel (14.000) y escasos en Orán (4.000). Son pescadores, marinos, jornaleros y jardineros. Pobres, mal alimentados, poco limpios, pero laboriosos y económicos, son útiles auxiliares de la colonización. Hay también algunos alemanes y descendientes de alemanes.

Estos habitantes de origen europeo son como islas perdidas en el vasto mar de la población indígena, que forma cerca del 87 por 100 del total, pasando ya de 4.000.000, y que, favorecida por el bienestar y el progreso de la higiene y de la riqueza, aumenta rápidamente. Es una marea que sube y que anegará las islas, si éstas no suben en la misma proporción. Hasta ahora los indígenas llevan la ventaja, con un aumento anual de 15 por mil, contra un aumento

anual de 6'45 por mil de todos los europeos juntos. Los más prolíficos son los españoles. Después vienen los italianos. Los franceses, aunque prosperan mejor que en su patria (lo que no es maravilla), vienen en tercer lugar entre los europeos. Los hombres del Norte de Europa (alemanes, escandinavos, etc., etc.,) no se dan bien en Berbería.

De cuantos problemas encierra la compleja cuestión argelina, el étnico es el más grave. Tiene á los franceses recelosos la superior aptitud de españoles é italianos para la aclimatación y la vida africana. La estadística de 1906, aun no publicada, pero de la que ya se conocen los resultados generales, ha venido á aumentar, según parece, temores y desconfianzas de los poderes públicos. De esa estadística resulta, según las mejores noticias, que la inmigración francesa disminuye, á la par que la española y la italiana aumentan, y que la ventaja de la natalidad, sobre todo la de los españoles, se acentúa. Y un colonista francés, monsieur Víctor Demontès, pone á este hecho el comentario siguiente: «El equilibrio en favor de los primeros (esto es, de los extranjeros europeos, y, en primer término, de los españoles) parece, por tanto, roto definitivamente. Ahora bien, no cabiendo esperar en la acción compensadora de una inmigración francesa, todos nuestros esfuerzos deben encaminarse hacia otro fin: el *afrancesamiento* de los elementos extranjeros. Muchos medios de asimilar á los españoles, italianos y malteses han sido recomendados: el más seguro es la enseñanza; la enseñanza en todas las formas y en todos los grados. La política actual, y, sobre todo, la política futura de Francia en el Africa Septentrional, debe tener cada día carácter más escolar.» (*Bull. du Com. de l'Afrique française*, enero 1907.)

Comprendo este afán de afrancesar todo lo posible los cimientos de la sociedad franco-argelina; pero los franceses no deben, á su vez, desconocer cuánto importa ejecutar sutil y delicadamente esta labor, para no lastimar muy naturales sentimientos; porque, por más que se invoque la especialidad del caso, no dejará de ser irritante el contraste entre la hospitalidad que el español recibe en Francia y la que el francés recibe en España, y en interés de la buena

harmonía entre naciones que, sobre ser vecinas, tienen tantos negocios comunes (sobre todo precisamente en Africa), está atenuarle, en vez de hacerle difícil de soportar. (1)

El régimen político instituído por los franceses en Argelia no fué, como el que los españoles llevamos á América, liberal y expansivo, sino autoritario y de privilegio. El nuestro tuvo verdaderamente por lema libertad, igualdad y fraternidad. Francia obró como conquistadora. El primer gobierno fué exclusivamente militar. Después se nombró un intendente civil, subordinado en todo al gobernador. A partir de 1845 el intendente se convirtió en Director General de los asuntos civiles, el cual tenía á sus órdenes un Director del Interior, un Director de Hacienda y un Procurador General. Estos cuatro funcionarios, unidos á otros cuatro jefes militares, formaban, juntamente con tres consejeros ponentes, el Consejo de Administración. Pero las funciones de éste eran sólo consultivas. El general gobernador era jefe absoluto de la colonia. Había tres provincias: Argel, Orán y Constantina, y tres clases de comarcas ó territorios: civiles, mixtos é indígenas. En las comarcas civiles los europeos podían establecerse y comerciar, pero ni siquiera los ciudadanos franceses gozaban los mismos derechos civiles y políticos que en la metrópoli. El gobernador general podía expulsarlos. En las comarcas militares la autoridad tenía poderes tan absolutos, que, en ocasiones, pasaba sobre el Código y lo modificaba ó abolía, según sus conveniencias ó caprichos. (Wahl. *L'Algerie*, pág. 252.) Para penetrar en las comarcas indígenas necesitaban los europeos autorización especial.

En 1858 se creó un ministerio de Argelia para gobernar á la colonia desde París, sistema desgraciado que murió á los dos años de nacido. En abril del 70 la Cámara francesa se declaró partidaria del régimen civil, y lo primero que hizo

---

(1) En números redondos la nueva estadística atribuye á Argelia 5.231.000 habitantes, de los que 730.000 son europeos.

el gobierno de la defensa nacional fué plantear esta importante reforma (1), á la que siguieron otras, más radicales que meditadas. Como todos ó casi todos los servicios dependían de los respectivos ministerios, el gobernador, que lo había sido todo, pasó á no ser casi nada. En 1896 quedó abolida esta legislación centralista y asimilista, y volvió la primera autoridad argelina á tomar el carácter de virreinato. Todos los servicios, menos los de justicia, instrucción pública, culto y tesorería, *no musulmanes*, están en sus manos. Argelia tiene su presupuesto independiente, y, por tanto, su personalidad civil reconocida. (Ley de 19 de diciembre de 1900.) Divídese el gobierno en civil y militar, habiendo sido muy reducida la extensión de esta última parte. El gobernador general, personaje civil, tiene plena jurisdicción sobre las demás autoridades. Los franceses gozan de la misma situación jurídica que en Francia, y de una rebaja en la contribución de gastos militares. Eligen tres senadores y seis diputados.

Si el sistema asimilista ha muerto, no quiere esto decir que el autonomista haya triunfado. Una Argelia autónoma, con administración y Parlamento propios, en la que 350.000 franceses habrían sido dueños de los destinos de cuatro millones y medio de hombres, pareció á los legisladores más radicales cosa por demás arriesgada y comprometedora. No estaba tampoco en la tradición nacional. Quedáronse, pues, á medio camino, y crearon una administración especial, pero no independiente. El gobierno y la administración superior de la colonia tienen su centro en Argel, bajo la autoridad suprema del gobernador, quien representa al gobierno de la república: comunica directamente con el ministro de Francia en Marruecos y con el residente en Túnez (¿principio de un virreinato berberisco?), para marchar de concierto en aquellas cuestiones que puedan suscitarse en las fronteras del Este y Oeste y en el Sahara. El nombramiento de empleados se hace después de haberle consultado. Tampoco pueden alterarse sin su

(1) Desde 1871 el Gobernador General se llama Gobernador Civil, y desde 1879 no ha habido gobernador perteneciente al ejército.

consentimiento los aranceles de Aduanas, los de navegación y marítimos. A su cargo corre la redacción del presupuesto.

Asiste al gobernador un Consejo, que unas veces ejerce funciones deliberantes y otras sólo consultivas, formado de los jefes de los diversos servicios, de tres consejeros ponentes y de otros tres agregados. Es acaso un embrión de Parlamento colonial. Hay, además, un Consejo de Hacienda *(Délégation financière)*, dividido en tres grupos: para los contribuyentes franceses, para los no franceses, y para los indígenas. Todo ello forma una máquina gubernativa bastante complicada.

Tan lejos estaba Argelia de tener personalidad, que carecía de presupuesto propio. Dirigían los servicios argelinos diferentes departamentos ministeriales y en ellos andaban esparcidas sus cuentas. La idea de un presupuesto argelino es antigua, pero no tomó cuerpo hasta 1887 (proyecto de Tirmán) y no se hizo ley hasta la de 1900. Mas, á partir de 1903, los territorios saharianos, desmesuradamente dilatados, tienen existencia y presupuesto independientes: son colonias de la colonia.

El presupuesto de 1904 es de 66.799.372 francos de gasto, por 65.213.372 de ingresos, incluyendo en esta suma 10.000.000 del empréstito de 1902 (50 millones que han de hacerse efectivos en diez años). Hay, por tanto, un déficit considerable.

Éste es el aspecto oficial ó externo del edificio. Pasemos al aspecto social: entremos.

Los cimientos son las razas indígenas de diferentes procedencias, unidas en una sola y dura masa por el cemento religioso. Hubo al principio opuestos pareceres sobre la conducta que con ellos debía seguirse: quién propuso el exterminio; quién la expulsión; quién un reino árabe bajo el protectorado francés. La asimilación era imposible. Francia, sin experiencia de tan graves negocios, procedió por tanteos, y emprendió la conquista moral, esperando

llegar un día á la asimilación, obra nobilísima, pero tan lenta, que al cabo de más de 80 años apenas se puede considerar empezada.

La primera organización de la conquista fué militar. Pero la sociedad indígena no quedó sometida en montón. Los conquistadores se entendieron con las clases superiores, y, bajo la dirección de las autoridades militares, dejaron subsistir, aprovechándolas, las jerarquías políticas y sociales *(jalifas, bach-agás, agaliks, agás, kiad)*. Cuando el régimen militar desapareció, surgió el intento asimilista, tan propio del temperamento lógico y uniformista de la raza francesa y que se advierte en todas sus manifestaciones literarias, políticas y administrativas. No todo el territorio quedó sujeto á la administración civil, pero la jurisdicción de ésta se fué extendiendo mucho desde 1870 hasta comprender la inmensa mayoría de la población: 4.150.000 habitantes en 1900. El territorio militar comprende las vastísimas soledades del Sahara y de parte de las mesetas, pero sólo encierra medio millón de habitantes. Ha cambiado también la condición de las aristocracias indígenas. Los antiguos patricios han pasado de auxiliares privilegiados á dependientes burocráticos, salvo algún marabú ó jeque sahárico.

Hay tres suertes de municipios. Los completos *(en plein exercice)*, análogos á los franceses. Los mixtos, en los que el elemento indígena supera al europeo (40 por 1) y cuyo ayuntamiento se forma con un alcalde y tenientes de éste nombrados por el gobierno, y una junta municipal en parte electiva. En tercer lugar, vienen los municipios de los territorios militares.

Para que en un ayuntamiento completo tengan representación los vecinos musulmanes, es preciso que pasen de 100. Sólo pueden ejercer el derecho electoral los mayores de 25 años, con más de dos años de residencia en el pueblo y que sean propietarios ó arrendatarios rurales, empleados del Estado, del Departamento ó del Municipio, miembros de la Legión de Honor ó condecorados con la medalla militar. El número de elegibles ha de ser de dos á seis, nunca más, y no pueden en ningún caso pasar de la

cuarta parte del número total de concejales. No pueden tampoco ser alcaldes, ni tenientes de éste, ni electores de senadores, salvo si disfrutan de la ciudadanía. En suma: suponen poco ó nada. En los municipios mixtos los concejales indígenas son mayoría, pero la autoridad reside en el administrador, agente del poder central, y señor poderosísimo, aunque no siempre digno de tales poderes. En 1891, de 199 administradores y tenientes de administrador sólo 16 sabían árabe. En las Diputaciones *(Conseils généreaux)* los indígenas están representados por seis diputados asesores, entre treinta y tantos europeos. Además, á ellos los nombra el gobierno y á éstos los elige el sufragio.

El ejercicio de la justicia represiva se le reservan los franceses. En territorio militar esta jurisdicción es la que entiende en las faltas y delitos cometidos por los indígenas. En el civil la jurisdicción ordinaria, menos para los cometidos por musulmanes no naturalizados (Ley de 30 de diciembre de 1902), los cuales tienen un tribunal especial, compuesto de tres magistrados y dos asesores franceses, asistidos de dos asesores musulmanes. Esto en lo criminal. En lo civil la parte de los indígenas es mayor. Los cadís siguieron administrando justicia rápida y con regular acierto hasta 1886. Las partes podían acudir á los tribunales franceses; desde el primer momento si estaban conformes en ello, y siempre en apelación. Después los cadís han quedado reducidos á poca cosa y la justicia está en manos de los jueces municipales, con mucho daño de los indígenas, pero con gran ventaja de los agentes de negocios y picapleitos, que son innumerables.

Consumada la conquista, el Estado se atribuyó la posesión de las tierras pertenecientes al gobierno turco, los montes y los bienes *habús*. El resto pertenecía á los indígenas en calidad de *arch* ó de *melk*. *Arch* eran las tierras comunes; *melk*, la propiedad privada. Los primeros colonos se establecieron en tierras secuestradas á los rebeldes. Cada movimiento de represión hacía adelantar un paso á la colonización, porque imponía á los militares la creación de guarniciones, y tras las guarniciones acudían paisanos; y paisanos y militares sembraban tierras y plantaban árbo-

les. Las cosas fueron despacio y sin orden hasta después de la guerra. De 1850 á 1870 no llegaron á 2.000 los colonos agrícolas. De 1870 á 1877 fundáronse 190 pueblos y aldeas con más de 3.000 habitantes. El embargo de considerable extensión de tierras á las tribus sublevadas en 1871 puso en manos del gobierno grandes medios de colonización. Ahora se trata de introducir la ley Torrens y la denominada *homestead*, por virtud de la cual todo colono con cinco años de residencia tiene derecho á la posesión de 40 hectáreas de terreno, mediante el pago de un derecho de 100 francos. Esta propiedad es plena y definitiva, y no puede ser embargada.

La colonización avanza de Norte á Sur, y más aprisa á Occidente que á Oriente, merced al elemento español. En los 105 ayuntamientos de Orán (11 y medio millones de hectáreas) viven 257.000 europeos (102.000 españoles) entre 826.000 indígenas. La proporción es, por consiguiente, de uno á tres. En los 135 ayuntamientos de Argel (17 millones de hectáreas) hay 238.000 europeos (50.000 españoles) y 1.394.000 indígenas. Proporción: uno á cinco. En los 112 de Constantina (19 millones de hectáreas) habitan 137.000 europeos y 1.846.000 indígenas. Proporción: uno á trece.

La tutela francesa, si dura en las formas, sobre todo en los comienzos de la conquista, ha sido muy favorable al progreso moral y material de los musulmanes. Los beneficios por éstos recibidos son: paz, bienestar, mejor admimistración de justicia (no obstante los defectos que aun tiene ésta), mayor riqueza, por la gran cantidad de trabajos públicos emprendidos, tales como caminos, canales, pantanos, pozos artesianos, etc., etc.; higiene, instrucción. La creación de sociedades de previsión y económicas (*Sociétés indigènes de prévoyance, de secours et de prèts mutuels*) que en número de 140, y con un capital de 10 y medio millones, ha contribuído poderosamente al desarrollo de la agricultura, facilitando recursos á los labradores pobres y vulgarizando el uso de instrumentos de labranza modernos.

En Argelia la riqueza agrícola es grande y ha de serlo aún mucho más. El inconveniente principal con que tropieza la agricultura es la escasez de aguas. Aumentan las lluvias, en general, de Occidente á Oriente, y de Sur á Norte. Llueve más en Bujía que en Nemours, casi tres veces más en aquella población que en Batna (mesetas) y 15 veces más que en El-Golea (Sahara). Los franceses repueblan los montes (1), construyen pantanos y abren gran cantidad de pozos artesianos, fecundizando vegas, creando y ensanchando oasis. El principal cultivo es el de los cereales, que ocupa ocho décimas partes de la superficie agrícola, dando un producto de 22 millones de hectolitros al año. También prosperan en Argelia la vid (cinco millones de hectolitros, que valen 55 millones de francos), la patata (300.000 quintales), las judías, guisantes, alcachofas, tomates, etc., etc. El olivo crece espléndidamente, produciendo hasta 250.000 hectolitros de aceite, de los que se exportan 60.000. En los primeros años de la conquista la extensión del terreno cultivado aumentó mucho, llegando á ocupar la décima parte del territorio (tres y medio millones de hectáreas). Desde entonces no se ha extendido más, pero ha aumentado muchísimo la intensidad de producción. Los métodos y los instrumentos de trabajo se han perfeccionado, y no sólo los europeos, sino también los indígenas, han aprendido á producir más y mejor, aunque de éstos sólo una minoría, siguiendo la masa aferrada á la ignorancia y á los procedimientos antiguos: barbechos; poco ó ningún abono; segar con hoz y trillar sin otras máquinas que las patas de los caballos. De aquí resulta que la agricultura es intensiva en manos de los europeos, y extensiva en las de los indígenas. Otro producto argelino, cuya producción va en aumento, es la fruta. Crecen por todas partes el limonero, el almendro, el naranjo, la higuera, la palmera. También se coge tabaco, algodón y lino.

La ganadería es menos importante. Los moros tienen

(1) La conquista aceleró su destrucción. La repoblación, apenas en los comienzos, va con gran lentitud. El carácter torrencial de los ríos se agrava, y hay poblaciones — sirva de ejemplo Blidah — amenazadas de desaparición por la violencia de las riadas.

muchos caballos, burros y camellos (de éstos 187.000). Hay un millón de vacas, más de siete millones de carneros, cuatro millones de cabras. Para completar el cuadro de las riquezas naturales de Argelia, bastará decir que su subsuelo contiene plomo más ó menos argentífero, cobre, zinc, antimonio, mercurio, hierro, calamina, todo ello en cantidad considerable. Se han descubierto, además, de 1873 á esta fecha, grandísimos criaderos de fosfato de cal. Estímase que entre esta colonia y Túnez disponen de 500 millones de toneladas de buenos fosfatos, circunstancia felicísima para el desarrollo de la agricultura argelina, muy necesitada de abonos.

Al servicio de esta riqueza naciente, y ya grande, han puesto los franceses un sistema circulatorio por ellos creado. No tiene Argelia, como casi no tiene España, ríos navegables. Esta deficiencia ha habido que suplirla construyendo caminos, carreteras y ferrocarriles. De los primeros hay más de 15.000 kilómetros; de las segundas 3.000 (con una circulación mayor que la de las carreteras francesas) y de los terceros unos 3.200. La red de ferrocarriles es insuficiente, está mal construída, y se halla en manos de varias compañías, lo que no favorece al tráfico. Sin embargo, aun con tales imperfecciones, ha sido de grandísima utilidad para el desarrollo económico de la colonia, y para la consolidación del dominio francés.

La mejor medida de la rápida prosperidad de Argelia la da la estadística comercial. En 1831 el comercio argelino no llegaba á 8 millones de francos; en 1870 subía á muy cerca de 300 millones, y en 1902 alcanzaba la cifra respetable de 625. Al principio casi todo este comercio era de importación. Hacia 1889 estableciose el equilibrio entre importaciones y exportaciones, y desde hace poco tiempo las últimas empiezan á aventajar á las primeras. De los 300 millones que representan las exportaciones, más de 200 corresponden á productos agrícolas. Casi todo el comercio se hace con la metrópoli. Después de ésta viene Inglaterra (25 millones) y luego siguen Marruecos (17 millones), España (9 millones), Italia, Alemania y Bélgica.

Bien podemos afirmar, con esta breve noticia á la vista, que Argelia es una nación africana en el primer grado de su evolución, nacida y crecida con rapidez maravillosa, y, por qué no decirlo, para nosotros alarmante. Esa nación nueva, cuyo comercio aventaja ya al nuestro proporcionalmente, cuya producción agrícola es rival de la nuestra y ha de dejarnos sentir muy pronto y ásperamente los efectos de su concurrencia, es una Francia africana que se levanta al Sur de nuestro territorio, y que no sólo ha de crecer en población y en riqueza, sino también en extensión. Es ley de la historia de Berbería, ley fatal como consecuencia de la unidad geográfica, que todo poder bien establecido en una de sus partes se extiende á las demás. Así lo hicieron Cartago, Roma, los vándalos de Genserico y los árabes, y así lo habríamos hecho nosotros si hubiésemos perseverado en la cruzada cristiana predicada y comenzada por Cisneros, pues en aquella cruzada se escondía la más positiva y útil de las políticas: la única política útil y positiva. Pero la expansión por Berbería trae á su vez aparejada la dominación de la cuenca occidental del Mediterráneo. A ella tendía Napoleón, y por eso enviaba á Boutín á Argel, al mismo tiempo que emprendía la conquista de España. Y aun se hallaba en el período embrionario la colonización argelina, cuando ya el ensueño del imperio mediterráneo inquietaba la mente de los políticos y publicistas franceses. Oigamos á Prevost-Paradol: «Ojalá venga pronto el día en que nuestros conciudadanos, faltos de espacio en la Francia africana, se extiendan por Marruecos y Túnez, y funden ese imperio africano que no será tan sólo satisfacción de nuestro orgullo, sino seguramente, en el futuro estado del mundo, recurso postrero de nuestra grandeza.» (*La France Nouvelle,* 1868.) Posteriormente (en 1904) Onésimo Reclus ha planteado la cuestión, ya madura y colocada en el terreno de la política internacional, reduciéndola al siguiente dilema: «O Francia se hace dueña de toda el Africa del Norte y del Mediterráneo Occidental, ó pasa en breve tiempo á la categoría de nación de tercer orden, destinada á desaparecer del número de los pueblos independientes.» (Véase: *Lâchons l'Asie. Prenons l'Afri-*

que.) Túnez, el Sahara, el Senegal, el Sudán, son ya franceses. Sólo Marruecos se mantiene aun independiente, y eso merced á combinaciones de la política internacional que le favorecían..... y nos favorecían porque nos daban tiempo, que hemos perdido! Pero desde hace tres ó cuatro años ya no le favorecen. El dique tras del que su independencia se abrigaba está roto. La ola invasora no hallará á su paso obstáculo alguno serio.

Grave cuestión para nosotros. España no limita con Francia sólo por el Pirineo, como engañosamente enseñan á los niños de la escuela y á los jóvenes de los Institutos los malos libros de texto en que se les hace beber un santo horror á la Geografía, que conservarán toda la vida: la frontera franco-española se extiende hoy por los 1.500 kilómetros del litoral Mediterráneo; fronterizas son las Baleares, Chafarinas, Melilla..... ¿Cuál será nuestra frontera futura en Africa? Problema es éste en el que se encierra la clave de nuestro porvenir.

Mas no atendamos sólo á la expansión territorial. Miremos también, y muy principalmente, á la expansión moral. Miremos y aprendamos, porque si bien es cierto que en materia de colonización podemos enseñar mucho, no es poco lo que debemos aprender. Preséntanse casos nuevos que requieren soluciones nuevas, no sospechadas de nuestros antepasados. Si copiar é imitar es signo evidente de inferioridad psicológica, negar atención á la enseñanza de los ejemplos ajenos viene á significar lo mismo. Argelia es libro abierto ante nuestros ojos en el que podemos adquirir conocimientos que sumar al caudal de nuestra experiencia de creadores de pueblos — de padres de una de las más numerosas y nobles familias humanas —, siendo muy de estimar la lección práctica que nos ofrece sobre las soluciones posibles de este problema moderno y especialísimo de la conquista material, moral é intelectual de una sociedad africana y musulmana por una sociedad europea y cristiana.

La conquista moral é intelectual es acaso la que más nos importa estudiar. Apenas hemos frecuentado el trato del moro fuera del campo de batalla. No hemos pensado seria-

mente en ir con él á la escuela, ni en estudiar con imparcialidad su religión y costumbres, ni menos aún en comunicarle nuestro saber. Los franceses empezaron la difusión de la propia cultura casi desde que llegaron á Argelia. Además de colegios franco-árabes, crearon la escuela de Artes y Oficios de Fort-National. Esforzáronse en mezclar en los bancos escolares al europeo y al indígena. (1) No pocos árabes pasaron del Liceo argelino á la escuela de Saint-Cyr, á las de Medicina y Farmacia, etc., etc., de donde salieron oficiales, médicos ó farmacéuticos. El conocimiento de la lengua francesa cunde entre la masa indígena; la misma lengua árabe, á la que su dificultad y las de su alfabeto colocan en estado de irremediable inferioridad, sufre las influencias de aquélla. Hay al propio tiempo retroceso del léxico indígena y penetración del francés en éste. Lo mismo sucede en el terreno étnico. Muchos árabes han servido con empleos distinguidos, y hasta eminentes, en el ejército francés; otros han pasado de discípulos á profesores en la enseñanza oficial y publicado libros importantes; otros han colaborado en la obra de exploración africana (como Abd-el-Aziz Zenagui, intérprete de Segonzac; ó Ahmed Mexcane, acompañante del teniente Mizón y de Gentil; Benali Fekar, apóstol de la aproximación entre europeos y africanos argelinos); otros son publicistas y periodistas profesionales (como Badui, redactor de *El Radical Argelino,* furibundo comunista; Mustafá Cherchali, redactor del *Mobacher;* Larbi Fekar, director y fundador del *Misbah*, etc.) En suma: existe en la sociedad argelina una aristocracia intelectual afrancesada. Las cumbres del mundo musulmán van siendo ganadas por la cultura francesa; lo natural es que ésta baje á los valles y se extienda por el llano. La evolución será lenta; pero, no habiendo nada que se le oponga, y no pareciendo posible una restauración muslímica, cabe considerarla asegurada. Al punto á que ha llegado hoy, es indudable que da á Francia situación privilegiada en el Norte de Africa.

---

(1) En 1872 se dispuso que los indígenas de las escuelas franco-árabes, cuya instrucción costeaba el Estado, pasasen al Instituto de Argel.

De esta situación privilegiada se deducen para Francia las ventajas siguientes:

1.ª Las derivadas de la situación geográfica.

2.ª Los abundantes recursos materiales que la conquista ha puesto en sus manos.

3.ª La experiencia colonial.

4.ª Autoridad moral ante Europa.

5.ª Autoridad moral en el mundo musulmán.

6.ª Los musulmanes que ha sabido ganarse á su partido, y que son otros tantos elementos de penetración y de conquista.

7.ª Superioridad estratégica indudable para operar en cualquier dirección, y principalmente sobre Marruecos.

A esta situación privilegiada nada podemos oponer en el terreno del derecho ni en el de los hechos. La tuvimos por espacio de siglos muy parecida, y con la ventaja no despreciable de que hubo un momento en la Historia en que la cuestión de Berbería fué puramente española (los primeros años del siglo XVI. Véase el capítulo anterior). Tales ocasiones, una vez perdidas, no vuelven á encontrarse. Nadie, sino nosotros mismos, tiene la culpa de que á la complicación Gibraltar, surgida en los primeros años del siglo XVIII, siguiera, en la primera mitad del XIX, la complicación Argelia. Hemos visto el empeño que Carlos III. Carlos IV y sus ministros pusieron en que nos fuéramos de Africa. Veremos á la España de la revolución completamente olvidada de todo lo africano, al punto de vivir consagrada á sus pronunciamientos y á su fabricación de constituciones diversas, sin preocuparse de lo que junto á ella ocurría en el continente á cuyos destinos están ligados los suyos. Resumiré esa historia en los capítulos siguientes, y como conclusión de éste diré que la más prudente resolución, ante circunstancias que nosotros mismos hemos creado, es la de resignarnos y procurar sacar de ellas el mejor partido posible.

CAPÍTULO III

Política exterior y colonial de España en el primer período revolucionario (1808-1875).

a) Pecado original de la revolución española.—La pérdida de América no orienta nuestra política hacia África.
b) Guerras civiles y pronunciamientos.—Intervención de Francia y de Inglaterra para la fundación del nuevo régimen, primero, y para su explotación, después.—Aventuras exteriores, mas no política internacional.—Contraste entre Italia y España.
c) Caída de la monarquía.—Nuevo proyecto de abandono de alguno de los Presidios.

Podríamos llamar al siglo XIX el siglo de la Revolución. Ésta empieza el 2 de mayo de 1808, pero el formidable cataclismo, aun no acabado, venía preparándose desde el siglo anterior. La lectura de los filósofos é historiadores franceses había persuadido á los más de los españoles que se tenían por cultos (y el toque de la cultura estaba entonces en saber un poco de francés y en pensar otro poco á la francesa) de que la causa de nuestra decadencia era la ignorancia de los principios filosóficos novísimos. No pocos políticos eminentes, y en primer lugar Aranda, pensaban de tal suerte, y como tuvieron gran influencia en los negocios públicos todo el tiempo que reinó Carlos III, lleváronlos según dichos pensamientos en cuanto pudieron. En esta primera parte—la parte embrionaria de su existencia—tuvo la revolución carácter absolutista y pro-

cedió dictatorialmente. Más adelante, cuando bajó de las alturas del edificio social á los cimientos, y tomó aires de popular (sin serlo), su tesis fué la destrucción de la tiranía, que ella suponía mal antiguo en España, y causa de nuestras desventuras. De aquí que los revolucionarios apellidasen *libertad* y vinieran á denominarse, en mal castellano, liberales.

Parte de estos liberales pasó al servicio del Rey intruso, pensando que ideas extranjeras sólo por manos de los extranjeros que las profesaban podían imponerse. Otros, los más numerosos, pero menos lógicos y menos perspicaces, creyeron que lo mejor sería expulsar al extranjero y quedarse con sus ideas. El pueblo no quería lo uno ni lo otro: el pueblo quería seguir siendo lo que era, y como no se sentía tiranizado por nadie, oía gritar *libertad* como quien oye llover. Y, en verdad, el pueblo tenía razón. Toda la revolución española se ha levantado sobre esta hipótesis: que padecíamos un gobierno tiránico; que la soberanía nacional estaba detentada; que la voluntad popular no era ni había sido jamás tenida en cuenta, y que urgía redimirnos de esa esclavitud. Como la hipótesis era falsa, toda la revolución ha sido un error: de ese error ha brotado la anarquía, la impotencia de España y la desorientación de su política exterior, ya tan insensatamente conducida en todo el siglo precedente. ¡Qué mejor prueba de esa desorientación (á la par que de la afinidad intelectual entre los dos diferentes grados de afrancesamiento) que la reaparición del proyecto de abandono de los Presidios, el cual surge, al mismo tiempo, en ambos campos, en el de los defensores del extranjero y en el de los partidarios de la independencia, cuando más terrible era la lucha! Veíase bien que ni á unos ni á otros les sonreía la empresa africana! (1)

(1) Nuestro representante en Marruecos, Gómez Salmón, era partidario de la evacuación de los Presidios, y consiguió ganar á su opinión á la Junta Central, la que entró en tratos con el Sultán, no obstante el informe del Consejo de Guerra y Marina, del todo contrario á la evacuación ó cesión. ¡Repetíase lo ocurrido en el abandono de Orán y Mazalquibir! El intruso José Bonaparte supo algo de lo que pasaba, acaso por informes de Badía, y entabló paralelamente negociaciones por su cuenta para ceder al Sultán dichos Presidios.

Poco habrían podido los balbuceos de unos cuantos escritores y políticos primerizos y divorciados del espíritu patrio, ante el apego de la nación á sus reyes, leyes y tradiciones. Pero el Rey y la Real familia dieron tal escándalo en las alturas del Estado, que aun los súbditos más fieles y más cerrados á toda propaganda jacobina reconocían la necesidad de un mejor gobierno, y sobre esta base de público descontento pudo encaramarse, cuando el invasor echó á rodar el trono, la ínfima minoría de los innovadores, empeñados en democratizar á la más democrática de las naciones de Europa, tomando como modelo á la que, sea cual sea el nombre que en ella se ponga al Estado, ha sido siempre autoritaria y cesarista.

Europa, que peleaba furiosamente contra Napoleón y contra lo que Napoleón representaba, considerando ambas cosas de todo punto inseparables, no podía ver en la conducta de España, aceptando las ideas y rechazando las bayonetas en que venían ensartadas, sino un caso de locura colectiva; y como en las *Gacetas* llegaban las noticias de los trabajos reformistas y de los fogosos é infantiles discursos de los innovadores, juntas con las de las frecuentes y, las más de las veces, fáciles derrotas de nuestros soldados en Cabezón de la Sal, Río Seco, Zornoza, Espinosa de los Monteros, Burgos, Tudela, Somosierra, Uclés, Llinás de Cardedeu, Molins del Rey, Ciudad Real, Medellín, Valls, Almonacid, Ocaña, Alba de Tormes, Sagunto, etc., etc., reflejándose en la inconsistencia de los ejércitos el estado caótico de la nación, sin rey ni ley, la gente europea no comprendía una palabra de la tragicomedia española. Contemplando á los principales actores de ésta más entretenidos en traducir á Sieyès (colaborador de Napoleón) y en discurrir sobre la libertad de imprenta, que en defender el territorio, invadido aquende el Atlántico y en abierta insurrección allende, túvola por cosa perdida, y, olvidados Bailén, Gerona y Zaragoza, abrumó bajo el peso de su desdén al pueblo menor de edad que de tan desconcer-

tada manera procedía. Sólo el gobierno ruso reconoció á las Cortes. ¡Ironía ó burla! Vencido Napoleón, nadie se acordó de la parte principal que España había tenido en el vencimiento. Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria, reunidas en el Congreso de Viena, no sólo no contaron con nosotros, sino que á duras penas quisieron admitirnos á dar nuestro parecer sobre las importantes cuestiones pendientes y á hacer objeciones, *juntamente con Francia*. ¡Figurábamos, pues, entre los vencidos! ¿Injusticia? ¿Ingratitud? No; natural consecuencia de nuestra conducta. El vencido era el pensamiento político francés: la revolución: al adoptarle quedamos condenados á seguir su suerte. Luego, cuando se formó la junta compuesta de las ocho potencias firmantes del tratado de París, se acordó, al fin, nuestra admisión, pero con la misma categoría que Suecia y Portugal, esto es, para dar opinión en lo que nos tocase. Y cuando nuestro representante Gómez Labrador quiso hablar de los derechos del infante D. Carlos Luis al ducado de Toscana (¡ni aun entonces había desaparecido la regia afición á las ínsulas italianas!), Meternich le contestó en tono despreciativo «que aquello no podía ser materia de negociación, sino de guerra». Respuesta á la que Labrador no pudo oponer otra cosa que un humilde silencio. Por último, cuando, vuelto Napoleón de la isla de Elba, se formó contra él una nueva coalición, España solicitó que se la admitiera en ésta en calidad de potencia de primer orden, y tal pretensión fué rechazada con desdén. (1)

Desorganizada y desprestigiada España por la revolución, perdidos los inmensos dominios ultramarinos (el pronunciamiento de 1820 señala la separación definitiva del continente americano), huérfana de dirección y debili-

(1) Nuestro embajador en París, duque de Fernán-Núñez, consiguió al fin, en 1817, que España fuese admitida en la confederación europea, logrando la reversión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla en favor de D Carlos Luis, y la de los estados de Luca al de la infanta reina de Etruria. Esta era negocio de familia, mas no nacional.

tada por la diatesis que la consumía, su vida había de ser, y hasta nuestros días ha sido, esencialmente casera: existencia de enfermo crónico incapaz de otra, probándose con la persistencia de la postración la ineficacia de cuantos remedios la han aplicado los curanderos. ¡Cierto que el mal no era político y que sólo se la ha tratado con emplastos diversos de la farmacopea política!

La principal preocupación de Fernando VII fué buscar puntos de apoyo para el trono vacilante, pero no la sola. En lo ultramarino hay que alabarle por el cuidado con que atendió á Cuba y Puerto Rico, poniendo las bases al edificio de la prosperidad de ambas islas. El Rey negoció en secreto con los jefes de la rebeldía separatista (por medio de Rivadavia, agente de éstos) para llegar á una solución decorosa; pero, no queriendo ellos tratar sino sobre la base del reconocimiento de la independencia, fracasaron estos tratos, poco conocidos. (1) Los insurrectos hallaron más cómodo el camino de provocar el alzamiento de las tropas que de la Península habían de pasar á América. (2)

De aquellos trabajos nació la segunda etapa liberal. Las Cortes que la ilustraron, propusieron el abandono de los Presidios. (3) Era una obsesión. ¿Y cómo no, si el padre de

---

(1) Fernando VII invitó á Rivadavia, por conducto del ministro Ceballos, á ir á Madrid, y, aceptada la invitación, pasó á la corte, retirándose sin que llegara á formalizarse la negociación. El duque de San Carlos solicitó más tarde la mediación de Inglaterra, pero la resistencia de Rivadavia malogró esta nueva tentativa. Poco después volvió el duque á entrar en tratos con el agente argentino, mostrándose dispuesto á mayores concesiones; pero ya éste había logrado entenderse, en principio, con Luis XVIII para constituir en Buenos Aires un reino en cuyo trono había de sentarse un príncipe de la Casa de Francia. En Inglaterra, madriguera principal del filibusterismo, y cuyo gobierno había sido tan invasor de las colonias españolas como Napoleón de la metrópoli, la opinión nos era contraria, y los grandes oradores liberales defendían elocuentemente á los insurrectos. Nuestros amigos se repartían públicamente nuestras vestiduras, y nosotros sonreíamos agradecidos, á más de considerarles maestros en política.

(2) Recomiendo á los incrédulos ó dudosos la lectura de las instrucciones que el gobierno de Buenos Aires dió á Irisarri al enviarle á Europa en 1818, la Historia de San Martín por Mitre, etc., etc.

(3) El gobierno del 20 al 23, autorizado por las Cortes, dió poderes á nuestro cónsul en Tánger y á D. Tomás Comyn para firmar el tratado de cesión; pero las ventajas comerciales que en nuestro favor

la idea era el gran Aranda? Vuelta la atención á América, creyeron que los americanos estaban, como los liberales españoles, alzados contra la tiranía (1), y que, habiendo sido ésta destruída por el comandante Riego y sus colegas, bastaría comunicarles tan fausta nueva para que se sometiesen. Mandaron que se suspendieran las hostilidades, y que se avisase á los enemigos de haber empezado á reinar en España la libertad. El resultado fué recrudecerse la resistencia, pasarse á la rebeldía, viendo perdida nuestra causa, muchos que con nosotros estaban, y romperse la unidad del ejército de Ultramar, dividido desde entonces en opuestos bandos irreconciliables. «En la misma España los espíritus liberales reconocían la justicia de la revolución americana, ó hacían votos, sino por la independencia absoluta de las colonias, á lo menos por una modificación completa de gobierno..... Los oficiales y soldados mostraban muy poca decisión para pasar á América, donde, según los informes que se tenían, les esperaban penalidades sin cuento.» (Barros Arana: *Historia de Chile.)* La batalla de Ayacucho, en la que pelearon por España más americanos que los que había en el ejército vencedor, en mucha parte compuesto de extranjeros, zanjó en última instancia un pleito desde hacía años perdido, devolviéndonos la facultad de rectificar de modo radical y fructuoso toda nuestra política exterior. ¡Por desgracia ni por un momento pensamos en tal cosa!

Pero todo pueblo sin fuerzas ni voluntad para intervenir en los negocios ajenos, ve sin remedio intervenidos los propios. Pudimos advertirlo muy á nuestra costa en los congresos de Viena, Verona y Aquisgrán, y en los mil incidentes de la guerra americana. A los poderosos les era

---

se estipulaban, movieron al cónsul inglés á disuadir al Majzen de acceder á los deseos de España; por lo que el tratado no llegó á firmarse.

(1) Quiroga, en una de las proclamas con que, á la manera napoleónica, solía dirigirse á los soldados, llama hermanos á los insurrectos argentinos.

lícito darnos consejos, lecciones, y, á veces, órdenes. Francia nos mandaba los 100.000 hijos de San Luis para que cesase el escándalo que estábamos dando al mundo; luego (después del 30) atizaba el fuego de la insurrección liberal, para reprimirlo más tarde. Inglaterra oponía su acción á la acción de Francia dondequiera que ésta se mostrase: oposición de fuerzas rivales que se manifestó con harta claridad, y juntamente con nuestra ineptitud para la vida de relación, en el negocio de la conquista de Argel por los franceses. El gobierno inglés habría visto con gusto al de España protestar de tal empresa, y acaso imaginó verla brotar espontánea: ¡tan lógico parecía nuestro disgusto! Pero la protesta española, por el ministerio Wéllington esperada y deseada, no se produjo ni espontánea ni solicitada, y perdimos la oportunidad de hablar, teniendo á nuestras espaldas todo el poder británico. Una actitud enérgica (fácil, dada dicha circunstancia), ¿no habría podido conducir al reconocimiento de nuestro derecho á ocupar de nuevo Orán y Mazalquibir? El ministerio Polignac había decidido la expedición argelina sin propósito de conquista, ni menos aún de colonización (véase Libro II, capítulo II), y no habría opuesto resistencia seria; tal vez hasta hubiese visto con gusto que, á tan poca costa (pues daba lo que no era suyo y ni siquiera en aquel momento ambicionaba), nos separaba de la Gran Bretaña, y obtenía nuestro concurso. (1) La presencia de una armada española delante de Orán habría facilitado mucho la toma de Argel,

(1) El príncipe de Polignac, jefe del gobierno francés, definía la situación de España ante la empresa argelina, en los términos siguientes. «España encuéntrase perpleja: teme nuestra vecindad en Africa casi tanto como la de los berberiscos, pero no puede negar el abrigo de sus puertos á empresa tan beneficiosa á toda la cristiandad. De buena gana tomaría en ella parte activa, pero esto la ocasionaría gastos superiores á sus recursos.» De estas palabras podría deducirse que el gobierno español llegó á pensar en proponer al francés su cooperación, pero que se consideró sin los medios suficientes. ¡Con la décima parte de los que se malgastaron en las guerras civiles que poco después surgieron, habríamos puesto los cimientos de un imperio africano! Es sino nuestro hallarnos pobrísimos siempre que de un esfuerzo útil se trata, y derrochar como opulentos cuando no es posible, ni siquiera probable, la compensación.

que los mismos jefes de las fuerzas francesas estimaban difícil y arriesgada. ¡Hermosa compensación de lo perdido en América poco antes! Mas, faltáronnos tres elementos capitales: Rey inteligente y capaz de altos pensamientos; estadistas que valieran algo más que el Rey; ó siquiera pueblo que superase al Rey y á los estadistas, y supliese sus errores y deficiencias. Como generalmente sucede, no valían más unos que otros. Mortal atonía se había extendido por todo el cuerpo nacional, de pies á cabeza. Era aquél un como estado de postración entre dos accesos febriles: el de la guerra de la Independencia, la de América y la primera convulsión revolucionaria, que acababa de pasar, y el de las guerras dinásticas y de los pronunciamientos, que de un momento á otro iba á iniciarse, y cuyos primeros escalofríos ya se sentían. Por eso España no vió, ni pudo ver, en la expedición francesa otra cosa que la extinción de la piratería argelina, esto es, una molestia menos: fácil de suprimir, según se vió, pero de la que ella, enferma y postrada, no podía redimirse. El sentimiento de una aspiración contrariada, de un ideal lastimado, de una tradición nacional abandonada al extranjero, no le tuvo nadie. La gente del litoral recibió con demostraciones de júbilo á la escuadra francesa, facilitando cuanto pudo el avituallamiento, y resolviendo plebiscitariamente el conflicto en que á la sazón se encontraban los ministros, perplejos entre Francia é Inglaterra: situación en verdad no nueva en gobernantes españoles, que veremos prolongarse hasta nuestros días, y que, por la fuerza de la costumbre, ha dejado tales huellas en algunos espíritus, que, aun largo tiempo después de pasada á la Historia la rivalidad franco-inglesa, había en España muchos que continuaban considerándola factor capital de nuestra política. Quedó, por tanto, resuelto que la misión por la Geografía conferida á España, y que ésta procurara cumplir en el siglo XVI, misión que, por otra parte, importaba á su seguridad, pasaba á Francia. Cerramos la concha y creímos poder entregarnos plácidamente á nuestra tranquila existencia de bivalvos. Pero cumplióse la ley biológica antes enunciada. Cuando el extranjero no venía á nosotros, éramos nosotros los que acu-

díamos al extranjero. Apenas muerto Fernando VII, marchó á Londres Miraflores en demanda del apoyo de Wéllington para la causa de la Reina, á la que sólo una muy pequeña parte de la nación apoyaba. Poco después, entre las angustias del 35, Fernán-Núñez solicitaba en París la intervención francesa, mientras Mendizábal impetraba en Londres la de Portugal. Consecuencia: los embajadores francés é inglés mediaban desembozadamente en los asuntos de gobierno; planteaban y resolvían crisis; imponían tratados; destituían empleados; entraban en las conspiraciones; disponían de la mano de la Reina y de los miembros de la Real Familia cual tutores natos. A Mendizábal le dió la Presidencia del Consejo el embajador británico Williers, obligando á D.ª Cristina, en una entrevista que á solas con ella, y sin solicitar audiencia, tuvo en el Palacio del Pardo, á optar entre la inmediata dimisión del conde de Toreno, seguida de su substitución por aquél, ó la retirada del apoyo de Inglaterra. (1) Al día siguiente caía Toreno y entraba Mendizábal, aunque no sin prometer éste á su protector y al embajador francés que en manera alguna aboliría el Estatuto. Williers llegó á trabajar por la destitución de Córdova, general en jefe del ejército del Norte, para nombrar en su lugar á Lacy Evans, mediano jefe de una no muy aguerrida división inglesa, y no anduvo lejos Mendizábal de atenderle, según lo prueban cartas suyas, que no le favorecen como español ni como gobernante. Pero la causa de la libertad peligraba y no era cosa de dejarla morir por sobra de escrúpulos. « Puesto que estamos á punto de sumergirnos (decía en las Cortes del 36 el diputado de la mayoría Barrio Ayuso), yo recibi-

(1) Era Williers muy aficionado á las corridas de toros, y hallándose en una de ellas vino un secretario á decirle que la crisis planteada se iba á resolver sin que entrase Mendizábal. Despidióse en el acto de los que con él ocupaban el palco, pretextando asunto urgente y reservado. Ya en el coche, dió en voz baja orden al cochero de encaminarse al Pardo, donde la Reina Regente se hallaba, y, presentándose sin otro aviso á la puerta de Palacio, hízose recibir por S. M., á la que resueltamente pidió la Presidencia del Consejo para D. Juan Alvarez Mendizábal, añadiendo la conminación que en el texto consigno. De este modo y por tales caminos, vino á gobernar aquel hombre público.

ría socorros, no digo de Francia, nuestra aliada, sino de los beduínos, de los cosacos, y hasta del diablo mismo.» No era preciso tanto. Ya en aquella fecha la Providencia había decretado la victoria del nuevo régimen decapitando al contrario, porque el día en que Zumalacárregui murió en Cegama, no quedó en el campo del antiguo otra cosa que un pobre hombre rodeado de una camarilla de necios, que le perdieron á él y á lo que representaba.

Aun no había acabado la guerra y ya estaba nuestra diplomacia en campaña para buscar á la Reina un marido por esas cortes extranjeras. El primer candidato fué el archiduque Carlos de Austria. Metternich, á quien vieron muy en secreto con esta comisión Zea Bermúdez y Marliani, no quiso ni oirlos (1839). Luis Felipe hubiera casado á uno de sus hijos con D.ª Isabel, pero el gobierno inglés declaró que tal contingencia produciría la guerra. (Lord Aberdeen á Mr. de Saint Aulaire, embajador de Francia en Londres.) Para evitar el triunfo de un candidato inglés optó Luis Felipe por la solución Trápani, por ser este príncipe de la familia. Encargóse de hacerla triunfar el conde de Bressón, embajador de Francia en Madrid; pero, cuando vió que Miraflores no le secundaba con el celo que el Rey de Francia quería, intrigó contra aquél para reemplazarle por Narváez, y hasta quiso intervenir en la composición del ministerio, proponiendo á Mon. Narváez tampoco se mostró muy favorable á la combinación. Prefería, á pesar de la amenaza inglesa, un hijo del Rey de Francia. Cierto día, hablando con el conde de Bressón, le dijo: «Este casamiento puede hacerse sin que os mezcléis en él: dejádnosle hacer á nosotros. En verdad, más es hoy un estorbo España que un aumento de fuerza; pero concededme tres años y uno de los hijos de vuestro Rey, y yo la devolveré al rango de potencia de primer orden; y contemplad cuán importante será para Francia y para nuestras posesiones del Africa estar unidos á ella.» (Carta de Bressón á Guizot.) De tan humilde manera, y reconociendo que

España era nación de última clase, *más estorbo que ayuda*, hablaba el más altivo de los presidentes del Consejo á un embajador extranjero para pedirle la limosna de un marido para su Soberana. La alusión á una política hispano-francesa en Africa vale la pena de recogerla, aunque poco explícita. Bressón y Bulwer, que nunca estaban de acuerdo, estuviéronlo una vez para presentarse en Palacio y demandar á D.ª Cristina que pidiese á las cortes de París y Londres opinión acerca del marido que convenía á su hija, á lo que aquella señora se resistió mejor que su gobierno. Perseverando en su propósito de hacer la boda por propia iniciativa, si podía, decidióse á escribir al Rey de Bélgica pidiéndole la mano del príncipe Fernando Coburgo; pero aquel soberano no se tomó el trabajo de contestar, aunque sí el de trasladar la carta al gobierno inglés, el cual se la transmitió á Luis Felipe. Éste llevó muy á mal el *atrevimiento* de la Regente, y declaró á Miraflores que si la Reina Isabel elegía un Coburgo perdería la corona. El matrimonio se hizo á gusto del monarca francés, cuyo candidato vino á ser D. Francisco de Asís. Inglaterra, que patrocinaba la candidatura de D. Enrique, le retiró su protección, sin duda por hallarle demasiado falto de seso. Reduciendo la cuestión á términos de la política española, diré que la victoria de Francia implicaba la de Narváez, protegido de Luis Felipe, y la derrota de Inglaterra la de Espartero, sucesor de Mendizábal en el protectorado británico.

Balmes y otros buenos españoles habían propuesto mejor solución: el casamiento de la Reina con Montemolín. Pero este enlace, que habría acabado con la cuestión dinástica y consolidado el trono, de ningún modo convenía á Francia ni á Inglaterra, ni tampoco á los hombres de la revolución. Para aquellas dos naciones, como para éstos, lo esencial era que España viviese en la anarquía.

Apartada España desde el 33 de todo trato oficial con las potencias del Norte y centro de Europa, veíase juguete de las dos grandes naciones occidentales: situación idénti-

ca á la de los reinecillos balkánicos solicitados por las contrarias influencias de Austria y Rusia. Miraflores, que la había creado, quiso redimirnos de ella (Carta con instrucciones á D. Luis de la Torre Ayllón. Febrero de 1846); pero cayó del poder sin lograrlo. No era fácil. Sentado el principio, había que sufrir las consecuencias. Sintiéronse éstas en la política de España en Africa desde el primer paso que en ella dimos, apenas acabada la guerra. El 42, cuando nuestro cónsul en Tánger, Beramendi, avisó de que Inglaterra trataba de mejorar su ya aventajada situación en el Estrecho ocupando la isla del Perejil, y obteniendo del Sultán otras concesiones, encaminadas todas á asegurar su influencia y contrarrestar la francesa, la respuesta fué que caminase de acuerdo con el agente inglés. ¡Los destinos de la nación estaban entonces en manos de Espartero, y, con Espartero en el poder, la Gran Bretaña mandaba y disponía.

Bulwer vino á ser (con ó sin Espartero) casi un virrey británico en Madrid. Intervenía en todos los asuntos de gobierno y de Palacio, incluso en los más íntimos de los Reyes. Trataba al Rey D. Francisco con insultante desconsideración. Entraba en los despachos de los ministros sin descubrirse, aunque todos los presentes estuviesen descubiertos. Derribó el ministerio Casa-Irujo, é impidió que se formase el de Narváez, presentándose para ello en Palacio de madrugada. Trabajó contra el ministro de la Guerra, Córdova, porque éste se resistía á introducir en el ejército ciertas reformas que él, Bulwer, patrocinaba. Protegió á Salamanca (sucesor de Mendizábal y de Espartero en las simpatías británicas) contra Serrano, y luego se propuso organizar un ministerio presidido por éste. Conspiraba descaradamente contra el gobierno ante quien estaba acreditado, siendo su casa un club. Presentó, por encargo de Pálmerston, una nota al gobierno español, en la que tenía el atrevimiento de aconsejarle que gobernase á la europea, y como el ministro de Estado le contestase, entre otras cosas, que nosotros no interveníamos en los actos de la Reina Victoria, respondió que Su Graciosa Majestad no estaba en el mismo caso que D.ª Isabel, porque no debía

el trono á la intervención de ninguna nación extranjera. La nuestra era, pues, una reina de segunda clase (como nuestra independencia), y como ni el gobierno inglés ni su embajador estaban contentos de ella, creíanse con derecho bastante á reprenderla, y aun á despedirla, para lo cual ayudaban, al mismo tiempo, á Espartero y al conde de Montemolín: á aquél como elemento disolvente y á éste como candidato al trono. Progresistas y carlistas prestáronse con parecida facilidad á servir de instrumentos al extranjero. Nuestra debilidad permitió que esta intrusión atrevida durase varios años. Narváez acabó con ella expulsando á Bulwer, pero no pudo impedir que en la Cámara inglesa se nos injuriase de la manera más grosera é injusta.

La frase de aquel general relativa á una política hispano-francesa en Africa ¿debe considerarse incidental ó encerraba en germen un pensamiento político? No es posible decirlo. Sus actos, en orden al problema africano, parecen en contradicción con sus palabras. El 44, con motivo del asesinato de nuestro agente en Mazagán, envió al Sultán un *ultimatum* amenazador; pero, aunque la ocasión de proceder de acuerdo con Francia parecía excelente, no supo ó no quiso aprovecharla (1), y prefirió aceptar la mediación de Inglaterra, con lo que esta potencia ganó nuevos títulos á la consideración y á la gratitud de Abd-er-Rahman, asentando firmemente la influencia preponderante que por más de medio siglo ha ejercido sobre el Majzen. Tres años después Narváez tuvo noticia, por aviso que le envió uno de los oficiales ingenieros que acompañaban al ejército francés de Argel, del proyecto que el jefe de éste tenía de ocupar las islas Chafarinas; y sin perder momento dispuso la salida de una escuadrilla, que llegó á tiempo de tomar posesión antes que los franceses, aunque sólo con la ventaja de unas horas. Mandó la expedición el general Serrano. Ni en este caso ni en el anterior parece que pretendió ser agradable á los franceses ni favo-

(1) Por entonces surgía el conflicto entre Francia y Marruecos, resuelto en la batalla de Isly, mientras la escuadra francesa, mandada por el príncipe de Joinville, bombardeaba algunos puertos marroquíes.

recer su política en Africa. ¿Propúsose trocar esta actitud por otra más amistosa, á cambio de determinadas ventajas en algún negocio pendiente? ¿Obró sin segunda intención y dejándose llevar de las circunstancias? Repito que no tengo datos para afirmarlo ni negarlo. Lo que sí extraño es que no aprovechara la ocasión del 44 para resolver el problema de Marruecos de acuerdo con Francia; al menos para intentarlo. (1) De todas suertes, la ocupación de las Chafarinas (que supone una política en sentido contrario fué de grande utilidad á nuestros olvidados intereses africanos, y tuvo consecuencias mucho más importantes que las de la guerra de Africa.

Que convenía resucitar á España á la política exterior, era evidente. Poner término á la inacabable serie de los pronunciamientos, buscando derivativos á las ambiciones militares, parecía necesario. Pero, ¿cómo? ¿dónde? La expedición á Portugal no nos valió gloria ni ventaja alguna, pero sí humillaciones impuestas por Inglaterra. Ni puede mejorar el crédito de una nación la política aventurera que anda á caza de conflictos para matar el tiempo ó dar ocupación á elementos bélicos. Una cosa es aventura y otra política. Mejor dicho, política es lo contrario de aventura.

Por haber querido Narváez salir del conflicto africano del 44 más á lo aventurero que á lo político, esto es, por haber acudido á la mediación británica sin darse el trabajo de calcular las consecuencias, pudo ver como la soberbia y osadía de los moros, lejos de apaciguarse, crecían. Que-

(1) Tal vez la conducta de Narváez se explica por las causas internas. Padecíamos dolores de alumbramiento de una nueva constitución; hervía la conspiración esparterista organizada en Londres, y una de cuyas manifestaciones fué el pronunciamiento de Zurbano; estaba á la orden del día la cuestión religiosa, neciamente planteada por los revolucionarios del 35 (no más inteligentes que los actuales), y que el gobierno quería resolver de acuerdo con la Santa Sede; en suma: España seguía en estado inorgánico, y sus gobiernos carecían, por tanto, de la consistencia necesaria para el ejercicio de cualquier acción exterior. Sin embargo, el general Narváez se atrevió á una; pero no hacia Africa, aprovechando favorables circunstancias, sino hacia Italia, desdeñándolas, exactamente como Fernando V, como Carlos I, como Felipe V. ¡Extraña perseverancia en la tradición errónea y en el olvido de la buena al través de los siglos y de los regímenes políticos más diversos!

daba, pues, en pie el conflicto, preñado de peligros. Nuevamente sufrieron agresiones nuestras plazas y fueron apresados barcos españoles en la costa del Rif, sin que las reclamaciones del gobierno de Madrid mereciesen al Majzen la menor consideración. Movido del deseo de poner término á esta situación, en verdad insufrible, redactó el marqués de Miraflores, siendo ministro de Estado (el 51), una Memoria, en la que, después de recapitular los agravios recibidos, proponía el remedio por las armas; mas, no sólo habían de aplicarle las de España, sino que para ello habían de unirse á las de Inglaterra y Francia, en lo que estas dos naciones convinieron, tras una larga negociación, que, llegada á buen fin á principios del 53, no dió fruto alguno por haber venido á distraer la atención y las fuerzas de ambas la cuestión de Oriente. Pero aquella empresa en que se veían empeñadas nuestras dos aliadas era, para nosotros, un inesperado favor de la fortuna, pues quedábamos solos y con las manos completamente libres para tratar á Marruecos según quisiéramos y nos conviniese. La Gran Bretaña expresamente nos autorizó á proceder como mejor nos pareciera. Mas, cuando el gobierno español, presidido á la sazón por el conde de San Luis, se disponía á aprovechar tan felices circunstancias, la revolución del 54, dirigida precisamente por O'Donnell, le derribó del poder.

El 56 la revolución (ó mejor sedición militar con pretextos políticos) abortaba y daba á luz una contrarrevolución, de la que también era O'Donnell jefe. Pidió éste á Marruecos indemnizaciones por apresamiento de barcos españoles y, además, ensanche de las plazas africanas. Lo primero no podía excusarlo, pero lo segundo pudo y debió dejarse para mejor ocasión. Estando en esto el negocio, vino á agravarle la agresión de los anyeras á la guarnición de Ceuta. No parece que el gobierno español sintió por ello verdadero disgusto. Sin mirar á que la gravísima enfermedad del Sultán (anciano de 81 años) dejaba á Marruecos sin gobierno momentáneamente, y amenazaba con to-

dos los peligros de la sucesión, señaló brevísimo plazo para el castigo de los culpables, satisfacción á España y adopción de medidas para evitar nuevos desmanes, amenazando con el envío de tropas que escarmentasen á los moros si el Sultán no quería ó no podía hacerlo. Aunque el Majzen no se negó á dar satisfacción, proclamamos el propósito de tomarla por nuestra mano si en el plazo señalado no la obteníamos, á sabiendas de que pedíamos lo imposible. La circular del ministro de Estado, Calderón Collantes (24 de septiembre), llevó oficialmente por el mundo la noticia de nuestros proyectos guerreros acompañados de la declaración de no ambicionar conquistas. De todas las cancillerías llegaron respuestas amistosas, menos de Londres. Buchanan, ministro inglés en Madrid, pidió declaración escrita de que no ocuparíamos á Tánger más que hasta el momento de ratificarse la paz. Días después llegaron comunicaciones del ministro marroquí, Mohamed el Jetib, diciendo que se darían satisfacciones, y que se tuviese por concedido el ensanche de la plaza de Ceuta. Después de la imposición inglesa, á la que no podíamos resistir, lo hábil habría sido acoger la solución pacífica como enviada por el cielo, mostrándose conciliador é indulgente. No lo entendió así O'Donnell. La respuesta fué otra nota conminatoria, á la que Mohamed el Jetib declaró que no podía responder sin pedir nuevos poderes. ¡Quedó declarada la guerra, una guerra insensata, á la que ningún verdadero interés nacional nos obligaba, y de la que de antemano sabíamos que no podía producirnos honra ni provecho. O'Donnell la proyectó sin suficiente preparación militar y diplomática. Él mismo hubo de reconocerlo mas tarde, al confesar que se veía obligado á firmar la paz sin la adquisición de Tetuán, ante la perspectiva de hostilidades indefinidas que España no podía sostener. Fué, por tanto, la guerra de Africa un ruido estéril, pero caro. Costó 20.000 hombres y 500 millones. Produjo una indemnización de 100 millones pagados á plazos, y 9 tenientes generales, 11 mariscales de campo, 27 brigadieres y otros ascensos, amén de un ducado, un condado y tres marquesados. Por la expedición del marqués de Lede no se dieron

ascensos ni títulos. Por la conquista de Argel hicieron los franceses mariscal á Bourmont y par á Duperré. (1)

Pero, aunque mal andado, aquél era el camino, y ojalá hubiéramos perseverado en él. Más tarde ó más temprano, habríamos cogido los frutos por la Providencia reservados á todo pueblo que sigue con constancia una política nacional. A pesar de nuestros errores, habíamos crecido en reputación. El 60 representábamos y valíamos ante el mundo mucho más que el 33, aun cuando menos que el 48. Francia llegó á considerarnos algo más que *estorbo*. Rival de Inglaterra, acaso vió en nosotros un auxiliar útil. Por eso apadrinó nuestras pretensiones de potencia de primer orden (si bien hay motivos para creer que no gratis), contra la oposición decidida de los gobiernos de Londres, temerosos de que renaciera la antigua alianza franco-española. Recelos no mal fundados, porque Napoleón III opinaba que Marruecos debía pertenecer á España, y había notificado esta opinión suya al gobierno inglés el 57. (2)

Los errores que en breves años acumulamos se encargaron de cerrarnos el camino del ascenso y de Africa, y de tranquilizar la suspicacia anglo-sajona. No supimos aprovechar las escasas ventajas á tanta costa obtenidas, y pronto empezó á parecernos enojosa la apenas comenzada labor africana. El tratado de abril del 60 hizo de Marruecos estado tributario de España mientras no satisficiese la indemnización que le habíamos impuesto; pero, á pesar del retraso que en el pago hubo, y que era una arma política en nuestras manos, no acertamos á hallar un pretexto para mantenernos indefinidamente en Tetuán, restituída al año siguiente, después de la embajada de Muley el Abbas á Ma-

---

(1) Véase el ya citado libro *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*. El autor trata este punto con gran discreción, apartándose de la vulgar opinión corriente sobre la llamada campaña de Africa.

Véase también *España y Marruecos*, por J. Becker.

(2) Véase Gourdin: *La politique française au Maroc*, pág. 63.

drid. Al poco tiempo concertamos un tratado de comercio, que tal vez pudo ser beneficioso para España, pero del que no supimos sacar partido. Otra cláusula del tratado primitivo, la del ensanche del campo de Melilla, se cumplió, no sin trabajo. La relativa á Santa Cruz de Mar Pequeña (artículo 8) no se cumplió de ninguna manera. Más tarde el gobierno autorizó las relaciones mercantiles de un comerciante del Puerto de Santa María (D. Francisco Puyana) con el cacique susi Ben Beiruck, y á Gatell le permitió emprender un viaje por la comarca para estudiarla, lo que hizo muy bien; de suerte que no era fácil decir si España tenía por soberano de derecho del Sus y del Tekna al Sultán ó á Ben Beiruck. A la legua se veía que el gobierno carecía de criterio, y que en sus relaciones con el imperio moghrebi caminaba á ciegas. Mientras parecía deseoso de establecerse en el Sus, al punto de cambiar por completo la dirección de su política, consistente en no reconocer más soberano que el Sultán, poníase á estudiar el abandono de algunas de las posesiones rifeñas. Siendo Narváez ministro de la Guerra (el 66), oído el parecer de una comisión del cuerpo de Ingenieros, de la Junta Consultiva de Guerra y del ministerio de Marina sobre la conveniencia de abandonar el Peñón de los Vélez, por considerarle sin importancia militar, pidióse informe al ministerio de Estado, donde el proyecto no fué bien recibido, pasando á ser examinado por nuestro representante en Tánger, Merry y Colón. Opinó éste de acuerdo con la Junta Consultiva en el punto concreto de la cesión, diciendo que tendría funestas consecuencias si se hacía sin compensaciones, pero añadiendo que la consideraba aceptable, y aun ventajosa, con ciertas condiciones; las cuales se reducían en substancia á que el Sultán se comprometiese á cerrar el puerto de Tetuán y á favorecer el de Ceuta. (1)

---

(1) «El hecho del abandono sería, además, hábilmente explotado por las influencias extranjeras que aquí nos combaten sin tregua ni descanso para hacer creer á S. M Jerifiana cuán equivocada es la alta idea que tiene de nuestro poderío y de la perseverancia con que los ministros de S. M. la Reina Isabel II continúan respecto á Marruecos la

En esto estábamos cuando sobrevino la revolución del 68, la cual nos halló, según se ve, preparándonos para irnos de Africa. Había vuelto América á ilusionarnos. Cuba nos daba recursos materiales y empleos fáciles á militares y paisanos, pero nos debía, como queda dicho, paz y prosperidad, de que no disfrutaban en el mismo grado, ni mucho menos, las provincias emancipadas. En cambio, era ya motivo constante de preocupación. Hervían las conspiraciones, y unas veces Inglaterra, otras los Estados Unidos, nos buscaban, por los negocios cubanos, pretextos de intervención. Pero habíamos resuelto tomar por lo dramático la misión americana, á pesar de tan venidos á menos ella y nosotros, de suerte que el 48, cuando el gobierno de los Estados Unidos nos quiso comprar la isla por 100 millones de duros, Pidal rechazó indignado la oferta, declarando al ministro norteamericano, atónito, que tal venta sería una indignidad. Y pareciéndonos Cuba poca cosa para nuestros bríos, pasamos á Santo Domingo en busca de nuevos peligros: aventura en que nos metió Serrano, ilustre aventurero. La de Méjico, varias veces intentada con resultados poco lucidos, acabó en la famosa expedición hispano-franco-inglesa. Era un avispero del que por milagro salimos sin notable detrimento. La campaña del Pacífico, emprendida sin necesidad, ni plan, acabó desdichadamente. Y no quiero hablar de los intentos de constitución de estados monárquicos en el Ecuador y en Méjico mismo para dar colocación á varios príncipes de la familia reinante. Baste citarlos, como rasgos característicos de una época de vida azarosa y desordenada.

El régimen llamado liberal que presidió la anarquía española en el largo período del 34 al 68, no habiendo po-

---

política de los ministros de S. M. el Rey D. Carlos III.» (Informe de Merry y Colón: febrero del 67.)

Visto el nuevo proyecto de abandono del Peñón, no creo que al Sultán se le ocurriera dudar de que los ministros de D.ª Isabel II eran continuadores fidelísimos de la obra antinacional de los de Carlos III.

dido organizarse á sí mismo, menos había de poder constituir normalmente á la nación, y menos aún dar de sí una política exterior. Mejor dicho, no habiendo logrado constituir cosa alguna, careció de toda política verdadera, porque, en suma, la política no es más que una, y cuando se habla de política exterior como de cosa aparte y manifestación independiente de la vida de un pueblo, se incurre en grave error. No se concibe colectividad humana que pueda vivir vegetativamente, esto es, sin vida de relación: la que de ésta carece, sólo en apariencia vive. El nuevo régimen fué real y verdaderamente una oligarquía militar, en la que el Rey quedó reducido á la categoría de símbolo, á la manera del Mikado en el Japón antes de la revolución que anuló el poder del Sogún. El pueblo, soberano según la nueva ley, tenía una soberanía no menos ficticia que la de la Corona, soberana según la ley antigua. Invocada á diario la soberanía popular por los diferentes caudillos, ninguno de éstos pensó en compartir con ella el mando. Ni Rey ni pueblo podían nada ni significaban nada sin el concurso de las clientelas militares dominantes, y si bien ellas, á su vez, necesitaban el prestigio que aun conservaba, por la fuerza de la tradición, el primero, y el pretexto de obrar como poderdantes del segundo, porque las más violentas tiranías no se atreven á vivir sin alguna suerte de ropaje legal, la fuerza coactiva indispensable al que manda en ellas residió solamente, y por ellas fué empleada con caracteres de mucho mayor absolutismo que el vulgarmente atribuído á la antigua monarquía..... la cual nunca llegó á ser absoluta. De suerte que la revolución hecha en nombre de la libertad, produjo un gobierno más absoluto que aquel de que viniera á redimirnos: resultado á que fatalmente llega toda anarquía. Uno de los actos más violentos de ese despotismo—y por eso el que más pronto y más terriblemente degeneró en paroxismo demagógico—fué el alzamiento de Cádiz, dirigido por hombres que debían á la Reina á quien derribaban cuanto eran (los más de ellos sin merecerlo) y que por eso, aunque hubiese sido justo, habría en todo caso carecido de gallardía y de grandeza moral. No valía mucho la Reina destronada, pero en me-

nos todavía ha de estimar la Historia á los que la destronaron.

Injusto sería, sin embargo, negar capacidad y patriotismo á todos los hombres que tal régimen (único de esta clase que ha podido existir en Europa) produjo. Con algunos hase mostrado harto lisonjera la opinión pública contemporánea, extraviada por las pasiones políticas, malas consejeras y forjadoras insignes de reputaciones falsas. Pero no hay duda de que O'Donnell y Narváez, sobre todo éste, poseían dotes naturales de talento y energía poco vulgares, y que, colocados en condiciones y posiciones diferentes de las que les ofreció la España de su tiempo, habrían podido prestar á la patria señalados servicios. Por desgracia no representaban ni tenían detrás de sí más potencia que la de una parte de la fuerza gobernante, esto es, que existían mientras la clientela de que eran jefes poseía mayor poder que todas las clientelas rivales juntas, y viéronse, por tanto, condenados á luchar perpetuamente por la vida, empleando su vigor en defenderse, y, en ocasiones, sus talentos en buscar temas de distracción y tregua patriótica, ni más ni menos como en el continuo batallar de la Edad Media se hizo necesario proclamar de vez en cuando la tregua de Dios.

Para apreciar equitativamente, con aquella severa imparcialidad de que no debe apartarse un punto el escritor á quien son odiosas, las luchas que tanto tiempo y tan estérilmente han desgarrado el seno de la nación, compárense los frutos de éstas, quiero decir, los resultados de un género de gobierno sin raíces en el pueblo ni en la Historia, sin instituciones fundamentales capaces de dirigirle, y sin más pensamiento político (consecuencia natural lo uno de lo otro) que el de ir viviendo, con los de la revolución italiana, que tuvo un potente pensamiento motor: la unidad de la patria; una alma: la voluntad popular, y una dirección firme y constante: la de los reyes de la casa de Saboya servidos por hombres como Cavour. El 48, al día siguiente de Custozza, la causa italiana parecía perdida. Pero los estadistas piamonteses supieron conducirse con maravillosa habilidad en el terreno de la política internacional, tan

odioso á los nuestros, quienes para no entrar en él solían poner por disculpa la pequeñez de la patria, manera poco noble de esconder la propia. El 56 acudió el Piamonte á los campos de batalla de Crimea, cultivando de esta suerte la amistad de Francia y de Inglaterra. El 59, Víctor Manuel y Cavour arrastraban á Napoleón á la guerra con Austria, en la que ganaron la Lombardía, á cuya ganancia siguió la anexión de los ducados (consentida por Francia al precio de Niza y Saboya) y por último la del reino de Nápoles. El 66 daban, aliados á Prusia, y aunque vencidos en el campo de batalla, otro paso hacia la unidad, adquiriendo el Véneto. El 70, cuando Francia caía en Sedán, los soldados del nuevo reino de Italia entraban en Roma. Cierto que, sin el interés que la Gran Bretaña tenía de suscitar en todas partes dificultades al imperio francés, pero principalmente en el Mediterráneo, no se habría realizado la aventura garibaldina, ni acaso habría llegado á constituirse el reino de Italia, porque Napoleón, algo receloso, no parecía tan dispuesto, después de Sadowa, á favorecer á Víctor Manuel. Pero ese interés supieron explotarle con admirable arte los italianos. Aun no se había extinguido el eco del cañón de Solferino, cuando ya Cavour evolucionaba hacia Inglaterra. Ésta acogíale con afectuosa benevolencia. «No debemos olvidar, escribía Mr. de Stockmar al príncipe Alberto, que un estadista inglés tiene la obligación de ayudar á Italia á hacerse fuerte para oponerse á Francia.» El 66, Bismarck escribía á Mazzini diciéndole: «Italia y Francia no podrán nunca llegar á un acuerdo de sus comunes intereses en el Mediterráneo. Este mar es una herencia imposible de dividir entre parientes. El imperio del Mediterráneo pertenece, sin duda alguna, á Italia, que posee en él costas dos veces más extensas que las de Francia. Marsella y Tolón no pueden compararse á Génova, Liorna, Nápoles, Palermo, Ancona, Venecia y Trieste. El imperio del Mediterráneo debe ser el pensamiento constante de Italia, el objetivo de los políticos y el propósito fundamental del gabinete de Florencia.»

Y lo era, en efecto, pero espontáneamente, es decir, sin necesidad de sugestiones extrañas. El 38, cuando la obra

de la unificación no existía más que en germen, en el cerebro de sus políticos, en el corazón de sus literatos y en el alma popular, Mazzini pedía ya para la Italia *non nata* la posesión de toda el Africa septentrional. Guiados por la idea fija de fundar una patria y hacerla grande y respetada, supieron ganar á su causa á todos los pueblos poderosos, oponiéndolos unos á otros. Adivinaron, antes de que brillara en Sadowa, la potencia militar prusiana, y esta perspicacia les valió el Véneto. Recuérdese que mucho después de aquel magno suceso seguía Prim ignorándola, por lo que al estallar el conflicto franco-alemán aun le dominaba la hipnosis del prestigio napoleónico, y sirva este caso de toque para aquilatar la distancia inmensa que separaba á los directores de la nación española de los que guiaban á la italiana hacia la prosperidad y prestigio presentes.

Pudo España, si menos acéfala, seguir una política internacional paralela á la del Piamonte, inclinándose ora á Francia, ora á Inglaterra, y explotando hábilmente su mutua rivalidad. Pero en Italia todos los partidos, fuese cual fuese la diferencia que les separase, tendían al mismo fin patriótico, y en España sólo peleaban por el botín, sirviendo, para lograr sus propósitos, al extranjero, en vez de servirse de él para llegar á una común aspiración nacional. Ningún partido está limpio de este pecado mortal contra la patria. Moderados y progresistas, carlistas y liberales, militares y paisanos, conspiraron contra el gobierno constituído en España con medios facilitados por gobiernos extraños, y para fines de la política de éstos, no para fines de política española. De aquí el horror á las relaciones exteriores, y la timidez de fronteras á fuera, que forma vivo contraste con la audacia que todos despliegan dentro de casa. En los políticos italianos podría notarse el fenómeno contrario. Explícase fácilmente aquel contraste. El punto de partida de las ambiciones opuestas era el extranjero; el punto de llegada á que todos tendían, el presupuesto español. Estaban los jefes de estas luchas de espaldas al mundo, con los ojos fijos en Madrid, que era el mundo de ellos. Y, cuando, dueña del poder tal ó cual mesnada, se lanzaba á alguna empresa exterior, era, como ya lo hemos visto,

en busca de algo que repartir entre los afiliados, ó en demanda de derivativos á la fiebre infecciosa que á unos y otros consumía y que obligaba á remisiones con pretextos patrióticos, siempre mal elegidos, y sólo alguna que otra vez eficaces.

En Italia, las dotes sobresalientes de las personas en quienes encarnara la institución monárquica dió á ésta gran capacidad de gobierno. Carlos Alberto y Víctor Manuel contribuyeron á la constitución de la patria como estadistas y como soldados, y en la próspera como en la adversa fortuna pensaron más en ella que en sí mismos, acertando á identificar la causa dinástica con la nacional. En España la representación de la monarquía (muy deficiente ya en los anteriores reinados) recayó en una niña de tres años, bajo la regencia de una señora joven y extranjera, á la que no tardaron en dominar aquellos mismos elementos á que se confiara en los instantes supremos de la crisis dinástica, y que acabaron por expulsarla cuando vino á estorbar. La propia suerte corrió más tarde la niña cuando ya no lo era por la edad, aunque sí por el seso. Pero es tal la fuerza de la institución en sí misma, que, apenas caída ésta, reconocieron los vencedores la imposibilidad de continuar el festín sin el amparo de su sombra secular. Buscaron rey por casi toda Europa con escasa fortuna: la corona de España no era plato del gusto de ninguna familia reinante. Imposible contar aquí la historia de aquel episodio lastimoso. Contentémonos con dedicar de paso una sonrisa al intento de unión ibérica mediante la candidatura de D. Fernando Coburgo: candoroso ensueño progresista caro á Fernández de los Ríos, y recordemos que de todo aquel pasear el cetro de Felipe II por esos mundos resultó una cosa infinitamente grande: la guerra franco-prusiana; y otra infinitamente pequeña: la efímera monarquía de D. Amadeo, ¡precisamente un Saboya! No puede decirse de aquel príncipe, honrado y bueno, que se equivocara en otro negocio de Estado que en el de haber venido; pero antes de dos años le rectificó abdicando. Y en este corto espacio hallaron medio sus ministros, hombres liberalísimos, demócratas á todo vapor y á

la moderna, de dejarnos una curiosa muestra de su manera de entender la política de España en Africa.

Aquel proyecto de abandono del Peñón de los Vélez, de que antes hablé, había vuelto al ministerio de la Guerra ilustrado con la ponencia del Sr. Merry y Colón, el año 69. Ya no estaba allí Narváez, pero sí el espíritu antiafricanista que inspirara la idea. Vista la facilidad con que había hallado ésta valedores, animáronse sus autores á completarla, y nuevamente se dirigieron á Estado, diciendo ahora que lo que se pensaba hacer con los Vélez se podía también ejecutar con Alhucemas. El 27 de septiembre del 72 el ministro de la Guerra llevó á las Cortes el proyecto de ley de abandono del Peñón. Nombróse en el Senado una comisión, para cuya presidencia fué elegido, á título de persona competente, el Sr. Orive. La comisión redactó informe favorable, fundándose, entre otras razones, en la de estar el Peñón tan profundamente horadado y socavado por las aguas del mar, que en los días de mucha marejada éstas llegan á salir por un boquete abierto en el centro de la roca. Como tal circunstancia concurre, no en los Vélez, sino en Alhucemas, resulta que los señores senadores, pensando informar sobre un presidio, habían estudiado otro, y atribuídole las condiciones del que examinaron, exactamente como el gracioso personaje de *Los hijos del Capitán Grant*, que, proponiéndose aprender español, aprende por equivocación el portugués, y al llegar á Chile se encuentra, muy sorprendido, con que nadie le entiende. El informe de la comisión debió resultar ininteligible, pues no tuvo consecuencias.

CAPÍTULO IV

Política colonial y exterior de la Restauración.

a) La Restauración: su política americana y peninsular.—Atención secundaria que consagra á las cuestiones internacionales y africanas.—La doctrina de la comodidad.

b) Política marroquí.—La Conferencia de Madrid.—Iniciativa de Inglaterra, secundada por España.—Oposición de Francia.—Triunfa ésta, apoyada por Alemania.—Relaciones hispano-francesas.—Indiferencia nacional.—España en el Sus y en el Mar Rojo.

c) España parece dispuesta á intervenir en Marruecos.—Actitud de Europa.—Fracaso y retraimiento.—El idilio del presupuesto de la paz.—Castelar nos declara intangibles.—Exaltaciones y depresiones del espíritu público.

El señor Cánovas del Castillo dijo, al empuñar las riendas del gobierno, que venía á continuar la Historia de España. ¿Desde qué capítulo? ¿Desde aquel en que, perdido el rumbo de nuestra conveniencia, emprendíamos el gran viaje de Ultramar, abandonando la conquista africana? ¿Desde aquel otro en que, roto el hilo de la tradición, nos dedicáramos, para ir viviendo, á la copia de recetas extranjeras? ¿Sería á partir del momento en que la revolución se levanta (de 1808 á 1812) sobre las ruinas de la nación, ó sólo á contar desde los infelices intentos de reconstitución política de los postreros tiempos del reinado de D.ª Isabel? Nada nos dijo de esto, ni la ocasión presente es buena para intentar deducirlo de sus actos. A la luz de

la Historia la Restauración aparece como una transacción más entre la revolución y la resistencia orgánica del cuerpo que la padecía, facilitada por el agotamiento de éste. La reacción había acreditado una vez más su impotencia, y, no habiendo reacción, forzoso era que hubiese transacción: es el curso de todas las dolencias crónicas. España se puso mejor, se alivió un tanto, pero no estaba curada.

Haber acabado las dos guerras, la peninsular y la cubana, fué el primer título que ante la opinión pública pudo ostentar el nuevo gobierno. No quiso saber ella cómo ni á qué precio. Bastóle advertir que había paz material. ¿Por qué milagro pareció á todos tesoro inestimable la pesada carga ultramarina? Era evidente, aun para la corta perspicacia de estadistas medianos (con tal de que algo supiesen de la transcendental transformación marítima que el mundo estaba sufriendo), el riesgo á que aquellas apartadas, indefensas y codiciadas posesiones nos exponían, y que por eso habíamos de apercibirnos para nuevas y más terribles luchas, si queríamos conservarlas.

Luego la Restauración tenía ante sí dos rumbos opuestos y absolutamente inconciliables que seguir: ó hacer de España una potencia militar, mucho más marítima que terrestre, con política exterior firme y decidida, entrando resueltamente en el camino de las alianzas, ó liquidar los restos del imperio colonial para reducir nuestras aspiraciones, por el momento, á una vida modesta de recogimiento y preparación. (1) No tuvimos estadista bastante sagaz para advertir ese dilema, ni opinión pública para presentirle,

---

(1) Ello era evidente para cualquier entendimiento, aunque vulgar, no contagiado del ambiente madrileño, y, por creerlo así, es decir, por estar persuadido de que no hay mérito en ver lo que está al alcance de todo el mundo, me permito repetir aquí lo que escribí el 87 en un periódico, y reimprimí tres años después en un tomo. «Para mí lo verdaderamente funesto y peligroso sería la concentración de una nación en sí misma, si esto fuese posible, que no lo es. España posee colonias. Si quiere continuar poseyéndolas, ha de costear escuadras, fortificar puertos y tener política colonial, ajustando sus gastos, su conducta y sus intenciones á los de otros países. Si prescinde de ello, se quedará sin colonias, que irán poco á poco pasando á manos de otras potencias.» *España en Africa*. Madrid, 1890.)

plantearle é imponerle á los partidos políticos. Y esta deficiencia nacional, no personal, ni de bandería, ni de clase, es la verdadera causa del desastre con que terminó el pasado siglo.

Los problemas de gobierno que en el primer período de la Restauración inquietan á los gobernantes, solicitan la atención de los políticos, mueven las plumas de los periodistas y despiertan la curiosidad de la ínfima minoría (ínfima en cantidad y en calidad) que en España parece ocuparse en los negocios públicos, son éstos: vigilar los cuarteles donde trabaja la conspiración zorrillesca; legislar caminando hacia los principios de la revolución de septiembre; reformas ultramarinas. Todo ello mezclado con algunos intentos de normalización administrativa; arreglo (las más de las veces con escasa fortuna) de la Hacienda: conatos de colonización en Cuba y Filipinas, de poca importancia en sí mismos., pero señales elocuentes de un singular espíritu de perseverancia en el error. De 1875 á 1881 la gran cuestión política (aparte la terminación de las dos guerras) fué la formación y entrada del partido liberal en la legalidad, y luego su entrada en el gobierno. Dió mucho que hablar, que escribir y que cabildear la de la reforma constitucional, pues el duque de la Torre quería introducir en la Constitución del 76 ciertos párrafos de la del 69, mientras Sagasta se contentaba con soplar dentro de aquélla el espíritu de ésta. Triunfó Sagasta; muchos republicanos se acercaron á la monarquía, y, viendo que era buena y hospitalaria, sentáronse á su mesa, con lo cual todos convinieron en que la revolución estaba poco menos que desarmada, como si con estos devaneos de la política abstracta y de teatro casero en que nos entreteníamos se cortase una sola de las raíces que en el extranjero tenía la protesta, mejor dicho, las protestas antidinásticas; porque entonces, como en lo pasado, la comida se cocía en casa, pero los cocineros estaban fuera de las fronteras.

La Regencia vió florecer en todo su esplendor estas ilu-

siones infantiles. Castelar licenció su hueste. De las honestas distancias no quedó nada: ni distancias ni honestidad. La revolución, personificada en Ruíz Zorrilla, venía á morir cardíaca en un pueblecillo del Mediterráneo. Enterráronla obscuramente sus últimos amigos, y la gente pensó que empezaba para España una nueva era de tranquilidad, de goces suaves, á la sombra del frondoso árbol de las reformas democráticas. Castelar lo había dicho poco antes: «La obra de nuestra regeneración está terminada. Podemos vivir contentos y felices. De fuera ningún peligro nos amenaza, aunque por todas partes se oye ruido de armamentos. Dadas las ventajas de nuestra situación geográfica y la reputación de tenaces é invencibles que tenemos, podemos estar seguros de que nadie atentará contra nuestra intangible seguridad. Por tanto, debemos hacer lo más cómodo en orden á precauciones contra los riesgos exteteriores, y lo más cómodo es no hacer nada.» Aquella doctrina de la comodidad, que halló el terreno admirablemente preparado por el temperamento nacional, era la filosofía de la impotencia.

Dispuestos á conservar á perpetuidad adherido á nuestras carnes el áspero cilicio de las posesiones de Ultramar, dímonos á probar en ellas las facultades reformistas de que nos sentíamos dotados. A Cuba fueron unas tras otras las reformas siguientes: emancipación de los negros, abolición de la esclavitud y creación del patronato; abolición del patronato (1880–1886); Constitución del 76 (1881), leyes electorales de senadores y diputados (1879–1890), leyes sobre reunión y asociación de la Península (1881–1883), organización municipal peninsular (1878); Código civil y penal, organización del notariado: cuentan que hasta la ley de caza. La leyenda de la tiranía política de España en Cuba no puede resistir un momento al examen imparcial de los hechos. En Filipinas también se hicieron reformas, aunque no tantas. Había, además, en Joló y Mindanao una guerra crónica en la que emplear de vez en cuando la acti-

vidad de los capitanes generales mal avenidos con la dulce vida de Malacañán. Y no bastando esto, sin duda, todavía hubo quien pretendió extender los dominios de España á una parte de la isla de Borneo; pero el gobierno de Cánovas del Castillo, obrando con laudable prudencia, no sólo no dió calor á estos intentos, sino que desde los primeros días de la Restauración se manifestó más inclinado á recoger que á extender la soberanía de España en Oriente, llegando á declarar el ministro de Estado, Calderón Collantes, al embajador de Inglaterra, que no nos considerábamos con derecho á la posesión de las islas Carolinas, Marshall, Palaos y Gilbert. (Despacho de 3 de enero de 1877.) Declaración que fué condenada más tarde con gran furia por la prensa y por todos los partidos, menos el conservador, y á la que sólo hallo hoy el defecto de no haber sido el punto de partida de una política. ¿Para qué nuevos territorios en regiones remotísimas que nada podían producirnos en el orden material ni en el moral? Pronto se vió, cuando la primera expedición enviada á las Carolinas, después del conflicto con Alemania, y que costó la vida, entre otros, al comandante Posadillo. ¿Para qué los intentos de colonización peninsular en Cuba y Filipinas (uno de los cuales tuvo consignada en Presupuestos la suma respetable de 200.000 pesos anuales), condenadas de antemano, por razones diversas que no es posible declarar en un inciso, á lastimosa esterilidad, pero que ni aun fecundas podían ser provechosas? ¿A qué sembrar lejanos campos que habíamos de perder, dejando baldíos el propio suelo y sus aledaños?

Pareció por entonces que las cosas de Africa, al menos las del Africa septentrional, iban á merecer, ya que no de la opinión y de la prensa, de los gobiernos, aquella preferente atención que el interés patrio exigía. Los proyectos mercantiles del inglés Mackenzie en Cabo Yuby movieron sin duda al presidente del Consejo (Cánovas del Castillo) á ocupar Santa Cruz de Mar Pequeña. Como era preciso proceder de acuerdo con el Sultán, marchó á Fez una embajada, que debía tratar y resolver, entre otros, ese punto. Respondió el Sultán con evasivas, pero nombró España comisionados, que marcharon, en el *Blasco de Garay*, en

busca del sitio en que estuvieron la citada torre y factoría de Santa Cruz, volviendo sin resolver el problema. El Sultán envió á Madrid dos embajadas en pocos meses, proponiendo nuevos aplazamientos ó una indemnización en dinero. Consiguió lo primero, más no lo segundo. Por este tiempo quedó cautivo de los moros Gatell, que había vuelto al Sus, costando no poco trabajo rescatarle.

El imperio sufría una crisis análoga á la que España acababa de salvar penosamente: guerra civil, anarquía, hambre. cábilas que se declaraban en cantón, etc., etc. Algunas de éstas (Beni-Snasén, Quebdana) solicitaron la protección española. España negósela, temerosa de acelerar la descomposición del imperio. Por la misma razón apoyó al gobierno del Sultán en sus reclamaciones contra la factoría inglesa de Cabo Yuby, y también contra las de otros europeos, que al olor del comercio del Sus iban acudiendo. Si en esta cuestión pudo parecer poco amistosa la conducta de Inglaterra, en la de los protegidos y agentes comerciales fué de protección decidida á los derechos é intereses del Majzen. Animado secretamente por ella, se dirigió Mohamed Vargas á los representantes de las potencias en Tánger, pidiendo que en lo sucesivo no se concediese la protección sino con arreglo á los tratados, sobre cuya reclamación deliberaron aquéllos sin llegar á un acuerdo, por la tenaz oposición de Francia, que era la que más usaba, y aun abusaba, del derecho de protección, y aunque cerca de dos años después (á principios del 79) se quiso tratar de nuevo el negocio, no se adelantó un paso, por tropezarse con el mismo obstáculo. Pero el gobierno de Londres, que era quien quería cortar los abusos, no se dió por vencido, y suscitó la Conferencia de Madrid, pensando que ganaría la batalla dándola en otra parte. Mas no le sucedió como pensaba, porque también la perdió.

Acogida favorablemente la idea por España (era ministro de Estado el duque de Tetuán), reunióse la Conferencia el 19 de mayo de 1880, presidiéndola, á propuesta del embajador alemán, el jefe del gobierno español, Cánovas del Castillo. El representante de Marruecos, Mohamed Torres, reprodujo, con pequeñas alteraciones, su programa de re-

forma de los excesos, y tuvo el apoyo decidido del ministro inglés (Sackeville West); pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la obstinada oposición del representante de Francia.

Ésta tuvo en la Conferencia una posición muy fuerte, desde la que maniobró con habilidad y fortuna. Alemania la dió su apoyo sin vacilaciones ni reservas. Saint Vallier, embajador de la república en Berlín, telegrafiaba el 23 de abril (la Conferencia se reunió el 19 de mayo de 1880) al ministro de Negocios extranjeros, M. de Freycinet: «El príncipe de Hohenlohe me manifiesta que tiene especial encargo de declararme que, no teniendo Alemania intereses especiales en Marruecos, su delegado recibirá instrucciones para acomodar su actitud á la de su colega de Francia, y que en este sentido se transmitirán órdenes al conde de Solms.» Freycinet, recogiendo inmediatamente la declaración de no tener Alemania intereses en Marruecos, encargaba al embajador de «significar la estimación en que Francia tenía el concurso que la cancillería imperial le brindaba para la defensa de los especiales intereses franceses en aquella negociación» (29 de abril). El ministro añadía una nota resumiendo el punto de vista francés en la cuestión de la protección extranjera. El 15 de mayo, cuatro días antes de la reunión, el ministro de Alemania visitaba al delegado francés, M. Jaurès, para decirle de parte de Bismarck que tenía orden de secundarle en todo.

¿Cuál era la tesis francesa? Hela aquí. Podía haber habido abuso en el derecho de protección, y, ciertamente, habían abusado de él algunas naciones (el tiro iba contra Inglaterra), pero era conveniente mantenerle; Francia no estaba dispuesta á renunciar á sus derechos, fundados en el artículo 11 del tratado de 1767, y (decían las instrucciones comunicadas á M. Jaurès) de los que siempre había hecho uso con la mayor moderación. España hubiera querido atenuar, reduciéndole á un mínimum indispensable, ese derecho; pero ni en este asunto ni en el relativo á los corredores de comercio indígenas, vió triunfante su parecer. En cambio, Francia, apoyada por Alemania, impuso su criterio: y, como dichos asuntos eran toda la materia de

la Conferencia, resultó ésta un triunfo de la diplomacia francesa, proporcionado por nosotros mismos. De lo satisfecha que de ello quedó es la mejor prueba el siguiente despacho:

« *M. de Freycinet, ministro de Negocios extranjeros, á M. de Saint Vallier, embajador de la república francesa en Berlín:*

París 9 de julio de 1880.

Señor conde: Tengo el honor de remitir á V. E. adjunta copia del despacho en que el almirante Jaurès señala los puntos principales del nuevo reglamento de las protecciones en Marruecos, que acaba de ser aprobado por los plenipotenciarios reunidos en Madrid.

El embajador de la república hace constar en su despacho la eficacia del concurso que constantemente le ha prestado su colega de Alemania. Esta inteligencia ha contribuído grandemente, en efecto, al éxito de la obra de la Conferencia, y ruégole exprese al príncipe de Hohenlohe nuestro verdadero reconocimiento por la escrupulosa fidelidad con que el conde de Solms se ha dedicado á realizar las promesas de amigable apoyo que el gobierno imperial nos había hecho desde el primer momento de la reunión de los plenipotenciarios en Madrid.

C. de Freycinet.»

Inglaterra, España y Marruecos llevaron, pues, la peor parte, consiguiendo Francia su deseo de dejar abierta la puerta por donde habían de venir, y muy pronto vinieron, nuevos aumentos á su influencia en el Norte de Africa. No nos atrevimos á oponernos abiertamente á sus designios, aunque la ocasión de iniciar una política propia, afirmando categóricamente nuestra voluntad de amparar al Sultán en todos los casos, parecía tentadora. Para ello hubiera sido posible apoyarse en Inglaterra. Además, no estaba Francia todavía en condiciones de arrostrar una guerra en Europa. Nosotros no teníamos con ella compromiso alguno y su conducta nos daba entonces más motivos de desabrimiento que de satisfacción. Había contribuído no poco, descui-

dando la vigilancia de la frontera, á sostener la guerra civil, y, acabada ésta, daba á Ruíz Zorrilla protección harto ostensible. Visitábanle los más influyentes políticos franceses, y agasajábanle, sin que muchas veces se recatasen de hacerlo, los mismos ministros. Más visitantes tenía el emigrado español, y mayor importancia política su casa, que el embajador de España y la embajada de S. M. La política de las clases democráticas gobernantes corría paralela á la de las clases conservadoras y aristocráticas, aun no desesperanzadas de volver á tomar la dirección del Estado, las cuales simpatizaban manifiestamente con D. Carlos. De lo más alto á lo más bajo de la sociedad francesa existía un vivo resentimiento contra España, culpable de haber dado pretexto á la agresión alemana. Dueños éramos nosotros, como nación independiente, de elegir el gobierno ó el rey que prefiriéramos; pero, dados el concepto que de nuestra independencia se tuvo en Europa en el siglo pasado (lo mismo en Londres que en París ó en Viena) y el carácter susceptible y rencoroso del patriotismo francés, era aquél un pecado que no se nos podía perdonar. Aprovechábase cualquier ocasión ó medio de castigarnos, y fué Ruíz Zorrilla uno de los pedruscos que pusieron en nuestro camino para que tropezáramos. El gobierno español conocía el origen de la conspiración que minaba la disciplina del ejército, pero este conocimiento no le decidía á salir de la defensiva, esto es, del aislamiento en el orden internacional. No entraba en los planes de Cánovas, aun cuando en su juventud había sido partidario de una acción española eficaz allende el Estrecho, esa política de grandes vuelos que habría cambiado los destinos de España, abriendo la era africana y cerrando (consecuencia forzosa del cambio) la ultramarina. Los peligros no habrían superado ni igualado siquiera á los que en el camino del recogimiento nos acechaban, y los beneficios ¡cuán grandes habrían podido ser! Persuadido de que la nación no estaba preparada para tales acometimientos, redujo sus aspiraciones en Europa á hacernos pasar inadvertidos, y en Marruecos á reglamentar una fase de la cuestión marroquí; y á la postre no consiguió lo uno ni lo otro, pues en poco tiempo

tuvimos dos gravísimos conflictos europeos (el 83 y el 85) y lo de Marruecos se arregló á gusto de Francia, contribuyendo nosotros, además, á acabar de internacionalizar la suerte del Moghreb, de lo que no podía dejar de resultarnos gran daño en lo porvenir. En la Conferencia de Madrid perdimos, por propia abdicación, casi toda la situación preponderante que aun teníamos allende el Estrecho.

No obtuvimos de aquella infeliz campaña diplomática ni siquiera el fruto de un poco de gratitud. Poco después confiaba el Sultán la instrucción de su ejército á oficiales ingleses y franceses, sin acordarse de que hubiese españoles en el mundo. «Indudablemente había cambiado mucho nuestra posición en Marruecos y disminuído de un modo notorio nuestra influencia.» (1) Para que le eximiéramos del cumplimiento del art. 8.° del tratado de Guad Ras ofreciónos nuevamente una considerable suma; mas, lejos de acceder, el nuevo gobierno español (de que eran presidente Sagasta y ministro de Estado el marqués de la Vega de Armijo), como acaso lo pensaron en Fez, respondió apremiando para que se cumpliese lo pactado. Avínose Muley Hasán, y nombróse otra comisión, que marchó en la goleta *Ligera* á la costa del Sus, en busca, una vez más, del paraje donde estuvo Santa Cruz. Aunque tampoco se pudo averiguar de modo cierto, el Majzen manifestóse dispuesto á complacernos cuanto á la cesión de territorio; pero fué preciso retroceder ante los inconvenientes de la determinación de los límites. Veíase el imperio muy comprometido por los manejos de Francia, cada día más activos y peligrosos.

Tampoco nuestras relaciones con la república francesa eran buenas. Los sucesos de Saida, primero; las nuevas y más desvergonzadas intentonas zorrillistas urdidas en París, y, por último, la grosera manifestación de hostilidad contra D. Alfonso XII á su regreso de Alemania, habían producido sus naturales efectos, y ya el gobierno español

(1) Becker, *España y Marruecos*, pág. 271.

encontró cierto calor en el alemán para contrarrestar la política del representante de Francia en Tánger, Ordega, hombre inteligente y atrevido, entre cuyos triunfos diplomáticos se cuenta el muy notable de haber concedido la protección francesa al Cherif de Uazán. (1) Mas, á decir verdad, la opinión pública y la prensa españolas no concedían á estos sucesos suma importancia, y sólo les consagraban atención superficial y pasajera. Unas veces había reformas que estudiar, otras elecciones que hacer, ó conspiraciones que desbaratar, ó crisis que resolver, y no quedaba tiempo ni gana de atender á Marruecos ni á cosa alguna que lo mereciese.

Parece mentira que el 70 quedara abierto el istmo de Suez, devolviendo al Mediterráneo el nuevo canal su antigua importancia estratégica, mercantil y política, y aumentando, por tanto, la nuestra; que los franceses se instalaran en Túnez, admirable posición militar en el flanco del camino de Oriente; que los ingleses se apoderaran de Chipre y de Egipto, para asegurarse el dominio de la nueva vía; que Italia se hiciese gran potencia en aquel mismo Mediterráneo Occidental á que mira nuestra principal fachada, donde se halla la primera, más rica y más populosa de las ciudades españolas, y donde tenemos el archipiélago balear; parece mentira, repito, que todo esto sucediese á nuestras puertas, á la vista de nuestro litoral; que por virtud de ello cambiasen las condiciones de nuestra existen-

(1) El Cherif de Uazán estuvo algún tiempo en actitud levantisca, muy peligrosa para el Sultán, con la que dió no poco que recelar al gobierno español, llegando á traslucirse esos recelos en un discurso pronunciado por el señor Moret en el Congreso, y que tampoco fué grato al embajador francés en Madrid. Al poco tiempo estuvo el Cherif en la corte (de vuelta de París) y tuvo larga entrevista con el señor Moret, y no mucho después marchó á la capital de Francia este señor, ministro de Estado á la sazón, y en compañía de nuestro embajador, Albareda, visitó en el Quai d'Orsay al ministro de Negocios extranjeros de la República, Flourens, y luego al presidente del Consejo, señor Rouvier. Según el señor Moret declaró en documento oficial meses después, no hizo en estas entrevistas otra cosa que afirmar, como principio capital de la política hispano-marroquí, la independencia del Sultán y la integridad del territorio de Marruecos. Y no debió haber más, en efecto, porque Francia no modificó su política hasta transcurrido mucho tiempo, en las circunstancias y del modo que más adelante se verá.

cia, planteándose nuevos problemas, aumentando la gravedad de otros, sin que diéramos la menor muestra de haber caído en la cuenta de semejantes novedades, ni dejaran éstas el más leve rastro en la política interior.

En todo el siglo sólo se sabe de una tentativa para hacer menos precaria la comunicación entre la Península y sus provincias asiáticas, y aun ésa, sobre deberse á la iniciativa particular, no llegó á pasar de la categoría de proyecto más ó menos secreto, y poco ó nada favorecido por los gobiernos. El 34 había propuesto D. Sinibaldo de Mas la ocupación de un paraje importante á la salida del Mar Rojo, cerca de Adén. El sitio era excelente y la ocasión tal como se deja considerar, con sólo decir que aun no estaban allí los ingleses, pero que ya venían cerca. España comenzaba por entonces la primera guerra civil, lo que equivale á decir que á D. Sinibaldo le hicieron tanto caso en Madrid como en la luna. Antes de que se firmara el convenio de Vergara, tomaba la Gran Bretaña posesión de Adén (1839). El 63, otro piloto también apellidado Mas hizo nueva oferta de territorio cercano al Estrecho de Bab-el-Mandeb. Acogióla favorablemente el marqués de la Vega de Armijo veinte años después. Marchó al Mar Rojo un comisionado encargado de adquirir el paraje ofrecido (Cheik-Said) ó un punto de la costa de los Somalis, pero antes de que diera cima á su comisión se le acabó la vida á aquel gobierno, y tuvo tiempo el egipcio (es decir, el inglés) de enterarse de las idas y venidas del agente español, de modo que el marqués del Pazo de la Merced, sucesor del de la Vega de Armijo, se encontró con una reclamación diplomática formal contra los propósitos de España, y desistió de ellos. El señor Moret los recogió más tarde, pero al fin murieron, faltos de ambiente y de luz, y sin que casi nadie sepa que han existido.

Pero el 87 hicimos de pronto uno de esos ruidos con que solemos maravillar y espantar al mundo. Muley Hasán enfermaba gravemente; la situación de su imperio parecía

no menos grave y extremada. El gobierno español, por sí y ante sí, sin que ningún violento impulso de la opinión le empujara, tomó la grave resolución de reunir un cuerpo de tropas en Algeciras, destinado, según se dijo, á reforzar las guarniciones de Ceuta y Algeciras. Alborotóse la prensa, alarmáronse las cancillerías. ¿Qué quería decir aquello? ¿Contra quién iban en realidad tales aprestos? *L'Indépendance belge* escribía el 5 de septiembre: «España teme, ó afecta temer su gobierno, que Francia se aproveche de la muerte del Sultán para ocupar territorios marroquíes, y se prepara, organizando una expedición prematura, pero completa. Parece que estos preparativos inopinados causan viva emoción en la Península. El gobierno hace bien en sincerarse de toda idea de conquista: ¿dónde están los hechos que justifiquen semejantes precauciones militares? En Londres sospéchase que las medidas adoptadas por España responden á informes que sólo ella haya recibido de Marruecos; pero, si así fuese, se explicaría difícilmente que el gabinete de Madrid no se haya limitado á hacer lo que en un principio se le atribuyó, esto es, requerir á las demás potencias mediterráneas á que reiterasen sus declaraciones de desinterés respecto á Marruecos. Con su actitud actual, se expone España á que se sospechen en ella los propósitos anexionistas que suele atribuir á Francia.» *Le Temps* del mismo día desaprobaba el aparato guerrero del gobierno español, calificándole de precipitado, y atribuyéndole á influencias de lo que él llamaba el partido militar español.

Al siguiente salía *Le Journal des Débats* admirado del ardor bélico de la prensa española y esforzábase en tranquilizarnos, asegurando que Francia tenía demasiados problemas coloniales en que ocupar la atención y las fuerzas para querer abordar uno nuevo. *La France* calificaba nuestra actitud de agresiva, y nos aconsejaba que tomásemos de modelo á Francia, la que, á pesar de tener en Marruecos intereses *tan considerables* como España, limita sus aspiraciones á la rectificación de la frontera argelina. Inglaterra, Alemania, y aun la misma Francia, se opondrán á que España ponga la mano sobre Marruecos: la amistad de Francia tiene más valor para España que la posesión

de un país semisalvaje, que se halla en estado permanente de insurrección, y que exigiría para ser ordenado y pacificado sacrificios enormes. *La Liberté* venía enfadada é irónica: «España no tiene dinero ni fuerzas para conquistar á Marruecos; la prensa española ha creado una agitación ficticia; probablemente no hará España otra cosa que imitar al perro del hortelano.» *Le Rappel* veía en la actitud de España la mano de Alemania, y decía: «Si así fuese, Francia debía anticiparse á la acción de cualquier otra potencia en el Moghreb.» De Londres telegrafiaban á cierto periódico madrileño que en Bruselas se atribuía á España el propósito de conquistar el imperio de Marruecos, de acuerdo con Alemania, la que buscaba por este camino suscitar dificultades á Francia, y que el proyecto databa del viaje del Rey D. Alfonso á Berlín en 1883. El *Berliner Tageblatt* aseguraba que Italia estaba de acuerdo con España, y que de ello se había tratado en la entrevista entre Bismarck y Crispi poco antes celebrada. *The Standard* encontraba muy puesto en razón el empeño de España en hacer constar la prioridad de su derecho de intervención en el imperio marroquí; pero, añadía, si Francia observa una actitud pasiva, no es probable que los españoles se muevan. El corresponsal de *The Times* en París (el famoso Blowitz) entendía que la acción de las potencias en Marruecos se limitaría al envío de barcos, y que únicamente España, que considera aquel Estado como una de sus provincias *in partibus*, tomaría precauciones imponentes. «No creo, añadía, que las otras naciones la imiten, ni que traten de modificar la actitud de España para con Marruecos en las circunstancias presentes.» En suma, la prensa francesa nos era francamente hostil y la del resto de Europa, singularmente la inglesa, favorable; pero una y otra nos reconocían un derecho preferente, siendo el máximum de la pretensión francesa el poner el suyo en la misma línea que el nuestro.

En pocos días hubo un cambio de situación notable. La prensa francesa pasó á mostrársenos amiga. *Le Temps*

salió afirmando que entre Francia y España existía completo acuerdo sobre la cuestión de Marruecos. *Le Siècle* afirmaba que las dos naciones deben unirse para impedir toda intervención extranjera en Marruecos. No sólo deben respetar la integridad del imperio marroquí, sino exigir y vigorizar este respeto por parte de las demás potencias que tienen aspiraciones en el Norte de Africa y en el Mediterráneo. Son las dos naciones más influyentes y que más respeto infunden en Marruecos, y sólo á ellas toca obtener, por medio de una acción diplomática común en Fez, el establecimiento inmediato de un gobierno fuerte y regular en el imperio, tan pronto como falleciese el actual Sultán. *Le Journal des Débats* del 12 declaraba que sólo España y Francia tienen intereses directos en Marruecos, y que deben concertarse para establecer allí el orden. *Le Figaro* del 14 iba más adelante que nadie en sus entusiasmos hispanófilos, pues sostenía que el único país que tiene en Marruecos intereses verdaderos es España, y que no vacilaba en afirmarlo, aunque esta verdad hubiese de desagradar profundamente á ingleses, alemanes é italianos; la población europea de los puertos del Moghreb es exclusivamente española, y la influencia que ejerce en aquella parte del Africa septentrional data de tiempo de Cisneros; es, por tanto, la única nación que, á pesar de las protestas de Inglaterra y de las aspiraciones groseramente disfrazadas de Alemania, puede legitimar su derecho de intervención en la crisis que está á punto de surgir. En su opinión, España debía conquistar todo Marruecos.

¿Esta repentina y completa mudanza en la actitud de la prensa reflejaba otra igualmente repentina y completa en la de los respectivos gobiernos? Algo debió ocurrir, si hemos de juzgar por ciertos síntomas. El 11 celebróse en nuestra embajada en París un banquete en honor del presidente del Congreso, Martos, al que asistieron el ministro de Negocios extranjeros, M. Flourens, y el director de política del mismo ministerio, M. Charmes, expresándose éste en términos harto significativos, dadas la ocasión y las circunstancias políticas. Dijo M. Charmes que Francia y España deben caminar acordes en la cuestión

de Marruecos, y discurrió largamente sobre la conveniencia de cimentar la unión de los dos países para contingencias futuras. A que añadió M. Flourens: «España y Francia unidas pesarán mucho y ejercerán grande influencia en Europa.» M. Charmes sostuvo también la necesidad de mantener el *statu quo* en el imperio. Aludiendo á la ocasión que se ofrece con Marruecos para que Francia y España lleguen á una inteligencia y á una unión completas, pronunció esta frase: «Si Marruecos no existiese, habría que inventarlo.» En verdad, por entonces el concurso de España podía ser de suma utilidad á la república francesa, cuyas relaciones con el imperio alemán no eran aquellas tan cordiales, casi afectuosas, de los días en que se celebraba la Conferencia de Madrid. Sombrías nubes se acumulaban, no sólo en la frontera del Rhin (1), sino también del lado de los Alpes, y no existía aún la alianza rusa, ni menos la *entente cordiale*. Francia se hallaba en un aislamiento que nada tenía de espléndido. En estas condiciones, ¿qué duda cabe de que nuestra posición para poner de acuerdo con ella los jalones de una política común en el Norte de Africa era fortísima? Éramos necesarios, y, además, no habíamos sufrido aún la enorme resta en nuestro haber moral y material, que después nos produjo el desastre ultramarino. La prueba de que se nos creía capaces de influir considerablemente en los destinos de Europa, es que todos acudían á lisonjearnos y á ofrecernos la perspectiva de un poder africano. La *Saint James Gazette*, de Londres, decía que Inglaterra prefería la presencia de España en Marruecos á la de cualquier otra nación: tesis que no puede maravillar á quien conozca por dentro la política de la Gran Bretaña en los alrededores del Estrecho. El *Boersen Courier* nos animaba á realizar en Africa nuestros antiguos ideales. «Seguros pueden estar los españoles (seguía diciendo el periódico berlinés) de que la república francesa no estará muy dispuesta á arrostrar un conflicto militar por unos laureles que, en último caso, tendrían dudoso

(1) Recuérdese el incidente Schnœbelé, reciente entonces, pues ocurrió en abril del mismo año.

valor.» Más explícito aún, *Il Diritto*, órgano de Crispi, hablaba de este modo: «Nadie podrá alegar más que España verdaderos derechos, si llegara á disolverse el imperio marroquí. Deponen á favor suyo la Historia, los intereses directos comerciales y políticos, el derecho de seguridad de la libre navegación del Estrecho, impropiamente llamado de Gibraltar, y que debería ser sometido al mismo régimen que el Canal de Suez. La primacía de los derechos de España es incontestable. Francia posee ya el imperio africano que deseaba desde hace tiempo, y no podría pretender más, sin peligro para la paz universal. Inglaterra tiene igualmente la parte que constituía estrictamente la ambición británica, el país por donde corre el canal que es el camino directo de la India. Únicamente Italia y España no poseen nada, ó casi nada, en el Norte de Africa, porque Masaua está en el Mar Rojo y Ceuta es únicamente un punto.

» La acción de las grandes potencias en Marruecos se traduciría en aumento perjudicial de fuerza en favor de Estados que son ya harto poderosos, tales como Francia, Alemania é Inglaterra. Italia no tiene pretensión alguna en Occidente. España, interviniendo en Marruecos, no daría motivo de recelo ni crearía peligro alguno. En caso de que se produzcan disturbios en Marruecos, creemos que Italia debe tomar la iniciativa para proponer á varios Estados europeos que se deje entera libertad de acción á los españoles.

» Nosotros, en el caso de que surgiese una cuestión internacional en Marruecos, defenderíamos á España. Francia no cometerá en el Occidente de la costa septentrional de África la misma falta que cometió en Oriente. Lo auguramos por ella. Lo que era Túnez para Italia, es el Marruecos septentrional para España.»

De todo lo expuesto se deduce que cada una de las distintas fuerzas en que á la sazón se hallaba dividida Europa tenía la fineza de ofrecernos su amistad y ayuda para, llegado el caso, intervenir en Marruecos en calidad de vecino principalmente interesado. Ante tan significativa actitud, nuestro gobierno, que al principio se mostrara dispuesto á

cualquier arrojada iniciativa, creyó llegado el momento de declarar que no pensaba adoptar ninguna verdaderamente peligrosa y que pudiese agravar la crisis marroquí. «La política de España en Marruecos (decía el señor Moret en circular á nuestros representantes en el extranjero el 5 de octubre) es absolutamente opuesta á toda idea de engrandecimiento territorial ó de extensión de dominios: España proclama, como tuve ocasión de declararlo al ministro de Negocios extranjeros de Francia en una reciente entrevista, el *statu quo* territorial y político de Marruecos.» Después justificaba los aprestos militares alegando la necesidad de proteger las plazas rifeñas y el estado de anarquía en que se encontraba el Sus, donde era preciso evitar á toda costa la intrusión de elementos extraños. El haber recobrado la salud Muley Hasán fué causa de que volviese el sosiego á la un momento perturbada Europa, mas no por mucho tiempo, porque de allí á poco, habiendo desembarcado en la isla del Perejil una comisión española y clavado unas estacas, comienzo de no sé qué trabajos, vinieron unos moros tangerinos y las derribaron. La isla no pertenecía á España y hubo ligereza en mandar á ella gente como si tuviésemos allí señorío. El gobierno así lo reconoció, pero la prensa nacional movió sobre ello gran alboroto, agravando el error. Después de esto, creyendo sin duda el gobierno que las circunstancias le eran más favorables que lo habían sido siete años antes á Cánovas del Castillo, quiso tratar de nuevo la cuestión de las protecciones, y anunció la reunión de una nueva conferencia internacional; pero, cuando se quiso abordar el problema del programa, no hubo acuerdo, y, por tanto, no hubo conferencia. Nuevo golpe á nuestro prestigio. La opinión, pasado el alboroto, volvió á su indiferencia. Parecíamos algo; pudimos llegar á mucho; preferimos quedar en nada.

No: no queríamos aventuras. Pueblo de aventureros, renegábamos de nosotros mismos, y andábamos luciendo por todas partes y á todas horas la cesantía que nos había-

mos extendido. Nos daba por alardear de juiciosos y positivistas. Era de buen gusto decir que había que estarse en casa, sin meterse en empresas arriesgadas. Lo mismo caía esta afirmación de labios de uno de los infinitos desocupados que politiquean en los cafés, que de los de un ateneísta erudito, ó de los de un estadista ilustre. No otra opinión profesaban Castelar, Cánovas, Sagasta, etc., etc., y más de una vez la escuché de sus propios labios. Pero, ¿qué es en política exterior aventura? Porque para mí (y entonces lo escribía yo muchas veces en la prensa, predicando en el desierto y acreditándome de iluso para el resto de mis días) la más pavorosa aventura que puede correr un pueblo, es la de encerrarse en su concha haciendo el muerto, porque en la sociedad internacional los muertos estorban, y sin miramiento alguno se les entierra, repartiéndose los enterradores la herencia.

De vez en cuando una racha bélica, soplo frío de la España de ultratumba, corría sobre el cuerpo nacional y le sacudía y despertaba. ¿Por qué? ¿Para qué? Nadie lo sabía, ni había quien pensase en averiguarlo. Contentábanse todos con aquel ruido, que hacía veces de verdadera vida. Recuérdese la furia con que nos levantamos contra Francia el 83. Dos años después la cólera nacional descargaba contra Alemania con violencia inaudita, por la cuestión de las Carolinas, unas islas cuya verdadera situación desconocían casi todos los españoles. (1) No mucho

(1) Oigamos en representación de todos á Castelar. El va á ilustrarnos acerca de la Geografía de las Carolinas. Habla en un artículo de *El Globo*, titulado «La neutralidad absoluta», dedicado á probar que nuestra excelente situación geográfica nos exime de apercibirnos para la guerra. Refuerza su opinión con varios ejemplos sacados de la Historia contemporánea, entre ellos éste: «La susceptibilidad por una madrépora, perdida entre Asia y Africa, en los océanos australes», pudo llevarnos á una guerra con Alemania. A lo que decía yo al día siguiente de publicado el artículo: «Alusión evidente á las Carolinas, por tres diferentes motivos desgraciada: 1.°, porque aquellas islas no están entre Asia y Africa, sino entre Asia y América, á millares de leguas de donde Castelar las supone; 2.°, porque tampoco están en los mares australes; 3.°, porque ello prueba que no tenemos la tal privilegiada situación que nos atribuye, porque, estando repartida nuestra pobre nacionalidad por casi todo el globo, en unas partes ocupa buena po-

después inflaba la prensa callejera la importancia de los ensayos de navegación submarina del teniente Peral, levantando insensatamente á inconmensurable altura las esperanzas de la pleble y de los infinitos cultos indoctos que infestan nuestra sociedad en las consecuencias de aquellos ensayos, y pidiendo para el inventor el ducado de Gibraltar, en señal de que por medio de los nuevos submarinos no tardaríamos en cerrar el Estrecho á las escuadras inglesas. ¡ Ni aun á la Gran Bretaña perdonábamos la vida!

En los intervalos de estos delirios despertábamos de nuevo juiciosos, modestos, acendradamente pacíficos y renegando de las aventuras. Entonces hablaba por todos Castelar, nuestro hombre sintético ó representativo, quien no cesaba en su empeño de constituirnos en Corea occidental. No contento con su discurso del Congreso (punto de partida de la plataforma sagastina: cien millones de economías en el presupuesto), seguía predicando la buena nueva de la intangible seguridad de España en los diarios principales. «Europa sucumbe bajo el peso de los armamentos (decía). Alemania, con su ejército de conquista, pugna con el espíritu moderno. Pero la sociedad rusa y la turca, que son organismos de guerra, se asfixian en Europa, como el cetáceo salido del agua y entrado en el aire, moribundas por no poder soportar en su retina la sobra de luz y en sus pulmones la sobra de oxígeno. Nosotros debemos encerrarnos en un retraimiento absoluto.» «Nosotros, para nuestro bien (desde aquí, en vez de extractar, copío), estamos lejos, muy lejos, de las rivalidades entre Francia y Alemania, entre Inglaterra y Rusia, entre Rusia y Austria, entre

---

sición, en otras mediana, y en otras muy mala. Ejemplos: es buena la de la Península, mediana la de las Canarias y mala la de las Baleares, Cuba y Filipinas. La manía de que no hay más patria que la Península, manía que, según vemos, alcanza nada menos que al señor Castelar, es un documento tristísimo de incapacidad colonizadora y miopía política. ¡ Váyanles á esos señores con la noción de que España es potencia limítrofe de la China y del Japón, por ejemplo.» Lo que ya se veía entonces, aun cuando los resultados de tanta ceguera no los hubiéramos tocado todavía, es la incompetencia de nuestras mayores lumbreras para poner mano en la política internacional, la cual es, ante todo y sobre todo, un encadenamiento de cuestiones geográficas.

Austria y Turquía, entre Turquía é Italia, entre Italia y Francia; nosotros no tenemos nuestra neutralidad á merced y arbitrio de cualquier ejército invasor, como les acontece á Bélgica y á Helvecia..... Estamos, pues, en el deber de replegarnos en nosotros mismos y consagrarnos al exclusivo culto de nuestros intereses nacionales y al desarrollo lento, pero progresivo, de nuestra vida interior.» (*El Liberal*, marzo de 1892.) (1) Escuchando estas lecciones de política internacional fantástica, complicada con nociones de zoología de invención castelarina, en la que el cetáceo aparece congénere del besugo, vivíamos, á la manera panglosiana, en el mejor de los mundos posibles, cuando surgió una nueva é inesperada aventura: la de Melilla. ¡Estaba de Dios que no habían de dejarnos vivir en paz!

---

(1) Permítaseme recordar que combatí esta propaganda y presentar aquí una muestra de la doctrina que frente á ella sostuve. «Hay que ser lógicos, y yo pediría á esos señores (Castelar y los que le seguían) el valor de añadir á su programa este artículo: «Reconocida la imposibilidad en que España se halla de estar apercibida para rechazar cualquier agresión, principalmente si ésta va contra las provincias apartadas de la Península, proponemos el abandono de las Baleares, las Canarias, Costa del Sahara, Guinea, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Marianas y Carolinas.» (*Revista de Navegación y Comercio*, 30 de noviembre de 1892.) Mas, para convencer al público español de lo precario de nuestra seguridad, habría sido necesario crear cursos populares de enseñanza de la Geografía á la moderna, y obligar á todos los ciudadanos á concurrir á ellos, empezando por los licenciados y doctores en todas las facultades, los ateneístas y académicos, y los políticos eminentes.

CAPÍTULO V

El africanismo español.—Su carácter académico.

a) Expansión colonial moderna.—Exploración y reparto de África en el siglo XIX.*—Abstención de España.*
b) Fundación de la Sociedad Geográfica de Madrid.—Su precaria existencia.—Congreso de Geografía de 1883.—Fundación de la Sociedad de Africanistas.—Exposiciones al gobierno.—Fracaso de las gestiones en el terreno oficial.
c) Trabajos para enviar expediciones exploradoras á África.—Decepciones.—Ridícula suma reunida.—Expediciones al Muni y al Sahara.—La cuestión de Marruecos.—Intento de elaboración de un programa nacional de política africana.—Fracaso definitivo.

EL siglo XIX ha sido el de las expediciones geográficas á los Océanos aun poco explorados, á los mares Artico y Antártico, á los archipiélagos del Pacífico, á Australia y á Africa; á Africa principalmente: y lo que distingue de modo especial á España de las demás naciones de raza blanca es su completa, total abstención en esta obra grandiosa. Mientras nos debatíamos en el caos, Europa entera, desde la vecina Francia hasta la remota Rusia, evolucionaba hacia la política colonial y marítima. Un espíritu de aventura, de vigorosa expansión, movía á la humanidad y la lanzaba con incontrastable brío á las competencias mercantiles, á luchas ardientes por el dominio del mar, ó, lo que es lo mismo, por el dominio definitivo del planeta. La invención de las máquinas de vapor y las mil maravi-

llas de la mecánica, ayudada de la física y de la química, que los hombres contemplaron con asombro, vinieron á confirmar la superioridad de ciertos pueblos, ya opulentos y poderosos, sobre los demás; pues esos pueblos—los sajones y germanos del Antiguo y del Nuevo Mundo—se veían dueños de las mayores minas de carbón, de los más ricos yacimientos metalíferos, de los mejores, más baratos y más fáciles medios de transporte—los ríos navegables—; en suma, de todos los elementos de la superioridad económica, base de la superioridad política, y por este solo hecho, mucho más que por la ventaja que sus instituciones pudieran hacer á las nuestras, vinieron á términos de grandeza y potencia á que nosotros con ninguna suerte de gobierno, y aun estando en posesión de las dotes de sensatez, cultura y laboriosidad de que carecíamos, hubiéramos podido llegar. Esos otros pueblos, mejor dotados por la naturaleza, favorecidos ya por dos siglos de casi continua prosperidad, mejor educados y mejor organizados, tomaron á su cargo la obra de la exploración, reparto y conquista de las tierras vacantes del planeta, y en primer lugar la colonización y exploración de Africa, que vino á ser por espacio de más de cien años la manía, la obsesión de toda la humanidad civilizada.

La iniciativa corresponde á Inglaterra, deseosa de encontrar en el continente africano compensación á la pérdida de las colonias de América. Reciente ésta, formóse en Londres una asociación para la exploración de Africa. Por entonces cabalmente renunciábamos nosotros á nuestro africanismo histórico semihonorario, acaso aun no atrofiado del todo en la nación, pero que ya lo estaba en el cerebro de sus estadistas, según hemos visto. (Lib. II, capítulo I.) ¡Qué contraste! Mungo Park y Burkhardt fueron los más ilustres exploradores enviados por la Sociedad Africanista Británica. Un alemán no menos intrépido que ellos, Horneman, cruzó por primera vez el continente de mar á mar: de Trípoli al golfo de Guinea (1801). El portugués Costa hizo la travesía de Angola á Mozambique (1802-1811), al mismo tiempo que sus compatriotas los Pombeiros (1802-1814). Años después cruzaron también

aquella parte de Africa, Coimbra y Silva Porto, precediendo al inglés Livingstone. Según menudeaban los viajes aumentaba el entusiasmo en los pueblos europeos. La cruzada civilizadora, que al principio sólo interesaba á los sabios y misioneros, pasó á despertar la atención de los comerciantes y de la masa social entera.

A partir de 1845, la acción exploradora y civilizadora de Europa adquiere mayor intensidad: Barth, Vógel, y más tarde Rolfs, exploran el Sudán; Kraft, Abbadie y Beke, Abisinia; Burton y Speke descubren los grandes lagos ecuatoriales; du Chaillu y Compiègne exploran el Ogüé. De pronto los viajes de Livingstone, de Cameron y de Stanley descorren el velo que cubría los misterios del continente negro. Donde antes se suponía no haber más que desiertos abrasados, incapaces de producción, surgen ríos colosales, selvas inmensas, naciones de negros casi tan populosas como algunas de Europa; fauna riquísima, y flora espléndida, compuesta de las más variadas y extrañas especies; en suma, un nuevo mundo á conquistar y repartir: la América del siglo XIX. Y casi todo aquel nuevo mundo, ó no pertenecía á nadie, ó pertenecía á Portugal. Para los ingleses era lo mismo, poco más ó menos.

El deseo de apoderarse de las nuevas comarcas nació en Inglaterra gemelo con la novedad de su existencia. Desde que Livingstone apareció en el Zambese, allá por los años del 56 al 60, empezaron á desmandarse los indígenas y á hostilizar á los portugueses. No sólo eso—y el hecho es aún más sospechoso—: empezaron á tener fusiles modernos. Crecieron al mismo tiempo en el Parlamento y en la prensa británica los anatemas contra Portugal, acusándole de esclavista. Defendiéronse los portugueses bizarramente en el terreno de la polémica hablada y escrita; dieron gallarda muestra de energía y de amor á la ciencia, organizando las memorables expediciones de Serpa Pinto (del Cunene al Transvaal (1877-79), de Brito Capello é Ivens (descubrimiento de las fuentes del Cubango, del Cunene y del Casai (1879) y de los mismos en 1884 (de Mosamedes á Quillimane). Mas ¿cómo había de mantener el pequeño reino portugués su soberanía sobre una comarca diez veces ma-

yor que la Península, teniendo por competidor y vecino al inmenso imperio británico? La espada de éste descargó tres grandes tajos sobre el Africa portuguesa: en 1881 (tratado de Lourenço Marques); en 1884 (tratado del Congo) y en 1891 (tratado de Mozambique). El último permitió á Inglaterra extender sus dominios desde el cabo de Buena Esperanza hasta el Tangañika, englobando en ellos á las repúblicas de Orange y del Transvaal, cuya suerte quedó desde entonces en sus manos. En cambio, Angola y Mozambique, que formaban un solo territorio, del mar de las Indias al Atlántico, viéronse definitivamente separados, formando dos trozos, que más tarde ó más temprano correrán la misma suerte que su *hinterland.*

Pero, como la Gran Bretaña no está sola en el mundo, y como, aun cuando la primera en ambición imperialista, no era la única, tras ella, y casi con tantos bríos como ella, otros poderosos, á quienes autorizaban ante todo sus propias fuerzas, el mejor y el más eficaz de todos los títulos, ahora y siempre, cayeron sobre la rica presa. Después confirmaron sus derechos la sangre de sus misioneros, los servicios prestados á la ciencia por sus exploradores y los intereses creados por sus comerciantes. Y todos estos poderosos, venidos á un acuerdo en 1885 (acuerdo que posteriores tratados ratificaron, aclararon y extendieron), se dividieron el Africa, dejándole á Portugal, descubridor, primer explorador y primer ocupante, menos de la mitad de lo que poseía, y á España nada, por el momento. ¡Verdad que nada pedía! Quedaron siendo grandes potencias africanas Inglaterra, Francia, Alemania, Portugal é Italia. Escaparon con vida, no se sabe hasta cuándo, tres estados indígenas: Abisinia, Liberia y Marruecos.

Con el último y fecundo período de los grandes viajes y descubrimientos africanos coincidió la anarquía española del 68 al 74. Corresponsal del *New-York Herald* en Madrid era Stanley cuando el dueño del periódico, Gordon Bennett, le llamó á París para darle el encargo de ir al

centro de Africa en busca de Livingstone, de quien no se tenía noticia hacía tiempo. Suponíasele perdido, tal vez prisionero, acaso muerto, y Europa y América sentían por la suerte del veterano explorador aquel interés intenso que nosotros reservamos para la de nuestros toreros famosos. El *New-York Herald*, deseoso de satisfacer la curiosidad del mundo civilizado, decidió enviar una expedición en su busca. ¡Quién lo pensara! ¡Cómo habían de imaginar los españoles de entonces que las gentes extrañas pudiesen sentir más vivo deseo de saber del paradero de un pobre misionero inglés que de conocer los altos ejemplos de amor á la libertad que aquí daban nuestros republicanos, las arengas de Castelar, las angustias y desilusiones de D. Amadeo, las atrocidades de los cantonales, los horrores de la guerra civil, y demás escenas del espectáculo, mezcla de drama y sainete, con que pretendíamos distraer á la humanidad aburrida!

La restauración de la monarquía sosegó por algún tiempo á la revuelta España. La pobre nación sintió honda sensación de bienestar. A medida que la paz se afirmaba, renacía la esperanza de mejores tiempos, de vivir como los demás pueblos sin asambleas constituyentes, sin cantonales, sin voluntarios de la libertad ni de la república, sin asonadas diarias ni amenazas de intervención. Y en este estado las cosas, hubo hasta tres ó cuatro hombres que pensaron fundar en España una Sociedad de Geografía parecida á las infinitas que había por el mundo. ¡Extraordinaria y jamás pensada iniciativa! Fueron estos hombres D. Eduardo Saavedra, D. Francisco Coello y D. Joaquín Maldonado Macanaz, los cuales dirigieron una circular á muchos particulares y á varias corporaciones oficiales, invitándoles á una reunión que debía celebrarse en el salón de la Real Academia de la Historia, y que, en efecto, se celebró, bajo la presidencia del conde de Toreno, el cual, en un discurso breve y elocuente, propio de su claro talento y nada vulgar cultura, expuso el objeto de la reunión, hacia el que el gobierno de que formaba parte sentía—dijo—las más vivas simpatías.

No podía estimarlas en poco la asociación naciente; pero

más útiles le hubieran sido las de la opinión pública. Pareció ésta dispuesta á darla calor. Inscribiéronse al principio hasta 700 socios. Comenzaba bien. Pero no mucho después vióse obligado á confesar el secretario, señor Riaño, que las numerosas bajas ocurridas dejaban aquel número reducido en proporción considerable: 547 socios en noviembre del 77. Por entonces ponía el Rey de Bélgica la primera piedra del gran edificio colonial que en Africa se proponía levantar, escondiendo sus propósitos tras un bien urdido programa de exploraciones científicas, para costear las cuales solicitó el auxilio de las demás naciones de Europa. Habiendo sido España una de las solicitadas, el propio D. Alfonso XII tomó á su cargo la constitución de la sección española de la Asociación Internacional para la Exploración de Africa, y para ello convocó á una reunión en Palacio, bajo su presidencia. Algunas sumas se enviaron á Bruselas, creo que de no mucha importancia; pero, dada la cortedad de nuestros recursos para empresas de esta índole, mejor habría sido emplearlas por cuenta propia y para fines de política nacional. Si el corresponder á la invitación del Rey de los belgas importaba á nuestra cortesía, y el colaborar por primera vez en una obra europea podía lisonjear á nuestro amor propio, ó convenir á nuestro decoro, era evidente que el interés español nos llamaba por el camino de exploraciones y descubrimientos bajo la bandera nacional, cosa que no se ocultó nunca á la perspicacia de los fundadores de la Sociedad Geográfica. Mas la falta de vocación africanista del país en general no podía dejar de sentirse en la vida y actos de ésta. Órgano de una función cuya necesidad no sentía el cuerpo social, en vez de desarrollarse, presentaba, apenas nacido, síntomas de rápida atrofia. Los 547 socios de noviembre del 77 estaban reducidos á 400 en 1880, y á menos de 350 en 1882. Sin la generosa hospitalidad de la Academia de la Historia, la Sociedad habría tenido que disolverse por imposibilidad de pagar al casero. No podía, por tanto, pensar en la organización de expediciones exploradoras ni en alentar intentos de empresas mercantiles. Para lo primero no tenía dinero. Para lo segundo no le había en parte alguna, ni tam-

poco había quien pensase en tales aventuras. Y el gobierno, viviendo en la atmósfera de una política que, digan lo que quieran los ignorantes y los soñadores, gente igualmente extraviada en la apreciación de las causas de nuestras desventuras, es fiel reflejo de la vida española, vino al fin á no interesarse poco ni mucho en las lucubraciones de aquellos señores tan apartados de la realidad.

Éstos, no pudiendo cultivar la Geografía viva, dinámica, refugiáronse en la Geografía erudita. Su labor en este terreno fué muy estimable. No escasearon conferencias y debates interesantes, aunque gratuitos poco concurridos. El *Boletín* contiene muchos artículos de gran mérito, sin contar los resúmenes de trabajos y progresos de la ciencia, todos muy bien hechos. De que la Sociedad Geográfica aspiraba á más, de que los hombres que con su actividad, su talento y su patriotismo la prestaban la sombra de vitalidad y de vigor con que lucía de cuando en cuando, son buena prueba sus propósitos sobre Marruecos, y, en primer término, la misión que confió á Gatell en 1879. Era Gatell el único español preparado para emprender en el imperio un viaje fructífero. Conocía el país, la gente y el idioma; gozaba fama de verídico, circunstancia importante en un viajero. Mas, al embarcarse en Cádiz, en mayo de dicho año, falleció víctima de rápida enfermedad, quedando frustrado el propósito y dejando un vacío que nadie ha llenado todavía.

De este tiempo son también el viaje del *Blasco de Garay* á la costa del Sus, en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, del que dió cuenta mi sabio amigo el ilustre Fernández Duro, encargado por el gobierno de estudiar la cuestión sobre el terreno, y la expedición á Abisinia y al Choa, dirigida por el señor Abargues de Sostén, y costeada, en todo ó en parte, por el señor marqués de Urquijo.

Una tarde de julio ó agosto de 1882 conversábamos en la biblioteca de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid varios aficionados á los estudios geográficos, entre

ellos los señores D. Rafael Torres Campos y D. Joaquín Costa, sobre la inutilidad de cuantos esfuerzos se habían hecho para fijar la posición de Santa Cruz de Mar Pequeña, y para tomar posesión de ella. Conveníamos en lo tocante á las ventajas que para España tendría el establecimiento de una ó varias factorías en la costa del Sus, y lamentábamos la completa indiferencia con que la mayoría del país miraba el asunto. Ocurrióme la idea de organizar un mitin, para ver si lográbamos interesar á la gente política y al público en favor de una acción enérgica é inmediata, cuyo resultado fuese el término de las vacilaciones y dilaciones del Sultán; pero Costa opinó que un mitin era un esfuerzo momentáneo, limitado é insuficiente; que había llegado el momento de que España pensase en Africa, y se decidiese á intervenir en ella, y que, para obtener algún resultado, había que empezar por reunir un Congreso de Geografía, en el que se planteasen todas las cuestiones geográficas que interesaban á la nación, y se propusieran las soluciones más adecuadas para iniciar lo que en nuestra patria no existía aún: opinión colonial y africanista.

A fines de 1882 ingresamos en la Sociedad Geográfica el señor Costa y yo. El señor Costa fué elegido vocal de la Junta directiva, de la que vino á ser presidente Cánovas del Castillo, por parecer á todos el hombre más á propósito para la nueva campaña. Discutióse la conveniencia de convocar un Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, en las sesiones de 25 de mayo y 5 de junio del siguiente año, «días—decía el *Boletín*—que formarán época en la Historia de la Sociedad Geográfica de Madrid, en la cual inicían, si no nuevas aspiraciones, nuevos procedimientos, que es de esperar sean fecundos en resultados para la nación española». Encargado el señor Costa de redactar un proyecto de bases para la acción que la Sociedad se proponía ejercer sobre la conciencia nacional, propuso:

1.° Creación de una biblioteca popular.—2.° Convocatoria de un Congreso de Geografía.—3.° Organizar una ó dos expediciones de exploración.—4.° Gestionar el establecimiento de estaciones en Africa.—5.° Destinar á los gastos de explotación africana los fondos de la obra pía de

Jerusalén y de redención de cautivos. — 6.° Abrir una información pública acerca de la conveniencia de celebrar una reunión de todas las Sociedades geográficas, comerciales é industriales de España para discutir las cuestiones geográficas que pudieran ofrecer interés nacional, y votar conclusiones sobre las mismas. Redactada una circular, que firmaron Fernández Duro, Costa, Ferreiro y Torres Campos (y que creo escribió Costa), respondieron á ella más de cincuenta Asociaciones. (1)

Estas cincuenta asociaciones asentían á la iniciativa de la Sociedad Geográfica de Madrid, hallábanla excelente y mostrábanse dispuestas á secundarla. ¿Representaban un movimiento de adhesión de la opinion pública? No. Las más, la casi totalidad de ellas (podría sin temeridad decir todas), salían de su indiferencia impulsadas por algún

---

(1) Que fueron, principalmente, las siguientes: Instituto Geográfico (Madrid). — Asociación euskara para la exploración de Africa (Vitoria). — Associació d'excursions catalana (Barcelona) — Associació de excursions, delegación de la anterior (Villanueva y Geltrú). — Sección de excursiones de la Institución Libre de Enseñanza (Madrid). — Folk-lore frexnense (Fregenal). — *El Día* (Madrid). — Sociedad Hispano-Africana (Barcelona). — Sociedad de pesquerías canario-africanas (Madrid). — Sociedad abolicionista española (Madrid). — Instituto del Fomento de la Producción Nacional (Barcelona). — Fomento de la Producción Española (Barcelona). — Círculo Mercantil (Barcelona). — Instituto Industrial (Barcelona). — Centro Industrial de Cataluña (Barcelona). — Banco de España (Madrid). — Banco Hispano-Colonial (Madrid). — Círculo de la Unión Mercantil (Madrid). — Ateneo Mercantil (Valencia). — Casino Industrial (Córdoba). — Círculo Mercantil (Sevilla, Huelva, Málaga). — Centro Mercantil (Coruña y Sevilla). — Comisión auxiliar del servicio de muelles (Sevilla). — Junta de Comercio (Valladolid). — Sociedad Económica Matritense (Madrid). — Sociedad Económica de las Palmas (Canarias). — Sociedad Económica (Santiago). — Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (Barcelona). — Asociación de agricultores de España (Madrid). — Sociedad Naviera (Barcelona). — Escuela Mercantil (Mallorca). — Ateneo Científico y Literario (Zaragoza). — Liga Nacional de Contribuyentes (Madrid). — Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas (Madrid). — Centro del Ejército y de la Armada (Madrid). — Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante (Madrid). — Compañía del ferrocarril del Norte (Madrid). — Círculo de Hacendados (Habana). — Club Náutico (Bilbao). — Compañía general de Tabacos de Filipinas (Barcelona). — Compañía general Trasatlántica (Barcelona). — Compañía del cable entre Cádiz, Canarias y el Senegal. — Redacción de *La Epoca*, decano de la prensa de Madrid. — El *Fomento de la Marina* (revista), en representación de la prensa de Barcelona.

miembro influyente amigo nuestro. Hizo entonces Costa algo parecido á lo que suelen hacer los ministros de la Gobernación para tener mayoría en las Cámaras, y en fuerza de recomendaciones, de ruegos, de apremios, de requerimientos á la amistad ó al patriotismo, organizó una representación de la opinión tal cual la deseaba y necesitaba para dar base suficiente á la obra en que con tan grandes alientos y levantados propósitos trabajaba, y de la que vino á ser el motor y el alma. La prensa ayudó poco. En las redacciones no eran bien acogidos los sueltos referentes á los trabajos preparatorios del Congreso, lo que me consta positivamente por haber corrido á mi cargo la tarea de presentarlos y recomendarlos. La Geografía y las cuestiones geográficas no parecían motivo bastante para dar que hacer á las letras de molde, y todo ello se interpretaba como pretexto que unos cuantos señores tomábamos para exhibirnos ante el público. Más de una vez tuve que defender á mis amigos, y especialmente á Costa, de este cargo, en verdad injusto. El único diario español que mostrara interés por las cuestiones geográficas fué *El Día*. El marqués del Riscal, su propietario, había empleado sumas de relativa importancia (creo que más de 15.000 pesetas) en un viaje á Marruecos; pero se equivocó lastimosamente en la elección de viajero, y todo cuanto gastó se perdió para la ciencia y para España.

Reunióse el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil en el Paraninfo de la Universidad Central los días 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10 de noviembre de 1883. El presidente, Cánovas del Castillo, no pudo asistir por hallarse enfermo, ocupando la presidencia el general Rodríguez Arroquia. El discurso inaugural le pronunció Costa, y fué elocuentísimo, erudito é intencionado. La poderosa inteligencia de este gran orador, aunque no del todo libre de influencias perturbadoras, ostentábase brillante y sugestiva, vislumbrándose apenas en ella señales de los extravíos que más tarde le han obscurecido y lanzado por derroteros

peligrosos y mal frecuentados. Los temas tratados por los congresistas fueron:

Sección primera.—Costas septentrionales de Africa. Comercio de España con ellas; lugares adecuados para la colonización; factorías y puertos francos.

Costa occidental de Marruecos. Importancia mercantil de su parte meridional independiente. Comunicaciones con el interior. Tratados con España y tentativas de instalación hechas por españoles. Pesquerías canario-africanas.

Sección segunda.—Posesiones españolas en el golfo de Guinea.

Ensayos de colonización en Fernando Poo. Reformas en el régimen colonial. Lugares adecuados para factorías y misiones.

Intereses de España en el mar Rojo. Necesidad de consulados y factorías para el desarrollo de nuestro comercio y facilidad de las comunicaciones con Filipinas.

Sección tercera.—Provincias españolas de América. Medios de fomentar su riqueza y población. Importancia de las Antillas menores con relación al canal de Panamá.

Sección cuarta.—Posesiones de Asia y Oceanía.

Sección quinta.—Emigración española. Sus ventajas é inconvenientes.

Sección sexta.—Plan de política colonial y africana.

Presentaron memorias ó pronunciaron discursos buen número de personas doctas y competentes en las diversas materias comprendidas en el programa del Congreso. Entre esas personas merecen particular mención los señores Maldonado Macanaz, Concas, Balbín de Unquera, Ferreiro, Ami, Figuerola, Saavedra, Ricart y Giralt, Beltrán y Rózpide, Azcárate, Pedregal, el P. Mata (misionero), Costa y Cánovas del Castillo. Éste pronunció el discurso de clausura.

Tratándose de asentar las bases de una política colonial, verdadero objeto del Congreso, no podía dejar de tocarse en él la cuestión del poderío marítimo. Sobre este importantísimo tema, en el que por entonces había fijado también la atención de su gran talento el señor Maura, presentó Costa una memoria muy bien escrita y llena de ex-

celente doctrina acerca de las causas de la decadencia naval de España y de la necesidad de reconstituir nuestras fuerzas marítimas. Este documento, poco conocido, se lee aún con gusto y con fruto.

Del Congreso de Geografía nació la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, continuadora suya y ejecutora de su voluntad. Reunímonos en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid algunos de los congresistas, en sesión reservada, antes de terminar aquél sus tareas, y con objeto de preparar la acción expansiva de España en Ultramar. «En Madrid, á 10 de noviembre de 1883—dice el acta de aquella memorable y desconocida sesión—, y hora de las 9 de la noche, se reunieron en el Círculo de la Unión Mercantil, convocados verbalmente por el señor presidente del Congreso, y por anuncios publicados en los periódicos de Madrid, multitud de socios, á fin de consultar á la comisión organizadora acerca del tema señalado para sesión de clausura: «Adopción de un plan para proceder inmediatamente á la fundación de factorías mercantiles y estaciones civilizadoras en las regiones del planeta más favorables á los intereses de nuestra nación, y emprender exploraciones científicas en algunas de ellas.» Fueron designados como presidente y secretario de la reunión los señores don Gabriel Rodríguez y D. Gonzalo de Reparaz.»

Habló Costa para recordar el programa presentado por él á la Sociedad en junio. La primera y segunda parte de aquel programa estaban en vías de ejecución. Faltaba la tercera (Exploraciones y fundación de estaciones civilizadoras), y en ella íbamos á poner mano. Persuadido de que el gobierno no debía ser el iniciador de esta obra y de que la nación no podía, no sabía, ó no quería hacerla por sí, espontáneamente, había él ideado la creación del órgano adecuado á la nueva función: una compañía colonizadora, á la par comercial, naviera y territorial. Redactó los estatutos para presentarlos al Congreso en la sesión de clausu-

ra, mas no llegó á hacerlo por las razones que pasó á exponer:

«España se halla en un estado de despertamiento; no tiene aún conciencia clara de estos problemas; por tanto, no siente calor ni entusiasmo hacia ellos. En tales condiciones, la misión del individuo es insubstituíble; la colectividad no se halla en condiciones de obrar, y tienen que obrar por ella las contadas personalidades que existen en su seno con suficiente conocimiento y convicción para adelantarse á la acción social como órganos voluntarios del todo; si esos individuos se ausentan de la obra, la obra queda sin ejecutar, porque la colectividad no se mueve, y la diferenciación era tan limitada, que se agotó entera en ellos, no quedando otros que les substituyan. Pues eso es lo que ha sucedido á la comisión organizadora. Había dispuesto una combinación, con la cual concentraba en derredor de su pensamiento un cierto número de elementos de vario género, capaces en su unión de hacerlo viable. El jefe del Estado y el gobierno debían asistir al Congreso, á fin de llamar hacia él más vivamente la atención pública; el señor Cánovas debía pronunciar el discurso inaugural para granjearle las simpatías de las clases conservadoras, que lo son generalmente las clases ricas; el señor marqués de Urquijo y el señor marqués del Riscal, que han costeado de su peculio propio expediciones á Africa, debían presidirlo, con la mira de que se interesaran en él, y pudieran ser centro de atracción para los capitalistas, sirviéndoles con su nombre de garantía respecto de la seriedad del proyecto; el señor Iradier, indicado *in petto* para gerente de la compañía en el golfo de Guinea, debía venir al Congreso á hablar de sus viajes en aquella región y de la importancia comercial de ella; el señor Moret debía resumir las discusiones, á seguida de la exposición del plan de la compañía, á fin de que la recomendase al público y le prestase su gran autoridad bancaria y financiera, y fuese inmediatamente aprobado por una gran concurrencia de gentes escogidas; habíamos invitado, y habían prometido venir, á los señores Nicolau y Felíu, presidentes de la Asociación de Navieros y Consignatarios y del Instituto del Fomento

de la Producción Nacional de Barcelona, á fin de que pudiesen prestar el apoyo de estas importantes sociedades el día en que fuéramos á aquella plaza á celebrar mitins para iniciar con gran vigor la subscripción de acciones.

» Pues bien, todos esos elementos han faltado, y la laboriosa combinación puede darse por fracasada. El jefe del Estado se puso enfermo; el señor Cánovas se puso enfermo; el señor Iradier su puso enfermo; el señor Moret se ha puesto enfermo; los señores Riscal y Urquijo se han puesto enfermos; los señores Felíu y Nicolau se han puesto enfermos: que parece ley maldita de la vida que, cuando un pensamiento levantado germina en un pueblo atrasado é incapaz de comprenderlo, las pocas individualidades que tiene en su seno capaces de iniciarlo y sacarlo á flote se sienten desfallecer y enferman, enferman de verdad, asustados ante la grandeza de la obra y la magnitud de los obstáculos que se oponen á ella.»

En tales circunstancias, Costa conceptuaba imprudente lanzar á la publicidad el proyecto. No se lograría con él sino dar aviso á otras naciones de los propósitos que germinaban en España, y con el aviso moverlas á ejecución inmediata en daño nuestro. D. Gabriel Rodríguez, don Francisco Coello, D. Cesáreo Fernández Duro, D. Martín Ferreiro y otros señores presentes aprobaron las ideas de Costa, y convinieron con él en que, á pesar de cuantas dificultades se ofrecían, era indispensable encaminar la acción de España hacia el continente africano, procurando asegurar la posesión de las costas del golfo de Guinea y del Sahara. Coello y Costa propusieron la creación de una sociedad, á la par propagandista y ejecutiva, para llevar á feliz término ambas empresas, opinión que prevaleció y se hizo carne muy luego. Así nació la Sociedad de Africanistas.

Lo primero que hizo, apenas venida al mundo, fué dirigir una petición razonada al gobierno, recomendando la ocupación del litoral sahárico. Escribióla Costa y firmáronla con él Coello, el conde de Morphi y D. Luis García Martín. Llevóla una comisión al Presidente del Consejo (Cánovas del Castillo) y al Ministro de Estado, siéndole

contestado que el gobierno en manera alguna tomaría la iniciativa de la ocupación, y que si los particulares creaban intereses en aquellos parajes, *entonces se pensaría en la forma de protegerlos.* No por eso perdió ánimo la recién nacida sociedad, sino que, dejando para mejor ocasión sus proyectos sobre el Sahara Occidental, volvió los ojos á la costa de Guinea, y, aunque segura de que no sería atendida por el gobierno, dirigióle en junio siguiente una instancia para que se pusiese coto á las intrusiones de los franceses por aquella parte. « La ocupación del río Benito no es un hecho aislado (decía la instancia), sino el último de una larga serie, cuyas consecuencias han sido avanzar lentamente sus fronteras los franceses, desde la punta de Santa Clara hasta Imana, apoderándose así de gran parte de la bahía de Corisco, la cual de derecho es hoy española, pero francesa de hecho. Esta sociedad espera confiadamente del patriotismo y celo del gobierno que se servirá tomar las debidas informaciones, y que, caso de que el hecho resulte cierto, presentará las reclamaciones procedentes al gobierno francés.

» Al propio tiempo y aprovechando la ocasión presente, tiene el honor de recomendar á VV. EE., con la mayor eficacia, una de las conclusiones aprobadas por el Congreso Español de Geografía en noviembre último, y que dice así: — Es urgente instalar destacamentos militares en uno de los islotes de Elobey y en los límites extremos de la parte de tierra firme que en dicho golfo de Guinea corresponde á España. — Madrid 29 de junio de 1884. — Los ponentes: Gonzalo de Reparaz, Joaquín Costa. — Por la Junta Directiva: Francisco Coello, presidente; y Martín Ferreiro, secretario general.»

La respuesta del jefe del gobierno fué tal como podía esperarse. Hela aquí: « Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas: La alarma producida en la Sociedad de la digna presidencia de V. E. por los escritores de la vecina república, que en periódicos y revistas se han ocupado de las gestiones atribuídas á los negros del territorio llamado Benito, encaminadas á anexionarse á Francia, no deben considerarse con sólido fun-

damento, ni tener las noticias que lo han motivado otro valor que el de las opiniones de sus autores. Así lo estima el gobierno, que, en confirmación de lo que se dice, no ha recibido ningún documento oficial ni espera ni puede suponer que la República francesa ni otro Estado atenten á los territorios de propietario conocido, como los que desde 15 de marzo de 1843 se comprenden entre los de España, en virtud de la aceptada formal sumisión de las tribus que los ocupaban.

»Lo que en respuesta á la comunicación que sobre el particular me ha dirigido V. E., tengo el honor de manifestarle para su conocimiento y el de los individuos de la Sociedad de Africanistas.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 10 de julio de 1884.—Antonio Cánovas del Castillo.»

Estaba Cánovas completamente equivocado, y padecía un total desconocimiento del estado de las cosas en el golfo de Guinea y de los propósitos de los franceses. No era aquél un litigio entre geógrafos de aquende y de allende el Pirineo, ni siquiera fantasías de negradas bozales sin transcendencia política: existía en los gobernantes franceses el firme propósito de crear un vasto dominio colonial entre el Congo y el Sudán, y como consecuencia de ese propósito, el de eliminar á España de aquellos parajes, empresa que se reputaba fácil, atendida la poca ó ninguna importancia que para nosotros tenían. Que algo debíamos defender en Guinea, y no de veleidades de negros irresponsables, lo probó antes de dos años nuestro mismo gobierno, nombrando una comisión que en París estuvo pleiteando sobre límites con otra comisión francesa, sin lograr jamás ver reconocido nuestro derecho, pero gastando en cambio muchos cientos de miles de pesetas: dinero que el Estado perdió, y que no habría perdido, si el Presidente del Consejo hubiese estado mejor informado en julio de 1884. En la misma ignorancia que él se hallaban los ministros de Estado, de Ultramar y de Marina; y los que en 25 años no hemos perdido de vista un solo día este negocio, contemplamos reflejado una vez más en las esferas oficiales el estado de alelamiento de todo el cuerpo social. Despedidos de aquél,

apelamos, sin embargo, á éste, buscando con él comunicación directa, que fué tanto como buscar el fruto en el troneo y en las raíces, por no haberle hallado en las ramas.

Empezamos la propaganda con una reunión que se celebró en el teatro de la Alhambra á fines de marzo de 1884. Hablaron Coello, Costa, Rodríguez (D. Gabriel), Azcárate, Saavedra y Carvajal, todos con gran elocuencia, sobre diferentes puntos de política hispano-marroquí. Recuerdo que el discurso de Costa descolló sobre todos, no sólo por la elocuencia, sino por la erudición, y por la novedad de la doctrina. Téngolo por el mejor de los muchos y muy hermosos que por aquellos años le oí; pero, de tal modo se esforzó en probar la consanguinidad y la comunidad histórica de españoles y marroquíes, que pienso nos hizo gran disfavor, pues aquellas mismas consanguinidad y comunidad, llevadas al punto que él quiso llevarlas, nos descalificarían para la labor de maestros y regeneradores de nuestros vecinos africanos. La misión civilizadora supone una superioridad étnica difícil de hallar (al menos en la medida necesaria) entre parientes en primer grado. Éste niego, mas no el parentesco. Hay afinidad, analogías evidentes, entre ciertos elementos étnicos de la población peninsular y ciertos elementos de la población de Berbería; pero el argumento de la fraternidad ni expresa una verdad científica, ni se puede usar sino con gran prudencia, por ser arma de dos filos. (1)

---

(1) Iberos y berberiscos son análogos, dice Fouillée (*Obr. cit.*, página 140); pero no se detiene á probarlo. Y hace bien, porque, tal como él plantea el problema de esta analogía, me parece de difícil demostración. Porque, si, como en la misma obra y capítulo afirma, los vascos son los representantes más puros de dichos iberos, y, por tanto, de la primitiva raza berberisca peninsular, queda sin explicación la ausencia de toda analogía entre la lengua euskara y los dialectos berberiscos hasta ahora estudiados, pues aunque hay sabios (no muchos) que pretenden haber hallado señales de esa analogía, los argumentos presentados en pro de esta tesis carecen de valor. Tampoco los suministran la antropología ni la paleontología. Aceptada queda la probabilidad de que las principales razas mediterráneas procedan de un solo tronco (véase pág. 14), pero es indudable que hay ramas que se apartan mucho unas de otras, y que las hay también muy enlazadas.

Al día siguiente del mitin enviamos por correo 150 cartas á otras tantas personas reputadas de patriotas, ricas é inteligentes, solicitando su concurso para enviar al Africa Ecuatorial una expedición que explorara la costa de Guinea y adquiriera en ella derechos de propiedad á nombre de España. Firmaban la carta-circular D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Fernando de León y Castillo, D. Gabriel Rodríguez, D. José Carvajal, D. Rafael María de Labra y D. Bonifacio Ruíz de Velasco. Al propio tiempo, pedíamos al gobierno 7.500 pesetas para dos ó tres casetas con nombre y honores de pesquerías y factorías, que sirvieran de signo material de ocupación. Pusimos grandes y, á lo que muy luego se vió, mal fundadas esperanzas en el concurso de aquellas casas de la antigua nobleza española, ganosas antaño de gloria, y que, no contentas con ayudar al Rey en las empresas que éste acometía, solían armar barcos y levantar escuadrones para tomar plazas al moro, ó asistir á propia costa á las guerras de Italia y de Flandes. Ni una sola acudió á nuestro llamamiento, y con sequedad elocuente enviáronnos respuestas (cuando no prefirieron dejarnos sin ninguna) como la que á continuación copío:

« *Sr. Presidente de la Sociedad de Africanistas:*

Muy señor mío y de mi consideración: Ausente de Madrid el señor duque de Fernán Núñez, contesto por encargo suyo á la carta que le ha dirigido V. con fecha 13 del corriente, para manifestarle que no es posible acceder á los deseos que en la misma le expresa en nombre de la Junta Directiva de la Sociedad de Africanistas.

De V. atento seguro servidor q. b. s. m. — A. M. S.»

No más calor que entre los magnates de añeja cepa encontramos en los poderosos de origen moderno, según puede verse por esta otra carta:

« *Señores de la Sociedad Española de Africanistas.*

Madrid 19 de mayo de 1884.

Muy señores míos: Al recibir de Málaga la atenta carta que recuerdan en la de 13 del actual, omití contestarla por carecer de conocimientos para apreciar la importancia y

ventajas de la expedición á Africa que tienen proyectada. Incompetente, pues, en la materia, no puedo dar una opinión autorizada que les sea útil, ni contribuir á un objeto ignorado, que en otro caso tendría la mayor complacencia en apoyar.

Con este motivo me ofrezco de ustedes muy atento y seguro servidor q. b. s. m.

Manuel Larios.»

Esta carta, en que se nos decía que su autor carecía de conocimientos en la materia; que, por tanto, no tenía opinión en ella; que ignoraba con qué objeto se envían expediciones á Africa, y que este estado de ignorancia le impedía asociarse á nuestra empresa y socorrernos con su bendita limosma, era, más que de D. Manuel Larios, de la propia España moderna en él personificada. La cual España, siguió diciéndonos por boca de D. J. Gumella (de Canarias) que, en vez de utópicas colonizaciones remotas, debíamos emprender la del patrio suelo; por la de D. Sabas Muniesa (de Madrid), que era preferible perseverar en la obra de colonizar lo que ya poseíamos, y más por la parte de Marruecos (donde no poseíamos absolutamente nada colonizable, ni podíamos venir á poseerlo sin grandes sacrificios pecuniarios: ¡tan al tanto de la materia estaba D. Sabas!); por la de D. Felipe Tutau (también de Madrid y hombre de ideas avanzadas), que era locura pensar en factorías ni en nuevas colonias; y así y con parecidas razones nos habló por la de muchas otras personas. Algunas hubo que acogieron con aplauso nuestra iniciativa, ó que, si bien la hallaron un poco romántica, y de más que dudoso provecho, creyeron que debían ayudarnos en gracia á la buena intención, y á estos beneméritos, que fueron poquísimos, sumáronse los obligados por requerimientos de la amistad. Unos y otros formaron el escaso contingente de nuestros favorecedores. De ellos fueron D. Carlos Prast (de Madrid), el conde de la Vega Grande (de Las Palmas), D. L. Bravo (de Mayagüez), D. J. M. Borges (de la Habana), etc., etc. El ministerio de Estado dió las 7.500 pesetas pedidas y S. M. el Rey D. Alfonso XII 3.000.

Pero, con eso y con todo, apenas habíamos reunido 6.000 duros, al cabo de largos meses de trabajos ímprobos y de tres circulares reservadas, en las que, con perseverancia digna del noble propósito á que enderezábamos nuestros esfuerzos, implorábamos la caridad pública para fundar la España africana, mientras era tiempo de emprender semejante obra, y quedaba en el ya casi repartido continente negro algún espacio disponible. Y no sé cómo ni cuándo habríamos podido comenzarla, siendo cosa tan apartada del gusto español, sin el socorro que vino á darnos un médico asturiano, hombre animoso como pocos, desinteresado y modesto cual ninguno: un rezagado de los tiempos de la España heroica. Este ser singularísimo, no sólo ofreció su persona, la cual, según lo probaron los sucesos, era única para el caso, sino que dió 5.000 pesetas en dinero, á pesar de no ser rico, é impulsado por su irresistible vocación de viajero. Con las 5.000 pesetas del Dr. Osorio llegó nuestro Tesoro á la suma de 37.017 pesetas 50 céntimos: menos de lo que suele producir una corrida de toros. Tres de los principales donantes, D. Federico Puig, D. Jacinto María Ruíz y D. Carlos Prast, recibieron el encargo de intervenir los gastos, y en calidad de tales interventores asistieron á la reunión de la Junta directiva de la Sociedad de Africanistas, celebrada el 27 de julio de 1884. Expuesto el pensamiento, que fué alabado y aprobado por los interventores, pasóse al estudio del presupuesto de la expedición, el que se hizo con brevedad, porque, por ser tan corto el capital, no había dilatada materia de estudio. Los gastos de viaje y transporte se calcularon en 5.300 pesetas. Las mercancías importaban 8.600; la expedición debía costar 3.600; para la estación que se proyectaba construir, y los hombres que en ella habían de quedar cuatro meses (un blanco y seis negros), se presupuestaban 2.000 pesetas, y para el viaje de regreso 2.600. En total 22.100 pesetas. Hallaron los interventores que lo más del gasto se había calculado muy por lo bajo; mas no podía hacerse de otro modo, porque era preciso guardar lo restante de lo recaudado para la expedición al Sahara y otras necesidades urgentes. Pareció particularmente escasa la cantidad consig-

nada para asegurar la vida del señor Iradier (estilo siglo XIX), nombrado jefe de la expedición, y, en vez de la anualidad de 500 pesetas presupuestas, pidieron se consignase doble cantidad para asegurar á la familia de dicho señor de 8 á 10.000 duros en caso de desgracia. El Dr. Osorio, en vista de lo apretado de los recursos, renunció á todo seguro en su favor (estilo antiguo, ó del siglo XVI), para que mejor se pudiese atender á los demás.

Para la expedición al Sahara se presupuestaron 7.500 pesetas, sin detallar las partidas. Y como nadie daba más y el tiempo urgía, pusimos manos á la obra.

El artículo primero y principal del programa que en Africa debía ejecutar nuestra expedición, era la ocupación de Camarones, porque, conseguida ésta, vendría á quedar por España el extenso litoral comprendido entre aquella región y el río Muni; pero once días antes de su partida desembarcaba en aquellos parajes el Dr. Nachtigal y tomaba posesión de ellos en nombre del gobierno alemán. Inmediatamente izó Inglaterra su pabellón en cuantos sitios cercanos pudo, y los franceses, que ya entonces tenían un puesto en el río Benito, le reforzaron y firmaron tratados con los jefes negros del Utamboni. No quedó libre ni un palmo de tierra. ¡Dos meses antes habría podido España ocupar un litoral cuyo *hinterland* superaba mucho en extensión, y no era inferior en riqueza, á Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Carolinas juntas! Nadie echó de menos la pérdida, porque la nación carecía de ansias de expansión y dominio.

La expedición se dirigió á Corisco, y hubo de contentarse con firmar tratados de protección con negros de la vecina costa y tierras cercanas. Al poco tiempo (á los 26 días) cayó enfermo Iradier, y quedó Osorio viajando solo, sin recursos, á veces descalzo, por las escabrosidades y selvas vírgenes de la Sierra del Cristal, en país completamente desconocido y habitado por antropófagos, en cuya explora-

ción demostró un valor, una energía física y un desinterés muy verdaderos y dignos de admiración. Con 10.000 pesetas que facilitaron las misiones de Fernando Poo y alguna otra suma que anticipó el gobernador de la isla, señor Montes de Oca, continuó Osorio sus trabajos, acompañándole aquella autoridad. Pero también enfermó Montes de Oca, y Osorio solo siguió peregrinando por las cuencas del Muni, el Benito y el río del Campo, siendo el primero en reconocer el Ntem y en sospechar la identidad de este río con el Campo, confirmada más tarde por él mismo cuando formó parte de la comisión de límites hispano-francesa. Nada le detuvo. Ni la triste nueva de la muerte de su padre le hizo abandonar la empresa, y cuando al fin regresó á la Península, agotados todos los recursos, no sólo trajo una descripción exacta del país y un acabado estudio de los naturales, sino una completa colección etnográfica. El territorio que, según el señor Iradier, había quedado perteneciendo á España, medía unos 19.000 kilómetros cuadrados. Pero esta posesión no era efectiva. Todo el litoral se le habían repartido franceses y alemanes, y cuando éstos abandonaron la partida, la ocupación de hecho fué exclusivamente francesa y siguió siéndolo por largos años sin protesta de la opinión pública, ni más campaña hostil en la prensa que la de las publicaciones de las Sociedades Geográficas, y la que por los años 90, 91 y 92 hice yo en *El Resumen* y en algún otro diario ó revista.

El 26 de diciembre de 1884 declaraba España oficialmente que los territorios de la costa del Sahara quedaban bajo su protectorado. Habíase procedido con gran diligencia para anticiparnos á un proyecto inglés que habría dado al archipiélago canario vecindad muy peligrosa. Cerca de año y medio después (26 de mayo de 1886) desembarcaba en Río de Oro la expedición exploradora compuesta de los señores Cervera y Quiroga y dos moros de la compañía de tiradores del Rif. Internáronse en el desierto acompañados de varios indígenas que se prestaron á servirles de guía. Los tuaregs (Ulad Selim y Ulad bu Sba) se les mostraron siempre enemigos, unas veces con disimulo, otras abiertamente. Ma el-Ainín ech Chenguiti (cuyo nombre

tanto suena ahora) hacía correr órdenes prohibiendo recibir y acompañar á los cristianos. Por fin llegaron al Adrar Tmar, ó cerca de él, saliendo á recibirles el Sultán Mohamed-Uld-el Aida, con quien cambiaron presentes. No ha podido ponerse nunca en claro el alcance y circunstancias de esta visita. Cervera afirma que el Aida reconoció la soberanía de España; pero debieron ofrecerse dudas graves á nuestro gobierno, cuando nunca quiso dar validez oficial al tratado, ni comunicarle á las potencias extranjeras, por lo que no pudo ser invocado jamás en favor de nuestras pretensiones.

Éstos fueron los resultados políticos. Los geográficos tuvieron alguna mayor importancia. Fijáronse los contornos y dimensiones de la península de Río de Oro *(el-Dajla*, la entrante, la llaman los árabes) y se estudió su constitución geológica. Cervera, geólogo de mérito, trajo muy curiosas noticias de la constitución del Sahara, su fauna y su flora. Al propio tiempo que Cervera y Quiroga recorrían el Sahara, visitaba Alvarez Pérez la costa del Sequia-el-Hamra, concluyendo un tratado de protección y comercio con algunos jeques del litoral.

Esto fué lo que hicimos. Éste el imperio colonial africano que fundamos. ¿Parece poco? Yo creo que no puede hacerse más con 6.000 duros. Y aun parece mucho cuando se consideran los alientos de la nación en aquel momento y su gusto por este género de empresas.

Por los años de 1884 á 86 inquietáronnos bastante los propósitos de rectificación de la frontera argelino-marroquí que se atribuían, no sin muchas apariencias de fundamento, al gobierno francés; así como también la conducta de éste en el Sahara y en Guinea, donde manifiestamente se oponía á nuestras incipientes empresas coloniales. La Sociedad de Africanistas reclamó contra él, solicitando la atención de la opinión pública y del gobierno, y la Sociedad Geográfica de Madrid, secundando esta iniciativa, pre-

sentó una exposición á las Cortes en la que consignaba «que sería dañoso para España el tratado franco-marroquí, en los términos en que lo proclama la prensa europea, y lo recela el instinto certero de nuestro pueblo. Uno porque cerraría todo horizonte á nuestra patria por el lado del Mediodía y nos obligaría á constituirnos para mañana en una situación ofensiva que, por nuestro propio bien, y para el bien de los demás países, á toda costa debemos evitar: harto tiene España á la espalda con un Gibraltar, para que vayamos á consentir que surjan en un momento de debilidad nuestra una legión de Gibraltares franceses detrás del Rif, y, como consecuencia, hoy ó mañana un segundo Gibraltar inglés en Tánger.» Y añadía: «He aquí por qué esta Sociedad no puede ver sin alarma que Francia, faltando á la solemne convención de Madrid, haya recibido en clase de cliente y protegido suyo al poderoso cherif de Uazán é intente imponer á Marruecos una rectificación de fronteras que colocaría en sus manos una gran parte del territorio, y con él la llave de Fez y de todo el imperio.»

Las Sociedades Geográficas no querían oir hablar de desmembración de Marruecos ni aun vendiendo España su consentimiento á cambio de compensaciones de importancia. «¿Qué conducta debe observar el gobierno español en presencia de este conflicto? ¿Protestar y lavarse las manos? ¿Dejar hacer? ¿Entrar en el complot y llevar su parte, v. gr. el Rif y el Sus, á pretexto de ensanches que necesitan para desarrollarse y defenderse Chafarinas, Melilla, Alhucemas, Ceuta, Ifni, las Canarias? Hoy la pregunta sería enteramente ociosa: el país ha definido su voluntad, y el gobierno debe hacer lo que el país quiere. Ni aventuras ni abdicación: respetar á Marruecos y protegerlo contra el fuerte: prevenir futuros peligros, que han de amenazar á España si el imperio de Marruecos se disuelve ó se anula. Numerosas Asociaciones geográficas y científicas, Juntas de Agricultura, Industria y Comercio, Sociedades Económicas de Amigos del País, Círculos mercantiles, Ateneos industriales, la representación viva de todos los intereses y de todas las energías del país, han represen-

tado á las Cortes acerca de la solución que entienden debe darse al problema de Marruecos; y todas han estado unánimes en pedir, entre otras cosas, ésta: «que se defienda la integridad del imperio marroquí y la soberanía plena de su gobierno, por todos los medios diplomáticos y militares de que la nación pueda disponer, considerando toda amenaza contra aquel estado como una amenaza contra nuestra propia independencia ó contra nuestro propio suelo.»

Luego, en opinión de los africanistas, España debía mantener la integridad del imperio marroquí, aunque para ello hubiese de arrostrar una guerra con Francia, propósito mucho menos descabellado y absurdo de lo que á primera vista parece: primero porque Francia no habría arrostrado jamás los peligros de unas hostilidades que habrían podido complicarse gravísimamente con otras del lado del Rhin (1) y luego porque para sostener á Marruecos se podía contar seguramente entonces con la ayuda de Inglaterra. ¡Como que el veto de ésta es el que hasta última hora le ha sostenido! Por modelos de empresas absurdas y descabelladas pueden, en cambio, ponerse dos á que nos arrojamos con loca inconsciencia: la arremetida contra Alemania en 1885 y la guerra con los Estados Unidos en 1898. Además, puede un pueblo, como un hombre, sin perder la reputación de cuerdo, arriesgar mucho con la probabilidad de grandes ventajas; pero sólo á un hombre ó á una nación completamente faltos de seso se les ocurrirá jugar su reputación, sus recursos todos en una aventura en la que los peligros son ciertos y no hay esperanza de ganancia alguna, ni aun después de la más completa victoria.

Por aquellos días expuso el señor Costa en el Ateneo de Madrid nuestro programa, esto es, el programa de la penetración pacífica española: «España debe transformar á Ceuta, Melilla é Ifni en poblaciones civiles de importancia, con propios elementos de vida (puertos, ferias, arsenales, carreteras, agricultura, etc.), y en focos activos de cultura (escuelas bilingües, etc.); debe rehabilitar á la raza berbe-

(1) Véase el capítulo anterior.

risca, haciendo con ella lo que Inglatera hizo respecto de Grecia, lo que Francia hizo respecto de Italia, iniciándola en la vida moderna, garantizando, además, al Moghreb entero su independencia y la integridad de su territorio. Así volverá España á ser nación civilizadora y creadora, y habrá suministrado á su vida ideales de que carece, y asegurará sus fronteras meridionales contra las eventualidades del porvenir. Los intereses de España y de Marruecos son harmónicos.» En suma: *statu quo* territorial y político; progreso administrativo y social. A esto debía tender la acción española. Y también por entonces, y merced á nuestras instancias perseverantemente renovadas, se consignó en presupuestos un crédito de 100.000 pesetas para exploraciones; pero á la postre no hubo exploraciones porque no hubo dinero, y de toda aquella humareda apenas brotó la tenue llamarada cuya historia ahí queda referida, y que se fué extinguiendo poco á poco, falta de alimento.

El 24 de mayo del 86 obsequiábamos los africanistas con un banquete á Iradier, Osorio, Montes de Oca y Jiménez, y allí pronunció Cánovas del Castillo las siguientes palabras, que son, sin duda alguna, el mejor y más elocuente remate que puedo poner á este capítulo.

«Mucho pueden y deben hacer los gobiernos; pero ¡ay de las empresas de la naturaleza de la que se trata, que no son compartidas por el sentimiento de la nación entera! (Grandes aplausos.) A la industria y al comercio de España es á quien corresponderá principalmente el buen éxito final de las grandes empresas que los dignos exploradores de Africa han acometido. Estas empresas hay que acometerlas por amor á la nación, con el espíritu patrio, con el alma; pero hay que completarlas y realizarlas por el interés individual, hay que llevar á las nuevas regiones necesidades prácticas, el tráfico, la industria, el comercio, todo aquello que realiza y da cuerpo á las obras del espíritu en la vida humana.

»..... Es preciso dar un alma, como toda alma, inmortal, á esta nación nuestra que parece que vive ahora sólo para el momento presente. Es preciso que obremos ya, no para nosotros solos, sino para los hijos de nuestros hijos, para los nietos de nuestros nietos, para toda la nacionalidad española. (Grandes aplausos.) Con tales aspiraciones y unidos por ellas todos en feliz consorcio, podemos ciertamente prometernos que los grandes servicios prestados y los inmensos sacrificios hechos por los exploradores que he nombrado antes, no sean, ni mucho menos, perdidos para la nación española. Soy yo, quizá, quien, en distintas ocasiones, ha levantado más su voz contra el afán de aventuras estériles y desproporcionadas á nuestras fuerzas, que han ayudado en otros tiempos á precipitar la decadencia de la nación española. Y no soy yo, por tanto, de los que han de aconsejar en este momento cualquier género de aventuras que, fuera de la medida de nuestras fuerzas, hubiesen de perjudicarnos á la larga. ¿Cómo hemos de negar, por otra parte, que en el fondo de la conciencia europea está ya hoy que todo pueblo que ocupa nuevas tierras tiene la obligación de fertilizarlas? No he de oponerme por eso yo, que tengo tanto patriotismo como cualquiera, á las grandes aspiraciones de la nación española; pero entiendo que cada vez que adquirimos una pulgada de tierra adquirimos un gran deber; que no se santifica ya la propiedad de la tierra, ni siquiera en el derecho privado, para poder dejarla baldía y sin poder servir á las necesidades humanas.

»Preveo que, dentro de algún espacio de tiempo, los motivos históricos no bastarán por sí solos para poseer dominios territoriales, como no bastan para mantener ningún derecho político ó exclusivamente social. Los hombres y las naciones tienen que cumplir sus misiones respectivas en el universo, sus respectivos deberes para con la humanidad, y sin estar ya siempre expuestos á ser reemplazados y substituídos por las naciones que se encuentran á la altura de dichos deberes. ¡Ah! no lo olvidemos, pues, señores: viajemos, exploremos, descubramos, acrecentemos en buen hora los límites de nuestro dominio colonial; pero que la actividad individual, el comercio, la industria, la civiliza-

ción, sigan nuestra bandera. Que á la obra, en fin, del Estado responda potente y asiduamente el trabajo individual y nacional.» (Grandes y prolongados aplausos.)

El Estado y el trabajo individual y nacional echáronse á dormir juntos la siesta, y el intento de política africana no pudo romper el cascarón académico, viniendo á abortar lastimosamente. En vez de él, floreció la gran conquista de Ultramar.

CAPÍTULO VI

Bancarrota de la política africana y catástrofe ultramarina.

a) Rivalidad franco-inglesa: su recrudecimiento.—España hace de amigable componedor. —Actitud hostil de Francia.
b) Construcción del fuerte de Sidi Guariax.—Oposición de los rifeños.—Rómpense las hostilidades.—Delirio patriótico.—Vacilaciones del gobierno.—Reúnese un ejército en Melilla. —Intervención de Europa.—Evítase la guerra con Marruecos, merced á la intervención de Francia.—Consecuencias de una bofetada.
c) La catástrofe ultramarina.—España entierra en América su porvenir.—¿Finis Hispaniae?

No por haber retirado Francia á Ordega y reemplazádole por Feraud (competentísimo africanista y amigo personal del Sultán) mudó su política, ni su influencia disminuyó, ni tampoco pareció inclinada á mayor benevolencia hacia España. El banquete de la embajada española, en que tan afectuosos se mostraron los señores Flourens y Charmes, no había dejado rastro alguno en la política. En la legación francesa en Tánger y en el *quai d'Orsay* se veía con mayor enojo cada día la autoridad de que gozaba Inglaterra en el Majzen, y por suponérsenos unidos á aquella potencia, sobre nosotros caía parte de la aversión que inspiraba. Por muchos y muy diferentes caminos se procuró separarnos de ella, y no dejó de notarse lo concertadamente que trabajaba la publicidad en Tánger, Madrid y París en contra de los dos principales mantenedores del

statu quo del imperio. (1) Llegó á su auge el 92, cuando la embajada de Ewan Smith, que fué tan ruidosa como poco afortunada, lo que disgustó seriamente al gobierno de Londres, irritándole contra el de París, al que atribuía, no sin razón, el mal suceso de su representante. La rivalidad colonial anglo-francesa entraba en un período agudo, no sólo por motivos africanos, sino también por incompatibilidades asiáticas, llegando á temerse una guerra por la cuestión de Siam. Parece que el gobierno español hizo, en lo referente á Marruecos, de amigable componedor, procurando impedir, mientras duró la rebelión de los anyeras, que las dos naciones rivales enviasen buques á Tánger, y consiguiéndolo: labor difícil que nuestra diplomacia ejecutó con acierto y fortuna. (2) No sé si con esto empezó á suavizarse el malhumor de la francesa. Sólo puedo decir

---

(1) Véase Becker, *España y Marruecos*, páginas 262 y siguientes.

(2) Intentóse por entonces levantar en España el espíritu público contra Inglaterra, provocando una algarada patriótica parecida á la de las Carolinas. Era cuando más encendida estaba la discordia franco-inglesa y amenazaba con una guerra por la cuestión de Siam. El corresponsal de *El Liberal* en Londres telegrafió la noticia de haberse apoderado Inglaterra de las islas Salomón, «que son territorio español, por haberlas descubierto y ocupado nosotros, quedando allí como vestigios de nuestro dominio fuertes y pórticos ruinosos con las armas de España grabadas en piedra: usurpación que estaba pidiendo energica protesta.» Cayeron en el lazo unos periódicos y dejáronse caer otros. *El País*, *El Diario Español*, *La Correspondencia Militar*, *La Justia*, *El Siglo Futuro*, *La Epoca* y casi todos los diarios madrileños iniciaron animosamente la campaña antiinglesa, sin pararse á considerar dónde y cómo podría acabar la nueva y descomunal aventura. Pero fué fácil demostrar que jamás habíamos poseído las islas Salomón; que no existían en ellas, ni en tiempo alguno habían existido, ruinas de construcciones españolas, ni pórticos, ni aun restos de la más insignificante cabaña en que hubiesen puesto mano antepasados nuestros; que ni siquiera se había apoderado de ellas Inglaterra, sino repartídoselas de acuerdo con Alemania bastantes años antes; que hasta en la *Geografía* de Monreal, de texto en los Institutos, se consignaba el reparto; que el corresponsal alarmista no sabía cómo se llamaban las islas, ni dónde estaban, barajando las de un archipiélago con las de otro, las dichas islas con sus puertos, y que cuanto decía de su descubrimiento y posesión por España era un novelón folletinesco. Increíble parece que la prensa concediera la menor atención á semejante engendro de la fantasía. Por suerte nuestra la gente se encogió de hombros ante el supuesto agravio británico, y no hubo medio de inflar este asunto hasta convertirle en grave negocio nacional.

que no cesaron en todo el año 92 las censuras concordantes de ciertos órganos africanistas de ocasión (de un celo inusitado y sospechoso), que se templaban al son que convenía en Tánger á D'Aubigny, sucesor de Feraud. Estábamos, pues, muy lejos de entendernos, ni siquiera de tratarnos con alguna cordialidad, y en los diferentes episodios de nuestras relaciones con Marruecos (apresamiento de la tripulación del *Nueva Angelita* por las autoridades de Agadir, saqueo y apresamiento del laúd *Miguel y Teresa* por los bocoyas, agresión á la guarnición de Melilla, etc.) hubimos de contar con nuestras solas fuerzas para obtener las satisfacciones y reparaciones pedidas, obrando independientemente de influencias favorables ó adversas, y acaso por eso con mayor eficacia y acierto. El incidente de Melilla le condujo rápida y enérgicamente á feliz desenlace el duque de Tetuán, de suerte que, habiendo comenzado no menos aparatosamente que el que de allí á poco le siguió, ni por un momento revistió los imponentes caracteres de conflicto internacional á que éste llegó con tan desastrosas consecuencias para España.

Existía desde hacía tiempo un plan completo de fortificación del campo de Melilla. Supongamos que era urgente fortificarle; que era más urgente que construir el puerto; pero, ¿podían acabarse las obras sin conflicto? Y, de haber conflicto, ¿convenía arrostrarlo? ¿Entraba eso en los planes del gobierno? Que habría conflicto era seguro. Ya le había habido en 1890; más inevitable era ahora, pues el nuevo fuerte, sobre que había de construirse junto á las *kubba* de dos personajes muy venerados, vendría á dominar uno de los principales caminos de la comarca. Había, por tanto, dos cosas que hacer: si no se quería conflicto, aplazar la construcción; si se quería, prepararse para escarmentar á los rifeños en cuanto se desmandasen. No se hizo lo uno ni lo otro; no hubo plan.

La construcción del fuerte de Sidi Guariax se empezó como podría empezarse cualquier obra modesta de un

cuartel de Cáceres ó Cuenca. La gente de Guelaia tenía avisado que no las permitiría. ¿Cómo tolerar que los cristianos profanasen con sus miradas y amenazasen con sus cañones los sepulcros de Sidi Guariax *(Mi señor del Río de las Plumas)* y de Sidi Mohamed el Muyajed *(Mi señor Mohamed el combatiente en la guerra santa)*? Mas, antes de oponerse con las armas, quisieron obtener buenamente de España la satisfacción de sus deseos: escribieron y enviaron á la Reina una exposición en la que con el mayor respeto la suplicaban que se levantase el fuerte en otra parte para que la paz de los fieles enterrados en el vecino campo no padeciese. Presentáronla al general Margallo, quien la mandó á Madrid. Llegó y archiváronla en el ministerio de la Guerra. ¡Había que informar!

El citado general, sabedor de la actitud hostil de los rifeños (disgustados por el desprecio de no contestárseles), pidió instrucciones al ministro de la Guerra, quien le replicó con las Ordenanzas: «Haga V. E. lo que le aconsejen su espíritu y honor.» La guarnición de la plaza había sufrido poco antes alguna disminución. Sólo había disponibles unos 300 hombres, que podrían tener que habérselas con 6.000, con 8.000, acaso con más. Margallo emprendió la construcción del fuerte. El 29 de septiembre los rifeños destruyeron por segunda vez las obras. Al otro día se prohibió la entrada en la plaza á los moros de Beni-Sicar, y por la noche quedaron 40 hombres en una caseta guardando las obras. Esta pequeña fuerza á tres kilómetros de la plaza, sin sostén alguno, y en contacto con enemigo numeroso y aguerrido, corría riesgo de ser arrollada; lo fué al día siguiente, y con ella cuantos destacamentos salieron á apoyarla. No sin gran trabajo y peligro se pudo cubrir su retirada, quedando nuestras fuerzas encerradas en los fuertes y plaza, y los moros dueños del campo. Margallo pidió refuerzos con urgencia, y de Madrid se los enviaron, sin duda tan aprisa como pudieron, pero á razón de cien hombres diarios: 2.000 hombres en los primeros veinte días. Los batallones no contaban más de 350 hombres y los regimientos 650. En Melilla no había nada dispuesto: ni camas, ni víveres, ni agua en los fuertes, ni medicamen-

tos, ni curas antisépticas. En Rostro Gordo se contaban 28 jergones para 400 hombres. ¡No había medios de transporte..... ni nunca llegó á haberlos! En suma, la misma preparación para la guerra que tan elocuentemente nos pinta Mello en su Historia de la de Cataluña.

Margallo, según recibía tropas, construía trincheras, pareciéndole poco abrigo los fuertes del campo exterior; los moros, envalentonados viendo que nadie les acometía, tiroteaban constantemente desde las que habían sido posiciones españolas; ellos, á su vez, se atrincheraban y recibían refuerzos. A los 27 días de comenzadas las hostilidades, ésta era la situación; pero había tres planes de campaña: el del general Margallo, el del ministro de la Guerra y el de una comisión técnica por éste nombrada. El adoptado tras largas vacilaciones y prolijos estudios consistió en ir ganando terreno hacia el fortín de Sidi Guariax abriendo trincheras. Tal vez era copia del que sirviera para la toma de Sebastopol. El 27 por la mañana comenzaron las trabajos. A las cuatro y media de la tarde el enemigo toma la iniciativa del ataque. Las fuerzas de Borbón, encargadas de contenerle, retroceden. Al anochecer nueva encerrona de nuestros soldados en los fuertes y en la plaza. Como siguiera por la noche el tiroteo, Margallo marcha con el general Ortega al fuerte de Cabrerizas Altas, donde quedaron bloqueados, y con ellos buena parte de la guarnición y toda la caballería (45 caballos de desecho).

Al romper el alba, dispone Margallo que los soldados vayan saliendo por pelotones. Los moros, que, emboscados en los barrancos, barren la entrada con sus fusiles, los meten de cabeza en el fuerte. Sale él para dar ejemplo, y cae muerto. Dos cañones quedan un momento abandonados. Poco después llegan de la plaza dos compañías de ingenieros y el batallón Disciplinario, y queda levantado, sin dificultad, el cerco.

El inesperado suceso de Sidi Guariax toma proporciones de conflicto. La prensa trompeteaba vigorosamente, y el gobierno, que ya vislumbraba en el horizonte complicaciones internacionales, no acertaba á negociar ni á prepararse para combatir. El ministro de Estado tiraba á lo pri-

mero; el de la Guerra, á lo segundo. El 4 de noviembre llamó éste á las armas 80.000 soldados de infantería, 10.000 de caballería y 4.000 de artillería, sin tener con qué vestirlos ni saber dónde alojarlos. Para la artillería no había caballos ni mulos, ni arreos para la caballería, ni raciones y alojamientos preparados para la tropa. Unos soldados no sabían á dónde los destinaban; otros tomaban diferente tren del que debían; nadie se entendía. En varios puntos hubo motines producidos por reservistas, á los que muy pronto alentó la prensa. Hubiera convenido que los que por entonces compadecían á los pobres quintos, viesen por sí mismos la conducta de éstos y lo relajada que estuvo la disciplina, al menos en los primeros días. El más importante de estos motines fué el de Getafe. Andaban los reservistas peregrinando por toda España, de estación en estación, sin encontrar nada dispuesto para el transporte, alojamiento y alimentación, ni siquiera, muchas veces, el batallón ó regimiento á que debían incorporarse. De este modo se fueron reuniendo y enviando á Melilla las tropas; pero ni aun habiendo ya 15.000 hombres se pensó en limpiar de enemigos el campo de la plaza, y rescatar las perdidas trincheras. La tropa trabajaba en la construcción de otras nuevas, siendo ésta su única ocupación. Por fin juntáronse hasta 24.000 infantes, 180 cañones y 300 caballos, todo lo cual vino á constituir dos cuerpos de ejército con 33 generales, pero sin medio alguno de transporte. Aquella monstruosa máquina militar no podía moverse, y no se movió más que para reembarcarse. El general López Domínguez, ministro de la Guerra, pretendió tomar el mando en jefe: pero no halló ambiente favorable en la opinión, ni acaso tampoco en el gobierno. Lo cierto es que, después de haber dicho que iría á Melilla ó se volvería á su casa, prefirió tomar una determinación equidistante entre las dos anunciadas, y se quedó en el ministerio. El mando le tomó el general Martínez Campos, aunque sólo para asistir, con los 24.000 hombres, á una misa que se dijo en el terreno del fuerte de Sidi Guariax, y entrar en tratos con Muley Jarafa, tío del Sultán y su representante en el Rif, por orden del cual desalojaron los rifeños las posiciones que en

nuestro campo ocupaban. Pero los poderes de Muley Jarafa concretábanse á eso, ó poco más, y el general Martínez Campos pedía en nombre de España garantías para lo porvenir, una indemnización, etc., etc. El representante del Sultán no quiso tocar estas cuestiones, y fué preciso que España tratase directamente con el Majzen. El negocio puramente local de Melilla suscitaba toda la cuestión de Marruecos, y con la cuestión de Marruecos una complicación internacional de las más graves. ¡Aquélla sí que era aventura para atemorizar á un pueblo!

¿Qué hacía el nuestro? Deliraba. La escaramuza del 2 de octubre, amplificada prodigiosamente por los periódicos, pareció á la exaltada imaginación popular suceso de estupenda magnitud. Allí no se habían visto más que actos heroicos: el campo de Melilla había sido teatro de un drama casi sin precedentes en la historia. La fiebre periodística cundió por todas partes. El 6 unos jóvenes zaragozanos organizaban una becerrada para socorrer á los heridos (33). «Es indescriptible el entusiasmo», telegrafiaba un corresponsal. De Cádiz comunicaba el telégrafo: «Va á partir el regimiento de Álava; una inmensa muchedumbre se agolpa en las calles; las señoras arrojan flores desde los balcones, y las cigarreras, no sólo vitorean á las tropas, sino que algunas se ofrecen como soldados.» De Valencia telegrafiaba el 5 otro corresponsal: «Este vecindario ha dado, con motivo de los sucesos de Melilla, pruebas de que al pueblo valenciano podrá igualarle otro en patriotismo, pero superarle ninguno.» ¡El Ayuntamiento de la ciudad había abierto también una subscripción para los soldados! El entusiasmo tomaba carácter municipal. Todos los ayuntamientos ofrecían su apoyo incondicionalmente contra el moro. El de Madrid votó los siguientes acuerdos: «1.° Protestar del salvaje atropello cometido por las bárbaras cábilas rifeñas con las tropas españolas. 2.° Enviar un cariñosísimo saludo al general Margallo y soldados á sus órdenes por su heroico comportamiento en la sangrienta jornada

del 2. 3.° Ofrecer cuanto sea necesario, llegando hasta el más inmenso sacrificio, á fin de dejar á salvo el honor de la patria y el de su ejército.»

La marcha de Cádiz sonaba por todas partes, encendiendo los corazones en amor patrio repentino y callejero: era la música de la letra que salía de las imprentas. La juventud de Pontevedra quiso formar un batallón de voluntarios; en el cuartel de Aranjuez presentáronse paisanos que, á imitación de las cigarreras gaditanas, querían sentar plaza para ir á pelear con los rifeños; lo propio sucedió en Valencia, y en otras muchas partes; los estudiantes, cuya única y suprema aspiración es vivir en la holganza y alcanzar el título sin haber estudiado, aprovecharon tan buena ocasión de pasear ociosos por la vía pública, y se dieron á organizar manifestaciones patrióticas. La prensa atizaba el fuego publicando insensateces como ésta: «*Tiradores Mauser*. Mañana, á las siete, salen para Málaga y Sevilla á ensayar en el cuerpo vil de nuestros ofensores las balas certeras de los fusiles nuevos.» Margallo fué en pocos días héroe del Romancero y soldado incapaz. El furor guerrero tenía intermitencias de postración profunda. «Un día más, una nueva desventura, y ya no podremos resistir la sacudida», escribía *El Liberal* de 9 de octubre. Los disparos del *Conde de Venadito* fueron más celebrados que la victoria de Lepanto. El capitán Ariza, jefe de una guerrilla de presidiarios, dijo á un corresponsal del periódico arriba citado: «Lo que me propongo hacer es muy sencillo: quiero echar á los moros de nuestras trincheras, porque es una vergüenza que continúen ocupándolas. No pienso hacer muchos prisioneros ni matar á los que coja. Al que pille le corto las orejas y le suelto. Cien rifeños desorejados corriendo por Frajana y Mazuza darán á los demás una alta idea de lo que son las guerrillas españolas.» Este plan de operaciones, genuinamente rifeño, fué aplaudido por los periódicos y por el público de éstos, y comenzado á ejecutar por un presidiario llamado Farreu, quien, sin duda, creyó que desorejar á un moro era acción meritoria. Valióle el error ser, con harta justicia, fusilado.

Ya por entonces no sabía el gobierno cuál de las dos complicaciones le amedrentaba más: la exterior, que crecía por momentos, ó la interior, compuesta de ruido y humo, pero á la que no se atrevía á despreciar, como era su deber. El 4 de octubre había enviado el señor Moret instrucciones á nuestro representante en Tánger colocando la cuestión en su verdadero sitio: de gobierno á gobierno. Pero, influído por el fantasma de la guerra al infiel marroquí que andaba paseándose por todas las redacciones, calles y callejones que tiene Madrid, dirigió un telegrama á los representantes de España en el extranjero encargándoles pidiesen á los gobiernos ante quienes estaban acreditados su opinión sobre el choque á su parecer probable. Supeditada nuestra acción al consejo ajeno, hubimos de escuchar, y á la postre seguir, el que nos dieron, que en substancia era «no quitar al negocio su carácter local evitando mezclar en él al Sultán». Lo contrario de lo que estábamos haciendo, pues en Melilla reuníamos tropas como para la conquista del Rif, y con el Sultán teníamos empezada una negociación importante. La respuesta de las potencias acabó de desconcertar al ministerio. Los de fuera le imponían la paz. Los de dentro le empujaban á la guerra. ¡Estaba entre la espada y la pared!... «He cuidado de hacer ver á todo el mundo la dificultad de encerrar la cuestión en esos límites: 1.º, por la excitación del espíritu público en España; y, 2.º, por la posibilidad de un incidente desgraciado en Melilla que produzca un estallido de la opinión pública que arrastre al gobierno y le obligue á declarar la guerra.» (Instrucciones del señor Moret á nuestro representante en Tánger.)

El acongojado gobierno sólo halló una solución: pedir auxilio. «Si las potencias quieren limitar la cuestión al campo de Melilla, que obliguen al Sultán á ceder á nuestras reclamaciones.» Y toda Europa intervino, aconsejando á Muley Hasán que atendiese á España, y á España que no se mostrase muy exigente con Muley Hasán. ¡A tal punto se había agigantado el incidente de la construcción del fuerte de Sidi Guariax! En cambio, ¡á cuán poca cosa nos veíamos nosotros reducidos!

Pero el tumulto patriótico crecía, inflado por los que le explotaban, y empujado por él marchó á Marruecos el general Martínez Campos á pedir á Muley Hasán el castigo de los culpables, indemnización, arreglo de la cuestión de límites de Melilla, etc., etc. Si no obtenía satisfacción, la guerra era inevitable: una guerra para la cual el mundo entero sabía que no estábamos preparados. Sabíalo también el Sultán, y era ésta una de las razones que podía tener para resistir á nuestras exigencias. Había, además, otras. No faltaba á su lado quien le asegurase que, resistiendo, triunfaría, porque España había ido á aquella negociación atada de pies y manos. Añádase á esto que á fines del 93, cuando sonaban junto á Melilla los primeros tiros, hallábase Muley Hasán en Tafilete, donde con gran energía y habilidad (cualidades que poseía en alto grado) trabajaba en el restablecimiento de su autoridad, preparándose á resistir á la invasión francesa por aquella parte. No podía serle grato abandonar la partida, y, además, el aparecer débil ante las amenazas del infiel había de dar en tierra con todo lo ya hecho en favor del prestigio cherifiano. Dícese, también, que le alentaba Inglaterra. Ello es que la embajada española encontróle mal dispuesto. Aunque el general Martínez Campos no se presentaba tan intransigente como los patriotas vocingleros hubieran querido, vióse á dos dedos de un fracaso. ¡Y el fracaso era la guerra! Hubo momentos de ansiedad, de verdadera angustia, en Marruecos y en Madrid. De pronto, cuando toda esperanza de arreglo parecía desvanecida, y cuando las principales cancillerías europeas empezaban á considerar inevitable una crisis internacional de incalculables consecuencias, Muley Hasán cede y Martínez Campos triunfa. ¿Por qué? Porque había llegado á Marruecos un telegrama de París en el que el gobierno francés decía terminantemente que, si el Sultán no se avenía en el acto á las exigencias del gobierno español, tuviese por cierto que no debía esperar apoyo alguno de Francia, sino que ésta ayudaría á España, *y que correrían peligro la seguridad y la integridad del imperio marroquí.* El doctor Linares, médico francés, de quien se decía que aconsejaba al Sultán la resistencia, recibió de su

gobierno orden de salir de Marruecos inmediatamente. La actitud de Francia respecto de España había cambiado por completo. El telegrama recibido por Muley Hasán era la fe de vida de una política nueva de transcendentales consecuencias para nosotros.

El epílogo de esta triste historia es tan triste como la historia misma. Murió al poco tiempo Muley Hasán, sucediéndole Abd el Aziz, su hijo, en circunstancias muy críticas. No podía España obligarle á ejercer su autoridad en el Rif con la eficacia que el padre la hubiera ejercido. El Majzen quiso también aprovechar la ocasión para obtener mudanzas en el tratado que le hiciesen más llevadero, y con este objeto marchó á Madrid, con título de embajador, Si Abd el Kerim Brisha. Tomáronle los periódicos madrileños por blanco de sus burlas y donaires, cuando no de expresiones injuriosas para él, su embajada y el imperio, en desquite, al parecer, de no habérseles logrado la pretensión de encender la guerra africana, aunque tan de veras lo habían procurado. La vesania colectiva encarnó en un general (no muy sano de juicio verdaderamente), quien dió una bofetada al anciano embajador cuando éste se dirigía á Palacio. Aquel ultraje facilitó á Si Abd el Kerim Brisha el buen suceso de su embajada, acordándole nuestro gobierno, á modo de satisfacción, cuanto quiso, de modo que se perdió el escaso fruto de la embajada del general Martínez Campos con tanto trabajo (y con ayuda de tercero) conseguido. Firmóse el nuevo convenio á 24 de febrero de 1895, casi al mismo tiempo, día por día, en que comenzaba la tragedia ultramarina.

No mucho después leía Sagasta en el Congreso un despacho de Cuba, en el que se daba cuenta de haberse presentado en Baire dos partidas de bandoleros el domingo de Carnaval. ¿Qué era aquello? ¿Una broma propia del día? No se sabía á punto fijo. Lo único positivo era que la cosa carecía de importancia.

Así lo aseguraba el gobierno; pero pronto se empezó á

recelar que aquella broma carnavalesca podía venir á ser pesada. Y lo era, en efecto, y en un grado que ni aun los más pesimistas podían sospechar. Para liquidar los pobres restos del imperio ultramarino teníamos que entrar en contacto con el mundo exterior, que desconocíamos, y que, en parte, nos desconocía. En este contacto, que había de ser violento, ¿cómo se conduciría España? ¿Qué efectos fortificantes habían tenido las nuevas instituciones? En conjunto, ¿valíamos más ó valíamos menos que antes? Todo ello iba á verse pronto y bien.

La gente no creía que el problema planteado fuese de tal magnitud. Muchos sentíanse inquietos, temiendo aumento de tributos, perturbación de negocios, nuevas dificultades políticas y otras molestias más ó menos llevaderas. Lo que nadie sospechaba era una catástrofe terrible y próxima. Acerca de esto había general optimismo: el optimismo de siempre, hijo de nuestro estado de inocencia. Lamentábanse las dificultades presentidas y que venían á sumarse á una serie recién empezada: crisis económica —los franceses ya no nos compraban vino—, conflictos de orden público, cuestión marroquí y demás obstáculos en que había tropezado y caído Sagasta. Por lo cual éste, cuya estrella palidecía, ya no inspiraba confianza. Hacía falta energía, y la energía se llamaba Cánovas del Castillo, en quien querían descansar todos para seguir viviendo sin quebraderos de cabeza. Porque la comodidad era dogma social, generador, á su vez, de toda una política, según queda dicho. El arte del gobierno se reducía á dos ó tres verbos: contentar, transigir, aplazar. Quien otra cosa pidiese quedaría reputado de hombre á la antigua, de reaccionario irredimible. Una sociedad deshecha, cansada, sin pensamiento, ¿qué otro ideal podía tener que el de la comodidad? Probar que era imposible seguir viviendo cómodamente, ¿no sería tanto como lanzar á todos en la desesperación y suscitar convulsiones peligrosas? La virilidad de Cánovas llegó hasta declarar en el Congreso que se trataba de algo más que de dos partidas de bandoleros: había una rebeldía contra España; la cosa podría ser grave; iría á Cuba buen golpe de soldados, y con ellos marcharía el general Martínez Cam-

pos, el Pacificador. Entonces pareció que el gobierno exageraba: «el pesimismo de Cánovas era harto conocido; tan negras declaraciones obedecían al propósito de dar mayor realce á la obra de los conservadores». Y nadie dudaba de que la insurrección sería vencida y de que la guerra estaría acabada en mayo. Ésta era la opinión general. El esfuerzo preciso, aquel esfuerzo de que todos hablaban, nadie le medía. Si no bastaban 30 batallones irían 40, 50 ó 60. ¿Y si la cuestión no era de más ó de menos batallones? No había quien pensase que pudiese ser de otra manera, salvo aquellos que la reducían á la categoría de cuestión interior, de pura política antillana. El temperamento nacional encarnó en la persona de Cánovas y prorrumpió en esta frase característica: «Gastaremos hasta el último hombre y la última peseta.» España entera aplaudió. Aquello era genuinamente español. Pero, ¿íbamos á renegar la santa comodidad? En manera alguna. La guerra la haríamos á crédito, por cuenta de las generaciones futuras. Los soldados los darían aquellas familias que no tuviesen dos mil pesetas para redimir á sus hijos. Merced á tan ingeniosa combinación, podríamos hacer gran derroche, al son de la marcha bailable de Cádiz, de un género de patriotismo cómodo y barato. Y, en efecto, los más de los españoles, políticos de todos los matices, y masa neutra tímida y egoísta, quedáronse tranquilamente en casa, aclamando á las tropas que partían y esperando el próximo fin de la insurrección, prometido por Martínez Campos y por el gobierno, y anunciado á diario por los periódicos.

Tan equivocado como la nación frente al conjunto del problema se hallaba el ejército frente al aspecto militar del mismo. No suele valer una parte del cuerpo social más ni menos que el conjunto. Cúmplese en todos la teoría física de los vasos comunicantes: tienden al mismo nivel. La doctrina contraria, insostenible, sólo se ha inventado para justificar pretensiones y codicias de clase: una de las plagas nacionales. Si hay diferencias de nivel, son circunstan-

ciales y pasajeras. El ejército de un país enfermo no puede ser sano y vigoroso. La misma sangre circula por sus venas: de los mismos músculos es formado. El nuestro, agente principal de la revolución, era instrumento quirúrgico para usos políticos é internos. Tengo el derecho de decirlo hoy, habiéndolo dichó antes de la catástrofe, cuando el decirlo suscitaba la general protesta, y conducía, como á mí me condujo, á la cárcel.

No estábamos preparados para la guerra: para una guerra en América menos que para ninguna otra. Se daba el caso estupendo de que, siendo España la nación que más campañas ha sostenido en el Nuevo Mundo, no había en las academias militares un curso de guerras americanas, ni existía libro en que estudiarlas. La oficialidad conocía bien las de Gonzalo de Córdoba en Italia, las de Farnesio en Flandes, las de Napoleón en Alemania y Rusia, la de los prusianos en Bohemia, pero no tenía la menor noticia de las operaciones de Morillo en los llanos de Venezuela, ni de las de Goyeneche, Laserna y Pezuela en el Perú. Los generales más ilustres creían habérselas con una insurrección cubana, que con el envío de tropas á la manigua había de vencerse, cuando se hallaban en realidad ante los prolegómenos de una gran guerra marítima y exterior, para lo cual lo primero, casi lo único, era una escuadra poderosa y una política internacional astuta y diligente, ¡y de ambas carecíamos! Aun reduciendo á Cuba el teatro de nuestra acción, era evidente que para triunfar se necesitaba: 1.° Un ejército colonial. 2.° Una red de ferrocarriles completa. 3.° Haber saneado la isla, extirpando el vómito. Nada de esto podía improvisarse. Debía existir de antemano, ó por lo menos hallarse en vías de adelantada ejecución como fruto de una política americana, necesaria si es que verdaderamente queríamos seguir sosteniéndonos en el Nuevo Mundo. ¡Pero cuando se nos llamaba hacia Africa no acudíamos por estar ocupados en atender obligaciones perentorias que decíamos nos absorbían dentro de casa, y cuando teníamos que acudir á cualquier parte de ésta lo encontrábamos todo en el desorden y en el abandono más completo! Con inaudita ligereza se mandaron á la manigua 200.000 hombres,

sin instrucción militar ni robustez física: muchedumbre enferma apenas desembarcada, á la que pomposamente llamábamos ejército. Cuando los pobres muchachos llevaban en Cuba aquel tiempo que suelen necesitar los quintos para llegar á soldados, dejaban de ser hombres válidos por extenuación física, debida al clima tropical, al cansancio y á la alimentación insuficiente. Tres años llevábamos exportando hombres á Ultramar (no obstante que la cifra de nuestra población nos veda considerar como de lujo semejante mercancía), cuando se vino en conocimiento de que el traje de rayadillo era causa de graves enfermedades. Hubiera convenido mucho vestir á los soldados de otro modo. ¡A buena hora!

De modo que ni en lo civil ni en lo militar estábamos preparados ni sabíamos lo que teníamos entre manos. La defectuosa cultura de las clases superiores, ó, para decirlo mejor, la ignorancia de nuestra gente culta, nos llevaba á un desastre sin saberlo. El episodio de Melilla había sido la introducción del gran drama que iba á representarse. Había sido también un como anuncio de nuestra debilidad puesto ante los ojos de los enemigos que nos acechaban. Él les decidió á empeñar la partida decisiva. Sabían que éramos impotentes. Sabían también que no sabíamos nada. Cuando vi que Martí, en el manifiesto de Monte-Cristi, decía que España era una nación gobernada por políticos aldeanos, tuve por cierto que aquel hombre nos conocía á fondo, y que la rebeldía por él iniciada no era intentona hecha á ciegas, sino verdadera revolución.

Mediado el 96, la gente empezaba á recelar. No se dudaba aún del éxito, pero temíase que Cuba nos costase más de lo que valía. Esto en secreto. Los pocos que osaron insinuar la especie, tuvieron que enmudecer, ó por lo menos moderarse, ante la indignación de periódicos y oradores rebosantes de patriotismo. A mí me llamó cierto rotativo *agonizante de las naciones*. ¿Cómo podía creerse que la cuestión de Cuba era de pesetas? Tratábase de un punto de

honor y habíamos de vencer ó sucumbir en la demanda. Si España sucumbía—ya hasta los más topos vislumbraban la intervención americana—, sería cubriéndose de gloria. Pero no podía admitirse que sucumbiese. Los norteamericanos no se atreverían con un pueblo batallador y guerrero como nosotros. ¿Qué sabían ellos de guerras ni de batallas? Así las cosas, surgió la rebelión filipina. La imposibilidad de atender á los dos conflictos era evidente. Pero la nación no daba señales de tener voluntad y de querer imponerla. El Parlamento aprobaba la conducta del gobierno; la prensa seguía vendiendo patriotismo á cinco céntimos; los partidos políticos vivían en suave tregua patriótica; los soldados marchaban á Ultramar aclamados por el pueblo. Si aquello acababa mal, ¡qué desastre! Sin duda para aliviar la conciencia de tremendas responsabilidades, levantóse un día Cánovas en el Congreso á decir que sostenía la lucha porque se consideraba mandatario de la voluntad nacional; que si la opinión pública quería la paz, lo hiciese entender, y él sería el primero en someterse. Nadie dijo nada. Lo más cómodo para el gobierno era buscar cirineos que le ayudasen á soportar el peso de aquella carga moral. Para los cirineos lo más cómodo era aceptarla en silencio. Buscar un Thiers, esto es, un hombre que, con general escándalo, la sacudiese de sí proponiendo valerosamente el ajuste de cuentas y la liquidación del negocio antes de que fuese inevitable la quiebra, era perder el tiempo. Algunos solicitaban el papel al oído, intrépidos en la murmuración, arrogantes en el estrecho recinto de la tertulia, cuanto asustadizos en la plaza pública é incapaces de la menor resolución viril.

Hubo, sin embargo, un momento en que acaso fué la salvación posible: momento supremo que no supimos aprovechar. De fuera tendiéronnos un cable á que asirnos, y nosotros, intrépidos suicidas, le desdeñamos con gesto de arrogante y noble insensatez. La mano que hacia nosotros se adelantara amiga el 94 para sacarnos del barranco marroquí, estuvo dispuesta á sostenernos al borde del despeñadero ultramarino. El agrupamiento de los pueblos del Mediterráneo en torno de la política francesa, no como

satélites á su servicio (que eso no hubiera sido más que continuar una mala tradición), sino en calidad de colaboradores de una obra común, y con perspectivas proporcionadas equitativamente á los medios de cada uno, era idea capital de una nueva política, de aquella política á que en una de las anteriores páginas me he referido al contar el inesperado éxito de Martínez Campos en Marruecos. Del lado de Italia los primeros pasos para la aproximación estaban andados, realizándose muy pronto ésta en el tratado de septiembre de este mismo año de 96; y á la aproximación siguió muy pronto la amistad íntima que tantos celos ha despertado y despierta en Alemania. Delcassé no hizo más que continuar la obra de Hanotaux. Del lado de España aun estaba más llano el camino. Alguien ha dicho que en las negociaciones para el convenio comercial se pusieron los jalones para otros convenios. (1) En esto estalló la guerra ultramarina, la guerra desviadora, la guerra inútil, forzosamente estéril... Y cuando la acción interventora del gobierno norteamericano se acentuaba y concretaba en actos como la reclamación por el apresamiento del barco pirata *Competitor*, y el nombramiento del coronel Lee para el cargo de cónsul de los Estados Unidos en la Habana, con especial comisión de informar acerca del estado de la guerra y de la isla; cuando del Senado yanqui partían públicas injurias y amenazas á España, la poderosa escuadra francesa del Atlántico presentóse un día en el puerto de la Coruña. La novedad sorprendió á los coruñeses, y á los más de los españoles. Los frutos de nuestra vida apartada y solitaria iban estando harto patentes para que la posibilidad de algún trato y compañía no fuese gratamente considerada, y el instinto popular sospechó en aquella visita algo más substantivo que un acto de cortesía. ¿Por qué? ¿Qué sabía él de proyectos para lo porvenir, esbozados casi al oído, entre España y Francia? Pues, no sabiendo nada de esto, la muchedumbre lo presentía: sospechaba algo nuevo, algo favorable, y sentía renacer la esperanza. Por eso se engalanó é iluminó la

(1) Véase Hanotaux: *La paix latine.*

Coruña, se entusiasmaron los coruñeses, y apenas hubo persona notable en la población que no fuera á bordo del *Hoche* á saludar con efusivas frases al almirante Regnault de Presmenil; por eso se hicieron tan sentidas demostraciones en el entierro de un marinero del *Dupuy de Lôme*, que el Ayuntamiento presidió, y al que acompañó casi todo el vecindario; por eso, cuando el gobernador y el alcalde brindaron en el banquete que se celebró á bordo del buque almirante, lo hicieron en términos muy expresivos con general aplauso. Con general aplauso, sí; mas no á gusto del gobierno de Madrid, al que, según parece, no agradaron algunos conceptos de las autoridades. ¡Era preciso alejar de los espíritus la idea—flotante en el ambiente—de que la visita de la escuadra francesa á la Coruña podía tener en las relaciones hispano-francesas análoga significación é influencia á la que tuviera años antes el viaje de otra escuadra á Cronstadt! ¡Hubiera sido una imprudencia y el gobierno estaba resuelto á ser prudentísimo! ¡Nada de aventuras!

Poco después debía ir á Cherburgo el acorazado *Pelayo*. De París fué á Madrid la idea de recibirle de modo sonado y significativo, en justa correspondencia del recibimiento hecho en la Coruña á la escuadra francesa: y de Madrid dijeron á París que no, que de ninguna manera, que se dejase al *Pelayo* tranquilo y en silencio para evitar complicaciones. ¡Parecía mentira que en circunstancias tan críticas intentase nadie lanzarnos al desconocido piélago de la política internacional, preñado de peligros misteriosos y poblado de terroríficos fantasmas! Lo mejor, lo más seguro era arreglar nuestras cosas sin ayuda de vecino.

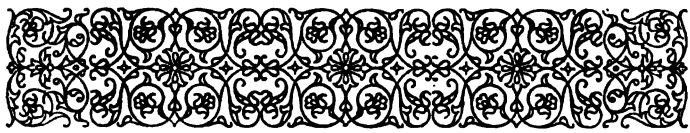
Y luego, en seguida, comenzó el último acto del drama.

El balance de nuestras pérdidas no cabe aquí ni es fácil de hacer. De dos órdenes fueron: pérdidas materiales y pérdidas morales. Las pérdidas materiales pueden resumirse del siguiente modo: 250.000 muertos, casi todos de enfermedad, en las dos guerras de Cuba y en la de Filipi-

nas; un número incalculable de enfermos crónicos reabsorbidos por la población peninsular, ya agobiada por una de las más altas cifras de mortalidad de Europa; el capital invertido en edificios, caminos, carreteras, fuertes, artillería, etc., etc.: los buques apresados y destruídos; la Deuda cubana agregada á la nuestra, por sí sola enorme; más de 4.000 millones de pesetas que importan los gastos de material, transportes, víveres, sueldos, etc., etc. ¡Si todo esto, si al menos una parte de esto, se hubiera empleado en Africa! Las pérdidas de orden moral no son menos dolorosas, porque el poco seso con que nos arrojamos á las más increíbles temeridades, y la facilidad con que fuimos derrotados, dieron á nuestra caída carácter de aventura quijotesca, acreditándonos más de imbéciles que de animosos. Y no hay nada que peor le siente á un pueblo que dejar acreditarse la sospecha de no andar bien de la cabeza. Por eso, cuando, á raíz del tratado de París, habló Salisbury de las naciones muertas, el mundo entero pensó en nosotros.

Pero España no había muerto, y no sólo no había muerto, sino que supo inspirar bastante confianza en su vitalidad para que los que habían contado con ella como factor principal de combinaciones internacionales continuasen estimando indispensable su concurso. Lo que algunos nos habían hecho perder, con ser tanto, estaba á punto de compensarse con lo que otros nos hacían ganar, en labor silenciosa y fecunda. Dos años después de entonado aquel responso, reconocíasenos el derecho de ocupar en Africa territorios que jamás habíamos poseído, y atisbábase, además, la probabilidad de adquisiciones mucho más importantes. La secreta conversación franco-española no se había interrumpido un punto. Para nosotros, como para Italia, Delcassé era el mejor continuador de Hanotaux.

Pero esto merece capítulo aparte.



LIBRO TERCERO

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS Y LA POLÍTICA INTERNACIONAL

CAPÍTULO I

Evolución de la política internacional en los últimos años del siglo XIX.

a) El imperio británico.—Raíces geográficas y evolución histórica del poderío inglés. — Gana Inglaterra el dominio del mar.—Extensión, población y grandeza industrial y marítima de la Bretaña Mayor. — Primeras nubes.

b) La rivalidad franco-inglesa. — Francia apoya á Inglaterra contra Rusia.—Política de Napoleón III en favor de las nacionalidades pequeñas.—Sus verdaderas causas.—La guerra desastrosa del 70 empuja á Francia á la expansión colonial. — Recelos de Inglaterra. — Recrudecimiento de la rivalidad franco-inglesa.—Fachoda y sus consecuencias.

c) El imperio germánico. — Raíces geográficas y evolución histórica del poderío alemán. — La expansión colonial. — La política marítima. — Los alemanes en el Mediterráneo y en Marruecos.

No se puede comprender la cuestión de Marruecos sin conocer la política internacional, y poco ó nada se puede saber de ésta si antes no se ha estudiado la del imperio británico, el cual es en el mundo moderno casi lo que fué en el antiguo el imperio romano, y tanto ó más que en la aurora de la pre-

sente época histórica el imperio español. Aparece en la constelación de los pueblos como astro principal, con cuyo brillo y fuerza ninguno compite, porque, por lejana que parezca la probabilidad de la formación de un núcleo rival, la Gran Bretaña, apenas tenga sospecha de ello, empleará contra él, desde su inexpugnable posición insular, sus fuerzas todas, manejadas con perseverancia, astucia y energía incomparables, hasta destruirle, ó, por lo menos, reducirle á la impotencia. Esta lucha suya contra todo gran poder naciente es el punto en torno del que se mueve la política universal desde hace tres siglos. Los conflictos internacionales del presente momento no son más que episodios secundarios de la rivalidad anglo-germánica.

La naturaleza ha dotado á Inglaterra de singulares aptitudes para el poderío marítimo, y los ingleses han sabido aprovecharlas. Siendo el archipiélago una tercera parte más pequeño que España, tiene un litoral cerca de cuatro veces más extenso (10.500 kilómetros). Menos en una parte de Escocia, y una limitada comarca de Gales, el terreno es llano y bajo, de suerte que los ríos, aunque de corto curso, son navegables, y como antes de llegar al mar se dilatan desmesuradamente, vienen á ser otras tantas puertas abiertas sobre éste. No hay entre ellos cordilleras que impidan el paso de una cuenca á otra, por lo que las comunicaciones son facilísimas y baratas. Ningún punto del territorio dista más de 100 kilómetros del mar. (1) Las lluvias son copiosas, el clima templado, sin grandes extremos de frío ni de calor, aunque con exceso nebuloso, y la tierra en mucha parte fertilísima, siendo la de los condados del Mediodía la que mayor rendimiento de cereales da

(1) El territorio español, no sólo no goza de estas ventajas, sino que padece los defectos contrarios. La separación de Portugal agrava considerablemente las consecuencias de esos defectos. La estructura de la Península, con la agravante de la separación, es la causa esencial de nuestra inferioridad, la que hizo efímero nuestro poderío marítimo, y la que nos condena al actual estado de abatimiento.

por hectárea en Europa. Los pastos, excelentes y extensos, criaron siempre gran cantidad de ganado. Estos elementos bastaron para hacer del reino inglés, desde que los normandos le organizaron, uno de los más poderosos de los europeos, con evidente tendencia á la expansión y señorío marítimos. Inglaterra tenía en los siglos XII y XIII mucho comercio con Flandes (tierra en que ya entonces florecía la industria), á cuyas manufacturas proveía de primeras materias, y las naves inglesas frecuentaban todos los puertos del Cantábrico y del mar del Norte, compitiendo con la naciente marina castellana, con la más antigua de los escandinavos, y con la de las ciudades anseáticas, primera muestra de la aptitud mercantil y marítima de los saxo-germanos del continente, y primitiva raíz de su poderío naval de hoy, competidor del anglo-sajón. Emprendió éste la conquista del reino de Francia, y por espacio de un siglo tuvo vencida y casi por completo sometida á esta nación; intervino eficazmente en las guerras civiles castellanas, sosteniendo al Rey D. Pedro contra el usurpador y fratricida D. Enrique; contribuyó mucho á la formación del reino de Portugal (con el que tenía, ya entonces, relaciones económicas considerables, base y punto de partida de las políticas), dando socorros de toda suerte, incluso soldados, á la dinastía ilegítima, pero popular, de Aviz, y una mujer admirable, D.ª Felipa de Lancáster, al primero de los reyes de ésta. (1) En el siglo XIV, cuando aun nos agitábamos en las luchas medioevales, muy lejos de constituir todavía una verdadera nacionalidad, ya Inglaterra ejercía en toda la Europa Occidental una influencia que tiraba en algunas partes á dominación efectiva, y que no consentía competidor en la mar, como de modo terminante lo consignó Eduardo III en su declaración de guerra á los vascos y castellanos (1350). La victoria de su armada en Winchelsea le dió el apetecido dominio y el título de «Rey

(1) Cuatro de los hijos de este matrimonio merecen contarse entre los más insignes varones que España ha producido: D. Eduardo, D. Pedro (viajero, erudito, literato y guerrero esforzado), D. Enrique (el Navegante) y D. Fernando el Santo.

de la mar», hasta que el desastre de la Rochela se los hizo perder. (1) Desembarcaron entonces los españoles en tierra inglesa desembarazadamente, llevándolo todo á sangre y fuego y poniendo á rescate muchos pueblos. Apoderáronse de Walshingam, Rothingam, Dover, Rye, Folkestone, Portsmouth, Darmouth y Plymouth, volviendo con gran presa á España. ¡Hazaña que desde entonces no ha podido repetirse, y van pasados cincos siglos y medio!; en cuyo larguísimo plazo ningún enemigo ha logrado desembarcar en territorio británico con la superioridad estratégica que da el dominio del mar.

El desastre de la Rochela y guerras civiles incesantes y sangrientas (guerra de las Dos Rosas) detuvieron la marcha ascendente del poderío británico; pero, como las bases de éste se hallaban en las circunstancias geográficas y en las aptitudes de la raza, no se eclipsó por completo ni duró mucho el eclipse. Enrique VIII pudo ejercer con éxito de fuerza equilibrante entre las de Francisco I y Carlos I de España, y su hija Isabel se halló con poder marítimo suficiente para disputar á Felipe II el señorío del mar y conseguirle. No sólo por las tempestades fué vencida la gran armada española. Iba ésta predispuesta al vencimiento, por la incapacidad de quien la mandaba, por lo improvisado de los armamentos, y por la poca ó ninguna aptitud de parte de las tripulaciones. En cambio, la armada inglesa, en apariencia más débil, muy inferior en tonelaje total, estaba bien gobernada y bien tripulada, maniobró hábilmente, y acertó á sacar el mejor partido posible de estas favorables circunstancias y de su superior conocimiento de los mares y costas septentrionales. El pleito comenzado en Winchelsea, sentenciado á favor nuestro en la Rochela, y

(1) Gobernaba la armada castellana el almirante genovés Bocanegra, y llevaba como jefes principales á Cabeza de Vaca, Fernando de Peón y Ruíz Díaz de Rojas. Bocanegra maniobró ofensivamente con tanta energía como habilidad. Toda la armada inglesa fué quemada ó rendida, cayendo en poder de los castellanos la flor de la nobleza inglesa. Tuvo esta batalla el carácter decisivo de todas las grandes victorias marítimas.

seguido después con varia fortuna, quedó definitivamente fallado. El imperio de Felipe II perdió el dominio del mar, y con él el de la tierra.

A la lucha con España siguió otra más larga y difícil con Holanda, y á ésta la rivalidad con Francia. La ventaja de la situación insular contribuyó poderosamente á dar á Inglaterra la victoria. Nunca pudieron las potencias enemigas concentrar contra ella sus fuerzas todas, por tenerlas, en parte, distraídas en empresas continentales. Cuando la diplomacia de alguna de ellas no se empeñaba en éstas, la inglesa se las suscitaba, habiéndose mostrado siempre maestra en el arte de oponer unas potencias á otras para no dejar engrandecerse á ninguna. No pudiendo vencer sola á la poderosa marina holandesa, sucesora de la española (1), supo lograr el apoyo de la francesa, y luego, cuando, decadente aquélla, se halló frente al poder naval de Francia, le combatió aliándose á Holanda. Ruyter libró desesperadas batallas por la salvación de su patria contra las flotas de Inglaterra y Francia reunidas. Poco después Tourville sucumbe en La Hougue ante el poder de una escuadra anglo-holandesa, y con él pierde Francia la última probabilidad de conquistar el dominio marítimo. El tratado de Utrecht consagró el poder naval británico, contra el cual ya no ha sido posible formar coalición alguna capaz de contrarrestarle.

Al amparo del poder naval creció el imperio ultramarino, enriquecido con ajenos despojos, arrancados á la debilidad de España, Portugal, Holanda y Francia. Cuantas comarcas nuevas y apetecibles baña el mar, ó eran metódicamente saqueadas y puestas á rescate (como la América española), ó pasaban á manos de la Gran Bretaña (como muchas de las Antillas, el Africa Meridional, el imperio franco-indio, y el no menos codiciable franco-americano).

---

(1) La famosa ley de navegación, de Cromwell, iba principalmente contra Holanda.

El despojo de Francia fué el mayor y el más rico. De nada sirvió la suma de las fuerzas de esta nación con las de España. El Pacto de Familia, engendro diplomático discurrido por alguien que, si no era de la familia, la gobernó muchos años á su gusto (1), produjo á los dos aliados derrotas sobre derrotas. Como dicho pacto no era más que una expresión de la condición subalterna de España respecto á su compañera de infortunio, siguió vigente bajo la república y bajo el imperio, siempre con los mismos resultados, hasta Trafalgar, trágico remate de tan larga serie de desventuras. Allí quedó decidido que el imperio napoleónico se hundiría á pesar de Ulm y de Austerlitz (2), y que nosotros nos salvaríamos gracias á la derrota, porque, como peleábamos contra nuestros propios intereses, sólo podíamos evitar su total ruina, siendo vencidos. Pagámoslo con la pérdida de América.

Pero aun había de otorgar la fortuna nuevos y más insignes favores á Inglaterra. A fines del siglo XVIII la aplicación de la máquina de vapor á la industria vino á hacer del carbón y del hierro los principales elementos de la riqueza de las naciones, y como el suelo inglés puede considerarse un inmenso bloque de carbón y hierro, la prosperidad del archipiélago, el desarrollo de su comercio y de su industria, adquirieron proporciones inauditas y maravillosas, viniendo á ser la influencia del imperio británico en el mundo mayor que nunca.

El antiguo reino agrícola, exportador de primeras materias, es hoy inmensa fábrica. La agricultura retrocede, los campos se despueblan. En 1874 los cereales ocupaban más de cuatro millones de hectáreas: en 1900, ni tres millones. Las tierras que el labrador abandona, aprovéchalas el pastor. Los grandes señores, dueños de extensísimas ha-

---

(1) El Pacto de Familia fué la capital obra diplomática de Choiseul, protegido de la Pompadour, hija de un carnicero parisiense y amante de Luis XV. La Pompadour manejó al Rey más de 19 años. Fué en realidad su primer ministro de 1745 á 1764.

(2) Trafalgar, 21 octubre 1805.—Ulm, 20 octubre; Austerlitz, 2 diciembre del mismo año.

ciendas, son grandes ganaderos. Cerca de 11 millones y medio de hectáreas están dedicadas á pastos, de que se nutre el mejor ganado de Europa (31 millones de carneros, 11 y medio millones de vacas y bueyes, cerca de cuatro millones de cerdos, dos millones de caballos). Forman contraste con las campiñas, cada día más deshabitadas, las ciudades inmensas, monstruosas. Londres, la mayor del mundo, cuenta más de seis millones de habitantes. Glasgow tiene 800.000, Liverpool 700.000, Bírmingham y Mánchester más de medio millón. El condado de Lancáster, desierto en los comienzos del pasado siglo, posee más de 700 habitantes por kilómetro. En ese mismo siglo la población total ha pasado de 19 á 42 millones de habitantes, á pesar de la baja de cuatro millones sufrida por la población irlandesa. Si la fábrica no produjera lo bastante para comprar en todos los países del mundo lo necesario al sustento de esa muchedumbre inmensa, lo más de ésta perecería de hambre. La cosecha anual del Reino Unido sólo podría alimentarla por espacio de seis semanas.

Pero la fábrica trabaja, prospera, se enriquece. Las minas de carbón de donde extrae el pan que la nutre ocupan 16.000 kilómetros cuadrados, dan trabajo á 750.000 obreros y producen 232 millones de toneladas de combustible de la mejor calidad, cercano á la superficie (lo que facilita la extracción) y en pozos y galerías que se abren junto á puertos ó ríos navegables, por lo cual el transporte se hace cómodamente. De suerte que, á la ventaja de la calidad se añade la de la economía. Además, junto al carbón está el hierro. A veces uno y otro salen por la misma boca de mina. El fabricante inglés de una máquina ó de un buque tiene sobre su rival francés el avance de una economía de 30 por 100 en el carbón. Este solo dato contiene la clave de toda una política. El rival ha dejado de serlo, y, no siéndolo, se ha mudado en amigo, y de amigo ha pasado á auxiliar precioso contra el nuevo rival: el sajón-germano del continente, poseedor también de hulla y hierro baratos, de ríos navegables, de aptitudes industriales singulares, y de ambiciones marítimas que le hacen particularmente odioso á la dueña del mar.

Como el imperio británico es universal, tropieza con todos los pueblos, y dondequiera que hay uno capaz de hacerle frente, surge una irreductible rivalidad. El coloso necesita, para vivir, de todos los recursos del planeta. Los 30 millones de kilómetros cuadrados, habitados por 360 millones de hombres de casi todas las razas y religiones humanas, en que se reconoce la soberanía del Rey Eduardo VII, están esparcidos por todos los continentes y por las más apartadas islas que bañan los mares. La cabeza de este gigante es el archipiélago británico. Los miembros principales son: en América, el Canadá (18 Españas en extensión); en Africa, la región Austral (6 Españas), la del Nordeste, esto es, Egipto, Sudán, Uganda (8 Españas), la Occidental (2 y media Españas); en Asia, la India (más de ocho Españas); en Australasia, Australia y Nueva Zelanda (16 Españas). Infinidad de estaciones navales situadas en todos los puntos estratégicos del globo (las Bermudas, Gibraltar, Malta, Chipre, Adén, Perim, Singapoore, Hong-Kong, etc., etc.) son los miembros secundarios, pero utilísimos, del monstruoso organismo. Completan la unidad de éste, sirviendo de enlace y de músculos motores, una inmensa red de cables y ferrocarriles dispuestos y enlazados de modo admirable, y una poderosísima marina encargada de destruir instantáneamente al osado que pretendiera cortar los víveres á la fábrica y á los obreros. Cuestión capital, porque Inglaterra ha importado en 1905 más de 4.750 millones de francos de primeras materias y productos industriales transformables, y 5.800 millones de substancias alimenticias. Entre las primeras figura todo el algodón necesario á sus fábricas (1.300 millones), el 75 por 100 de la lana (575 millones), el 50 por 100 de las pieles y los cueros, el 25 por 100 del mineral de hierro. Entre las segundas hay que contar en primer lugar 1.750 millones de francos de cereales; 1.575 millones de legumbres, frutas, huevos, mantecas, etc., etc.; 1.000 millones de carnes vivas ó muertas, 515 millones de azúcar y glucosa, cerca de 300 millones de te y café. El 80 por 100 de los cereales que nutren al pueblo inglés viene de fuera, es decir, por mar. De ese 80 por ciento, el 39 le producen las colonias, el 25 Eu-

ropa, el 15 los Estados Unidos, el 19 la América del Sur. En enero llegan los trigos de la costa yanqui del Pacífico; en febrero y marzo los de la Argentina; en abril los de Australia; en mayo los de la India (Calcuta y Bombay); en junio y julio más trigos indios (Delhi y Kurrache); en julio y agosto los trigos americanos de invierno; en septiembre los trigos americanos de primavera; en septiembre y octubre los trigos rusos; en noviembre los trigos canadenses. Notemos, de paso, que casi toda la comida del monstruo (trigos argentinos, australianos, indios y rusos) desfila por delante de nuestras costas, parte al alcance de las rías gallegas, parte por el Estrecho de Gibraltar; de suerte que, si España fuese gran potencia marítima, el monstruo podría quedarse un día sin comer. Mas, ya que nosotros no sepamos aprovechar la magnífica posición que en el planeta ocupamos, otros pueden hacerlo si á ello nos avenimos. De aquí las ventajas de nuestra amistad, que como ventajosa puede y debe ser bien pagada. De aquí también los riesgos gravísimos del aislamiento, que sólo la ignorancia crasa de estadistas, políticos y publicistas aldeanos ha podido desconocer. De aquí, por último, la importancia universal de la cuestión de Marruecos, y el empeño decidido que ha tenido siempre Inglaterra, y que hoy tiene más que nunca, de apartar del Estrecho á todo pueblo poderoso en la mar, ó que pueda venir á serlo.

El transporte de la inmensa masa de productos que los ingleses y su industria necesitan para vivir, y el de la producción británica (valor: 23.000 millones de francos al año) requiere una flota gigantesca. La mercante cuenta con más de 12 millones de toneladas, y sólo lo que ella gana bastaría para enriquecer á un imperio. La flota militar que la custodia y que, dispuesta siempre para el ataque, la defiende, consta de 170 buques de combate (acorazados y cruceros), 150 torpederos, etc., etc., tripulados por 140.000 hombres. El día en que alguien quebrante esta fuerza, el gigante rodará por tierra, y al fragor de su caída temblará el mundo.

En torno de éste ha tendido la Gran Bretaña una red de cables que mide 260.000 kilómetros, vale 1.000 millones

de francos, y produce 70 millones de renta anual. Estos tentáculos que envuelven toda la Tierra, son los ojos y los oídos de la armada. Ratzel los declara «los instrumentos de comunicación más preciosos al servicio de los proyectos de imperialismo marítimo de una nación». Y añade: «Ya no es posible una guerra naval sin cables. Esa guerra, que necesariamente ha de ser universal, exigirá noticias de todos los parajes del globo. Ahora bien: las comunicaciones están en manos de los ingleses. El Despacho de Cables del ministerio de la Guerra británico recibe cualquier noticia antes que ningún otro país, y nuestras propias órdenes llegan á Londres antes que á Togo ó á Camarones. De suerte que Inglaterra tiene, además de la superioridad del número de unidades de su escuadra, la comunicación entre las diferentes partes de ésta asegurada, y el conocimiento de las posiciones y de los movimientos del enemigo. Carlos Dilke ha dicho que los cables submarinos eran la mejor de las fortificaciones británicas.» (1)

La prosperidad y el poderío inauditos de la Gran Bretaña ¿han llegado al máximum posible? ¿Obsérvanse ya indicios de decadencia? Parece probable lo primero, y los mismos ingleses recelan lo segundo. Su último esfuerzo expansivo, aunque vino á la postre á quedar vencedor, ha sido harto costoso: tanto, que ha producido un cambio radical en la vida del imperio. La comparación entre el presupuesto anterior y el presupuesto posterior á ese esfuerzo (la guerra del Transvaal) dará la medida de la transcendencia del cambio.

ANTES DE LA GUERRA (1897-1898)

Ingresos.	2.665.350.000	francos.
Gastos.	2.573.400.000	»
Deuda Pública.	15.727.470.000	»
Réditos.	631.500.000	»
Guerra.	458.416 000	»
Marina	551.628.000	»

(1) Ratzel: *Politische Geographie*, pág. 494.

DESPUÉS DE LA GUERRA (1903-1904)

Ingresos.	3.575.000.000	francos.
Gastos.	3.711.000.000	»
Deuda Pública.	20.069.000.000	»
Réditos.	682.000.000	»
Guerra..	737.000.000	»
Marina	931.000.000	» (1)

Estas cifras acreditan de buen profeta á Krüger, quien al comenzar la guerra dijo: «Si Inglaterra vence, será á un precio que asombrará al mundo.» Pero el aumento del presupuesto no representa sólo el precio de la conquista transvaalense: es, además, la cifra de los temores británicos. La supremacía industrial peligra. La marítima puede venir á peligrar. Para defender eficazmente la fábrica, es menester aumentar los gastos del ejército y de la flota; pero, como á la fábrica le han salido competidores que merman sus ganancias, los aumentos comienzan á pesar demasiado, y á ser á su vez causa de inferioridad económica. En el cielo azul del poderío británico surgen algunas nubes: por Occidente el desarrollo industrial y marítimo de los Estados Unidos; por Oriente el del imperio germánico. No pudiendo luchar á la par contra ambos, y dejando al imperialismo anglo-americano habérselas con el imperialismo japonés, que del otro lado del Pacífico se levanta potente y amenazador, revuélvese contra la Ale-

(1) Quien de esta comparación dedujere que Inglaterra va camino de la ruina se equivocaría muchísimo. Merced á la riqueza inmensa del imperio, y al juicio y talento de los estadistas que le rigen, el presupuesto inglés no conoce todavía el *déficit* crónico. El último presupuesto (1906) se ha saldado con un sobrante de más de 135 millones de francos. Además, se ha invertido en el pago de la deuda una suma dos veces y media mayor. Anúnciase también una rebaja en el impuesto sobre la renta. Pero la carga ya no es tan ligera como antes, y el coloso teme tener que ir aumentándola hasta que llegue á ser incómoda. Si Alemania y otras naciones acrecientan sus armadas, habrá que acentuar la constitución militar de la sociedad anglo-sajona, lo que repugna al temperamento de ésta. Por esto querría Inglaterra proclamar en El Haya la paz británica, la cual, en puridad, viene á significar lo siguiente: «Ahora que soy sin comparación el más fuerte, espero que Vds. se servirán suspender los aprestos militares».

mania invasora y asaz osada para aspirar al cetro de Neptuno. El duelo secular con Francia ha pasado á la Historia; el más reciente, y que parecía destinado á igual duración, con Rusia, casi ha cesado. En cambio, la lucha con Alemania anúnciase terrible, sin cuartel, á muerte.

Después de las guerras napoleónicas no pensó Inglaterra tener más enemigos en el mundo que Francia y Rusia. La primera, aunque vencida, conservaba el segundo lugar en industria, comercio y marina. La segunda amenazaba bajar al Bósforo, y, dueña de la fuerte posición de Constantinopla, dominar el Mediterráneo Oriental y el camino de la India. El gobierno inglés no podía consentir que éste pasara á ajenas manos, ni siquiera que corriese el menor peligro de caer en ellas. Por eso, cuando Mehemet Ali quiso fundar un imperio egipcio, tropezó con el veto británico (1842). Creyó Thiers, á la sazón jefe del gobierno francés, que aquélla era buena oportunidad para humillar la soberbia inglesa, y seguir las huellas políticas de Napoleón el Grande, por lo cual mostróse dispuesto á ayudar al soberano de Egipto; pero, lejos de poder sostenerle, ni siquiera pudo sostenerse él mismo. Un *ultimatum* le derribó del poder en condiciones no más airosas que las notadas por algunos en la reciente caída de Delcassé. A este triunfo de la política inglesa vino á sumarse otro aun mayor y de consecuencias más transcendentales, porque de allí á poco logró el apoyo de Francia para cerrar el paso á los rusos. El imperio del tercer Napoleón, á quien tanto importaba tener en el Mediterráneo un aliado, enterró cien mil hombres en Crimea para no tenerle y dejar en plena libertad de movimientos á la Gran Bretaña. Ésta, que lo entendía de muy diferente modo, suscitó desde entonces á la política francesa un obstáculo: el nuevo reino de Italia. ¡Francia misma le ayudó á levantarlo! (Véase lib. II, capítulo IV.)

Los principales publicistas franceses vituperan á Napoleón por su política en favor de las naciones pequeñas, porque, dicen, ayudándolas á engrandecerse dió vida á otros tantos enemigos de Francia. Después de los desastres del 70 empezó á ser moda renegar del imperio y de cuanto hizo. Un examen imparcial de los hechos permite formular juicios más exactos y equitativos. La política francesa ha tenido desde hace siglos dos principios fundamentales: obtener fronteras geográficas; impedir la formación de estados fuertes en Europa, de modo que la superioridad de Francia fuese incontrastable. Con más ó menos habilidad, con mayor ó menor energía, todos los gobiernos han tirado á estos fines, sobre todo desde que el desastre de la Hougue redujo las aspiraciones nacionales al horizonte europeo. Abatir á la casa de Austria, debilitar á España dividiéndola (separación de Portugal), llevar los linderos del reino al Pirineo, á los Alpes y al Rhin: he aquí el propósito decidido de la antigua monarquía, ejecutado por la república, y dejado muy atrás por el primer imperio. La coalición, vencedora de éste, malogró los esfuerzos patrióticos de varias generaciones de reyes, guerreros y estadistas, y el amor propio francés — una de las virtudes excesivas de nuestros vecinos del Norte — jamás pudo perdonar tamaño agravio. Dos de los enemigos que se le habían inferido, eran los más poderosos y aborrecidos: Austria y Rusia. Contra ambos encaminó sus esfuerzos, suscitando á la primera la dificultad italiana, y á la segunda la dificultad polaca. La política supuesta sentimental era en realidad de desquite, y profundamente interesada. No era siquiera nueva, pues reproducía el procedimiento de Richelieu contra España en 1639 y 1640; y que Mazarino continuó. Este mismo sentimiento facilitó la alianza inglesa contra el imperio ruso. La guerra del 56 no fué tanto acto político como acto de venganza. Pero en política, y señaladamente en política internacional, toda pasión es mala consejera.

Las guerras de Italia tenían el mismo origen y tendían al mismo resultado. Importaba á la grandeza y á la dignidad de Francia en el siglo XIX, como importara en los anteriores, humillar y debilitar al imperio austriaco. Para

eso era útil instrumento el Piamonte; pero, cuando éste creció y fué tomando proporciones y pretensiones de potencia importante, perdió las simpatías de la diplomacia francesa, las cuales pasaron todas, á Nápoles, primero, más tarde al Papa y á Roma. Ya hemos visto que para esta circunstancia crítica los perspicaces estadistas piamonteses habíanse preparado el concurso de Inglaterra y de Prusia.

Ésta fué la que más ganó con las derrotas austriacas. Solferino hizo posible á Sadowa, y Sadowa engendró á Sedán. Envanecidos con sus éxitos, deslumbrados por sus triunfos bélicos, que se les antojaban continuación de los del primer imperio, no vieron Napoleón y sus generales y consejeros que la semilla de poderío militar y de exaltación patriótica arrojada en una raza fuerte, disciplinada y animosa al día siguiente de Jena por Stein, Scharnost, Fichte, etcétera, había llegado á ser robusto y frondoso árbol. ¡Ceguera inexplicable! Ya el año 30, cuando los sucesos sangrientos de julio dieron en tierra con la monarquía de Luis Felipe, el entonces capitán de Estado Mayor, Moltke, escribía á su madre que, si era preciso poner coto á las locuras de la revolución, Prusia tenía suficientes fuerzas para ello, aunque la generalidad de las gentes no lo sabía ni lo sospechaba siquiera. En los preliminares del conflicto con Austria, Bismarck aprovechó sagacísimamente el poco ó ningún conocimiento que de la fuerza prusiana tenían los gobernantes franceses, para engañarles con la ilusión de realizar otro ensueño nacional: la anexión de Bélgica. Pero después de Sadowa no hubo nada de lo dicho. Todo cambió. La faz de Europa iba también á cambiar radicalmente.

«El rayo de 1870 derribó cuanto quedaba en pie de la antigua política europea», escribe un distinguido publicista francés... «Rusia emprendía de nuevo la marcha sobre Constantinopla. Austria, empujada por Alemania, apoderábase de dos provincias del imperio turco... Entre tanto, ¿qué hacía Inglaterra en su isla? Empezó por estar contentísima de nuestra caída. Los periódicos del Reino Unido

celebraban en todos los tonos la gloria de Jehová y el justo castigo de la pecadora Francia.» (1)

La diplomacia inglesa no advirtió á tiempo el peligro que para ella entrañaba aquel nuevo poder que surgía entre el fragor de las batallas. Acaso la costumbre de ver en los soldados prusianos sus mejores amigos en el continente le anublaba la vista, de ordinario tan penetrante. ¿No había contribuído Federico II, venciendo á los franceses en Rosbach, á la fundación del imperio británico? Wéllington ¿no debiera la salvación en Waterloo á la oportuna llegada del animoso Blücher? ¿Qué inconveniente podía haber en dejar que aquel estado pobre, esencialmente militar y erudito, mezcla de cuartel y universalidad, hiciese centinela á la puerta del coloso ruso, ó del aun no del todo abatido *pequin* francés? Inconveniente ninguno. Las ventajas eran, en cambio, evidentes. Prusia podía ser el *policemen* de John Bull en Europa. Cuando Viena, París ó San Petersburgo se desmandasen, el *policemen* iría á meterle en cintura por tierra, mientras las escuadras británicas se encargaban de ajustarle las cuentas en el mar, cerrando los puertos, y no dejando pasar ni un barco. Ni cuando Prusia vino á ser Alemania, pareciendo ya mucho para instrumento de política ajena, inspiró recelos á los estadistas de Londres, seguros de que por aquella parte no vendría nadie á disputarles el tridente de Neptuno.

La desmembrada Francia, en cambio, recobraba alientos y fuerzas con asombrosa, con alarmante y envidiable prontitud. Pagaba el rescate impuesto por el vencedor, reconstituía ejército y marina, mantenía á flote la cargada Hacienda, y, ¡oh maravilla de las maravillas!, en vez de amilanarse, de encogerse, de concentrarse, esto es, de confesarse definitivamente vencida é impotente, transponía los mares, abordaba inexplorados continentes, descubría tierras, fundaba colonias, conquistaba vírgenes comarcas: en una palabra, volvía á la política mercantil y ultramarina de Richelieu y de Colbert.

---

(1) R. Millet. *Politique extérieur*, págs. 139-140.

Ya los desastres del 15 habían preparado el camino, desviando del Rhin la energía francesa. La Restauración dió algunos pasos por esta nueva senda. La monarquía de julio conquistó Argelia al morir. Bajo el cetro imperial organizaron el general Faidherbe el Senegal, y el almirante La Grandière la Conchinchina. La adquisición de Nueva Caledonia es de 1853 y la de Obbock de 1862. Pero la política de ambiciones europeas preponderó hasta Sedán.

Pasado el período de convalecencia (1871–1878), comenzó el de la expansión colonial (1878–1894), al que había de seguir el de la política exterior en grande escala: defensiva primero (alianza franco-rusa); con tendencias al desquite más adelante (acuerdos mediterráneos y *entente cordiale*).

Del Congreso de Berlín volvió Francia con carta blanca para ir á Túnez. A ese precio dejó á Rusia sola frente a Europa: el Zar tuvo que resignarse á que le rasgasen su querido tratado de San Stéfano. Pero la benevolencia de Bismarck aseguraba la frontera del Rhin. Sólo faltaba el salvoconducto ó visto bueno de Inglaterra, sin la cual no se puede hacer nada en el mar, y menos en el mar Mediterráneo. Hallóla bien dispuesta. También ella había recibido de las potencias un regalito. Poca cosa; una islita más para la colección británica: Chipre.

Gambetta y Ferry fueron los iniciadores de la nueva jornada: los impulsores de Francia y sus guías. Contra ellos y contra el colonialismo en general alzáronse voces de airada protesta. Unas venían de la tradición abandonada. Los patriotas en ella inspirados clamaban: «Ante todo y sobre todo el desquite. Cuando hayamos vencido á los prusianos, reconquistado la Alsacia-Lorena y recuperado la importancia militar en Europa, entonces será oportuno pensar en exploraciones geográficas y expediciones coloniales». Éstos eran muchos é influyentes en la opinión, y á ellos respondía Gambetta que el desquite había que tenerle en el corazón, mas no en los labios. Había también

los avanzados, los radicales, los hombres completamente á la moderna, enemigos de guerras y conquistas. Las logias francesas y las de otros países significaban su desaprobación. (1) Clemenceau, Pelletan, Rochefort, Lannessan, emprendieron formidable campaña contra Ferry, le insultaron, le calumniaron, acabaron con él.

Para obtener el beneplácito de Francia á la anexión de Chipre (como queda dicho), otorgó Inglaterra el pase á las tropas argelinas que entraron en Túnez, no sin protesta vehemente de Italia, á la que el despecho llevó á la triple alianza. Al año siguiente posaba el leopardo británico la potente garra en Egipto, aprovechando vacilaciones de la política francesa, y puede decirse que en aquel punto y hora resucitó entre ambas potencias la rivalidad colonial dos siglos antes acabada con la conquista de las posesiones de Francia por la Gran Bretaña.

La nueva expansión colonial parece inspirada en la antigua: la república, viendo fracasada una de las políticas tradicionales de la vieja monarquía, la política continental, hacía suya la otra, la marítima, siguiendo parecido programa. Ante la imposibilidad de restaurar el imperio indostánico de Dupleix, fundaron los franceses el imperio indo-chino emprendiendo la conquista del Tonquín y del Am-nan, sosteniendo una guerra con China, y disputando al Siam la cuenca del Mekong. Pero Inglaterra, siempre vigilante y activa, se instala en Birmania, toma el Siam bajo su protección, y, por Bamo, procura introducirse en la China Meridional para disputársela á sus rivales.

En Africa la disputa llegó á ser más grave. Cuando Francia, cuyos exploradores y conquistadores habían penetrado por el Senegal hasta el Níger, imaginó que podría ocupar todo el Sudán, mejor dicho, la parte occidental del continente de Dakar al Chad, y del Sahara al golfo de Guinea, Inglaterra le salió al paso, reservándose lo mejor de la región sudanesa y la parte navegable del Níger hasta el mar, esto es, lo más habitable de la casa y por añadidura

(1) R. Pinon. *L'Empire de la Méditerranée*, págs. 34 y 35.

la entrada principal. A poco de comenzado sobre este tema un diálogo diplomático agri-dulce, he aquí que surge de nuevo allende los Vosgos el fantasma prusiano amenazador, armado hasta los dientes. Los patriotas que tiran hacia la tradición continental levantan de nuevo la voz, y esta vez con fuerza coercitiva á que los gobernantes no pueden resistir, porque la opinión comparte la alarma y pide seguridades. «La frontera del Este hállase de nuevo amenazada. Otra invasión es posible. La política colonial sin la seguridad en Europa es una locura». Tal pensó Francia después de los sucesos de abril del 87. (Incidente Schnœbelé.) Había, pues, que ceder ante Inglaterra, y el gobierno francés cedió, pero buscando compensación por el lado del Ogüé y del Congo, á lo que perdía por el del Níger. Por eso se mostró tan intransigente con nosotros en la cuestión llamada del Muni, no cediendo hasta que superiores motivos de política internacional la determinaron á hacernos concesiones que deben considerarse como uno de los éxitos más grandes de la diplomacia española en la época contemporánea, no muy fecunda en ellos, por desgracia.

Nuevamente salió á luz la incompatibilidad de humores y ambiciones de los dos pueblos cuando la República se propuso la conquista de Madagascar, proyecto abortado de Richelieu. Si en vez de dejarse alucinar por lo pasado hubiesen seguido los políticos republicanos nuevos derroteros, habrían salido mucho más aventajados. Por Obock tenían fácil acceso al país gala y al Alto Nilo; con Abisinia hallábanse en muy buenas relaciones; en Uganda las misiones católicas eran instrumento de influencia á su devoción; y por la vía del Ubangui érales fácil entrar en las regiones nilóticas. Prefirieron la posesión de Madagascar. Dejóles Inglaterra expedito el camino á cambio de Zanzíbar. ¿Qué valía esta isla insignificante en comparación de la inmensa Madagascar, que es casi un continente? Nada. Pero Zanzíbar es la puerta de una finca magnífica: la región de los Grandes Lagos y de toda la cuenca alta del Nilo. Los ingleses, que, según su costumbre, seguían un plan muy meditado, abrieron la puerta y se instalaron en

la finca, esperando á que las tropas británicas subieran el gran río, desde el Cairo, mientras otras tropas, también británicas, emprendían la marcha hacia el Norte, partiendo del Cabo de Buena Esperanza.

Francia no pensaba entonces en contrariar tales planes. La caída de Bismarck, ocurrida no mucho después de la alarma del 87, no bastara á devolverle la tranquilidad. El nuevo canciller se entendió pronto y bien con Inglaterra en Africa. En Europa obtuvo de ella la devolución de Heligoland. «Ante todo he querido entenderme con la Gran Bretaña», dijo en el Parlamento. ¡Buena política y profesada con noble franqueza! Entonces, viendo la diplomacia francesa el peligro de la soledad, aceptó la alianza con que Rusia la brindaba, y de nuevo se creyó segura la nación. Los clamores patrióticos callaron, desconsiderados por la exageración bulangista, drama que degeneró en comedia, y acabó en sainete. Además, Rusia ofrecía su espada para la defensa, en manera alguna para la ofensiva.

Al amparo de esa espada la política colonial reaparece más lozana y vigorosa que nunca. Ahora es Hanotaux, el erudito y elegante historiador de Richelieu, quien la conduce á la fundación de un gran imperio africano. Vuelve á entablarse el pleito franco-inglés sobre Egipto. Hanotaux no quiere comparecer solo, ni siquiera el primero. El Sultán, verdadero propietario, debía reclamar lo que le pertenece. París y San Petersburgo le apoyarían. Si la reclamación no bastaba, se pasaría á las amenazas, y si éstas no eran eficaces, se llegaría á emplear la fuerza. Rusos y turcos cruzarían juntos el Asia Menor para caer sobre el canal de Suez, mientras tropas francesas irían en opuesto sentido, de Argelia al Cairo, y los destacamentos del Congo francés pasarían del Ubangui al Nilo, y de éste á Abisinia, cortando en dos la línea inglesa del Cabo de Buena Esperanza á la tierra egipcia. Mas, para tal empresa, en la que el imperio británico se iba á ver obligado á luchar por la vida, ¿bastaría la alianza franco-rusa, reforzada con

el concurso de Constantinopla? Probablemente no. Era indispensable interesar en ella á los demás pueblos mediterráneos; hacer la paz latina. Mas, aun eso mismo pareció poco, y acaso en busca de nuevas y más poderosas amistades fué á Kiel el 95 una escuadra francesa. ¡La primera y la última!

El resultado de la lucha había de ser el dominio del continente negro, y, por tanto, el del Mediterráneo. A los pocos meses de la visita á Kiel, reconocía Italia el protectorado francés en Túnez. Rusia y Francia marchaban unidas á Alemania en Oriente. ¡La triple y la doble se entendían! De esta suerte todos los pueblos mediterráneos se concertaban para una obra común: Francia, Italia, Turquía y Austria misma, arrastrada por Alemania. Sólo faltaba España, la cual en aquel preciso momento—momento decisivo y solemne de nuestra vida—¡volvía el rostro á Europa, á Africa y al Mediterráneo para emprender la guerra cubana! Desconfío de que la posteridad mantenga en pie estatuas levantadas en honor de los que dirigían los destinos de nuestra patria por aquellos días. De que, á pesar de todo, se quería contar con nosotros hay pruebas sobradas. Recuérdese el viaje de la escuadra francesa á la Coruña. (Véase lib. II, cap. VI.) Hanotaux mismo nos ha dicho bajo su firma que el convenio comercial concertado entre él y nuestro embajador *debía producir otras consecuencias*, á las que España «se prestaba con amable condescendencia». (1) ¡Nuestra vocación de suicidas se sobrepuso á los halagos y á la atracción de la política europea!

Los franceses prosiguieron sin vacilar la empresa africana, con la certidumbre de que el alemán no volvería á aparecer fusil en mano del otro lado de los Vosgos. Marchand se introdujo en el Nilo por el Bahr-el-Gazal, y se instaló en Fachoda con una docena de europeos y 200 negros, izando el pabellón francés. Quedaba cortada la línea inglesa. ¿Había perdido Inglaterra la partida? Poco duró la duda. Kitchener acababa de vencer al Mahdi en Ondurman. Sabedor de la llegada de los franceses á Fachoda.

---

(1) Hanotaux. *La Paix Latine.*—Introducción.

embarca buen golpe de gente en dos vapores, sube el río, fondea delante del pueblo, é intima á Marchand la retirada por donde había venido. Marchand se niega. Kitchener insiste. Mas para sostener á Marchand ya no está Hanotaux con su sistema de amistades continentales. Le ha sucedido Delcassé con proyectos diferentes, mejor dicho contrarios. Cuatro meses antes Alemania había propuesto muy en secreto al primero un acuerdo sobre la cuestión de Mozambique, punto de partida de un arreglo más amplio. ¡La política de Hanotaux llegaba á su plenitud en el momento preciso de caer! Delcassé no contestó siquiera al gesto germánico. En vez de estrechar la mano que le tendían, volvió la espalda desdeñosamente. Consecuencia: ante la seguridad de una agresión inmediata, brutal, irresistible, á la que hubiera sido necesario oponer, no la alianza franco-rusa, sino la alianza continental, Francia cedió, y Marchand hubo de volverse como y por donde quería Kitchener.

La potencia germánica tiene en la naturaleza casi tan robustas raíces como la potencia británica. Las montañas que forman la espina dorsal de Europa caen hacia los mares septentrionales en suave declive, que al fin se resuelve en vastísima y uniforme llanura, de la que es prolongación la misma llanura inglesa. Transpuestos los últimos estribos de las sierras y mesetas, ríos caudalosos, tranquilos, perennes, separados incompletamente por montañuelas y colinas, recorren terrenos en cuyos senos el hierro, el carbón y otros minerales abundan extraordinariamente. El Rhin, el Wéser, el Elba y el Óder son magníficas vías naturales por donde las entrañas del continente entran en comunicación con el mar, esto es, con el mundo. Y allí donde la navegabilidad de esos ríos comienza, ó donde empieza á dar mayores facilidades, allí puso la Providencia los más ricos tesoros del subsuelo, de suerte que elementos motores, mercancías y medios de transporte se hallan juntos y prestándose mutuo auxilio.

La tierra, á trozos fecunda, en no pocos sitios ingrata, pero siempre bien regada, da copiosos frutos, á pesar del clima, más frío de lo conveniente. Sólo el 5 por 100 del suelo es de todo punto estéril. Alemania, con territorio apenas más extenso que el de Francia, y de calidad inferior, produce, en fuerza de ciencia y de paciencia, mayor cantidad de cereales. Pero la riqueza agrícola es cosa muy secundaria en comparación de la minera. A ésta debe (descontada la parte que corresponde á la energía humana) la grandeza industrial, la expansión comercial, y la intensidad de su acción política en el mundo, consecuencia de aquellas dos premisas. El combustible mineral se encuentra bajo todas las formas: hulla de cuantas clases se conocen, antracita y liñito. Los principales grupos hulleros son tres: el del Rhin, el de Sajonia y el de Silesia. Las minas del Rhin (cuenca del Rhur) producen la mitad del carbón alemán. Las de Silesia, de las que aun no se explota más que la tercera parte, pueden producir otro tanto. Por la producción total del carbón y por el precio de éste á la boca de la mina, Alemania es la tercera nación del mundo. Inglaterra ha perdido ya el primer puesto, que ha pasado á los Estados Unidos, según puede verse en la siguiente estadística.

Producción hullera de los principales países del mundo en millones de toneladas:

	1900	1901	1902	1903	1004	Media
Inglaterra. . . .	225'2	219	227'1	230'3	232	226'7
Estados Unidos.	240'8	261'9	269'3	321	314'5	281'5
Alemania.. . . .	107'5	106'8	105'7	114'8	118'7	110'5
Francia..	32'2	31'1	29'1	33'8	33	31'8
Bélgica.. . . .	23'1	21'8	22'4	23'5	21'1	22'4

La cantidad de hulla extraída guarda la natural proporción con la calidad combinada con el precio. Éste ha sido en 1903 de 5'37 francos en los Estados Unidos, 9'51 en la Gran Bretaña, 10'60 en Alemania, 11'76 en Bélgica y 14'10 en Francia. Véase cuán grande es la inferioridad de ésta, y qué poca distancia separa ya á Alemania de Inglaterra en el coste del principal factor del poderío industrial.

Las consecuencias de este fenómeno económico saltan á la vista. Adviértase, además, que, si en la producción carbonífera del imperio alemán se incluye el liñito, su total pasa de 162 millones de toneladas, con un valor de más de 1.250 millones de pesetas.

El mineral de hierro tratado en los 250 altos hornos existentes en Alemania ha producido en 1903 más de 8 millones y medio de toneladas, esto es, menos que los Estados Unidos, casi lo mismo que Inglaterra, y tres veces más que Francia. La producción de acero pasa de 6 millones de toneladas, aventajando ya á la británica, á la que hacen temible competencia los aceros germánicos en la propia Inglaterra, y, sobre todo, en sus colonias. Hace 20 años los ingleses no hubieran querido admitir la posibilidad de que nadie pudiese irles á la mano en esta fabricación. Pues bien: en 1902 han comprado á yanquis y alemanes más de 375 millones de pesetas de aceros de diferentes clases. Otra industria inglesa que parecía al abrigo de toda rivalidad, la del algodón, sufre también los ataques del expansivo industrialismo alemán. Las sedas de Krefeld, Barmen y Elberfeld son formidables enemigos de las de Lyón y Saint Etienne, especialidad en que parecían insuperables los franceses. La industria de los colores sacados de la hulla, también puramente francesa, se la han apropiado los alemanes, productores hoy de las cuatro quintas partes de las materias colorantes que se emplean en el mundo. (1)

---

(1) La estadística del comercio de exportación refleja el carácter industrial de la prosperidad alemana, mostrando la rápida marcha ascendente de la salida de objetos fabricados.

Años.	Total.	Primeras materias.	Substancias alimenticias.	Productos fabricados.
1890	4 158	886	588	2.684 mill. de fr.
1892	3.692	793	462	2.437 » »
1894	3.702	835	518	2.349 » »
1896	4 406	966	564	2.876 » »
1898	4.696	1.070	631	2.995 » »
1899	5.528	1.270	598	3.390 » »
1900	5.764	1.389	647	3.728 » »

De suerte que en diez años la industria alemana consiguió aumentar el valor de sus productos colocados en el extranjero en más de 1.000 millones de francos.

Menos de medio siglo ha bastado al pueblo alemán para pasar de la vida agrícola á la industrial. El aumento de la riqueza que esta revolución ha producido se refleja en el de la población, y en la tendencia de ésta á dejar el campo por la ciudad. En el transcurso de unos cien años el número de alemanes ha subido de 19 millones á 60. En esta población, alimentada por un poderoso contingente de nacimientos, rebosa la vida. El 65 por 100 de ella se compone de personas que no han cumplido aún los 30 años. Cerca de la mitad (el 45 por 100) no llega á 20. El número de los matrimonios aumenta, y á cada matrimonio corresponden cinco hijos. El excedente de nacimientos es de un millón al año. Y, al mismo tiempo, la cifra de la mortalidad baja sin cesar, no llegando ya á 22 por mil anualmente.

La emigración, antes copiosísima (220.000 personas en 1881), es hoy casi nula. El mercado nacional absorbe todas las actividades, y, enriquecido á su vez por ellas, ve aumentar en proporciones considerables su capacidad de consumo. ¡Y, á pesar de esto, el comercio exterior ha septuplicado en 40 años! (1) De ese comercio el 70 por 100 se hace por mar. Alemania viene después de Inglaterra por el total del tráfico y por el movimiento de los puertos en conjunto. Comparados separadamente, pasa Alemania delante de su rival, pues Hamburgo aventaja á Londres, ocupando, por tanto, el primer lugar entre los puertos europeos, y aun entre los del mundo entero. (2) Una flota

---

(1) Progresos del comercio germánico:

1850.	1.300	millones de	francos.
1860.	2.500	»	»
1875.	6.000	»	»
1892.	9.221	»	»
1900.	13.500	»	»
1903.	14.330	»	»
1906.	16.000	»	»

(2) Tonelaje de los tres primeros puertos de Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos:

Hamburgo, 21 millones. Londres, 20 millones. Nueva York, 18'5 millones. Alemania ha hecho trabajos y gastos enormes para mejorar la red de comunicaciones fluviales. Sólo en el Rhin y el Elba ha empleado más de 700 millones de marcos.

mercante magnífica, la segunda por el tonelaje, moderna, y en la que figuran los mayores y más veloces transatlánticos, surca los mares, disputándoselos á la hasta hoy indisputable superioridad británica. Para llegar á este resultado sorprendente, el espíritu alemán, metódico y reflexivo, y la ciencia alemana, basada principalmente en esas fortísimas calidades, han trabajado unidos, guiados y ayudados por un estado mayor de políticos y de ingenieros eminentes, á los que sigue un poderoso ejército de más de seis millones de obreros instruídos y disciplinados. (1)

Paralelamente á la expansión mercantil, industrial y marítima ha marchado la expansión colonial. Juntas nacieron y juntas se desarrollaron. Pueblo donde la Geografía es ciencia vulgarizada, pueblo de geógrafos podríamos decir, ha tenido parte muy principal en la transformación del estudio de la Tierra (Richter es el verdadero padre de la Geografía moderna) y en la exploración de ésta. Viajeros alemanes (Vógel, Barth, Rohls, Nachtigal, etc., etc.) figuran entre los más intrépidos exploradores de Africa. (Véase lib. II, cap. V), seguidos desde el fondo de la patria alemana por número infinito de lectores ávidos de novedades geográficas. Diez ó doce años después de hecha la unidad nacional, empezaron los alemanes á asociarse para la acción colonizadora. En breve plazo surgieron, entre otras, la *Asociación para la colonización alemana*, la *Unión colonial alemana*, la *Asociación alemana del África Oriental*, la *Asociación colonial alemana del Sudoeste de Africa*, etc., etc. La acción propagandista de estas y otras asociaciones produjo sus naturales efectos en la opinión, y

(1) «Guillermo II dispone de todas las fuerzas humanas: mano de obra abundante, valiente y disciplinada; *outillage* perfeccionado y poderoso; jerarquía racional y bien dispuesta; sobre todo un método científico y una erudición universal que hacen de la industria alemana la máquina mejor montada de los dos mundos, acaso sin rival en la historia de la civilización. Por tanto, la industria alemana tiene cuanto la ciencia y la voluntad humanas pueden alcanzar.» (V. Bérard. *La France et Guillaume II*). En estos términos se expresa uno de los publicistas franceses más apasionadamente antigermánicos, en un libro antigermánico sobre toda ponderación. Traslado el párrafo porque el carácter del libro y el del autor le dan singular autoridad.

ésta, á su vez, influyó en el gobierno. Bismarck decidióse un día á tomar la dirección del movimiento. «No pensamos, dijo en el Parlamento, crear provincias regidas militarmente, sino proteger el libre desarrollo de las empresas comerciales, así como las que, llegadas á mayor prosperidad, adquieran bajo la protección de la patria una soberanía comercial dependiente del imperio germánico. Dejaremos al comercio, al hombre privado, la elección de sus empresas, y cuando veamos que el árbol por él plantado echa raíces, se fortalece y prospera, y viene á pedir la protección del imperio, le ampararemos, y no creo que legítimamente podamos excusarnos de hacerlo.»

El primer ejecutor de los nuevos designios de Bismarck fué el doctor Nachtigal, quien partió de Alemania mandando una escuadrilla tripulada por 2.000 hombres, con el encargo aparente de organizar unos consulados, pero con la misión secreta de ocupar determinados parajes de la costa occidental de Africa. Empezó por Camarones, anticipándose sólo unos días, como ya he dicho, á la expedición española. Siguieron otros puntos de la costa de Guinea, el Africa del Sudoeste, luego las vastas comarcas entre el mar de las Indias y el Tanganika, parte de la Nueva Guinea y algunas islas adyacentes, en Oceanía. Algún tiempo después la bandera alemana ondeaba en Kiao-Cheo, punto de gran importancia estratégica y comercial del litoral chino. Por último ha conseguido Alemania dos de las islas Samoa (Upalu y Saui) y las Carolinas, Palaos y Marianas (menos Guam), compradas á España. Estas colonias no pueden compararse en extensión, riqueza y número de habitantes á las de Inglaterra, Francia y Holanda, pero son útiles elementos en las combinaciones de la política germánica, y están situadas de modo que sirven de punto de apoyo á las escuadras y al comercio nacional. No servirán Togo, el Africa del Sudoeste, ni las islas del Pacífico para que el imperio instale en ellas el sobrante de su población, pero la diplomacia germánica sabrá invocarlas en los tratados de comercio y aprovecharlas la marina.

Pero, además de estas colonias oficiales, tiene Alemania otras libres y espontáneas mucho más importantes, ricas

y prósperas. Unos 10 millones de alemanes viven en los Estados Unidos, formando un núcleo compacto, poco accesible á la absorción sajona y en constante comunicación mercantil con la madre patria. En el Brasil meridional (Santa Catherina, Río Grande do Sul, Saô Paulo y Paraná) viven cerca de 400.000 alemanes en comunicación con el imperio por líneas de navegación alemanas, consumidores de productos alemanes, y constituyendo un poderoso y vital islote germánico rodeado de poblaciones de origen hispánico. También en Chile, en la Argentina y en el Canadá existen colonias germánicas importantes. Aunque difícil será señalar en el mapa una comarca próspera en que la raza germánica no esté representada por hombres activos y perseverantes que trabajan, no aisladamente, y aun contradictoriamente, como suele suceder á los de nuestra sangre, más unidos entre sí con la madre patria, de la que son siempre agentes comerciales y políticos. La excelente organización de los consulados, la inteligente laboriosidad del personal consular, generalmente bien elegido, tiende por todo el globo una red de comunicaciones, de puntos de apoyo de la política alemana que son á la par guías de su comercio.

Éste crece en primer término á costa del inglés, con el que compite en todos los mercados, incluso en el británico, amenazándole de muerte en algunas regiones feudos hasta ahora de John Bull. Un ejército de viajantes alemanes, admirablemente instruído y organizado, recorre el mundo entero, estudiando los gustos, las necesidades y los deseos de la clientela posible. Sus noticias sirven á los fabricantes para producir lo que conviene, y al precio y en las condiciones que conviene. Crédito ampliamente abierto (hasta por dos años) y toda suerte de facilidades en el pago atraen á los compradores. Como al crecimiento del comercio acompaña de cerca el de la marina, Alemania gana también, y mucho, transportando sus propias mercancías, al contrario que Francia, á la cual la decadencia de la suya obliga á gastar muchos cientos de millones de francos al año en fletes: tributo pagado al extranjero: en gran parte al odiado teutón. No pocos de estos negocios se hacen con

capital ajeno, al que los alemanes sacan producto suficiente para salir gananciosos después de pagado el interés. Por otra parte, de las exportaciones de los Estados Unidos y de otras comarcas á Alemania hay que deducir lo que corresponde á esas grandes colonias espontáneas de que acabo de hablar, por ser éste un tráfico entre alemanes, en el que el beneficio es para éstos. Inglaterra es la nación que mayor comercio tiene con Alemania (2.500 millones de francos); pero como no sólo no es ella la aventajada en las relaciones mercantiles, sino que se ve amenazada por la competencia alemana aun en sus propias colonias (y por algunos productos en la misma metrópoli), cada día siente aumentar sus recelos, y con sus recelos su enojo.

La Tierra es harto pequeña para que dos imperialismos como el inglés y el germánico, que por toda ella se dilatan extendiendo poderosamente sus múltiples brazos, no choquen, y al chocar no se lastimen. Pero el encuentro había de ser más desagradable y duro en aquellos puntos vitales de cuya posesión y dominio depende en gran parte la dominación del comercio universal. Y como la Tierra, los hombres y las ambiciones humanas son hoy lo que siempre fueron, los pasados conflictos reprodúcense en el presente, y la contienda á que asistimos es copia exacta, en la ésencia, de las contiendas pasadas. El Oriente y el comercio de Oriente son elemento principal de la prosperidad británica, y una de las piedras angulares del imperio. Su posesión plena, y la de los caminos que á los mercados orientales conducen, es el objeto primero de la política inglesa. Ahora bien, el imperio alemán necesita para su expansión las riquezas orientales y el libre paso hacia ellas. En busca del inmenso mercado chino, fué á instalarse á Kiao-Cheo, con visible disgusto del inglés de Hong-Kong, á quien no le agrada semejante vecindad, peligrosa para su superioridad mercantil en la China del Sur. Hízose una separación en zonas de influencia, quedando para los ingleses la cuenca del Yant-sé, y para los alemanes el Chang-

tung. Los rusos habían tomado también Puerto-Arturo, reservándose la Mandchuria. La entrada del Japón en escena, más repentina y menos suave de lo que se esperaba, vino á aguar la fiesta de los diablos occidentales. El recién llegado, aunque nadie le había convidado al banquete, sentóse á la mesa, sirviéndose lo mejor de los mejores platos, á costa de Rusia, que pagó el cubierto. Hoy es el Japón centinela de Inglaterra en Oriente, y después del desastre eslavo me parece que quien más debe temerle es el germano de Kiao-Cheo, el cual no puede estar contento del negocio que en China ha hecho. (1)

La invasión del mercado oriental era maniobra de orden económico: desagradable, mas no peligrosa, al menos por el momento. De muy diferente especie pareció en Londres la penetración pacífica en el Asia Menor. Aquello sonaba á amenaza á la libertad del camino de la India, que va del Mediterráneo por el canal de Suez al Mar Rojo, y también por el golfo de Alejandreta al Pérsico. Era, por tanto, un atentado al imperio inglés: una provocación, aunque encubierta, atrevida é intolerable.

Resumamos la historia del delito. La premeditación es innegable. Ya Moltke, allá hacia el año 40 del pasado siglo, señalara á sus compatriotas las riquezas anatolias y mesopotamias. El aviso era prematuro, mas no por eso se perdió. Años después, cuando el imperio alemán, potente y glorioso, tendió la mano á Turquía, rendida y casi desbaratada por el moscovita, no se contentó con moderar la

---

(1) El comercio alemán en Oriente ha prosperado bastante. Su marina, merced á la economía del flete, ocupa el tercer lugar en el comercio chino, según lo prueba la siguiente estadística:

BUQUES ENTRADOS Y SALIDOS EN PUERTOS CHINOS

Ingleses.	25.297 con	28 millones de toneladas.	
Japoneses..	7.554 con	9 1/2 »	»
Alemanes.	6.424 con	7'300 »	»

Después viene Francia, pero muy distanciada, con 2.600 buques y 1.170.000 toneladas.

Lo que ha sido un mal negocio es el intento colonial. Verdad es que á la postre vendrá á serlo para todas las naciones europeas, incluso para Inglaterra.

victoria de éste: envió al vencido oficiales y jefes alemanes á las órdenes de von der Goltz para que le organizaran un ejército según el mejor y más reciente modelo (1882). La misión de este ejército era salvar el imperio turco; para salvar el imperio turco, lo primero era asegurar al Sultán el señorío del Asia Menor. Una vez asegurada el Asia Menor, ¿cómo explotarla? ¿Y á quién si no á Alemania, á la ciencia, á la industria y á la energía alemana correspondía el honor y el provecho de dirigir esa explotación? Allá fueron, pues, sabios (arqueólogos, geógrafos, geólogos, etcétera), colonos (sobre todo á Tierra Santa), ingenieros y capitalistas que emprendieron la construcción del ferrocarril del Bósforo á Erski-Cheir; después el de Erski-Cheir á Angora; y luego los de Angora á Cesárea en una dirección y de Angora á Konia en otra. De aquí, por la Cilicia y el Éufrates, el ferrocarril alemán irá á Bagdad y de Bagdad á Koueit, en el golfo Pérsico. Otra línea bajará al Sur directamente, camino de la Meka, tocando en Akaba, puerto del Mar Rojo cercano al canal de Suez. De esta suerte, la línea de comunicaciones entre Inglaterra y la India quedará seriamente amenazada en los dos parajes más importantes de su trayecto. El alemán, gran geógrafo, sabe lo que se hace en punto á estrategia político-económica. Pero no es menos geógrafo, ni menos diligente, ni menos avisado el inglés, y viendo la gravedad de ambos golpes, los para con verdadera maestría: ocupa Koueit y prohibe al Sultán la ocupación de Akaba, probándole como dos y dos son cuatro que este puerto pertenece al Jetife. El 42 había probado precisamente lo contrario al egipcio Mehemet Ali hablando en nombre del Sultán. Contado queda cómo cayó Thiers por haber osado expresar opinión opuesta. Ahora el gobierno de la República opina con Inglaterra contra Thiers. ¡Inesperados cambios de los tiempos y de las cosas!

Desde el punto y hora en que Alemania comenzó á tener marina y política marítima, existió para ella la cuestión de Marruecos, porque, como el mar une, no separa, cada pue-

blo lindante con él es fronterizo de los demás. Los buques alemanes y las mercancías en ellos conducidas tenían que pasar el Estrecho de Gibraltar para ir á cualquier puerto del Mediterráneo ó de Oriente. Si navegaban hacia el Cabo de Buena Esperanza, también habían de pasar al largo de la costa occidental marroquí. Además, sus sabios y exploradores tenían en el Moghreb vasto campo que cultivar, y cierto que no le descuidaron. Lenz, Rohlfs, Schaudt, Jannachs, Fischer y otros se cuentan entre los especialistas á quienes más debe la Geografía del Africa septentrional. Los políticos de Berlín no lo han hecho todo, aunque han hecho mucho. En 1885 la *Deutsche Kolonial Zeitung* publicó un artículo proponiendo á España la cesión de las Chafarinas al imperio germánico. Llevaba este trabajo, que trascendía á lo que ahora se llama *ballon d'essai*, la firma de un español, á quien el haberla puesto valió ser expulsado de la Sociedad Geográfica de Madrid. Las autoridades argelinas le expulsaron también de la colonia bajo la acusación de espía prusiano, circunstancia que hace más sospechosa la tendencia del artículo. El gobierno alemán había enviado á Fez años antes una lucida embajada, á la que el Sultán respondió con otra no menos solemne. Más tarde (el 86) nombró Bismarck representante de Alemania en Marruecos á Testa, y tanto el nombramiento como la conducta de éste despertaron recelos, sobre todo en Francia. Por entonces publicó Julio Brisson en la revista *Anales Políticos* su artículo titulado *El Sueño de Bismarck*, en el que, en resumen, decía: «Bismarck sueña con hacer de Alemania una gran potencia naval, y la base de estos proyectos es la adquisición de un puerto en el Mediterráneo. Inglaterra y Alemania se entenderían para esto. Ésta ayudaría á aquélla en Egipto (contra Francia, naturalmente), á cambio de la ayuda de Inglaterra para establecerse en Marruecos. Italia entraría en la combinación y saldría ganando Trípoli». Testa empezó por negociar un tratado de comercio con Marruecos y corrían rumores de que ponía por condición que se le dejasen establecer factorías en el Rif y un depósito de carbón. Cooperando á la acción oficial, navegaba por las costas occidentales del im-

perio el vapor *Gottorp*, llevando á bordo una exposición completa de productos de la industria alemana. Cuatro años después ya contaba Alemania con dos líneas de navegación entre sus puertos y los marroquíes. Buen número de alemanes comerciantes, médicos, autoridades consulares, establecíanse en las poblaciones principales, así del litoral como del interior, buscando clientela, fundando dispensarios, estaciones meteorológicas, etc., etc. Un nuevo tratado vino, en 1891, á mejorar la condición mercantil de los alemanes en Marruecos, y tan buena maña se han dado éstos, que han conseguido, en breve espacio, colocarse entre las naciones que más considerables intereses económicos tienen en esta parte de Africa. Fischer y otros colonistas han sido los guías de la opinión, y los que han despertado en ésta deseos de pasar de la acción comercial á la colonizadora. (1) Diversas sociedades de propaganda africanista votaron peticiones al gobierno solicitando la adquisición de alguna parte del litoral marroquí, ó siquiera de un puerto que sirviese de base naval. Inglaterra, viendo amenazada otra estación importante del camino de la India, y al Mediterráneo atacado por sus dos extremos, oriental y occidental, empezó á pensar en la necesidad de contener al osado asaltante, y de este pensamiento pasó muy pronto al propósito decidido de deshacerse de él, aplastándolo. Veremos más adelante, con el cuidado que el asunto merece, cómo y en qué ocasión su defensiva se convirtió en ofensiva. Marruecos sirvió de pretexto.

---

(1) Fischer ha propuesto en un libro reciente el siguiente reparto de Marruecos: la parte septentrional para Inglaterra; la vertiente atlántica para Alemania; el Rif y el Atlas Mayor para Francia. Los franceses llevaban muy á mal tales repartos. Para ellos no había en 1904 más solución de la cuestión de Marruecos que el protectorado francés.

CAPÍTULO II

La amistad franco-española. — Sus primeros frutos.

a) Primeros pasos de la política de Delcassé.—La crisis del imperio marroquí. — Rumores de una solución hispano-anglo-francesa de la cuestión de Marruecos.

b) España y Francia en el golfo de Guinea. — Invasiones y arrogancias de los franceses; pasividad y descuido de los españoles. — Nómbrase una comisión hispano-francesa para resolver el litigio.—Su inutilidad y lo que costó.—Desígnase un árbitro. — Caducidad de nuestros títulos por prescripción ó por abandono.

c) Renuévase la cuestión en 1899. — Entran las negociaciones en una nueva fase. — Descuidos de la opinión española y diligencias de la francesa. — El Parlamento y el presidente del Consejo de ministros de España contra la tesis española. —Resuélvese el pleito favorablemente. — Lo que ganamos.— Delirios de la crítica.

No estaba España en aquellos últimos años del pasado siglo, testigos de tan grandes mudanzas, para atender á lo que fuera de ella sucedía, y ni siquiera supo cuánta parte tenía en la evolución de la política internacional su derrota. Consumada ésta, y aceptada en el tratado de París, quedóse la fatigada y desilusionada nación como quien al fin se sacude de los hombros gravísima carga, y pensó en descansar, contemplando con indiferencia las diversas recetas regeneradoras con que doctores ilustres ó curanderos ambiciosos la brindaban. Ella, satisfecha (y aun maravillada) de haber escapado con vida de la pavorosa aventu-

ra en que se viera empeñada sin saber cómo, ni por qué, ni para qué, no estaba por los reconstituyentes, y los oyó pregonar, ó dejólos aplicar con invencible escepticismo, acaso más confiada, y con harta razón, en la robustez propia que en la farmacopea política.

Ni siquiera se dió cuenta del trance amargo en que se veía su vecino del Sur. También Marruecos se encontraba mal de salud. Los franceses le habían quitado los oasis saháricos: el Tuat, Gurara y Tidikeldt. Como si dijéramos las Antillas y las Filipinas del Sultán. Pensábase que tal despojo no podría intentarse sin sangrienta guerra, y fué grande el chasco: el invasor halló escasa resistencia. Aunque los marroquíes pedían la guerra santa, azuzados por los marabús (que allí hicieron de periódicos), tuvo el Sultán la prudencia de no seguirles, sabedor de que no podía contar con el apoyo de Inglaterra, ocupada en el Transvaal más de lo que ella quisiera, y recelosa de ciertas idas y venidas de la diplomacia europea. La británica empezaba á pensar en nuevas combinaciones. En junio de 1900 publicaba *The Spectator*, periódico de Londres, un artículo proponiendo que Francia, España é Inglaterra se entendiesen para resolver de una vez y en paz la cuestión de Marruecos.

El articulista del periódico inglés ¿era un indiscreto? ¿Era sencillamente un hombre bien inspirado? ¿Era uno de esos exploradores que los políticos y los diplomáticos suelen destacar hacia el público para tantear el terreno? Imposible me será decirlo. Ni tampoco me atreveré á afirmar que ya en aquella fecha Francia y España tratasen entre sí de tales asuntos. Pero de lo que no cabe duda es de que llevaban varios meses conversando sobre cuestiones africanas antiguas é interesantes, y no desligada de la de Marruecos una de ellas: me refiero á las de Guinea y el Sahara.

Hemos visto como, por voto unánime de la nación, no quisimos colonias en Africa, ni en el golfo de Guinea, frente á Fernando Poo, Annobón y Corisco, ni frente á

las Canarias. Quedamos unos cuantos publicistas ilusos ó singularmente tenaces, defendiendo en la prensa, entre la indiferencia general, ya que no la conveniencia de adquirir nuevos territorios, la necesidad de defender los derechos adquiridos, á los que los franceses, cada día más resueltos á crearse un gran imperio ultramarino, atentaban con sistemáticas invasiones de nuestro territorio africano, levantando su derecho sobre hechos, mientras dejábamos caer el nuestro en ruinas por una no menor pertinacia en el abandono.

En marzo del 85 el comandante del cañonero francés *Basilic* obligaba al teniente de nuestra marina de guerra Espinosa á arriar la bandera española que ondeaba en la aldea de Kororo. En el oficio que le envió concedíale tan sólo 30 minutos de plazo para obedecer la intimación. Espinosa arrió la bandera. Pocos días después escribía el doctor Ossorio (que á todo estuvo presente) á los amigos de Madrid: « Los franceses se han propuesto suplantarnos en este país, incluso en las islas, y no reparando, como no reparan, en los medios, pronto se les logrará su intento..... De seguir, así sería mejor que nos marcháramos, pues aquí estamos siendo blanco de chanzonetas, y objeto de irrisión.»

«Los franceses del Gabón (decía la *Revista de Geografía Comercial* de 30 de junio siguiente) tratan á España con iguales miramientos que si fuese una tribu cualquiera de las riberas del Ogüé ó del Muni, consecuencia lógica de la conducta observada por España y por su gobierno en estos últimos meses.» En efecto: la situación no era decorosa para nosotros en el orden material ni en el moral. Tenía razón Ossorio: Ya que no nos íbamos y preferíamos quedarnos, ¿por qué no hacerlo con dignidad? A las quejas ó á las más sencillas observaciones de nuestras autoridades de Fernando Poo, cuya prudencia (otros dirían humildad) no será nunca bastante ponderada, respondían las del Gabón mandando al factor de Bata que hiciese fuego sobre cualquier individuo, blanco ó negro, que por allí apareciese con bandera española, y enviando al *Laprade* y al *Basilic* á navegar por nuestros ríos como en aguas propias, sin pedir autorización; es más, ejerciendo actos de

dominio como el de Kororo. Rogey, comandante del *Basilic*, tuvo cierto día, hablando con Ossorio, un rasgo de osada franqueza: «Esta tierra, quieran ustedes ó no, y hagan lo que hagan, será de Francia», díjole.

¿Qué hizo el gobierno español? Una cosa muy castiza: nombró una comisión. Cierto que á propuesta de Francia, la cual invocó el ejemplo de lo hecho en casos más ó menos análogos con Inglaterra y Portugal. Empezó la conversación entre los delegados españoles y los franceses, en París, en marzo del 86. No era fácil que se entendiesen. Los títulos de España eran: el tratado del Pardo (marzo de 1778), por el que cedimos á Portugal la isla de Santa Catalina y la colonia del Sacramento, á cambio de las islas de Fernando Poò y Annobón y el derecho de comerciar en la costa africana del Níger al Cabo López, que está al Sur del Gabón. Este derecho implicaba el de la posesión efectiva. España tomo posesión de las islas, y fundó factorías en la costa, incluso en el Gabón. Del año 46 al 63 las tribus del litoral comprendido entre el río del Campo y la punta de Santa Clara, pidieron la nacionalidad española, siéndoles expedidas cartas de soberanía. Muchos jefes recibieron regalos, pensiones, etc., etc. Siguiéronse las expediciones de la Sociedad de Africanistas, cuya historia queda referida. (Lib. II, cap. V.) Los franceses alegaban que el derecho al comercio no nos había dado la soberanía de la costa, y presentaban copia (el original nunca pareció) de cierto tratado del año 43, por el que un jefe llamado Hoako reconocía la soberanía de Francia. El 60 pidieron la supresión de los derechos que nuestras autoridades cobraban en el Munda, accediendo nosotros, por deferencia. En el terreno histórico y estrictamente jurídico nuestra situación era fuerte antes del 83. Desde entonces fué decayendo..... por culpa nuestra. Los franceses se crearon un derecho nuevo comerciando, explorando, imponiéndose á los indígenas y á los españoles, organizando una administración, y exhibiendo en todas partes, y con todos los pretextos, la fuerza marítima y terrestre de que disponían y que sabían emplear con oportunidad y vigor. Estipulóse que mientras duraban las negociaciones se mantendría estric-

tamente el *statu quo;* pero ya hemos visto que sólo nosotros cumplimos lo estipulado. (1) El 88, ante una acometida de los pámues del Muni, á los que no pudimos oponer más que 8 hombres, de los que nos mataron 6, los factores blancos establecidos en aquellos parajes pidieron la protección francesa, la que les fué otorgada con la celeridad necesaria y el contento que es de suponer. ¡Hermoso argumento para nuestros comisionados en París! A él vinieron á sumarse muy pronto otros dos: las expediciones de Fourneau y Crampel, que exploraron el *hinterland* del territorio español, más allá de las comarcas visitadas por Ossorio.

La situación en el Muni no era más que un reflejo de lo que pasaba en Europa. Mientras nuestra prensa y nuestros políticos no veían en las cuestiones africanas más que motivo de aburrimiento, los coloniales franceses apremiaban á los gobernantes é influían en la opinión pública con vehementes campañas de prensa. Revista tan autorizada como *La Géographie* decía que, si los españoles osaban desembarcar en el Muni, aunque fuese con pretexto de exploraciones científicas (el golpe iba contra Ossorio), una buena escolta debía conducirles á Corisco, «única tierra á que tienen derecho». «Nada de concesión. Nada de transacción.» Tal era la tesis francesa. Otro periódico, *L'Action,* nos amenazaba, si insistíamos, con recurrir á medios extremos. Nótese que esta actitud coincidía con la crisis marroquí, producida por la enfermedad de Muley Hasán, y comparando el estado de las relaciones franco-españolas en el Africa Ecuatorial y en el Moghreb, puede decirse que Francia se presentaba más irreductible en aquélla que en éste.

Entre tanto, delegados franceses y delegados españoles

---

(1) Tan lejos estaba de la intención del gobierno francés respetar el *statu quo,* aunque á ello se había comprometido solemnemente, que en los documentos oficiales hacía de él caso omiso. Sirva de ejemplo el siguiente: «*Congo français. Croquis de la rivière Benito. Levé en Janvier de* 1891 *d'après les ordres de M. Charles Rouvier, capitaine de frégate, commandant de la station locale, par Mr. Chevalier, lieutenant de vaisseau, commandant du* Basilic, *et Delpeuch, enseigne de vaisseau, officier en second. Service hydrographique de la marine*».

visitábanse afectuosamente de cuando en cuando, sin que se viera posibilidad de acuerdo. (1) Los franceses llegaron

---

(1) «La comisión está funcionando... queremos decir, está constituída, y cobra desde hace ¡más de un año!: el verbo «funcionar» pudiera inducir á error á nuestros lectores. Según informes autorizados, las supuestas conferencias de los comisionados españoles con los comisionados franceses se reducen á lo siguiente:

Cada 15 días se reunen todos en un local el tiempo necesario para saludarse, entregar, supongamos, los primeros á los segundos un escrito, prometer éstos que lo contestarán en la *sesión* inmediata, y despedirse, sin hablar una palabra del asunto que llevan entre manos. A la quincena siguiente se repite la misma escena, sin más variante que la de tocarles á los franceses entregar escrito y á los españoles el prometer que lo contestarán en la otra sesión. Y así sucesivamente. No siempre es quincenal esa función: cabalmente en estos días se hallaba enfermo el presidente de la comisión francesa, M. de Rialle, y hace más de un mes que están suspendidas por tal causa las conferencias, cosa que sólo encontrarán fuera de razón aquellos que, como nosotros, sólo discurran con el sentido de todos los días, y no se les alcance palabra de los misterios diplomáticos. ¿Por ventura está al alcance de un vicepresidente cualquiera, ó de un plenipotenciario segundo, la faena de entregar un escrito y recitar la fórmula consagrada «dans la prochaine séance»! Ahora llegará el verano, y se suspenderán las negociaciones, porque es de advertir que tanto el gobierno francés como el español, rivalizando en sentimientos humanitarios, conceden á sus comisionados dos meses de vacación, á fin de que se reparen con el descanso los estragos que ha de causar en su organismo un trabajo tan intenso y tan continuado: ¡un escrito mensual entre cinco personas tan sólo, sobre materia tan compleja y arcana!

Francamente, á una negociación así, lo menos que le falta es la seriedad..... Con lo que á España le cuesta, sólo de comisión, el territorio de la contienda, calculando hasta el día de hoy, lo ha pagado en más de su justo precio; si al fin ha de resultar, por encima de eso, que lo perdamos en su mitad, ó acaso todo, sea pronto, y no se nos obligue á pagarlo una segunda vez, cosa á que estamos abocados, pues, según nuestras noticias, los negociadores no piensan dar por terminada la negociación hasta dos años después de la fecha en que se inició.» (*Revista de Geografía comercial*, número 38. Mayo de 1887.) Pecaba la profecía, contra lo que podía esperarse, de excesivamente optimista, pues, según digo en el texto, la comisión no quedó disuelta hasta más de cinco años después de su nombramiento: cierto que sin haber llegado á resultado alguno.

He aquí ahora el presupuesto de la comisión en francos ó pesetas, pues estaban á la par:

Primer Ministro plenipotenciario con. . . .	45.000	pesetas.
Segundo ídem.	21.250	»
Primer Delegado técnico.	17 000	»
Un Oficial del Consejo de Estado.	15.000	»
Un segundo Delegado técnico	9.500	»
Total.	107.750	»

á negarnos hasta la posesión del Cabo San Juan, lo que equivalía á negarlo todo. Ensancháronla después, concediéndonos la costa entre dicho Cabo San Juan y el río del Campo. Sobre la cuestión del dominio del Muni declararon que no transigirían jamás. Les era absolutamente necesario, por su importancia comercial y política. Hablóse por entonces de arbitraje (proponiéndole la delegación francesa), pero no se tomó en consideración la idea. Duró este inútil visiteo hasta julio del 91, y costó más de medio millón de pesetas. Con menos de la mitad de esta suma gastada á tiempo, esto es, cuando los africanistas acudimos al gobierno de Cánovas del Castillo el 84 (véase Libro II, cap. V), todo el territorio entre el Munda y el Campo, con su *hinterland* hasta el Sanga, habría podido quedar por España, sin que nadie hubiese sido osado á disputárselo. Pero ya hemos visto que en aquella fecha no se creía que hubiese, ni que pudiese haber una cuestión con Francia en Guinea, reduciendo el problema nuestros gobernantes á la modesta categoría de una disputa entre geógrafos, gente visionaria y fastidiosa.

En septiembre del 90, cuando su soberanía de hecho estuvo firmemente establecida, Francia propuso de nuevo el arbitraje. En toda la costa, aparte el cabo San Juan, apenas se veía señal de soberanía española, presente ó pasada. El árbitro, viéndose ante títulos de derecho, ó confusos ó prescritos por largo plazo de abandono, es seguro que no haría otra cosa que partir de la situación de hecho, única cierta y única conforme, por otra parte, con lo usado en nuestro tiempo, sobre todo en Africa, desde la Conferencia de Berlín. Los franceses iban al arbitraje seguros de ver sancionada por el laudo la usurpación. Por eso le impugnamos los africanistas, y yo publiqué contra él no sé cuántos artículos en *El Resumen* y otros periódicos; pero no llegó á tener nuestra propaganda la importancia que deseábamos, y que al mismo gobierno convenía, por habernos faltado el apoyo de los diarios más importantes. Aceptada por España la proposición francesa, propuso Francia para árbitro al rey de Dinamarca. Le aceptó también España, y en firmar el acuerdo estaban ambas naciones

cuando acaecieron los sucesos de Melilla, que distrajeron nuestra atención y dejaron en suspenso el negocio.

¡Imagine quien pueda cómo marcharía éste en el borrascoso período de las guerras coloniales! Los franceses se instalaron en territorio español como en casa propia, sin que nadie les fuese á la mano ni pensase siquiera en ello. En agosto del 99 quejábase el gobernador de Fernando Poo al gobierno de la dificilísima situación en que se encontraba su autoridad, «condenada á presenciar constantemente toda clase de atropellos á los derechos españoles y el olvido más absoluto, por parte de los franceses, del *statu quo*». En efecto, la Sociedad Normanda establecida en el Muni tenía buen número de senegaleses armados de fusiles modernos, faltando á lo dispuesto por la Conferencia de Bruselas; las autoridades francesas quemaban pueblos del territorio reclamado por España, porque los indígenas se negaban á obedecer sus mandatos. Creía el gobernador que un reparto de territorio, «fuese cual fuese», sería más ventajoso y más decoroso que aquella situación. Hecha por el ministro de Estado, D. Francisco Silvela, la consiguiente reclamación, obtuvo una muy singular respuesta: el Embajador de la República en Madrid (Patenôtre) reclamó á su vez la suspensión de las obras de un fortín en el Cabo San Juan, pretendiendo que con aquello quebrantábamos el *statu quo*. Como el único pedazo de tierra que en aquella parte de Africa conservaba aún la apariencia de español era el Cabo San Juan, venir á disputárnosle equivalía á una intimación de desahucio. El señor Silvela replicó que el Cabo San Juan no había estado jamás en litigio, y aprovechó la ocasión de quejarse de la constante y escandalosa violación del *statu quo* por los franceses. Además propuso que se examinase la cuestión á fondo para resolverla definitivamente. Pidió el gobierno francés que la negociación volviese á París; vino en ello el español y quedó nuestra causa en manos del señor León y Castillo. ¿En qué condiciones? Las peores que cabe suponer. De hecho nada

poseíamos en aquella parte del continente desde hacía años, salvo el reducidísimo territorio de Cabo San Juan, y aun ése en duda. La situación de España en el orden moral no podía ser más dolorosa: reciente el vencimiento, incapaz de sostener su derecho ni aun con un leve gesto de disgusto que pudiere envolver amenaza; desamparado el gobierno de todo calor de opinión pública (la que ni llegó á saber lo que pasaba), y siendo notorios este desamparo, el ningún gusto de la nación por las empresas coloniales y nuestro estado de impotencia.

No nos quedamos cortos en el pedir. Había de dársenos, según el ministerio de Estado, del río del Campo al Utamboni, y, de Oeste á Este, del mar al grado 15 de Greenwich, dejando á Francia una zona de dos grados para que sus territorios del Ubangui comunicasen con los del Congo. Aunque esta pretensión se presentaba como mínima, no lo era en realidad más que en lo relativo al Muni, clave del problema. En el *hinterland* estábamos dispuestos á admitir reducciones. El buen sentido nos aconsejaba moderación. ¿Cómo podíamos aspirar á que se dieran por nuestras tierras que ningún español había pisado, y que los franceses habían explorado? ¿No eran éstos los únicos que habían tratado con los indígenas, sometídoles, é impuesto tributos? ¿No sucedía todo eso desde hacía años sin contradicción nuestra? Ni podíamos invocar en favor del propio derecho el principio de que quien es dueño del litoral lo es de la tierra á espaldas de éste hasta otra frontera, porque del litoral no éramos dueños, estando en duda la legitimidad de nuestros títulos, y porque para haber sostenido el principio debimos consignar enérgica protesta contra la invasión de ese *hinterland* por las expediciones de Crampel, Fourneau y otras. Nuestro embajador planteó la cuestión con gran habilidad, limitándose á reproducir la proposición de 12 años antes, como si nada hubiera ocurrido desde entonces. Delcassé contestó ofreciendo sólo una estrechísima faja junto al río del Campo. Declaró el señor

León y Castillo que la cuestión así planteada no tenía solución. Cedió Delcassé, concediendo desde dicho río Campo hasta el Cabo San Juan, pero obstinándose en guardar para Francia la cuenca entera del Muni. Al *hinterland* nos negaba, no sin razón, derecho alguno, resignándose á otorgarnos la zona explorada por Ossorio; y aun eso, no porque creyera que en justicia nos pertenecía, sino como muestra de los buenos deseos y de las amistosas disposiciones de Francia. Tan seguro estaba el ministro de Estado de la República de la solidez de los títulos adquiridos por ésta, que, en caso de arbitraje, no tenía inconveniente en aceptar el árbitro que España quisiera, aunque fuese el propio emperador Guillermo. Por último, sin llevar la cuestión á este terreno, en el que seguramente habríamos sido vencidos, se llegó, tras vivísima discusión en la que estuvo muchas veces á punto de surgir irreductible desavenencia, á la solución siguiente: división del Muni entre Francia y España; el *hinterland* hasta el ocho y medio grados del meridiano de París; derecho de preferencia para Francia en el caso de que España quisiese algún día enajenar estas posesiones; ninguna de las dos potencias podría fortificar las bocas del río Muni.

Mas, á la cuestión de Guinea iba íntimamente unida la del Sahara español, no porque entre las dos comarcas exista vecindad ni analogía alguna de clima y producciones, sino por haberse simultaneado en la anterior comisión el debate sobre las diferencias en ambas surgidas. Fundándose en esta circunstancia, pidió Delcassé que se tratase también de este segundo pleito, y que de una vez se fallase. Aquí las dificultades no eran menores. La cuestión de la bahía del Galgo había motivado ya empeñados debates entre colonistas españoles y franceses, sosteniendo los primeros que aquélla estaba comprendida en el Sahara español, y éstos que pertenecía á su colonia del Senegal. Los gobiernos debatieron la misma cuestión largo tiempo. Nuestro ministerio de Estado había comunicado oficialmente á las potencias, por circular de 26 de diciembre de 1884, el establecimiento del protectorado de España sobre la costa del Sahara. El gobierno de la república vecina respondió re-

servando sus derechos, pero declarando que estaba dispuesto á entrar en tratos para fijar la frontera al Norte de Cabo Blanco. España propuso una línea tirada de Cabo Blanco á Cabo Santa Ana, la cual dejaba á Francia la bahía y banco de Arguim, mas no la bahía del Galgo. No aceptó Francia esta línea, y propuso que se dividiera la península de Cabo Blanco, quedando para España la parte occidental, y para los franceses la oriental. Prevaleció esta solución, á todas luces abusiva, con el aditamento de señalarse como límite entre el Senegal y el Sahara español una línea que debía coincidir con el paralelo 20° 21'. Aceptáronla los españoles. Más tarde (el 91) quisieron los franceses retirar la condición de este límite, y los españoles se negaron obstinadamente á ceder, para salvar el *hinterland*, decían. Pero lo mejor del *hinterland* era el Adrar, y como éste quedaba al Sur de dicho paralelo, le perdieron. Que no se acordaran de él en el período de las negociaciones anterior á los últimos meses del 86 se comprende, porque no podían conocer el viaje de Cervera y Quiroga, ni el tratado con que terminó. Pero el 91 viaje y tratado eran conocidos, y daban fundamento más que suficiente á una reclamación de reconocimiento de soberanía. A la negligencia del gobierno, que no reconoció el tratado, ni le publicó en la *Gaceta*, ni tampoco le comunicó á las potencias, vino á sumarse la de los comisionados, que no le invocaron una sola vez. Y por si quedaba duda acerca de nuestra renuncia, el duque de Mandas, embajador de España en París, declaró al ministro de Negocios extranjeros de Francia, al año siguiente, que, si, en efecto, el Adrar se hallaba al Sur del límite aceptado por los delegados españoles, no teníamos derecho á él.

En esta cuestión, como en la de Guinea, llevábanos Francia, entre otras grandísimas ventajas, la muy señalada de haber allí un partido colonial numeroso y activo, cuyo representante en toda negociación era el ministerio de las Colonias. El ministro de Negocios extranjeros, aunque en ocasiones desease transigir, andábase con cuidado, temeroso de que su colega le fuese á la mano, secundado por una prensa influyente y bien informada, en la

que africanistas no menos patriotas que los nuestros, pero infinitamente más poderosos, levantaban oposiciones casi irreductibles. Nosotros, menos afortunados, no logramos que prensa ni partidos se interesasen por la cuestión del Sahara más de lo que se habían interesado por la de Guinea. Si mereció un día el honor de que los señores diputados la dedicasen una sesión, los periódicos artículos, y los círculos políticos conversación, no fué, ciertamente, por patrióticos impulsos. Allá por los años 86 y 87 había nacido un nuevo asteroide político, formado de la unión de Romero Robledo, separado de Cánovas bajo pretexto de ser éste poco conservador, con el general López Domínguez, á quien Sagasta parecía insuficientemente liberal. Llamóse á este consorcio partido reformista, el cual, deseoso de entrar en batalla con el gobierno y tratando de obstruir la discusión de un proyecto de ley, llevó á las Cortes una acusación de infracción constitucional por haber incorporado el ministerio la costa del Sahara á las islas Canarias sin autorización del Parlamento. Habló en nombre del reformismo y de su principal jefe, Romero Robledo, el diputado Montilla, cuya argumentación resumo: «La Constitución del Estado dispone que no se pueda enajenar ni anexionar territorio alguno sin consentimiento de las Cortes; el gobierno, por virtud de la Real orden de 6 de abril de 1886, ha incorporado á la capitanía general de Canarias la costa de Río de Oro; como á esta incorporación no ha precedido ley hecha en Cortes, es evidente que se ha infringido la Constitución. (1) Por otra parte, es muy discutible que á España le convenga la posesión de nuevas colonias, teniendo abandonadas las antíguas, y no es justo ni conveniente que en empleo tan poco útil se distraiga la fuerza pública.» La respuesta era fácil: «El señor Montilla ni por casualidad había acertado en una sola de las cosas que había dicho: lo incorporado á la capitanía general de Canarias no era Río de Oro, sino toda la costa del Sahara entre los cabos Bojador y Blanco; esa incorpo-

(1) Artículo 55, caso 2.°

ración no era más que consecuencia del protectorado de España sobre dicho litoral, declarado por Real decreto de 26 de diciembre del 84, comunicado oficialmente á las potencias extranjeras, y no impugnado por ninguna, salvo las reservas hechas por Francia en lo referente á ciertos límites con su colonia del Senegal, y sobre los cuales había litigio pendiente, no siendo de las más favorables á nuestra causa las manifestaciones hechas ante el Parlamento por el señor Montilla; que, si había infracción constitucional, ésta estaba en la raíz del negocio, esto es, en la declaración del protectorado, y que, en tal caso, lo mejor que el interpelante podía hacer era entendérselas con su jefe, D. Francisco Romero Robledo, miembro del gobierno que tal declaración hiciera.» Pero la contestación del presidente del Consejo (Sagasta) fué muy otra, viniendo á decir en definitiva: 1.°, que el protectorado de España «que encontramos constituído allí» lo es de hecho y de derecho; 2.°, que el concepto de protectorado es muy difícil de determinar, porque puede variar desde una pequeña influencia de la nación protectora hasta confundirse con el dominio completo del territorio; 3.°, que España ejerce el protectorado, sin que por eso forme parte el tal territorio de la nación española; es decir, que el protectorado nuestro era de los mínimos y que apenas suponen una pequeña influencia en la comarca protegida. ¡Y precisamente por aquellos días se reunía en París la comisión franco-española en la que delegados del gobierno que Sagasta presidía debían tratar de los límites entre las *posesiones* francesas del Sahara y las *posesiones* españolas!

Todo se había conjurado contra nosotros: la flaqueza de nuestros medios; nuestro abandono; la indiferencia de la nación; errores de los gobiernos; torpezas de los partidos; equivocaciones de nuestros delegados; hasta el presidente del Consejo, en vez de robustecer nuestro derecho, le debilitaba y combatía en ocasión solemne y con oportunidad desdichada. ¿Cabe empezar una negociación con mayores

seguridades de acabarla desastrosamente? No lo creo posible. Ésta acabó, sin embargo, con felicidad grandísima, contra toda lícita esperanza, y también muy al revés de lo que desde muchísimos años atrás solía sucedernos. En ella ganamos:

En Guinea 30.000 kilómetros cuadrados de tierras ricas y pobladas, comprendidas entre el río del Campo y el Muni, y desde el mar hasta el 9 grado de latitud del meridiano de París. El gobierno francés había ofrecido hasta el grado 8'30, y había pedido, además, una indemnización de 130.000 francos por el faro de Bata y otros edificios que nos entregaba. El gobierno español conformábase con este límite, á cambio de que se le relevase de pagar indemnización. El señor León y Castillo consiguió las dos cosas: aumento de territorio y supresión de la indemnización.

En el Sahara lo obtuvimos todo, absolutamente todo lo que pedíamos, menos aquello á que explícita y terminantemente habíamos antes renunciado: el Adrar y la bahía del Galgo. En total, 180.000 kilómetros cuadrados. Pero, con ser esto mucho, aun vale y significa infinitamente más que todo ello una cláusula del tratado por virtud de la cual los límites del Sahara español quedan indeterminados por el Norte, de modo que desde entonces somos nación fronteriza de Marruecos por aquella parte, lo que ha venido á darnos una posición ventajosísima ante futuras contingencias que el hábil negociador supo prever.

La noticia de haberse firmado un tratado con Francia por el cual ganábamos unos territorios y se nos reconocían derechos que sobre otros alegábamos, produjo asombro, y, en muchos, temor. «¡Cómo! ¿Ensanchábase el suelo patrio? ¡No era posible! ¿Desde qué remota fecha no se tenía noticia de ningún aumento? Sólo los eruditos lo sabían.» Luego vino el susto de los suspicaces y recelosos. «Aquello, por lo mismo que se apartaba de lo natural, debía envolver algún grandísimo y no sospechado peligro.» Así como los niños, entrando en una habitación á obscuras, suelen ver mil espantosos fantasmas allí donde nada ven, así también la ignorancia del vulgo, perdida en las para ella densísimas tinieblas de la política internacional,

sintió que se le helaba la sangre y se le erizaban los cabellos, y fuese á dar voces á las columnas de los periódicos, que son, en estos tiempos, sus ventanas favoritas. Desde ellas dijo que, si Francia otorgaba aquello, era porque, sin duda alguna, nos tomaba en secreto mucho más, y que, por tanto, lo recibido podía muy bien no ser dádiva, sino añagaza con fines siniestros.

Mas, al poco tiempo, corrieron otras noticias. Los franceses se habían quedado con lo que nos pertenecía: el *hinterland* de Guinea del grado 9 al Ubangui, la mitad del Muni, el Adrar, la bahía del Galgo, etc., etc. Habíamos sido engañados miserablemente. Y véase por qué opuestos caminos fué combatido el tratado de junio de 1900. Unos abominaban de él por demasiado bueno; otros por rematadamente malo. De éstos, los que tanto habían colaborado con su silencio años y años á la ruina de nuestros títulos jurídicos, eran los más implacables detractores. Movióse contra las nuevas posesiones violenta campaña de descrédito. En realidad, el Muni y el Sahara eran dos huesos sin carne alguna: el uno por húmedo; el otro por seco; aquél por cubierto de bosques impenetrables y malsanos; éste por desolado y arenoso. No valían la pena de una negociación, y hasta parecía imposible que nadie perdiese el tiempo en comentar el hallazgo. Todo ello entre ripio geográfico y desatino histórico de más de la marca, salidos de labios y de la pluma de personas competentes, ó que por su situación y carrera debían serlo. Personaje político hubo que, confundiendo el Muni con Río de Oro, en un discurso parlamentario, le trasladó á la frontera de Marruecos, añadiendo este agravio á los muchos que la representación nacional lleva inferidos á la Geografía, una mínima parte de los cuales van mencionados en esta obra. (1) En suma:

---

(1) Recientemente (marzo del 907) hase perdido, en la costa del Sahara, el crucero francés *Jean Barth*, y un periódico de Madrid, al que otros hicieron coro, ha dicho que por buenas referencias se sabía que aquel barco no iba al Senegal, como aseguraba el gobierno francés, sospechándose que el verdadero objeto del viaje fuese ocupar cierto paraje de la dicha costa, á la sazón sin dueño. De suerte que aun no

hízose lo posible por persuadir á la gente de que habíamos echado sobre nuestros hombros nuevas cargas, pesadas y comprometedoras, y en poco estuvo que no se pidiese el procesamiento del negociador. (1)

El cual, entre tanto, emprendía solo y bajo tan favorables auspicios, un nuevo y mucho más considerable negocio.

---

ha entrado en el orden de los conocimientos corrientes, ni siquiera para los que escriben en papeles públicos, el Real decreto de diciembre del 84, ni la Real orden de abril del 86, ni siquiera el tratado de julio de 900, que á saberse eso se sabría no haber allí (como no haya querido la Providencia proceder á un suplemento de creación añadiendo secretamente un trozo de tierra al litoral al Norte de Cabo Blanco) ni un palmo de costa que no sea español, y que por tal no haya sido reconocido, principalmente por Francia.

(1) Un rotativo pidió que lo mandasen á presidio (á Ceuta ó á Melilla).

CAPÍTULO III

Cómo se redimió España del aislamiento.

a) De la seguridad de las Canarias á la cuestión de Marruecos. —Primeras conversaciones entre los señores León y Castillo y Delcassé.—No se puede tratar de Marruecos sin contar con Inglaterra.—Proposición del señor León y Castillo á Silvela.—Recházala éste.

b) Política de Delcassé.—Propónese restablecer las buenas relaciones con Inglaterra.—Alemania corteja á Francia.—Inglaterra propende á una alianza con los Estados Unidos y Alemania.—Recházala ésta.—Inglaterra se inclina hacia Francia.

c) Agravación de la crisis marroquí.—Inglaterra no ayuda al Majzen contra Francia.—Entiéndense Francia é Italia sobre política mediterránea.

d) La crisis española.—Conversión de Silvela á la política nueva.—Su artículo de La Lectura.*—Sagasta, el duque de Almodóvar y Silvela aprueban el proyecto de tratado hispano-francés.—Queda este negocio en el mayor secreto.*

e) Acuerdo hispano-franco-inglés para mantener el statu quo *marroquí.—Empiezan á entenderse Francia é Inglaterra. —Situación ventajosa de Francia.—España vacila y acaba por abstenerse.*

La posesión de las Canarias no puede ser segura ni tranquila sin la de la vecina costa, ó estando ésta desierta: porque, si en ella se estableciesen europeos, serían para nosotros perpetua amenaza. Los moros podían ser, y muchas veces fueron, vecinos incómodos, mas no peligrosos. Para evitar otros se hizo la declaración de protectorado el 84. Pero, como sólo comprendía el litoral entre los ca-

bos Bojador y Blanco, quedó en duda la región al Norte de éste hasta Cabo Yuby, acaso porque el gobierno de entonces temió suscitar el enojo de Inglaterra, establecida por medio de su agente secreto, Mackenzie, en aquellos parajes. No poco se había hecho (muchísimo, dado nuestro encogimiento) impidiendo al dicho Mackenzie con nuestra resolución fundar en Río de Oro otra factoría, como lo intentara. Al firmarse el tratado de 1900, no quiso el señor León y Castillo que esa duda quedase, viendo en ella una puerta por donde podían introducirse muchas inquietudes y disgustos. Lo que por esa puerta vino á entrar, al querer cerrarla, fué toda una política nueva.

Extendido hacia el Norte el límite oriental del Sahara español sin término conocido, ¿quedaba perteneciendo á España la costa que corre al septentrión del cabo Bojador, llamada también región del Sequia-el-Hamra? Sobre este, al parecer, no muy interesante tema comenzó secreto diálogo, entre ambos negociadores, no sorprendiendo al que había llevado la voz de Francia que del señorío de las Canarias se sacase argumento en favor del de todo el litoral frontero, por haber notado en el curso de la negociación lo muy enlazados que, en opinión del representante de España, estaban ambos asuntos. No negó tampoco su importancia ni desconoció la razón del enlace, pero alegó una dificultad grave para resolver el punto: tocaba al de Marruecos, y de éste no se podía tratar sin contar con Inglaterra, la cual, además de interesada en el total del problema marroquí, lo estaba de modo especial en todo lo referente á aquel trozo de costa, pues al retirarse Mackenzie de Cabo Yuby, el gobierno de Londres había devuelto al Sultán los derechos que sobre ella se atribuía, con la condición de no cederla á ningún gobierno. Convencido de antemano el señor León y Castillo, asintió sin dificultad á las razones de M. Delcassé. El nuevo negocio era de mayor consideración que el que acababa de resolverse. Para nuestra patria significaba una cosa extraordinaria y transcendental: nacer á la vida de relación; dejar la existencia inferior, vegetativa, para entrar en el número de las naciones vivientes; camino en el que no se podía

dar un solo paso sin contar con la previa aprobación del gobierno presente, y la de los hombres que, según probabilidades razonables, habían de formar los futuros. En interesar á la opinión pública no había que pensar; en alucinarla con un programa patriótico, menos. No se trataba de poner anuncios con fines menudos de política interna, tenue pantalla de ambición de medro personal: plataforma acaso para alcanzar una jefatura cuya vacante podía vislumbrarse ya entonces. Era una obra santa de redención nacional: noble tarea que requería recato, prudencia, secreto absoluto. Había que proceder de arriba abajo, no de abajo arriba. El problema africano debía resolverse desde el gobierno. Por eso era esencial contar con los jefes de los partidos turnantes. A este fin encaminó sus esfuerzos nuestro embajador en París, persuadido, no sin razón, de que en aquel momento su proyecto no contaba un solo partidario en el estado mayor de la política española.

Muy despacio debió meditar el señor León y Castillo el paso que iba á dar, y creo que su larga experiencia le advertiría de las resistencias casi insuperables que tendría que vencer. No se desencanta con facilidad á un pueblo, ni se despierta á la realidad de la vida universal á políticos acostumbrados á no conocerla y á no tenerla para nada en cuenta. No diré que fuera de éstos el entonces presidente del Consejo, D. Francisco Silvela, á quien abolengo y educación exceptuaban de la nota de aldeanismo que á los políticos españoles ponía Martí en su manifiesto de Monte-Cristi; pero otras circunstancias, más de su carácter que de su entendimiento ó de su cultura, vedaban suponerle felices disposiciones para una iniciativa que, vista desde la calle de Alcalá, había de parecer arrojadísima, casi temeraria, á más de inoportuna en alto grado, estando tan reciente nuestra lastimosa caída, y tan sin pulso, al menos según todos los síntomas perceptibles, la nación. Y, en efecto, así lo vió Silvela. Escribióle el señor León y Castillo proponiéndole entrar en tratos con Francia para resol-

ver de común acuerdo la cuestión de Marruecos; mas él respondió, desasosegado, que no, que se estuviese callado y quieto, que en Marruecos lo único que convenía era mantener el *statu quo*.

En verdad parecía lo más discreto, y el jefe del gobierno, que era la discreción misma guiada por un talento crítico de primer orden (por tanto con aptitudes ejecutivas no más que medianas), advirtió en el acto la desproporción entre la magnitud del problema que el embajador planteaba y las fuerzas de España, el estado de la opinión, la ausencia de verdaderos instrumentos de gobierno, la inseguridad de la situación interna. ¿No pedía la prudencia que se esperase á que España se viese en mejor disposición de cuerpo y de espíritu? Apreciando estos dos elementos — estado del organismo nacional y transcendencia del problema y de sus complicaciones probables —, la respuesta no podía ser diferente de la dada por Silvela. Pero quedaba un tercer elemento que estudiar: el problema en sí mismo y en sus relaciones con la política internacional. Todo el siglo XIX lo ha pasado España diciendo que ¡allá va!; que hará tales y cuales cosas; que se propone cumplir el testamento de Isabel la Católica; pero que es preciso que la den tiempo de arreglarse, constituirse y fortalecerse. A Marruecos irá, sin duda alguna, en cuanto pueda, pero entre tanto recomienda que se mantenga el *statu quo*. Esto sería muy bueno, y nosotros estaríamos muy en lo cierto, si el mundo fuese un reloj cuya llave tuviéramos en la mano. Con no darle cuerda quedaba el reloj parado, y nosotros dueños del tiempo. Pero, lejos de ser esto así, es muy al contrario: el mundo anda, las grandes cuestiones universales caminan, corren, vuelan; sólo nosotros permanecemos parados. Cuando vemos que se nos adelantan, gritamos que nos esperen, que vamos á emprender la jornada, y, naturalmente, nadie nos hace caso.

Así en lo de Marruecos. El 900 no estábamos preparados, es cierto. Pero, ¿nos habíamos conducido como si pensáramos que algún día debíamos empezar á querer prepararnos? Ni eso. Probado queda en anteriores capítulos. Y ya no era tiempo de hacer proyectos para lo porvenir.

sino de decidir si podíamos vivir ó no con Marruecos convertido en dependencia europea, esto es, francesa. Si decidíamos que sí, que eso nos era indiferente, abandonar para siempre los ensueños africanos, y dejar á los demás que cumplieran su destino; si creíamos que no, que nuestra existencia está unida á la del Moghreb, intervenir en la liquidación de éste, costase lo que costase, fuesen cuales fuesen los sacrificios y los riesgos, ya que ninguno de éstos podía ser mayor que el que entrañaba la abstención. Que nos conviniera ó no, que quisiéramos ó no, la hora había sonado, y no estaba en nuestra mano retrasarla un segundo.

El señor León y Castillo, que veía esto con claridad meridiana, insistía: «en Madrid se equivocaban; la cuestión de Marruecos estaba madura; Francia é Inglaterra empezaban á percatarse de que muchos de sus intereses, en vez de ser antagónicos, podían conciliarse, y por eso, las dos naciones llevaban camino de entenderse; el *statu quo* era la sombra, el fantasma de un sistema político; no había medio de aplazar la solución; se iba á llegar á ella de un momento á *otro, con nosotros ó sin nosotros, y, en este caso, contra nosotros.*»

Así era, en efecto. Una rápida ojeada al estado de la política internacional bastará para probarlo.

Delcassé recogió la herencia de Hanotaux en un momento crítico de la Historia de Francia y del mundo. Inglaterra amenazaba; Alemania brindaba paz y amistad. Ésta había arrebatado á Francia la superioridad militar en Europa; aquélla parecía dispuesta á descargar sobre el segundo imperio colonial francés parecido golpe al que descargara sobre el primero. Delcassé duda en la elección de conducta. ¿Entenderse con Alemania? Imposible: *on me lapiderait!* ¿Entenderse con Inglaterra? Imposible también. Hay que liquidar ante todo y sobre todo el grave negocio de Fachoda, y la altivez con que le toma la diplomacia sajona no permite pensar en pactos amistosos. Como

publicista, Delcassé había sido anglófilo; pero, ¿podía serlo como ministro de Negocios extranjeros en situación semejante? Empezó por intentar la resistencia, y acabó por ceder. Poco después de esta humillación consentía Francia en poner sus tropas bajo la dirección de un general alemán (en China). ¿Qué significaba aquello? ¿Decidíase al fin la república por las alianzas continentales? Aun después de perdida la ocasión con que brindara el Emperador Guillermo el 97 (véase el capítulo I del presente libro), parecía posible, y hasta fácil, intentarlo. La guerra transvaalense provocaba protestas no menos vehementes en Francia que en Alemania. Si Guillermo II enviara á Krüger aquel famoso telegrama en que le alentaba á la resistencia, el pueblo de París recibía al anciano presidente entre aplausos y vivas estruendosos, tanto más significativos cuanto más duramente contrastaban con las injurias que parte de la prensa lanzaba contra la Reina Victoria. ¡Cuán poco espacio ha transcurrido desde entonces en el orden cronológico, y cuán lejos estamos de ello en el orden político!

No: Francia no pensaba en entenderse con Alemania. La aceptación del mando de un general alemán en Oriente, fué un episodio sin consecuencias. Las explosiones antiinglesas, fenómenos paralelos sin correlación ni enlace. De ellas, en vez de resultar una política orientada hacia Alemania y contra Inglaterra, va á resultar una política orientada hacia Inglaterra y contra Alemania.

«Quisiera no salir de aquí—decía Delcassé á M. Víctor Berard en los primeros días de noviembre de 1898; reciente el ultimátum inglés—; no quisiera abandonar este sillón, sin haber restablecido el acuerdo amistoso con Inglaterra.» (1) Esta frase significa que ha muerto una política: la de Hanotaux; y que ha nacido otra: la de Delcassé. Ha muerto la política de expansión colonial, la que, siguiendo las huellas de Richelieu y de Colbert, empujaba á Francia á una lucha á muerte con el imperio británico (continuación de la terminada desventuradamente en La Hougue, y

(1) V. Berard. *La France et Guillaume II*, pág. 21.

desquite del tratado de París, 1761), para la cual necesitaba el apoyo de todas las naciones europeas. Ha nacido la que, dejando relegada á segundo término aquella expansión, concreta la acción francesa á la región mediterránea occidental, y lo subordina todo, incluso los proyectos de imperialismo berberisco, al propósito firme de devolver á Francia el primer puesto en Europa, tomando el desquite de Sedán.

La guerra boer vino á alterar la situación internacional, abriendo ancho campo á nuevas é inesperadas combinaciones. La alianza continental parece posible. El Emperador Guillerno la busca con empeño mal disimulado. En julio del 99 visita en aguas de Noruega al buque-escuela francés *Iphigenie*, saluda con afectuosas frases á los guardias marinas, les invita á bordo del *Gneissenau*, y dirige al presidente de la república un telegrama harto significativo. El Emperador no se contenta con exponer del modo más insinuante sus ideas sobre las ventajas de un acuerdo franco-germánico siempre que se ofrece ocasión de hablar con franceses de elevada condición social ó política. Apenas comenzada la campaña transvaalense, pasa á exponer estas mismas ideas al embajador de Francia. Dudoso tal vez de la propia elocuencia, hácese ayudar del Canciller. Ambos hablan con insistencia «de los grandes intereses comunes que Francia y Alemania tienen en el mundo entero, pero sobre todo en Africa». El gobierno francés autoriza á su embajador á responder (30 de octubre del 99) que no desconoce esos intereses ni su importancia, y que le parecen muy dignos de que ambas naciones procedan á examinarlos de común acuerdo. ¿Va á hacerse la liga continental? Si se hace ¡qué revolución en la política del mundo!

Pero la diplomacia inglesa vigila. A la alianza europea responderá con la alianza de los pueblos sajones. Chamberlain, verbo y cerebro del imperialismo, habla en Léicester (30 de noviembre), para recordar á los yanquis los servicios prestados recientemente, y pedirles la reciprocidad. La deuda de gratitud estaba fresca. Poco más de un año antes el mismo Emperador Guillermo trabajara en

unir á todas las potencias para evitar el despojo inicuo de España por los Estados Unidos. Inglaterra opuso su veto á esta iniciativa, declarando que á su cargo corría guardar las espaldas de los norteamericanos en el caso de que alguien tomara nuestra defensa. Ahora la angustiada Albión (no ya soberbia por algún tiempo) dirigíase al tío Sam proclamando el «hoy por ti, mañana por mí». Y Chamberlain decía en Léicester: «La aproximación de los dos pueblos (Inglaterra y los Estados Unidos), que los esfuerzos de los estadistas no habían logrado realizar, se produjo de modo espontáneo por las pruebas de simpatía que hubimos de dar á los Estados Unidos cuando á su vez se vieron blanco de sospechas análogas á las que nuestros actos han despertado y despiertan, y les vimos empeñados en una guerra que muy luego comprendimos ser una guerra justa, una guerra contra la opresión, una guerra en favor de la civilización y del buen gobierno..... Estoy persuadido de que jamás olvidarán las seguridades que les dimos cuando la guerra con España.»

Mas, por si acaso la gratitud, sentimiento extrahumano, falta en los pechos yanquis, ó se hace la sorda, Chamberlain vuelve la vista hacia Alemania, y sonríe: «Nuestro pueblo ha tenido ocasión de sentirse lastimado por ella (alusión discreta al telegrama á Krüger). Pero lo que une á las naciones es el interés y el sentimiento. ¿Qué intereses alemanes son opuestos á los británicos? Ninguno. Al contrario, los de las dos naciones podrían muy bien concordarse. Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos formarían la mejor combinación de fuerzas para sostener la paz del mundo». Pero, además de los intereses, hay los sentimientos. Aquí Chamberlain encárase con Francia, mas no con la sonrisa en los labios, sino con el puño cerrado. «¿Cómo perdonar á los franceses las groseras caricaturas y las injuriosas cuchufletas con que ultrajaron á la anciana Reina Victoria? La prensa alemana, aunque hostil, no había sido tan procaz.» John Bull, indignado, amenazaba por boca de Chamberlain, y la prensa británica coreaba la amenaza. ¡Hurra por la alianza germánica!

En Francia este discurso produjo hondo disgusto; más

que disgusto verdadera amargura. Delcassé debió pensar que su proyectado abrazo franco-inglés era asunto que iba para largo. En Alemania no tuvo mejor acogida. Un importante periódico decía, comentándole, que para el 90 por 100 de los alemanes la nación más detestada era la inglesa. La mayor parte de la prensa mostróse contraria á todo compromiso que pudiese ser hostil á Rusia. En resumen, la opinión alemana era ésta: «Buena amistad con la Gran Bretaña, pero no alianza». Poco después decía en el Reichstag el canciller Bülow: «No queremos conquistas: queremos que se nos deje extender pacíficamente nuestro comercio y aumentar nuestros puntos de apoyo. Nuestra política es de paz, basada en la triple alianza, y de buenas relaciones con Rusia. De que nuestra política marítima será prudente, la mejor prueba es la necesidad que tenemos de mantener nuestras fuerzas concentradas en Europa. Pero todos aumentan sus fuerzas navales; nosotros tenemos que aumentarlas también, porque estoy persuadido de que en el próximo siglo Alemania será yunque ó martillo.»

Aquello equivalía á enviar á Chamberlain noramala. ¡Quién podrá pintar la secreta cólera de la desdeñada Albión! El despecho británico contestó á Bülow estampando en las columnas del *Times* esta punzante ironía: «Es poco probable que Alemania venga á ser el martillo de los mares». Uno de los más distinguidos colonistas franceses, comentando este episodio, escribía en el *Bulletin de l'Afrique française:* «A Alemania no le conviene la alianza inglesa, porque, en caso de guerra, ella recibiría los golpes, y la escuadra británica no le serviría de nada. Por la misma razón no nos conviene á nosotros esa alianza.» Esta opinión de Robert de Caix acaso fuese la de Hanotaux; mas apartábase mucho de la de Delcassé, cada día más entregado á sus amores por la reina de los mares. Ésta muéstrasele ya menos esquiva. En marzo del 900, el *Times*, tan irónico con Alemania, habla á Francia benévolo, casi afable: «En suma, la actitud del gobierno francés ha sido correcta. Contrasta por su carácter con la de otros gobiernos que no hay para qué nombrar. El francés sabe que le apreciamos, y que no pagaremos su conducta con ingratitud..... No te-

nemos con él cuestión alguna pendiente, y es evidente que una guerra entre los dos países sería desastrosa para ambos». Y de allí á pocos días (el 26 del mismo mes) el ministro de Comercio, Ritchie, decía en una reunión pública que todos los ingleses deseaban vivir en buena amistad con los vecinos de allende la Mancha.

¿Por qué este cambio? ¿Qué había sucedido? Una cosa muy sencilla, pero de incalculables consecuencias. A las vivas instancias de los presidentes boers solicitando la intervención, casi todas las naciones europeas habrían contestado proponiéndola, de no saberse que el menor gesto en tal sentido produciría una sangrienta guerra con Inglaterra. Tuvo la idea de hacerle el Kaiser, pero quiso saber si podía contar con Francia. Del sondeo á que con suma reserva procedió su diplomacia resultó que Francia (Delcassé) negaba su concurso. Alemania retrocedió, y las repúblicas sudafricanas sucumbieron en 1900, como nosotros habíamos sucumbido dos años antes.

Admitido por la dama de sus amores, no pudo ó no quiso Delcassé disimular su dicha, y el 3 de abril, á los once días del discurso de Ritchie, decía en el Senado francés que, «si muchas y grandes son las causas de disentimiento entre Francia é Inglaterra, en mayor número y mayores son las que convidan á prevenirlos y á resolverlos». A lo que añadió: «Si las dos naciones riñen, otro cogerá el fruto.» Y con esto no sólo proclamaba la necesidad del acuerdo franco-inglés, sino que apuntaba hacia el objeto inevitable de éste.

Por entonces (en los comienzos de marzo) trataron por primera vez el ministro de Negocios extranjeros de Francia y nuestro embajador en París de las cuestiones de Guinea y del Sahara. En junio siguiente apareció el artículo de *The Spectator* aconsejando el acuerdo anglo-franco-español para resolver el pleito de Marruecos, y de allí á poco empezó á susurrarse que la conversación recién comenzada versaba también sobre este tema.

Circunstancias diversas agravaban la crisis marroquí. Argelia empleaba su reciente autonomía en extenderse por el Sahara á costa del Sultán, y en adelantar hacia el Figuig su ferrocarril de penetración. En Marruecos la muerte del primer ministro, Ba Hamed, acababa de desencadenar la anarquía. Rotas las ligaduras con que la autoridad de aquél atara al irreflexivo Abd-el-Aziz, dióse éste á las más singulares fantasías: compró cinematógrafos, bicicletas, automóviles, fonógrafos, aparatos fotográficos y de proyecciones, vistió á la moda de Europa, y hasta se dejó retratar, consintiendo que su efigie anduviera de mano en mano, con escándalo y horror de los fieles musulmanes. Y como si fuera esto poco, entró con grandes bríos en el difícil y peligroso camino de las reformas político-administrativas. Ingleses y franceses fomentaban y explotaban su afición á las baratijas europeas y le llenaban la cabeza de proyectos innovadores. Un marroquí de no muy ilustre linaje, pero ambicioso y atrevido, El Menebbi, predicaba europeización al oído del descendiente de Mahoma, caído á la postre en el mayor desconcepto entre sus súbditos.

Los oasis saháricos habían sucumbido, sin que su conquista motivara la menor reclamación diplomática. Triunfaba en las cancillerías el criterio francés de considerar la anexión «como acto de policía argelina». (1) El gobierno

(1) M. Ribot, ministro de Negocios extranjeros de la República, había dicho en la Cámara lo siguiente el 26 de octubre de 1891: «Si Marruecos ha creído en fecha reciente que podía enviar emisarios á los oasis para entrar en relaciones con los habitantes, é inducirles á reclamar la intervención del Sultán, puedo decir á M. Deloncle que el gobierno francés no ha titubeado en comunicar al marroquí, de la manera más clara y categórica, que no toleraría ningún acto suyo de soberanía en territorios que están dentro de la esfera de influencia francesa. Señores: esta cuestión no es europea, ni siquiera marroquí, como muy bien ha dicho M. Deloncle, sino una cuestión de policía al Sur de nuestra Argelia».

No lo entendía entonces así la diplomacia inglesa, á la que secundaban la italiana y la española, aunque ésta tímidamente. M. Julio Cambón, gobernador general de Argelia, escribía en abril del 93 al gobierno diciendo que la acción del Sultán en los oasis contaba con el apoyo de potencias europeas. Muchos artículos publiqué por entonces sobre esto en la prensa madrileña, ganando en las redacciones reputación de hombre que pierde el tiempo en cosas nimias y singulares que á nadie le importan.

inglés la declaraba, por boca de la *Westminster Gazette*, «cosa perfectamente natural y legítima». Nadie oyó las quejas del Majzen. Síntomas eran aquéllos de grandes novedades. Italia, la aliada de Inglaterra en el Mediterráneo, viene á avisarnos, con su conducta, de la llegada de los nuevos tiempos. Al tratado de comercio de 1898, sigue una negociación secreta de la mayor importancia. Los estadistas italianos no habían perdido nunca de vista el problema de Marruecos y del Estrecho. Aunque después de la decepción sufrida en Túnez vayan sus miradas de preferencia á la Cirenaica y á Trípoli, la calidad de gran potencia mediterránea daba á Italia títulos más que suficientes para interesarse en la suerte del Moghreb. Francia é Italia trataron de esto á solas, y llegaron á un acuerdo, que, según todas las probabilidades, consistió en lo siguiente: Italia dejaba en plena libertad á Francia de hacer en Marruecos lo que mejor le pareciera; Francia dejaba en plena libertad á Italia en Trípoli y en el Adriático. ¿Era Italia infiel á la triple? Bülow se limitó á acusarla, benévolamente, de coqueta. Quien frunció el ceño fué Austria, para la que una Italia con las manos libres en el Adriático no es vecindad grata. Tampoco Turquía, dueña de Trípoli, quedó contenta. Inglaterra calló. Los triunfos diplomáticos de Francia habían dejado de inquietarla. ¿No era el teutón el común enemigo? Cuando el Rey Víctor Manuel estuvo en París á ratificar y autorizar con su visita la nueva amistad, no quiso volver á Roma sin pasar por Londres. Los coqueteos de la joven Italia ¿acabarían en infidelidad escandalosa? Las apariencias eran inquietantes.

Entre tanto, los periódicos de Madrid dedicaban lo mejor de sus columnas al asunto de la señorita Ubao, y á la obra dramática de Pérez Galdós, *Electra*, la cual tuvo el efecto singularísimo de despertar pasiones de turbas callejeras, avivadas por manos diestras en estos y otros menesteres del arroyo, y del vientecillo que entre todos levantaron, que á muchos medrosos se les antojó fortísimo

huracán, murió aquel gobierno, tan delicado de complexión como los más, si no todos, los que hemos conocido en España.

Más larga y próspera vida, y muerte mejor y más decorosa, ambicionara dos años antes, al nacer con las nobles aspiraciones que descubría la voz *regeneración*, escrita en su bandera, y muy intensa amargura debió invadir el ánimo de Silvela (que, si no presidía el gobierno en aquel momento, era el artífice que levantara la fábrica tan á poca costa derribada), viendo malogradas ilusiones patrióticas y destruídas risueñas esperanzas. Tenía aquel ilustre político ingenio y capacidad natural muy sobrados; estaba exento de despóticos caprichos en cosas y personas que tan fácilmente engendra el poder en almas menos rectas que la suya; poseía aptitudes literarias singulares; era noble y desinteresado en sus propósitos; ajeno á toda pasión de ira, odio ó venganza; propenso á la paz en la política y á la indulgencia en el gobierno; inclinado á consagrar á los asuntos públicos su tiempo y su vida. Flotaba sobre estas condiciones, como la niebla que funde en tintas y contornos uniformes los detalles y accidentes de un paisaje, la debilidad de su carácter, la irresolución de su voluntad, que le hacían poco solícito en perseguir la realización de un pensamiento. El gobierno, con sus tremendas responsabilidades, cuando recae en hombres de tales condiciones de espíritu, es origen de grande infelicidad y profunda melancolía, que á la larga penetra en lo más esencial de la vida. Por huir del esfuerzo que en tales almas representan los actos de la voluntad y la posesión de sí mismas, dejan ir los sucesos al hilo de los impulsos ajenos, creyendo les resultará la carga menos pesada; pero, si la razón y la inteligencia no son mudas, refutan al cabo todos los falsos argumentos que va suministrando la pereza, sienten una y otra vez las consecuencias de su abandono y al propio tiempo la voluntad no ejercitada debilítase más y más, y consideran como irremediable su impotencia cuanto más alto les hablan los remordimientos de la inacción. (1)

---

(1) Véase Francisco Silvela. *Sor María de Agreda y Felipe IV*. Con notable, casi dramática puntualidad, nos explica la pluma castiza

Muy altos debieron hablar éstos en la conciencia de Silvela (aunque no tanto como hablaron más tarde) en la forzada vacación de aquel verano, siguiente á su caída. Tal vez evocando el recuerdo de los intentos malogrados y de las ocasiones perdidas, vino á su memoria el de aquella que en Africa de tan inesperado modo le ofreciera el señor León y Castillo; y volviendo á leer las cartas de éste, consagrándolas largas horas de meditación en los tranquilos ocios de Villaharta, vió en ellas materia para una grande y hermosa reivindicación de su honra de gobernante; un magnífico motivo de desquite para el día en que de nuevo se hallase al frente de los destinos nacionales, poniendo por segunda vez á prueba su capacidad de estadista. Aquél era el verdadero camino de la regeneración y él había de seguirle hasta el fin para rehabilitarse, engrandeciendo y glorificando á España. De este su nuevo estado de alma nació el artículo de *La Lectura* (agosto de 1901).

En los corrillos de los balnearios elegantes el inesperado tema de conversación sirvió varios días de lenitivo al aburrimiento. Algunos políticos aprovecharon tan buena ocasión de discurrir sobre él ante algunos periodistas, improvisando opiniones á las que no he de negar la misericordia de un piadoso olvido. Cierto órgano liberal quiso poner espanto y arrepentimiento en el corazón del autor, advirtiéndole que aquellas temeridades habíanle cerrado las puertas del poder. (1)

¿Qué había dicho Silvela? En resumen tres grandes verdades: primero, que Marruecos cerrado á la civilización era para España causa de pobreza; segundo, que el *statu quo* no podía ya durar mucho tiempo; tercero, que en previsión de que éste se acabase, lo único que podía hacer España era entenderse con Francia para resolver de modo equitativo y amistoso el problema, y que tuviésemos por cierto que se llegaría á la solución *con nosotros ó sin nosotros, y, en este caso, contra nosotros.*

---

y elocuente de Silvela á Silvela mismo en esos párrafos en que retrata á Felipe IV, y al explicarse á sí propio nos da la clave de más de un suceso misterioso de la Historia contemporánea.

(1) Copio al propio Silvela. Véase su carta al duque de Almodóvar publicada en junio de 1904.

A nadie causó más grata ni mayor sorpresa el artículo de *La Lectura* que al señor León y Castillo, á la sazón en Biarritz, pero no olvidado de su gran proyecto, en el que continuaba trabajando por propia cuenta, persuadido de que su labor tendría á la postre la sanción y el apoyo del gobierno español. Había hecho ya un prosélito de la más alta consideración política. ¿Por qué no habría de lograr otros? La conversación con Delcassé hacíase cada día más interesante. Animado el ministro francés del deseo de asociarnos á su política, prestábase á una transacción ventajosísima para nosotros. De Inglaterra no era de temer oposición seria, por hallarse empeñada en la guerra transvaalense, y, además (y esto era lo esencial), por estar ya entonces dispuesta á entenderse con Francia. A los que le señalaban ese peligro—no faltó quien lo hiciera—respondía el ministro: «Tengo tomadas mis precauciones.» Y, en efecto, el arreglo con Italia era asunto terminado; las buenas relaciones con Inglaterra habían empezado, según hemos visto, el año anterior. Reciente estaba el inmenso servicio hecho por Francia al imperio británico negándose á entrar en la proyectada liga continental. La probabilidad de que el caso volviera á presentarse, y la posibilidad de que el gobierno francés, habiéndose visto desdeñado ó mal agradecido, cambiase de conducta, daban á Delcassé la seguridad de que en Londres no le hostilizarían, siempre y cuando que en lo relativo á Gibraltar se tuviese en cuenta el interés de Inglaterra.

No era posible continuar hablando de esto sin contar con el gobierno. El señor León y Castillo marcha de nuevo á Madrid, é informa de las proposiciones francesas al ministro de Estado, duque de Almodóvar del Río. Sobrecogióse éste ante la magnitud del problema. Su respuesta fué análoga á la de Silvela, y fundada en parecidas razones de prudencia. Pero al espíritu reflexivo del duque de Almodóvar no podía escapar mucho tiempo el aspecto internacional de la situación de Marruecos. Unía aquel estadista á la claridad de su talento un conocimiento perfecto de la política universal, y una noble conciencia ambiciosa del bien, superando mucho su mérito verdadero á su fama

ó mérito aparente, de lo que no abundan los ejemplos en España, aun cuando los que pueden citarse son por todo extremo notables; y así, luego que examinó la cuestión con detenimiento, comprendió cuánto importaba resolverla tal y como Francia lo proponía, pareciéndole que ninguno de los inconvenientes que pudieran ofrecerse, si alguno se ofrecía, era digno de tenerse en cuenta, comparado con los provechos ciertos. En compañía del señor León y Castillo visitó una noche á Sagasta, presidente del Consejo, para informarle de lo que ocurría, y ganarle á la causa africanista, si el jefe se mostraba hostil á ella, como era de temer. Y como sucedió. El sutil entendimiento de Sagasta habíase ejercitado siempre y por espacio de largos años en las difíciles menudencias de nuestra vida interior, y tenía reputación merecida de especialista sin rival en ellas; pero la política exterior y los asuntos africanos éranle harto menos familiares, según había podido verse en varias ocasiones, de una de las cuales — la de Melilla — debía conservar recuerdos poco gratos y nada adecuados á despertar en él aficiones africanistas. A todo se sobrepuso, sin embargo, su patriotismo, y la legítima aspiración á cerrar con llave de oro su dilatada carrera. El anciano político contempló gozoso la perspectiva de un segundo tratado de París, desquite completo del primero, por virtud del cual España ganaría mucho más de lo perdido el 98, y aunque no sin vacilar algún tiempo y oponer objeciones sugeridas por su natural perspicacia, á todas las cuales fué satisfaciendo cumplidamente el iniciador de la idea, dió al fin su asentimiento.

Faltaba la conquista de Silvela. Encargó de ella Sagasta (ya convertido en neófito ardiente) al duque de Almodóvar, quien en compañía del señor León y Castillo visitó al jefe de los conservadores. Conocida por éste la negociación, la aprobó sin restricciones hallándola excelente, á tal punto, que en su sentir «el estadista que tal ocasión dejase escapar no merecería perdón de Dios ni de la Historia». Estaban, pues, acordes los partidos, y podía tenerse por cierto que no faltaría continuidad en la ejecución. Pero ni con eso se contentó la previsión del señor León y Castillo.

y creyendo necesario subir á esferas más tranquilas que las de la política, sospechando que, dada la inestabilidad de ésta, habría que acudir algún día á ellas en última y suprema instancia, dió conocimiento de todo lo tratado á Su Majestad la Reina, hallando en el ánimo generoso de la augusta dama la más favorable acogida, y escuchando de sus labios frases de alabanza y promesas de ayuda, que le dieron nuevos ánimos y esperanzas. Después de lo cual tomó el camino de París, donde Delcassé aguardaba impaciente.

De todos estos tratos y pláticas, ni una sola palabra se había traslucido. Ni siquiera llegó á sospecharlos la prensa. Los cuatro únicos políticos sabedores de lo que pasaba cumplieron con tal rigor el juramento de guardar secreto, que éste pudo durar años, y casi puede decirse que dura todavía.

En Francia, aunque no se divulgaron noticias, corrían sospechas, no gustando los más de los colonistas de que se pensase en colaboraciones extranjeras. Ya en mayo de 1900 decía el *Boletín del Africa francesa:* «A nadie se le ocurrirá, para realizar un progreso en Marruecos, confiar la administración de este país á una nación totalmente incapaz. Los españoles no tienen industria, navegación ni comercio en el Moghreb. Carecen de actividad económica. Lo que hacen es tomar posesión del país por la miseria.» Con más justicia nos trataba la misma Revista, dando, al propio tiempo, prueba de mayor perspicacia, meses después, en julio siguiente, apenas firmado el tratado que resolvió las cuestiones del Sahara y Guinea: «Nos alegramos de que la diplomacia española haya llevado á este asunto —decía— espíritu práctico y sentido de la realidad, tanto más cuanto más persuadidos estamos de que en otra parte de Africa hay un problema mucho más arduo que el que acaban de arreglar, y para la solución del cual harían bien ambas naciones en ponerse previamente de acuerdo, si no quieren asistir á una nueva representación de la añeja historia del tercer ladrón.»

Éste era el rumbo que seguía Delcassé, mas no el único. La acción directa en Africa era conducida con gran habilidad. M. Revoil, ministro de Francia en Tánger y africanista expertísimo, recomendaba un nuevo sistema de relaciones argelino-marroquíes (después de la anexión de los oasis), basado en la vigilancia de la frontera por fuerzas de los dos países limítrofes. Nuevas acometidas de las tribus fronterizas independientes (señaladamente las de El-Mungar, Zebaret-ben-Chadam, Ezzubia y Timmimun) y el asesinato de Ponzet por los Beni-Snasén (en Cabo del Agua) motivaban reclamaciones severas y apremiantes del gobierno francés, á las que el marroquí no podía excusar satisfacción. La embajada de Si Abd-el-Kerim ben Slimán, ministro de Estado, á París produjo el tratado de julio de 1901, en el que quedó consagrado el plan propuesto por M. Revoil, y que debía conducir á una suerte de protectorado amistoso sobre Marruecos. Si desde luego no se llegó á ese resultado, la culpa fué de la resistencia que halló en Argel, donde se tendía á otros medios menos sutiles de penetración.

La anarquía marroquí aumentaba. El Sultán, cada día más europeizado por El Menebbi (sobre todo después de la embajada de éste á Londres, simultánea de la de Si Abd-el-Kerim), ya de nadie era respetado. La reforma fiscal *(tertib)* levantaba contra el Majzen á las más pacíficas tribus. Por último, ocurrió un suceso que sacó del general descontento una rebelión formidable. Cierto moro fanático asesinó en Fez al médico inglés Cooper, y corrió luego á refugiarse en el inviolable santuario de Muley-Idris. Atendiendo enérgica reclamación del vicecónsul de Inglaterra, mandó Muley Abd-el-Aziz un piquete de 50 soldados á la mezquita, los cuales sacaron de ella al asesino y le fusilaron acto continuo. Poco después estallaba la rebelión, que tuvo y tiene todavía por jefe á Bu-Hamara (hombre de la burra), el cual llegó á amenazar la ciudad de Fez. Ante situación tan grave, las tres naciones principalmente interesadas — España, Francia é Inglaterra — pusiéronse de acuerdo para no intervenir mientras no fuese necesario de todo punto: manera cierta de evitar rivalidades

y conflictos que á nadie convenían, y primera acción concertada de las tres en Marruecos. De este acuerdo arranca la nueva fase del problema marroquí, porque de concertarse para la pasividad á hacerlo para la acción no había mucho espacio, y las circunstancias estaban convidando á andarlo á toda prisa. Entre España y Francia poco faltaba á la sazón para cerrar el trato. Lo urgente era firmar antes de que Inglaterra y Francia llegasen á tratar á solas. Y de que se iban acercando y empezaban á entenderse había indicios ciertos. Ya en fecha anterior, esto es, al mismo tiempo que con el señor León y Castillo, había conversado M. Delcassé con el embajador de la Gran Bretaña en París, Sir Edmundo Monson, con objeto de recabar de la Gran Bretaña el reconocimiento de la superioridad de los intereses franceses en Marruecos, por donde esperaba quedar en libertad de acción para otros arreglos. Hubo conformidad en el cómputo de la importancia del respectivo comercio en el Moghreb, que se estimó casi equivalente (37 por 100 el inglés; 40 por 100 el francés), y en el régimen mercantil, que sería el de puerta abierta; mas no en lo referente á Tánger. El gobierno de Londres reclamó para sí la posesión de la ciudad, mostrándose irreductible. Pero en octubre de 1902 el embajador de Francia en Londres, M. Pablo Cambón, tomó de nuevo la palabra, y abordó con resolución la cuestión de Tánger, diciendo á lord Landsdowne: «que la ocupación de la plaza por la Gran Bretaña provocaría protestas de todas las potencias (y de Alemania en primer término, supongo yo que añadiría); que para ponerla en estado de defensa necesitaría cientos de millones; que siempre podría ser atacada por tierra; que por su situación en el otro extremo del Estrecho no se la podía considerar como complemento de Gibraltar, y que la mejor solución sería internacionalizarla, conservando á Inglaterra, en la intervención internacional, el puesto á que por su categoría marítima tiene derecho.» Del examen de la proposición Cambón se pasó al de todo el asunto de Marruecos, y de sus soluciones probables y convenientes, siendo el tono de la plática por momentos más amistoso. En verdad, la situación de Francia era en alto grado

ventajosa. Con el pretexto de Marruecos podía entenderse con Alemania ó con Inglaterra, y, según se inclinase hacia una ó hacia otra, dejar á una de ellas en el aislamiento más desagradable. El Kaiser, conocedor de los propósitos del ministro francés, de los que le había hablado el embajador de la República en Berlín, pedía un puerto en el Atlántico. Las sociedades coloniales, dirigidas por Fischer y otros geógrafos, alentaban, ó acaso sugerían, esta aspiración imperial. De nuevo se planteaba el dilema: arreglo completo anglo-francés ó arreglo completo franco-alemán. Aquél era el más fácil y el más simpático á Delcassé. La diplomacia inglesa, por evitar el otro, facilitó á la francesa la solución cuanto pudo. En mayo de 1903 entraba en París el Rey Eduardo y en julio siguiente iba á Londres monsieur Loubet. El acuerdo franco-inglés había triunfado. La Gran Bretaña sonreía. Alemania torcía el gesto.

¿Y España? España no había firmado.

CAPÍTULO IV

Breve historia de tres tratados.

a) Los colonistas franceses contra Delcassé. — Exclusivismos opuestos á los intereses españoles.
b) Negociaciones entre España y Francia.—Noticia del tratado de 1902.—España retrasa la firma. — Serie de crisis españolas.—Avisos que se envían á Madrid.—Sábese al fin en España que se prepara un tratado franco-inglés.—Debate en el Senado.
c) El tratado franco-inglés.—Reconocimiento que en él se hace de los intereses de España.—Conducta de la diplomacia británica.—Debate en el Congreso.—Por qué no se firmó el tratado de 1902.
d) Nuevas negociaciones entre Francia y España.—Tratado de octubre de 1904.

Los colonistas franceses no gustaron nunca de la política de Delcassé, lo que sin dificultad se explica teniendo en cuenta que éste pagaba con moneda de colonias las ventajas á que aspiraba en Europa. Hanotaux mismo ha impugnado con viveza y acritud su labor diplomática acusándole de debilidad y de abandono de los intereses franceses: de haber distribuído realidades á cambio de promesas. (Carta-prefacio al libro de R. Millet, *Politique extérieur de 1898 à 1905.)* (1) Publicistas patriotas y avisados

(1) En el prólogo de su libro *La Paix latine*, anterior un par de años á dicha carta-prefacio, resumiendo su propia obra, nos informa de que al salir del ministerio «dejaba hecho con España un convenio comercial que podía conducir á otras consecuencias». A lo que añade

no veían sin recelo esta política: «La aproximación de Francia é Italia podría ser conveniente para Francia, pero con la expresa condición de traer ventajas positivas para ésta, de que no fuese el regulador único de nuestra política exterior, y de que no venga á crear á nuestro lado, en Europa y en Africa, una Italia demasiado poderosa, la que fatalmente sería nuestra rival.» (R. Pinón. *L'Empire de la Méditerranée*, p. 90; París, 1903.) René Millet es del mismo parecer. «Hubiera sido prudente no pasar de la reconciliación económica», dice. (Ob. cit., pág. 30.) Según él, Italia es persona de difícil componer, astuta é ingrata, y no es prudente fiarse de ella. El pensamiento tradicional de la política francesa—las naciones vecinas lo más débiles posible—se destaca con toda claridad en los escritos de estos autores, y, en general, en los de todos los que aciertan á interpretar el antiguo sentir nacional. España les inspira sentimientos igualmente fraternales y no menos desconfianza. «La opinión española recela de la acción francesa en Marruecos; sin embargo, Francia hase mostrado siempre respetuosa de las gloriosas tradiciones de su vecina; la ha compadecido en la desgracia; aprecia sus esfuerzos por volver al camino que la Historia le trazara; no desconoce lo que reclaman sus intereses, ni las exigencias del honor de una nación generosa y orgullosa de su pasado. En Francia se ha creído siempre que un acuerdo previo con España es condición de toda solución equitativa de la cuestión de Marruecos.» (René Pinón. Obr. cit., página 128 y siguientes.) Estas frases revelan intenciones justas y merecedoras, por eso, de nuestra gratitud; pero,

---

más adelante: «España, contenta con la prórroga de los convenios comerciales, entregábase con creciente amabilidad á la mutua simpatía propia de buenos vecinos». Es cierto que en tiempo de Hanotaux Francia nos dió pruebas de amistad, aunque no las supimos aprovechar. Recuérdese lo que de la visita de la escuadra francesa á la Coruña digo en el cap. VI del lib. II. Pero no menos lo es que entonces no se tocó, ni de modo incidental, la cuestión marroquí. Puesto que lo hecho por su sucesor no merece su aprobación por excesivo, debemos suponer que él se hubiera mostrado menos dispuesto á atender las justas reclamaciones de España. Después de esto declaro que no entiendo algunos párrafos de la introducción de *La Paix latine*.

¿cómo harmonizarlas con el programa africanista francés que poco después nos expone el mismo autor? «La integridad del imperio cherifí bajo la hegemonía de Francia, encargada de conducirle por el camino de la organización y la civilización, ha sido siempre, y es hoy más que nunca, una de las máximas fundamentales de nuestra política en el Africa Septentrional..... Sin nosotros, ni ejército, ni dinero: tal es, en dos palabras, el programa que nos llevará á buen término: Francia preponderante en Marruecos independiente.

»Y cuando hayamos pacificado nuestras fronteras, organizado nuestras tribus y ayudado al Sultán á someter á las suyas, sucederá que casi sin que se note estará esbozado el protectorado y cumplida la misión que la Historia y la naturaleza reservan á Francia: civilizar á Marruecos y despertarle del sopor en que el Islam tiene sus energías y sus riquezas..... La cuestión de la frontera argelino-marroquí no dejará de ser molesta hasta el día en que deje de existir, esto es, aquel en que la influencia, ya que no la dominación francesa, haya alcanzado en el Africa del Norte su límite natural, el Atlántico.»

Pero el mejor intérprete del pensamiento africanista francés es, sin duda alguna, M. Eugenio Etienne, jefe del grupo colonial, apóstol elocuente é intrépido de la cruzada berberisca, para quien el frente Norte de la Francia africana ha de extenderse (ó había de extenderse; hay que suponerle convertido á la realidad por sucesos recientes) desde las Sirtes hasta el Atlántico sin solución de continuidad, y sin colaboraciones molestas. El día en que conoció el proyecto de tratado franco-español, ó tuvo de él alguna noticia, sintió indignación vivísima. (1) Aquello, á su parecer, era insensato y antipatriótico. Y poco después escribía estas palabras, reiterando su fe y el propósito de combatir por ella: «Es de toda evidencia que de la solución que se dé á la cuestión marroquí depende el porvenir de nuestro país. No se trata de uno de esos territorios más ó menos ricos, más ó menos codiciables, acerca de los cuales cabe hablar

(1) Delcassé negó siempre habérsele comunicado.

de transacciones y de repartos. Los enormes sacrificios que hemos hecho en Argelia y en Túnez, podrían quedar anulados si la solución no es conforme á nuestros intereses y á nuestros derechos. Estos derechos, á la par históricos y presentes *(vivants)*, los hemos recibido de Bugeaud y de Lamoricière; de nuestro ejército de Africa y de nuestros colonos de Argelia. ¿Qué potencia europea puede presentar otros parecidos? Aparte la cuestión de Gibraltar, única que tiene carácter internacional, no podemos partir Marruecos con nadie. Si permitiésemos que á nuestro lado se estableciese un europeo vecino, veríamos, en el orden político, aniquilada la situación que en 70 años de esfuerzos nos hemos hecho; en el económico, Argelia empobrecida por la competencia de un país contiguo, de clima y producciones análogas, pero incomparablemente mejor dotado y más fértil; en el orden religioso, escapar de nuestra mano la dirección exclusiva del Islam en el Norte de Africa, y nuestras posesiones ardiendo el día menos pensado como arden con los sirocos veraniegos las selvas argelinas, porque á una potencia europea se le hubiese ocurrido recomenzar la cruzada cristiana contra los musulmanes poniendo imprudentemente la mano en este avispero: tal sería nuestro porvenir.» (Prefacio del libro de Segonzac *Voyages au Maroc*, 1903.) En suma, para M. Etienne los propósitos de Delcassé eran de tal suerte nocivos para los intereses franceses más esenciales, que, si el tratado con España hubiese llegado á firmarse, el ministro de Negocios extranjeros era hombre políticamente muerto. (1)

Pero, en definitiva, ¿en qué consistía aquel tratado y por qué no se había firmado?

Volvió el señor León y Castillo á París, habiendo hecho para sus proyectos de política africana pocos, pero importantísimos prosélitos: los necesarios para emprender autorizadamente las negociaciones con Francia. Y desde su re-

(1) Respondo de la exactitud y de la autenticidad de la frase.

greso pasó el asunto á su fase decisiva, entrándose á fondo en estas dos cuestiones capitales: determinación de las zonas de influencia de las dos naciones; acuerdo para la acción económica. Sin gran dificultad se resolvieron ambas, de suerte que á primeros de noviembre quedaba concertado entre España y Francia un tratado por virtud del cual obtenía la primera dos considerables regiones de Marruecos reservadas á la expansión de sus futuras energías. La zona Norte prolongaba allende el Estrecho el territorio peninsular, extendiéndose por el espacio comprendido entre el Muluya, el Mediterráneo, el Océano, y una línea sinuosa de éste al Muluya, que partiendo de la desembocadura del Sebú pasaba al Norte de Mequínez, dejando para España no todo, pero sí casi todo el antiguo reino de Fez, incluso la capital. La zona Sur comprendía el Sus, y desde allí hasta el Sahara. El espacio comprendido entre ambas, más los oasis de Tafilete, Reris, etc., esto es, el reino de Marruecos, quedaba reservado á Francia. En extensión la esfera de influencia francesa aventajaba á la española, pero ésta comprendía las comarcas más ricas y pobladas, á lo que se añadía la posesión de Fez, de incalculables consecuencias políticas, y la del paso de Taza, circunstancia también importantísima. (1) Tanto en lo político como en

(1) La revista francesa *Le Correspondant* publicó, el 20 de noviembre de 1903, un artículo resumiendo el tratado que, según decía, acababan de firmar los señores León y Castillo y Delcassé. Aunque el citado trabajo contiene errores de bulto, paso á extractarlo, porque, como dió mucho que hablar, y hasta fué citado en las Cámaras, me parece digno de ser conocido. Según el anónimo informante, apoyándose las dos naciones en el común derecho de intervención basado en los intereses y en los convenios existentes, habían resuelto señalar límites á las zonas de influencia ó de expansión reservadas á sus respectivos naturales. Estas zonas debían ser: 1.° Una septentrional atribuída á España, limitada por el curso del Muluya hasta los 33 grados de latitud Norte; este paralelo hasta las fuentes del Om-er-Erbia, es decir, hasta su intersección con el meridiano 8, y dicho río hasta su desembocadura. 2.° Una central, comprendiendo todo el resto de Marruecos al Norte del Atlas y el Sahara marroquí, menos el Sus, atribuída á Francia. 3.° Otra meridional, que comprendía el Sus entero y toda la comarca al Sur del Sahara español, á la que se consideraba España con indudable derecho por la posesión anterior de éste, y, sobre todo, por la de las Canarias.

Las dos naciones, reconociendo el derecho de las demás á intervenir

lo económico se nos reconocía una situación mejor y más considerable que la que Francia se reservaba. Estaba el gobierno español muy satisfecho de haber logrado tales y tan no pensadas ventajas, que á toda razonable esperanza excedían, y ni Sagasta ni el duque de Almodóvar se mostraron recelosos ni desconfiados. Los meses de noviembre y diciembre de aquel año se invirtieron en traíar ciertas cuestiones secundarias. Resueltas, al fin, éstas, ya entrado diciembre, y mientras el duque de Almodóvar asistía en Andalucía á una fiesta de familia, surgió una crisis; cayeron los liberales y subieron los conservadores. No á aquéllos, sino á éstos incumbía ya poner la firma de España. La aprobación anticipada de Silvela autorizaba á esperar que lo harían sin dificultad y sin demora.

Mas la previsión humana vió errados sus juicios, aunque fundados en tan firmes bases. Pasaban meses, y á pesar de la urgencia del negocio, seguía éste en el punto en que el duque de Almodóvar le dejara. (1) Los que deseába-

---

en lo relativo al Estrecho, y, señaladamente, el de la potencia que ocupa Gibraltar, se comprometían á respetar, asegurar y, si preciso fuese, á defender, la neutralidad de las provincias de Tánger y de Tetuán, así como la de todo el territorio limitado al Norte por el Cabo Espartel, y al Sur por una línea tirada de Larache al Peñón de los Vélez. Además, España se comprometía (art. 7) «*a*) Teniendo en cuenta la importacia de los intereses mercantiles del imperio alemán en Marruecos, y contando con que el gobierno de S. M. Imperial se adherirá expresa y formalmente á este pacto, el de S. M. el Rey de España se compromete á ceder á aquél un puerto en la costa del Atlántico por plazo indeterminado. Los gobiernos de Madrid y Berlín tratarán de designar, de común acuerdo, el puerto, que podrá ser Rabat ó Casa Blanca.»

Francia y España se comprometían á mantener sus respectivas zonas de expansión bajo el régimen de la puerta abierta, á construir conjuntamente ciertos ferrocarriles y otras obras. La mejor prueba de que el autor no conocía el texto del tratado la da el artículo referente á Alemania (el 7.°), que es de pura invención.

(1) El marqués del Muni instaba desde París, y ponderaba la urgencia del caso. El 23 de agosto de 1902 escribía al duque de Almodóvar: «El *statu quo* caerá hecho pedazos cuando menos se piense, y para ese día juzgo que España ha debido previamente adoptar aptitudes y tomar resoluciones. Sin ellas pudiera nuestra patria verse preterida y excluída de Marruecos, y reducida á la triste condición de con-

mos verle acabado y temíamos por él mientras no lo estuviese, viendo cada día más probables acuerdos entre otros interesados, menudeábamos los avisos á la opinión pública, incapaces de renunciar á la idea de la existencia de ésta: «Un día (el día menos pensado)—escribía yo en el *Diario de Barcelona,* mediado el mes de noviembre de 1903—las principales potencias de Europa habrán resuelto de común acuerdo, y en provecho propio, el problema del Mediterráneo y de Marruecos, y entonces serán de leer los artículos patrióticos de la prensa llamada de gran circulación, y los discursos elocuentes de los infinitos príncipes de la oratoria que nuestra raza produce con prodigiosa prodigalidad. Saldrán á relucir los nombres de Cisneros y de Isabel la Católica; los partidos de oposición culparán al gobernante de que la cuestión haya terminado para siempre en daño nuestro; y no me maravillará ver acusados como autores de esta nueva y mayor desventura á los únicos que ahora trabajan con noble afán, pero abandonados de todo calor de opinión, por evitarla.»

Antes que la firma vino otra crisis, y con aquella crisis otro gobierno, también conservador, presidido por Villa-

---

templar del lado de acá del Estrecho, condenada á la impotencia, la solución del más grave problema de nuestra política exterior.» A lo que en octubre siguiente añadía: «Existe, sobre todo, el peligro de que Francia, no pudiendo entenderse con nosotros, tratara y se entendiera con Inglaterra, prescindiendo de España en la cuestión de Marruecos. Y que tal peligro no es imaginario me lo prueba la afirmación, que en el curso de nuestras últimas discusiones me hizo M. Delcassé al asegurarme que ésa es la aspiración del partido colonial francés, el cual prefería ponerse de acuerdo con la Gran Bretaña más bien que con nosotros, por creer que así podría esta república apoderarse de todo el imperio en cambio de la neutralización de Tánger y de otras compensaciones.» (Documentos leídos por el duque de Almodóvar en el Congreso de los diputados el 8 de junio de 1904.) Las previsiones de este segundo despacho trocáronse pronto en realidades. Advierta el lector que su fecha coincide casi exactamente día por día con la de la reapertura de las negociaciones secretas entre M. P. Cambón y Lord Landsdowne, y en las cuales se empezó por tratar de la cuestión de Tánger, que Francia quería dejar amistosamente arreglada con Inglaterra para que no pudiese surgir complicación alguna del acuerdo franco-español, el cual entonces se tramitaba sin dificultad. Esta conversación adquirió luego mayor extensión y transcendencia, aprovechándola muy bien la diplomacia británica para sus fines.

verde, hacendista de mérito, pero en cuestiones internacionales y africanas poco versado, el cual, cuando empezaba á familiarizarse con el mapa de Marruecos y la división diplomática de éste en zonas de influencia, sucumbió á los estragos de nueva crisis, encargándose del poder el señor Maura en circunstancias harto difíciles, y de las que sólo su talento y entereza extraordinarios habían de permitirle salir airosamente. Ya entonces era inminente y casi inevitable el convenio anglo-francés sobre Marruecos, parte principal de un concierto mucho más extenso, pues comprendía la política entera de ambas naciones. Nuestro embajador en París, que con gran insistencia había avisado á Madrid del peligro que había para nuestros intereses en que tal cosa sucediese, repitió los avisos por escrito, y aun de palabra, marchando á la corte con tal objeto; pero halló al gobierno más propicio á esperar los sucesos que á anticipárseles, por entender que, si lo segundo podía convidar con mayores ventajas, lo primero era menos expuesto. «España tuvo miedo de su audacia, y se espantó de haber tratado sin contar con Inglaterra..... Después del fracaso de las negociaciones con España, volvióse hacia la Gran Bretaña nuestra diplomacia, y dos años después, el 8 de abril de 1904, ambas naciones resolvían la cuestión marroquí.» (1) Es decir, que en vez de una solución hispano-francesa, seguida de la aprobación de Inglaterra, hubo una solución franco-inglesa, seguida de la adhesión de España, y que la causa de ello fué el haber creído el primer ministerio conservador que aquella solución primera traería aparejada, no la aprobación del imperio británico, sino su enojo, y tras su enojo, su hostilidad y la guerra: temores de que ni por un momento participaron el duque de Almodóvar y el marqués del Muni, pero que no lograron desterrar del ánimo de aquellos otros gobernantes. ¡Nacíamos á la vida internacional con dos criterios diferentes y aun opuestos!

---

(1) Gourdín. *La politique française au Maroc*, págs. 178 y 179.

El pleito entre ambos vióse en las Cortes meses después: en marzo y junio de 1904. En 21 de aquel mes preguntó en el Senado el señor Montero Ríos si el gobierno se preocupaba de cierto tratado que, según los periódicos, se estaba negociando entre Francia é Inglaterra, en el cual ambas se ocupaban en el imperio de Marruecos, *cuya suerte interesa esencialmente á España, y de la que aquellas potencias tratan, sin contar con ella*: á cuya pregunta responde el ministro de Estado, señor Rodríguez San Pedro, diciendo que hay tratos, pero que no están ultimados; que conoce una versión, según la cual Francia é Inglaterra sólo han convenido en que esta cuestión necesariamente ha de resolverse en harmonía con España; deduce de las buenas relaciones existentes entre ellas y España que no habrán resuelto nada que á ésta perjudique. El señor Montero Ríos, en su rectificación, añade que, según ciertos periódicos, Inglaterra dejará el campo libre á Francia en Marruecos, y que, salvando lo que se refiere al litoral mediterráneo y atlántico, en lo demás quedará Francia en entenderse con España. Nueva rectificación del señor Rodríguez San Pedro, afirmando que ni Francia ni Inglaterra tienen el propósito de preterir á España, y que así le consta.

Entra en liza el señor Abarzuza, ministro de Estado del primer gobierno conservador, y después de recordar el acuerdo franco-hispano-inglés de no intervenir en Marruecos, á raíz de la rebelión del Rogui (la cual supone acabada), considerándole punto de partida de una política de cordial inteligencia entre las tres potencias, alude al artículo en que *The Times* descubre el comienzo de las negociaciones entre M. Cambón y el ministro de Estado inglés, y le niega todo valor con estas terminantes palabras: «Nosotros, que sabíamos que tal negociacióu por parte del embajador francés con el ministro de Estado inglés no había existido, no le concedimos crédito alguno.» Tampoco se le concede al artículo de *Le Correspondant*. No sabe si Sagasta cambió impresiones ó entabló negociaciones en algún sentido en tan transcendental problema. Pero del gobierno de Silvela afirma enfática (copío del *Diario de*

Sesiones) y rotundamente que no ha entrado en negociaciones sobre eso. Si lo hubiera hecho, habría comprometido á España para lo porvenir y la hubiera impedido seguir la política de neutralidad, merced á la cual Francia é Inglaterra prometieron que no se tocaría la cuestión de Marruecos *sin el conocimiento, sin el acuerdo, sin la aquiescencia de España.* «Ésta fué, dice, la política que el señor Maura inspiró al ministerio presidido por el señor Silvela.» Vuelve á decir el señor Rodríguez San Pedro que no hay tratado entre Francia é Inglaterra; que sobre diversos asuntos parece que se va á firmar algún tratado; pero en lo referente á Marruecos no hay más que cambio de impresiones, en las que, como es natural, dada la lealtad de esas potencias y la buena amistad que á nosotros las une, lejos de prescindir de España, entienden que es factor necesario para tratar los asuntos de Marruecos.

El 8 de abril siguiente quedaba firmado el acuerdo franco-inglés. Comprendía aquel documento 9 artículos. En los tres primeros, Inglaterra y Francia se ponen respectivamente en las manos Marruecos y Egipto, comprometiéndose á no estorbarse. En el artículo 4.° proclaman el principio de la libertad comercial en ambas regiones por espacio de 30 años, período renovable de 5 en 5 años, salvo denuncia expresa, que deberá hacerse por lo menos con un año de anticipación. Las concesiones de ferrocarriles, caminos, puertos, etc., etc., se harán de suerte que no sufra menoscabo la autoridad del Estado. Los artículos 7.° y 8.° merecen nuestra especial atención. Helos aquí:

«Art. 7.° Con objeto de asegurar el libre paso del Estrecho de Gibraltar, los dos gobiernos convienen en no permitir que se construyan fortificaciones ú obras estratégicas de ninguna especie en la parte de la costa marroquí comprendida entre Melilla y las alturas que dominan la orilla derecha de Sebú exclusivamente. Sin embargo, esta disposición no es aplicable á los puntos actualmente ocupados por España en la orilla marroquí del Mediterráneo.

Art. 8.° Inspirándose los dos gobiernos en sus sentimientos sinceramente amistosos hacia España, toman en particular consideración los intereses de ésta, nacidos de

su posición geográfica, y de sus posesiones territoriales en la costa marroquí del Mediterráneo, y acerca de los cuales el gobierno francés se concertará con el gobierno español. El acuerdo á que puedan llegar se comunicará al gobierno de Su Majestad Británica.»

Destruído el sistema de contrapuestas fuerzas que permitía á Marruecos ir viviendo, no había ya problema marroquí, ó había un problema marroquí completamente nuevo. Francia é Inglaterra le habían resuelto. Pero, ¿le habían resuelto *con el conocimiento, con el acuerdo, con la acquiescencia de España*, como afirmaba 18 días antes en el Senado que se haría, el señor Abarzuza, ministro de Estado pretérito; con el concurso de España, *factor necesario*, como aseguraba también el señor Rodriguez San Pedro, ministro de Estado presente? Eso en manera alguna. De ello sacaron pretexto algunos patriotas de ocasión para levantar gran clamor contra el gobierno y contra nuestra representación diplomática en París y Londres, acusando á aquél y á ésta (y señaladamente al marqués del Muni) de haber olvidado por completo negocio de tal magnitud como el de Marruecos. Los diarios que esto imprimían y que con vivos acentos de indignación solicitaban la de la opinión pública, eran, tal vez, aquellos mismos que casi nunca concedieron á las cuestiones africanas espacio en sus columnas como no fuese circunstancial y gratuitamente (á su contabilidad, barómetro de su interés, me remito) y que con su desdén contribuyeron al fracaso lamentable de la propaganda africanista (Véase libro II, capítulo V): los mismos también que no habían llegado á sospechar la existencia de la negociación del primer tratado, aunque por delante de sus puertas estuvo pasando y repasando más de dos años.

Mal informados también ahora, acusaban á ciegas, con más pasión que justicia, diciendo que se nos había eliminado de Marruecos, á lo que replicaron los señores Rodríguez San Pedro y Maura en el Parlamento que precisa-

mente en el tratado franco-inglés se reconocían de modo solemne y explícito nuestros derechos allende el Estrecho, de suerte que, más que de pésame, estábamos de enhorabuena: en lo que, dado el rumbo que habían llevado los sucesos, tenían la razón de su parte. El porqué de ese rumbo ya es otra cuestión, obscura y difícil en sus raíces, clarísima en sus efectos. En 1898 habíanos sido Inglaterra hostil, pudiendo decirse que de esta hostilidad vino nuestro desastre. Al discurso de Chamberlain en Léicester me remito: es prueba concluyente. Pero en 1902 acudió dicha nación á nosotros en demanda de un servicio grandísimo: Gibson Bowles había demostrado que con la artillería moderna toda escuadra fondeada en la bahía de Gibraltar estaba á merced de las baterías situadas en tierra española. El valor estratégico de la plaza venía á ser, por esta circuntancia, escaso ó nulo. Para devolvérselo era preciso: apoderarse de toda la bahía ú obtener de España la promesa solemne, el compromiso cerrado, de no fortificar jamás aquellas costas. Lo primero habría sido demasiado escandaloso, y muy aventurado; intentó lo segundo con vivas solicitudes. Pero el duque de Almodóvar negóse en absoluto á toda concesión. Desde entonces mostrónos el gobierno británico un desabrimiento que en ocasiones anunció hostilidad. Para mejor significar su desvío, pasó dos veces el Rey Eduardo por nuestras costas, evitando todo puerto español.

Era, por tanto, muy delicado el estado de nuestras relaciones con Inglaterra al volver los conservadores al poder, los cuales se hallaron ante una negociación excelente, pero cuyo punto capital era la cuestión del Estrecho, pareciéndoles quizás que intentar resolverla sin previo conocimiento de la Gran Bretaña sonaría en Londres á provocación, y no se creyeron á cubierto de todo riesgo ni con las más expresas declaraciones de Delcassé, quien estaba seguro de ver aprobada allí su negociación con el marqués del Muni Pero no tardó el gobierno conservador en tener otro argumento en favor de su actitud reservada: una declaración de lord Landsdowne en que se aseguraba que la cuestión de Marruecos, en el caso aventual de que se tocase, no se re-

solvería sin contar con España. Al amparo de esta seguridad, esto es, con la garantía de la palabra de Inglaterra, pudieron hablar como hablaron los señores Abarzuza y Rodríguez San Pedro todavía en marzo de 1904. Comprendo que los hombres que entonces regían los destinos de nuestra patria vacilasen y, á la postre, retrocediesen. Comprendo también (y lo que llevo dicho del estado de la política universal lo explica) que el autor y los negociadores del primer tratado mantuviesen con inquebrantable tenacidad su optimismo. Había dos puntos de vista diferentes: el exterior, contemplado ó interpretado desde París; y el interior ó de Madrid. El primero más resuelto; el segundo más prudente. Venció éste, á quien daba también alientos aquella seguridad con que lord Landsdowne ofrecía satisfacer á España. Si se podía lograr satisfacción sin riesgo, ¿á qué correrle? Y con tanta certeza se esperaba esta satisfacción, que se llegó al momento de la firma del tratado franco-inglés sin que nuestra confianza en la lealtad británica flaquease un instante. Los debates del Senado lo prueban.

En el Congreso viéronse poco después frente á frente las dos tesis llamadas á singular batalla por Nocedal, quien en nombre del patriotismo lastimado, que ya andaba dando desaforadas voces por las columnas de los periódicos, exhumó los famosos títulos históricos. Isabel la Católica y Cisneros fuerón invocados como testigos irrecusables de nuestro mejor derecho. ¡Cosa inevitable! Siguióle el conde de Romanones con improvisadas armas de africanista novicio, impulsado por su natural ardimiento más valeroso que prudente, y tras hablar de los derechos *profundos* de Inglaterra, Francia y España en Marruecos, dijo que Francia quiso negociar con nosotros á solas, aprovechando la difícil situación de Inglaterra en el Transvaal y á modo de desquite de Fachoda; que no podía satisfacerle en la recién empezada negociación el reconocimiento de una zona de influencia menor que la que en la primera se nos

reconocía, y que era el espacio comprendido entre el Mediterráneo, el Atlántico, el curso del Sebú, el Muluya y la frontera argelina, cosa en verdad difícil sin reformar substancialmente la geografía del Moghreb, incompatible con este caprichoso amojonamiento, y que una zona de penetración demasiado vasta podía ser onerosa para España, por lo que no le seducía: manera singularísima de argumentar, que más parecía impugnación que defensa, porque los dos inconvenientes capitales que al *non nato* tratado podían ponerse, eran el de haberse negociado de modo y con tendencia que podían hacerle sospechoso á la Gran Bretaña, y el imponernos obligaciones superiores á nuestras fuerzas.

El duque de Almodóvar, más docto en la materia, huyó de dar en aquel primer escollo (única manera de evitar el naufragio), explicando el origen y verdadera tendencia de la negociación, la cual, «lejos de haber nacido al calor de sentimientos hostiles á la Gran Bretaña, tendía á anticiparse á una aproximación entre Francia é Inglaterra, cuyos primeros síntomas ya se advertían.» Era éste el punto capital de la cuestión debatida, y aquel insigne político le tocó con habilidad y discreción grandísimas, apresurándose á negar el más remoto peligro de rompimiento con la Gran Bretaña. «Todos percibíamos el momento, dijo, en que habían de ponerse de acuerdo (Francia é Inglaterra) sobre esas cuestiones, reconociendo que era interesante para nosotros llegar en ocasión oportuna, y lo hubiera sido si tuviéramos ya una inteligencia preestablecida con Francia, sin perjuicio de nadie, si en el momento de negociar Francia é Inglaterra hubiéramos estado juntos al rededor de la propia mesa defendiendo lo que á nuestros peculiares intereses incumbía. Esa oportunidad es la que nosotros perseguíamos, es la que nosotros entendíamos que hubiera perseguido también el señor Silvela.» Nuestro embajador en París avisaba, ya en agosto y octubre de 1902, del peligro de una inteligencia previa entre Francia é Inglaterra, á la que empezaba á inclinarse Delcassé (empujado por Etienne y el partido colonial, á quienes la solución franco-inglesa parecía preferible á la franco-española). Por

entonces adopta la Gran Bretaña una actitud desdeñosa respecto de España. El duque de Almodóvar consigna en su discurso la circunstancia significativa de los dos viajes del Rey Eduardo, mas sin explicar el suceso, por serle forzoso callar sobre ello.

De esta actitud de Inglaterra había de sacarse el arma poderosa contra la negociación primera. Mostróla, sin esgrimirla, el ministro de Estado señor Rodríguez San Pedro en su mesurado y prudente discurso contestando al anterior, pero herida por los rayos de la elocuencia del señor Maura relampagueó en la Cámara deslumbrando y sobrecogiendo. De lo dicho por el presidente del Consejo se deducía que la nación se había visto en grandísimo riesgo, y que el gobierno merecía las mayores alabanzas por haberle evitado negando su firma. Y á la interrupción del duque de Almodóvar «no pensaba así el señor Silvela» replicó el orador: «El señor Silvela presidía el gobierno que tomó ese acuerdo, y para tomarle no tuvo que retroceder en nada de lo que antes hubiera pensado ni dicho. Estoy autorizado para afirmarlo porque he hablado con él hoy mismo.»

Aludido Silvela en el Parlamento, acudió á defenderse en la prensa, enviando á *El Imparcial* una carta, cuyo contenido era en substancia: «Que el artículo de *La Lectura* era suyo, y que lo escribió para mover á la opinión pública, persuadido de que el *statu quo* marroquí no podía durar mucho y que convenía resolver el problema de Marruecos de acuerdo con Francia; que el convenio negociado por los señores duque de Almodóvar y marqués del Muni le pareció y seguía pareciendo en sí mismo excelente, y una gloria indisputable para ellos; que el apoyo diplomático de Francia *para ultimar convenios sobre costas del Estrecho* sin conocimiento de una potencia amiga é interesada en el asunto, lo estimó después insuficiente; que esta rectificación de juicio *la hizo en posesión de conocimientos que proporciona el ejercicio del gobierno*, por virtud de los

cuales pudo apreciar cuánto importaba asegurar nuestra acción en Marruecos contra dificultades posibles de terceros interesados; que prefirió entonces, prefería ahora, y procuraría siempre en los negocios de su patria, menor beneficio con titulación libre de riesgos y litigios, á ganancias gruesas con aventuras que correr entre contiendas de poderosos.» Por la misma vía, replicó al día siguiente el duque de Almodóvar. Recordaba éste á Silvela la absoluta conformidad con que apreciaron las ventajas del convenio en preparación; la confianza de asegurada continuidad en la obra, por la verosímil sucesión de Silvela al frente de los negocios públicos, alentó los comienzos de una negociación cuyo término era incierto: sometido el convenio á su aprobación el 6 de septiembre de 1902, en visita que le hicieron el ministro de Estado y el embajador en París, le declaró excelente, adhiriéndose á la política iniciada por Sagasta, y leído el proyecto que se le envió escrito al día siguiente, le halló perfecto, sin restricción alguna. Cuanto al apoyo diplomático de Francia que después el mismo Silvela vino á estimar insuficiente, «ni yo pedí más ni hubiera aceptado otra cosa que condujera á peligrosas eventualidades. El caso de resolver las cuestiones referentes á la expansión de nuestra legítima influencia en Marruecos por medios distintos de los diplomáticos, estaba totalmente excluído de los propósitos del gobierno liberal á que pertenecí.»

Oídas las partes, declaro que sería temerario sentenciar el pleito sin acompañar la sentencia de ciertas pruebas, y como éstas no es lícito presentarlas por muchas y graves razones, queda el hacerlo para tiempo y sazón más oportunos.

Negociábase de nuevo en París, no sin dificultades grandes, muchas de las cuales creadas por la prensa y los políticos españoles que, entrándose por el tema adelante bajo pretextos patrióticos, pero sin preparación alguna, pues aquella materia la habían constantemente descuidado, más

de una vez suministraron argumentos á la tesis francesa contra la española, y pusieron en grave aprieto al representante de España. Quién, como el señor Labra, pedía en el Senado la reunión de una Conferencia europea, anticipándose al emperador Guillermo. Quién, como el conde de Romanones, salía con la noticia de que habíamos estado unidos á la triple alianza, sin duda con objeto de ganar á nuestra causa á la opinión y á la diplomacia francesas, ya por la proposición Labra predispuestas á la benevolencia. Quién, como Nocedal, probaba en el Congreso que los franceses nos habían engañado en 1900, y que nos volverían á engañar. Quién presentaba como suma de las aspiraciones nacionales el tratado de Guad Ras, con gran contentamiento de Delcassé, á quien le hubiera venido bien satisfacernos con tan poco. Los periódicos, no contentos con acoger estas opiniones y otras parecidas, añadían las de su cosecha, no mejores ni peores, oscilando entre el pesimismo tétrico y el optimismo pueril á impulsos de la última noticia mal interpretada, ó de la consigna política recién recibida. Lo que por ninguna parte se descubría era la expresión de un pensamiento nacional. ¡Con razón se dolía de ello el jefe del gobierno en el Congreso!

El partido colonial francés, orgulloso de su triunfo, presentábase intransigente. Delcassé, obligado por la masa de opinión que tras él estaba, resistía. Los colonistas que le habían empujado á tratar con Inglaterra para obtener todo Marruecos, á cambio de la renuncia de los derechos de Francia sobre Egipto, veían con recelo la cláusula octava del convenio de abril, y querían atenuar á toda costa sus efectos. A lo que de ningún modo querían avenirse era á un nuevo reconocimiento de zonas de influencia. Consentir algún ensanche de los presidios rifeños, bueno; conceder á España un campo libre de expansión futura, jamás. ¿Y los sacrificios hechos por Francia? Cuando el marqués del Muni exponía nuestras legítimas aspiraciones, encontraba al ministro de Negocios extranjeros de la república atrincherado detrás de este argumento: «¡Pero si todo lo que tengo en Marruecos lo he pagado en Egipto!» ¡Días aquellos de zozobra y de patriótica angustia!

La Dépèche Coloniale, órgano de M. Etienne, mostrábase maravillada de las exigencias de nuestra diplomacia, tan desproporcionadamente mayores que las que real y verdaderamente se podían advertir en la opinión española, á la que poco ó nada interesaban las cuestiones africanas: argumento que, no sólo sonó entonces en los periódicos, sino también en las cancillerías. Parecía el marqués del Muni pedigüeño por capricho personal, no representante de los deseos de una nación. Tales fueron las dificultades, que llegó julio, y la conversación empezada en abril no terminaba ni parecía en buen camino. Hubo que suspenderla, y sólo en octubre siguiente se llegó, tras nueva y reñida lucha, y sin ajena ayuda (1) á un acuerdo, no ya satisfactorio, pero mucho más ventajoso de lo que podía esperarse. Afirmación que el lector ha de creer bajo mi palabra, apoyada en algunas noticias que tengo por fidedignas, excusándome de la prueba completa la circunstancia de continuar lo tratado envuelto en el secreto diplomático que por espacio de 15 años ha de esconderlo á la curiosidad de los profanos. Lo único que las dos naciones han comunicado á las demás es la declaración siguiente, con fecha 7 de octubre de 1904, y firmada por los señores León y Castillo y Delcassé: «El gobierno de la república francesa y el de S. M. el Rey de España, habiendo venido á un acuerdo para fijar la extensión de los derechos y la garantía de los intereses que resultan, para Francia de sus posesiones argelinas, y para España de sus posesiones en la costa de Marruecos, y habiendo dado el gobierno de S. M. el Rey de España, en consecuencia de ello, su adhesión á la declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 relativa á Marruecos y á Egipto, que le había sido comunicada por el gobierno de la república francesa, declaran que permanecen firmemente adictos á la integridad del imperio marroquí bajo la soberanía del Sultán.»

Estas cláusulas, que en apariencia poco ó nada dicen, contienen en realidad un mundo de cosas nuevas é intere-

(1) Dijeron algunos periódicos que la diplomacia inglesa intervino en nuestro favor. No es cierto.

santes. No siendo fácil penetrar en él, tratemos de descubrir sus líneas principales. Para ello leamos atentamente la nota copiada. España se adhiere al convenio franco-inglés de 8 de abril: éste es el hecho culminante. Y los periódicos franceses de filiación más ó menos oficiosa, sacaban esta consecuencia, de que se mostraban satisfechos: «como por dicho convenio el gobierno de S. M. Británica nos reconoce el derecho de velar por la tranquilidad de Marruecos, y de prestarle la ayuda necesaria para todas las reformas administrativas, económicas, financieras y militares que necesita, la suerte del imperio está en manos de Francia, su única tutora desde hoy.» Así sería sin la cuestión previa de que la declaración habla como de paso, pero cuya importancia es capital: España, antes de adherirse al pacto anglo-francés, y de reconocer á Francia la ventajosa situación que de aquél dimana, ha tenido con esta potencia un debate acerca de la extensión de los derechos y de la garantía de los intereses españoles en el Moghreb, y á consecuencia del acuerdo á que con ella ha venido, ha otorgado su adhesión al convenio franco-inglés. Esta cuestión previa es toda la cuestión, porque en su entraña se halla el acuerdo ó tratado firmado en París entre Francia y España, y, si no existiese, no habría tratado alguno.

M. Delcassé dió en la Cámara francesa, respondiendo á una interpelación de M. Deloncle, explicaciones que á primera vista parecen poco explícitas, pero en que los conocedores de la cuestión descubrirán algo más que frases vacías. «Si España no se halla, como Italia, toda entera en el Mediterráneo, está, en cambio, mucho más cerca de Marruecos, del que sólo un estrecho canal la separa, y con el que tiene tratados origen de derechos, y donde desde hace mucho tiempo posee varios territorios. No podíamos pasar por que se exagerasen los intereses que de esa situación dimanan, pero tampoco podíamos desconocerlos.

»La equidad internacional, sin la que nada sólido se hace; el cuidado de nuestra política general, que será siempre para mí lo primero; por último, la elemental preocupación de aumentar las garantías de ejecución pacífica de

nuestra política marroquí: todo esto nos aconsejaba un arreglo que, reconociendo los títulos y los intereses de España, respetase, al mismo tiempo, la integridad territorial de Marruecos y la soberanía del Sultán, asistido de nuestro consejo y fortalecido con nuestro concurso.

»Á estos límites se han circunscrito nuestras conversaciones con España, y sobre estas bases se ha establecido el acuerdo cuya expresión pública ha sido la declaración de 7 de octubre, de la que nada anterior ni posterior ha podido alterar, ni siquera atenuar, las disposiciones fundamentales.» (Sesión de 10 de noviembre de 1904.)

Días después repetía esta declaración, no en los mismos, pero sí en muy parecidos términos, ante el Senado.

A mi parecer, España ha obtenido, á cambio de su adhesión al tratado de 8 de abril, lo siguiente:

1.°—El reconocimiento de que ciertas regiones de Marruecos le interesan más directamente, y que en ellas tiene, por tanto, derechos preferentes. Hay, pues, dos zonas de penetración, de expansión ó de influencia española. Dejo á la sagacidad del discreto lector de esta obra el cuidado de determinar la situación y extensión de ambas.

2.°—El reconocimiento de otros derechos especiales dimanados de la situación de sus posesiones, intereses ya creados, situación monetaria, etc., etc.

3.°—Bases para desplegar el futuro esfuerzo económico, administrativo y militar, de modo que no puedan producirse conflictos entre la autoridad que Francia ha adquirido y los intereses legítimos de España.

No nos impone este tratado ningún gravamen peligroso en el orden internacional, es decir, que no implica una alianza ofensiva y defensiva ni nada que se le parezca, pero sí obligaciones civilizadoras inexcusables y nada leves. Esto es lo que debemos mirar mucho, pues el cumplimiento de esas obligaciones forma el programa de la vida de España, y no cumpliéndolo no vivirá. Y cuanto al valor de lo conseguido tras tan laboriosa y accidentada labor diplomática,

diré que satisface plenamente las condiciones requeridas por el patriotismo más exigente y previsor, porque, sobre dar garantías suficientes de seguridad al territorio peninsular y al archipiélago canario, asegura á España aquel espacio que se ha de considerar indispensable á su futuro crecimiento. La generación actual, que pasará á la Historia cargada con el peso de tantas y tan graves culpas, podrá al menos presentar en su haber este singular acierto de dejar acotado ancho campo á la actividad de las generaciones venideras.

LIBRO CUARTO

LA SOLUCIÓN Y NOSOTROS

CAPÍTULO I

La Conferencia de Algeciras.

a) El programa de la penetración pacífica.—Acción protectora de Francia en Marruecos.—Rechaza el Sultán las reformas y pide la Conferencia.

b) Propósitos germánicos.—Curiosidad del príncipe Radolín y respuesta de Delcassé.—El Emperador Guillermo en Tánger.—Cargos de la cancillería alemana; descargos de la francesa.—Alemania niégase á reconocer los tratados de 1904.

c) Fiestas en París y guerra en perspectiva.—Francia acepta la Conferencia.—Programa de ésta.—Las crisis españolas.—Aprendizaje difícil y omisiones lamentables.—La situación internacional á fines de 1905.

d) La Conferencia.—España obtiene la misma situación privilegiada que Francia.—Renace el conflicto.—La transacción.—Lo que fué la Conferencia y lo que hizo.—Sale ganando España.

Cuando los africanistas españoles quisimos convertir á España á la política marroquí (ó de expansión por Marruecos) nos guardamos muy bien de todo intento de resurrección de la tradición guerrera de Cisneros. Otros eran los tiempos; otras las fuerzas de la nación; otras las dificultades: otro tenía

que ser el procedimiento. Y la política que aconsejamos se contenía toda en esta fórmula: *statu quo* político: progreso administrativo y social. Era curioso, para muchos inexplicable, el contraste entre la actitud serena y pacífica de los especialistas y el ardor bélico de que se sentían poseídos los repentistas que algún inesperado suceso (cualquier tiroteo en los alrededores de los Presidios, por ejemplo) sacaba á luz, estimulados por el afán de explotar la publicidad, la cual ejercía en los cruzados modernos la acción estimulante que la fe en los antiguos. No se pudieron conciliar nunca estas dos clases de africanismo; por eso autores doctos y bien intencionados han buscado inútilmente la expresión de una opinión nacional sobre la cuestión africana.

Aquel nuestro programa, semilla que por haber caído en tierra estéril no germinó, es el de lo que los franceses vinieron á llamar política de penetración pacífica, y que hoy se formula de este modo: integridad del imperio y reconocimiento de la soberanía del Sultán (*statu quo* político); reformas económicas y administrativas (progreso administrativo y social). Transplantado del otro lado del Pirineo, halló preparado el terreno por un humus de cultura geográfica y aspiraciones de imperio berberisco, teniendo, además, la fortuna de caer en manos de estadistas que le cultivaron amorosamente.

El arreglador de nuestro pensamiento al francés (no siempre hemos de ser nosotros los arregladores) fué monsieur Revoil, según queda contado en el capítulo IV del libro III; mas no por eso se le puede acusar de plagio, pues conociendo á fondo el problema, es natural que diera con la verdadera solución. M. Delcassé la aprobó é hizo suya, contra el parecer de no pocos argelinos que estaban por la invasión armada. Apareció luego otra tendencia: la de Jaurès. Quería éste también penetración pacífica, pero no con el carácter de amistoso amparo á la autoridad del Sultán contra las tribus rebeldes, lo que al jefe socialista le olía á

complicidad nefanda con la tiranía. Su plan consistía en proteger á las tribus contra el Sultán. En noviembre de 1903 presentó un proyecto de resolución parlamentaria concebido en los siguientes términos: «La Cámara invita al gobierno á consignar en el presupuesto próximo de Negocios extranjeros créditos destinados á promover pacíficamente entre las tribus musulmanas, de acuerdo con ellas y con las autoridades de que dependen, obras de civilización, á saber: cajas de reserva contra el hambre, distribución de granos, creación de escuelas, hospitales, servicio médico, ferias, vías de comunicación, etc., etc.» Pero como M. Etienne, menos utopista, dijese que esto estaría bien á condición de que no se olvidase ni menospreciase la autoridad del Sultán, levantóse M. Delcassé y habló de este modo: «Como no se puede fundar una política en la nada, es evidente que esa política pacífica no ha de hacerse más que de acuerdo con el gobierno marroquí... Dícenme que la autoridad de éste es precaria. A mí me parece que la verdad es ésta: el actual Sultán, como sus antecesores, es bastante fuerte para resistir á los rebeldes, pero no para someterlos. Pero con eso y con todo no hay más autoridad que la suya, y, por tanto, sólo con ella se debe contar para el intento de remediar males harto evidentes... El remedio consiste en la mejora progresiva, por etapas, de las condiciones económicas del país; en un constante y prudente esfuerzo encaminado al bienestar de los habitantes, los cuales, cuando vivan mejor, y no se sientan molestados en su religión y costumbres, no alterarán la tranquilidad.»

Los esfuerzos de la acción protectora de Francia advirtiéronse en el concurso que tropas argelinas prestaron á las del Sultán contra el Rogui, salvando á Uxda de los ataques de éste, y en su intervención por medio de los chorfa de Uazán en el asunto Perdicaris-Varley. Un oficial francés con tres subalternos argelinos obtuvo permiso para organizar la guarnición de Tánger. Otro también francés, Ben-Sedira, encargóse de la organización de la artillería. Poco después recurrió el Sultán, falto por completo de dinero, á banqueros franceses, los que le prestaron 62 y medio millones de francos. El Majzen dió las gracias rendi-

damente al ministro francés M. Saint-René Taillandier, por conducto de Si Abdesalam Tazi, y le rogó siguiese prestándole su valioso apoyo. Bajo tan buenos auspicios disponía la marcha á Fez el representante de la República llevando al Sultán el programa completo de la penetración pacífica hábilmente elaborado por Delcassé (noviembre de 1904), pero antes de emprender el viaje advirtiéronse indicios de alguna novedad en las disposiciones de los marroquíes. Si Mohamed Torres y El Mokri comunicaban que para hacer economías y cortar ciertas murmuraciones era cosa decidida despedir á los extranjeros encargados de la instrucción de las tropas. Saint-René Taillandier recibe la noticia con muestras de enojo que intimidan á los dos ministros, los cuales, para aplacarle, rogáronle que emprendiera el viaje á Fez lo antes posible. Empezaron las negociaciones el 22 de febrero siguiente, no ante el Sultán acompañado de algunos consejeros, sino ante una asamblea de marroquíes de nota, de lo que no gustó M. Saint-René Taillandier, por lo que, al abordar la parte importante del programa, negóse á exponerla si el auditorio no quedaba reducido á Abd-el-Aziz y sus ministros. Pero cuando trató de convencer á éstos de las ventajas del programa francés tropezó con inesperada resistencia. El gobierno marroquí no quería aceptar el proyecto de instrucción de la policía si Francia no se comprometía con las demás naciones á retirar á los instructores cuando el Majzen creyese terminada la misión de éstos. Francia se negó á aceptar la mediación de potencia alguna entre ella y Marruecos. El Majzen, lejos de atemorizarse y ceder, decide negarse á aceptar el programa francés: «Las reformas que haya de hacer, dice el Sultán, ha de aconsejármelas una Conferencia europea reunida en Tánger.» ¿De dónde le venía á Marruecos la arrogancia y quién se la aconsejaba? La respuesta es fácil: el 31 de marzo había desembarcado en Tánger el Emperador Guillermo, y desde mayo se hallaba en Fez el conde de Tattenbach, ministro de Alemania en Lisboa, y enviado expresamente al Moghreb para iniciar una nueva política alemana en la vecindad del Estrecho.

Cuentan autores franceses que el Emperador Guillermo II pidiera en 1902 al embajador de Francia en Berlín, marqués de Noailles, como precio de la adhesión de Alemania á la solución de la cuestión de Marruecos, tal como entonces la preparaba Delcassé, un puerto en el Atlántico; y hasta se ha dicho que en el primer tratado franco-español se daba satisfacción á la petición imperial. No sé si la petición se hizo, pero niego que fuera satisfecha. (1) Hay quien cree que el verdadero propósito de la política alemana era obtener el asentimiento de Francia á los planes pangermanistas para la eventualidad del fallecimiento del Emperador Francisco José. Alemania renunciaría á sus pretensiones sobre Marruecos á cambio de la benevolencia de Francia en el caso de la anexión de Austria (incluso Trieste) al imperio germánico. (2) Había, además, las cuestiones del Asia Menor. No parece que la diplomacia francesa, cuya orientación he tenido cuidado de señalar, consideró conveniente el examen, ni siquiera en hipótesis, de la primera de estas contingencias, la cual se le antojó, sin duda, merecedora de otras compensaciones harto más considerables que la renuncia de derechos alemanes sobre Marruecos, que, aun siendo auténticos, debían estimarse muy secundarios. Sea como fuere, lo positivamente cierto es que, siguiendo Delcassé el rumbo que se tenía trazado, no sólo no inició negociación alguna sobre asuntos marroquíes con Alemania, sino que se hallaba en vísperas de firmar el acuerdo con Inglaterra relativo á la política general de ambas potencias sobre la base de Marruecos á cambio de Egipto, sin que de ello supiese oficialmente una palabra la cancillería alemana. (3) El último miércoles del mes de

---

(1) Esta equivocada especie apareció en el artículo de *Le Correspondant* ya citado.

(2) Esta anexión, con la de Holanda y Belgica y sus colonias (que en lo económico adelanta de día en día, así como en lo intelectual), haría á Alemania tan poderosa, que ni la Gran Bretaña podría con ella. Por eso trata ésta de evitarla á toda costa. El estudio de la expansión alemana por dichas comarcas merecería por sí sólo un largo capítulo.

(3) Por los años de 1902 y 1903, y aun por casi todo el de 1904, la suerte de Marruecos no interesa gran cosa á la diplomacia alemana. Guillermo II, en su entrevista con S. M. el Rey D. Alfonso, en Vigo,

marzo de 1904 el embajador de Alemania en París, príncipe de Radolín, interrogó al ministro de Negocios extranjeros de Francia sobre el alcance del tratado en preparación, obteniendo de él esta respuesta: «Mantendremos en Marruecos el *statu quo* político y territorial. Nuestro propio interés nos lleva á procurar el restablecimiento de la normalidad en los dominios del Sultán, y estamos dispuestos á ayudarle con tal fin. El mismo Sultán conoce la eficacia de nuestra cooperación, y por este camino nos proponemos continuar. Pero lo haremos de modo que todo el mundo salga ganando; empezaremos por respetar rigurosa y enteramente la libertad comercial.» A poco de hecho el tratado reiteró las mismas seguridades al gobierno de Berlín el embajador francés M. Bihourd, quien hubo de repetirlas nuevamente á raíz de firmado el acuerdo franco-español. Aunque el canciller Bülow había hablado de éste y del anterior sin muestras de enojo, ni aun de recelo, el embajador francés no las tenía todas consigo, y avisaba á su gobierno de que al regreso del Emperador se produciría probablemente alguna novedad poco grata en la actitud de Alemania, «porque, ésta se propondrá demostrar que no está aislada ni desarmada».

El primer indicio de esta nueva actitud nos vino de Tánger. En febrero de 1905, el encargado de Negocios del Imperio en dicha ciudad, Külhman, hacía á su colega el representante de Francia la declaración siguiente: «Hemos esperado en vano á que los tratados franco-inglés y franco-español se nos comunicasen oficialmente. Como esto no se ha hecho, debo manifestarle, por virtud de instrucciones formales de mi gobierno, que éste desconoce cuanto sobre

---

lejos de hacerle indicación alguna que anunciara desagrado por la negociación francesa, animóle á sacar de ella el mejor partido posible. El acuerdo franco-inglés no levantó protestas en Alemania, ni produjo disgustos. «En lo que atañe á la parte capital del acuerdo anglo-francés (decía el canciller Bülow ante el Reichstag el 14 de abril de 1904), esto es, á Marruecos, nuestros intereses en este país y, en general, en el Mediterráneo, son de orden económico principalmente, y estamos, por tanto, interesados en que haya en él orden y paz. Por otra parte, ningún motivo tenemos para que nuestros intereses económicos sean desconocidos, ó lastimados verdaderamente por otra potencia.»

Marruecos se ha tratado, y que no se considera en manera alguna obligado por ello.» M. Bihourd recibía pocos días después, en Berlin, confirmación de estas declaraciones. El 31 de marzo siguiente desembarcaba en Tánger el Emperador (después de haber hecho escala en Lisboa, y conferenciado con Tattenbach), añadiendo á la significación de su viaje, ya muy grande, la del siguiente discurso contestando al de bienvenida del enviado del Sultán Muley Abdelmaleck: «Vengo á visitar al Sultán, soberano independiente. Espero que, bajo la soberanía de S. M. cherifiana, un Marruecos libre estará abierto á la concurrencia pacífica de todas las naciones, sin monopolio ni anexión, y bajo el pie de la más absoluta igualdad. El objeto de mi visita es que todos sepan que estoy decidido á hacer cuanto esté en mi mano para poner á salvo de modo eficaz los intereses de Alemania en Marruecos, puesto que considero al Sultán como soberano absolutamente independiente. Con él he de entenderme sobre los medios de poner á salvo sus intereses. Por lo que atañe á las reformas que debe hacer, me parece que debe procederse, con gran prudencia, teniendo en cuenta los sentimientos religiosos de los marroquíes para que no venga á turbarse el orden.»

Después de esto, la solución del problema no estaba ya en Fez: hallábase en Europa.

En la descomunal y peligrosa batalla diplomática á que vinieron Alemania y Francia, salieron á relucir armas, esto es, argumentos de varia especie. La primera sirvióse principalmente de los siguientes:—1.° Que Delcassé había dado algunas explicaciones verbales, incidentalmente, al embajador alemán sobre la marcha de los asuntos de Marruecos, mas que, al querer conocer el acuerdo franco-inglés, aquel ministro le envió al... *Libro Amarillo.* —2.° Que Alemania se había visto obligada á salir á la defensa de los intereses de sus súbditos, en peligro por el propósito francés de hacer del imperio marroquí un nuevo Túnez, según claramente lo indicaba la prensa oficiosa francesa.—3.° Que

M. Saint-René Taillandier había dicho al Sultán que iba en nombre de Europa. Por todo lo cual se había creado una situación delicada y producídose un conflicto de intereses que sólo podía ser resuelto por una Conferencia europea, en la que estuviesen representadas todas las potencias que asistieron á la de Madrid de 1880. Era esto precisamente lo que pedía el Sultán. (1)

La diplomacia francesa replicó, sobre el primer punto, «que la forma de la comunicación era correcta y suficiente, y que si del primer acuerdo, que era público, no se había dado copia á Alemania, el segundo (el franco-español), que era secreto, se había comunicado literalmente»; sobre el segundo punto, «que la declaración de puerta abierta era una garantía para los súbditos de todas las potencias»; sobre el tercero, «que M. Saint-René Taillandier no podía haber hablado en nombre de Europa porque no se lo ordenaban sus instrucciones y que él mismo lo desmentía en sus despachos». (2)

La réplica no satisfizo á Alemania. Para sostener que Francia había querido hacer de Marruecos otro Túnez, fundábase en lo dicho por periódicos franceses importantes, y en las afirmaciones categóricas del Sultán. La concordancia entre unas y otras daba que pensar. *Le Temps* de 5 de enero había dicho que Francia había recabado de Europa el privilegio de dirigir exclusivamente la organización de Marruecos. *The Times* añadía el 20 de marzo que el ministro de Francia había hecho entender al Sultán que no le hablaba en nombre de Francia, sino de Europa entera. *Le Journal des Débats* añadía cinco días después que los franceses no habían de trabajar sólo para bien de la humanidad, y que por eso Marruecos debía ser el equivalente de Túnez. *Le Figaro* aseguraba el 5 de abril que Francia tenía la representación de todas las potencias, y

---

(1) Véase: *Despacho del Canciller imperial á las misiones imperiales en Viena, Lisboa, Bruselas, El Haya, Estocolmo, y á los representantes del Rey (de Prusia) en Munich, Stuttgart, Dresde, Carlsruhe, Weimar, Oldemburgo y Hamburgo.* (12 de abril de 1905. Documento núm. 5.)

(2) *Libro Blanco.* Documento núm. 6.

Le Maroc français se expresaba en estos términos: «En una de sus conferencias con el Majzen insistió nuestro representante en la bondad y urgencia de las reformas, pronunciando estas palabras, cuya exactitud garantizamos: «No hablo sólo en nombre de Francia, sino en el de la civilización y las naciones europeas.»

Basándose en estos informes decía Bülow: «Hasta que hemos visto claro el propósito de someter á Marruecos al protectorado francés, no hemos creído necesario intervenir. Francia, al intentarlo, lo hace contra todo derecho y con perjuicio evidente de los intereses de las demás potencias, á las que ha descuidado consultar. Inglaterra y España pueden disponer de los de sus súbditos como les venga en gana, mas no de los ajenos. La prensa inglesa está esforzándose grandemente por probar que la política alemana abriga sombríos designios, y esto desde hace años. Pero nosotros no hacemos otra cosa que defender lo nuestro. Puede V. E. manifestarlo así á ese gobierno, añadiendo que no aspiramos á obtener ventajas especiales en Marruecos ni en ninguna otra parte.» (1)

Nuevas noticias de Marruecos venían á reforzar la tesis alemana.

Hacia el 20 de febrero había llamado Abd-el-Aziz al cónsul de Alemania para preguntarle si el ministro francés era mandatario de Europa, á lo que aquel funcionario replicó que por parte de su nación no había tal mandato. En abril volvió el Sultán á hablar con el señor Vassel, protestando indignado de que Delcassé hubiese dicho en la Cámara que el propio Majzen había solicitado los consejos y la cooperación de Francia. Y añade el cónsul: «Le he dicho que los franceses niegan haber ostentado M. Saint-René Taillandier la representación de Europa. «A mí mismo me lo dijo», repuso Abd-el-Aziz. Y como yo le preguntase quién le había hablado en estos términos, añadió: «El mismo M. Saint-René Taillandier.» (2)

---

(1) *Despacho del Canciller imperial al embajador imperial en Londres.* 11 de abril. (*Libro Blanco.* Documento núm. 4.)

(2) Véase el *Libro Blanco* (Despacho de Fez, fecha 21 de abril). Documento, núm. 7.

El sabor de las comunicaciones de la cancillería imperial á su representante en París iba siendo cada día más agrio. «Felicito á Vuestra Alteza (escribía Bülow á Radolín) (1) por su modo de llevar el asunto de Marruecos, y sobre todo por su manera de contestar á M. Delcassé cuando éste ha tenido la pretensión de dar carácter de acto diplomático á comunicaciones ocasionales, orales y fragmentarias como las que nos ha enviado por conducto de V. A. ó por el de M. Bihourd.» Después constituíase Bülow en defensor de los derechos de las potencias signatarias del tratado de Madrid é insistía muy particularmente en la necesidad de poner en claro la cuestión del mandato que el ministro de Francia en Marruecos se había atribuído. A la negativa de éste oponía Tattenbach desde Fez la afirmación más terminante, al propio tiempo que transmitía las quejas del Sultán, enojadísimo de que Delcassé hubiese dicho en la Cámara francesa que el Majzen había aceptado en principio el programa que le presentara M. Saint-René Taillandier. Por último, Alemania declara categóricamente que para ella la situación del imperio marroquí no ha sufrido alteración alguna, y que, mientras no se reuna la Conferencia pedida por el Sultán, no reconocerá derechos preferentes á Francia ni á nadie. La situación agravábase por momentos. Y M. Bihourd telegrafiaba á su gobierno diciendo «que la crisis era grave y peligrosa».

Los primeros días del mes de junio ardía París en fiestas en honor de S. M. el Rey de España. Magníficos arcos triunfales levantábanse en calles y plazas; soberbias colgaduras engalanaban los balcones; por la noche, el esplendor de las iluminaciones, que á toda ponderación excedía, tenía suspensa y como encantada á una muchedumbre innumerable que llenaba las más espaciosas arterias de la gran ciudad, cerrándolas á veces con su compacta masa.

---

(1) Con fecha 1.° de mayo de 1905. *Libro Blanco*. Documento núm. 9.

Al entusiasmo popular, que prorrumpía en vivas y aplausos prolongados y estrepitosos dondequiera que S. M. se mostraba (y que no obtuvo en igual ni en parecido grado del pueblo de París ningún otro de los monarcas extranjeros que en los últimos años han visitado la capital de Francia, de lo que puedo dar fe por haberlo visto), correspondían los agasajos oficiales, solemnes y brillantes, y las sonrisas y apretones de manos efusivos del Presidente de la República y de los ministros y personajes principales; pero flores, guirnaldas de bombillas eléctricas de mil variados y sorprendentes colores, vivas, aplausos, sonrisas, banquetes y saludos cariñosos, eran como esas selvas impenetrables que cubren hasta la cumbre ciertos volcanes tropicales, escondiendo bajo una tupida red de ramaje opulento, de trepaderas y de flores, los vapores mefíticos, la ardiente lava, las piedras y cenizas que de un momento á otro estallarán con tremenda furia, barriéndolo y aniquilándolo todo, y sembrando la muerte y el espanto. Alemania estaba dispuesta á declarar la guerra si no se llegaba á un acuerdo, y el acuerdo era imposible sin la salida de Delcassé, á quien el Emperador consideraba autor y alma de una política antigermánica. Y cuando el criminal atentado de un anarquista puso en peligro inminente la vida del jefe de Estado francés y del monarca español, aprovechó Guillermo II la ocasión de desairar gravemente á Francia en la persona del primero enviando al segundo, y sólo á él, un expresivo telegrama de felicitación por haber salido ileso de aquel trance.

Fué aquél el momento supremo del conflicto. El 5 partía para Londres D. Alfonso XIII. Al día siguiente dimitía Delcassé, y en el acto (aquella misma tarde) llegaba una nota alemana al ministerio de Negocios extranjeros (presentada por el encargado de Negocios señor Flotow) declarando que, en opinión del gobierno imperial, el mejor medio de preparar las reformas en Marruecos era celebrar la Conferencia pedida por el Sultán, convocando á ella á los firmantes de la de Madrid. Aquello equivalía á someter á una asamblea internacional la suerte del Moghreb que Francia creía haber logrado, no sin esfuerzo y costas, que

estuviese en sus solas manos (aparte lo concedido á España), y seguramente habría rechazado con altanería la proposición, á ser otro quien la hiciera y venir menos acompañada de amenazas de guerra. Pero vióse ser aquélla cierta é inmediata en caso de negativa, y la salida de Delcassé harto bien probaba que Francia deseaba evitarla, no creyendo quizás que la cuestión marroquí valía la pena de correr aventura tan pavorosa. (1) La opinión pública francesa, más discreta que la española lo fuera el 85, el 93, el 95 y el 98, entendió que tan grave resolución debía reservarse para circunstancias mucho más solemnes, y para cosas de mayor empeño, y que la dignidad de una nación no se salva yendo inconscientemente á un cataclismo. «Nunca pensó (Francia) que la política de cordialidad inaugurada por Delcassé se encaminase deliberadamente contra una potencia, y en lo que atañe á Marruecos estaba muy lejos de oponerse á un acuerdo con Alemania, que, según los precedentes de nuestra historia colonial, había de reputarse fácil de lograr...» «Personas de mucha autoridad habían aconsejado en el Palacio del *quai d'Orsay* á M. Delcassé que negociase con Berlín.» Esto que traduzco de un autor francés, muy reciente (2) y bien informado, es ciertísimo. No tenía la política de desquite ambiente favorable en Francia por varias razones de diversa índole, á las que se añadía la de no estar preparada la acción militar, de suerte que fué preciso gastar en dos meses mas de 300 millones de francos (lo que se hizo con tanta diligencia como secreto) por si, á pesar de todo, ocurría el choque. Y cuanto á que no faltaron á M. Delcassé buenos consejos que,

(1) Todos los partidos desaprobaron la política de Delcassé en cuanto conocieron su tendencia y resultados. El 19 de abril de 1905 la impugnaron en la Cámara de diputados los señores Jaurès, Vaillant, marqués de la Ferronnays, Deschanel, Hubert, Pressensé y Delafosse. El primero de éstos dijo: «¿Cómo podía S. S. abrigar la esperanza de decidir al jefe más ó menos nominal de esos diez millones de musulmanes y á esos diez millones de musulmanes á aceptar una política de penetración pacífica y de reforma, si una sola de las naciones, interesada en porporciones considerables por su actividad económica, en Marruecos, no sólo negaba su concurso y su neutralidad benévola, sino que recababa, además, el derecho de ejercer una acción directa?»

(2) Véase Gourdin. *La politique française au Maroc,* pág. 212.

de haberlos seguido, habrían cambiado por completo el rumbo de su política (y probablemente el de la nuestra), sólo diré que, según mis informes, la negociación marroquí vino á resultar una maniobra diplomática antialemana contra el parecer de alguno de los que en ella intervenieron muy principalmente.

No pudiendo el gobierno francés oponer al aleman una negativa, contestó dejando la puerta abierta á un debate que podía conducir á solución pacífica: antes de negarse en absoluto á ir á la Conferencia convenía saber qué era lo que Alemania entendía por reformas en Marruecos. Alemania dijo que el programa reformista era cosa para mirada despacio, y que estimaba urgente decir si habría ó no Conferencia. Más de un mes contendieron la diplomacia alemana y la francesa desde estas respectivas posiciones, sirviéndose aquélla del Sultán, y ayudada ésta por el *Foreign Office*, tanto más eficazmente cuanto más trabada y temerosa parecía la refriega. Desde primero de junio estaba advertido nuestro gobierno del proyecto de Conferencia que se preparaba en Fez, aun cuando la nota del Majzen lleva la fecha de 30 de mayo. (1) Italia contestó que si las demás potencias firmantes de la Conferencia de Madrid aceptaban ella también aceptaría. Inglaterra negábase, y al negarse significaba su propósito de apoyar á Francia, que resistía. Alemania, en cambio, amparaba al Sultán, declarando «que la conferencia era sin duda el mejor medio de introducir las reformas, las cuales debían contar con el asentimiento de todas las potencias firmantes del tratado de Madrid, sin que á ninguna de ellas pudiera concederse trato privilegiado. Si por negativa de alguna fracasaba la Conferencia, resultaría de ello el mantenimiento del *statu quo*.» (2)

Mediado el mes, parecía probable el acuerdo previo, y, por tanto, la solución pacífica. De Londres, Berlín y Pa-

---

(1) Véanse los despachos del señor Llabería que encabezan el *Libro Rojo* de 1906.

(2) Nota verbal del embajador de Alemania á nuestro ministro de Estado, fecha 7 de junio.

rís transmitían buenas noticias. El 21 dirige M. Rouvier una nota á Alemania declarando que no se opondrá á la Conferencia si el gobierno imperial fija y precisa los puntos que ha de tratar ésta y renuncia á discutir los tratados franco-inglés y franco-español. Esta nota produjo muy mal efecto en Berlín. Aquel mismo día el peligro de una guerra europea parece inmediato, y determina fuerte baja en los valores públicos. Bülow advierte al embajador francés que «la situación es mala, muy mala, que urgía salir de ella, y no continuar más tiempo en un camino que costeaba precipicios y aun abismos». Europa, llena de ansiedad, espera de un momento á otro el estallido. España aprovecha tan buena oportunidad para hacer una crisis mas (23 de junio). Pero el 27 anuncia el marqués del Muni que hay impresiones optimistas. En efecto: Francia se ha decidido, no sin repugnancia, á aceptar la Conferencia. Alemania comprometíase, por su parte, á no perseguir en ésta ningún propósito contrario á los legítimos derechos é intereses de Francia. No sólo M. Rouvier, sino también el príncipe de Radolín, aseguraron á nuestro embajador en París que los tratados franco-inglés y franco-español *no serían modificados ni discutidos*.

El 8 de julio los señores Rouvier y Radolín firmaban la declaración siguiente:

«El gobierno de la república y el gobierno alemán convienen:

1.° Llamar á Tánger simultáneamente sus misiones, que en la actualidad están en Fez, en cuanto la Conferencia se reuna.

2.° Hacer dar, de común acuerdo, por medio de sus representantes, consejos al Sultán de Marruecos para fijar el programa que ha de proponer á la Conferencia sobre las bases indicadas en las notas cambiadas con fecha 8 de julio de 1905 entre el presidente del Consejo de ministros, ministro de Negocios extranjeros y el embajador de Alemania en París.

Hecho en París el 8 de julio de 1905.»

Las condiciones del acuerdo y la historia de éste están contenidas en las notas cambiadas entre los firmantes de la

declaración. Alemania se había comprometido verbalmente á no perseguir en la Conferencia fin alguno que lastimase los legítimos intereses de Francia en el Moghreb ó que fuera contrario á sus derechos, admitiendo los principios siguientes:

Soberanía é independencia del Sultán.

Integridad de su imperio.

Libertad económica sin ninguna desigualdad.

Utilidad de reformas de policía y reformas financieras cuya introducción será reglamentada por una corta duración por vía de acuerdo internacional.

Reconocimiento de la situación creada á Francia en Marruecos por la continuidad de Argelia y del imperio cherifiano en una vasta extensión, y por las relaciones particulares que de ello resultan entre los dos países limítrofes, así como por el interés especial que se sigue para Francia de que el orden reine en el imperio.

En su consecuencia el gobierno de la República dejaba de mantener sus primeras objeciones contra la Conferencia y aceptaba asistir á ella. El gobierno alemán, en vista de esto, confirmaba sus declaraciones verbales en nota escrita. Tres días después daba M. Rouvier cuenta del acuerdo á la Cámara de diputados, declarando terminantemente que «en ningún momento de las negociaciones ha versado la discusión sobre el acuerdo franco-inglés de 8 de abril de 1904, ni sobre el acuerdo hispano-francés de 3 de octubre del mismo año»; añadiendo «que las formales seguridades que el representante del gobierno imperial le había dado espontáneamente en el curso de sus conversaciones y que había renovado á su terminación, le permitían afirmar ante la Cámara que Alemania no ponía en tela de juicio los acuerdos de Francia con Inglaterra y con España».

Esto era substancial para nosotros.

Las naciones que tales competencias mantenían pugnaban por la ejecución de planes de imperialismo y de domi-

nio, y arriesgaban en la contienda riqueza, poder, reputación: mas no la existencia. Sólo para España era la cuestión aquella no de mayor ó menor importancia ó potencia, sino de ser ó no ser, por lo cual á nadie maravillaría que se mostrase desvelada y aun inquieta, y que se aprestase diligente á la defensa de su causa, proponiéndose mejorar su situación, si para ello se le ofrecía ocasión favorable. Muy lejos de esto, nuestra pobre patria, como si todo aquello ocurriese en algún apartado planeta, y sin prestar atención á los sucesos, continuó sosegadamente haciendo y deshaciendo Cortes y gobiernos (ó asistiendo indiferente al tejer y destejer incesante y desatinado): manera cierta de no tener gobierno alguno. En diciembre de 1904 hubo una crisis singularísima y trastornadora, cuyas últimas consecuencias aun no hemos tocado, y para la que no se tuvo en cuenta las graves circunstancias del mundo exterior. desde Madrid invisible. Tras aquella crisis vino antes de dos meses otra no menos inexplicable, y luego otra: la que trajo al poder al partido liberal. Duraron, pues, los ministros de Estado y los presidentes del Consejo 90 días por término medio.

Lo único permanente era el embajador en París, y á esta feliz circunstancia se debe, en gran parte, la continuidad de la naciente política internacional de España, cuya base ó punto de partida venía á ser el convenio franco-español de 1904, de suerte que al jurar el cargo un nuevo ministro hallábase con el programa trazado: respetar la firma de España. Y como el órgano de comunicación con Francia seguía funcionando sin interrupción ni mudanzas, los ministros no tenían más que ponerse al aparato. Cierto que tampoco les daba tiempo de emprender cosa alguna lo precario de la existencia ministerial, y que el ser tan clara y despejada nuestra situación era para ellos no despreciable ventaja.

Con el cambio de política vinieron á ser presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado los señores don Eugenio Montero Rios y Sánchez Román, ambos recién llegados al terreno escabroso, y lleno de sorpresas, de la política internacional y africana, tan diferente del que es-

taban acostumbrados á pisar. Y aun podía el Presidente aducir en prueba de sus desvelos africanistas cierto artículo de una revista inglesa, y alguna breve oración parlamentaria; mas el ministro hubo de confesar la falta de preparación: pecado venial á los ojos de una sociedad que, al paso que vamos, pronto se compondrá de ex ministros, y en la que, por tanto, es forzoso que todos los ciudadanos sean unos con otros indulgentes. El caso es que el señor Sánchez Román «tuvo necesidad de hacerse rápidamente cargo del negocio y del papel y condiciones en que se ofrecía al nuevo gobierno de España la negociación de Marruecos», y como el don de penetrar con facilidad hasta lo hondo de los más arduos problemas, si bien sea peligroso ejercitarlo, es propio de los altos entendimientos, «cayó luego en la cuenta de que España se hallaba en actitud expectante frente á lo que parecía un *pourparler* ó *préalable* (de ambas maneras le denominó él mismo) entre Alemania y Francia», y habiéndose puesto á estudiar la declaración franco-inglesa de abril de 1904 y el convenio franco-español siguiente, resolvió respetar á éste «aunque diminuto»; pero, advertido de la conveniencia de acabar con aquella pasividad, y de que «era preciso librar de hipotecas nuestra libertad de acción», sin duda por inexpertas manos enajenada ó poco menos, dedicóse «á la labor de ir infiltrando dosis de esa libertad en nuestros acuerdos, no sin resistencia de aquellos que preferían la pasividad». Parecióle al señor Sánchez Román (y adviértase que está hablando, pues cuanto llevo dicho es extracto, y lo que va entre comillas copia, de un discurso suyo) (1) que llegaba en la mejor ocasión de mediar en la contienda que á él se le antojaba recién empezada, aunque los autores que de esto han escrito cuentan que á fines de junio tocaba al desenlace. (2) El 8 del inmediato julio fué M. Cambón á visitar

(1) Véase el *Diario de Sesiones* del Senado, de 11 de diciembre de 1906.

(2) «Desde 23 de junio, en que se posesionó el ministerio, hasta el 14 de julio, que me parece que no van muchas fechas en un asunto tan delicado y de marcha tan lenta; como suele decirse que lo son los diplomáticos, llegó aquel gobierno á obtener los siguientes hechos, que

al señor Sánchez Román y le dijo: «Hoy se leerá en la Cámara francesa la declaración de este *préalable* que se refiere á Alemania y Francia.» Y leyó el *préalable,* quiero decir la declaración franco-alemana. Aceptada por Francia la Conferencia, forzoso era que la aceptáramos nosotros, por lo cual determinóse el ministro á redactar un telegrama dirigido á nuestro representante en Tánger, en el que le decía: «Puede V. E. manifestar al gobierno cherifiano que el de S. M. está dispuesto á tomar parte en la Conferencia propuesta por el Sultán siempre que, como es natural, se le haga conocer, ó se consulte previamente al gobierno español sobre el programa de la Conferencia, así como la fecha y lugar en que se verificará la reunión.» Aunque gallardamente dispuesto á las más arrojadas iniciativas, según declaración propia, no quiso expedir este despacho sin antes leerlo al presidente del Consejo, quien quedó algún tiempo silencioso después de haberle escuchado. «¿Es qué no está bien?» preguntó el señor Sánchez Román inquieto. A lo que el Presidente replicó: «No sólo está bien, sino muy bien, y no hay nada que quitar ni poner.» Interesante diálogo, que, no obstante constar en el *Diario de Sesiones* del Senado, no he querido omitir en esta puntual historia. El señor Sánchez Román, que le ha salvado del olvido, cuenta también como en muy secretas conferencias entre él y varios embajadores se preparó la de Algeciras. Pero el *Libro Rojo,* incompleto ó malévolo, daba razón á los que decían que de junio á diciembre de 1905 no había habido ministro de Estado ó lo había sido de hecho el señor Montero Ríos (1), quien en los días de su larga estancia veraniega en San Sebastián había cobrado

---

eran casi una manera pacífica de resucitar y reivindicar nuestra personalidad nacional en aquel asunto.» En efecto: el señor Sánchez Román tomó posesión del cargo de ministro de Estado el 23 de junio, y como el 27 recibió telegrama del embajador en París y otro del embajador en Berlín, en los que se le decía que la reunión de la Conferencia era cosa acordada en principio, su diligencia para enterarse de la negociación é influir en ella, salvando la personalidad de España, puede tenerse por prodigiosa.

(1) Véase el discurso del señor Rodríguez San Pedro en el Senado, sesión de 10 de diciembre de 1906.

al trato del embajador francés (africanista muy experto) una afición que no pudo disimular y que el *Libro Rojo* descubre. Era entonces tiempo todavía de aprovechar las ventajas de la posición en que nos había colocado la intervención amenazadora de Alemania, y de remediar, sin menoscabo de nuestra lealtad, ó por lo menos de atenuar las consecuencias de algunos errores pasados, en el orden geográfico y en otros. De ello estuvieron advertidos á tiempo los dos negociadores españoles, y sirva de prueba, aunque pudiera alegar alguna más, el siguiente importante y oportuno despacho de nuestro embajador en París:

«Si en el punto á que han llegado las cosas, estimase V. E. insuficiente garantía de nuestros intereses la que se desprende de las manifestaciones de M. Rouvier á que arriba aludo, y juzgase todavía propicio el momento para intentar obtener de Alemania una declaración más explícita, entiendo que, ya al darse por notificado del acuerdo entre los gabinetes de París y Berlín, ya al adherirse al proyecto de Conferencia, podría el gobierno de S. M. hacer constar que, si asiste á dicha reunión, es en la inteligencia de que, de conformidad con el espíritu y aun con la letra misma del acuerdo á que acaba de referirse, será reconocida y tomada en la debida cuenta la situación especial que resulta para España en Marruecos de sus posesiones en la costa, y que ha sido ya consignada en el artículo 8.° de la declaración franco-inglesa, y en la declaración hispano-francesa de 3 de octubre.» (1) Era de la mayor importancia para España obtener el reconocimiento solemne de su situación especial, pero el señor Montero Ríos limitó sus aspiraciones á aclarar y ampliar ligeramente el sentido de algunos conceptos del tratado de 1904, que en nada modificaban la esencia de éste, ni quitaban ó ponían cosa alguna á su significación. De ahí no pasó, aunque ciertamente pudo y debió pasar. Más adelante veremos cómo, cuándo y por quién se subsanó esta omisión.

---

(1) Véase el *Libro Rojo*. Este despacho lleva la fecha de 15 de julio.

No contenta la diplomacia alemana con los laureles de esta primera batalla, buscó otros de más consideración, porque, como quiera que la cuestión de Marruecos y la Conferencia eran asuntos cuyo interés dependía de que por medio de ellos alcanzase el fin que se había propuesto, que era el de impedir que Francia cayese en la órbita de Inglaterra, á la que manifiestamente se iba inclinando, pensó que cuando los franceses viesen que para tener llano y expedito el camino de sus ambiciones africanistas habían de entenderse con los alemanes, se ablandarían y avendrían á un arreglo amistoso conveniente á ambas partes. Hallándolos más obstinados de lo que pensara, no se determinó á mudar de plan, y los fué apretando con nuevas exigencias y amenazas. La noticia de que unos banqueros alemanes se disponían á prestar 10 millones de marcos al Majzen contrarió vivamente al gobierno francés, y produjo hondo disgusto en la opinión pública; pero fué todavía mayor tropiezo para la negociación pendiente, la cuestión de la policía en la frontera argelina, por negarse Alemania á reconocer á Francia las atribuciones y derechos que ésta deducía de los tratados franco-marroquíes de 20 de julio de 1901 y 20 de abril de 1902, cuyo texto sólo conocía aquélla por la prensa. M. Rouvier estaba dispuesto á aceptar una fórmula de conciliación respecto al empréstito, pero en lo relativo á la policía fronteriza negóse resueltamente á ceder. Aparecía otra vez el fantasma de la guerra. Pero ahora la actitud de Francia era más firme que en junio y la de Inglaterra anunciaba inclinación dudosa á la neutralidad. Alemania tuvo que dejar fuera del programa de la Conferencia la cuestión de la policía argelina y aceptar condiciones no muy conformes á sus deseos y propósitos. Compárese la declaración de 8 de julio con la tesis alemana formulada en la nota del señor Radowitz á nuestro ministro de Estado el 7 de junio anterior.

Al mismo tiempo que se discutía el programa de la Conferencia, tratábase del lugar en que ésta se reuniría. Alemania quería que fuese en Tánger, y Francia negábase á acudir á esta ciudad. Inglaterra parecía inclinada á San Sebastián. El marqués del Muni obtuvo de los señores Radolín

y Rouvier la promesa de que no se resolvería el punto sin que se consultase al gobierno español. Éste prefería Madrid, ó, de no ser esto posible, San Sebastián. En 7 de agosto decía el presidente del Consejo al embajador en París: «Que, no siendo Tánger lugar seguro ni tranquilo, no le parecía adecuado, y que el gobierno español proponía alguna de las ciudades de Levante ó del Sur de la Península: Cádiz, Málaga ó Algeciras, por ejemplo.» Aceptó Francia la indicación invocando el precedente de la Conferencia de 1880, pero Alemania ofreció mayor resistencia. Inglaterra se puso de parte de España. Al fin cedió aquélla, pero con la condición de que se elegiría el paraje más cercano á Marruecos que fuese posible. Algeciras quedó elegida á gusto de todos, ó, por lo menos, sin disgusto de nadie.

Examinemos brevemente la situación internacional en los últimos meses de 1905. El hecho principal es éste: Francia se ha apartado de Alemania acercándose otro tanto á la Gran Bretaña. La diplomacia inglesa ha aprovechado con habilidad y fortuna los errores de la alemana. A los pocos días del viaje del Emperador Guillermo á Tánger, como pasara al largo de esta ciudad la Reina de Inglaterra, fueron á saludarla á bordo los encargados de Negocios inglés y francés en aquella ciudad: homenaje cuya significación entendieron todos. Apenas llegada á Fez la embajada de Tattenbach, salió para la capital marroquí la embajada inglesa de Lowther. Cuando más fuerte era la presión que Alemania ejercía sobre Francia, verificáronse las entrevistas entre el Rey Eduardo y M. Loubet, y las demostraciones navales de Brest y de Portsmouth.

Era evidente que el pleito franco-alemán iba íntegro á la Conferencia, y que Francia se hallaría en la vista bien acompañada. En los trances difíciles podía contar con Inglaterra. Tras ésta había de ir, sin género de duda, Portugal. España, unida á Francia por el pacto de octubre de 1904 (que subsistía íntegro, pues las negociaciones veraniegas no habían hecho más que aclarar y desenvolver,

según queda dicho, algunos de sus artículos), tenía que seguirla, y seguir á Inglaterra, por muy solicitada que se viese de la parte contraria. Con desconocimiento completo de la conveniencia pedía una parte de la prensa madrileña, súbitamente germanófila, que tuviéramos por caducado y nulo dicho tratado, que era como pedir nuestra total ruina. Tuvimos la suerte de que no fuera atendida. Nuestro representante en Tánger hizo los preparativos de viaje á Fez, poco después que M. Lowther, y no le emprendió por haberse firmado el convenio de julio. El señor Moret, jefe del gobierno desde diciembre (mes en que ocurrió otra crisis), declaró en las Cortes que España iría con Francia é Inglaterra. Italia, aunque aliada de Alemania, seguía conduciéndose con cierta desenvoltura, si bien ahora pretendía representar el papel de amigable componedora. Rusia estaba completamente al lado de Francia. Los Estados Unidos no parecían muy dispuestos á agradar al Emperador Guillermo. Éste sólo podía contar con dos verdaderos amigos: Austria y Marruecos. La posición del imperio alemán no parecía airosa ni fuerte. Había impuesto la reunión de la Conferencia en calidad de abogado defensor de los intereses de las demás naciones, y éstas acudían, unas fruncido el ceño y en ademán hostil; otras, de mala gana apenas disimulada. La batalla estaba perdida antes de dada. Lo que se veía claro era el aislamiento casi completo del imperio alemán y la amistad franco-inglesa: esto es, el triunfo de la política de Delcassé..... sin Delcassé.

En 16 de enero de 1906 reuniéronse en Algeciras los representantes de España, Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Bélgica, Estados Unidos, Italia, Marruecos, Holanda, Portugal, Rusia y Suecia. He aquí el programa de trabajos: organización de la policía, reglamento de la vigilancia y represión del contrabando de armas, creación de un Banco marroquí, reforma fiscal (mejora de los impuestos existentes), determinación de ciertos principios destinados á garantizar por completo la libertad económica.

Francia había obtenido por la declaración de 8 de julio que Alemania reconociese su situación especial de potencia fronteriza. Parecía que, teniendo tan bien preparada la labor, entenderíanse las potencias fácilmente. Pero la preparación y harmonía de propósitos no eran más que aparentes; en el fondo la cuestión permanecía intacta y amenazadora. Porque la cuestión era ésta y no otra: Francia y España (ambas tenían el mismo interés) entendían que, fuera de lo puramente económico, esto es, de lo que atañía al comercio universal, la suerte de Marruecos era asunto que á ellas exclusivamente interesaba. Alemania quería que la suerte de Marruecos corriese á cargo del aréopago internacional. Para las primeras el problema marroquí ya no podía ser más que hispano-francés; la segunda quería á toda costa internacionalizarlo, y sólo habría desistido de su empeño, á cambio de que Francia, rompiendo la reciente y cada día más íntima amistad con Inglaterra, hubiese aceptado la de Alemania. Esto es lo verdaderamente tratado en Algeciras: si se internacionalizaría ó no la cuestión de Marruecos.

A propuesta del señor Radowitz, delegado de Alemania, la asamblea nombró, por unanimidad, presidente al duque de Almodóvar, ministro de Estado, quien al sentarse en el sillón presidencial hizo la declaración terminante de que el programa de reformas se estudiaría partiendo del triple principio de la soberanía del Sultán, la integridad de su imperio y la puerta abierta. Terminó su discurso con estas discretísimas palabras: «El respeto mutuo de nuestros intereses recíprocos, y el deseo sincero de conciliarlos deben ser, en mi opinión, juntamente con los principios de la soberanía del Sultán y la puerta abierta, nuestra regla de conducta en esta Conferencia. Si tales sentimientos no nos fuesen aconsejados por la disposición de nuestros espíritus, así como también por la disposición de los espíritus de nuestros gobiernos, bastaría á dictárnoslos la actitud expectante del mundo entero, que espera soluciones de concordia conforme á las aspiraciones, cada día más vivas, de la solidaridad humana.»

Todos aprobaron esta apelación á la paz, aunque no sé

si confiaron mucho en su eficacia. Adoptáronse las mejores resoluciones para que lo fuese. Acordóse discutir los temás en sesiones reservadas, que se llamaron de comité, con objeto de que estuvienen prejuzgadas y medio resueltas antes de llegar al debate público y solemne. Dejáronse, además, para última hora las de mayor gravedad y peligro, que eran las del Banco y policía, con la esperanza de que negociaciones preliminares que en secreto debían seguirse entre los principales adversarios, suavizasen asperezas y conciliasen las opuestas pretensiones.

Discutióse primero la represión del contrabando de armas y reglamentación del comercio de las mismas. Intervino con gran fortuna en el debate el segundo delegado español, señor Pérez Caballero, en quien el talento diplomático se completa con un conocimiento profundo de los problemas africanos. Hizo constar que por la vecindad y por anteriores tratados entre España y Marruecos relativos á la seguridad de las plazas fuertes y á la tranquilidad de las regiones vecinas, España disfruta en ciertas partes de Marruecos de una situación análoga á la que resulta para Francia de sus convenios con el Sultán relativos á la región fronteriza de Argelia. El señor Radowitz, en nombre de Alemania, y el señor Revoil, en nombre de Francia, reconocieron la justicia de esta importante manifestación. (1)

---

(1) Cuenta el señor Sánchez Román (en su ya citado discurso del Senado) que, «cuando el embajador francés le leía el *préalable* de Alemania y Francia, subrayando los conceptos *Alemania reconoce á Francia la situación privilegiada de potencia fronteriza*, se permitió la aparente descortesía de interrumpir la lectura para decir, en francés, á M. Cambón: — *Comme nous, Excellence* — y que, como entonces éste suspendiera dicha lectura, otra vez le dijo el señor Sánchez Román que «era evidente que nosotros éramos también potencia fronteriza, lo que no mereció contradicción de parte de M. Cambón». Pero la insuficiencia de una objeción ó apreciación incidental en un diálogo, para recabar un derecho ú obtener una nueva posición diplomática, es notoria, y pocas personas un tanto informadas de estos asuntos desconocerán el verdadero procedimiento. Por eso no quedó en el ministerio de Estado rastro alguno de la interrupción, oportuna, pero deficiente é ineficaz, del señor Sánchez Román.

Cuando el señor Pérez Caballero fué nombrado segundo delegado de España en la Conferencia, no podía creer que el despacho del marqués del Muni fecha 15 de julio (y que en parte he copiado en el texto) hu-

Después (en la segunda sesión) pidió que se pudiesen establecer comercios para la venta de armas de caza en todos los puertos en que hubiera cónsules, lo que era, como dijo, de mucho interés para nuestra industria armera; pero ante la oposición de los delegados inglés y alemán tuvo que desistir.

Quedó prohibida la importación de armas, municiones, pólvora é ingredientes para la fabricación de explosivos, con la sola excepción de los destinados al gobierno marroquí. Para la ejecución y cumplimiento de lo dispuesto en los territorios de Marruecos fronterizos de Francia y España quedó reconocida la analogía de la situación de ambas, y la misma libertad de acción.

El punto de las cuestiones administrativas y fiscales era más obscuro y complejo. España presentó un cuestionario bastante extenso para que sirviera de base de estudio y discusión. Los delegados marroquíes propusieron una larga serie de impuestos nuevos, la mayor parte de los cuales debían gravar á los extranjeros y al comercio extranjero. Halláronse los delegados ante muchas cuestiones técnicas que requerían preparación especial, y que por falta de ésta les eran ingratas. De ahí la propensión á dejar el aclararlas y aplicarlas al cuerpo diplomático tangerino. Nadie podía desconocer que el Majzen necesitaba recursos pecuniarios, sin los cuales no había reformas ni normalidad posibles; pero se trató de evitar que los lograse únicamente á costa de los europeos, que por su poca prudencia en la introducción de novedades suscitase nuevos disturbios, como

---

biese sido desatendido á pesar de la transcendencia suma de la indicación en él contenida. Y de que no se atendió me servirá de testigo el propio señor Perez Caballero, el cual, en sus declaraciones al corresponsal de cierto diario madrileño, decía meses después: «A la Conferencia de Algeciras fuimos sin haber podido lograr que se nos reconociera igual derecho que á Francia respecto de sus fronteras de Argelia... Y después de largas é interesantes polémicas logramos lo que parecía que nunca íbamos á conseguir.» La verdad en esta importante materia es, sin género de duda, la siguiente: el embajador en París inició el pensamiento; los señores Montero Ríos y Sánchez Román le desdeñaron ó descuidaron; y el señor Pérez Caballero, de acuerdo con el duque de Almodóvar, tuvo el dichoso acierto de ejecutarlo.

pocos años antes sucediera, y que diese mal empleo á lo recaudado. (1)

Entre tanto los señores Radowitz y Tattenbach tenían frecuentes conferencias con los señores Revoil y Regnault, buscando reservadamente solución á las opuestas aspiraciones entre Alemania y Francia, con mejor deseo que fortuna. (2) La Conferencia se había dedicado á hacer tiempo (no en vano era española); pero, como llevaba más de un mes haciéndole sin esperanza de concordia entre los desavenidos, empezaba á impacientarse. El 20 de febrero, no siendo ya posible prolongar la introducción ó compás de espera (el *préalable,* que diría el señor Sánchez Román), planteóse la cuestión del Banco. Presentáronse un proyecto alemán y otro francés perfectamente antagónicos. Según el primero, el Banco marroquí debía organizar los servicios públicos y preparar los presupuestos, estando sometido á la inspección del cuerpo diplomático europeo. Cada una de las naciones representada en la Conferencia tendría una

(1) La Conferencia reglamentó el proyecto de *tertib:* admitió un impuesto municipal sobre construcciones urbanas; propuso la abolición de los impuestos denominados *sokra* y *muna,* y un reglamento de aduanas; dejó al cuerpo diplomático tangerino el cuidado de aprobar ciertos impuestos sobre telégrafos, electricidad, fábricas, teatros, cafés, imprentas, etc., etc., y de vigilar su administración; aprobó la proposición de crear un impuesto de timbre, estadística, pesaje, pasaporte, etc., presentada por los delegados marroquíes, y en la que debía entender también el cuerpo diplomático: serie de pequeños jalones hacia la internacionalización que Francia dejó poner para no dar la batalla más que en lo principal: banco y policía.

(2) La cuestión de la policía, que era la más importante de todas, la venían tratando en conferencias particulares los señores Revoil y Radowitz. Aquél quería policía francesa: éste, policía internacional. Propuso el primero, como fórmula de transacción, que fuese franco-española, á lo que se negó el segundo. Ante la intervención amistosa de los delegados italiano, ruso y norteamericano, el señor Radowitz dijo que consultaría á Berlín. De Berlín vino respuesta desfavorable. La fórmula del señor Radowitz era ésta: policía organizada por el Sultán, quien elegiría los jefes de ella donde mejor le pareciese, é inspeccionada por el cuerpo diplomático de Tánger, esto es, por todas las naciones. Parece que la actitud de España disgustó al gobierno alemán, que intentó, sin lograrlo, separarla de Francia (á lo que tiraban muchos periódicos madrileños); pero España hizo lo que debía y lo que podía, contentándose con sacar de su situación el mejor fruto posible. Lo que consiguió merced á la habilidad de los que en Algeciras la representaban.

parte del capital. El proyecto francés dejaba reducida la misión del banco á la de un establecimiento de crédito y de normalización financiera, y dividiendo el capital social en 15 partes atribuía cuatro á las casas que habían subscrito el emprestito de 1904. España presentó también ahora un cuestionario para que sirviera de base de discusión. Pero pronto vino á complicar la marcha de ésta, ya bastante embrollada, un tercer proyecto presentado por los marroquíes. Este asunto del banco era para España de mucho interés por ser la peseta la moneda corriente en Marruecos, á la defensa de la cual acudieron desde el primer momento los dos delegados españoles. Con muy acertadas razones combatió el señor Pérez Caballero la enmienda alemana relativa al saneamiento de la moneda marroquí, viendose apoyado por los delegados de Francia, Rusia, Inglaterra, Portugal, Bélgica y hasta por los del mismo imperio cherifiano. Duró la discusión varios días. Los delegados estaban ya cansados y aun mal humorados, y el peligro de una ruptura inquietaba á muchos, viendo que ninguna de las partes daba señales de transigir. El 3 de marzo propuso Sir Arturo Nicholson que se tratase en sesión de comité la cuestión de la policía para examinarla detenidamente mientras continuaba el debate sobre la del banco. Oponíase á ello Alemania, que esperaba obtener concesiones, ó que prefería llegar á una solución en el tema que se debatía para resistir con todas sus fuerzas en el siguiente, que era aun de mayor transcendencia. La proposición inglesa contrariaba sus planes, por lo que el señor Radowitz se negó á aceptarla. Pero, puesta á votación, quedó aprobada por todos los presentes, menos por Austria y Marruecos, absteniéndose Suecia. Tal voto, que prejuzgaba la solución, era desastroso para la política alemana.

En la sesión de 5 de marzo el señor Bacheracht, segundo delegado ruso, á quien su dilatada experiencia de las cosas de Marruecos daba gran autoridad, expuso los inconvenientes de la policía internacional, la que le parecía condenada á completa ineficacia. Sólo la policía franco-española se le antojaba posible. M. Revoil esforzó el argumento añadiendo que sólo España y Francia podían dar instruc-

tores que conociesen el imperio y sus habitantes, y la lengua de éstos; y acabó diciendo que esta organización, sobre que en manera alguna podía perjudicar al principio de la libre concurrencia económica, era la única que satisfacía los legítimos intereses de Francia en el Norte de Africa. El señor Pérez Caballero expuso después la tesis española con argumentos de incontrastable fuerza, y recordando siempre *la paridad de las situaciones entre España y Francia.* Por fin reconoció Alemania á estas dos naciones el derecho de organizar la policía (sesión de 8 de marzo), pero no solas ni independientemente, sino con la garantía de la cooperación de otra potencia. Esto no podían admitirlo Francia y España, por lo que el delegado de Austria-Hungría, conde de Welsersheimb, propuso la transacción siguiente: oficiales españoles y franceses en 7 de los 8 puertos, y en el 8, que sería Casablanca, un oficial holandés ó suizo con cargo de inspector general. Aceptada por Alemania, despojó á ésta de la nota de intransigente. Francia ofrecía garantías, pero rechazaba la inspección. La crisis francesa (7 de marzo) dió alientos á los alemanes, á quienes aquella reciente concesión había colocado además en mejor terreno. Pero el nuevo gobierno francés no quiso abandonar ni una pulgada del suyo. El ministro de Negocios extranjeros (M. Bourgeois) confirmó en su puesto á M. Revoil, y le envió las siguientes instrucciones: «Si la policía es franco-española, acéptese la inspección. Consentir en que ésta sea lo más eficaz y fuerte posible. Pero no admitir á ningún precio que se transforme en colaboración, y negarse categóricamente á que el inspector ejerza autoridad en ningún puerto.» Al mismo tiempo el señor Radowitz declara en Algeciras que el inspector ha de ejercer autoridad, y que ésa es la última palabra de Alemania. La inquietud es grande en Algeciras, en las cancillerías y aun en toda Europa, advertida por la prensa de la gravedad de la situación. De un lado dicen que Francia está sola y que tendrá que someterse. De otro llegan nuevas de que la aislada es Alemania. Pasan días y la Conferencia no se reune. Pero documentos oficiales publicados por varios periódicos, y por la oficiosa *Agencia*

Havas, vienen á probar á los más incrédulos que Inglaterra y Rusia están dispuestas á ayudar á Francia. Sólo Austria se mantiene fiel á su amiga. ¿Habrá una guerra europea, ó siquiera una discordia europea que puede contener el germen de una guerra, por tan fútil pretexto como la organización de la policía en un puerto marroquí? No. Austria propone que, en vez de dar al inspector autoridad efectiva, quede la policía bajo la inspección del cuerpo diplomático de Tánger. Pero el comité de redacción modifica la proposición de modo que el inspector queda sólo obligado á dar cuenta para que éste se entere. Sobre esta base discútese ya más serenamente, y al fin llégase á organizar la policía de común acuerdo. He aquí, en resumen, el reglamento definitivo: «Las tropas de policía (de 2.000 á 2.500 hombres) serán marroquíes y estarán mandados por sus *kiad:* los oficiales y suboficiales instructores no pasarán de 20 los primeros ni de 40 los segundos; serán franceses y españoles; repartiránse por grupos de 150 á 600 hombres entre los 8 puertos, según la importancia de éstos; el banco adelantará al Tesoro el importe de los sueldos; un inspector general elegido por el Sultán entre los oficiales superiores del ejército suizo residirá en Tánger, é inspeccionará, al menos una vez al año, los diversos cuerpos de policía, y sin intervenir directamente en el mando ni en la instrucción, estudiará los resultados obtenidos; de las memorias en que transmita sus observaciones al Majzen se enviará copia al decano del cuerpo diplomático de Tánger: en caso de reclamación de éste, de la que se dará cuenta al cuerpo diplomático, se podrá pedir al inspector, previo aviso al representante del Sultán, que proceda á un examen de la situación y emita dictamen. Por último, el cuadro de oficiales será español en Tetuán y Larache, mixto en Tánger y Casablanca, y francés en Rabat, Safi, Mazagán y Mogador.»

Vencida esta dificultad, no se ofreció en adelante ninguna que pusiese en peligro la Conferencia. Quedaba la cuestión del banco. Francia cedió en lo relativo á la participación de las casas que habían hecho el empréstito, la cual se redujo de cuatro partes á dos. La discusión fué prolija,

pero corrió tranquila. Para término y remate de la reunión hubo manifestaciones muy humanitarias. El delegado de los Estados Unidos recomendó á la benevolencia del Majzen la suerte de los israelitas (1); Inglaterra recomendó también la abolición gradual de la esclavitud; Alemania pidió que se alumbrasen faros en las costas del imperio. A la recomendación de la suerte de los israelitas asocióse el duque de Almodóvar en términos muy oportunos y discretos: «Me asocio, dijo, en nombre de S. M. Católica, á los elevados sentimientos de tolerancia religiosa que acaba de expresar S. E. el primer delegado de los Estados Unidos, y tengo particular empeño en apoyar su proposición, por lo mismo que la suerte de la población israelita en Marruecos, unida á España por los lazos de su ascendencia, y cuya lengua continúa siendo la castellana, que fué la de sus antepasados, inspira el mayor interés al pueblo español.»

El 7 de abril terminaba la Conferencia de Algeciras su ímproba labor, siendo firmada el acta por todos los delegados menos por los marroquíes, que alegaron no poder hacerlo sin especial autorización del Sultán.

La Conferencia de Algeciras evitó, mejor dicho, aplazó un conflicto, pero no resolvió ningún problema internacional. Su acción no podía ser eficaz sin la potencia necesaria para imponerse á las ambiciones de los poderosos, y harto hizo con suministrar á los mutuos recelos de éstos pretextos decorosos para deponer la actitud hostil sin daño del amor propio. Porque, aunque todos (hablo de los principales) estén persuadidos de que la ejecución de sus designios requiere el empleo de la fuerza, á ninguno le parecía la ocasión propicia, y á lo que tiraban era á prepararla, asociando voluntades con aquel fin. En esta maniobra pre-

(1) El Majzen pudo, á su vez, recomendar á la benevolencia del gobierno norteamericano la suerte de los chinos y japoneses establecidos en el territorio de la república.

liminar había habido encuentros y choques desagradables é irritantes que llevaban camino de provocar el conflicto prematuramente, y, por tanto, contra el deseo de los contendientes, á los que el celo de la propia reputación obligaba á salir al campo. Acertó la Conferencia á encontrar medio decoroso de evitarlo, pero no la manera de contentar á los momentáneamente apaciguados.

No era eso lo que en las primeras sesiones se buscaba. Hasta los primeros días de marzo la campaña diplomática continúa. Alemania persiste en poner á Francia en el dilema de renunciar á la tutela de Marruecos ó entrar con ella en tratos amistosos sobre el conjunto de la política exterior. Francia mantiene sus pretensiones á la tutela sin admitir los tratos, pero vista la dificultad y peligro en que su enemiga la pone, consiente en aceptar la compañía de España, dando con ello prueba de discreción y amor á la justicia. Alemania no ceja, y pide para Marruecos la tutela de todas las naciones interesadas. Francia, apoyada por España, Inglaterra, Portugal, Rusia y también por Italia y los Estados Unidos (aunque éstos en menor grado), defiéndese con ventaja. Como la posibilidad de una guerra pesa ya en el ánimo de todos, búscase una fórmula de concordia, y en definitiva apruébase la siguiente: no hay tutela internacional ni tutela exclusivamente francesa, ni siquiera tutela franco-española; pero se reconoce á Francia y á España una situación privilegiada que hace de ellas tutores especiales, ó de primera clase, con poderes ilimitados en todo aquello que no lastime los intereses económicos generales. Por tanto, ni Alemania ni Francia salen con lo que se proponían. Marruecos no está únicamente en manos de la segunda. Alemania, que aspiraba á separar á Francia de Inglaterra, para aislar á ésta, ha sufrido la decepción de verla en brazos de la rival temida, y ha asistido á su propio aislamiento. De suerte, que, no habiendo quedado satisfechas Francia ni Alemania, lo pactado más tiene de tregua que de paz.

Sólo dos naciones han quedado contentas: la Gran Bretaña, que ha tejido algunas nuevas mallas de la red en que piensa coger al imperio germánico, y España, que ha con-

seguido mayor consideración en el orden internacional, y, además, el reconocimiento pleno de sus títulos de potencia africana, al igual de Francia. Triunfo señaladísimo de la diplomacia española fué éste. Cuando acaso se esperaba de nosotros que figurásemos como subalternos, y permaneciésemos en actitud pasiva, nos atrevimos — y nos atrevimos con fortuna — á escoger y desempeñar uno de los papeles principales, mediando en los casos de empeño y dificultosos, mejorando nuestra posición, y haciéndonos respetar y estimar por la capacidad de nuestros representantes, los señores duque de Almodóvar del Río y Pérez Caballero.

Pasemos ahora á estudiar los deberes que por virtud de ese triunfo pesan sobre nosotros, y la manera de cumplirlos.

CAPÍTULO II

La acción española en Marruecos.

a) Los molinos de Tremecén. — De cómo se perdieron y ha quedado espacio para otros.
b) La opinión española ante la Conferencia de Algeciras. — La cuestión de Marruecos y la Conferencia, vistas desde el Parlamento.
c) La penetración pacífica. — Lo que debe ser. — Sus diferentes formas: comercial, intelectual, social. — Elementos de la acción española.
d) La misión africana nos impone una política exterior. — Necesidad de mantener la amistad franco-española. — Argumentos con que se combate la nueva política internacional y expansiva. — España no puede prosperar más que extendiéndose. — Hacia una España mayor.

Fernán Pérez del Pulgar, valeroso capitán andaluz, llamado *el de las Hazañas* por las muchas y muy famosas que ejecutó, recibió de los Reyes Católicos, en premio de ellas, tierras, huertas, molinos, casas y otros heredamientos; y llevaba diez años disfrutándolos como señor legítimo de ellos, cuando los Monarcas le pidieron que los restituyese para repartirlos entre los colonos cristianos con que pensaban repoblar y asegurar el recién ganado reino granadino, ofreciéndole, en cambio, otros bienes que él estimase suficientes, los cuales le serían otorgados á su satisfacción, y ante todas las cosas. Tuvo comisión de proponer el cambio á Fernán Pérez su jefe el conde de Tendilla, á quien respondió aquel no menos cumplido caballero que guerrero esforzado, que todo cuanto tenía lo debía á los

Reyes, y que de buen grado daba lo que ahora le pedían, sin querer admitir cosa alguna á modo de compensación ó trueque. Mas como el conde le dijese, viéndole tan determinado en su resolución, que SS. AA. no recogerían los dones ya hechos si no aceptaba otros equivalentes, replicó el de las Hazañas:—Una cosa demando en pago, y decid á SS. AA que no tomo ni más ni menos.—Yo os lo ofrezco en su nombre, díjole el conde; ¿qué pedís?—Los molinos de Tremecén, respondió.—¿Y cómo pueden dar los Reyes molinos en Africa?—¿Pues hay más que ganarlos? volvió á decir Pulgar.—¿Y si tarda el plazo?—Si yo no los poseo mis hijos los poseerán, dijo en conclusión—; con lo que le fué otorgada por el conde su demanda, la que confirmaron los Reyes Católicos en Medina del Campo á 9 de abril de 1494, y en los términos siguientes:

«Por ende, por la presente vos facemos gracia é merced, é donación de todos los molinos que hay é por tiempo hoviere, en el término, reino é ciudad de Tremecén, en Africa, desque en buen hora se gane. É mandamos al nuestro capitán que así los ganare, vos faga dar á vos, ó á los que lo hubieren de vos, la posesión de todos los dichos molinos; encargamos al príncipe D. Juan, nuestro muy caro y amado hijo, é á los demás nuestros sucesores en dichos nuestros reinos y señoríos, en cuyo tiempo se ganare dicho reino, manden se vos dé á vos, ó á vuestros sucesores, la posesión de dichos molinos.» Ninguna duda tenían los Reyes ni su heroico vasallo de que el reino y ciudad de Tremecén se ganarían y rescatarían del poder de los moros, y de que lo mandado por SS. AA. se cumpliría punto por punto, y tan cierto estaba de ello Fernán Pérez, que años después de hecha la merced declaraba por público documento ser su voluntad *que los dichos molinos de la dicha ciudad de Tremecén* se tuviesen por bienes de mayorazgo. Y su hijo Fernán Pérez del Pulgar fué con el ejército del conde de Alcaudete sobre Tremecén, y entró en ella en 1543, y luego pidió que se le diese posesión de lo donado; pero, no habiéndosela dado el general, tomó realmente posesión de los molinos, según consta por escritura otorgada ante notario.

Más tarde confirmó el Emperador Carlos V la merced de los Reyes Católicos, aunque no sé si con tan decidido propósito de buscar la ocasión de cumplirla.

Por arremeter contra otros molinos olvidamos los de Tremecén, que ya no son de moros, sino de franceses: de aquel pueblo cuyos filósofos enseñaron á los políticos españoles del siglo XVIII que la cruzada africana era cosa de los tiempos bárbaros. Abandonarla nosotros y tomarla ellos todo fué uno. (1) A la vista está la simplicidad de los que siguieron el consejo. Pero, no obstante las caídas y descalabraduras que las nuevas arremetidas nos costaron, aun podíamos contar, cuatro siglos después, con los molinos de Fez, de Marruecos, de Mequínez y de todos los lugares importantes del Moghreb, del Muluya, hacia la parte de Occidente; porque Francia se habría contentado con que la dejasen extenderse hasta este río, y si publicistas atrevidos pedían todo el territorio hasta el mar, los políticos estaban dispuestos á hacer grandes rebajas en esta pretensión. Antes del apaleamiento ultramarino ni aun eso queríamos tolerar. Abogados celosos de los nietos de Fernán Pérez se enojaban si se les hablaba de la frontera del Muluya. Marruecos era, de Argelia al Atlántico y del Mediterráneo al Atlas, una prolongación del territorio nacional, una España africana: ¿cómo íbamos á ceder parte de nuestra tierra al extranjero? Después de aquel descalabro y magullamiento, no nos quedaron alientos para perseverar en nuestra demanda. ¿Molinos? ¿Para qué? Bastante molidos estábamos. Enviamos noramala á Fernán Pérez, sus molinos y sus derechos.

Un día, Inglaterra, que desde que está instalada en Gibraltar es la portera del Mediterráneo, y tiene las llaves de los pisos inmediatos, otorgó á Francia los últimos molinos berberiscos á cambio de las cebollas, los trigos, los algodo-

(1) Recuérdese que entre nuestra partida de Orán y los planes napoleónicos medió brevísimo espacio.

nes y demás productos del gran huerto egipcio; pero puso una condición: que toda la parte de Africa cercana á la entrada del mar y á la portería gibraltareña había de quedar libre de vecinos sospechosos. Los franceses esforzáronse en probar que vecindad tan buena como la suya no sería posible hallarla en toda la redondez de la tierra. Casi todo el año 1903 le emplearon en convencer de ello á John Bull, personaje avisado, á quien siempre le ha parecido que una cosa es la amistad y el negocio otra cosa... y que por eso ha hecho siempre negocios excelentes. M. Lucien Hubert, africanista conspicuo, decíale: «La fórmula de nuestro protectorado es doble: el Estado protegido renuncia á su personalidad internacional; lo primero que Francia ha de hacer es ocupar el lugar de esa personalidad que desaparece. Además, el Estado protegido renuncia parcialmente á su soberanía interna: el protector debe ser su consejero. Gracias á la acción de Francia, verá Europa que Marruecos se civiliza y pacifica. Pero no por eso será la influencia francesa abusivamente exclusiva. No haremos en Marruecos lo que en Indo-China, porque nuestros rivales tienen derechos adquiridos, que, sin duda alguna, debemos respetar. M. Etienne ha propuesto lo siguiente en prenda de nuestras buenas intenciones: 1.° Francia se compromete á no levantar fortalezas en Marruecos, y muy especialmente en la orilla africana del Estrecho de Gibraltar. Tendremos allí tropas, pero serán, más que verdadero ejército, milicias. Escuadra, ¡ni pensarlo!: una flotilla de guardacostas, destinada únicamente á perseguir el contrabando y la piratería; barquichuelos sin la menor potencia ofensiva, y sin puertos fortificados á que acogerse, porque no se construirían, ni tampoco arsenales. 2.° Francia se comprometería, además, á practicar la política de la puerta abierta, es decir, que no concedería ventaja alguna á sus productos. Para vigilar mejor el comercio, un buen pedazo de Marruecos (todo lo comprendido entre la frontera argelina y el Muluya) sería anexionado á Argelia; lo restante quedaría protegido. Como nuestro protectorado ha de ser respetuoso con todos los derechos, dejaríamos á España sus *enclaves* de Ceuta y Melilla, y, además, las Chafarinas.» En resu-

men: el africanismo francés no podía estar más amable con Inglaterra, ni más magnánimo y misericordioso con España. Nos autorizaba á seguir en el Rif. ¡Muchas gracias!

John Bull, que es escéptico y testarudo, sonreía, mas no se daba á partido. «Sí, sí: el plan era bueno; pero, la verdad, de no tener la vecindad de los marroquíes, prefería la de los españoles, que son muy buena gente, y poco dados á construir escuadras y fortalezas, y menos aún á meterse en vidas ajenas. Porque, al fin y al cabo, la amistad es una cosa frágil y mudable, y Francia, hoy amiga, podría ser vecino inquietante, si volvía la espalda y aprovechaba una ocasión de faltar á lo tratado. Todos los días se veían ejemplos de esto. Y, aunque no se faltase abiertamente, había mil modos de eludir las cláusulas que estorban. Esto le constaba á él, John Bull, de muy buena tinta. Por otra parte, poseer Francia toda la costa mediterránea, desde el Estrecho hasta Túnez, era algo molesto para el tranquilo sueño británico. Por tanto, si el negocio había de hacerse, la condición precisa era ésta: que Francia se las arreglase con España de modo que desde lo más alto del Yebel-Tarik (de donde la vista alcanza á descubrir las montañas rifeñas y yebalas) no se viese territorio francés ni sometido á la influencia francesa.»

He aquí cómo, después de perdidos los molinos de Tremecén, nos ha quedado espacio para otros.

La Conferencia de Algeciras, sobre habernos confirmado la posesión, nos ha revalidado los títulos y expedido certificación de ellos ante el mundo entero. Los papeles que habíamos perdido los hemos hallado y recobrado. ¡No quiera Dios que los volvamos á perder!

Importa mucho que nos enteremos á tiempo de lo que esos papeles contienen; esto es, de lo que nuestros títulos significan, de los derechos que nos confieren y de las obligaciones que nos imponen. Porque no hay derechos sin deberes, y los deberes de pueblo á pueblo, y para fines de civilización y progreso humano, son irrecusables. No sé si

España tiene ya conciencia de que ha empezado una nueva época de su vida. Acaso tiene de ello noción vaga é intuitiva, pero es indudable que le falta mucho aún para hallarse impulsada por una decidida y firme vocación. Los faros que debieran guiarla siguen apagados. Parlamento, cátedra y prensa son luces mortecinas y vacilantes, faltas del elemento luminoso esencial: la cultura geográfica necesaria.

A la nueva de la intervención alemana, todos, parlamentarios y periodistas, dan por fenecidos y anulados los tratados franco-inglés é hispano-francés. Es una opinión general. A nadie se le ocurre pensar que lo que haría fácilmente Andorra (retirar su firma de un tratado) no lo ejecutará de ninguna manera Inglaterra, y que siendo ambos pactos obra principalmente suya ha de mantenerlos á toda costa, y ayudar á las demás naciones interesadas á que los mantengan. Si Alemania está con todas sus fuerzas detrás del Sultán, es evidente que detrás de Francia, de la que España no puede separarse, está Inglaterra con todas las suyas. De nada sirve tampoco que Francia los declare solemnemente intangibles, ni siquiera que Alemania misma acabe por comprometerse bajo su firma á respetarlos, y que así lo proclame pública y solemnemente. ¡Nada! Los tratados están muertos. En Madrid los han condenado y ejecutado. M. Rouvier declara en la Cámara francesa que Francia va á la Conferencia porque Alemania reconoce previamente que los tratados quedan fuera de discusión; el príncipe Radolín, embajador del imperio alemán en París, confirma esta declaración al marqués del Muni. ¡Qué saben Rouvier ni Radolín! En las redacciones madrileñas y en las Cortes consta que no hay tales tratados. El señor Sánchez Román, ex ministro de Estado, afirma en el Senado (el 11 de diciembre) «que se estableció un régimen sucesivo y distinto que borraba las líneas y determinaciones de los tratados de 1904». Otro senador, el señor Díaz Moreu, exclama: «Nuestros derechos en Marruecos son supuestos, ya no existen»; y añade que «sería sensible que alguien pensara en emular las glorias de Alfonso el Batallador» (de quien no se sabía hasta ahora que hubiera estado en Africa). El

señor Labra recuerda haber dicho antes que para él la única solución de derecho internacional era la Conferencia». ¿Por qué? «Porque es una de las direcciones más acentuadas del derecho internacional contemporáneo.» ¡Oh profundidades misteriosas de la fraseología parlamentaria nacional, quién pudiera averiguar lo que encerráis en vuestras entrañas! Mas no comentemos, y sigamos al señor Labra, quien se entra por el tratado franco-inglés adelante, y nuevo Colón de los incógnitos mares diplomáticos, descubre maravillosos continentes: «que Francia ha quedado habilitada para mantener y defender su litoral extenso de Argelia y toda la línea del Este de Marruecos, y que quedaba también habilitada para hacer, ó mejor, asistir á las reformas económicas ó administrativas en el Moghreb». Para este señor el verbo *internacionalizar* tiene encantos insuperables. Con que una cosa se internacionalice ya está perfecta. La Conferencia de Madrid ¡qué asombro! La de Algeciras (cuya obra—dice—comenzó en 1902), que fué el colmo de la *internacionalización,* no nos dejó más que un mandato colectivo; no nos encomendó misión alguna particular; sólo nos corresponde contribuir á la instrucción de la policía, á la manera como solemos contribuir á la organización de la enseñanza en ciertas repúblicas de América, enviando algún profesor que otro. ¡Lástima de tiempo perdido por nuestro embajador en París y por nuestros representantes en Algeciras en obtener el reconocimiento de nuestra situación especial! El orador «declara honradamente, sin modestia ni humildad, que conoce el problema de Marruecos» y al cabo de 24 columnas mortales del *Diario de Sesiones* del Senado, se sienta ufano y satisfecho. De todos los lados de la Cámara se oyen voces de *¡muy bien! ¡muy bien!* y varios señores senadores felicitan al orador. (1)

---

(1) La geografía de Marruecos del señor Labra está llena de novedades portentosas. Le consta á este señor positivamente que Marruecos es mucho mayor que la Península hispánica (él dice ibérica: una mala costumbre), y conoce el censo de población (aunque todavía no se ha hecho para los demás) con todos sus detalles: hay 12 millones de habitantes, de los cuales son berberiscos (les llama bereberes: galicismo et-

Tampoco al señor Abarzuza le convencieron las declaraciones de Rouvier y Radolín. «De la Conferencia habían salido muy mermados, si no borrados del todo, los derechos que Francia se atribuía en Marruecos, y después de ella no puede nuestra posición compararse con la que anteriormente ocupábamos. La cuestión de Marruecos estaba internacionalizada». ¿Que en los tratados y en el acta de Algeciras se decía otra cosa? ¡Bueno! y ¡qué! «Pero no sólo estaba internacionalizada la cuestión, sino que además estaba muerta la política de Delcassé», cosa de la mayor transcendencia para el señor Abarzuza, que profesa á esa política odio mortal. «¿Qué hubiera sido de nosotros, exclamaba, si, cuando Alemania dijo á Francia: *Il faut que vous sachiez que nous sommes derrière le Maroc avec l'ensemble de nos forces*, nos hubiera encontrado con un convenio en que nos repartíamos á Marruecos con Francia?» Yo contemplo la hipótesis sin el menor recelo, porque, si tal pacto se hubiese firmado, Alemania habría aplaudido. Si amenazó, fué porque habíamos dejado meter la mano en

---

nográfico) cinco millones justos; moros procedentes de España nada menos que tres millones y medio; judíos 400.000; árabes 700 000, y negros del interior de Africa 200.000. Al Este de Marruecos está Argelia, *en una línea confusa y discutible* de 250 kilómetros (los franceses cuentan más de 1.500). Al Sur el Sahara, *en una línea inestimada que no bajará* de 500 (en efecto, no baja: sube á muchísimos más). Al Oeste el Atlántico (hasta que algún innovador lo ponga en otra parte). *Sobre estos límites se desarrollan seis grandes zonas* (las únicas zonas del mundo que se desarrollan sobre límites), y en el centro del país hay tres cadenas de montañas que se llaman el Atlas Medio, el Gran Atlas y el Pequeño Atlas. (Versión directa del francés.) El Atlas Medio está junto á Ceuta y Tetuán, aunque aun no ha dado cuenta á los geógrafos de su mudanza de domicilio. Fez, *que es la segunda ciudad del imperio*, anda también de viaje. Marruecos, *que, como es la ciudad principal*, no quiere ser menos, se ha ido á colocar entre el Atlas Grande y el Pequeño. *Comunica principalmente con la costa por Tánger y Mogador*. El río Sebou ó Seboul (antes se llamaba Sebú) desemboca cerca de Rabat, habiendo usurpado al pobre Bu-Regreb la desembocadura que hasta ahora venía usando sin perjuicio de nadie. El Sus ha tomado parte muy principal en esta revolución geográfica, trasladándose á la zona central de Marruecos. ¡Dios sabe dónde andarán á estas horas nuestras zonas de influencia!

(Véase *Marruecos y la Conferencia de Algeciras*, por D. Rafael María de Labra, en *España en Africa*, núm. 33, correspondiente al 15 de marzo último.)

el negocio á Inglaterra. Por aquel camino acaso se hubiera llegado á una inteligencia de potencias continentales contra la Gran Bretaña. Por éste que han tomado los sucesos, vamos á un concierto de potencias dirigido por la Gran Bretaña contra el imperio alemán, música que suena mal en Berlín, pero cuyo autor es cabalmente Delcassé. A pesar de lo cual, que á mí me parece evidente, el señor Abarzuza dijo en el Senado que la política de Delcassé ha muerto, que ha sido abandonada de todos. Pero aun expuso este señor ex ministro otras opiniones no menos singulares: que es evidente que Italia ayudó á Alemania en la Conferencia (sin duda por ignorarlo envió el Emperador Guillermo aquel famoso telegrama al canciller austriaco, olvidando á la diplomacia italiana); que la instrucción de la policía por oficiales españoles le parece una amarga ironía; que no existe paridad entre la situación fronteriza de España y Francia en Marruecos (mal que pese al señor Pérez Caballero). De todo lo cual deduce «que España ha sacado de Algeciras una situación llena de peligros, pero que no nos proporciona ventaja alguna. Nuestra situación ha disminuído y hemos contraído responsabilidades que pueden ser muy amargas».

En el Congreso oyéronse cosas no menos peregrinas. Un diputado, reformador de la Geografía marroquí, declaró que Marruecos nada vale, sacando así misericordiosamente de su error á las potencias que se le disputan pensando que vale mucho. Otro, reformador de la Historia, descubrió que el tratado de 1902 fué obra de la malicia de Delcassé y del candor del marqués del Muni, y que han pecado por debilidad los políticos españoles consintiendo que este infeliz diplomático siguiera en París; pero queriendo reformar también la Geografía dijo que Rabat es el puerto marroquí más inmediato á Argelia. El señor Muro fué también de parecer de que la Conferencia había anulado los anteriores tratados franco-inglés é hispano-francés; pero, si en esto siguió la general equivocada corriente, habrá que hacerle la justicia de decir que opinó contra la desdichada política de aislamiento, y que reconoció que éste había terminado en Algeciras, si bien fuera más exacto

poner su fin en fecha algo anterior: desde la primera negociación hispano-francesa sobre Marruecos. Y así, de tropiezo en tropiezo y de error en error, vinieron ambas Cámaras á dejar establecidas como máximas de la política de España en Africa: que la suerte del Moghreb estaba en manos de las potencias europeas y de alguna de las americanas; que España no era en esta asamblea más que una voz y un voto; y que no debíamos meternos en aventuras: proposición ésta que hemos visto colgada de los labios de políticos y publicistas en todo el primer período de la Restauración. Valiónos la elocuente y discretísima intervención del señor Pérez Caballero, ministro de Estado, en el debate, para que no prevalecieran conclusiones tan absurdas y tan opuestas al interés nacional. Dicho señor dejó bien asentado: 1.°, que en Marruecos sólo se había internacionalizado en el orden económico; pero que en el político habían quedado por completo á salvo los derechos é intereses de España. 2.°, que había quedado igualmente reconocida la calidad excepcional de éstos, y, por ende, la situación privilegiada que nos conferían.

Con la presentación de este silabario de la cuestión marroquí á la representación nacional, pasó ésta á votar el acta de Algeciras. ¿No hubiera sido mejor haberle estudiado antes de empeñarse en la discusión?

¿A qué hemos quedado obligados en Marruecos, mejor dicho, con Marruecos? A civilizarle sin destruir su gobierno ni apoderarnos de parte alguna de su territorio. ¿A qué nos hemos comprometido con las demás potencias? A no levantar la menor barrera económica entre ellas y el mercado marroquí. Para todo lo que no sea menoscabo de la autoridad del Sultán, conquista, ó restricción del comercio tenemos las manos libres. Pero entiéndase bien que no es potestativo en nosotros usar ó no de esa libertad. Nuestro mandato es imperativo y urgente. Así, pues, debemos comenzar la obra sin perder momento.

¿Cómo? Esto hay que mirarlo bien primero. Nada se hace sin plan ni método. ¿Cómo haremos que haya orden y seguridad? ¿cómo protegeremos las vidas y bienes de los europeos en general y de nuestros compatriotas en particular? ¿cómo fomentaremos el comercio, la industria y la agricultura? ¿Enviando misioneros laicos que prediquen la nueva doctrina á los indómitos berberiscos? Lo probable es que perdiéramos el tiempo y la vida de los misioneros. La penetración debe ser pacífica, pero armada. Éste es el justo medio entre la conquista militar y la continuación del *statu quo*. Presión civilizadora, no violenta, pero fuerte y constante. Convendrá exigir del Sultán que nombre en el Rif un jalifa ó gobernador con el cual podamos entendernos, porque es ciertísima la máxima de Delcassé de que no se puede fundar una política sobre la nada. No se nos puede pedir que acudamos con nuestras quejas á Fez vía Tánger para todos los asuntos menudos que se nos ofrecen á cada paso en los alrededores de nuestras posesiones rifeñas. No acabaríamos nunca, y á la postre, tras haber agotado la paciencia, perdido el tiempo y malgastado el prestigio, tendríamos que oir del Majzen la confesión de su impotencia. Apoyados en la autoridad del jalifa (de la que seríamos nosotros, á nuestra vez, decididos mantenedores) podríamos emprender nuestra política de penetración pacífica.

Tres formas puede tomar ésta: económica, intelectual, social.

Lo primero que la acción económica requiere, es caminos y puertos. España debe iniciar la construcción de caminos, ensanchando y mejorando los senderos existentes. Uno de éstos corre á lo largo de la costa, de Cabo del Agua á Tánger. Cruza la cábila de Quebdana, toca en Kasba Seluán, y por la llanada de El-Feida va hasta Melilla. De allí por Iazán y Chemlaka se llega, después de haber cruzado el Kert (dejando á la derecha el sitio en que fué Casasa), á una zauia famosa perteneciente á los Beni-Saíd. Va el camino costeando siempre hasta el Guad Azari, donde se divide, siguiendo una de las sendas junto al mar, é internándose la otra, pero conduciendo ambas al Nekur. Entre ellas

se interpone el Yebel Darufadis, montaña de cerca de 600 metros de altura, cuyas peñas más salientes sobre el mar forman el Cabo Quilates. El camino marítimo pasa por Ftirza, pueblecillo de regular vecindario. El interior salva las montañuelas de Tensamán, y conduce, pasando por Nekur y Ajdir, al importante pueblo de Snada en las márgenes del Guad Talambadés, es decir, en el río que desemboca frente al Peñón de los Vélez. Snada, más que pueblo es un grupo de aldeas. Hay allí una zauia de los chorfa de Uazán, una casba de altas, pero ruinosas, murallas, y un *mela* ó barrio judío. La zauia es lo importante, por ser foco considerable de influencia política. La fundó Sidi Abd Ala ben Brahim, santo muy venerado, cuyos huesos reposan en la plaza del pueblo. No lejos se hallan los túmulos de sus cuatro hijos. Dos sendas salvan el Guad Talembadés: una junto á su boca, frente al Peñón, es decir, en el paraje en que estuvo la ciudad de los Vélez, abandonada en 1702; otra por Snada. Las dos se juntan más adelante, y juntas siguen hasta Tetuán y de allí á Ceuta. Habrá que transformar este camino en carretera, y prepararle para recibir los rieles de un ferrocarril de vía estrecha en cuanto las circunstancias nos permitan tenderlos. (1)

Los caminos de penetración son varios y todos están pidiendo nuestra inmediata y enérgica intervención. El primero, de Este á Oeste, es el de Melilla á Tafersit y Taza (unos 100 kilómetros) por el puerto de Acbat-el-Cadí (1.522 metros). Adviértase que los franceses no tardarán mucho en comenzar la construcción del ferrocarril Tlemcen-Taza-Fez-Rabat, el cual será la muerte de Melilla si sus efectos no tienen el paliativo de la línea Melilla-Taza.

---

(1) La rebeldía del Rogui ha aumentado considerablemente la importancia comercial de este camino. No siendo posible pasar por Taza para ir á Uxda, tampoco se podía seguir esa ruta hasta Melilla. Antes iban las caravanas directamente, ó, á lo más, pasaban por Meknasa para evitar á los riata. Cada *zettat* costaba de cuatro á cinco duros por carga de mulo, de Fez á Uxda. El precio total de una carga en todo ese trayecto venía á ser de 18 á 20 duros. Por el camino de la costa los gastos son algo mayores, pero no en proporción con el aumento de la distancia: diez duros de Fez á Tánger; ocho duros en la aduana de Tánger; un duro de Tánger á Melilla; cuatro duros de Melilla á Uxda.

Todo el comercio rifeño y yebala derivará por el ferrocarril francés hacia el Kis. Hay, pues, que reconocer el actual sendero, mejorarlo y hacer los estudios de la vía española.

El camino más corto á Taza desde la costa mediterránea es el que parte de la bahía de Alhucemas, pero de que sea el más corto no ha de deducirse que sea el mejor. Debe estudiarse para apreciar en justicia sus ventajas é inconvenientes. Encuéntrase con el anterior en el puerto de Acbat-el-Cadí, paso obligado de las montañas rifeñas centrales. La vía más corta da la costa á Fez arranca del Peñón de los Vélez. Creo que hemos estado y estamos perdiendo un tiempo precioso en el Peñón sin hacer nada, cuando desde allí se puede hacer mucho. La cuenca del Guad Talembadés está bastante poblada porque es fértil, aprovechándose el agua del río para el riego. El camino se cruza en Snada con el de la costa, circunstancia que añade á la importancia de este paraje como centro religioso y político la comercial y la estratégica. No debiéramos perderlo de vista. Transpuesta la poblada y fértil vega, trepa en zigzag, entre matorrales y alcornocales, hasta llegar al territorio de los morabitos (fracción de tribu que lleva este nombre), que es muy rico. Entre esta comarca y la de Taffa, que se halla al pie de altas montañas á la altitud ya respetable de 1.280 metros, salva dos torrentes de frías y cristalinas aguas: son el Ris y el Nekur, los ríos paralelos que mueren en la bahía de Alhucemas. Taffa es una zauia pequeña, perteneciente ya á la tribu yebala de Senadya es Raer. De allí se sube, siempre en zigzag, á un collado de 1.520 metros, entre bosques, principalmente de alcornoques. Después transpónese otro collado aun más alto, el de Acbat-el-Requeddi, pasado el cual se entra en la cuenca del Uerera, paraíso africano de cuya posesión depende la superioridad económica en el Norte de Marruecos, y que será conquistado por el ferrocarril francés antedicho si no le procuramos nosotros comunicación directa con los mercados europeos. El camino baja hacia Fez por Tafraut, Bu Abdel y Ain Mediuna. Hasta este punto sigue la corriente del Uerera, y en la misma compañía podrá ir el ferrocarril

español, salvando después la divisoria entre el Uerera y el Guad Levén, tributario del Inauán, que lo es del Sebú, por la vaguada del cual bajaría derechamente á Fez. Del Peñón de los Vélez á la capital marroquí hay la mitad de distancia que de ésta al Kis ó á Rabat, pero la línea será más costosa por kilómetro, tendrá curvas de menor radio, rampas más pendientes y más túneles, por transponer la cordillera rifeña en uno de los sitios en que ésta alcanza su mayor altura.

De Tetuán á Ceuta la distancia es corta y la construcción de una buena carretera relativamente fácil. Tampoco ofrecerá dificultades el ferrocarril. De Tetuán á Xexauán hay también un sendero de montaña seguido por los arrieros marroquíes, y del que Foucauld nos ha dejado una buena descripción. Hasta ahora sólo han llegado dos europeos á Xexauán: el primero, un español, que fué asesinado apenas descubierto, y cuyo nombre ha quedado en el misterio; el segundo, dicho viajero francés, á quien amparaba su disfraz de judío. La comarca es feracísima, pero inabordable. Son famosas en todo Marruecos las uvas de Xexauán, pero no lo son menos sus chorfa. Los principales y más influyentes de éstos son los descendientes de Abd el Salam ben Mechid, enterrado, según ya he dicho, en el Yebel Alam. Xexauán es la ciudad más fanática del Moghreb. Es también (principalmente por esta razón) centro político de gran importancia. Como los chorfa de Uazán no tienen en ella dependientes ni amigos, escapa y escapará á la influencia francesa. Tampoco las grandes zauias de Fez tienen ascendiente en Xexauán. Todo esto es importante para nosotros, y no menos lo es saber que no es esta vía la que conviene seguir para llegar á Fez: querer utilizarla sería tanto como obstinarse en entrar por una puerta cerrada.

Sin puertos, los caminos de penetración de nada sirven, y, sin caminos de penetración á sus espaldas, los puertos de nada valen. Del Muluya al Sebú no abundan los puertos buenos, pero los que actualmente están en manos de

España pueden venir á serlo mediante obras que, en algunos, no ocasionarán gastos muy grandes. El de Chafarinas sería el mejor y el menos costoso. Es una posición marítima excelente. En manos de una potencia emprendedora haría muy bien de centinela del Mediterráneo. Podría servir de estación naval y de factoría de productos africanos. La albufera de Mar Chica está pidiendo un estudio hecho á conciencia por ingenieros españoles. En cierto documento oficial reciente se propone la construcción de un ferrocarril de 24 kilómetros de Melilla á Mar Chica para explotar una rica mina de galena argentífera existente en la cábila de Beni-bu-Ifrur. Recuerda el autor que los franceses proyectan el ferrocarril Tlemcen-Taza-Fez-Rabat y dice, con razón, que el día en que esté construído habrá acabado la prosperidad comercial de Melilla. No se remediará el golpe con el ferrocarril propuesto (aunque su utilidad parece indudable): hay que ir á Taza por Tafersit.

El puerto de Ceuta ofrece grandes ventajas como estación de tránsito ó escala de carboneo, mas no será nunca emporio comercial, aunque el gobierno creía en 1906 que la línea férrea Ceuta-Tetuán-Tánger convertiría á Ceuta en el primer puerto de Marruecos. (1) ¡Ilusiones poco conformes con los decretos de la naturaleza! Convertido en escala de carbón, hará gran competencia á Gibraltar, ya vencido por Argel. El decreto de dicho año creando un impuesto sobre el carbón extranjero para favorecer al de origen español, no creo que venga á resultar tan favorecedor del puerto como de éste, porque, necesitando los vapores ante todo buen carbón, de preferencia carbón Cardiff, irán á buscarlo donde le haya, esto es, á Gibraltar, y dejarán á Ceuta á un lado.

Aunque Larache no pertenece á España, no quisiera verle tan olvidado de los españoles como hoy se halla. En el último decenio, 1893-1904, nuestro comercio en aquel puerto ha sido casi nulo: 17.000 pesetas el año que más; nada absolutamente en 1897, 1901, 1902 y 1904. Parece

(1) Memoria presentada al Consejo de ministros por el de Fomento, señor García Prieto.

que no nos hemos enterado de que Larache es la puerta del reino de Fez. Si la vía del Peñón de los Vélez es la más corta partiendo del Mediterráneo, en igual caso se halla Larache partiendo del Atlántico. Es, además, la más cómoda y la única que podrá algún día competir con la de Rabat. Los portugueses, que conocían como nadie todo el Moghreb, sabían muy bien que Ceuta (que fué la primera plaza que allí poseyeron) no era buen punto de partida para una guerra de invasión, y que tampoco lo era Tánger. Por eso en el plan de campaña del ejército que mandaba D. Sebastián figuraba Larache como base de operaciones, y el error de este rey (error que produjo el desastre de Alcázar-Quibir), fué haberse obstinado en desembarcar en Arzila, llevando á su ejército por tierra hasta las inmediaciones de aquella población. En lo comercial puede desempeñar Larache análoga función que en lo estratégico. Un ferrocarril Larache-Fez sería para nosotros el complemento del ferrocarril del Peñón de los Vélez. La cuenca del Lucus es una de las regiones más ricas de Marruecos. Por todas estas razones considero á Larache como el paraje más importante de toda la zona Norte del imperio, sin exceptuar siquiera á Tánger.

En aquellas partes de la costa marroquí pertenecientes á España en que no cabe, por ahora, pensar en la construcción de muelles ni en obras de importancia, es forzoso, sin embargo, emprender algunas que mejoren la triste situación actual. Así, por ejemplo, en el Peñón de los Velez, urge rehacer y prolongar el espigón, construir tinglados y almacenes, y establecer una factoría en la vecina vega, mejorando, por lo pronto, el camino hasta Snada, y creando en este punto relaciones que, bien cultivadas, pueden ser de mucho fruto. En Alhucemas hay también que construir malecones y tinglados (esto si la falta de espacio no lo impide absolutamente), creando un mercado en Ftirza, ó en otro paraje vecino que se crea conveniente. También se podría fundar factorías comerciales en el Cabo Tres Forcas, en la boca del Kert (Casasa), en la punta Busicú (territorio de los bocoya) y en el sitio llamado « Playa de los pescadores », algunas millas á Occidente del Peñón. Para

mayor seguridad de la navegación convendría alumbrar un faro en el Cabo Quilates y otro en el de Tres Forcas, pero de ninguna manera con el carácter de internacionales (en análogas condiciones que el de Cabo Espartel), como alguien ha propuesto con mejor deseo que acierto, pues toda obra de civilización que en este litoral y su *hinterland* se ejecute, debe ser única y exclusivamente española. Para ello debe ocuparse, de acuerdo con el Sultán, el terreno necesario al establecimiento y defensa de los faros, obligando á las tribus vecinas á cederlo, si preciso fuese. Es un derecho que nadie nos puede discutir, y cuyo ejercicio redundaría en beneficio del comercio de todas las naciones.

Con el nuevo régimen las relaciones entre españoles y marroquíes han de estrecharse, desapareciendo recelos y odios que ya han comenzado á disminuir. En las factorías podrán emplearse muchos rifeños, á quienes el interés aficionará á nuestro trato, y que serán otros tantos agentes de nuestra política de atracción. También han de acudir buen número de trabajadores á las obras de los puertos, nuevos edificios, faenas de los muelles, etc., etc., para todos los cuales comenzará á ser España una no interrumpida fuente de beneficios materiales. Pero es preciso no olvidar que tenemos con los rifeños otras no menores obligaciones. «Como en las gentes rudas y atrasadas, dice muy discretamente la Real Sociedad Geográfica de Madrid en cierto informe (1), ejerce impresión el mayor saber de los pueblos con quienes entran en contacto, el recto proceder, la equidad en las acciones, la nobleza en los tratos, la superioridad de cultura y la superioridad de moral son medios de atracción.» Suprimidos de hecho los presidios, como en breve lo serán, elementos más sanos de la sociedad española se hallarán en contacto con los naturales, y empezará á ser menos vergonzoso y menos nocivo para nosotros el contraste entre lo que éstos ven en el Africa francesa, y lo que el Africa española pone constantemente ante sus ojos.

---

(1) *La cuestión de Marruecos.* Exposición elevada por la Real Sociedad Geográfica al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros. 30 de abril de 1904.

Conforme vayan llegando al Rif agricultores, industriales, negociantes y capitalistas españoles, monten talleres y fábricas, establezcan corrientes de comercio y creen allí intereses de todas clases, irá creciendo nuestra influencia, y arraigándose en los moros la idea de nuestra superioridad, y de lo que nuestra amistad les conviene.

Pero no hay puerto que prospere sin un régimen adecuado á sus necesidades. Derogado el artículo 229 de las Aduanas, queda todavía no poco que hacer: rebaja de derechos consulares, admisiones temporales, zonas neutrales, buena maquinaria para la carga y descarga, derechos mínimos de anclaje, pilotaje, etc., etc.: he aquí lo que á toda costa debemos procurar que haya en nuestros puertos y en los puertos marroquíes que especialmente nos interesan, entre los cuales se procurará establecer el más íntimo contacto posible, así marítimo y postal como telegráfico, y entre ellos y la Península, de suerte que vengan á formar como un todo perfectamente enlazado y dispuesto para la ejecución de un plan de política española que debe ejecutarse con prudencia, pero con energía y sin vacilaciones ni pausas.

«España no tiene en Marruecos más que un comercio insignificante, que consiste casi exclusivamente en la exportación de productos marroquíes, mientras que la importación española, casi nula, no tiene otra ambición que la de satisfacer la muy limitadas necesidades de los españoles establecidos en Marruecos.» Esto es del africanista francés M. Fidel, quien, como es natural, hacía de la insignificancia de nuestro comercio argumento contra nuestros derechos, en la época, aun reciente, en que éstos se hallaban en litigio. De entonces á hoy algunas Cámaras de Comercio, los Centros comerciales hispanomarroquíes, y el gobierno mismo, algo han hecho para mejorar nuestra situación comercial en el Moghreb. Bajo el epígrafe *Subvenciones á los grupos de expansión comercial, organizadores de servicios colectivos de viajan-*

tes y comisionistas en las costas de Marruecos, se ha redactado el concepto 14 del artículo 6.°, capítulo 6.°, sección 8.ª, del presupuesto vigente, el cual deja á la inteligente iniciativa del actual ministro, señor Gonzalez Besada, campo en que ejercitarse. De ella es buena muestra el decreto de 3 de mayo último, en el que se dispone que los grupos de expansión comercial operarán en la costa sin perjuicio de penetrar en poblaciones del interior cuando lo estimen conveniente; que podrán optar á la subvención consignada en presupuestos los grupos organizados por los Centros hispano-marroquíes y las Cámaras de Comercio, acompañando á la solicitud nota de los expedicionarios que componen el grupo y del itinerario que éste se propone seguir; que la expedición durará tres meses, y que al término de ella se presentará al ministerio una Memoria de los trabajos efectuados y resultados obtenidos, así como también de cuantas observaciones y detalles se estimen oportunos para competir con la concurrencia extranjera.

Uno de los acuerdos del Congreso africanista celebrado en Madrid en enero del corriente año fué organizar una expedición al Norte de Africa y Marruecos hasta Río de Oro, para estudiar las riquezas del país, explorar el mercado y establecer relaciones. También se proponen los expedicionarios recoger muestras para organizar museos comerciales hispano-marroquíes en Barcelona y Madrid. En la expedición irá el profesor de árabe del Centro de Barcelona, acompañado de alguno de los alumnos más aventajados. El Fomento del Trabajo Nacional había pensado organizar en la capital de Cataluña una exposición sintética hispano-marroquí; pero, sin duda, lamentables sucesos por entonces ocurridos malograron este patriótico proyecto. Pasadas aquellas circunstancias, me permito esperar que el Fomento volverá á prestar su valioso apoyo á la propaganda comercial de España en Marruecos, reanudando los trabajos entonces interrumpidos.

De lo dicho se deduce que España ha dado los primeros pasos hacia Africa, y como los primeros pasos son siempre los que más trabajo cuestan, espero que seguirá andando sin detenerse. Ello depende de que nos europeicemos de

verdad, dando estabilidad á los gobiernos, y de que el pueblo siga vuelto de espaldas á los falsos europeizantes del jacobinismo cursi, que nos volverían, si triunfasen, á los horrores de la revolución. Entonces los penetrados pacíficamente seríamos nosotros, no Marruecos.

Entrar en Marruecos tocando el punto de la religión valdría tanto como levantar todos los ánimos contra nosotros y suprimir los infinitos motivos de discordia que impiden la reunión de las diferentes razas frente al extranjero: conducta desacreditada desde que hay naciones en el mundo, pues casi tan antigua como ellas es la máxima: *divide y vencerás.* Y no debiendo dar en ese escollo por cálculo ni por ignorancia (que los efectos serían los mismos en ambos casos), no hay duda de que nuestra política debe tomar al musulmán tal cual es, y entrar lo más adelante posible en el estudio de sus creencias, instituciones y costumbres, proponiéndose mejorarle sin transformarle, y llevándole de la civilización é ideas cristianas cuanto él pueda aceptar sin violencia, pero nada más. Pensar en asimilarle es locura; lo único que por él podemos hacer, si no hemos de perder el fruto de nuestro trabajo, es instruirle, moralizarle, enseñarle toda suerte de oficios, sin pretender catequizarle; darle mejor y más segura vida y ostentar siempre ante sus ojos el espectáculo de la superioridad moral, intelectual y material del español. La solución del problema religioso es ésta: tolerancia. Pero en la tolerancia caben muchos matices; no tolerancia hostil, ni siquiera indiferente: tolerancia benévola. No debemos limitarnos á permitir á los moros la práctica pública de su religión: hay que dejarles construir mezquitas en Ceuta, en Melilla, ó en cualquier otra parte de los dominios hispano-marroquíes, y en aquella forma interna ó externa que mejor les parezca. Debemos seguir en esto el ejemplo que los conquistadores árabes y los grandes jalifas cordobeses nos dieron en España, y el que nosotros mismos dimos en los primeros siglos de la Reconquista. Ni cabe desconocer tampoco que el problema de las relaciones mauritanas que á nosotros se nos presenta, difiere esencialmente del que las circunstancias plantearon á los Reyes

Católicos y á los de la casa de Austria, pues éstos veían tras de los muchísimos súbditos mahometanos que poblaban sus dominios, la masa amenazadora de los musulmanes de África, organizados en naciones guerreras y dispuestos á ayudar á sus correligionarios de España. No sin motivo se sospechaban tratos entre los de acá y los de allá, y se temieron nuevas invasiones: sobre todo cuando los turcos organizaron un poder naval tan fuerte ó más que el nuestro, y se establecieron en Argel. Y como los muchos y muy poderosos enemigos que en Europa nos combatían no vacilaron nunca en unir sus fuerzas á las del Sultán de Constantinopla, ó las del Dey argelino, en daño nuestro, los reyes y estadistas españoles se vieron perseguidos y agobiados por el temor de aquel permanente peligro que les amenazaba, por lo que se inclinaron más á considerar á los moriscos como enemigos encubiertos que como vasallos útiles. Por eso, más aun que por infieles, los persiguieron y oprimieron y, por último, los expulsaron; no habiendo llegado á este rigor sólo por causa de religión, como muchos suponen, sino también por la razón de Estado. Ésta, desaparecido el peligro, aconseja muy diferente conducta, y ciertamente ni los Reyes Católicos ni sus sucesores harían hoy con judíos y moriscos lo que en el siglo XV y en el XVII hicieron. Pruébase lo que digo con sólo considerar cuán tolerantes fueron con sus súbditos no cristianos de América y de Africa misma, aparte Berbería. Con escaso conocimiento de nuestras tradiciones, pero con intención nada buena, ha tachado de peligrosa nuestra colaboración en el Moghreb algún colonista francés, mostrándose receloso de que fuéramos á soliviantar á los musulmanes berberiscos, desencadenando tempestades que conmoverían á las poblaciones argelinas. Hemos de evitar cuidadosamente todo acto que autorice tales sospechas.

Sería de suma utilidad la creación de una escuela de civilización y lenguas musulmanas en Córdoba (ó en Granada) y de *medersas*, ó escuelas musulmanas puras en Ceuta y Melilla. En aquélla podríamos preparar el personal competente de que hoy carecemos por completo, y que

acaso muy pronto echaremos de menos. (1) A estas deberían concurrir, y debemos procurar que concurran, los jóvenes de las comarcas septentrionales del imperio. El gobierno francés alienta y protege la creación de tales institutos en sus posesiones berberiscas, y no hace mucho (en octubre de 1904) el ministro de Instrucción pública, M. Chaumié, fué en persona á inaugurar el de Argel, que es un grande y suntuoso edificio consagrado á la memoria de Sidi Abderrahmán el Tsalibi, santón respetadísimo, considerado como patrono de la ciudad. En el presupuesto de 1902 la colonia consagró á la creación de *medersas* 220.000 francos, sin contar otros 130.000 destinados á asistir al personal de las mezquitas. La gran *medersa* de Tlemcen, tan cercana á la frontera de Marruecos, inauguróse en 1905, celebrándose con tal motivo un congreso de orientalistas. (2)

La Escuela de Ciencias y de lenguas musulmanas en Córdoba (ó en Granada) sería poco, si sólo fuese centro de cultura erudita. Tal como yo la concibo, debe ser el vivero de donde saquemos los políticos, los diplomáticos y los

---

(1) Ya hemos visto que España no está preparada; que España no sabe. De aquí se deduce que la misión africana requiere un trabajo previo de preparación, un curso completo de africanismo práctico. La nación tiene que empezar por ir á la escuela; pero, como es la generación actual la que ha de emprender la obra, lo importante, por el momento, no es la escuela primaria, sino la universidad.

(2) He aquí una estadística reciente de la enseñanza indígena en Argelia.

Medersas:	
Alumnos.	169
Oyentes.	39
Total. . . .	208

A los Liceos y colegios municipales asisten 198 alumnos indígenas. La enseñanza primaria se da en 249 escuelas, á las que hay anejas otras 509 clases. Concurren á todos estos establecimientos 25.629 alumnos, de los que son niños 23 933 y niñas 1.629.

Hay, además, cursos de adultos, frecuentados por 5.273 musulmanes.

Vese por estos datos cuán lejos están los berberiscos de ser refractarios á la instrucción, y cómo están los franceses en camino de crear un estado mayor intelectual mahometano, que será francés y estará ganado por la cultura á la causa francesa.

administradores de una Africa española todavía posible, pero que sin esa falange de hombres suficientemente preparados me parece destinada á malograrse en agraz. Mas no se crea que semejante foco intelectual llegará á alcanzar próspera existencia ni dará fruto alguno sin raíces en la enseñanza general de la nación. La Historia y la Geografía patrias, tales cuales hoy se enseñan, en manera alguna instruyen á las nuevas generaciones en las causas de nuestra brillante y pasajera grandeza, ni en la de nuestras persistentes desventuras, dando una muy equivocada idea del papel que en el mundo hemos desempeñado; é importa mucho que la juventud española sepa como fuimos, en cumplimiento de las obligaciones que nos imponía la situación geográfica, mediadores entre dos continentes vecinos y dos civilizaciones en contacto, pero opuestas, que en el suelo español combatieron y se mezclaron; como por haber descuidado esas obligaciones por las de descubridores y colonizadores, en servicio del progreso humano, perdimos la situación preponderante que en el mundo teníamos; y como por circunstancias cuyo examen es el contenido de este libro, hemos podido volver, ya que no á aquella situación, al camino que conduce á un porvenir mucho mejor que lo presente. De esta suerte comprendidas, la Historia y la Geografía de España, bien mantenido en ellas el concepto de la unidad peninsular, requieren nuevos métodos y nuevos textos, debiendo darse mucha mayor importancia que la que hoy se da, á la geografía é historia marroquíes, que se considerarán en adelante como enlazadas á la nuestra. Asimismo se procurará familiarizar á los jóvenes, desde la segunda enseñanza, con la literatura y la filosofía arábigas, facilitándoles el conocimiento del arábe y del berberisco en los grados superiores de la enseñanza, como preparación para la universidad ó escuela especial, á la que es claro que sólo llegarán los que sientan el impulso de la vocación que desde mucho antes se procuró despertar.

Debiera, además, establecerse un curso especial de cultura hispano-marroquí en todas las otras universidades, y cátedras de árabe y de berberisco. De las primeras hay al-

gunas recientemente fundadas por los centros hispano-marroquíes. Hay también el Centro arabista, excelente institución muy bien planeada en 1904, y que es gran lástima no haya adquirido toda la importancia de que es susceptible. Hacen falta también en las Escuelas de Comercio cursos de Geografía comercial hispano-marroquí, y de guerras africanas en las academias militares, porque, si bien no es cierto que haya guerras especiales, en cambio es ciertísimo que en toda guerra hay alguna especialidad que estudiar, y que la historia de las de Marruecos nos interesa muy particularmente.

Cátedras de berberisco no hay ni tengo noticia de que se haya pensado fundarlas. Las creo, sin embargo, aun más necesarias que las de árabe, por ser el berberisco la lengua popular, y hablarse exclusivamente en muchas tribus. « Para la acción directa sobre los rifeños (dice la *Real Sociedad Geográfica de Madrid* en su ya citada exposición) habría que cultivar su idioma propio berberisco, cuyo uso por los españoles les enorgullecería y serviría para unirlos á nosotros. Dando á conocer el ignorado dialecto *xeloj*, el más puro de los berberiscos, piensa el ilustre orientalista señor Saavedra que España prestaría á las letras un servicio importante, adquiriendo títulos á la consideración del mundo científico.»

Así es, en verdad. La enseñanza de esta antigua lengua africana se halla aún en mantillas. Los franceses tienen una cátedra de ella en la Escuela Superior de Letras de Argel, pero no hay ninguna en París, ni profesor que la enseñe. Á nosotros nos importa mucho difundirla entre los africanistas, pero concediendo la preferencia al dialecto rifeño.

Y como la tutela podrá algún día obligarnos á funciones administrativas que son muy delicadas, y que jamás se logrará desempeñar bien sin largo aprendizaje, me parece indispensable ir preparando el personal que ha de sernos necesario, para que no nos suceda lo que en Cuba y en Filipinas, donde solían ir empleados muchos que en la Península servían para poco ó para nada, sin que gobierno alguno pensara en crear una carrera especial en la que sólo

se pudiera ingresar después de haber probado conocimiento completo de la provincia ultramarina á que se iba destinado, de su geografía, habitantes, instituciones particulares, etc., etc.; carrera que, sobre servir de garantía á la comarca contra el nombramiento caprichoso de administradores, hubiera puesto también á éstos al abrigo del capricho ministerial, de la arbitrariedad de las autoridades y de las contingencias de la vida: la cual seguridad, juntamente con la respetabilidad que da la competencia acreditada, habría bastado para constituir una clase social digna y útil, de importancia suma en una obra de civilización. En Marruecos, por la magnitud de los problemas, por la áspera condición de los habitantes, por lo arduo y complejo de la labor, y por la vecindad francesa, tan ocasionada á comparaciones, que hemos de evitar nos sean desventajosas, tener un personal administrativo de primer orden, instruído, honrado, respetado y bien retribuído es condición indispensable de éxito. Ese personal debe reclutarse entre especialistas, y de ninguna manera se considerará como condición favorable al ingreso en él la circunstancia de haber pertenecido al antiguo personal ultramarino; antes al contrario, semejante precedente debe considerarse causa de exclusión, porque supone una porción de costumbres, una tradición, que tendría en Africa consecuencias funestísimas.

Uno de los fines á que más particularmente ha de encaminarse la acción de España en Marruecos es al estudio de aquellas partes de éste que de modo especial la interesan, y á ello debe atender el Estado organizando expediciones exploradoras y ayudando á las que, por ventura, hayan de preparar los particulares. De este modo haríamos nosotros el inventario de esas riquezas, evitando que otros se nos anticipen y tomen nuestro puesto, lo que sería vergonzoso, y un argumento de mucho peso contra nosotros. Con razón ha dicho el ex ministro de Estado señor Pérez Caballero que lo menos que debiera consignarse en el pre-

supuesto de dicho ministerio para gastos de la penetración pacífica es medio millón de pesetas. Mucho más gasta Francia, y muchísimo más gastará en adelante. Oficinas de asuntos indígenas como la que, si mis noticias no mienten, ha organizado en Melilla el capitán de artillería señor Lobera, pueden servir para recoger y reunir convenientemente noticias geográficas, estadísticas, políticas, de costumbres, etc., cuya utilidad ha de estimarse en mucho. No será éste su único objeto, pero sí uno de los principales. En la dirección que señalo se ha dado ya un paso, mas no le creo acertado. El gobierno decidió en 1906 crear una estación biológica en Mogador. A mi parecer debiera haber dos: una en el Mediterráneo (en Ceuta, por ejemplo) y otra en el Atlántico, pero en los alrededores del Cabo Nun, más cerca que Mogador de las pesquerías canario-africanas, que tanto deben merecer nuestra atención.

En el orden social hay mucho que hacer, y lo que se haga puede redundar en beneficio de nuestra influencia sin gran esfuerzo. El médico es instrumento utilísimo de penetración, aunque no se debe exagerar su prestigio (como algunos lo hacen), ni creerle al abrigo del fanatismo indígena. Casos como el del desventurado doctor Mauchamp son harto instructivos. Menos peligros y ventajas aun mayores ofrece la fundación de hospitales según los gustos y costumbres árabes, en territorio español: las clínicas y consultas de doctoras en medicina para mujeres y niños; consultas gratuitas en los hospitales ya existentes; servicio de vacunación gratuita, y otros análogos. Muchas veces podrán montarse estos servicios en los *zocos*, ó ferias, en nuestro territorio ó fuera de él, y aun establecerlos permanentemente en ciertas tribus: todo ello según las diversas circunstancias y ocasiones, y teniendo en cuenta la disposición de los ánimos.

Convendría mucho establecer escuelas-talleres para que los indígenas se adiestrasen en ciertos trabajos manuales, y serían muy particularmente útiles las de mujeres. Podría

enseñarse á éstas, además de la lengua española, costura y ciertas labores. En Argelia existen ya escuelas de éstas, en las que se procura fomentar y renovar el arte árabe en la fabricación de tapices, y otros objetos de lana, y en el bordado. La mujer musulmana es muy digna de nuestra simpatía, dada la condición en que vive; pero mucho se equivocara quien crea que ha de ser fácil arrancarla á ella y convertirla en factor de progreso social.

Para su acción africana tiene España elementos propios de gran poder, y que sólo están pidiendo una voluntad que los mueva metódica y perseverantemente para producir grandes resultados. No lindamos con Marruecos por mediación de un territorio colonial, como á Francia sucede, sino directamente: el cuerpo mismo de la nación está en contacto con el territorio moghrebí. De este contacto nacen ventajas grandísimas. La primera y principal es que el español no necesita aclimatarse en Berbería. Venga de la región de España de donde viniere, vivirá en el Rif y en el Gharb sin dificultad alguna, y fundará familias prolíficas. Los labriegos levantinos y andaluces, y aun más los canarios, podrán establecerse en el Sus y en todo el Sahara sin la menor dificultad. No ha perdido el español el espíritu emprendedor é inquieto. Aun le solicitan vivamente las Indias, aunque ya no ondea en ellas el pabellón nacional. El portugués acude á Hauai, á Loanda, Mozambique ó á Timor; el gallego, asturiano, vasco, canario ó catalán, va á Méjico, á Buenos Aires, á Cuba, á Chile; el balear y el levantino han poblado á Orán. No falta, pues, vigor á la raza. España ya no coloniza; los españoles sí: tanto ó más que antes. Viendo como van por un lado las iniciativas espontáneas, y por otro la vida del Estado, acaso podría decirse que aquéllas huyen de éste: que no hay emigración, sino fuga. Mas no nos dejemos deslumbrar por las frases, ni desmayemos ante la magnitud de nuestros yerros. Las comarcas vírgenes han ejercido y ejercen toda-

vía sobre las masas humanas una atracción que no se ha sentido sólo en la Península. A esas comarcas ha enviado toda Europa la primera materia colonial, el hombre, en cambio de las primeras materias alimenticias é industriales en el mundo viejo necesarias. Trátase de una corriente universal, no de una desdicha española. Cierto que, si nuestros destinos hubieran sido dirigidos con más acierto en el siglo XIX, habríamos podido aprovechar mejor y más directamente las energías nacionales, y que con sólo una parte de la emigración americana y argelina habríamos fundado en Africa una nueva España; mas no hemos de llorar eternamente lo que pudimos hacer y no hicimos: veamos lo que aun podemos hacer, y hagámoslo lo antes y lo mejor posible.

Hay en Marruecos de 8.000 á 10.000 españoles, de ellos unos 6.000 en Tánger y sus alrededores. Con ser numerosa la colonia francesa tangerina, no llega al 10 por 100 de la nuestra. En número no hay, pues, competencia posible. Pero la colonia francesa se compone de gente más instruída, y dispone de dinero, de que la casi totalidad de nuestros compatriotas carece. Éstos viven pobremente, de oficios bajos, sufriendo los inconvenientes de la lucha con los obreros indígenas, agravados por la propaganda socialista, que ha transpuesto el Estrecho con el proletario andaluz. A causa de ella vese el trabajador español desdeñado por los capitalistas europeos, que prefieren al marroquí, ó que, llegado el caso, llevan trabajadores de Italia, más dóciles y menos propensos á huelgas. Debiera vigilarse á los apóstoles de la anarquía, y tratar de arrancar á su dominación á los obreros; de lo contrario, la presencia de éstos, en vez de ser provechosa para nosotros, será una calamidad. Antes que á los marroquíes tenemos que atraer y redimir á nuestros compatriotas, creando para ellos escuelas gratuitas, donde se les dé enseñanza verdadera y profundamente cristiana, al mismo tiempo que la instrucción técnica de que los más de ellos carecen. De estas escuelas saldrían con muy diferente espíritu del que llevaron de sus pueblos, y con habilidad para muchos oficios. También necesitamos en Tánger una buena policía propia y

para los nuestros. De este modo podríamos ir purgando de malos elementos la colonia española mediante acertadas expulsiones.

Casi todos los marroquíes entienden el español, no sólo en la costa, sino también tierra adentro hasta el corazón del Atlas. Pero, además de esto, tiene la difusión de nuestro idioma en su favor la circunstancia de ser el de la raza judía, la mayor parte de la cual desciende de los israelitas expulsados de España. Solo en Tetuán pasan de 7.000. Si sabemos atraerlos, si logramos persuadirles de que nuestra amistad les conviene, podrán sernos de mucha utilidad. Los franceses tratan de ganarlos á su causa y para ello procuran ante todo enseñarles su idioma. Desde que no existe incompatibilidad entre la propaganda francesa y la española en Marruecos no encierra para nosotros la misma gravedad que antes la campaña francófila de la *Alianza israelita Universal,* que en todo el Moghreb abre escuelas para la enseñanza del francés; mas no por eso hemos de considerar con indiferencia sus esfuerzos, antes al contrario, han de servirnos de estímulo para obrar con plan y decisión en favor del español. Debemos crear escuelas hispano-judaicas en Tetuán, Tánger, Larache, Alcázar-Quibir, Ceuta, Melilla, Casablanca, etc., ó sostener y fomentar las que ya en algunos de estos sitios existen. Muchos lazos nos unen al israelita marroquí: idioma, recuerdos, patria común muchos siglos. No falta quien nos niegue derecho á su afecto, alegando que hace 400 años le perseguimos y expulsamos. Con este argumento por delante no podría ser el pueblo judío amigo de ningún otro, porque ¿de cuál no tendrá agravio? (1)

---

(1) También á propósito de los judíos sale á relucir la leyenda de nuestra intolerancia. A muchos de los que la invocan les valiera más callar. Expulsamos á los judíos, y más tarde á los moriscos, por causas (como queda dicho) en parte religiosas, en parte políticas. Pero ¿qué nación europea no persiguió en la Edad Media, y aun en la Moderna, al pueblo de Israel? Y en los siglos XVI y XVII ¿cuál de ellas no pade-

La misión africana nos ha sacado del aislamiento. Nuevamente entramos en el concierto internacional con plan de vida propia y sistema de relaciones exteriores para realizarle. Esto significa el tratado de 1904 sancionado por el asentimiento de todas las naciones. Novedad tan transcendental nos asegura el espacio que hemos de necesitar para vivir, sin ponernos en el duro trance de luchar con Francia. Porque, siendo corolario fatal de la conquista y colonización de Argelia la conquista de Marruecos, si otra fuerza mayor no lo estorbaba, planteábasenos el siguiente dilema: pelear para impedirla, defendiendo, al hacerlo, la propia independencia, ó resignarnos á la pérdida de ésta en plazo más ó menos largo. Hemos conseguido resolver el problema en paz, y de manera satisfactoria: á este fin se han encaminado los esfuerzos de algunos (muy pocos) buenos españoles de 1902 á 1906, sin que la nación se haya dado cuenta de ello.

Aunque recién llegados al campo de la política internacional, tenemos ya en él tantos maestros como si fuéramos antiquísimos. A algunos de éstos les parece peligrosa la amistad franco-española, acaso recordando lo mal que con ella nos fué antaño. Hemos tenido la suerte de que hayan sido poco escuchados, y tanto la opinión como los gobiernos se han mantenido fieles á esa amistad, de lo que de todas veras me felicito. Los ejemplos históricos no dan la menor luz para el caso presente. Muy otras son las circunstancias, y ellas aconsejan la unión íntima de las dos naciones para los múltiples fines comunes de su política.

Es digno de notarse que, al mismo tiempo y en la mis-

---

ció los horrores de una sangrienta guerra religiosa? Isabel de Inglaterra persiguió cruelísimamente á los católicos. Católicos y protestantes asolaron á Francia con degollinas mutuas como jamás se vieron en la fanática y sanguinaria España, hasta que, vencedores los católicos, expulsaron á los vencidos. (Edicto de Nantes.) Calvino, sectario vengativo y brutal, y espíritu mezquino, quemó vivo en Ginebra al español Servet. Pero en pleno siglo XIX no he visto perseguidos á los judíos más que en dos países de Europa: Francia y Rusia. He oído en París á las turbas gritar en las calles *à bas les juifs!* He asistido á una feroz cruzada antisemita que en Argelia llegó á producir tumultos y asonadas graves y sangrientas. He visto á Dreyfus perseguido y escupido por judío. En España he visto y oído lo contrario.

ma proporción que aparecían adversarios de la política de acuerdo con Francia, surgían amigos de Inglaterra, como si aun estuviésemos en los tiempos en que ambas eran enemigas. Ya hemos visto cómo y por qué pasó esa enemistad á la Historia. De la reconciliación ha resultado para España una situación nueva, que abre á nuestra política vastos horizontes por nadie explorados aún, pero no exenta tampoco de peligros. La primera y muy señalada ventaja que para nosotros ha tenido, ha sido la recomendación con que nos favoreció la Gran Bretaña en el tratado de abril de 1904. Pero esa recomendación la hizo porque la interesaba á ella, no por respeto á derechos nuestros, ni por ninguna otra razón sentimental. Ésta es la verdad, y yo, al decirla, no he de mirar si hiere mortalmente ilusiones nacionales recientes ó nacientes: las ilusiones conducen á desengaños que en política exterior suelen venir acompañados de catástrofes sangrientas. Ni tampoco me mueve preferencia por la amistad de esta ó de aquella nación de las que nos la han ofrecido y tal vez todavía la ofrecen. En ninguna creo, no mediando la garantía del interés, y, por tanto, en ninguna confío, ni yo siento por cualesquiera de ellas afecto comparable al que tengo á mi patria. De la misma suerte se ha de entender que no me mueve aversión á Inglaterra ni á nadie. La aversión en esta materia (acaso en todas) es tan mala consejera como el afecto. Las naciones, como los hombres, buscan su provecho, y mientras lícitamente lo hacen, no hay de qué culparles. Lo difícil, en el orden internacional, es señalar el límite en que lo lícito acaba y lo ilícito empieza: trabajo que prefiero dejar al entendimiento del lector, con encargo especial de no olvidar la elasticidad de la moral diplomática en todos los pueblos y en todos los tiempos: lo que por lo menos servirá para considerar estas cosas fríamente. Cierto que Inglaterra ha sido para nosotros terrible y dañoso enemigo; pero también puede ser amigo de grandísimo provecho: todo consiste en que nosotros sepamos pedir y ella quiera conceder.

Lo que quiera que sea, ya está hecho. Precisamente en el momento en que este libro va á salir á luz léese en las Cámaras españolas, y en las de Inglaterra y Francia, el texto de las comunicaciones entre los tres gobiernos, las cuales no son en realidad más que la ratificación de toda una política: la comenzada en 1902, continuada en 1904 y robustecida en la Conferencia de Algeciras. Las ventajas para nosotros en el orden moral y en el orden material son evidentes. Entramos en la sociedad internacional como aliados de dos de las mayores potencias del mundo, en pie de igualdad, y con la consideración consiguiente. Vemos garantida nuestra intangibilidad con seguridades harto más firmes que las que nos diera Castelar en su discurso del 88; y merced á ellas podemos disponer de espacio suficiente para mejorar nuestros medios propios de defensa, sobre todo los marítimos, que son los más necesarios y los que más urgen. Con razón se ha manifestado satisfecho en su reciente discurso el señor Maura de la política exterior del gobierno que preside, y sin exageración ha podido decir que, en lo exterior, hemos vivido en cinco meses muchos años. Así es, en efecto; y si volvemos la vista á los tiempos, aun recientes, de la Regencia, en que el aislamiento de España era dogma fundamental de nuestra vida, ha de parecernos que han pasado siglos desde entonces.

Más que á un cambio de conducta, acabamos de asistir á una resurrección.

Pero, aunque se nota un como despertar de la opinión, y se fundan asociaciones hispano-africanas de propaganda, de comercio y de ambas cosas á la vez, y el gobierno asiste con su ayuda algo más que antes, si bien no tanto como fuera menester, y con todo esto hay motivo para esperar el ejercicio de una acción española permanente y eficaz, no por eso se ha de entender que hemos hecho lo bastante, ni siquiera que es del todo seguro que estamos dispuestos á hacerlo. Porque, sobre seguir predominando en la masa la indiferencia y aun el escepticismo, todavía queda por

vencer la resistencia de los que por motivos diversos se oponen á la política africana. Son éstos de varias especies y dan muy diversas razones. Hay los sensatos, los que quieren que cada cosa se haga á su tiempo, y que opinan no haber llegado para nosotros el de tales empresas. Éstos son los más, porque juntamente con el desconocimiento de las obligaciones contraídas y de la situación lograda en Algeciras, flota todavía en la atmósfera aquel temor pueril á los peligros de la política internacional que nos tuvo acongojados casi todo el siglo XIX, y que por exceso de prudencia nos llevó á las mayores temeridades. Ahora hay quien pretende volver á lo mismo. En el Congreso, en el Senado, en los periódicos y en los Ateneos ha sonado de nuevo la voz de los prudentes, de las buenas amas de casa, que quieren ante todo limpiar el fogón, y poner en orden los cachivaches de la cocina. Cuando fuerzas hispano-francesas estuvieron á punto de desembarcar en Tanger, oíanse por todas partes las mismas exclamaciones: «¿Qué va á ser esto? ¿Qué va á pasar aquí? ¿En qué conflicto nos van á meter? ¡Para expediciones estamos nosotros ahora que íbamos á arreglar nuestras cosas!» Luego viene el ponderar nuestra pobreza: «¡Buenos estamos para colonizar, ni para construir puertos, ni ferrocarriles, cuando no tenemos dinero para hacer los nuestros, ni hemos podido repoblar nuestras desiertas campiñas!» Conozco la contabilidad de estos señores. Antes del 93 no había en España una peseta para expediciones africanas. Después del 93 hubo varios miles de millones para las guerras ultramarinas. No se quiso emprender un negocio: se prefirió tirar el dinero en unos funerales. No hagamos caso de semejantes jeremiadas, y continuemos nuestro camino, seguros de que los recursos para nuestra empresa saldrán de la empresa misma. No sólo aumentarán nuestros propios medios, sino que, acreditando nuestro esfuerzo que servimos para algo, ganaremos crédito en proporción de la actividad y energía que se nos vea desplegar.

Pero hay impugnadores aun más radicales. Éstos no lloran, no se lamentan, no nos asustan: en vez de lágrimas y suspiros tienen toda una doctrina. Niegan que España

tenga obligación de cumplir en Marruecos misión civilizadora de ninguna especie y hasta la conveniencia de la misma. En lo de negarla medios de ejecución están conformes con los demás. Dicen «que España no necesita área de expansión, y que, lejos de ello, está pidiendo la presión periférica de elementos civilizadores que la concentren, como sucede á Bélgica y á Suiza; y que, aunque se nos deje área de expansión por tiempo indefinido, no sabremos aprovecharla, por no haber entre nosotros presión suficiente de espíritu civilizado para realizar la penetración étnica, política y social en Marruecos». (1)

Nace el primer juicio de una apreciación equivocada de nuestra constitución geográfica y de nuestra situación en el mundo. España es un pequeño continente pegado á Europa por un istmo sobre el que se levanta la más insuperable barrera de cuantas existen en la parte del mundo que habitamos. No es tampoco muy abordable por mar, porque tras la línea de costas, y á poca distancia de éstas, se extiende la de montañas. No tiene ríos que sirvan de vías de penetración. Por tanto, no ha sido, no es hoy, ni será nunca tierra de paso. El sudexpreso, para llegar á Madrid, sube á mayor altura que el ferrocarril del San Gotardo. El comercio internacional evitará cruzarla y resbalará á lo largo de sus costas. España vivirá, prosperará, crecerá por ministerio de su zona litoral, esto es, por su parte viva, que es la que está en contacto con el mar.

Bélgica es la continuación de las llanuras europeas, y más especialmente, del territorio francés. Sus ríos son prolongación de los ríos franceses y alemanes. Las cuencas del Sambre, del Meuse y del Haine pertenecen á la zona de terrenos carboníferos que en Francia empiezan en las cuencas de Lens y de Anzín, forma en territorio belga las de Borinage, Charleroi y Liège, y continúa en Alemania por la región de Aix-la-Chapelle. Al Norte de esta zona extiéndense las ricas regiones agrícolas del Hainaut septentrional, el Brabante y la Hesbaye, esto es, la meseta belga for-

(1) Alas. *Vida Marítima*, diciembre de 1906.

mada de calizas terciarias cubiertas de una capa riquísima de tierra vegetal. De suerte que están allí reunidos y convenientemente dispuestos en breve espacio todos los elementos de la grandeza económica: 1.°, comarcas exteriores populosas y opulentas. 2.°, el pan de la industria. 3.°, el de las poblaciones industriales. 4.°, los ríos navegables, los canales, los puertos y el mar, y del otro lado del mar la poderosa Inglaterra: y todo ello enlazado íntimamente, formando un conjunto harmónico, una sola entidad en el orden geográfico, de tal suerte, que los puertos belgas, y más que ningún otro Amberes, no sólo son belgas, sino alemanes, y por participar del movimiento ascendente del comercio germánico crecen tan rápidamente, que Amberes compite con Hamburgo y con Londres y ha dejado atrás á Liverpool.

Suiza debe su prosperidad á la ventajosa posición que la hace guardiana de los Alpes, la cual le permite gozar del fructífero paso de un número cada día mayor de trenes internacionales. Italia y Alemania sólo pueden comerciar cruzando el territorio suizo, y lo propio sucede á Austria y Francia. Los Alpes, muchísimo más altos que el Guadarrama, y sin comparación más anchos, sálvanse más fácilmente. Del corazón de la Suiza irradían valles importantes en todas direcciones y cada uno de esos valles lleva en su seno una gran vía internacional: tales el Ródano, el Tesino, el Inn, el Rhin y el Adige.

La naturaleza ha hecho á Bélgica y á Suiza comarcas de concentración de riqueza, y de singular aptitud para la vida de relación; pero España es también, por obra de la naturaleza, tierra necesitada de expansión. Aquéllas llevan dentro de sí todos los elementos necesarios á la constitución de una personalidad robusta: nuestra patria es deforme, está incompleta, y necesita absolutamente, si ha de vivir, completarse y adquirir por expansión los elementos de que dentro del territorio peninsular carece. La parte central de ese territorio, la meseta castellana, helada en

invierno, abrasada en verano, medio despoblada, poco accesible, forma como el hueso de la nación, envuelto en una capa carnosa de regiones vitales, fecundas, pobladas, en comunicación con el mundo. El hueso no se hará jamás carne, ni aunque Marruecos se convierta en otra Alemania ó en otra Bélgica, ni por él pasará la mayor parte del comercio entre Europa y Africa, como por Suiza pasa el que mantienen las diferentes naciones de la Europa central. (1) La comunicación terrestre entre Francia y Argelia irá por Alicante, Cartagena y Almería. Las marítimas, que serán las preponderantes, pasarán á lo largo de la costa levantina y de la galaico-portuguesa.

España es pobre porque ninguna de las grandes arterias por donde circula la vida del globo la cruza fecundándola y robusteciéndola, y porque carece de aptitud natural para ser afluente de las que pasan tocando á sus costas. Estas vías son dos, y tan importantes y caudalosas, que pueden contarse entre las mayores de la Tierra: la que corre de Norte á Sur á lo largo de las costas orientales del Atlántico, llevando á los opulentos pueblos de la Europa septentrional los productos de las comarcas nuevas de Africa, y los de Levante, y conduciendo, en cambio, á éstas los productos fabricados por aquéllos; y la que (formada en parte por la anterior) pasa por el Estrecho de Gibraltar, y va á Egipto, á la India, á China, al Japón, transpone la inmensidad del Pácifico, los Estados Unidos y el Atlántico, para volver al punto de partida: suerte de Ecuador comercial que, rectificado por el futuro canal de Panamá, se acercará más al Ecuador terrestre, pero cuyas vías múltiples concu-

(1) El lector culto y discreto no incurrirá en la vulgaridad de ver ofensa á Castilla en la expresión de una verdad geográfica. En abstracto, todas las partes del territorio son iguales. Desde el punto de vista de la aptitud para el ejercicio de una función determinada, no; para eso son esencialmente desiguales, y para lo que unas sirven, no sirven otras. Y como admirablemente acaba de decir en el Congreso el señor Maura: *no ofende á nadie carecer de las condiciones extrañas á su propia naturaleza.*

La cuestión de la capacidad de una región para asumir la dirección de los destinos nacionales es un problema de geografía humana, que debiera dilucidarse, no en las Cámaras, sino en el salón de sesiones de la Real Sociedad Geográfica de Madrid.

rrirán todas en aquella angostura que apenas separa la costa rifeña de la costa andaluza, y que casi se cierra entre Ceuta y Tarifa. El solo contacto de la primera de estas grandes vías con la costa occidental de nuestra Península ha bastado para dar existencia independiente á Portugal, arrancándole á la atracción de las comarcas centrales. Lisboa, una de las más admirables posiciones del mundo, triunfó de las soledades de Castilla. Del contacto de la segunda, si sabemos buscarle y aprovecharle, vendrá una nueva vida para nosotros. España, redimida de la concentración presente, escapada de su tumba madrileña, irá á sentarse en la ribera del Océano, sanada por las brisas marinas, enriquecida por el comercio del mundo entero, fortalecida por sangre nueva, animada por novísimos ideales; digna de aquella otra España que de los mismos parajes partiera un día para descubrir el planeta, circunnavegarlo y entregarlo á la actividad humana. Esta España, continuadora de la otra, como ella generosa, como ella civilizadora, como ella cristiana, pero con elementos de poder, si menores, más firmes y macizos que los de la primera, es la patria de mis esperanzas juveniles, la que con amargura inmensa creí más tarde imposible, y la que hoy, después de patrióticos aciertos, veo probable. ¡Cuántas veces, en aquellas rientes playas que el Duero y el Atlántico bañan juntamente, donde mis ojos vieron la luz, y se deslizaron felices mis primeros años, soñé con una España mayor! No me dará Dios la dicha de verla formada, pero tendré siempre la satisfacción consoladora de haber trabajado por ella con inquebrantable voluntad, aunque con flacos medios, guiado entre las ruinas de la miseria humana por la luz de un ideal noble y hermoso, y seguro de que, si esta nación llega á sentirle como yo le siento, con eso bastará para hacerla fuerte y feliz.

¡Así sea!

ÍNDICE

PÁGS.

Al lector 5

INTRODUCCIÓN. — La tradición colonial de España.

a) Las tres grandes épocas de la civilización: fluvial — mediterránea — oceánica. — b) España, órgano de la expansión oceánica, descubre los mares, mide y circunnavega el planeta, é inaugura la era marítima y colonial. — c) Verdadero carácter de la colonización española.—España, precursora y maestra de los pueblos modernos. 9

LIBRO PRIMERO

La materia geográfica.

CAPÍTULO I. — Marruecos. — Resumen de Geografía física.

a) La cuenca del Mediterráneo Occidental: su unidad geográfica; transición entre Europa y África. — Su división en tres grandes provincias: Italia, España, Berbería. — Analogías y contrastes: consecuencias de unas y otros en la Historia.— b) Orografía marroquí.— El Atlas: sus cordilleras, puntos culminantes; puertos y nieves. Noticia geológica. El Atlas Menor y el Sahárico.— Hidrografía: los ríos y el litoral.— El clima y el suelo. 43

CAPÍTULO II. — Marruecos. — Resumen de Geografía política y económica.

a) Los habitantes: Bosquejo de Etnografía é Historia. — Lenguas. — Religión.—Organización.—b) Subsuelo, suelo y sus productos.—c) Estadística: población, comercio, industria, principales puertos. — El comercio por naciones. — Situación de España en el comercio marroquí. — d) Consecuencias políticas de la situación geográfica. 60

CAPÍTULO III. — Valor económico y político de las regiones que más interesan á España.

Primera parte: El Rif y Yebala. 98

PÁGS.

CAPÍTULO IV. — Valor económico y político de las regiones que más interesan á España.

Segunda parte: Sahara marroquí: Sus Meridional, Guad Nun, Tekna, Sequia-el-Hamra. 150

LIBRO SEGUNDO

Antecedentes históricos del problema.

CAPÍTULO I. — La cuestión de Marruecos del siglo XV al siglo XIX.

a) La cruzada cristiana. — Cisneros en Orán y Mazalquibir. — Los portugueses en Marruecos.—España y Portugal señalan límites á las respectivas zonas de influencia en Berbería.—Los hugonotes proponen á Carlos II la conquista del Sus. — b) Fracaso de la cruzada cristiana.— La posesión de Gibraltar por Inglaterra convierte la cuestión de Marruecos en internacional.—Política de Felipe V.—Carlos III y sus ministros preparan el abandono de nuestras posesiones argelinas, y piensan en el de las rifeñas. — c) España se retira de Argelia.—Ostentoso é inútil viaje de Badía á Marruecos. — Proyecto de conquista. 167

CAPÍTULO II. — La obra de Francia en Argelia y sus inevitables consecuencias.

a) La república militar argelina. — Su constitución. — Proyecto de Napoleón I. — b) Consecuencias de un abanicazo.—Temores de los franceses y arrogancia turca. — Toma de Argel. — Vacilaciones: la aventura acaba en conquista y la conquista se resuelve en colonización.—c) Elementos de ésta.—Importancia del español.—El problema étnico. — Organización francesa. — Resultados. — Consecuencias. 191

CAPÍTULO III. — Política exterior y colonial de España en el primer período revolucionario (1808-1875).

a) Pecado original de la revolución española.— La pérdida de América no orienta nuestra política hacia África.—b) Guerras civiles y pronunciamientos. — Intervención de Francia y de Inglaterra para la fundación del nuevo régimen, primero, y para su explotación, después. — Aventuras exteriores, mas no política internacional.—Contraste entre Italia y España. — c) Caída de la monarquía. — Nuevo proyecto de abandono de alguno de los Presidios. 209

CAPÍTULO IV. — Política colonial y exterior de la Restauración.

a) La Restauración: su política americana y peninsular.— Atención secundaria que consagra á las cuestiones internacionales y africanas. — La doctrina de la comodidad.—b) Política marroquí.—La Conferencia de Madrid.— Iniciativa de Inglaterra, secundada por España.—Oposición de Francia.— Triunfa ésta, apoyada por Alemania.— Relaciones hispano-francesas.— Indiferencia nacional.— España en el Sus y en el Mar Rojo.— c) España parece dispuesta á intervenir en Marruecos.— Actitud de Europa.—Fracaso y retraimiento.—El idilio del presupuesto de la paz. — Castelar nos declara intangibles.— Exaltaciones y depresiones del espíritu público. 234

PÁGS.

CAPÍTULO V. — El africanismo español. — Su carácter académico.

a) Expansión colonial moderna.— Exploración y reparto de África en el siglo XIX.—Abstención de España.— b) Fundación de la Sociedad Geográfica de Madrid.— Su precaria existencia.— Congreso de Geografía de 1883.— Fundacion de la Sociedad de Africanistas.— Exposiciones al gobierno.— Fracaso de las gestiones en el terreno oficial.— c) Trabajos para enviar expediciones exploradoras á África.— Decepciones. — Ridícula suma reunida.— Expediciones al Muni y al Sahara.— La cuestión de Marruecos.— Intento de elaboración de un programa nacional de política africana.— Fracaso definitivo. 255

CAPÍTULO VI. — Bancarrota de la política africana y catástrofe ultramarina.

a) Rivalidad franco-inglesa: su recrudecimiento.— España hace de amigable componedor.— Actitud hostil de Francia.— b) Construcción del fuerte de Sidi Guariax.—Oposición de los rifeños.—Rómpense las hostilidades.— Delirio patriótico.— Vacilaciones del gobierno.— Reúnese un ejército en Melilla.— Intervención de Europa.— Evítase la guerra con Marruecos, merced á la intervención de Francia.— Consecuencias de una bofetada.— c) La catástrofe ultramarina.— España entierra en América su porvenir.—¿ *Finis Hispaniae* ? 283

LIBRO TERCERO

La cuestión de Marruecos y la política internacional.

CAPÍTULO I. — Evolución de la política internacional en los últimos años del siglo XIX.

a) El imperio británico. — Raíces geográficas y evolución histórica del poderío inglés.—Gana Inglaterra el dominio del mar.— Extensión, población y grandeza industrial y marítima de la Bretaña Mayor.— Primeras nubes.— b) La rivalidad franco-inglesa.— Francia apoya á Inglaterra contra Rusia.—Política de Napoleón III en favor de las nacionalidades pequeñas.— Sus verdaderas causas.— La guerra desastrosa del 70 empuja á Francia á la expansión colonial.— Recelos de Inglaterra.— Recrudecimiento de la rivalidad franco-inglesa.— Fachoda y sus consecuencias.— c) El imperio germánico.— Raíces geográficas y evolución histórica del poderío alemán.— La expansión colonial.— La política marítima.— Los alemanes en el Mediterráneo y en Marruecos. . 303

CAPÍTULO II. — La amistad franco-española. — Sus primeros frutos.

a) Primeros pasos de la política de Delcassé.— La crisis del imperio marroquí.—Rumores de una solución hispano-anglo-francesa de la cuestión de Marruecos.— b) España y Francia en el golfo de Guinea.— Invasiones y arrogancias de los franceses; pasividad y descuido de los

PÁGS.

españoles.—Nómbrase una comisión hispano-francesa para resolver el litigio.—Su inutilidad y lo que costó.—Desígnase un árbitro.—Caducidad de nuestros títulos por prescripción ó por abandono.—e) Renuévase la cuestión en 1899.—Entran las negociaciones en una nueva fase.—Descuidos de la opinión española y diligencias de la francesa.—El Parlamento y el presidente del Consejo de ministros de España contra la tesis española.—Resuélvese el pleito favorablemente.—Lo que ganamos.—Delirios de la crítica. 335

CAPÍTULO III.—Cómo se redimió España del aislamiento.

a) De la seguridad de las Canarias á la cuestión de Marruecos.—Primeras conversaciones entre los señores León y Castillo y Delcassé.—No se puede tratar de Marruecos sin contar con Inglaterra.—Proposición del señor León y Castillo á Silvela.—Recházala éste.—b) Política de Delcassé.—Propónese restablecer las buenas relaciones con Inglaterra.—Alemania corteja á Francia.—Inglaterra propende á una alianza con los Estados Unidos y Alemania.—Recházala ésta.—Inglaterra se inclina hacia Francia.—c) Agravación de la crisis marroquí.—Inglaterra no ayuda al Majzen contra Francia.—Entiéndense Francia é Italia sobre política mediterránea.—d) La crisis española.—Conversión de Silvela á la política nueva.—Su artículo de *La Lectura*.—Sagasta, el duque de Almodóvar y Silvela aprueban el proyecto de tratado hispano-francés.—Queda este negocio en el mayor secreto.—e) Acuerdo hispano-franco-inglés para mantener el *statu quo* marroquí.—Empiezan á entenderse Francia é Inglaterra.—Situación ventajosa de Francia.—España vacila y acaba por abstenerse. 351

CAPÍTULO IV.—Breve historia de tres tratados.

a) Los colonistas franceses contra Delcassé.—Exclusivismos opuestos á los intereses españoles.—b) Negociaciones entre España y Francia.—Noticia del tratado de 1902.—España retrasa la firma.—Serie de crisis españolas.—Avisos que se envían á Madrid.—Sábese al fin en España que se prepara un tratado franco-inglés.—Debate en el Senado.—c) El tratado franco-inglés.—Reconocimiento que en él se hace de los intereses de España.—Conducta de la diplomacia británica.—Debate en el Congreso.—Por qué no se firmó el tratado de 1902.—d) Nuevas negociaciones entre Francia y España.—Tratado de octubre de 1904. . . 371

LIBRO CUARTO

La solución y nosotros.

CAPÍTULO I.—La Conferencia de Algeciras.

a) El programa de la penetración pacífica.—Acción protectora de Francia en Marruecos.—Rechaza el Sultán las reformas y pide la Conferencia.—b) Propósitos germánicos.—Curiosidad del príncipe Radolín y respuesta de Delcassé.—El Emperador Guillermo en Tánger.—Cargos de la cancillería alemana; descargos de la francesa.—Alemania niégase á reconocer los tratados de 1904.—c) Fiestas en París y guerra en perspectiva.—Francia acepta la Conferencia.—Programa de ésta.—Las crisis españolas.—Aprendizaje difícil y omisiones lamentables.—La situa-

PÁGS.

ción internacional á fines de 1905.—d) La Conferencia. — España obtiene la misma situación privilegiada que Francia.—Renace el conflicto. —La transacción.—Lo que fué la Conferencia y lo que hizo.—Sale ganando España. 393

CAPÍTULO II. — La acción española en Marruecos.

a) Los molinos de Tremecén. — De cómo se perdieron y ha quedado espacio para otros. — b) La opinión española ante la Conferencia de Algeciras.— La cuestión de Marruecos y la Conferencia, vistas desde el Parlamento.— c) La penetración pacífica.— Lo que debe ser.— Sus diferentes formas: comercial, intelectual, social.— Elementos de la acción española.— d) La misión africana nos impone una política exterior.— Necesidad de mantener la amistad franco-española. — Argumentos con que se combate la nueva política internacional y expansiva. — España no puede prosperar más que extendiéndose.— Hacia una España mayor. 425

E+I N
12/2/23

Ba. Gr. 1928

HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY
OF
RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911